

PENÍNSULA ODISEAS

# Por las trincheras

Navid Kermani

Un viaje por Europa del Este hasta Isfahán



## Índice

PORTADA  
SINOPSIS  
PORTADILLA  
MAPAS  
COLONIA  
PRIMER DÍA: SCHWERIN  
SEGUNDO DÍA: DE BERLÍN A BRESLAVIA  
TERCER DÍA: AUSCHWITZ  
CUARTO DÍA: CRACOVIA  
QUINTO DÍA: DE CRACOVIA A VARSOVIA  
SEXTO DÍA: VARSOVIA  
SÉPTIMO DÍA: VARSOVIA  
OCTAVO DÍA: DE VARSOVIA A MASURIA  
NOVENO DÍA: KAUNAS  
DÉCIMO DÍA: VILNA Y ALREDEDORES  
DÉCIMO PRIMER DÍA: POR PANERIAI HACIA MINSK  
DÉCIMO SEGUNDO DÍA: MINSK Y JATYN  
DÉCIMO TERCER DÍA: EN LA ZONA RESTRINGIDA DE CHERNÓBIL  
DÉCIMO CUARTO DÍA: KURAPATY Y MINSK  
DÉCIMO QUINTO DÍA: EN LA ZONA DE EXCLUSIÓN, MÁS ALLÁ DE KRASNAPOLIE  
DÉCIMO SEXTO DÍA: DE MINSK A KIEV  
DÉCIMO SÉPTIMO DÍA: KIEV  
DÉCIMO OCTAVO DÍA: DE KIEV A DNIPRÓ  
DÉCIMO NOVENO DÍA: EN EL FRENTE DEL DOMBASS  
VIGÉSIMO DÍA: POR MARIÚPOL HASTA EL MAR NEGRO  
VIGÉSIMO PRIMER DÍA: BORDEANDO EL MAR NEGRO HASTA ODESA  
VIGÉSIMO SEGUNDO DÍA: ODESA  
VIGÉSIMO TERCER DÍA: SALIDA EN AVIÓN DESDE ODESA  
VIGÉSIMO CUARTO DÍA: HACIA SIMFERÓPOL PASANDO POR MOSCÚ  
VIGÉSIMO QUINTO DÍA: POR BAJCHISARÁI HACIA SEBASTOPOL  
VIGÉSIMO SEXTO DÍA: POR LA COSTA DE CRIMEA  
VIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA: DESDE CRIMEA HACIA EL CONTINENTE RUSO  
VIGÉSIMO OCTAVO DÍA: HACIA KRASNODAR  
VIGÉSIMO NOVENO DÍA: DE KRASNODAR A GROZNI  
TRIGÉSIMO DÍA: GROZNI  
TRIGÉSIMO PRIMER DÍA: EN LAS MONTAÑAS CHECHENAS  
TRIGÉSIMO SEGUNDO DÍA: DE GROZNI A TBILISI  
TRIGÉSIMO TERCER DÍA: TBILISI  
TRIGÉSIMO CUARTO DÍA: TBILISI

TRIGÉSIMO QUINTO DÍA: A GORI Y HASTA LA LÍNEA DE ALTO EL FUEGO ENTRE GEORGIA Y OSETIA

TRIGÉSIMO SEXTO DÍA: DE TBILISI A KAJETIA

TRIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA: DE KAJETIA A AZERBAIYÁN

TRIGÉSIMO OCTAVO DÍA: EN LA LÍNEA DE ALTO EL FUEGO ARMENIO-AZERBAIYANA

TRIGÉSIMO NOVENO DÍA: EN EL TREN NOCTURNO HACIA BAKÚ

CUADRAGÉSIMO DÍA: BAKÚ

CUADRAGÉSIMO PRIMER DÍA: BAKÚ Y GOBUSTÁN

CUADRAGÉSIMO SEGUNDO DÍA: DESPEDIDA DE BAKÚ

CUADRAGÉSIMO TERCER DÍA: EREVÁN

CUADRAGÉSIMO CUARTO DÍA: EREVÁN

CUADRAGÉSIMO QUINTO DÍA: HACIA EL LAGO SEVÁN Y EL ALTO KARABAJ

CUADRAGÉSIMO SEXTO DÍA: POR EL ALTO KARABAJ

CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO DÍA: POR LA LÍNEA DE ALTO EL FUEGO ARMENIO-AZERBAIYANA EN DIRECCIÓN A IRÁN

CUADRAGÉSIMO OCTAVO DÍA: POR YOLFA HACIA TABRIZ

CUADRAGÉSIMO NOVENO DÍA: POR AHMADABAD HASTA LA FORTALEZA DE ALAMUT

QUINCUAGÉSIMO DÍA: HASTA EL MAR CASPIO Y, DESPUÉS, A TEHERÁN

QUINCUAGÉSIMO PRIMER DÍA: TEHERÁN

QUINCUAGÉSIMO SEGUNDO DÍA: TEHERÁN

QUINCUAGÉSIMO TERCER DÍA: TEHERÁN

QUINCUAGÉSIMO CUARTO DÍA: PARTIDA EN AVIÓN DESDE TEHERÁN

CON LA FAMILIA EN ISFAHÁN

REGRESO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Al este de Alemania comienza una región, resquebrajada por varias guerras y catástrofes, que a los europeos sigue resultándonos ajena. Por ese territorio que atraviesa Rusia y llega a Oriente, y por las trincheras políticas y humanas que se abren a través de él, nos guía Navid Kermani. Desde Colonia —su ciudad— hacia el oeste hasta el Báltico, y luego en dirección sur, cruzando el Cáucaso, de camino a Isfahán —de donde proceden sus padres—, el viaje lo lleva por la zona de asentamiento judía de la época zarista, por las tierras de sangre de la Segunda Guerra Mundial y por la grieta que existe entre este y oeste, allí donde la Guerra Fría no ha terminado.

Kermani contempla las ruinas de culturas destruidas, así como las huellas de la devastación, tanto antigua como reciente. Pero sobre todo conoce a personas desgarradas por tener que tomar partido para encontrar un hogar y conseguir cierto bienestar. Con solo unas pinceladas, describe tiendas que se conservan como en tiempos de la Unión Soviética, cafés de moda y un ambiente distendido pese a estar cerca del frente y no poder librarse del miedo al otro, sea quien sea. Con una mirada certera que repara en detalles que hablan por sí solos, Kermani nos transporta hasta regiones olvidadas, en las que todavía hoy se sigue escribiendo la historia.

Por las trincheras

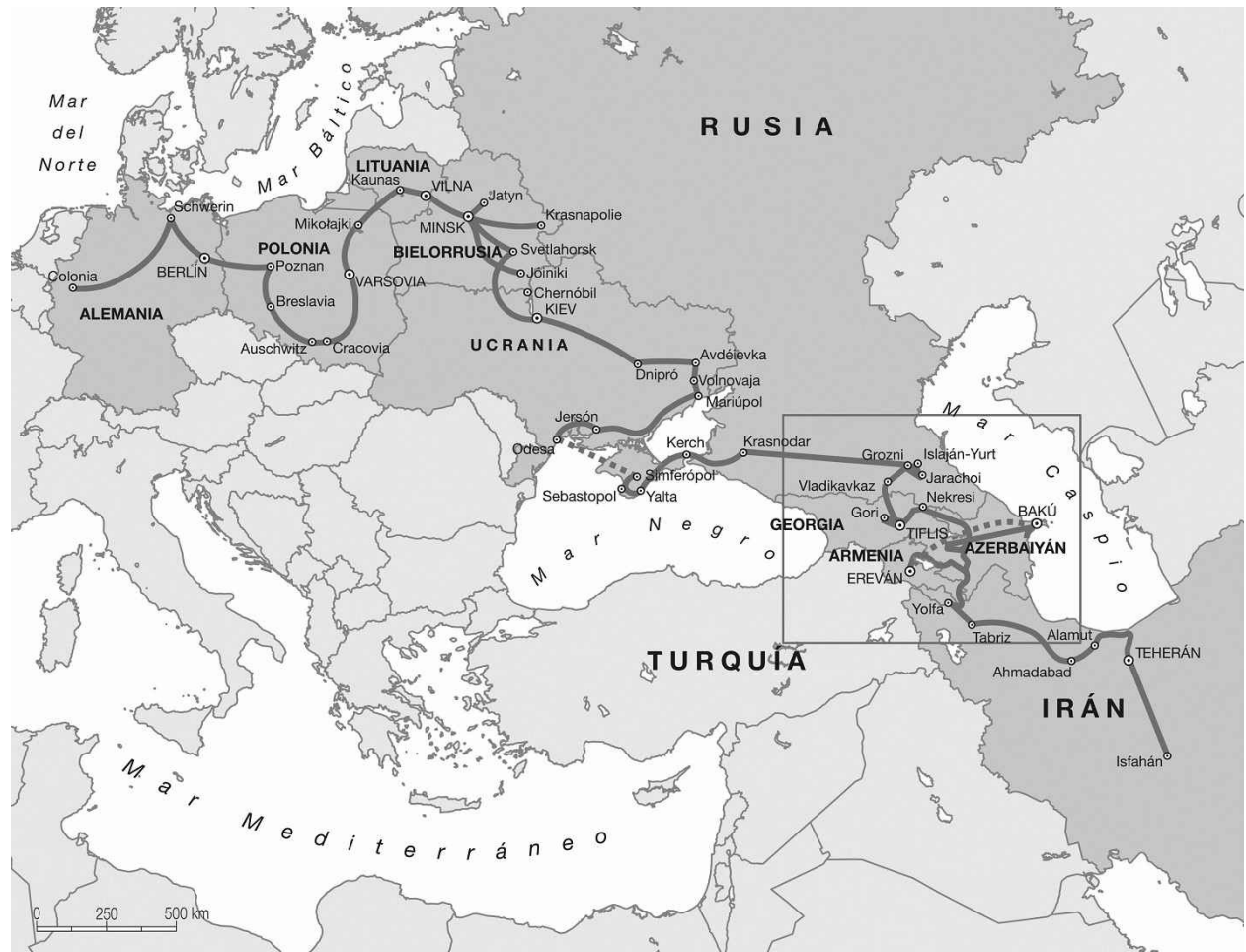
Navid Kermani

Un viaje por Europa del Este hasta Isfahán

Traducción de Belén Santana

*ediciones península*











Todos los días cruzo mi barrio, que está detrás de la estación. Oigo palabras en árabe por aquí, polaco por allá; a la izquierda, algo que me recuerda a los Balcanes; luego, turco, por supuesto, varios retazos en persa que llaman mi atención, el francés de los africanos, distintas lenguas asiáticas, y también alemán, hablado con acentos y tonalidades de lo más diverso, tanto por rubios como por orientales, negros o asiáticos. No siempre es agradable: los vagabundos, las numerosas chaquetas de cuero artificial (tal vez sean de cuero auténtico, qué sé yo), Dios mío, los incisivos de oro de esas mujeres de pelo negro que llevan faldas largas y abigarradas, un bebé envuelto en un pañuelo y a su segundo y tercer hijo de la mano o unos pasos por delante, los jóvenes ociosos, los drogadictos y los que están mal de la cabeza y tienen su residencia en Unter Krahenbäumen ('bajo los enebros'), así se llaman las calles de mi barrio; entre unos y otros, varios musulmanes con una barba sospechosamente larga. Esta realidad no solo se extiende tras la estación de Colonia. En casi todas las grandes ciudades de Europa Occidental existe esa mezcla de fruterías turcas, tiendas de alimentación chinas, productos importados de Irán por un vendedor que antes de la revolución trabajaba como director en la televisión pública, panaderías tradicionales o con autoservicio, una sucesión de tiendas de móviles y cibercafés —Irán, diecinueve céntimos; Turquía, nueve; Bangladesh, veinticuatro—, hoteles baratos, *sex shops*, vestidos de novia, bares de moda y teterías o cafeterías para turcos, albaneses, africanos, locales con y sin alcohol para turcos, restaurantes cutres y elegantes, salones de masaje tailandés, casas de apuestas con y sin alcohol, entre los negocios de importación y exportación, alguna que otra tienda antiquísima de artículos de menaje o una vieja filatelia, el centro de acogida de refugiados, situado en la calle principal y ocupado por unos gitanos que han desmontado las ventanas para instalar una antena parabólica y entre los cuales, en invierno, pasa cada poco una cuadrilla de señores mayores uniformados de azul o de rojo con espadas y gorros de bufón, una tribu de indios o una horda de hunos semidesnudos: es carnaval. ¿De qué vivirán todos esos comerciantes que ofrecen las mismas veinte pilas por un euro cincuenta en locales sobredimensionados? De las pilas, seguro que no, sobre todo si tenemos en cuenta que, al mismo tiempo, los antiguos negocios especializados que gozan de una buena clientela están cerrando uno tras otro porque sus dueños ya no pueden hacer frente al aumento constante de los alquileres. El entendimiento entre los pueblos tiene lugar al principio y al final del barrio, en cuatro largas barras donde las prostitutas más experimentadas de Colonia, con las ventanas siempre abiertas, entonan marchas carnavalescas, lo mismo da si es con teutones tetudos que con turcos tajados. Así son los nuevos centros urbanos, aunque el ambiente que se respira tras la estación de Colonia no es tan agresivo como otros; es más, a menudo resulta idílico hasta lo indecible. Son lugares nada menos que puros. Pese a no estar relacionados con la historia de su emplazamiento, tampoco es que la borren, cosa difícil tratándose de Colonia, una ciudad bimilenaria. Como si quisieran que ese nombre recuperase su significado literal, estos lugares se parecen a una colonia de extranjeros, pero de muchos extranjeros distintos, que además son extraños entre sí, por ejemplo, cuando comparten los puestos de un mismo cibercafé, separados por dos paneles, o cuando aguardan en grupo delante de un locutorio. Con frecuencia me pregunto si también ellos habrán embarcado en un bote cerca de Tánger, por la noche, al pie de un talud, solo que su bote no se hundió ni fue capturado... Una

sucesión de historias con final feliz, a pesar de que sigan compartiendo una habitación entre cinco y tengan miedo de encontrarse con la policía. Irán, diecinueve céntimos; Turquía, nueve; Bangladesh, veinticuatro. No son sociedades marginales: se van expandiendo desde el centro de la ciudad, y es en los márgenes donde todavía parece haber cierta homogeneidad. Allí, la ciudad se divide según el nivel de renta, mientras que en el centro todo está revuelto. Camino por el barrio y oigo palabras en árabe por aquí, polaco por allá; a la izquierda, una lengua que me recuerda a los Balcanes; luego, turco, por supuesto, algunos retazos en persa que llaman mi atención, el francés que hablan los africanos, distintas lenguas asiáticas y alemán, hablado con acentos y tonalidades de lo más diverso. No entiendo la mitad, en serio, la mitad. Y de la otra mitad que sí entiendo, casi nunca entiendo tampoco más de la mitad, porque el resto enseguida desaparece tras una ventana o tras la puerta de una tienda por estar mal articulado o demasiado lejos, o yo paso muy rápido o los demás pasan muy rápido a mi lado. Yo mismo termino las frases o me imagino el comienzo, me invento historias que no transcurren en el barrio colonés de Deutz ni en la Segunda Guerra Mundial, sino en ciudades de provincia chinas, en universidades nigerianas, en barcas, contenedores y terminales de salida aeroportuarias, allí donde el corazón se acelera.

Fragmento de *Dein Name* («Tu nombre»), NAVID KERMANI

## PRIMER DÍA: SCHWERIN

«Entonces, ¿no hay ningún tipo de problema?», pregunto incrédulo a la mujer que dirige la escuela dominical para niños sirios, situada en un complejo de edificios construidos con paneles prefabricados, característico de la República Democrática Alemana (RDA).

«La verdad es que no», responde ella. De vez en cuando, alguna mala palabra por el velo, pero eso no es nada en comparación con lo que su familia tuvo que pasar en Siria, durante la guerra. El niño que lleva en el vientre nacerá en paz.

Ghadia Ranah tiene cuarenta años y ya en Siria ejercía de maestra. Ahora es responsable de los ciento treinta y seis niños sirios que todos los fines de semana practican árabe en Dreesch —el mayor conjunto de bloques prefabricados de Schwerin— para mantener el vínculo con su país de origen. Sin embargo, los niños a los que pregunto durante el recreo, que tiene lugar en el patio del centro social, no piensan en regresar. Me sorprende lo bien que hablan alemán; solo llevan ocho o nueve meses aquí y ya utilizan el condicional para explicar cómo sería su vida cotidiana si se hubiesen quedado en Siria: no podrían ir al colegio ni jugar en la calle, vivirían con miedo a las bombas, los tanques, los combatientes. Me cuentan que aquí, en Alemania, todos son muy amables.

Al poco de comenzar mi viaje, en septiembre de 2016, me doy cuenta enseguida de las anteojeras que llevo puestas: mi idea original era hablar personalmente con los refugiados antes de escuchar, ya por la tarde, cómo hablan de ellos en la AfD (el partido de extrema derecha Alternativa para Alemania, por sus siglas en alemán). Lógicamente, esperaba encontrarme un panorama aterrador, ya que, como ciudadano de Alemania occidental, uno imagina que vivir en la antigua RDA debe de ser una especie de condena para cualquier refugiado: vecinos xenófobos, autoridades locales desbordadas, aislamiento, puede que hasta conductas ilícitas. Pero lo que encuentro en realidad son voluntarios motivados, refugiados con ganas de aprender y niños que juegan, como si el comité de bienvenida estuviese escenificando un publlirreportaje justamente aquí, en este complejo de bloques prefabricados.

Uno de los profesores de árabe voluntarios me explica que entre los sirios se ha corrido la voz de que las condiciones de vida en Schwerin son especialmente propicias para los refugiados. ¿Perdón? Así es. Según este profesor, los refugiados obtienen los papeles al cabo de dos o tres meses y, de este modo, pueden empezar a trabajar, tal vez todavía no de aquello para lo que se han formado —como farmacéuticos o ingenieros, por ejemplo—, pero sí como traductores en la Arbeiterwohlfahrt (una asociación caritativa de orígenes obreros), o bien en la construcción. Además, con la cantidad de viviendas vacías que hay en Schwerin, no es necesario alojar a los refugiados en centros de acogida, y los cursos de lengua no están saturados ni se forman colas frente a las distintas administraciones. En una asociación creada por los propios sirios tienen previsto ofrecer clases gratuitas de árabe para los vecinos que estén interesados, y, como muestra de gratitud, sus miembros ya han colaborado con las entidades que gestionan las típicas colonias de pequeños jardines y huertos.

Sin embargo, el trato con los vecinos no es tan sencillo, según cuenta Claus Oellerking, que en una etapa anterior de su vida fue director de colegio y ahora ha contribuido a crear una red de ayuda a los refugiados de Dreesch. En su opinión, los sirios son un caso muy especial, ya que pertenecen a una clase media, están muy motivados y cuentan con una buena formación; por ese motivo, su proceso de aclimatación es más rápido que en otros casos más problemáticos, los cuales sin duda también se dan, sobre todo cuando el flujo de refugiados no se somete a ningún control al no existir canales reglados para ello. Por una parte, la mayoría de los vecinos que viven en estos bloques también tuvieron que abandonar una vez su hogar, ya por haber sido expulsados de su país, ya por pertenecer a esa minoría de origen alemán que se asentó en Rusia y después regresó a Alemania, o bien a la clase obrera que emigró a Schwerin en los años setenta, cuando se construyeron las fábricas. Por eso muestran una clara disposición a ayudar, especialmente los de más edad; según Oellerking, al principio no daban abasto con la cantidad de regalos que su organización recibía para los refugiados. Por otra parte, muchos alemanes de Schwerin tienen la sensación de estar abandonados; a ello contribuyen el paro repentino ocasionado por el cierre de las fábricas tras la unificación alemana, unas pensiones escasas, el hecho de tener que vivir de la ayuda social, un número de hogares monoparentales extremadamente elevado, una edad media superior a los cuarenta años, la falta de niños y la idea de un Estado paternalista heredada de la RDA. Con ese panorama, de repente cientos de sirios se trasladan a vivir a estos bloques. Son hombres jóvenes y, sobre todo, familias jóvenes que han tomado las riendas de su vida y están felices por haber logrado ponerse a salvo. Y sí, tal vez sean un poco más temperamentales; además, tienen otras costumbres, hablan otro idioma... y luego está lo del velo. Es lógico que todo esto genere rechazo, aunque se trate de uno más bien tácito. En Dreesch apenas ocurren episodios violentos, por más que los periódicos hayan calificado la zona de «polvorín»; de hecho, ni siquiera hay grafitis o parques infantiles vandalizados. Ahora bien, el señor Oellerking duda de que haya alguien interesado en acudir a las clases de árabe o, siquiera, a la barbacoa internacional.

A continuación le pregunto por lo sucedido en la colonia de parcelas ajardinadas. El señor Oellerking enseguida recuerda que, efectivamente, aquello fue divertido; divertido y un poco triste. Al igual que el resto de cosas, las pequeñas parcelas que hay en la zona empezaron a quedar desatendidas; los viejos aficionados a la agricultura y a la jardinería que solían alquilarlas fueron falleciendo y no se produjo el relevo necesario, de modo que las tasas para cultivar estas parcelas aumentaron, lo cual tuvo un efecto disuasorio entre las familias más jóvenes: un círculo vicioso. Peor aún, el sentimiento de comunidad y la cohesión social fueron disminuyendo. Antes bastaba con poner un cartel para que los vecinos echaran una mano en la fecha prevista, pero recientemente se había hecho una convocatoria para adecentar la parcela de un jubilado enfermo y, a excepción de un solo arrendatario alemán que, además, es miembro de la AfD, los únicos que acudieron a la llamada fueron los refugiados sirios, quienes, desde lo ocurrido la pasada Nochevieja en Colonia, aprovechan cualquier ocasión para demostrar que pueden ser útiles en Dreesch.\* El militante de la AfD, molesto por la situación, no hacía más que mirar a su alrededor; luego empezó a llamar por teléfono desesperadamente en busca de voluntarios alemanes, pero los arrendatarios de las parcelas han dejado de echarse una mano entre ellos. El jubilado enfermo, por su parte, se mostró conforme con la ayuda de los sirios: para él, lo más importante era recoger la hojarasca y podar las ramas.

Al atravesar el casco antiguo de la ciudad, adornado con flores y en el que todos y cada uno de los ladrillos parecen cuidadosamente restaurados, paso junto a los grandes carteles de la AfD que advierten de «la destrucción de Alemania». Me dirijo al restaurante Lindengarten, donde el partido ha invitado a una «charla-merienda para hablar de las pensiones». Nada más entrar en la sala principal, cuyas paredes están revestidas de madera, oigo a una mujer quejarse de que las chicas alemanas son «deshonradas». «Esto empieza bien», me digo, y miro a mi alrededor. En la sala habrá unas cincuenta o sesenta personas, aún de pie o ya sentadas en unas mesas previamente arrimadas a la pared, como si en el centro debiera quedar espacio libre para algún baile. Entre los asistentes no hay nadie que llame mi atención: no lucen ningún emblema ni llevan la cabeza rapada o botas altas. Hay gente de todas las edades; es más, la única mujer joven vestida con un traje regional parece desubicada. Tras sentarme en una de las mesas, me ofrecen café y un trozo de tarta.

Primero se presentan los candidatos directos de esa circunscripción a las próximas elecciones regionales, los cuales, sin excepción, coinciden en subrayar que son ciudadanos normales y corrientes. La que parece encontrarse más cómoda es una señora rubia que, hasta hace poco, ha regentado un servicio de acompañantes para clientes árabes, razón por la cual ha sido tachada de la lista general de candidatos en el estado de Brandemburgo, dato que todos los presentes conocen. No obstante, sí que ha logrado imponer su candidatura en su propia circunscripción, de modo que aparece muy sonriente en los carteles —también en los que cuelgan en Dreesch—, luciendo el traje regional o subida a un caballo majestuoso, probablemente árabe. El ponente esta tarde es Andreas Kalbitz, portavoz adjunto del grupo parlamentario de la AfD en Brandemburgo. Se dice que Kalbitz pertenece al sector más radical del partido y que, además, es miembro de una de las tradicionales asociaciones estudiantiles.\* Incluso la denominada Lügenpresse o «prensa mentirosa» lo relaciona con un grupo de extrema derecha. En lo que a mí respecta, nos conocimos por teléfono, cuando contacté con él para concertar una cita en Schwerin. Debo decir que, en aquella ocasión (y que me disculpen mis queridos amigos de izquierdas por tener que escribir esto), Kalbitz no me pareció nada agresivo.

También en este discurso, el candidato insiste una y otra vez en que es preciso diferenciar..., aunque él en ningún momento lo hace, sino que generaliza continuamente al hablar de los partidos que forman parte del sistema, los medios de comunicación y los asilados. Los ejemplos a los que recurre son también parciales, ya que solo sirven para ilustrar un aspecto de la realidad. Así, Kalbitz menciona unos bloques de edificios en su circunscripción que se han reformado para acoger a los inmigrantes, mientras los alemanes siguen viviendo en pisos deteriorados; los doscientos millones de euros anuales que se necesitan para equiparar el nivel de renta en el este, mientras se autoriza una partida de noventa mil millones para ese disparate que es el asilo; los doce mil euros de pensión que cobra la máxima responsable de la radio pública, así como la impotencia de las autoridades a la hora de lidiar con esos refugiados que se aprovechan del transporte público viajando sin pagar o a los que les regalan billetes en Berlín, mientras los pensionistas y los beneficiarios de la ayuda social tienen que abonar una tarifa reducida. Y así sucesivamente: Kalbitz habla de sociedades paralelas, de jueces de paz islámicos y de nuestras mujeres alemanas, que ya no se atreven a salir de noche; pero, claro, es preciso diferenciar. El punto de partida de cualquiera de sus argumentos son las pensiones, dado que todos queremos envejecer dignamente, con independencia de nuestra orientación política, y su conclusión es

siempre la misma: «Alguien se está llevando el dinero que os hará falta cuando seáis mayores». Sinceramente, todo esto me resulta demasiado simplista; de hecho, los asistentes parecen tener cierta formación.

Es en el turno de preguntas cuando caigo en por qué este nuevo partido va a obtener, de golpe, un veinte por ciento de los votos en las elecciones regionales: no es lo que sus miembros dicen, sino lo que los asistentes pueden al fin expresar. A cada cual le preocupa una cosa distinta: la pensión, la cuota del seguro médico privado al que uno, ya de mayor, no puede renunciar, los extranjeros que se ven por la calle o la subida de tasas en la colonia de jardines, y todos leen los mismos superventas que advierten de los peligros del islam. No es odio, sino miedo, lo que se desprende de esas frases; miedo a salir perdiendo en su propio país y al ver cómo, tras la Unificación, todo se desmorona. Esto no es una reunión del partido neonazi (NPD, por sus siglas en alemán), pues aquí un cabeza rapada llamaría más la atención y, probablemente, sería más molesto que alguien como yo, de cabello oscuro. Estas personas son ciudadanos normales y corrientes con trabajos normales y corrientes o pensiones demasiado escasas, según me cuentan cuando me pongo a hablar con ellos después de la charla. Son maestros de taller, informáticos, y hasta hay un señor que ha trabajado para la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) como observador electoral y tiene, por tanto, experiencia en el extranjero; también hay otro de barba larga y edad avanzada que antes probó con el Partido Pirata y que más bien parece un *hippie*. Sea como fuere, creo que no, que Andreas Kalbitz no tiene nada de nazi: sus pequeñas gafas de montura metálica, su bigote rubio y su dicción cortante le confieren un aire más bien guillermino. Y es precisamente esa Alemania, la vieja Alemania con una marcada conciencia de nación —aunque no la misma que Adolf Hitler llevó a la ruina, sino aquella en la que todo seguía estando en orden—, lo que tal vez sirva como referencia más próxima para los miembros de una sociedad estudiantil.

«Queremos que todo siga igual», me dice un joven vestido con un pantalón de senderismo que se muestra igual de amable e interesado que todos los que, una vez finalizado el acto, se dirigen a mí y no al revés.

«Usted es libre de desear lo que le apetezca —le respondo—. Puede defender sus ideas, pero yo, también. Nadie tiene un derecho preferente.»

Es entonces cuando el joven se queda boquiabierto: que un hijo de inmigrantes pueda tener los mismos derechos que una persona cuya familia ha nacido en Alemania no termina de convencerlo. Obviamente, no sucede lo mismo con el antiguo miembro de la OSCE, y pronto se entabla un debate entre los propios seguidores de la AfD. Incluso acaban defendiendo el derecho de asilo político y, más de una vez, recuerdan que Alemania necesita una ley de inmigración, tal y como figura en el programa del partido; sin embargo, todos convienen en que el caos vivido durante el pasado otoño no es de recibo, y en eso coinciden con el señor Oellerking, de la organización de ayuda a los refugiados que llegan a Schwerin.\* Con todo, se da por supuesto que ninguno de los presentes ha conversado jamás con un refugiado, por no hablar ya de acudir a la escuela dominical, por muy cerca que esta les quede. Pero, en fin: ¿qué miembro de esa Alemania a la que yo pertenezco, esa «sucia Alemania del 68 contaminada por los de izquierdas, los rojos y los verdes», según la denominó el presidente de la AfD, ha hablado alguna vez con los seguidores de su partido?



Cuando la sala se vacía, me acerco a la mesa de Kalbitz. El candidato está agotado: el calor, los mítines de campaña y, para colmo, un resfriado que ha cogido en el avión. Me cuenta que también él preferiría pasar ese domingo soleado con su familia y sus tres hijos, pero le preocupa demasiado la pasividad de los ciudadanos, su resignación, el escaso índice de participación electoral... Gracias a la AfD, la gente está regresando a la política: el partido les está dando voz, y eso es algo que debería alegrar a cualquier demócrata, ¿no? Le pregunto si no le parece absurdo que la AfD proclame en sus carteles que Alemania corre el riesgo de ser destruida. No en vano, el país es muy consciente de lo que eso significa, y, en caso de haberlo olvidado, basta con ver las imágenes procedentes de Siria o de Irak. ¿De verdad tiene sentido hablar de la destrucción de Alemania aquí, en el primoroso casco antiguo de Schwerin, en un salón de festejos revestido de madera? Añado que, para serle sincero, no se me ocurre en ese momento un país que pueda ser más seguro, próspero y libre que Alemania; acaso Suecia o tal vez Noruega.

Kalbitz contesta que el eslogan no es suyo y que simplemente expresa una preocupación, no un hecho consumado.

«¿Ah, sí?», le respondo.

«Claro —insiste Kalbitz—, es una preocupación, no un hecho.»

A partir de ese instante, el político no deja de diferenciar entre unos y otros casos durante toda nuestra conversación, cosa que en su charla ha quedado reducida a una mera declaración de intenciones. Así, de repente ya no habla solo de esa Nochevieja en concreto, sino también de quienes sufren una auténtica persecución, que por supuesto tienen derecho a recibir asilo; ya no habla solo de los ataques terroristas, sino también de todos esos musulmanes que están integrados. Al final, acabamos tocando todos los temas que suscitan las mayores provocaciones: desde Boateng, el futbolista negro de la selección al que los alemanes no querían tener como vecino, hasta la orden de disparar en las fronteras; lo único que Kalbitz parece defender en exclusiva es la idea de prohibir los minaretes, aunque no sabe explicarme cómo lograr que una persona se identifique con un país que no respeta su credo.

Este es precisamente el reproche que muchas veces se hace a la AfD: que sus representantes provocan adrede para, luego, insistir en que no era esa su intención; así es como los límites de lo que resulta escandaloso van retrocediendo poco a poco. Sin embargo, ahora que estoy sentado frente a Andreas Kalbitz, no sabría decir si es esa persona que en su discurso se ha burlado de voluntarios como Claus Oellerking, calificándolos de «lanzapeluches», o esa otra que no tendría nada en contra de un vicescanciller de origen turco, siempre que estuviese integrado (según él, su rechazo a Cem Özdemir, presidente del partido de Los Verdes alemanes hasta 2018, se debe a motivos estrictamente políticos). También me cuenta que, hace poco, unos empresarios croatas le dijeron que todo lo que defiende la AfD en principio les parecía bien, pero que no podían apoyar al partido porque estaba en contra de los extranjeros. Y reconoce que, hasta cierto punto, él mismo había llegado a entender su argumento, que, por otra parte, es completamente erróneo. Kalbitz se despide deseándome buen viaje.

## SEGUNDO DÍA: DE BERLÍN A BRESLAVIA

Sobre el tejado del teatro Volksbühne, situado en la plaza dedicada a Rosa Luxemburgo, hay tres letras enormes que lucen en rojo: «OST» ('Este'). Son una declaración en sí mismas; no, lo que pretenden es expresar una contradicción en el Berlín reunificado, puede que incluso en la Europa unida: «OST». Muchas de las grandes obras representadas en este escenario en las dos últimas décadas, agotadoras desde un punto de vista físico por su duración —de cinco, seis, siete horas—, han sido adaptaciones de novelas rusas, y el ciclo de debates celebrado aquí se tituló «Capitalismo y depresión», primero, y «Política y criminalidad», después. Ahora, el Senado berlinés acaba de aprobar la transformación del que se considera uno de los teatros más importantes de Alemania en un centro artístico multimedia que formará parte de la red internacional de festivales y en el que se hablará principalmente inglés. Seguro que también tratarán el tema de los refugiados.

El taxi que me lleva a la estación central pasa junto a un cubo de plástico que sobresale entre el resto de los edificios que jalonan la avenida Unter den Linden: la catedral, la universidad, la ópera, la Puerta de Brandemburgo. Todavía resulta difícil de creer que tras esas lonas estén reconstruyendo, ladrillo a ladrillo, la fachada del palacio de los Hohenzollern, como si fuera posible remodelar la historia. La lona que ocupa toda la fachada delantera reza «*Do Bigger Things*» («Haz cosas más grandes»). Cabe preguntarse si la agencia de publicidad habrá elegido el motivo aposta. De un modo casi subversivo, el anuncio muestra un paisaje enmarcado por la pantalla de un teléfono inteligente sobre el cual se ve un bolígrafo, que sugiere la idea de retocar la realidad. En breve, las distintas culturas de nuestro mundo se expondrán en un edificio que es precisamente una imitación de la grandeza prusiana, aunque nadie sepa cómo se va a hacer. Para empezar, ya se ha reasignado una de las plantas con el fin de dar más importancia a la propia historia local. Solo faltaría volver a poner en la cúpula del palacio la cruz dorada que, tras el fracaso de la revolución de 1848, tuvo por objeto representar el derecho divino del rey, pero, en esta ocasión, a modo de estandarte de las colecciones de arte colonial: una estrategia perfecta para desenmascarar de una vez por todas el cosmopolitismo de este proyecto.

Me bajo del taxi frente al Reichstag, cuya cúpula también fue reconstruida tras la caída del Muro, pero no como una copia que mira al pasado. Como he llegado unos minutos antes de lo previsto, opto por no arrastrar la maleta hacia la derecha, donde está la estación central, sino hacia la izquierda, donde se encuentra el Monumento a los judíos de Europa asesinados. Del mismo modo que la ubicación y las dimensiones del monumento me parecen adecuadas, considero que ese paisaje transitable de bloques de hormigón es un error fatal, pues intenta generar una empatía que resulta inalcanzable. Al acercarme al monumento por vez primera desde la parte norte, me sorprende comprobar cómo las estelas se elevan formando un montículo gris compuesto de tumbas, tras el cual el Tiergarten se convierte en el jardín de un cementerio, los edificios de oficinas que hay alrededor se transforman en alas administrativas cuyas líneas y colores

armonizan con los rectángulos de hormigón y, de repente, la Puerta de Brandemburgo es un portal que no se atravesaba por voluntad propia. Esta perspectiva me lleva a abstraer un crimen cuyas dimensiones exceden lo imaginable y, durante unos minutos, hace que me reconcilie con el monumento. Sin embargo, camino entre las estelas y enseguida me vuelvo a sentir consternado. Cuanto más se elevan, cuanto más se aleja la ciudad, cuanto más perdido se supone que debo sentirme, mayor indignación me produce un efecto tan ramplón. El desnivel premeditado del suelo —que probablemente tenga por objeto simular la inestabilidad vital de las víctimas, pero que, cuando uno arrastra una maleta, representa un obstáculo de lo más banal— casi me resulta irrespetuoso. Hasta las vallas de seguridad situadas junto a unas escaleras empinadas que conducen a unas puertas subterráneas donde pone «Salida de emergencia» me parecen más sinceras.

Me pregunto si los trenes que se dirigen al este irán siempre tan vacíos. Me avergüenza reconocerlo, pero nunca he estado en Polonia. Habiendo nacido y crecido en la parte más occidental de Alemania, siempre mirábamos hacia Francia, Italia y Estados Unidos; hasta Oriente lo conocíamos mejor que el este de nuestro propio país. Ahora, el tren cruza el Óder, que todavía parece un río en condiciones, cuyo cauce no se ha visto tan modificado ni obstruido por las edificaciones y cuyas orillas pueden crecer libremente. Apenas llevamos treinta segundos en Polonia y el Este luce ya un aspecto primigenio, como en los libros de Andrzej Stasiuk; pero, claro, los bloques de viviendas prefabricadas también aparecen enseguida, pasados otros treinta segundos.

En Poznan casi pierdo la conexión a Breslavia porque, pese a mi dilatada experiencia como viajero, no consigo orientarme en la estación y no entiendo nada de lo que me dicen aquellos a quienes muestro mi billete. Además, me detengo frente a una panadería: si hay algo que siempre he considerado típicamente alemán es el pan integral, pero entonces caigo en la cuenta de que el pan polaco, al menos en Poznan, es igual de oscuro y de que, culinariamente hablando, Alemania está más próxima al este que al oeste de Europa, y ya no digamos al sur, cuya influencia en la cocina alemana apenas se remonta a las últimas décadas. Así que no es la salchicha blanca, sino el pan blanco, lo que ha dividido históricamente al continente. Antes de las guerras mundiales, era natural incluir a Alemania en Centroeuropa junto con Polonia, la República Checa o Hungría, y muchos intelectuales alemanes insistían en explicar qué distinguía a su país de Occidente. Cuando por fin estoy sentado en el tren, me sorprende comprobar que no hay siquiera un sitio libre en primera clase, como si los polacos solo se moviesen dentro de su propio país.

Ya en Breslavia, el historiador Krzysztof Ruchniewicz, director del Centro Willy Brandt, me explica que la figura de Helmut Kohl es bastante más popular en Polonia que entre los miembros de mi generación, criada en Alemania Occidental y caracterizada por un espíritu pacifista. Es cierto: Brandt reconoció la línea Óder-Neisse como frontera, pero más adelante negó su apoyo a la oposición anticomunista y, durante una visita a Polonia en 1985, no quiso reunirse con Lech Wałęsa, galardonado con el premio Nobel de la Paz. Si preguntase en los cafés de la plaza que hay delante de la sinagoga, donde estamos sentados, el nombre del antiguo canciller federal no le diría nada a nadie, y eso que estaría preguntando a los ciudadanos mejor formados. Tal y como señala Ruchniewicz, en 1970 ningún polaco supo que Brandt se arrodilló frente al monumento

conmemorativo del levantamiento del gueto de Varsovia; esa foto solo se publicó una vez en un periódico judío y, a partir de entonces, únicamente se reprodujo en una versión retocada o de forma parcial, sin que se vieran las rodillas de Brandt.

Sorprende que haya acontecimientos fundamentales que no se recuerden si uno ha nacido unos pocos kilómetros más hacia el oeste; por ejemplo, que todos los habitantes de Breslavia, sin excepción, tienen un ominoso «origen inmigrante» y que en 1945 se produjo un trasvase completo de la población, ya que un total de seiscientos mil alemanes fueron expulsados, o, para ser exactos, todavía más, puesto que Silesia era considerada el refugio antiaéreo de Alemania y aquí vivían muchos de los que huyeron de los territorios occidentales. Los judíos fueron expulsados por partida doble; mejor dicho, triple: la primera vez, los alemanes los hacinaron en trenes con destino a Auschwitz, Theresienstadt o Majdanek; los pocos que lograron sobrevivir en Breslavia fueron expulsados después de la guerra por ser alemanes, y, por último, están aquellos que fueron trasladados a la ciudad con el resto de polacos, de nuevo, por ser judíos. De todo esto apenas se tiene un conocimiento vago, porque en la escuela, si es que llegábamos a tratar el tema de los antiguos territorios alemanes, simplemente nos sentíamos avergonzados. Ahora bien, Ruchniewicz me apunta que también en Polonia el pasado se recuerda de forma esquemática y que los polacos solo se ven como víctimas, máxime cuando el nuevo Gobierno conservador evita cualquier referencia a la expulsión de los judíos, por no hablar de la de los alemanes.

Trato de imaginar cómo los polacos, que en su mayor parte fueron expulsados de lo que hoy es Ucrania, llegaron a Breslavia; cómo ocuparon las viviendas que los alemanes tuvieron que dejar apresuradamente, cómo abrieron los armarios y los cajones, cómo el zapatero se puso a buscar un taller y el médico, una consulta, cómo en las escuelas puede que aún colgaran los dibujos de los últimos alumnos, el guardapolvo del conserje, el sombrero con etiqueta alemana del director... ¿Y si le quedara bien a su sustituto? Cuando una ciudad pierde a todos sus habitantes y, con ellos, su historia, uno cree que la vida no puede continuar, pero al cabo de pocas décadas da la impresión de que esas personas siempre han vivido en Breslavia.

Krzysztof Ruchniewicz me habla de la ocasión en la que unos expulsados alemanes —una familia muy numerosa, o puede que varias familias juntas— pasaron en autobús por el pueblo de su mujer, próximo a Habelschwerdt. La abuela alemana, empeñada en averiguar el precio de la vivienda, fue retenida una y otra vez por sus hijas hasta que, finalmente, la obligaron a subir al autobús. El vehículo dio una vuelta y, luego, volvió a detenerse frente a la casa de los suegros de Ruchniewicz. Alguien les ofreció un pequeño regalo desde la ventanilla del conductor, un paquetito de café, antes de que el autobús prosiguiera su camino.

«Fue una sensación extraña —me dice el director del Centro Willy Brandt—, algo muy raro: nos preguntamos si también nosotros deberíamos haberles dado algo, pero... ¿por qué razón?»

Esa misma noche, cuando me dispongo a enviar un correo electrónico a Andreas Kalbitz para darle las gracias por haberme recibido, decido —admitiré que no sin cierto descaro por mi parte, pero a veces los dedos van más rápido que la razón— mandarle saludos «desde Breslavia, donde no ha sido el cosmopolitismo, sino el nacionalismo, lo que ha llevado a que aquí ya no viva un solo alemán».

## TERCER DÍA: AUSCHWITZ

El proceso que me convierte en alemán sin peros que valgan apenas dura un segundo. Debido a la gran demanda, solo es posible visitar Auschwitz en grupo; además, es necesario apuntarse con antelación, a ser posible por internet, y elegir un idioma: inglés, polaco, alemán, etc. El procedimiento no es muy distinto al de un aeropuerto: los visitantes, la mayoría de los cuales llevan mochila, pantalón corto u otros signos que indican que están de viaje, muestran el código de barras para identificarse, cogen una pegatina distinta según el idioma y, un cuarto de hora antes de la visita guiada, pasan por un control de seguridad. Después, distribuidos entre los escasos asientos disponibles en una estrecha sala, esperan hasta que llaman a su grupo. Tras cruzar la entrada por otro escáner, ya solo un paso me separa del campo de concentración. Veo ante mí los barracones, las torres de vigilancia y las alambradas que todos hemos conocido a través de fotos, películas y documentales.

Los grupos ya están formados, aunque los guías aún no han llegado. Mientras que los jóvenes israelíes son un poco más ruidosos y parecen más seguros de sí mismos —¿o son imaginaciones mías?—, los alemanes —no, no me lo estoy imaginando— se arriman en silencio a la pared del centro de visitantes. Entonces me pongo la pegatina, en la que solo hay escrita una palabra, negro sobre blanco: «Alemán». Ahí está, ese es el acto en cuestión, el letrero que a partir de ese momento luzco en el pecho como una confesión: «Alemán». Sí, soy uno de ellos, no por mi origen ni por ser rubio, tener sangre aria ni demás tonterías, sino simplemente por el idioma y, con él, su cultura. Me acerco a mis compañeros de visita y espero a nuestra guía, también en silencio. En la entrada, presidida por el lema «*Arbeit macht frei*» («El trabajo os hará libres»), todos los grupos se van colocando uno tras otro para hacer una foto extraña. Solo nosotros nos sentimos avergonzados.

La visita de tres horas está organizada de modo que el horror aumenta progresivamente, empezando por las alas donde se alojaban los presos, pasando por los distintos espacios destinados a su ejecución, cámaras de tortura y laboratorios donde se experimentaba con seres humanos, y hasta llegar a las cámaras de gas, en cuyas paredes se reconocen varias marcas de uñas. A través del auricular que lleva cada visitante, la guía nos explica que, cuando la cámara de gas se volvía a abrir pasados veinte minutos, a menudo encontraban a los cadáveres encajados, como si los vivos se hubiesen dado un último abrazo, pienso. Lo cierto es que, incluso en una situación de hacinamiento, no debe de haber nada más solitario que la agonía, y es probable que, presas del dolor, el pánico y la pena, los cuerpos comenzasen a golpear desesperadamente en todas direcciones. Pero esto no es más que una suposición, ya que quien lograra sobrevivir a Auschwitz no hubo de enfrentarse a la oscuridad más profunda. Los trabajadores judíos, que eran los primeros en entrar en la cámara después de cada gaseamiento, debían abrirse paso entre sangre, vómitos y orina. Separaban los cadáveres tirando de ellos y los tumbaban bocarriba para arrancarles los dientes de oro, que el Imperio alemán consideraba de su propiedad. Abrirles la

boca requería un gran esfuerzo físico: algunas mandíbulas estaban cerradas con tanta fuerza que incluso se necesitaban herramientas, como si los moribundos hubiesen decidido que su último movimiento fuese para guardar silencio. Esa frase que dice que después de Auschwitz ya no será posible escribir poesía ha sido objeto de muchos malentendidos, burlas y desprecio, y eso que, después de la guerra, el propio Adorno se mostró claramente a favor de la poesía avanzada. En la cámara de gas, estas palabras se convierten en una obviedad, no ya como anatema, sino como expresión de una reacción inmediata: ¿cómo va a ser posible que la civilización siga adelante después de algo así, qué sentido tiene? ¿Qué puede añadir el ser humano al contemplar semejante obra, hecha por él mismo? Nuestra propia mandíbula también se tensa. Y entonces, justo cuando creemos habernos acercado a comprender las dimensiones del campo, un autobús nos traslada a Birkenau, a pocos kilómetros de allí y cuya extensión es sencillamente inabarcable. Himmler quiso convertir Auschwitz en el modelo de algo parecido a una economía de la esclavitud y, así, impresionar a los visitantes; al menos en apariencia, recuerda a un campo de trabajo por el orden y la funcionalidad, mientras que en Birkenau queda claro que aquello era una fábrica de muerte.

Los recorridos de cada uno de los grupos se cruzan todo el tiempo; sin embargo, pese a la gran afluencia de visitantes, casi no hay intervalos de espera frente a los distintos edificios. Con bastante naturalidad, Auschwitz forma parte de los destinos turísticos europeos más populares y ofrece los escenarios obligados para hacerse selfis. Claro que en todo momento tengo la impresión de que se trata de un comportamiento inapropiado, pero no se me ocurre otra manera de conseguir que las masas recorran el campo. No existe una forma adecuada de abordar la aniquilación de vidas humanas a escala industrial en un contexto turístico. Aunque las explicaciones de nuestra guía son muy útiles, me gustaría apartarme del grupo, quedarme a solas y desprenderme del auricular, pero en cierta medida hay que atenerse al orden establecido para que este no se rompa. Y debemos desear que Auschwitz reciba a tantos visitantes como sea posible.

En el extremo posterior del antiguo campo de exterminio de Birkenau se han congregado los grupos de visitantes israelíes. Son varios cientos de jóvenes vestidos con camisetas blancas y sus monitores, todos sentados en una escalera al aire libre. Unos fornidos guardas de seguridad que deben de haber viajado con ellos se encargan de que ninguna persona ajena se acerque demasiado. Algunos jóvenes se sitúan frente a una bandera de Israel, del tamaño de una pared, para cantar una canción o recitar un texto. Al final, todos rezan una oración conjunta.

Mientras se dirigen a la salida, me pongo a hablar con algunos jóvenes. Me cuentan que su viaje, que los conducirá a los lugares más representativos del exterminio europeo de los judíos, dura ocho días. No es obligatorio, pero está subvencionado, y la mayoría de los israelíes lo han hecho al menos una vez antes de finalizar el colegio.

«¿Y tiene algún efecto en vosotros?», pregunto con cierta torpeza.

«Pues claro —me responde una chica de unos diecisiete o dieciocho años—. Antes, el Holocausto no era más que una lectura obligatoria, como tantas otras. Para ser sincera, nunca me interesó más que el álgebra, pero aquí se vuelve real.»

La joven continúa explicándome que los primeros tres o cuatro días fueron como un viaje de fin de curso normal y que no había terminado de entender de qué se trataba. Pero en algún momento había hecho clic y había comprendido dónde están sus raíces, por qué sobrevivieron tan pocos de sus antepasados y la salvación que representa Israel.

«Simplemente, me he dado cuenta de lo que significa ser judía, ser israelí. Antes no era del todo consciente de ello.»

Cuando los jóvenes me preguntan si Auschwitz ha tenido algún efecto en mí, les hablo de esa pegatina en la que solo hay una palabra: «Aleman». Les cuesta entender que en ese instante me sienta culpable, o tal vez no culpable, pero sí que me sepa parte de los verdugos, no de las víctimas. Intento que vean las implicaciones que conlleva para mí la genuflexión de Brandt, aunque antes debo explicarles quién era Willy Brandt. Soportar el peso de la historia y que este te obligue a arrodillarte no tiene que ver con una autoría individual (de hecho, el propio Brandt luchó contra Hitler), sino con la responsabilidad que uno tiene respecto al lugar donde vive.

Un chico argumenta que Auschwitz supone una obligación moral para todos, con independencia del país al que se pertenezca. Cuando menciono que mis padres ni siquiera son alemanes, su asombro es aún mayor. En Auschwitz se asesinó en alemán, le respondo; todas las órdenes escritas en la pared y todos los horarios de trabajo expuestos en las vitrinas, hasta las instrucciones de uso de los productos químicos que hay a la entrada de las cámaras de gas, están en alemán. Cualquiera que se exprese en esta lengua —y no digamos los escritores que viven de, con y gracias a ella— enmudece instintivamente al leer los carteles redactados por la antigua dirección del campo: «Estáis en un campo de concentración alemán». Entonces el chico comprende por qué hoy no hay ningún cartel en ese idioma. Como alemán, uno jamás puede visitar Auschwitz y ser imparcial. Mentalmente me digo que la frase sobre la poesía que ya no podrá escribirse después de Auschwitz tiene todavía otro significado, en particular para la literatura escrita en la lengua de los verdugos. Primo Levi contó que hablar alemán tenía un valor existencial incluso para los presos, pues era la forma de entender de inmediato las normas, las órdenes que les gritaban y sus peculiares instrucciones. Así, Levi escribe:

No exagero al decir que a su ignorancia de idiomas se debe la alta tasa de mortalidad de griegos, franceses e italianos en los campos de concentración. No era fácil de adivinar, por ejemplo, que esa descarga de puñetazos y patadas que te tumbaba por el suelo de repente se debía al hecho de que los botones de tu chaqueta eran cuatro, o seis, en lugar de cinco, o que habías sido visto en la cama, en pleno invierno, con el sombrero puesto.\*

Los muchachos me preguntan por qué no han visto un solo grupo de alumnos alemanes. La época del año, la distancia, alguna razón habrá, respondo. Si Auschwitz no es más que una lectura obligatoria para ellos, jóvenes israelíes, se pueden imaginar cuál es la situación en las aulas alemanas, hoy ocupadas por muchos otros jóvenes de distintos países. Eso contribuye todavía más a que Auschwitz no sea considerado parte de la propia historia.

Entonces me acuerdo de la visita a Schwerin, de los refugiados que vi, tan seguros de sí mismos, y de los ciudadanos soliviantados. Si la «cultura dominante» que se reclama todos los años se caracterizara por algo específicamente alemán, ese algo no serían los derechos humanos, la igualdad ante la ley, la secularización, etc., puesto que todos estos valores son europeos, por no decir universales. Lo específicamente alemán sería la conciencia de una culpa que el país ha aprendido poco a poco a tener y que ha ensayado a modo de ritual; y es justamente esa conquista, ese logro que la República Federal de Alemania —a diferencia de Francia o Estados Unidos— puede reclamar para sí, junto con una industria automovilística puntera y con el reciclaje, lo que la doctrina nacionalista quiere suprimir. Esta teoría se cumple, asimismo, a la inversa: quienes estén en contra de un concepto racista de nación tampoco podrán apoyar una visión de la

responsabilidad histórica étnicamente reduccionista. Si quieren llegar a una integración real, los sirios, o al menos sus hijos, esos que ya dominan el condicional en alemán, también deberán soportar la carga de ser alemanes. Será en Auschwitz, a más tardar, cuando noten ese peso, ni bien abandonen el centro de visitantes.



## CUARTO DÍA: CRACOVIA

En el Museo de Arte Contemporáneo de Cracovia, situado en los terrenos de la antigua fábrica de objetos de menaje esmaltados de Oskar Schindler, se expone la foto de una joven visitante que parece simpática, y también muy guapa, riéndose abiertamente junto a la valla del antiguo campo de exterminio de Birkenau. En su rostro se refleja la sombra de la alambrada.

Esta foto provocó un escándalo local, y la comunidad judía exigió su retirada. Sin embargo, la imagen muestra una situación que se ve todos los días en Birkenau: visitantes sonriendo a la cámara delante de la valla, las torres de vigilancia o el vagón de tren; eso sí es que no se están fotografiando a sí mismos. ¿Que hoy en día una mujer luzca su belleza y se muestre segura de sí misma en Birkenau representa un triunfo frente a la barbarie o es, más bien, una burla contra sus víctimas? Casi a modo de justificación, en el catálogo se destaca que la chica de la foto es judía, aunque cabe preguntarse lo siguiente: ¿la cuestión de si reírse junto a la valla de un campo de concentración es admisible o no puede depender del origen del que se ríe? El catálogo incluye imágenes de un vídeo de 1999 en el que un grupo de personas, viejos y jóvenes, bailan y corretean desnudos en una cámara de gas. En este caso, la protesta no solo se produjo a escala local. Las imágenes son difícilmente soportables, pero puede que, pese a ello, o precisamente por ello, se me queden grabadas con una intensidad que el videoarte rara vez alcanza.

Al cabo de veinte minutos, salgo presuroso del Museo Schindler, donde intentan replicar en tres dimensiones qué se siente al tener que realizar trabajos forzados. Es más, en una sala pintada por completo de beis oscuro se reproduce una mina y los visitantes caminan sobre la grava original. Es probable que algunos hasta se quiten los zapatos para que la experiencia de sentirse explotado sea todavía más auténtica. Delante del museo, los taxistas anuncian una excursión en pequeños carteles: «*Auschwitz Salt Mine Cheap!*» («Mina de sal de Auschwitz: ¡barato!»).

Todas las guías mencionan lo hermosa que es Cracovia, cuya belleza impresiona todavía más si se lee a Adam Zagajewski, el más célebre de los muchos escritores originarios de la ciudad. Este escenario donde se mezclan Renacimiento, Barroco, *art nouveau* y neogótico ha resistido intacto a la guerra y a la bola de demolición comunista. Sin embargo, cuanto más paseo por el casco antiguo, mayor es la sensación de estar en un mero decorado, en el que se han insertado los mismos *coffee shops*, *quality hamburger* y tiendas de las principales cadenas de moda que en Sevilla, Pisa o Aviñón; las zonas peatonales con contenedores de reciclaje; una selección idéntica de restaurantes con algún que otro establecimiento que ofrece *local food*; iguales negocios de alquiler de bicicletas y vehículos eléctricos de dos ruedas consistentes en una tabla y un manillar con los que los turistas pertrechados con cascos recorren las callejuelas; las mismas camisetas de fútbol que llevan los niños en toda Europa: Real Madrid, Barcelona, Bayern, Manchester. Hasta la música pop, las arias de ópera y los trucos de magia de los artistas callejeros son iguales en todo el continente. Por el contrario, en estos parques de atracciones en los que se han convertido muchos centros urbanos europeos, ya no se ven ejemplos de lo que es la vida normal de una

ciudad, con sus escaparates pensados para la población local, sus trabajadores que desempeñan distintos oficios, sus comerciantes o sus transeúntes que pasan a toda prisa; a cambio, encontramos un Carrefour Express con idénticas provisiones a las que uno puede comprar en cualquier enclave turístico español, así como a esos jóvenes ingleses nada discretos que se emborrachan con el torso desnudo. Es curioso que puedan estar al mismo tiempo en Sevilla, Pisa o Aviñón.

De pronto oigo las voces de un coro femenino, procedentes de una iglesia que pasa inadvertida, y abro la puerta. Son monjas, no tan mayores como suele ser habitual en el resto de Europa, vestidas con un hábito blanco y repartidas por los bancos: cada una está sola y acompañada al mismo tiempo. Por detrás todas son iguales; al fin y al cabo, su ropa no deja de ser una especie de uniforme. Es probable que esta escena, completamente inesperada —aunque, si cabía esperarla en algún lugar, tenía que ser en Polonia—, me resulte tan particular porque la cotidianidad del convento representa el polo opuesto al ocio políglota que reina alrededor. Por un instante, la rutina de las monjas me parece más exótica que el estilo de vida que uno encuentra en cualquier *organic café*.

Como en todos los lugares donde no hubo supervivientes del Holocausto, el barrio judío de Cracovia está muy de moda. Comer alimentos *kosher* a sesenta kilómetros de Auschwitz tal vez sea otra forma de empatizar, solo que con la ilusión de un final feliz. Además de los caracteres hebreos, también aquí se ven casi todos los logos que indican cocina vegana y wifi gratuito: «*Feel good*», como reza, entretanto, hasta la publicidad de los cigarrillos que ensalza un estilo de vida poco contaminante, políglota y sin cargo de conciencia. Por supuesto que en esta especie de easyJet que uniformiza las ciudades como ya hizo con las zonas de costa no hay lugar para posicionarse en contra de los gais, los discapacitados, los negros ni los velos de las turistas árabes cuyos maridos llevan los mismos bermudas que los visitantes del resto del mundo; la gente se comunica en inglés, la ubicación de los cambiadores para bebés está indicada para ambos sexos y lo primero que se hace tras visitar el Museo Schindler es tomar un *smoothie* mientras se navega por el amplio universo de internet. No es de extrañar que en Europa, para muchas personas, el concepto de «*Heimat*» (una mezcla entre «patria», «hogar» y «comunidad») se haya vuelto ajeno.

No obstante, tal y como sostiene el escritor Adam Zagajewski, Cracovia se ha beneficiado enormemente de Europa, sobre todo a través del turismo y de los fondos para el desarrollo procedentes de Bruselas. Antes, la ciudad era negra debido al hollín tóxico de las acerías, negra a causa del carbón que, cada vez que llegaba el otoño, se apilaba frente a los edificios y se derramaba por las calles siempre que llovía, y negro era también el río Vístula por culpa de la suciedad. Y no solo el paisaje urbano era triste. Bajo el comunismo, la ciudad quedó «petrificada en una mueca de tedio», tal y como describe Zagajewski en su libro *En la belleza ajena*, «en la catatónica inmovilidad de un interno de un hospital psiquiátrico que, vestido con un pijama azul celeste a rayas, espera con paciencia el fin del mundo».\*

Adam Zagajewski fue un poeta disidente de los años posteriores a 1968, luchó contra la dictadura y le prohibieron publicar, por lo que primero se trasladó a París y, más adelante, a Estados Unidos. En sus poemas, ensayos y diarios, Zagajewski saca a la luz algo parecido a una conciencia europea, un imperio intelectual y multilingüe que, más allá de las fronteras nacionales, libre de preocupaciones y de respetos ideológicos, mira hacia un pasado que siempre fue

sangriento. Hoy, a sus más de setenta años y habiendo sido traducido a muchos idiomas, Zagajewski ya no piensa abandonar su querida Cracovia, por más que observe horrorizado las medidas del nuevo Gobierno, de orientación nacionalista y religiosa y que le recuerda al régimen comunista, pues también ellos están ocultando los verdaderos problemas de la sociedad tras un velo ideológico: nación, Iglesia, familia y tradición. Según este poeta, el Gobierno pretende que la cultura jure lealtad al patriotismo; solo se financiarán obras de teatro patrióticas, películas patrióticas y museos patrióticos. De ahí solo puede surgir el más puro *kitsch*.

«Manifestarse en contra del comunismo tenía cierto mérito —me dice resignado mientras almorzamos en uno de los viejos cafés literarios, hoy mucho más elegante—. No solo era arriesgado, sino que también compensaba desde un punto de vista intelectual. Había que enfrentarse a toda una estructura de pensamiento.»

Por el contrario, la nueva derecha apenas ofrece retazos de una visión del mundo. Según Zagajewski, el concepto de nación no basta para sustentar un programa político; no en vano dicho concepto varía según el lugar, de modo que los polacos que emigraron a Gran Bretaña han sido víctimas de la misma retórica con la que en Polonia se caldean los ánimos contra los inmigrantes, con el matiz ridículo, claro está, de que en Polonia apenas hay inmigración.

«Y, para colmo, es un nacionalismo católico —añade Zagajewski—, lo que es una contradicción en sí misma. Según su forma de pensar, hasta el papa es un hereje.»

En opinión de este escritor, el movimiento de renacionalización obedece a muchas causas: la pobreza de la población que no participa de la creciente riqueza de las clases media y alta, así como la nostalgia de un sentimiento de comunidad surgida como consecuencia de la atomización provocada por el sistema liberal. Al mismo tiempo, persisten conflictos muy antiguos que se remontan a los siglos XVIII y XIX, cuando los nobles rurales lucían el *kontusz*, una prenda larga característica de la cultura sármata, para rebelarse contra la moda francesa. Hoy ya nadie se preocupa por el corte del abrigo ni ningún polaco desea vestirse al estilo oriental, ni mucho menos los nacionalistas, que han advertido de manera casi obsesiva de los peligros que entraña Oriente; sin embargo, vuelve a propagarse el temor a que la modernización y la influencia de Occidente pongan en riesgo la esencia de «lo polaco».

«¿Y cuál se supone que es esa esencia?», le pregunto.

«Bueno —responde Zagajewski, resignado—, un catolicismo nacionalista combinado con pierogi y *borsch*; en realidad, poco más.»

Aunque nunca me había parado a pensar en ello, siempre me ha sorprendido que haya tantos polacos que se llamen Dariusz, pues se trata de un nombre típicamente persa. Solo cuando me pongo a preparar el viaje caigo en la cuenta de que los sármata a los que los románticos polacos se referían constantemente son el pueblo iraní que se asentó en Crimea mucho antes que los griegos y que avanzó hacia el norte a partir de allí. De hecho, fueron en su mayoría tártaros y mongoles turcohablantes los que se expandieron desde el mar Negro por toda Europa Oriental, y eso no ocurrió hasta el siglo XII o XIII. Mientras que los moscovitas se escondieron de los mongoles en los bosques del norte, los polacos decidieron abrirse a la influencia oriental. Así, la división de la sociedad en los llamados «*herby*» o «clanes» también podría tener un origen nómada, del mismo modo que la coexistencia de iraníes y griegos a orillas del mar Negro se refleja en la relación mantenida entre los gobernantes polacos y las colonias de comerciantes extranjeros. Tradicionalmente, Sarmacia era un concepto mítico asociado a la Rzeczpospolita

polaco-lituana y al estilo de vida de la antigua nobleza polaca con el fin de marcar una diferencia fundamental respecto de la cultura occidental; de ahí el atuendo que lucen los hombres en retratos antiguos, el lujo oriental, las armas ricamente decoradas, las melenas y los bigotes espesos... y los nombres persas. El sarmatismo se utilizaba, por tanto, para expresar superioridad, no inferioridad. Contrariamente, para los gobernantes y filósofos ilustrados de Occidente, Sarmacia representaba el atraso, la anarquía, las intrigas y la irracionalidad.

El autor polaco Adam Mickiewicz fue uno de los principales responsables del resurgimiento del culto a Sarmacia en el siglo XIX. En las décadas siguientes, ante cualquier amenaza de germanización a través del Imperio de los Habsburgo y el canon educativo alemán, la literatura polaca ensalzaba la antigua cultura aristocrática y la vestimenta sármata relegaba la moda vienesa y parisina a un segundo plano. La cuestión es si quienes hoy pretenden que Polonia recupere sus raíces se acuerdan de que sus antepasados las buscaron en Irán, por más que debamos admitir que también este era un país mítico. Hoy, muchos polacos consideran la elección de sus reyes por parte de una asamblea multitudinaria de aristócratas un paso previo al sistema parlamentario y una prueba de la identidad occidental del país, que siempre se distinguió del despotismo ruso. De hecho, puede que esa costumbre, convertida en una realidad constitucional con la institución del Sejm o Parlamento polaco, surgiese a finales del siglo XVI inspirada en el kurultái o reunión de nobles y jefes de clanes tártaros, quienes elegían a un nuevo kan o príncipe. El último alcalde de la antigua Leópolis designado por Viena, que respondía al hermoso nombre alemán de Franz Kröbl, quiso subrayar su identidad polaca ordenando que lo enterrasen con una túnica oriental. Tal cosa ni se le pasaría por la cabeza a Jarosław Kaczyński, líder de Ley y Justicia (PiS, por sus siglas en polaco), el partido ultraconservador que gobierna Polonia.

«No, ya nadie se acuerda de los sármatas», confirma Adam Zagajewski mientras revuelve su café procedente de... bueno, seguro que hasta Jarosław Kaczyński sabe de dónde viene el café.

Tras el triunfo electoral del partido religioso y nacionalista, y después de varios años sin cultivar ese género, Zagajewski volvió a escribir un poema satírico de protesta, furioso y cáustico, en el que proponía al nuevo Gobierno que fusilara a varios directores y construyera otra vez campos de aislamiento, «pero decentes, para no provocar a las Naciones Unidas». Por un instante volvió a ser un activista de esos que despiertan la ira de los nacionalistas, y el movimiento proeuropeo, por su parte, lo convirtió en un héroe; sin embargo, las declaraciones políticas que ha hecho Zagajewski desde entonces han sido escasas. Uno no puede luchar continuamente contra la estrechez de miras, la cerrazón y el miedo, me explica, porque eso a la larga te atonta. Antes bien, de lo que se trata es de mostrar —en el seno de la sociedad, en el ámbito cultural, en la literatura, en el trato diario— que abrirse merece la pena, que es algo divertido y hermoso que nos hace crecer mucho más que el repliegue en uno mismo. A Europa no la salvará el aburrimiento.

Esa misma noche, Maria Anna Potocka, una mujer aguda y muy temperamental que dirige el Museo de Arte Contemporáneo, me lleva a cenar a un restaurante polaco de verdad, donde se divierte al comprobar que, para mi paladar iraní, todo lo polaco tiene un sabor bastante alemán: codillo, lombarda, etc. Para colmo, ignorante como soy, confundo los famosos pierogi con un típico plato suabo.

Hablamos bastante sobre cuál debería ser el tratamiento museístico más adecuado del Holocausto y discutimos sobre el Museo Judío de Berlín, cuya «Torre del Holocausto», que pretende simular la angustia de las víctimas, a mí me parece ridícula, por no decir indecente. En opinión de Maria Anna Potocka, que me considera bastante dogmático, la Shoá sigue siendo la tarea pendiente más interesante desde un punto de vista artístico.

«¿Y qué hay de Auschwitz?», le pregunto.

Potocka responde que en ese caso no hay mucho margen de maniobra, pues son demasiados los visitantes y la organización es demasiado compleja; basta con pensar en el gran número de personas mayores que no pueden sumarse a los grupos normales.

«Los nazis tuvieron que enfrentarse al reto de asesinar a medio millón de judíos en ese campo de concentración —añade con ese tono desafiante que caracteriza su exposición—, pero también es un reto guiar a medio millón de turistas al año por Auschwitz.»

Entonces menciono el argumento de Adam Zagajewski sobre el peligro que entraña el aburrimiento y le pregunto si Cracovia no era antes una ciudad más estimulante.

«Ah, bueno, nosotros los cracovianos solo venimos al casco antiguo una vez al año.»

## QUINTO DÍA: DE CRACOVIA A VARSOVIA

Tomamos la ruta más larga hacia Varsovia, esa que pasa por unos pueblos que en absoluto se corresponden con la imagen de pobreza áspera y afable que tengo de Polonia después de leer a Stasiuk. A lo largo del Vístula, que atrae a muchos excursionistas, aunque no solo ahí, las carreteras son extraordinariamente amplias, las casas están recién pintadas, casi todas las puertas son nuevas, los marcos de las ventanas son de PVC, los jardines lucen un césped cortado meticulosamente, con balancines incluidos y divertidas figuras de escayola, y algunos hasta tienen los típicos enanos que se ven en los jardines alemanes, casi todos los coches son el último modelo fabricado en el oeste y las gasolineras están relucientes y son ultramodernas, por no hablar de las barbacoas que allí mismo venden: nada de baratijas, sino todas de diseño, sin excepción, y a partir de cien euros. Deduzco que aquí también les gusta comer carne a menudo. No soy economista, pero los paisajes polacos son sin duda más florecientes que muchas zonas de la antigua RDA.\* Los letreros azules que remiten a los fondos europeos de desarrollo componen otro de los elementos de estos paisajes.

«Los polacos son muy conscientes de lo que supone estar en Europa», me dice Igor Janka, escritor y periodista con quien me reúno por la noche en Varsovia. Me he puesto en contacto con él porque ha publicado una biografía bastante complaciente que es casi un homenaje al primer ministro húngaro Viktor Orbán y que ha sido traducida al alemán. Por eso pensé que Janka era la persona más indicada para explicarme por qué la Unión Europea disgusta a tantos polacos.

«¿Que les disgusta? —me pregunta Janka en un perfecto inglés—. Si se hiciera un referéndum, al menos el setenta por ciento sería partidario de pertenecer a la Unión Europea. Eso como mínimo.»

Tampoco el PiS está en contra de Europa, continúa Janka, sino que, ante todo, está en contra de Rusia, a diferencia de la ultraderecha austriaca del FPÖ (por sus siglas en alemán, el Partido de la Libertad de Austria), la alemana de la AfD o la francesa de Le Pen, que simpatizan con Putin, y a diferencia incluso de Viktor Orbán, quien también desea que Europa avance hacia el Este. Los polacos no han olvidado la llamada «acción polaca», uno de los capítulos más sangrientos del terror estalinista: solo en los años 1937 y 1938, alrededor de cien mil polacos soviéticos de un total de seiscientos mil fueron ejecutados bajo la acusación de espionaje.

«¿Es esa la razón de que los populistas de derechas polacos no miren hacia el Este ni hacia el Oeste?», pregunto.

Al escuchar mis palabras, Janka responde molesto que, en lo que al PiS respecta, no se trata de populismo de derechas, sino que es un partido conservador y que, a diferencia del FPÖ, la AfD o Le Pen, ellos sí que son religiosos: están en contra del aborto y de la diversidad cultural y a favor del matrimonio tradicional y de un cristianismo piadoso. Él personalmente no es partidario de la pena de muerte, pero si la mayoría decidiera reinstaurarla, no tendría mucho sentido que el tema siguiera siendo tabú. Según Janka, en Polonia no solo hay escritores cosmopolitas como

Adam Zagajewski; de hecho, en las zonas rurales, gran parte de la gente no conoce a ningún extranjero, así que por un lado valoran el bienestar que ha traído Europa, pero en su vida diaria no ven los aspectos positivos de la diversidad, sino las noticias en las cuales la diversidad solo genera conflictos. Aunque admite que puede tratarse de una actitud provinciana y retrógrada, si no hubiera existido ese apego insistente a su identidad, Polonia no habría sobrevivido a la ocupación alemana, ni como Estado ni, tampoco, como idioma o como cultura.

«No estamos en contra de Europa —repite Janka—. Simplemente, nos produce alergia que alguien pretenda tutelarnos, que nos hablen en un tono condescendiente, sobre todo si ese alguien es alemán. Todos tenemos ese idioma en la cabeza, incluso los que somos más jóvenes y solo lo hemos oído en las películas. ¡Y entonces va Martin Schulz y toma la palabra! Para serle sincero, no soporto las críticas de Martin Schulz hacia Polonia, ese tono agresivo y aleccionador, con esa expresión tan seria, y fijese en esos labios fruncidos...»

Yo sí que aprecio a Martin Schulz, el presidente del Parlamento Europeo, precisamente por su tono combativo y por la pasión con la que habla de Europa; pero de pronto me imagino qué pasaría si fuese un polaco que no entendiera alemán y viese a un Schulz exaltado.

¿Y los enanitos de jardín? El escritor Andrzej Stasiuk justo está de viaje en el extranjero, por eso no puedo visitarlo en su pueblo, así que solo llevo sus libros conmigo. «Aquí siempre se ha vivido a la sombra de alguien», reza uno de los fragmentos con los que me topo en el hotel, donde Stasiuk explica de forma resumida tanto el porqué de los enanos de jardín como el miedo que Polonia tiene a Rusia:

Los polacos a la sombra de alemanes y rusos, los eslovacos a la sombra de checos y húngaros, los húngaros a la sombra de los austriacos y de los turcos, los ucranianos a la sombra de los polacos y de los rusos, etcétera, etcétera, hasta llegar a la paranoia de los Balcanes y de los serbios, que de tanto en tanto se obsesionan con que todas las naciones colindantes son unas traidoras que no hacen sino renegar de su serbiidad.

Pero a qué hablar de los Balcanes. Mi país no es en absoluto mejor. Le gustaría ser al menos tan fuerte y poderoso como América para que Rusia empezara a temerle por fin. Y por desgracia, no lo es. En lugar de eso, mi país se dedica a viajar a Alemania para ganar dinero, a pesar de que fueron precisamente los alemanes los que plantaron fuego a mi país, lo redujeron a cenizas y asesinaron a una parte importante de su población. Y sin embargo, mi país se va a Alemania para trabajar. Junto con el dinero, mi país se trae de allí ideas de cómo sería una vida mejor. Fue de allí de donde partió la ocurrencia de que la hierba de los jardines debe estar cortada de manera permanente, y que en esa hierba cortada deben colocarse enanitos de plástico, perros de escayola o molinos en miniatura. En este aspecto se ha llegado incluso a una curiosa simbiosis, pues en este momento somos un gigante en la producción de enanitos y los exportamos al mercado alemán.\*

Aunque esto suene a humor negro, lo más asombroso —siempre se habla de los increíbles crímenes cometidos en el siglo XX, pero no de la capacidad de autoafirmación de los pueblos, también increíble—, lo sorprendente, es justamente que Polonia siga existiendo como nación, como cultura y como comunidad lingüística, pues, tras el Pacto Ribbentrop-Mólotov y la ocupación, los soviéticos persiguieron a todo el que formara parte de la élite polaca con el fin de «descabezar» a la sociedad. Para averiguar quién pertenecía a dicha élite además de los oficiales, la policía secreta (NKVD, por sus siglas en ruso, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) recurría, entre otras fuentes, al *Who's Who* polaco. Lo mismo sucedía en la parte ocupada por los alemanes, donde Hitler pretendía convertir a los polacos en una masa dúctil que había de ser esclavizada, no gobernada: «La actual clase dirigente polaca debe ser liquidada». Entre septiembre de 1939 y junio de 1941, los aliados soviéticos y alemanes asesinaron a otros

doscientos mil ciudadanos polacos, en su mayoría académicos, oficiales, políticos, escritores, músicos y artistas. Solo entonces comenzó la guerra propiamente dicha, la destrucción de las ciudades, el Holocausto, el destierro.

A los rusos los despreciamos porque tienen nuestros rasgos aumentados hasta alcanzar medidas monstruosas, no humanas. A los alemanes, porque no poseen ninguno de nuestros rasgos, es decir, ningún rasgo humano. Se podría aventurar la tesis de que los rusos son para nosotros un poco como animales, un poco como monstruos, y los alemanes se asemejan a las máquinas y los robots.

Abreviada y simplificada, tal sería la descripción del complejo estado psicológico de los descendientes de los sármatas en la Europa contemporánea.\*\*



## SEXTO DÍA: VARSOVIA

En el centro de Varsovia, en el bulevar más grande, una estela recoge la instrucción que dio Heinrich Himmler tras el alzamiento de 1944: «Varsovia debe ser arrasada para demostrar a Europa lo que significa rebelarse contra los alemanes». El ejército alemán destruyó por completo todos y cada uno de los barrios de manera sistemática, cumpliendo asimismo con la orden de Himmler de matar a todos sus habitantes, sin importar el sexo ni la edad. Solo en agosto y septiembre de 1944 fueron asesinados en Varsovia ciento cincuenta mil civiles. En total, alrededor de la mitad de la población que había antes de la guerra, 1,3 millones de personas aproximadamente, perdió la vida en la contienda. La reconstrucción del casco antiguo, aunque apenas quedara un edificio en pie, no fue otra cosa que un acto de autoafirmación, más aún, de resistencia, y, por último, un símbolo del triunfo. Pese a que ninguna de las casas es realmente antigua, todos los guías insisten en ensalzarlas. En el resto de estelas se ven fotografías de los rebeldes asesinados.

Nunca había paseado por una ciudad con tantos monumentos. A doscientos metros nada más de los mártires de la guerra, otra exposición al aire libre muestra la Varsovia de los años cincuenta y sesenta, los edificios modernos, las nuevas ganas de vivir. Cincuenta metros más allá —todo en ese mismo bulevar principal— está la estatua de un soldado de la Segunda Guerra Mundial. Sigo el trazado de la calle y en el típico cartel leo que a seiscientos metros se encuentra el monumento conmemorativo del alzamiento de Varsovia; a trescientos metros a la izquierda, el monumento dedicado a los héroes del gueto, y a quinientos metros en línea recta, el de los caídos y asesinados en el Este. Por lo demás, solo se indica el recorrido hasta la Biblioteca Nacional y hasta la embajada china.

Opto por el monumento conmemorativo del alzamiento de Varsovia, que, pese a su grandiosidad, reproduce bastante bien el movimiento de los sublevados saliendo de la clandestinidad, su aspecto enjuto y su mirada resuelta, aunque no convencida. Sabían que iban a enfrentarse a un ejército muy superior y, sin embargo, combatieron durante sesenta y tres días. En un panel situado junto al monumento se menciona expresamente que el Ejército Rojo, que ya se había aproximado a Varsovia, dejó a los polacos en la estacada. Lo que no se dice es que el alzamiento de Varsovia retrasó significativamente la liberación de Auschwitz, pues los rusos decidieron esperar a que uno de sus enemigos derrotara al otro. Aunque los respectivos jefes de Estado estaban relativamente bien informados sobre el transcurso del Holocausto, para el resto de los aliados, este nunca fue un motivo para entrar en guerra.

Un bombardero cuelga del techo del museo de la resistencia polaca; está oscuro y, bajo una luz parpadeante, las hélices se iluminan y se oye el estallido de las bombas. Cuesta imaginar un museo así en Dresde o en Colonia, con una pantalla gigante en la que se muestra un bombardeo en bucle. En Varsovia, por el contrario, el dolor es omnipresente. No obstante, ahora se están deshaciendo de muchos recuerdos: justo cuando se cumplen sesenta años de las protestas polacas

contra el dominio soviético que tuvieron lugar en 1956 y que fueron sofocadas de forma sangrienta, el Instituto de la Memoria Nacional ha anunciado el traslado de doscientos veintinueve monumentos soviéticos a Borne Sulinowo, al noroeste del país, para instalarlos en un parque. El Ministerio de Exteriores ruso comparó la última medida de este tipo con la destrucción de lugares históricos a manos del Estado Islámico. El PiS, por su parte, calificó el gasoducto ruso-alemán Nord Stream como una reedición del Pacto Ribbentrop-Mólotov.

En muchos monumentos bélicos polacos, también en el que está junto al Museo de la Resistencia, han puesto unos paneles nuevos que recuerdan la caída del avión presidencial ocurrida en Smolensk el 10 de abril de 2010. Así, Lech Kaczyński y los otros noventa y cinco miembros del Gobierno se suman a los mártires de la nación, a las élites asesinadas y, sobre todo, a los cuatro mil oficiales fusilados por el NKVD en Katyn, no lejos de Smolensk. Al mismo tiempo, dichos paneles conmemorativos sugieren que la resistencia frente a la usurpación continúa —el padre de los Kaczyński participó en el alzamiento de Varsovia—, solo que ahora el enemigo es interno; no hay que olvidar que el Gobierno de entonces ocultó que el avión había sido derribado por Rusia. Esto explica que Jarosław Kaczyński, hermano gemelo de Lech, niegue a sus críticos la condición de polacos y haya emprendido una campaña personal contra el actual presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, que en 2010 era primer ministro. Por contra, para los adversarios del PiS, los carteles que recuerdan lo sucedido en Smolensk son una provocación en toda regla; ellos remiten al resultado de la investigación oficial, según la cual la caída del avión fue un accidente y no el fruto de un ataque. Claro que, como ocurre en todas partes, también en Polonia son los vencedores quienes escriben su propia historia. La película titulada *Smolensk*, que acaba de llegar a los cines, promete contar «toda la verdad». Al estreno acudió la cúpula del Gobierno al completo. «Antes no podíamos saber quiénes fueron los asesinos de Katyn; hoy tenemos miedo a preguntar qué pasó realmente en Smolensk», se dice en la película, para la cual el Ministerio de Educación ya está organizando pases especiales para colegios.

Voy a visitar a una persona que, en Polonia, está del lado de los vencedores: es Paweł Lisicki, redactor jefe de *Do Rzeczy*, una revista próxima al Gobierno. Igor Janka me ha recomendado que hable con él si quiero conocer a un auténtico nacionalista religioso. Hace una década, cuando Lisicki dirigía otra redacción, ordenaba a sus colaboradores que rastreasen la red a diario en busca de noticias negativas sobre los alemanes. En su nuevo libro, titulado *Krew na naszych rękach?* («¿Tenemos sangre pegada en las manos?»), Lisicki interpreta la decisión tomada por el Concilio Vaticano II de renunciar a la evangelización de los judíos como el comienzo de un relativismo devastador, que pretende cercenar las raíces de Europa.

Lisicki también habla perfectamente inglés y parece un hombre de mundo, inteligente y educado, con las maneras propias del responsable de un consorcio digital. Sin embargo, lo primero que critica en la actual Europa es la falta de respeto a la tradición cristiana, el individualismo y, ante todo, «una secularización que ha llegado demasiado lejos». Según él, en Polonia la religión es un factor político real; bien es cierto que en las ciudades lo es menos, pero en las zonas rurales el cincuenta por ciento de la población todavía va los domingos a misa... ¡El cincuenta por ciento! Los liberales, los intelectuales y los escritores fascinados con Europa no conocen esta parte de Polonia: son unos extranjeros en su propio país. No tienen sensibilidad para reconocer que la mayoría quiere preservar su identidad polaca y católica y que por eso rechazan la inmigración de personas de otras culturas.

«Pero ya ha visto a dónde conducen el nacionalismo —replico—, la búsqueda de la homogeneidad y de una sola identidad... Ningún país lo ha sufrido tanto como Polonia.»

«Todo lo contrario —contesta Lisicki—. Sin el nacionalismo, sin un nacionalismo positivo, Polonia no existiría.»

Luego añade que no debo medir todo por el mismo rasero, pues el nacionalismo no tiene por qué ser agresivo *per se*. Bueno, le digo, a mí ya me parece lo bastante agresivo que el líder del PiS arremeta contra los refugiados y los musulmanes acusándolos de orinar en todas las iglesias europeas. Lisicki quita importancia a este hecho y responde que no es más que retórica política, la misma que utilizan sus contrincantes cuando hablan del totalitarismo y amenazan con pasar a la clandestinidad; según él, yo no estoy acostumbrado a tanta virulencia porque los alemanes, debido a su pasado, se han impuesto una cierta mesura. Lo decisivo, en su opinión, es que en Polonia nadie pretende redibujar las fronteras, nadie es perseguido, hay libertad de expresión y los derechos individuales están garantizados. El Tribunal Constitucional que ahora preocupa a Bruselas ya fue instrumentalizado por el Gobierno anterior, el cual, poco antes del cambio, nombró apresuradamente a cinco jueces. Son los intelectuales los que se ponen nerviosos, pues podrían perder sus privilegios. Si Marine Le Pen se convirtiese en presidenta de Francia, los intelectuales franceses también se podrían nerviosos... ¿Y qué?

«Pero tal vez haya razones para ponerse nerviosos —objeto—. Si Le Pen fuera presidenta, seguro que, como mínimo, modificaría los derechos fundamentales de los musulmanes, y puede que eso solo fuese el principio.»

«Estoy en contra de limitar el derecho a profesar libremente cualquier religión —subraya Lisicki—; lo único que digo es que habría que vigilar las mezquitas radicales, nada más. Pero bueno, por suerte en Polonia hay muy pocos musulmanes.»

Cuando habla de intelectuales que temen perder sus privilegios, es probable que Lisicki se refiera principalmente a Adam Michnik, el intelectual más conocido en Polonia y también disidente, asesor de Solidarność y hoy redactor jefe del periódico más importante del país, *Gazeta Wyborcza*. Su tocayo Zagajewski ha descrito cómo se conocieron en 1973, cuando, preocupados por la presencia de espías o micrófonos ocultos pertenecientes al servicio secreto, se hablaba de política únicamente en voz baja, modulando el tono o tapándose la boca con la mano. Solo Michnik hablaba en voz alta, sin miedo; sí, él contaba chistes, irradiaba valentía y amor a la vida.

Adam, me parece, era entonces una de las pocas personas felices en Polonia (y tal vez, incluso, en toda Europa Oriental). No me refiero aquí a la felicidad privada, fruto de haber encontrado una buena y bella esposa, un trabajo interesante y bien remunerado, resultado de la conciencia de ser un hombre sano, decente y de provecho, sino a la mucho más rara felicidad del descubrimiento exacto de la propia vocación, resultado de haber encontrado el empleo conveniente para su talento, no en la esfera familiar e íntima, sino en el ámbito de la comunidad humana, de la polis.\*

Cuando me encuentro con Michnik, empiezo la conversación confesándole cuánto me emociona estar sentado frente a él, ya que de joven lo admiraba mucho siempre que lo veía en la televisión. Michnik me responde parcamente que he aprendido bien el oficio.

«¿El oficio?», le pregunto.

«Bueno, veo que le gusta comenzar adulando al entrevistado.»

Con el pelo revuelto sobre la frente, un polo de rayas anchas que le queda apretado a la altura de la tripa, cuatro cigarrillos y una cajetilla embutidos en el bolsillo delantero y dos tiras de plástico con varias llaves colgando alrededor del cuello, Michnik no parece un hombre tan de mundo como el redactor jefe del periódico nacional conservador o el biógrafo de Viktor Orbán. Tampoco es que su oficina sea moderna en un sentido minimalista: hay varias pilas de manuscritos sin encuadernar que alcanzan una altura peligrosa, pósteres y fotografías, y entre los libros apenas queda espacio para que se sienten las visitas. Michnik no habla inglés, sino francés —otro rasgo de la vieja escuela—, y sus gafas tienen una montura metálica que podría haberle comprado a Lech Wałęsa antes de que le dieran el Nobel. Me crea o no, en aquella época Michnik fue para mí un auténtico héroe.

«Claro que es un problema que las empresas estatales o del sector público hayan dejado de anunciarse», responde Michnik a la pregunta sobre los privilegios que está recortando el nuevo Gobierno. Solo en la primera mitad del año posterior a su llegada, los ingresos del periódico por publicidad descendieron un 21,5 por ciento, mientras que los mismos ingresos de, por ejemplo, el semanario *Gazeta Polska*, próximo a Jarosław Kaczyński también por razones familiares, aumentaron un trescientos por ciento, de modo que cada número se financia con cuarenta mil euros de fondos públicos. A los ministerios del Gobierno del PiS, así como a los tribunales, se les prohibió expresamente suscribirse al diario *Gazeta Wyborcza*, el cual, por su parte, publica declaraciones de adhesión al movimiento opositor llamado Comité de Defensa de la Democracia.

«También nos cuesta mucha energía y dinero que el responsable de la Fábrica de Moneda nos haya llevado a juicio por haber destapado un caso de corrupción —prosigue Michnik en un tono tan estoico como el que usaría si hablara del mal tiempo—. Pero luego también siento alivio al ver que no somos tan insignificantes. De lo contrario, no nos castigarían constantemente.»

Lo que Michnik tiene que decir sobre el nuevo Gobierno se puede resumir como todo lo opuesto a lo que Lisicki me ha contado antes: por supuesto que el Gobierno ha abolido el Estado de derecho, y comparar el nombramiento de jueces por parte de antiguos gobiernos con el ataque frontal contra el Tribunal Constitucional llevado a cabo por el actual Ejecutivo es ridículo. Al fin y al cabo, en Polonia ocurre lo mismo que en todos los países sobre los que «flota una nube parda», la cual alcanza hasta Turquía con Erdoğan o Estados Unidos con Trump: no se trata de otra cosa que de sustituir la democracia liberal por un nacionalismo autoritario —que en Polonia es, además, fundamentalista religioso—, con unas elecciones que no son más que una farsa.

«¿Y no es eso una muestra de la crisis que vive la democracia liberal? —pregunto—. No en vano, el PiS ha sacado mayoría.»

«La democracia liberal ha estado en crisis desde el mismo momento en el que surgió —responde Michnik—. Piense en los años treinta, en Hitler, en Mussolini... Y, sin embargo, la democracia ganó y volverá a ganar.»

«Pero ¿a qué precio?»

«En Polonia no será para tanto. La conciencia democrática de los polacos está demasiado arraigada, y un Gobierno basado en mentiras no logrará imponerse. Antes se verán sus intenciones.»

«Pero el Gobierno, desde que se celebraron las elecciones, ha ganado todavía más popularidad.»

«Hitler y Mussolini eran mucho más populares, por no hablar de Stalin. Ya le digo yo que el PiS volverá a perder las próximas elecciones.»

Con un optimismo que parece inquebrantable, Michnik prosigue afirmando que no se puede ver un único lado: no solo está Trump, sino también Obama; no solo la Iglesia católica polaca, sino también el papa Francisco; no solo el *brexít*, sino también el alcalde musulmán de Londres, Sadiq Khan. Las señales que se envían a escala internacional no son, ni mucho menos, exclusivamente negativas; además, en los últimos años, Polonia ha experimentado, por supuesto, un desarrollo muy notable en lo económico, pero también en lo que respecta al desarrollo cívico se ha producido un verdadero salto. Aunque es evidente que el PiS juega con el miedo, nadie ha dicho que vaya a ganar la partida. En Polonia hubo antisemitismo sin judíos, y hoy existen la islamofobia sin musulmanes y la histeria contra los refugiados sin refugiados: no es ninguna novedad. Tampoco la religiosidad está tan extendida como afirma la derecha; es más, en las ciudades, las iglesias están cada vez más vacías, y, al igual que en la España católica, en Polonia la mayoría ha votado a favor de una ley liberal del aborto.

Pregunto a Michnik si es capaz de entender lo que me dijo Igor Janka sobre la impresión que le producen el paternalismo de Martin Schulz y su retórica.

«Claro que el recuerdo de la ocupación está presente, y claro que tenemos el alemán metido en la cabeza, pero relacionar eso con la Alemania de hoy, esa Alemania proeuropea que se abre a los refugiados, es completamente absurdo. ¿Martin Schulz?... ¡Por favor! Pero ya sabe, en todas partes los tontos crecen por generación espontánea.»

Michnik continúa explicando que los nacionalistas instrumentalizan el pasado para defenderse de las acusaciones procedentes de Berlín y de Bruselas. Por mi parte insisto en que, si uno analiza la historia de Polonia, es comprensible que haya miedo a volver a ser gobernados desde fuera. Michnik lo niega argumentando que todos los países de la región tienen el mismo complejo de víctima; en todos ellos, el único culpable de todo siempre es Alemania.

«A nosotros, los polacos, no nos gusta que nos recuerden los crímenes cometidos contra los lituanos, los ucranianos o los judíos. Y lo que menos nos gusta es que mencionen los crímenes perpetrados contra los alemanes. Es cierto que, en aquellas circunstancias particulares, la expulsión de civiles no se pudo evitar, de acuerdo, pero fue una auténtica barbarie.»

«¿Calificaría esa expulsión de barbarie?»

«¿Cómo, si no?»

«Si alguien afirmara algo semejante en Alemania, se produciría un escándalo.»

«Por eso debo decirlo yo, como polaco cuyos familiares murieron en el Holocausto: la expulsión de los alemanes fue una barbarie.»

«¿Y decir eso en Polonia no resulta escandaloso?»

«Es un escándalo pequeño —responde Adam Michnik entre risas mientras coge una caricatura que está sobre la mesa y ha llegado hace unas horas, aunque las recibe a diario. El dibujo muestra a Michnik violando a niños polacos—. A mí ya me tendrían que haber expulsado a Israel. Los comunistas no lo consiguieron, y tenga por seguro que estos nacionalistas tampoco lo lograrán.»

Pregunto a Michnik qué significa para él la genuflexión de Willy Brandt, si su relación con Alemania ha cambiado desde entonces.

«Sí, aquello fue importante —contesta—. La genuflexión, pero también el reconocimiento de la línea Óder-Neisse. Fueron hitos decisivos. Sin embargo, la crítica de la que fue objeto la Ostpolitik del SPD —por sus siglas en alemán, el Partido Socialdemócrata de Alemania— estuvo asimismo justificada.»

«¿En qué sentido?»

«Lógicamente, había que hablar con las élites comunistas. Y puede que fuese necesario firmar los acuerdos, pero también habría que haber hablado con la oposición. Al menos hablar. Pero, en lugar de hacerlo, el SPD se distanció radicalmente de nosotros, los defensores de los derechos civiles. Esa fue nuestra sensación. No solo me refiero a la negativa de Brandt a reunirse con Lech Wałęsa durante su visita a Polonia en 1985. Ya en 1977 debía haberse producido un encuentro conmigo en Alemania, y en esa ocasión Brandt también se negó.»

«¿Llegó a conocerlo más adelante?»

«Sí, me encontré con él en 1989, con motivo de una reunión en Hamburgo a la que también acudieron Schmidt y Von Weizsäcker.»

«¿Y?»

«Le di las gracias por el gesto de arrodillarse.»

«¿No le dijo que su comportamiento lo había decepcionado?»

«No, ¿por qué? ¿Por el mero placer de salir victorioso? Cuando nos conocimos, yo ya había vencido. Criticarlo en ese momento habría sido una mezquindad por mi parte.»

## SÉPTIMO DÍA: VARSOVIA

En una discreta iglesia de ladrillo situada al sur de Varsovia, me recibe el sacerdote Adam Boniecki, editor de una revista católica y liberal que, debido a sus manifestaciones críticas con la Iglesia, ya no puede conceder entrevistas. Lo cierto es que su aspecto no es en absoluto el de un rebelde: es un señor ya mayor que camina pausadamente con ayuda de un bastón y elige sus palabras con aún más parsimonia.

«Mientras no publique nuestra conversación en forma de entrevista, no me estoy saltando la prohibición», me explica Boniecki con una sonrisa pícaro para justificar por qué habla conmigo.

Según este sacerdote, para los polacos, la Iglesia siempre fue un espacio de libertad, independiente del Estado. Es más, cuando Polonia todavía no existía, el catolicismo era prácticamente lo que definía a los polacos, ya que los diferenciaba de los prusianos protestantes y de los rusos ortodoxos, y además contribuyó a conservar la lengua polaca. Hoy, sin embargo, muchos tienen la impresión de que la Iglesia está próxima al Gobierno, es decir, que ya no es independiente, lo cual socava su propia autoridad. Son precisamente los creyentes más jóvenes quienes participan cada vez más en asociaciones laicas, porque los sacerdotes, con su tono aleccionador que no admite preguntas ni dudas, ya no les dicen nada. Si la Iglesia polaca sigue destacando por su empeño en prohibir el aborto, la fecundación artificial y los anticonceptivos y no atiende a los verdaderos problemas de la sociedad, tarde o temprano perderá el apoyo de la gente. Claro que hay sacerdotes que intervienen a favor de los refugiados, pero no existe un solo obispo o cardenal que haya cuestionado públicamente la política de asilo del Gobierno. Lo único que dicen es que se debe ayudar en la medida de lo posible, y así no molestan al Gobierno ni al papa.

«¿Y no es vergonzoso que la Iglesia no se manifieste abiertamente a favor del mensaje cristiano?», le pregunto.

Boniecki responde que, por una parte, es lógico que muchos polacos tengan miedo del terrorismo, del islam y de los refugiados; las noticias que llegan de Alemania no es que sean muy alentadoras: todos recordamos la Nochevieja de Colonia. Pero es justamente la Iglesia quien debería favorecer el entendimiento, combatir los miedos y hablar de los temas que de verdad preocupan a la gente. Muchos creyentes, y especialmente los más jóvenes, entienden mejor al papa Francisco que a los representantes de su propia Iglesia polaca, me dice el padre Boniecki para, luego, contarme un chiste: cuando la Iglesia polaca quiso imitar al papa, que utiliza el transporte público para ir a las reuniones, cada obispo se compró un autobús.

«¿Y su revista? —pregunto a Boniecki—. Al menos puede seguir publicándola...»

El sacerdote responde que así es y que tiene muchos lectores, incluso en los niveles más altos de la jerarquía; él lo nota por las reacciones, aunque al mismo tiempo ya se encargan de que la revista no se distribuya por las parroquias.

«¿No le resulta frustrante?»

«Lo único que me importa es no caer en la tristeza, seguir haciendo todo lo que pueda. Al fin y al cabo, todo está en manos de Dios.»

Mientras nos dirigimos al aparcamiento, la intérprete que me acompaña, una joven de aspecto muy moderno a la que solo conozco de esta cita, no puede evitar decirme que ella en realidad es muy creyente, católica, además, pero que hace años que solo va a misa en Navidad, pues hay muy pocos sacerdotes como Adam Boniecki.

«¿Lo dice por sus opiniones?»

«No, me refiero sobre todo a sus dudas —responde la intérprete—, al hecho de que permite que existan, con lo que también nos acepta a nosotros.»

Mi familia viene a pasar el fin de semana y, antes de viajar a Masuria, Michael Leiserowitz nos guía por el recién construido Museo de la Historia de los Judíos Polacos, donde el pasado se ilustra mediante ejercicios lúdicos, incluso para niños, recurriendo a la didáctica en lugar de a la empatía. Una vez más, me doy cuenta de lo poco que sé sobre la vida de los judíos europeos previa al Holocausto, aunque, según cuenta Leiserowitz, que por su condición de judío alemán trabaja como guía de grupos turísticos en Polonia, no soy el único: para muchos judíos, su historia comienza con la persecución. Pero precisamente en Polonia hubo una sociedad judía muy diversa y, por cierto, muy próspera desde un punto de vista material. Así es: antes del antisemitismo moderno, Polonia fue algo así como la América europea. Tras escapar de la discriminación sufrida en la España de la Reconquista y en el ámbito germanohablante, durante muchos siglos los judíos encontraron un hogar seguro en Europa del Este, circunstancia que, en opinión de Leiserowitz, también es necesario recordar, además de la muerte y de la persecución.

Le pregunto por los jóvenes que conocí en Auschwitz. Pese a haber dedicado su vida a explicar la historia judía, Leiserowitz tiene sentimientos encontrados sobre ese viaje de ocho días que la mayoría de los israelíes hacen poco antes de finalizar el colegio para visitar los lugares más importantes donde se produjo el exterminio judío. No en vano, acabar la formación escolar implica que esos jóvenes están a punto de realizar el servicio militar: ¿qué consecuencias tiene eso para Israel?

«Hasta que cumplí los cincuenta, no tuve fuerzas para pisar Auschwitz siendo judío —me dice Leiserowitz—. *A posteriori*, me alegro de haber tardado tanto.»

El guía está de acuerdo en que debe haber una identidad judía e israelí, pero que esta se base exclusivamente en el Holocausto tal vez no sea sano. Aun contando con un museo tan fantástico sobre la historia de los judíos en Europa del Este, el cual, según cuenta Leiserowitz con orgullo, ha sido declarado Museo del Año en Europa en 2016, no es fácil convencer a quienes organizan los viajes para jóvenes de que lo incluyan en el programa.

«Muchos israelíes no tienen ni idea de que también hay una historia de éxitos, una historia de intercambio: la historia de una sociedad judía que floreció en Europa del Este.»

Salimos del museo y andamos unos pasos para cruzar la plaza situada frente al monumento conmemorativo del levantamiento del gueto de Varsovia. Me pregunto dónde estaría el carrusel del que fuera testigo el más tarde premio Nobel Czesław Miłosz y que figura en el poema «Campo dei Fiori», tal vez su obra más conocida.\* Durante todo el levantamiento, el carrusel siguió funcionando junto a la parte trasera del muro y se convirtió en un símbolo del abandono de los judíos:



Aquel viento de las casas en llamas  
Levantaba los vestidos de las chicas,  
Las multitudes alegres reían  
Aquel bello domingo varsoviano.

Me pregunto dónde estaba el campo de concentración al que las SS trasladaron a los presos de Auschwitz tras sofocar el levantamiento para que incendiaran las últimas casas, recuperasen los objetos de valor de los judíos asesinados y quemasen los cadáveres de los varsovianos ejecutados en las ruinas del gueto. Las condiciones de vida eran tan terribles que algunos presos pidieron volver a Auschwitz y ser gaseados. Tal vez porque en las fotos de la genuflexión de Brandt apenas se ve el entorno —solamente la plaza y los soldados y funcionarios en un segundo plano—, siempre pensé que el gueto seguiría existiendo, o que al menos algo quedaría de esa época. Pero, obviamente, no hay un solo edificio histórico, ni siquiera un muro: en realidad, debería haberlo sabido. Otra de las órdenes que dio Himmler, en este caso ya un año y medio antes de destruir el resto de la ciudad, fue: «Debemos conseguir por todos los medios que el espacio habitado hasta ahora por quinientos mil infrahombres, que nunca será adecuado para los alemanes, desaparezca de la faz de la Tierra». Alrededor de la plaza, no hay nada más que bloques de edificios prefabricados. Ahí reside la importancia de este monumento, puesto que no queda ningún otro rastro de los judíos, que se sintieron abandonados por el mundo y, probablemente, también por Dios. «Al borde del abismo de la historia alemana, y bajo el peso de los millones de asesinados, hice lo que los hombres hacen cuando faltan las palabras.»\* Así explicó su gesto Willy Brandt.

Leiserowitz me conduce hasta un monumento de ladrillo situado en la parte trasera del museo, donde una placa de bronce recuerda la visita que Brandt realizó en 1970; otra curiosidad: un monumento que conmemora el gesto realizado ante otro monumento. Y allí estamos los dos, un judío y un hijo de inmigrantes; para ambos, la genuflexión de Brandt es la imagen definitiva que representa nuestra socialización como ciudadanos alemanes. Es probable que a Paweł Lisicki no le parezca sano tomar el reconocimiento de una culpa como punto de partida para construir una identidad nacional, pero ¿acaso a él, como nacionalista, le parecería más sano partir de una Alemania nacionalista?

## OCTAVO DÍA: DE VARSOVIA A MASURIA

En realidad, no es necesario que describa la antigua Prusia Oriental, es decir, la región de los lagos de Masuria. Es tal y como se suele describir en la literatura alemana, sobre todo por autores como Günter Grass o Siegfried Lenz: suaves colinas, extensos campos de cereales, manzanares y, entre ellos, los lagos, cuyas orillas casi siempre están llenas de vegetación; de cuando en cuando, un pueblo, alguna granja aislada. Es curioso viajar por un paisaje que uno cree conocer, pero que en verdad ve por primera vez. Expulsar a toda una población fue sin duda una barbarie —¿qué otra cosa podría ser?—: hombres, mujeres, ancianos, niños. Poco hemos oído en el colegio y poco hemos leído en la literatura de posguerra sobre las circunstancias de la expulsión. ¿Cómo se produjo? ¿Llegaba un funcionario, un soldado o un vecino a casa y daba a la familia un mes, una semana o un día de plazo para recoger sus cosas? ¿Cuántas cosas? ¿Había coches con espacio para bultos o solo se podía llevar lo que uno mismo pudiese cargar? ¿A alguien le quedaba una mano libre para sacar a los niños de casa? Y los niños, ¿tenían ellos una mano libre? ¿Cómo se lo explicaron, qué se les pasaría por la cabeza, hasta dónde llegó la conmoción que tuvieron que sentir?

Tengo claro que todo esto está escrito en algún sitio, ya sea en ensayos, biografías o diarios publicados. Sin embargo, seguro que también es habitual que alguien como yo, que no tiene familiares en el Este, se haya hecho en alguna ocasión estas preguntas. En la escuela, como mucho se hablaba con vergüenza de los antiguos territorios alemanes. Aunque supimos cuáles fueron las razones de la expulsión, nunca hablamos del dolor de los expulsados. Ellos mismos rara vez hablaron de eso, o puede que sí lo hicieran, pero apenas se les escuchó. Solo por la elección de sus temas, Lenz nos parecía un autor del pasado. Al menos nosotros, los alumnos, los lectores de la literatura de posguerra, casi no oímos nada sobre los gritos, los miedos, las burlas por parte de los vecinos, la violación de casi todas las mujeres, las privaciones que sufrieron durante el trayecto, los callos en las manos y en los pies, los muertos enterrados al borde del camino. No puede ser sano que una sociedad no sea capaz de expresar su dolor. En la novela *Heimatmuseum* («Museo local»), Siegfried Lenz escribe:

Pero tenemos que volver, Siechmunt, tenemos que hacerlo, porque todo nos espera: los árboles y los lagos, Schlossberg y los campos y el viejo río que lleva las balsas. No, Simon, dije yo, en Lucknow ya no nos esperan; los otros, los que podrían habernos esperado... ya no están. No hay un solo sonido que te recuerde, ningún rostro que brille al verte, ninguna mano que retome una relación inquebrantable porque los otros se han marchado, han desaparecido y naufragado, por eso no se producirá ese instante que tú esperas.

Es cierto que la Liga de Expulsados (organización que agrupa a todas las asociaciones de alemanes desterrados como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial) no siempre ha medido bien sus palabras, por decirlo suavemente; sin embargo, después de cruzar Prusia Oriental en coche, bajarnos en unos caminos en mitad del campo, nadar en el lago, aceptar la invitación de unos aficionados a la vela para subir a su barco y registrarnos en un hotel con nuestro pasaporte

alemán me queda claro que, aunque la Liga hubiera obrado de otra manera, ni el resto de la sociedad ni tampoco nosotros, los que de alguna manera nos considerábamos de izquierdas, les habríamos prestado atención. Por supuesto que no se trató ni se trata de volver a trazar fronteras. La polonización de Masuria fue posterior a su germanización, que en el siglo XIX fue colonial y también fue violenta durante el nacionalsocialismo. Y, al igual que en el resto del mundo, siempre hubo un antecedente. Como en aquellas partes del planeta donde el nacionalismo ha expulsado o separado a las personas, de lo que se trata es de que las fronteras pierdan su significado. No ha sido el revisionismo, sino Europa, lo que ha hecho que en Prusia Oriental se vuelva a hablar alemán, aunque de momento solo sea en los restaurantes y en los hoteles; y que Siechmunt y Simon puedan volver a Masuria, al menos de visita, si es que no han fallecido ya.

Paramos en Mikołajki, la antigua Nikolaiken, para ver qué sucede un domingo en la iglesia del pueblo. ¿Tendrá razón Paweł Lisicki cuando habla de la profunda religiosidad, sobre todo de la población rural; o más bien Adam Michnik cuando describe el avance imparable de la secularización en Polonia? En la iglesia de esta pequeña localidad se han congregado tantos fieles (jóvenes, viejos, niños) que no hay sitio para todos ni quedándose de pie, así que la misa se retransmite al exterior. No es necesario repartir la letra de los cánticos, pues todos se los saben de memoria. Por si fuera poco, me cuentan que los domingos hay cuatro misas (¡cuatro!) y que la iglesia siempre está igual de llena. Durante la semana hay dos misas diarias, pero, tal y como sucede en las iglesias alemanas en Navidad, los bancos no se llenan. Afirmar que Occidente es cristiano suena distinto en Mikołajki, menos raro que en Dresde o en Berlín.

## NOVENO DÍA: KAUNAS

¡Vaya, si es el río Memel! De hecho, lo sabía, o al menos habría caído en la cuenta si me hubiese parado a pensarlo; no obstante, me quedo perplejo cuando nuestro acompañante menciona de pasada el nombre de ese río, ancho y caudaloso, que recorreremos al llegar a Kaunas. El Memel solo aparecía en la primera estrofa, esa que nadie cantaba.\* Como si hubiera podido ser de otra manera, de pronto reparo en que el Memel existe de verdad. Pasa por Lituania, tan lejos de la República Federal.

Kaunas es una ciudad en toda regla que recuerda a un decorado de cine. Construida en el periodo de entreguerras como conjunto cerrado y capital provisional del nuevo Estado lituano, ya que Vilna aún pertenecía a Polonia, el centro de Kaunas irradia una modernidad que, hoy en día, hace que la ciudad vuelva a parecer un objeto de museo: muchos edificios de estilo Bauhaus, entre los cuales quedan huecos ocupados por varios ejemplos de arquitectura soviética, y una zona peatonal de tres kilómetros que atraviesa la ciudad en línea recta. Entramos en una pastelería en la que todo, hasta las batas chillonas de poliéster, parece original de la época del socialismo real, incluidos el perímetro abdominal, la permanente rubia y el mal humor de las dependientas. Aun así, el establecimiento está a rebosar. ¿O será por eso precisamente? Por lo demás, hay muchos cafés, tiendas de las cadenas de moda habituales y también muchos jóvenes, pues hay una universidad importante, así como una placa dedicada a un cónsul japonés, Chiune Sugihara, que ayudó a varios miles de judíos a huir de Lituania. Emmanuel Lévinas nació en Kaunas, pero por suerte —también para la filosofía del siglo XX— ya en los años veinte emigró a Francia con sus padres.

Al seguir sin restaurar, algunas iglesias de Kaunas parecen hechizadas, como si no pertenecieran a ninguna época; de hecho, en el periodo soviético se utilizaron como almacenes o como lugares donde secar los paracaídas, mientras que la catedral albergó una fábrica de radios. Un alemán identificará su aspecto exterior como protestante, ya que están hechas de ladrillo, igual que en la Baja Sajonia o en Schleswig-Holstein, aunque el interior está lleno de frescos y de arte neobarroco. Además, hay dos rincones de juegos con las mismas alfombras enrolladas, hechas de plástico barato, que reproducen el plano de una ciudad y por donde circulaban nuestros coches Matchbox. El hecho de que los niños puedan jugar durante la misa, que tampoco se concibe en la Baja Sajonia ni en Schleswig-Holstein, remite a un concepto de práctica religiosa más antiguo, uno no basado en la empatía ni con ningún valor edificante, pero que todavía se encuentra en la actual ortodoxia cristiana, musulmana y judía. El ejemplo que me resultó más llamativo fue cuando vi a los rabinos hablando por teléfono junto al Muro de las Lamentaciones mientras recitaban la Torá.

Tras encontrarnos la sinagoga cerrada, llamamos por teléfono al presidente de la comunidad judía, cuyo número figura en un cartel. Hasta que se produjo la ocupación alemana, un tercio de la población lituana era judía. Hoy solo quedan dos sinagogas en toda Lituania: una para la

comunidad ortodoxa y otra para la comunidad reformista, aunque ambas parecen estar más enfrentadas que las comunidades judías de Berlín. De hecho, cuando llega el presidente, Moshe Beirak, y se entera de que hablo alemán, comienza a hablar en yidis y casi se me saltan las lágrimas, pues es la primera vez que escucho esa lengua viva. Y sí, más o menos podemos entendernos en alemán y en yidis.

Beirak nos cuenta que es relojero y que nació en 1953. Su padre fue el único de los once miembros de una familia que sobrevivió al Holocausto; su madre, la única de nueve. Sus padres rara vez hablaban de lo vivido en el campo de concentración, lo cual seguirá siendo difícil para las próximas cinco generaciones. No obstante, Beirak reconoce haberse preguntado más de una vez qué se les pasaría por la cabeza a sus padres para decidir regresar a Kaunas en lugar de emigrar a Israel o a Estados Unidos, como el resto de supervivientes. Su padre decía que, en realidad, las relaciones entre lituanos y judíos siempre habían sido buenas. En el Makabi, el equipo de fútbol judío de Kaunas al que pertenecía el padre de Beirak, había tres lituanos que eran jugadores, como los demás. Sin embargo, serían precisamente ellos, sus propios compañeros de equipo, los que, más adelante, lucirían brazaletes blancos mientras presenciaban cómo la familia Beirak era detenida y conducida al campo de concentración.

«¿Por qué volvieron mis padres? Si hubiesen sido comunistas, eso habría sido lo correcto, pero es que ellos estaban totalmente en contra de los soviéticos. Hoy todo el mundo está en contra de los comunistas, en aquella época todavía era peligroso, y mis padres también fueron perseguidos por eso. Y aun así se quedaron. ¿Por qué? No lo sé, pero yo tampoco quiero marcharme.»

Para quien viva en Alemania, viaje por Alemania o emigre a Alemania, las dimensiones del genocidio judío son inconcebibles. En Alemania, los judíos eran una minoría insignificante de un uno por ciento cuando Hitler fue elegido canciller del Reich y sumaban un veinticinco por ciento cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Además, los pocos judíos que había no llamaban la atención por su aspecto: no vestían de negro ni llevaban barba larga, no hablaban yidis y, en lo que respecta a sus costumbres, ritos y convicciones, más bien se comportaban como unos alemanes especialmente tradicionales y patriotas convencidos, con el añadido de ser expertos conocedores y mejores representantes del acervo cultural alemán. Asimismo, durante los primeros seis años del régimen nacionalsocialista, los judíos alemanes pudieron emigrar, aunque lo hiciesen humillados y desvalijados. Como alemán, no es frecuente vivir en edificios que en su día estuvieron habitados por judíos, ni tampoco caminar por calles en las que todos y cada uno de los negocios y talleres tuvieron un propietario judío. En los planos de las ciudades no están marcados los barrios que habían sido judíos, ni el yidis es una lengua que suene de oídas. Al menos para los más ingenuos, infantiles, ignorantes u hostiles, los adoquines dorados intercalados en las aceras alemanas refuerzan la impresión de que no hubo tantos judíos.\* Y no, la verdad es que no hubo tantos: teniendo en cuenta los casi ochenta millones de alemanes, ciento sesenta y cinco mil víctimas judías no son «mucho» si pensamos que, solo en Kaunas, fueron asesinados al menos treinta mil judíos de un total de habitantes que ni siquiera llegaba a los cien mil. Del mismo modo, por muy prometedor que resultase al inicio, el vínculo de la joven República Federal de Alemania con Occidente también contribuyó a borrar el Holocausto de la conciencia topográfica. Para los que crecimos en la parte occidental, el verdadero genocidio judío tuvo lugar allí donde no mirábamos: en el este. Claro que de joven uno se familiariza con las cifras de víctimas, pero

encontrarse a cada paso con el espíritu de los asesinados es una cosa bien distinta. Si se pusieran adoquines dorados en las calles de Kaunas o de Minsk, en la actual Lviv, Odesa, Brest o Riga, no serían puntos aislados, sino que la mitad de todas estas ciudades estaría pavimentada de oro, como la Jerusalén celestial.

Nos dirigimos al Parque del Silencio, donde las religiones de Kaunas coexisten pacíficamente y la ausencia del judaísmo llama todavía más la atención: no solo los católicos, los ortodoxos y los luteranos tienen su iglesia, sino que, desde 1930, también los tártaros cuentan con una pequeña mezquita blanca muy hermosa. Nada más entrar en ella, oímos unas voces femeninas procedentes del coro alto. Una joven con velo baja por una escalera estrecha y nos explica que está teniendo lugar el curso de árabe. En Kaunas siguen viviendo trescientos musulmanes, entre ellos, algunos estudiantes procedentes de Asia. Nos confirma, además, que en Lituania la islamofobia va en aumento, aunque ella misma no ha notado nada. Su mayor problema es el imán, que ha sido enviado desde Turquía y solo habla turco, razón por la cual ningún musulmán puede entenderle.

## DÉCIMO DÍA: VILNA Y ALREDEDORES

Vilna siempre ha estado en un extremo: primero, en el extremo del Imperio soviético; después, en el extremo de Polonia; más adelante, en el extremo de la Unión Soviética, y, actualmente, en el de la Unión Europea. Al menos en lo que refiere a su aspecto, dicha ubicación ha sentado especialmente bien a la ciudad, que cuenta con una arquitectura grandiosa, mezcla de Barroco y Gründerzeit o periodo historicista del siglo XIX, y que aún no ha sido restaurada ni convertida en un parque temático. Patios traseros idílicos, árboles centenarios, parques, un ancho río, calles tranquilas y prácticamente aisladas en el centro de la ciudad, iglesias silenciosas, buenos restaurantes, mucho comercio pequeño...: una Europa en la que, de cuando en cuando, parecería que el tiempo se hubiera detenido, de no ser porque la gente va vestida a la última moda. Claro que esto es solo lo que se ve desde fuera. Del mismo modo que en Breslavia —la antigua Breslau alemana— ya no se habla alemán, en Vilna —el corazón del romanticismo nacionalista polaco que surgió en torno a Adam Mickiewicz y la cuna del premio Nobel de Literatura Czesław Miłosz— el polaco también ha desaparecido. Y en la que fuera la «Jerusalén del Este» todo lo judío se ha extinguido. Al igual que en tantas ciudades del este de Europa, también en Vilna la vida se acabó y, sin embargo, continúa. Este lugar es el eslabón más septentrional de una cadena de ciudades barrocas centroeuropeas —Lviv, Chernivtsí, Bratislava, Trieste, etc.—, todas multilingües, multirreligiosas y cosmopolitas.

Con el atentado de Sarajevo, el eslabón más meridional de la cadena, comenzó un proceso de depuración brutal que culminó en la guerra de los Balcanes y supuso la desaparición de unas sociedades paralelas en las que se podía pasar de un idioma a otro y tener varias nacionalidades al mismo tiempo. Vilna fue uno de los casos más complicados, en el que una época caracterizada por los extremos fue cercenada para adaptarse a la uniformidad actual. En lo que respecta a Leópolis y a Riga, solo dos pueblos las reclamaron como parte de su nueva nación: polacos y ucranianos o letones y alemanes. En el caso de Vilna, por el contrario, junto con los polacos y los lituanos, también los bielorrusos la reclamaron como capital por derecho propio. Justo antes de la Primera Guerra Mundial, en Vilna había treinta y cinco periódicos polacos, veinte lituanos, siete rusos, cinco en yidis y dos bielorrusos. Algunos, además, se publicaban en varios idiomas. A lo largo del siglo XX, Vilna cambió de manos no menos de trece veces.

En el mercado de abastos me sorprende ver la procedencia de la fruta, que viene, por supuesto, de Lituania, pero también de países como Moldavia, Armenia, Georgia, Abjasia, Azerbaiyán, Ucrania... Vista desde Vilna, Europa es un continente mucho mayor, solo que el pan sigue siendo igual de oscuro y nutritivo y está igual de delicioso que en Alemania. Czesław Miłosz escribe que, en la Vilna de su infancia, la calle más importante era la Niemackastrasse o «calle alemana», así llamada porque en ella vivían únicamente judíos.

En el pequeño museo de la ciudad hay una exposición sobre el 23 de agosto de 1989. ¿Le suena de algo? ¿Y si añado «Cadena Báltica»? ¿Nada? No se preocupe, yo solo consigo acordarme al ver las fotos de la cadena humana que discurrió desde Tallin hasta Vilna pasando por Riga: quinientos noventa y cinco kilómetros que cruzaron tres países con motivo del cincuenta aniversario del Pacto Ribbentrop-Mólotov; dos millones de personas cogidas de la mano, cantando para celebrar el triunfo de la libertad. Son unas imágenes muy poderosas, incluso edificantes, pues uno se sorprende al comprobar de qué son capaces los pueblos cuando deciden unirse fraternalmente, sin ningún tipo de violencia. En la parte occidental del continente se han olvidado el valor y la desesperación con los que se luchó por pertenecer a Europa, así como la cantidad de víctimas que esto supuso, y no hablo solo del Báltico en 1989 ni de la resistencia contra la Securitate rumana, sino ya de Berlín Oriental en 1953, de Budapest en 1956, de Praga en 1967, de Gdansk en 1981 y, por último, del Maidán de Kiev. Por cierto, que Dzhojar Dudáiev, el general soviético que se negó a disparar contra los manifestantes desarmados, fue asesinado en 1996 por un dron soviético cuando era presidente de Chechenia; muchas calles del Báltico llevan su nombre.

Para comer, elegimos un restaurante ruso cuya decoración es tan típicamente soviética como la pastelería que vimos en Kaunas el día anterior. Concebido en origen como un café donde se tocaba *jazz* y se reunían los intelectuales, antes de la caída del comunismo este local fue el punto de encuentro favorito de los funcionarios del régimen. Hoy son sobre todo turistas, diplomáticos y ejecutivos en viaje de negocios quienes piden solomillo Strogonoff y vodka; son los *wessis*, como se diría en el este de Alemania, que se deleitan con la gastronomía local cual conquistadores tras la victoria.

Decidimos pasar el resto del día fuera de Vilna para conocer la Lituania rural. En los libros y los artículos de periódico que leí mientras preparaba el viaje siempre se mencionaban los legendarios bosques lituanos. En su gran poema épico titulado «Pan Tadeusz» (aunque no cuenta con traducción española, sería «Don Tadeo»), Mickiewicz escribió «Vilna, esa ciudad erigida sobre un trono en mitad de poderosos bosques, como un lobo en medio de bisontes, jabalíes y osos», y eso que, ya en la época en la que fue escrito, gran parte de los bosques se habían talado. Fue en el siglo XX cuando se completó la faena, puesto que los distintos ocupantes que hubo durante las dos guerras mundiales se encargaron de quemar sistemáticamente los bosques para provocar la huida de los rebeldes y de los partisanos. Así, Lituania es hoy un país de campos y praderas: suaves colinas, pocos coches, pueblos prácticamente vacíos, muchos postigos cerrados en pleno día, lagos que parecen vírgenes, escasas tiendas de alimentación, todas ellas sin escaparate pero con claraboyas enrejadas y puertas de hierro marrón de los tiempos soviéticos. Tras oírme suspirar y elogiar un paisaje tan idílico, el conductor me espetó: «Aquí tenemos la tasa de suicidios más alta de Europa, y el alcoholismo es la enfermedad número uno». Si continuáramos conduciendo dos o tres horas, parecería que el paisaje se extingue; en los alrededores de Vilna, al menos, vive gente que va y viene. El principal problema de Lituania no es la integración, sino la emigración. Según datos oficiales, setecientos mil lituanos han abandonado el país desde que se independizó; de manera extraoficial, han sido muchos más, sobre todo jóvenes pertenecientes a una población que, aunque históricamente Lituania siempre fue un país receptor de inmigrantes, no llega a los tres millones. Ya en los siglos XIII y XIV, decenas de miles de personas de origen báltico llegaron a Lituania, todavía un lugar seguro, huyendo de los



cruzados. Cuando el Gran Ducado de Lituania se expandió hasta la orilla del mar Negro, muchos inmigrantes procedentes del oeste y de los territorios conquistados fueron trasladados a dicho país, entre ellos, rutenos, tártaros, judíos y alemanes. En los siglos XVII y XVIII, tras el cisma de la Iglesia ortodoxa rusa, miles de viejos creyentes que temían por su vida se salvaron huyendo a Lituania. También durante el periodo de entreguerras, Lituania ofreció protección a muchos rusos que escapaban de los bolcheviques.

Hacemos una parada en Trakai, donde prácticamente solo viven caraítas o karaím, una de las sectas judías más antiguas que existen, cuyos miembros se desvincularon del judaísmo rabínico en el siglo VI antes de Cristo, pues creían que la palabra del Señor solo se encontraba en las Escrituras y que las adiciones del Talmud eran pecado. Tras ser expulsados de Egipto y de Palestina durante la primera cruzada, los caraítas se asentaron en Crimea en el siglo XII. Desde allí, algunos siguieron avanzando hasta el noreste de Europa. Por este motivo, durante la Segunda Guerra Mundial, los burócratas raciales de Berlín decidieron que la llamada «solución final» no debía incluir a los caraítas, puesto que no pertenecían a la raza judía, sino que eran descendientes de jazaros convertidos al judaísmo. Esto no tenía ningún sentido, pero salvó a muchos caraítas de la muerte, lo cual fue uno de los giros más absurdos de la locura nacionalsocialista: como los caraítas quisieron ser más puros y auténticos que el resto, los nazis no los tomaron por verdaderos judíos, sino por unos tibios conversos. Ante las consultas realizadas por las fuerzas de ocupación alemanas, los estudiosos judíos de los guetos de Varsovia, Vilna y Leópolis confirmaron el mito para así salvar a sus hermanos, aunque para ellos no supusiera ninguna salvación. Hoy, Trakai es un enclave pintoresco situado entre dos lagos, cuyas terrazas y callejuelas están en su mayor parte llenas de excursionistas llegados desde Vilna. Solo en las tiendas de *souvenirs*, donde se venden artesanías y productos típicos, encuentro a algunos caraítas con su vestimenta tradicional. El turismo parece ser un buen negocio para esta comunidad, o al menos las casas de madera adornadas con macetas tienen un aspecto impecable. Es probable que, por la noche, los caraítas se pongan unos vaqueros. En algún sitio he leído que, de los trescientos caraítas que quedan en Lituania, tres trabajan en el servicio diplomático, cosa que no está nada mal.

Ya en la carretera comarcal, nos cruzamos con una joven monja vestida de blanco que va andando y le preguntamos si quiere que la llevemos. Nos quedamos perplejos al comprobar que habla inglés americano con acento cerrado y hace gala de un magnífico humor, jamás visto en un habitante del Viejo Mundo. «*It's rreally cool*» (es muy guay), repite emocionada cada tres frases, enfundada en un hábito que le tapa hasta la barbilla; «*rreally cool this Lithuania*» (es muy guay esta Lituania), el convento de la orden de San Juan es «*rreally cool*», las hermanas son «*rreally cool*», tres de las cuales son tan jóvenes como ella: «*Oh my God, we have sooo much fun!*». Y nos responde que no, no es necesario que la llevemos, «*thank you sooo much*»: solo está dando un paseo por esos caminos solitarios, la calidad del aire, «*you know, it's rreally cool*».

En uno de esos pueblos tranquilos, que parecen deshabitados, paramos junto a una iglesia grande y redonda. Casi toda la fachada blanca está desconchada y la puerta está cerrada con un candado oxidado. ¿Seguirán rezando en este lugar? La casa del cura parece abandonada: es de día y todos los postigos están cerrados. Nuestro conductor se pone en marcha para encontrar a alguien que nos pueda dar más información, y enseguida regresa acompañado por un señor de pelo gris muy bajito que lleva una camisa de cuadros verdes y lilas, hecha de un tejido muy grueso, y un

pantalón igual de resistente, sujeto con un cinturón por encima del ombligo y con manchas de haber estado trabajando. Tiene dientes de oro y calza unos zuecos de plástico sin calcetines. Desafortunadamente, habla tan poco lituano como la monja estadounidense.

No obstante, logro enterarme de que este pueblo es polaco, ya que mi acompañante puede entenderse mínimamente con el lugareño recurriendo a una mezcla de polaco y ruso. Nos cuenta que se llama Michal, que nació en 1939 y creció en la Unión Soviética. Cuando Lituania se independizó, él ya era demasiado viejo para aprender una tercera lengua.

«¿Y no le resulta raro vivir en un país cuyo idioma no entiende?», le pregunto.

«Bueno, mis hijos sí que lo hablan, y los viejos seguimos hablando ruso entre nosotros. Todos somos gente humilde, ¿sabe? No distinguimos entre polacos y lituanos. Son los políticos los que distinguen; nosotros, no.»

Entonces le pregunto cuál considera que es su hogar, si Polonia o Lituania.

«Antes era Polonia, ahora es Lituania, y entre una cosa y otra fue la Unión Soviética.»

Michal se echa a reír, como si eso solo les importase a los políticos.

«¿Y cuándo se ha sentido mejor —insisto—, ahora o durante el comunismo?»

«Ahora —contesta Michal sin vacilar—. Ahora se puede comprar de todo.»

Luego añade que, en lo que respecta al empleo, la cosa está peor. Él y su mujer cobran una pensión desde hace tiempo y la complementan con el dinerillo que ganan haciendo algún trabajo esporádico, cultivan fruta y verdura en el huerto... Para ellos es suficiente, pero los jóvenes... Bueno, lo cierto es que la mayoría se han ido.

«¿Y qué opina de la Unión Europea?»

De la mirada de mis acompañantes deduzco que dudan de la competencia de Michal en materia de política exterior.

«Bueno, está claro que la Unión Europea financia mi pensión, y eso es bueno —responde el lugareño tras pararse a pensar—. Pero lo dicho: al menos aquí, no está creando empleo.»

«Y, por lo demás, ¿qué significa Europa para usted? ¿Tiene alguna importancia al margen de la pensión?»

«Europa significa que los borrachos van dando tumbos por el pueblo a plena luz del día y no hay nadie que los multe. Eso es Europa. Con el comunismo había más disciplina, ¿sabe? Por eso lo del alcohol no era tan grave. Antes, si uno no iba a trabajar porque se había emborrachado, venía la policía. Hoy en día, ni viene la policía ni hay trabajo.»

## DÉCIMO PRIMER DÍA: POR PANERIAI HACIA MINSK

También aquí comenzó el Holocausto, la llamada «solución final». Aquí, en este trozo de bosque próximo a la localidad de Paneriai, situada a diez kilómetros de Vilna y con un cincuenta por ciento de población judía. Los soviéticos cavaron entre los pinos unas enormes fosas, de sesenta o setenta metros de diámetro, para almacenar fuel. El 22 de junio de 1941, llegó el ejército alemán. Las SS, junto con grupos de voluntarios lituanos, iban subiendo a los judíos en varios camiones; después los obligaban a bajar y los conducían por el bosque, caminando o a golpes, y los fusilaban al borde de las fosas. Hasta 1944, el número de muertos acumulados en esas fosas llegó a superar los cien mil; además de judíos, había prisioneros de guerra soviéticos y presos políticos. Muchos de ellos, cuyo destino era la muerte, se separaban del grupo o saltaban de los camiones, de modo que en el bosque y sus alrededores se producían terribles escenas de caza, imposibles de ocultar a los ojos de los vecinos. Aquello no era un campo de concentración con cámara de gas y crematorio, puesto que el genocidio no alcanzó unas dimensiones industriales hasta 1941. Paneriai fue el principio, bastante caótico en comparación.

Auschwitz solo se convirtió en sinónimo del Holocausto porque no era una simple fábrica de muerte, sino que además era un campo de trabajo, al que sobrevivieron cien mil presos. En Treblinka, donde fueron gaseados setecientos mil judíos polacos, solo hubo cincuenta supervivientes. Los testigos de Paneriai todavía fueron menos. Este lugar es representativo de decenas o centenares de sitios donde las víctimas no fueron registradas, examinadas por un médico, alojadas en barracones ni esclavizadas, sino directamente asesinadas. Algunos de estos emplazamientos siguen siendo desconocidos; se sabe de su existencia, pero los huesos jamás se han encontrado y, por lo general, ni siquiera se han buscado. Otras fosas comunes se descubrieron por casualidad, pero se olvidaron enseguida.

Para tratarse de un bosque, los pinos que lo pueblan están muy separados entre sí, lo cual permite mirar al cielo. El suelo, atravesado por varios senderos, es blando. Se sabe que, antes de la retirada, los alemanes obligaron a los presos judíos a abrir las fosas para quemar los cadáveres. Cumpliendo con la disciplina típicamente alemana, también tuvieron que contar los cuerpos e indicar el número con rayas. Aunque en este caso se pueda decir literalmente que de los muertos solo ha quedado la cifra, uno se va mareando a cada paso y casi siente como si el suelo lo engullera. De una autopista cercana nos llega un ruido de fondo que, en cualquier otro lugar, no resultaría tan fantasmagórico; por lo demás, el silencio es absoluto, no se oye siquiera un trino, pero lo más significativo es que no nos cruzamos con nadie. Aunque Paneriai sea uno de los primeros grandes escenarios del Holocausto, en esta mañana normal y corriente somos los únicos visitantes.

De un museo diminuto sale un chico joven, con aspecto de tener veintipocos años; es larguirucho, rubio y de pelo corto, su rostro muestra una inocencia desacostumbrada. Ha estudiado Historia Local y trabaja como voluntario en este lugar conmemorativo. Nos cuenta que en la

escuela nunca mencionaron el nombre de Paneriai y que el Holocausto solo lo trataron en relación con Auschwitz, ignorando que muchos lituanos participaron en los asesinatos. Sin embargo, este año ha habido un cambio: de repente, en toda Lituania se han celebrado actos en recuerdo de las víctimas judías, y en internet también se habla mucho del tema, lo cual no significa que los colegios vayan a Paneriai; en realidad, los visitantes lituanos son muy pocos, la mayoría son extranjeros, muchos de ellos, israelíes.

«¿Son descendientes de las víctimas?»

«Creo que no. Apenas hay descendientes.»

En términos relativos, Lituania es el lugar donde murieron más judíos durante el Holocausto, un noventa y cinco por ciento. Al país le cuesta recordar la gozosa acogida que brindó a las tropas alemanas, a sus numerosos colaboradores y, desde hace poco, también los lugares de ejecución que había prácticamente en todas las ciudades, o cómo los vecinos de Vilna miraban para otro lado cuando, en pleno día, sacaban a los judíos del gueto y los montaban en camiones, las continuas salvas que provenían del bosque, los gritos de auxilio y el ladrido de los perros que se oían en el pueblo, el olor, que debía de ser insoportable, o las toneladas de ropa barata que los campesinos compraban en la linde del bosque. La cabina de baño portátil situada entre dos pinos demuestra que en Paneriai no prevén ningún aluvión de visitas.

Los visitantes son mucho más numerosos en el museo del KGB (por sus siglas en ruso, el Comité para la Seguridad del Estado) de Vilna, cuya decoración, incluidos los pisapapeles, los teléfonos negros y pesados y los sistemas de escucha, es original de la época. El hecho de que en 1941 el ejército alemán apenas encontrara resistencia tiene que ver con la historia previa, es decir, con la entrada de los soviéticos en 1940, cuyo régimen fue tan brutal que cualquier otro sometimiento se asemejaba, ya de entrada, a una liberación. La planificación del NKVD, que «solo» pudo cumplirse al veinticinco por ciento debido a la invasión de la Unión Soviética por parte de Hitler, preveía el destierro o el fusilamiento de uno de cada siete lituanos. Es por esto por lo que, a modo de excusa, una y otra vez se oye que hubo dos genocidios: uno judío y otro lituano propiamente dicho (como si los judíos no hubiesen sido lituanos y ningún lituano hubiese participado en la matanza de judíos). Las cifras expuestas en un panel del museo tratan de justificar esta teoría comparando el número de deportados, trabajadores forzosos y asesinados durante la ocupación alemana y la soviética. ¿Cuándo acabarán todas estas estadísticas? El antiguo cuartel general del KGB es lo bastante aterrador de por sí, sin necesidad de establecer comparaciones: celdas demasiado pequeñas, incluso para agacharse; taburetes redondos situados junto al lavabo, cuyo diámetro apenas llega a los treinta centímetros, donde los presos tendrían que hacer equilibrio durante horas o probablemente días; salas de interrogatorios específicas para los enfermos, heridos y desnutridos que debían ser trasladados en camilla; cámaras de ejecución ubicadas en el sótano con la piedra vista, acribillado a balazos. Timothy Snyder, cuyo libro *Tierras de sangre* se ha convertido en una especie de guía durante mi viaje, escribe:

Una única ocupación puede fracturar una sociedad durante generaciones; una doble ocupación es aún más dolorosa y traumática. [...] Cuando las tropas extranjeras se fueron, la gente no se encontró con la paz, sino con las políticas del nuevo ocupante. Cuando llegó este segundo invasor, tuvieron que asumir las consecuencias de los compromisos contraídos con el primero, o tomar decisiones bajo una ocupación mientras preveían la siguiente.\*

En una pantalla se proyecta una rápida secuencia de las fotografías tomadas durante la investigación: son hombres y mujeres de todas las edades, intelectuales, gente corriente y también sacerdotes; cada vez se ve un plano de frente y otro de perfil. La mayoría de los detenidos se esfuerza claramente por ocultar el miedo, la desesperación, la inquietud...: su inexpresividad es un último signo de orgullo. Algunos hasta sonríen haciendo una ligera burla. Es inevitable pensar que un Estado que necesita de semejante aparato de represión merecía desaparecer a toda costa. Enseguida me viene el siguiente pensamiento: ¿no ocurre algo parecido en Guantánamo, situado en ese país que es considerado el máximo exponente de la civilización occidental? Y por último: está bien que un Estado así haya desaparecido, pero ¿qué ocurre si las celdas de tortura no se transforman en museos, si nadie honra a las víctimas, si los verdugos no son juzgados o siquiera menospreciados?

Ya en la estación consigo la última plaza libre con destino a Minsk. Una vez en el vagón, entiendo por qué los ferrocarriles lituanos solo venden esa plaza cuando ya han adjudicado hasta la última silla plegable que hay en el pasillo. Las filas de asientos son bastante estrechas, pero es que además tenemos una caja de conexiones bajo nuestros pies, de modo que mi compañero de asiento y yo viajamos a Bielorrusia con las piernas encogidas. Al menos, las mías son más cortas que las tuyas. Cuando le ofrezco mi sitio, que está en el pasillo, hago mi primer amigo bielorruso. Si he entendido bien su inglés, este pasajero opina que en los trenes bielorrusos no se viaja como sardinas en lata: en Lituania lo están privatizando todo.

«¿También el tren?», pregunto.

«Ni idea —me contesta—, pero lo único que importa son los beneficios.»

Al llegar al control fronterizo —el primero desde que salí de Colonia—, seis mujeres policía de aduanas entran en el vagón. Visten una chaqueta muy bonita, falda estrecha y una gorra muy elegante, tienen el pelo recogido y sus miradas son impenetrables por igual. Llevan un pequeño escritorio portátil con un ordenador, sellos y una lupa para examinar los visados. Hace muchos siglos, todo este territorio que se extendía hasta el Cáucaso, ese entramado de culturas, lenguas y religiones, era un solo Estado, el Gran Ducado de Lituania. Los nacionalistas bielorrusos se consideran sus herederos, de modo que hoy hace falta un visado para recorrer los ciento setenta kilómetros que nos separan de Minsk, cuando, sin necesidad de mostrar un pasaporte, yo mismo podría llegar hasta Lisboa e incluso recorrer medio mundo sin visado. Mientras la estricta policía sigue comprobando mi pasaporte, se suma otro funcionario y empieza a revolver el contenido de mi maleta. Lo que más le interesa son, curiosamente, los libros y, una por una, se pone a hojear las fotografías de un libro sobre el Holocausto que compré en Cracovia.

«Cuando son temas políticos, suelen poner problemas», me dice mi vecino de asiento una vez que los policías se han marchado.

«¿Y para usted qué es más importante, tener unos trenes cómodos o leer lo que quiera?»

Me sorprende cuando entramos en una estación término. Mientras me abro paso entre la multitud de los que llegan y los que esperan, pienso que este tipo de estaciones tienen siempre un toque anticuado. ¿Será porque todavía se resisten a acoger trenes que cubren un trayecto ininterrumpido, lo cual es mucho más eficaz? ¿O acaso son una muestra de esa audacia imperial según la cual todos los caminos conducen a Roma, París o Viena? Si hay una ciudad situada en el centro exacto de todo un país, esa es Minsk, que, a diferencia de Roma, París o Viena, está justamente en el centro geográfico de Bielorrusia, casi a la misma distancia de cualquier estación

fronteriza. Ahora bien, deducir de la insólita ubicación de su capital que Bielorrusia ha surgido de ese mismo centro es un craso error. El propio nombre del país se deriva de otro que ya existe, como si no se les hubiera ocurrido uno propio. Y el hecho de que, tras la caída del zar, tanto Smolensk como Vilna y Grodno reclamasen para sí la capitalidad de la República Popular Bielorrusa también demuestra la arbitrariedad del actual territorio estatal, pues Smolensk se encuentra en Rusia; Vilna, en Lituania, y Grodno linda con la frontera polaca. No es de extrañar que nadie reconociera a la nación bielorrusa y que, al cabo de solo un año, esta fuese destruida por los bolcheviques.

Con la disolución del Pacto de Varsovia, la puerta de acceso a la independencia se abrió por segunda vez, pero, mientras los pueblos repartidos desde el Báltico hasta Hungría celebraban su soberanía nacional, Bielorrusia era «como un hombre que, de pronto, se da cuenta de que no tiene sombra», tal y como recoge Valentín Akudóvich en su obra *Asnovy belaruskaj mental'nasci* («Un intento de entender Bielorrusia»). El título principal de este libro es *Kod adsutnasci* («Código ausente»), ya que, según el autor, Bielorrusia es una nación sin pueblo. Durante la sucesión de guerras y ocupaciones prácticamente interrumpida que ha tenido lugar en la Edad Moderna, la comunidad lingüística, cultural y religiosa a la que hace referencia la denominación de Bielorrusia ha quedado destruida casi por completo. Solo durante el llamado «diluvio sangriento» que tuvo lugar a mediados del siglo XVII a raíz de la invasión de las tropas del primer zar de la dinastía Romanov, la mitad de los bielorrusos perdió la vida. Además, la zona ya había sido profundamente polonizada con anterioridad, y, tras la rusificación, fue ocupada de forma sucesiva por suecos, franceses y alemanes antes de caer bajo el dominio prolongado de los rusos, que únicamente se vio interrumpido por la ocupación alemana a lo largo de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Akudóvich escribe: «El sometimiento y la ocupación se convirtieron en el estado natural de los bielorrusos. [...] Con el tiempo, se acostumbraron tanto al yugo ajeno que apenas lo percibían, como si se tratase de la presión atmosférica». El bielorruso, que en el siglo XVI fue el idioma oficial del Gran Ducado de Lituania y, por ende, una de las lenguas administrativas más antiguas de Europa, solo sobrevivió en los pueblos. Las naciones, sin embargo, surgen en las ciudades, y en Bielorrusia estas pronto se convirtieron en una babel donde se mezclaban ruso, polaco, bielorruso, alemán, también tártaro y, sobre todo, yidis, que tal vez habría sido más adecuado como lengua oficial, ya que, según el censo de 1897, los judíos representaban el cincuenta y siete por ciento de la población urbana. Ahora bien, el movimiento nacionalista no quería ser judío bajo ningún concepto, y lo que acabó imponiéndose como corriente nacionalista entre las élites judías propiamente dichas fue el sionismo.

Así, la nación bielorrusa fue creada por unos urbanitas que terminaron dispersándose por distintos pueblos y tomaron como referencia una concepción polaca de la historia, basada en una combinación de identidad europea y resistencia frente a la colonización rusa, con la diferencia de que estos movimientos de liberación jamás habían existido en Bielorrusia. Por mucho que se asemejaran a un puesto avanzado de la cultura europea en el mundo eslavo, el Principado de Pólatsk y el Gran Ducado de Lituania, que el movimiento nacionalista bielorruso invocaba como precedentes, tenían lo mismo que ver con la Bielorrusia moderna que el Imperio selyúcida con el actual Turkmenistán, o que Macedonia con el Imperio de Alejandro Magno. Al igual que los nacionalistas lituanos, los bielorrusos se complicaron innecesariamente asumiendo como propio el concepto de nación desarrollado por Herder. A semejanza del hebreo moderno, hasta el idioma

de la nación ansiada debía ser una mezcla entre la variante rural y las antiguas escrituras. Sin embargo, justo cuando la cultura bielorrusa comenzó a significarse públicamente dentro de la joven república soviética, las purgas estalinistas se encargaron de hacerla desaparecer. Ni un solo miembro del equipo de lingüistas que participaron en los cinco volúmenes del diccionario de la lengua bielorrusa sobrevivió al terror de los años treinta, y, la noche del 29 al 30 de octubre de 1937, al menos cien poetas y literatos bielorrusos fueron fusilados en el campo de Kurapaty, situado a las afueras de Minsk, aunque algunas fuentes elevan la cifra a trescientos. Lo poco que quedó de la cultura bielorrusa fue eliminado en los años sesenta y setenta, cuando a los profesores de las ciudades ya solo se les permitió enseñar ruso, los últimos periódicos en bielorruso cerraron y también desaparecieron los topónimos en dicha lengua. Resulta paradójico que Piotr Mashérov, el antiguo héroe partisano de origen bielorruso que por entonces lideraba el Partido Comunista, sea hoy en día la figura más admirada en Bielorrusia entre todos los gobernantes del siglo XX, pues fue un político que se dedicó a suprimir sistemáticamente cualquier rastro bielorruso. Es más, Alexandr Lukashenko, actual presidente de Bielorrusia, que ya es un Estado independiente, continúa dirigiéndose a sus compatriotas exclusivamente en ruso.

«¿El presidente no sabe o no quiere hablar bielorruso?», le pregunto a Valentín Akudóvich la noche que quedo con él en un café que, sin lugar a duda, está de moda.

Al parecer, también en Minsk quienes miran hacia Europa gustan de rodearse del encanto inimitable de una nave industrial soviética, de puestos de comida vegetariana y de un DJ que pincha música electrónica. El propio Akudóvich, filósofo nacido en 1950 y una de las figuras clave de la oposición dentro de la escena cultural bielorrusa, es el único que, con su barba gris, resulta un poco extraño en un ambiente tan alternativo.

«Es probable que hable algo de bielorruso —me responde—, pero seguro que no sabe pronunciar un discurso.»

«¿Y no ha intentado aprenderlo? Así, al menos, podría leer los discursos en voz alta.»

«Claro que podría aprenderlo, porque tonto no es, pero no creo que quisiera. El bielorruso se ha convertido en una lengua exótica. Hablarlo implica reconocer una actitud de cierta oposición. Además, es una lengua que representa la necesidad.»

«¿Necesidad en qué sentido?»

«En la Unión Soviética solo se hablaba bielorruso en los pueblos, y el pueblo era siempre sinónimo de pobreza. Hablar bielorruso era un estigma. Todo el que tuviese ciertas aspiraciones hablaba ruso.»

En *Kod adsutnasci*, Akudóvich cuenta que, en octavo curso, sus padres lo enviaron a un centro de formación profesional próximo a Moscú. A su regreso, cuando le oyeron hablar ruso con acento moscovita, sus padres casi lloran de felicidad, puesto que dedujeron instintivamente que a su hijo le aguardaba una vida mejor. Según Akudóvich, Piotr Mashérov sigue siendo admirado por una razón similar, ya que acabar con el bielorruso supuso erradicar el infortunio como parte de la conciencia colectiva. Cuando el presidente del sóviet supremo de la república bielorrusa, Stanislav Shuskévich, quiso volver a permitir hablar bielorruso en público, enseguida perdió el cargo.

«A la mayoría de los bielorrusos, el sentido común, o al menos la intuición, les decía que tener a la cabeza del Estado a una persona que hablase la lengua del infortunio solo podía significar una cosa: que al país le esperaba un auténtico sufrimiento.»

Mientras que en Georgia, en el Báltico o en Ucrania hubo una élite que mantuvo su propio idioma durante todo el periodo soviético, tras lograr la independencia, el bielorruso tuvo que aprenderse desde cero. En los pueblos, sin embargo, no entendían esta nueva lengua literaria, de modo que, ya desde el punto de vista lingüístico, el movimiento nacionalista era algo ajeno para la mayoría de los bielorrusos. Como consecuencia de todo ello, en un cuádruple referéndum celebrado en mayo de 1995, el país decidió vincularse económicamente a Rusia, introducir el ruso como segunda lengua oficial, recuperar los símbolos nacionales soviéticos y ampliar los poderes de Alexandr Lukashenko, que sigue gobernando veintidós años después. «Hicimos un llamamiento al “pueblo bielorruso” en un país donde no vivía nadie, más allá de espíritus y fantasmas históricos y literarios», escribe Akudóvich, quien participó en el resurgir nacionalista. «Obviamente, nadie hizo caso de ese llamamiento hacia la nada.»

«A lo mejor es que el Estado nacional moderno no fue tan buena idea», digo en tono de resignación.

«¿Por qué lo dice?», me pregunta Akudóvich.

«¿A mí me lo pregunta? Es usted quien escribe que Bielorrusia se había convertido en un constructo arbitrario.»

«Alemania, como nación, es un constructo aún mayor.»

«Pero en todas partes fueron necesarias tantas muertes, tantas culturas acabaron destruidas, toda esa diversidad forjada a través del tiempo, y todo ello para que surgieran esas naciones que luego se enzarzaron en numerosas guerras porque se sentían superiores, amenazadas o las dos cosas a la vez.»

«No estoy de acuerdo —replica Akudóvich—. Simplemente está extrapolando el trauma alemán a otros países.»

«Pero no me refiero solamente al nacionalsocialismo, sino también al colonialismo y su trazado arbitrario de fronteras, a las deportaciones de Stalin, a los exterminios y limpiezas étnicas realizados en toda Europa... al hecho de que hoy ya no queden griegos en Esmirna ni turcos en Salónica, y tampoco hay alemanes en Chernivtsí, polacos en Lviv ni judíos en Cracovia. Me refiero a las guerras de los Balcanes, a Ruanda, a lo que ocurre en Oriente Próximo, donde el objetivo vuelve a ser imponer la uniformidad en unos territorios tan variados como lo fueron Minsk o Vilna en el siglo XIX... ¿No cree que también esto es consecuencia de la creación exacerbada, fracasada o impuesta de una nación?»

«¿Como si antes no hubiera habido genocidios! Por favor, piense en la invasión mongola, en la conquista de América. Desde que los principados y los imperios pasaron de moda, el Estado nacional es la forma más adecuada de organización social.»

«¿Y no le asusta la ola de nacionalismo que estamos viviendo?»

«No tanto como el desarraigo, la uniformidad y la incapacitación.»

«¿Y qué pasa con el *brexit*, con Trump o con Le Pen?»

«No son más que fenómenos transitorios; la globalización avanza de un modo imparable.»

«Entonces, ¿qué opina de los partidos populistas de derechas que hay en Europa del Este, por ejemplo, el PiS en Polonia o el Fidesz en Hungría?»

«Los apoyo, siempre que no se vuelvan demasiado radicales. También suscribiría el eslogan del *brexit*, que dice “*Take Back Control*”.»



«Pero se contradice: por una parte mira hacia Europa, pero a la vez defiende el nacionalismo que amenaza al continente.»

«No, una cosa va con la otra. Queremos caminar hacia Europa y, al mismo tiempo, desarrollar nuestra identidad nacional. Con Rusia, eso es imposible. Rusia nos comerá.»

## DÉCIMO SEGUNDO DÍA: MINSK Y JATYN

Minsk es tan extensa que uno, como individuo, se siente como una hormiga desorientada. La ciudad no crece a lo alto, como en el capitalismo, donde la propiedad del terreno tiene valor, sino que Minsk se extiende a lo ancho, pues el Estado es el único dueño del suelo. Por este motivo, las calles son tan amplias como nuestras autopistas; las aceras parecen calles; los edificios, por lo general, solo tienen cuatro o cinco plantas, pero a cambio crecen a lo largo, y las plazas empedradas y vacías son tan espaciosas que equivalen a todo un barrio de una ciudad de las antiguas. En Minsk se puede tardar un cuarto de hora en atravesar un cruce, y la plaza de Lenin es tan grande que el autobús de línea para allí varias veces. La correspondiente estatua, que ya de por sí es monumental, está situada además sobre un pedestal para que los pies del líder revolucionario queden muy por encima de la cabeza de los mortales. Fieles al modelo soviético, son pocos los comercios con escaparate, de modo que tampoco hay gente paseando. Las distancias son, en cualquier caso, demasiado largas para ir a pie.

Como ocurre con el centro deshabitado de los núcleos urbanos en Estados Unidos, las ciudades soviéticas, que encuentran en Minsk su mejor modelo, nada tienen que ver con lo que se entiende por una metrópolis en el Viejo Mundo. Moscú cuenta al menos con antiguas construcciones, plazas en las que la gente se encuentra en lugar de perderse, callejuelas y edificios de los más diversos estilos y épocas. En Minsk, por el contrario, tras la Segunda Guerra Mundial no quedó una sola piedra encima de otra, de modo que la ciudad tuvo que ser reconstruida por completo (gran parte del casco urbano es obra de trabajadores forzosos, que todavía hoy son admirados por la calidad alemana de su trabajo, o al menos así reza un tópico persistente que acaso hasta sea cierto). La idea que subyace a la configuración de la capital bielorrusa empequeñece al individuo y agranda todo lo colectivo. Incluso el río Svísloch se ha ensanchado tanto que se asemeja a un lago, y junto a la orilla se extienden grandes superficies cubiertas de césped, donde no hay una brizna de hierba más larga que otra. Están cercadas por varios carriles de avenidas o *prospekt*, como se denominan las calles principales de las ciudades rusas, de modo que, al mirar desde una hilera de casas hacia la de enfrente, la distancia mínima es de uno o hasta de dos kilómetros: un paisaje inmenso creado por la mano del hombre en pleno centro de la ciudad.

Xenia no se siente como una hormiga; es más, Minsk le gusta. No hay que olvidar, me dice, que la ciudad fue completamente arrasada por las bombas del ejército alemán, con lo cual es imposible que se parezca a Heidelberg. Xenia conoce Alemania porque su marido trabaja en la cuenca del Ruhr; ella estudió Germanística y enseña alemán en el Instituto Goethe. Podría irse a vivir con su marido, pero, según me confiesa, la localidad de Wanne-Eickel no le parece un lugar tan atractivo. Admite que los bloques de viviendas prefabricadas y los edificios altos no son muy acogedores que digamos, pero, a cambio, casi todas las familias tienen una dacha. Visto así, es

como si en Bielorrusia el jardín, el recogimiento y la naturaleza fuesen parte de la vida. Además, ya se puede comprar de todo sin necesidad de hacer cola. ¿Oligarcas? Sí, claro que los hay, me explica Xenia: tres, para ser exactos, y todos están en la cárcel.

«Aquí uno no se puede hacer demasiado rico —añade, y se ríe al ver mi expresión de perplejidad—. Claro que hay gerifaltes, oportunistas y cochazos, pero esto no es nada comparado con Ucrania. Aquí solo puede haber un oligarca, y a ese lo llamamos presidente.»

A menos que se haya leído a Svetlana Alexiévich, es fácil pensar que los rusos carecen de sentido crítico y que son personas dóciles y resignadas, pero Xenia no es así; ella se limita a sopesar fríamente las opciones: o unas elecciones que son una farsa, o la guerra que se está librando en el país vecino. O un sueldo que le alcanza para vivir, o los empleos adicionales que tendría que buscarse en Lituania aunque ejerciese la misma profesión. O unas calles limpias, la sensación de seguridad —también por la noche— y un Estado que ofrece los servicios básicos a precios asequibles, o Wanne-Eickel. Xenia ni siquiera necesita creer lo que cuentan los programas de la televisión pública, en los que Alemania casi siempre aparece como un Estado fallido debido a la invasión de musulmanes, que son un todo en uno —radicales, agresores sexuales y delincuentes—, sino que le basta con pensar en la pensión, así como en una trayectoria profesional constante y sencilla, para que su país no le parezca tan mal. Cuando pasamos con el taxi junto al cuartel general del KGB, que en Bielorrusia se sigue llamando así y no es ninguna broma, Xenia señala con el dedo a unos señores que están parados en la acera, como disimulando pero sin disimular, y se ríe por lo bajo.

«Sigue habiendo un servicio secreto —me dice—, pero ya no tenemos miedo.»

Ante la pregunta de por qué los Estados bálticos decidieron mirar hacia Europa nada más independizarse y, en cambio, en términos generales, Bielorrusia siguió siendo soviética, Xenia me conduce hasta el museo estatal de la Gran Guerra Patriótica. No hay otro país con el que Alemania se haya cebado tanto, así que era fácil vender la victoria del Ejército Rojo como una liberación. Como en los antiguos museos etnográficos, las batallas están representadas con unos muñecos de tamaño natural, tanques originales, un vagón de mercancías alemán, la prensa que utilizaron los partisanos y un pequeño túnel que se puede atravesar y que simboliza la clandestinidad. En la última sala, unos bielorrusos agradecidos dan la bienvenida al Ejército Rojo. El desfile militar que están proyectando en unas grandes pantallas situadas en el vestíbulo es como los que yo veía de niño, solo que en este caso no es Brézhnev quien saluda desde el palco, sino el oligarca local.

«¿Esto ha sido todo? —me pregunto—. ¿Todo lo que ocurrió en la guerra?» Un cuarto de la población está muerta, otro cuarto fue obligada a realizar trabajos forzados, las ciudades fueron bombardeadas, las fábricas, destruidas, todas las infraestructuras quedaron reducidas a escombros, más de mil pueblos fueron incendiados por los alemanes, la comunidad judía, es decir, el segundo grupo de población más numeroso, fue exterminada... ¿y lo único que queda es la victoria del Ejército Rojo? Me informo de dónde está el Stalag 352, el tristemente célebre campo de prisioneros de guerra de Minsk, aunque hablar de «campo» en este caso es casi un eufemismo: los alemanes fueron acumulando prisioneros de guerra en el este para matarlos. Por este motivo, a diferencia de lo que ocurría en los campos de concentración, los prisioneros simplemente se contabilizaban, pero sus nombres no quedaban registrados; solo durante el primer año fueron apresados tres millones de soldados soviéticos. En el Stalag 352, los presos estaban tan hacinados

tras las alambradas que solo podían permanecer de pie. A finales de 1941, cuando estaban a punto de morir por inanición, algunos lograron huir al gueto vecino, que, comparado con el campo, era más seguro.

Xenia no tiene ni idea de dónde se encuentra el Stalag 352; ha oído hablar de él, pero ignora si hay un lugar en el que se recuerde la existencia del que probablemente fuese el mayor y más sangriento campo de prisioneros de la Segunda Guerra Mundial. Si quiero entender mejor cómo se vive en Bielorrusia, me recomienda que visite Jatyn. Ella, sin embargo, debe volver a casa, porque su hija —Xenia resopla ostensiblemente— tiene que ensayar para las elecciones parlamentarias, en las que el Gobierno renovará su mandato con un noventa y seis, noventa y ocho o noventa y nueve por ciento de los votos; aun así, es obligatorio acudir. Al menos su hija disfruta con los bailes regionales que debe representar con su clase. Vera, una compañera de trabajo de Xenia, se ofrece espontáneamente a acompañarme y visitar el principal lugar conmemorativo de las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, situado a una hora de Minsk, en dirección norte.

Mientras viajamos por la autopista, entre las muchas historias que Vera me cuenta sobre sus padres, sus suegros y sus abuelos, hay un episodio relacionado con su suegra que, aunque pueda parecer inocente en comparación con otros, enseguida se me queda grabado. Los alemanes habían instalado en el patio un váter al que los niños solían arrojar una manzana desde lo alto. En una ocasión, un soldado salió del servicio con una ametralladora, cogió a la suegra, que por entonces tenía ocho años, y la llevó a rastras hasta donde estaba su abuela. Apoyando la boca del arma en el pecho de la niña, gritó algo así como «Una vez más y le disparo».

¿Y qué pasaba con Stalin? Vera me cuenta que sus padres, suegros y abuelos hablaban muy a menudo de los «cuervos negros», es decir, los coches del NKVD en los que uno podía acabar sin saber jamás el porqué, ni los parientes, el adónde. En *Tierras de sangre* leo que, durante el periodo más oscuro del régimen estalinista, el padre, el tío o el vecino de turno acababan montados en el cuervo por la sencilla razón de que había que cumplir con una cuota. La orden 00447, de 30 de julio de 1937, titulada «Sobre la operación de represión de antiguos kulaks, criminales y demás elementos antisoviéticos», exigía la ejecución por fusilamiento de 79.950 ciudadanos soviéticos, así como la deportación al gulag de otros 193.000. Alcanzar o no dicha cuota dependía únicamente de las sedes locales del NKDV, que se atenían a la máxima de «más vale que sobre que no que falte». De ese modo, las víctimas de la orden 00447 no fueron 79.950, sino cinco veces más. No obstante, según me explica Vera y sin que ella misma lograra entenderlo, muchos de sus familiares lloraron la muerte de Stalin en 1953.

Mientras los vastos campos de cultivo de los koljoses pasan veloces a nuestro lado, Vera contradice a Xenia, que ha terminado adaptándose al sistema. Vera me habla de los disidentes que fueron perseguidos, de los activistas, aunque admite que no fueron muchos, pero que precisamente por eso le parecen más valientes, y de las mentiras con las que crecieron. ¿Que los alemanes quemaron los pueblos? Correcto, pero solo porque allí se habían atrincherado los partisanos soviéticos, que habían sido igual de desconsiderados con los habitantes de todos esos pueblos. ¿Que Minsk fue destruida por los alemanes? Bobadas, los alemanes conquistaron Minsk sin necesidad de combatir, y durante los cuatro años de ocupación fueron bombardeados por las fuerzas aéreas soviéticas. Lo poco que quedó de la ciudad fue derruido por los comunistas después de la guerra para poder erigir su modelo de ciudad ideal. ¿El Stalag 352? Que los soldados fuesen apresados por el ejército alemán no cuadra con la imagen victoriosa del Ejército

Rojo. ¿Los servicios sanitarios? Vera me cuenta que, en Bielorrusia, si no tienes contactos ni dinero, es mejor que no llames al médico de urgencias. ¿Educación gratuita? Tu hijo tiene que llevar hasta el papel higiénico a la guardería. Vera argumenta que Xenia, al menos, tiene a su marido y podría mandar a sus hijos a Alemania en cualquier momento si en Bielorrusia se quedaran sin futuro.

«¿Y usted, Vera? —le pregunto—. ¿Es que sus hijos nunca podrán vivir en Europa?»

Jatyn es uno de los pueblos que fueron incendiados por el ejército alemán. Oficialmente, se eligió como lugar de conmemoración porque está cerca de la capital y, por tanto, es accesible para los visitantes. Sin embargo, también podría haber una razón extraoficial: la denominación Jatyn debía neutralizar el topónimo original. El pueblo, en realidad, se llamaba Jotyn, pero no fue hasta después de la guerra cuando la «o» de la primera sílaba se sustituyó por una «a». Sea como fuere, también en Jotyn o Jatyn los soldados concentraron a los habitantes en un establo, le prendieron fuego y dispararon con ametralladoras contra los que trataron de huir tras romper la cerradura. A la entrada del pueblo hay una escultura de un padre que sostiene en brazos a su hijo muerto o desfallecido. Su actitud no es nada heroica, su rostro muestra auténtica desesperación. Las veintiséis casas que formaban el pueblo no estaban juntas, sino repartidas por un amplio claro. Ahora, los muros de cimentación están marcados con unas barras de hierro y una puerta estilizada. Cada puerta está abierta para recordar la hospitalidad característica de los pueblos pequeños. En lugar de la chimenea, se levanta un campanario donde figuran los nombres de los asesinados; si son niños, también la edad. En la primera casa hecha de aire en la que entro, vivían tres adultos y seis niños de cinco, siete, ocho, nueve, diez y doce años. A cincuenta metros hay otra casa que pertenecía a una señora sola, y así sucesivamente: veinte campanarios repartidos por un pueblo muerto.

Las campanillas tocan cada treinta segundos, solo que diferidas mínimamente en el tiempo, de modo que se oye un tintineo sostenido, agudo e infantil que traspasa el alma. Es imposible imaginar a alguien correteando por aquí, como ocurre en el monumento de Berlín dedicado a las víctimas judías, jugando al escondite o algo parecido. Nunca había recorrido un lugar conmemorativo —cruzo el pueblo de aire de arriba abajo— donde la violencia, la tristeza y el vacío se percibieran de una forma tan física, lo cual no se consigue con los medios de Hollywood, como en el Museo Schindler de Cracovia o en la torre del silencio del Museo Judío de Berlín, ni tampoco tratando de empatizar, mostrando fotos originales de la época o simulando el horror. Eso solo se logra con la fuerza de la abstracción artística.

Obviamente, en este lugar de conmemoración nacional no se alude a los judíos asesinados, pese a que el propio arquitecto, Leonid Levin, fallecido en 2014, fuese judío. Para la Unión Soviética, todas las víctimas eran ciudadanos soviéticos y nada más. De vuelta en Minsk, Vera me conduce hasta un monumento situado en el antiguo gueto, pero construido hace quince años. Muestra a un grupo de personas desnudas y demacradas bajando unas escaleras. Sin duda, el monumento impresiona, pero en un Estado que construye a lo grande, el lugar donde se recuerda a las víctimas judías es sorprendentemente pequeño, además de estar pegado a unos bloques prefabricados y oculto tras unos árboles, con lo que apenas puede verse desde la calle.

Junto a una pared de madera, tras la que están construyendo la tercera línea de metro, seguimos recorriendo el antiguo gueto que cayó en el olvido después de la guerra, aunque con sus cerca de setenta mil judíos fue el más grande que hubo sobre suelo soviético. El propio Valentín

Akudóvich, uno de los bielorrusos más instruidos, me contó la noche anterior que él no supo nada de la vida ni de la muerte de los judíos hasta toparse con un libro sobre el tema cuando estudiaba en el Instituto de Literatura de Moscú. Mientras pasamos cerca de unos vendedores ambulantes, quienes tal vez se hayan aproximado a la zona en obras porque la pared de madera rejuvenece esa avenida tan desierta y la convierte en una animada callejuela, llegamos a un pequeño parque. No, no es un parque: enseguida reparo en que es un viejo cementerio, el cementerio judío. Hay varias lápidas desperdigadas, de modo que, al caer la tarde, no se sabe si están haciendo obras o si se trata una obra de arte ya acabada. Entablamos conversación con una señora muy elegante que resulta ser hija de Leonid Levin (no, este tipo de casualidades no se le ocurren a ningún periodista). Se llama Galina Levina y también es arquitecta, habla perfectamente inglés y, a través de su estudio, trata de continuar con la obra de su padre. Acaban de encargarle el diseño del cementerio, por eso está allí.

«Todavía falta mucho para que la gente, sobre todo los jóvenes, entienda que los judíos fueron asesinados porque eran judíos», dice Galina Levina.

Le pregunto cómo fue posible que su padre diseñara un monumento tan impresionante y a la vez discreto precisamente en la Unión Soviética. Galina Levina reconoce que no fue fácil, ya que en aquella época, en los años setenta, era imposible construir algo que no fuese heroico. Que el encargo, pese a todo, recayera en su padre se debió únicamente a Piotr Mashérov, que por entonces era el líder del Partido Comunista de Bielorrusia y un alto funcionario estatal, pero también un hombre inteligente y con sensibilidad artística. Según Levina, Mashérov supo ver que el arte es algo más que mera propaganda y comprendió que los bielorrusos necesitaban un lugar donde llorar en silencio, no donde celebrar el triunfo. Lo que más tuvo que pelear su padre fue lo de las campanas, pues no dejan de ser un lenguaje formal propio del cristianismo aplicado a la memoria de una nación. A pesar de ser comunista, Mashérov también entendió lo de las campanas. Este líder falleció en 1980, víctima de un accidente de tráfico cuyas circunstancias aún no han sido esclarecidas.

«En este viaje he visitado muchos lugares conmemorativos —le digo—, y he visto otros muchos en Alemania, pero ha sido en Jatyn donde, por primera vez, he pensado: así se hace.»

«Sí, y es obra de mi padre —responde Galina Levina—, pero todavía queda mucho por hacer.»

Como al día siguiente marchamos hacia Chernóbil, hago acopio de ropa barata en pequeñas tiendas. Según me explicaron por teléfono, una vez accedamos a la zona restringida, todo lo que llevemos encima será desechado.

## DÉCIMO TERCER DÍA: EN LA ZONA RESTRINGIDA DE CHERNÓBIL

Cuando nos ponemos en marcha tenemos, por tanto, un aspecto descuidado. La única cosa de valor que llevo puesta son los zapatos, pues he pensado que el par de segunda mano que compré el día anterior me lo pondré cuando lleguemos; de lo contrario, es probable que me quede sin suelas antes de tiempo. A lo largo de la autopista y, más adelante, de la carretera comarcal, vemos un cementerio tras otro: un trocito de bosque rectangular en mitad del campo, rodeado siempre de la misma verja, que solo podía ser azul celeste. Bajo los abedules hay lápidas apretujadas, y las flores de plástico brillan incluso en invierno. Son cementerios normales y corrientes, nada de fosas comunes; sin embargo, cada uno de estos camposantos bielorrusos es asimismo un monumento que conmemora la guerra con una escultura o un obelisco en los que hay depositadas coronas —también de plástico— y, además, figuran los nombres de los caídos en el pueblo más próximo. Allí donde ya no queda pueblo porque el que había fue incendiado, ni tampoco cementerio porque no ha sobrevivido nadie que pueda honrar a sus familiares o vecinos, solo se ve un monumento, sin cementerio, aislado en mitad del campo.

Esta planicie, entonces cubierta de bosques y barrizales y hoy recuperada para el cultivo, con su consiguiente desnudez, fue el epicentro del enfrentamiento entre la Unión Soviética y el Tercer Reich, el lugar donde el régimen de terror impuesto por ambos sistemas se recrudeció, comenzando por el genocidio estalinista previo a la guerra, la expulsión de cientos de miles de polacos tras el Pacto Ribbentrop-Mólotov, el paso del ejército alemán en cuestión de días, la guerra de los partisanos, que en ningún otro sitio se libró con tanta dureza, ejercida incluso contra la propia población, hasta acabar con la desinhibición humana en su grado máximo cuando el alto mando del ejército alemán ordenó emprender la retirada, dejando tras de sí las llamadas «zonas muertas».

También en otros países hay monumentos que recuerdan los horrores de la guerra y del Holocausto, pero al viajar por Bielorrusia y ver las numerosas lápidas, fosas comunes y carteles informativos, uno tiene la impresión de que el país entero es un solo monumento conmemorativo del terror. Ahora bien, no todas las víctimas son recordadas por igual, pues no se alude a las víctimas del estalinismo ni de los polacos, tampoco a los prisioneros de guerra ni a los trabajadores forzosos que retornaron, no se recuerda a los judíos que fueron asesinados por su religión, ni tampoco a las víctimas del que, en palabras de Svetlana Alexiévich, es «el acontecimiento más importante del siglo XX, a pesar de las terribles guerras y revoluciones que marcan esta época»: las víctimas de Chernóbil.\* Aunque la explosión del reactor se produjo el 26 de abril de 1986 en el territorio de la actual Ucrania, el setenta por ciento de la lluvia radioactiva cayó sobre Bielorrusia, y aunque cuatrocientos ochenta y cinco pueblos y pequeñas ciudades fueron abandonados, uno de cada cinco bielorrusos sigue viviendo sobre suelo contaminado. En su

libro sobre la catástrofe, que la hizo célebre a finales de los años noventa, la premio Nobel de Literatura afirma: «Hoy en día, los bielorrusos, como si se tratara de “cajas negras” vivas, anotan una información destinada al futuro. Para todos».

Pero ¿qué tipo de información? Alexiévich ha descrito los efectos de la radiactividad en el alma de las personas. Sin embargo, treinta años después del accidente, sigue habiendo diferencias en las meras cifras, que varían hasta en tres ceros... delante de la coma. Si uno se pone a investigar cuántas personas han fallecido a consecuencia de la radiación, las respuestas oscilan entre cuatro mil y un millón y medio. En la propia Bielorrusia es imposible obtener datos fiables; es más, cualquiera que informe sobre el aumento de casos de cáncer infantil acaba siendo despedido, como le ocurrió a Vasili Nesterenko, director del Instituto Nuclear de Minsk, o bien arrestado, como el especialista en medicina nuclear Yuri Bandazhevski, responsable de la clínica universitaria de Gómel, la segunda ciudad más grande, situada a solo ciento cuarenta kilómetros del reactor. Y, mientras en Ucrania hay agencias de viaje que ofrecen excursiones a Chernóbil con merienda incluida, por muy irresponsable que esto pueda parecer, en Bielorrusia hasta los científicos tienen dificultades para visitar la zona de exclusión, denominada eufemísticamente «zona de protección radioecológica».

Cuando llegamos a Jóniki, un cúmulo de bloques de viviendas situado junto a carreteras de seis carriles, prácticamente desiertas, y desde donde se gestiona la zona de exclusión, el funcionario competente no está en su puesto. Tampoco responde al móvil. La amable señora que está en la antesala se esfuerza por encontrar a algún compañero para que nos firme el permiso de entrada y nos ofrece un té durante la espera. Cuando todo apunta a que los funcionarios se están pasando la pelota entre ellos, pierdo la paciencia. El Gobierno se queja permanentemente de que lo han dejado solo a la hora de gestionar las consecuencias de la catástrofe nuclear, pero, cuando hay un periodista que se interesa por Bielorrusia en lugar de por Ucrania, solicita un visado —lo cual no es nada fácil—, viaja hasta Minsk, consigue una acreditación del Ministerio de Exteriores, concierta una cita con un funcionario y viaja cuatro horas en coche, ¿entonces lo mandan de vuelta a casa sin haber cumplido su misión?

Obviamente espero que, al ver mi ataque de ira, los funcionarios valoren las consecuencias que podría tener en su carrera un reportaje demasiado negativo, aunque al final es más bien la lástima lo que hace que un biólogo se avenga a conducirnos al menos hasta el límite de la zona de exclusión. A pesar de ir vestido de camuflaje, el biólogo irradia tranquilidad. Luce una tripa redonda, bigote y media calva, y su rostro muestra una ligera extrañeza, fruto de preguntarse qué se nos ha perdido en ese lugar dejado de la mano de Dios. Mientras atravesamos en coche una de las llamadas «zonas autorizadas», a cuyos habitantes simplemente se les aconsejó que abandonaran sus casas, el biólogo nos cuenta que él mismo investiga sobre los efectos de la radiactividad en el mundo vegetal, aunque por lo pronto no ha detectado ninguno.

«¿No ha detectado ningún efecto?»

«Lo que quiero decir es que yo no los veo. Claro que hemos constatado un aumento del índice de radiactividad. Pero las mutaciones visibles solo se produjeron los primeros años. Ahora, esto es un trozo de naturaleza completamente normal, pero abandonado. Hasta tenemos caballos salvajes.»

«¿Y qué me dice de los efectos en las personas?»

«Eso está fuera de mi ámbito de investigación. Además, ahí no vive nadie.»



«Pero ¿y usted mismo? Imagino que usted y sus compañeros trabajarán a diario en la zona de exclusión. ¿No tiene miedo?»

«Siempre llevamos un medidor, y además nos hacen reconocimientos periódicos.»

«¿Y qué ocurre si el resultado es negativo?»

«Entonces es que alguno de nosotros ha cometido un error.»

«¿Un error?»

«Sí, un descuido. Permanecer demasiado tiempo en el bosque, por ejemplo. O comer bayas o setas a escondidas. Se puede picar alguna que otra, pero si comes demasiadas, eso se detecta, porque el índice de radiactividad aumenta.»

«Y ¿qué sucede si un trabajador supera el límite permitido?»

«Pues que es suspendido o incluso despedido, según el caso. Somos muy estrictos con eso.»

«¿Así que lo despiden por tener un índice de radiactividad demasiado alto?»

«Así es. Al fin y al cabo, ha cometido un error.»

Los lugares por donde pasamos no son pueblos, sino casas de madera aisladas, distribuidas de forma desigual: algunas están pegadas, pero la mayoría distan unas de otras unos treinta, cincuenta o cien metros. En el pasado fueron pueblos. Las casas abandonadas se derribaron, y se desmontaron varios metros de terreno. Según nos explica un señor al que abordamos en la calle, guarda forestal de profesión, ya nadie va a mudarse a vivir allí. La gente solo se marcha, y las casas de los que se quedan son derribadas en cuanto las personas fallecen.

«No queda ni rastro de nosotros.»

El guarda forestal nos cuenta que en su día hubo quinientas casas muy juntas que casi formaban una pequeña ciudad con su propia escuela, tiendas, su Administración y una sala comunitaria. Había incluso un coro, famoso en toda la zona, pero hoy ya solo quedan treinta personas. Eso de ahí delante, esa casa tan hermosa, con ventanas de frontón labrado, es lo próximo que van a derruir; el viejo constructor, que fue enterrado algunas semanas atrás, levantó muchas casas en los pueblos vecinos. En los últimos treinta años, tuvo que contemplar cómo desaparecían una tras otra. Sigue habiendo electricidad, pero no agua corriente; el agua la cogen de la fuente. Un vendedor ambulante les trae alimentos dos veces por semana: el autobús hace tiempo que no para.

Pregunto al guarda forestal por qué él no se ha ido. Me explica que le ofrecieron una vivienda en Jóniki, pero que solo está a quince kilómetros y no ve mucha diferencia; además, uno se puede poner enfermo en cualquier parte del mundo. ¿O acaso no han aumentado las dolencias? Aunque es cierto que muchos de los llamados «liquidadores» —los cientos de miles de voluntarios, o no tan voluntarios, que en 1986 apagaron el fuego y construyeron el sarcófago de hormigón que envuelve el reactor— han muerto, en lo que a ellos respecta, todo está en orden y se someten a controles anuales. El índice de radiactividad unas veces es más alto y otras, más bajo, pero eso tiene que ver con la alimentación. ¿Y los niños? En los niños él no ha visto nada anormal; claro que nada más quedan dos. De hecho, así fue como se enteraron del accidente, porque evacuaron a los niños y a las embarazadas a toda prisa. Él lo observó todo desde el tractor y enseguida se imaginó lo peor. La televisión no informó del suceso hasta pasados varios días; incluso celebraron el 1 de mayo con el desfile de todos los años, solo que sin niños y sin embarazadas.

Se nos une una señora mayor que lleva un pañuelo verde en la cabeza y tiene dientes de oro. Nos dice que muchos vecinos están arrepentidos de haberse mudado porque no terminan de acostumbrarse a la ciudad, sobre todo los viejos. A veces vuelven y besan el suelo sobre el que estuvo su casa. Cuenta que muchos de ellos han empezado a beber, lo cual le parece mucho peor que la radiactividad. Y sí, las setas y las bayas son las mismas, también las patatas saben como antes. ¿Qué nos creíamos? ¿Que les habían salido cuernos? Bueno, las bayas oscuras brillan más que las rojas, por eso hasta ella prefiere no cogerlas.

Como vengo de Alemania, la señora empieza a hablar de la guerra, esa que ya una vez marcó un antes y un después. Nos explica que muchos vecinos del pueblo tuvieron que hacer trabajos forzados y otros colaboraron con los alemanes. Mientras habla, señala los lugares donde estaban las casas de unos y de otros: aquí, la de la tía que tuvo que bregar en Alemania, y, dos parcelas más allá, la del guardia que huyó con los alemanes. Una vez, su madre encontró a un joven soldado en el sótano llorando amargamente.

«Lo que ha pasado aquí es lo mismo que nos pasará a nosotros», le dijo el soldado.

Cuando dieron la orden de incendiar su pueblo, los alemanes comenzaron a discutir entre ellos. Algunos decían que aquello ya no serviría de nada. Al final, los alemanes se retiraron, pero dejaron las casas en pie, y por eso el pueblo sigue existiendo. De la aldea vecina solo queda una lápida conmemorativa.

Pregunto si podemos verla. El biólogo duda, porque hay que atravesar el bosque, pero el guarda forestal dice que conoce un sendero. La inscripción de la lápida reza «En recuerdo eterno de las víctimas del fascismo» y, debajo, figuran los nombres de los fallecidos. El plástico está tan resquebrajado y los colores tan ajados que es muy probable que las coronas depositadas en el pedestal daten de antes de Chernóbil. Al igual que en el resto de lápidas conmemorativas, la «Gran Guerra Patriótica» tuvo lugar entre 1941 y 1945, aunque en Bielorrusia comenzase ya en 1939 con el Pacto Ribbentrop-Mólotov.

Seguimos viaje y pasamos junto a prados donde pastan vacas y campos recién cultivados. El biólogo nos tranquiliza explicándonos que también allí han retirado la tierra contaminada y que, además, toda la verdura se analiza en busca de cesio, estroncio y otros nucleidos antes de llegar al mercado. En la siguiente zona aún está prohibido plantar, cazar y talar árboles. A escasos cincuenta kilómetros de Chernóbil, llegamos al punto fronterizo donde comienza la zona de exclusión propiamente dicha; se me ocurre que también eso es un tipo de zona muerta. La entrada está vigilada por dos guardas vestidos de camuflaje, uno de los cuales está subido a una torre de madera, atento por si se produce algún incendio en el bosque. Por lo demás, su trabajo se reduce a abrir la barrera para un máximo de tres coches diarios: el del biólogo, el del guarda forestal y el de las dos personas que todavía viven en la zona de protección radioecológica.

«¿Que aquí siguen viviendo dos personas?», pregunto perplejo.

«Así es —responde uno de los guardas, que nos explica que la radiactividad no se reparte por igual. En esas dos casas, el índice es más bajo, de modo que las autoridades cedieron ante la insistencia de los vecinos y les permitieron vivir allí—. Yo también me pregunto qué es lo que harán. No es que sean muy habladores.»

«Cada cual vive como quiere —opina el biólogo—, y a esos dos no les hace falta ninguna discoteca.»

«¿Son hermanos?», pregunto, pues no puedo evitar imaginarme que se necesite algún tipo de vínculo para soportar la soledad, el silencio y el riesgo.

«No, son dos hombres, sin más.»

«¿Y viven juntos?»

«No, no, cada uno en su casa», responde el guarda.

«Nuestro pueblo aún no se ha pervertido tanto», apunta el biólogo entre risas.

Viajamos de regreso a Jóiniki cuando me doy cuenta de que llevo puestas mis botas de senderismo. ¿Qué hago? ¿Las tiro? El biólogo ha insistido en que se podía trabajar sin ningún problema en la zona de exclusión y que hasta se podía comer alguna que otra baya. Tampoco los vecinos del pueblo daban la impresión de andar preocupándose a cada paso. Además, nos dijeron que todos los veranos viene gente de lejos a buscar setas. Los pocos metros de sendero que he recorrido no son nada en comparación.

«¿Usted qué opina? —pregunto al biólogo cuando nos despedimos—. ¿Debo tirar los zapatos? La verdad es que costaron lo suyo.»

«Tírelos», responde ese mismo biólogo al que todo le parece normal.

En el camino de vuelta, doblamos junto a un letrero que señala otro lugar conmemorativo, el campo de Ozárichi. Este campo solo existió durante una semana y solo constaba de un bosque pantanoso cercado por alambradas, torres de vigilancia y minas. En el pequeño aparcamiento hay un coche con las puertas abiertas de par en par, del que procede una música tecno que se oye a todo volumen: es probable que el biólogo se refiriese a eso cuando mencionó lo de la discoteca. Tras aparcar junto al coche, una pareja sale de unos matorrales, se monta en el vehículo, apaga la música y se marcha con gesto tímido. A pocos metros del monumento en el que han depositado unas vistosas coronas de plástico, aún puede verse la alambrada. Más allá está el barrizal donde, durante su retirada, el ejército alemán hacinó a setenta mil personas consideradas no aptas para trabajar, es decir, en su mayoría ancianos, enfermos y niños, todos ellos sin posibilidad de guarecerse, sin instalaciones sanitarias, sin comida y con la nieve como única fuente de agua potable. En el diario del general que estaba al mando, se lee lo siguiente: «La decisión de deshacerse de este lastre por esta vía, también en lo que respecta a las necesidades alimentarias, se ha tomado tras considerar y analizar detenidamente todas las posibles consecuencias». Cuando el Ejército Rojo encontró el campo, más de la mitad de los prisioneros habían muerto congelados, de hambre o por alguna infección, a no ser que se hubiesen desangrado en la alambrada o hubiesen reventado por culpa de alguna mina en su intento de huir. Trato de imaginar qué sucedió tras esa alambrada entre el 12 y el 17 de marzo de 1944, pero solo veo el barrizal.

## DÉCIMO CUARTO DÍA: KURAPATY Y MINSK

Los árboles ya han sido talados. Nos encontramos a las afueras de Minsk: bloques de viviendas socialistas, la autopista y, tras ella, un campo de cultivo tan grande que no puede pertenecer a un solo campesino. Más allá del campo hay un centro comercial con letreros luminosos, entre otros, de Adidas, Nike y Kentucky Fried Chicken. Si unos jóvenes no se hubiesen encadenado a las excavadoras y los obreros no hubiesen dado la sorpresa de solidarizarse con ellos, a este lado de la autopista habrían construido otro centro comercial. No es casual que la propia autopista atraviese el recinto del campo de exterminio estalinista de Kurapaty. Las cifras sobre el número exacto de asesinados difieren tanto como en Chernóbil: oficialmente fueron siete mil, mientras que el arqueólogo Zianón Pazniak, que descubrió las fosas comunes en 1988, ha estimado que fueron cerca de doscientos cincuenta mil. La inscripción que figura en la pequeña lápida conmemorativa no menciona a las víctimas ni a los verdugos, sino que recuerda en general que en Kurapaty se produjo un exterminio como consecuencia de la represión política que tuvo lugar entre 1938 y 1941. Cualquier acto de vandalismo será penalizado.

Después de descubrir las fosas comunes, Zianón Pazniak se convirtió en el principal líder del movimiento nacionalista. Akudóvich, que en su día participó en las marchas conmemorativas hacia Kurapaty, escribe que Pazniak supo influir tan hábilmente en la situación política que todo el que estuviese descontento tras la caída de la Unión Soviética acabaría marchando bajo las banderas bielorrusas.

Así se dio la siguiente paradoja: sobre las cien mil cabezas de la multitud de trabajadores congregados durante días en la plaza de la Independencia de Minsk para manifestarse contra la disolución de la Unión Soviética, contra la democracia y contra la subida de precios, ondeaban banderas blancas, rojas y blancas.

Sin embargo, el Partido del Frente Popular de Bielorrusia de Pazniak despertó expectativas que no podía cumplir. La mayoría de los bielorrusos no habían conquistado la democracia, sino que habían perdido su seguridad social. Las buenas acciones que prometió Lukashenko eran mucho más atractivas. Me refiero a esa «ideología del embutido» más interesada en garantizar los salarios y las pensiones y en preservar las viejas costumbres que en promover la liberación, la división de poderes y alcanzar la grandeza como nación. «Si uno agarra a un topo del pelo y lo lanza por los aires, el animal creará, con razón, que eso es un acto violento, no un acto de liberación que le va a permitir volar un ratito.»

A través de un paso subterráneo, accedemos al otro lado de la autopista, situado en un pinar donde hay varias cruces de madera. Las más altas, de dos o tres metros, corresponden a activistas, mientras que las más pequeñas son las que han puesto las familias para recordar a sus parientes, o bien los lectores pensando en escritores célebres. También están las lápidas conmemorativas de los distintos grupos de víctimas. La inscripción de la comunidad judía es muy hermosa: «A nuestros hermanos judíos, pero también a nuestros hermanos cristianos y musulmanes de las

religiones abrahámicas que fueron víctimas del terror estalinista, en nombre de los judíos bielorrusos». Aunque a principios de los años noventa ya se hizo un desmonte de varios metros para que nadie pueda contar los esqueletos, uno casi prefiere no moverse, pues, de otro modo, cada paso se vuelve inquietante, porque uno no sabe exactamente dónde estaban las fosas en las que caían las personas una vez ejecutadas, ni cuándo cayó quién en qué parte. He leído que en cada fosa cabían entre veinte y treinta cuerpos y que luego los enterraban, así que me pongo a calcular el tamaño de las fosas, cuántas habría y hasta dónde llegaría el recinto, si alcanzaría mil, dos mil o diez mil fosas.

La aceptación de las demandas de los manifestantes y el hecho de que el propio Estado quiera convertir Kurapaty en un lugar donde recordar a las víctimas del estalinismo podría significar cierta apertura. O, más bien, no: poco después de esas manifestaciones, las protestas políticas fueron brutalmente sofocadas en todo el país y numerosos opositores fueron arrestados. El detonante de las protestas fue la llamada «ley contra los parásitos sociales», la cual, en línea con la mejor tradición soviética, reinterpreta la realidad hasta adaptarla a una idea preconcebida: en vez de reconocer el aumento del paro, este se castiga.

Es probable que una autora como Svetlana Alexiévich solo haya podido surgir en un país como Bielorrusia, donde los traumas se suceden como los cementerios al borde de la autopista y donde, al mismo tiempo, el recuerdo está estrictamente reglamentado. Y es que su obra, también única desde un punto de vista formal, no se compone de otra cosa que de recuerdos individuales convertidos en tabú, en ocasiones modestos, a menudo impactantes y también contradictorios. Alexiévich es una mujer callada, que casi pasa inadvertida, y cuyo empeño y coraje solo se manifiestan a través de la fuerza que emanan sus obras. Cuando quedo con ella en su café favorito, un establecimiento de inspiración italiana ubicado en los bajos de un bloque de viviendas prefabricadas que está en el centro de Minsk, lo primero que hace Svetlana Alexiévich es interesarse por mis impresiones.

«Me sorprende mucho que el pasado esté tan presente. Puede verse en cada pueblo, en cada casa y en cada familia. No importa con quién hable: cada persona tiene una historia particular que, al mismo tiempo, es una historia general. Me pregunto si eso no hace que se configure una especie de memoria colectiva, al margen de lo que imponga el Estado...»

«No —responde tajante Alexiévich—. Para que la memoria se vuelva colectiva, es necesario escribir sobre los recuerdos.»

Según la premio Nobel, en Minsk, basta con fijarse en los nombres de las calles para comprobar que hay criminales, asesinos y sádicos que siguen siendo homenajeados. Cualquiera puede saber que eran criminales, asesinos y sádicos, puesto que esa información no es confidencial, pero únicamente figura en libros autoeditados, en internet o en las historias que contaban los abuelos; es decir, aunque la información existe, no tiene consecuencias.

«Y, cuando se hace referencia a algo sobre lo que no está permitido hablar, la respuesta es automática: “Pero nosotros fuimos los vencedores”. Si solo está permitido hablar de la victoria, no hay lugar para las víctimas.»

Pregunto a Svetlana Alexiévich por qué ha rechazado presidir el jurado que debe elegir al arquitecto del lugar conmemorativo de Kurapaty. La escritora responde que ningún activista fue incluido en el proceso. Además, el plazo de un mes establecido en la convocatoria le parece demasiado corto como para presentar un proyecto serio. Pero, sobre todo:

«Yo no tengo nada que ver con este Gobierno: ¿qué pinto yo ahí?».

Cuando le otorgaron el premio Nobel, el presidente en persona la acusó de calumniar al país; dos años después, Alexiévich debe esforzarse para que el Gobierno no se apropie de su figura.

Le pido opinión sobre el tratamiento que se da a Chernóbil hoy, treinta años después del mayor accidente nuclear jamás ocurrido y veinte años después de su libro.

«No existe tal cosa —responde Alexiévich para, después, recordarme que al principio el Estado repartió contadores Geiger para detectar la radiactividad e instaló puntos de medición en todo el país, a los que uno podía acudir para examinar los alimentos—. De ese modo, cada uno podía ver si el aparato parpadeaba. ¿Y qué conclusión sacó el Estado? Sencillamente, detuvo la fabricación de contadores y cerró los puntos de medición.»

Pregunto a Alexiévich si la exclusión intencionada de Chernóbil de la conciencia pública es comparable a la de los crímenes estalinistas o el Holocausto.

«Sí, por supuesto. El Estado quiere conservar el monopolio del pasado en todo momento. Si nota que se le escapa de las manos y que la gente se niega a que le arrebaten sus recuerdos, entonces accede a sus peticiones. Es en ese momento cuando el propio Estado decide erigir de repente un monumento en Kurapaty, del mismo modo que se construyó el del antiguo gueto cuando las consultas provenientes del extranjero se volvieron más acuciantes. Pero todo eso es pura táctica para controlar la presión social.»

«Pero ¿qué le puede suceder a una sociedad que es incapaz de expresar sus traumas?»

«Pues que enferma», responde Alexiévich aludiendo al alcoholismo creciente, a la elevada tasa de suicidios, pero, sobre todo, a la disposición de los ciudadanos a vivir con unas mentiras que todos conocen, a la pasividad política. Hasta en Kurapaty —lugar asociado a un suceso que, como mucho, solo recordarán quienes hoy son abuelos—, casi los únicos que se manifestaron contra la tala de árboles fueron los jóvenes. Y si los más viejos salen a la calle, como ocurrió recientemente en las protestas por la llamada «ley contra los parásitos sociales», es porque se ven directamente afectados, no porque les interese el bien común. En sus entrevistas, Alexiévich ha experimentado que las personas tardan en hablar; a menudo tiene que insistir durante horas y días. Y aunque le hayan abierto su corazón, muchas veces se han arrepentido al día siguiente y han retirado sus declaraciones. Su libro sobre Chernóbil solo pudo escribirse en los años posteriores a la caída de la Unión Soviética, cuando el antiguo orden no se había restaurado. Por aquel entonces, además, las consecuencias de la radiactividad eran evidentes, de modo que el Estado no tuvo ninguna posibilidad de borrar lo sucedido en Chernóbil de la conciencia pública. Cualquiera conocía a alguien de su entorno que había enfermado, muerto o tenido que abandonar su casa. Sin embargo, nadie puede vivir con miedo treinta años después, con lo cual la gente prefiere creer que las consecuencias de Chernóbil han sido superadas y no se sorprende de que, año tras año, se vayan reabriendo nuevas zonas de cultivo. Es más, hasta están agradecidos al presidente por regalar tractores a todos los que deciden regresar. En Astravets, cerca de la frontera con Lituania, están construyendo un nuevo reactor nuclear sin que haya habido resistencia en el propio emplazamiento, que ya está contaminado, es decir, que sus habitantes ya han vivido de primera mano los efectos de la radiactividad y la negligencia del Estado.

«Pero ¿sus libros no tienen un poderoso efecto? —pregunto a Alexiévich—. Al menos usted ha puesto voz al dolor, a los interrogantes, a los miedos, una voz que es escuchada en todo el mundo. Eso tiene que permanecer.»

«Como escritora, una no debe hacerse demasiadas ilusiones —responde Alexiévich—. Nuestro éxito es modesto. A veces, cuando leo en internet lo que escriben algunos jóvenes, cuando me sorprende su atrevimiento, pienso que sí, que tal vez mis libros también hayan ayudado. Eso es todo.»

«Los logros de la literatura pueden ser modestos —replico—, pero, a cambio, son más duraderos.»

«¿A qué se refiere?»

«A que dentro de cien años sus libros seguirán leyéndose, pero ¿quién se acordará de su actual presidente?»

Svetlana Alexiévich baja la mirada y sonríe medítbunda, de modo que dudo sobre si mi halago la satisface o sobre si, sencillamente, no me toma en serio.

«Ocurre lo mismo con la radiactividad», añado, pese a todo.

El fotógrafo Dimitri Letschuk, que me acompaña en este tramo del viaje, conoce a alguien que estaría dispuesto a hablar del pasado: Frida, la abuela de su cuñado. Frida fue apresada por los alemanes debido a su origen judío y, tras su liberación, fue condenada por ser una espía alemana. Dimitri me advierte de que Frida ya no oye bien; en realidad, no oye casi nada, de ahí que una conversación con ella sea unidireccional. Sin embargo, le hace mucha ilusión que alguien quiera escucharla. Mientras nos dirigimos a casa de la abuela Frida, la radio del coche retransmite un discurso en el que el presidente se queja de los «parásitos sociales». De pronto, Vera y Dimitri sueltan una carcajada.

«¿Ha contado un chiste?», pregunto.

«No, ha vuelto a inventarse una palabra», me explica Vera.

A Vera y a Dimitri, el marcado acento del presidente cuando habla en ruso ya les parece lo bastante divertido. Cuanto más se esfuerza en parecerse a un moscovita, más se nota que no lo es. Y el colmo es cuando, presa de la euforia, no logra dar con la palabra correcta: entonces va y se la inventa.

«¿Que el presidente se inventa palabras?», pregunto.

«“Inventar” puede que sea mucho decir», añade Vera. Luego me explica que el presidente acaba de derivar un sustantivo del verbo ruso «*zhim*», que significa ‘presionar’, para referirse a la «presión» que el presidente quiere ejercer sobre el Ejecutivo. Pero ese sustantivo no existe. Además, «*zhim*» en ruso también expresa un logro deportivo, por ejemplo, cuando un levantador de peso «empuja» la barra hacia arriba. El presidente, asimismo, suele utilizar verbos con prefijos que no corresponden. Se entiende lo que quiere decir, pero resulta gracioso. Por otra parte, tutea a todo el mundo y emplea expresiones toscas, realmente vulgares. «Es que viene del koljós.»

«¿Del koljós?»

«Del campo, quiero decir.»

«Y deduzco que en el campo su acento no molestará lo más mínimo.»

«No, allí les suena muy familiar.»

Nada más sentarme en el sofá, la abuela Frida empieza a hablar. Mientras tanto, su hijo, también jubilado, se despide y se va a la habitación contigua, donde sube el volumen del televisor hasta acallar la voz de su madre. Ella tenía veintiún años y trabajaba como secretaria en el Estado Mayor del frente número 13, situado en Kursk, cuando, en octubre o noviembre de 1941, tuvieron

que abandonar sus puestos. Como no había ningún medio de transporte, cada uno tuvo que huir por sus propios medios. La abuela Frida fue apresada junto con cientos o miles de personas y devuelta a Kursk, que, entretanto, había sido ocupada por los alemanes. Por suerte, se había deshecho de su uniforme en el último momento y unos campesinos le habían dado ropa. La abuela Frida no era una judía practicante y sus padres, tampoco, sino una comunista convencida, ya muy activa de joven en el Komsomol. No obstante, todas las mujeres que tenía delante y detrás sabían que, si los ocupantes se enteraban de su origen, la fusilarían de inmediato. Los alemanes también hacían juicios rápidos a los lesionados y a los heridos en acto de servicio.

«¿Y en qué podrían haber notado que usted era judía?»

Vera traduce la pregunta gritando al oído de la anciana.

«Por el pelo y los ojos negros, la piel más oscura, la cara: eso se veía. Judía o gitana, una de dos.»

La abuela Frida nos muestra cómo se anudaba el pañuelo en la cabeza, cubriéndose las cejas, y se tapaba la boca con la mano al caminar. Cuando acampaban, las demás mujeres la ponían en el centro del grupo para que no llamase la atención de algún vigilante. Aquello también se agradecía por el frío. Sin embargo, temía que alguna prisionera la delatara para congraciarse con los alemanes. Ya en Kursk, la metieron con otras quince mujeres en una celda en la que ni siquiera tenían sitio para tumbarse. Frida era la única que nunca salía a caminar al patio; la comida también se la llevaban las demás. De vez en cuando, un joven soldado se acercaba a la celda para hacer el recuento de prisioneras. Por suerte, nunca ponía mucha atención. De él aprendió dos palabras en alemán: «*russisches Schwein*» («cerdo ruso»). Otra de las presas, que era enfermera, sabía distinguir los aviones que sobrevolaban la cárcel. Primero fueron alemanes y, al cabo de unos días, rusos; entonces cundió el pánico entre los alemanes. Hicieron formar a todos los presos en el patio para decidir qué hacer con cada uno. Los guardias locales ayudaron a identificar a los judíos y a los funcionarios comunistas. Los elegidos eran fusilados *ipso facto*, a escasos veinte metros de donde estaba Frida, pero tanto el guardia como el oficial que iba tras él pasaron de largo en su caso, sin mayor comentario.

«Pero usted acaba de decir que se reconocía a simple vista que era judía», objeto.

«Puede que el guardia no quisiera reconocerme. O que en verdad pensase que era del pueblo. Todos los judíos venían de la ciudad y, tal y como iba vestida, yo parecía una vieja campesina. Los alemanes se reían de mí.»

«¿Y no se murió de miedo cuando esos dos pasaron a su lado?»

«Pues claro, el corazón se me desbocó —responde Frida imitando el sonido—: pum, pum.»

Ese mismo día, las mujeres fueron trasladadas a una nave. Un oficial bien parecido —dato que a la abuela Frida, a sus noventa y siete años, le interesa recalcar— se plantó frente a ellas. El corazón de Frida se volvió a acelerar, pero entonces el oficial ordenó salir a los guardias. En un ruso chapurreado les dijo que él era austriaco, austriaco y antifascista. Austria también había sido anexionada al Reich, así que él había decidido liberar al menos a las mujeres. Les ordenó que se dirigiesen al portón, que estaba abierto, y que corriesen a toda pastilla. Después, enumeró los pueblos que estaban bajo dominio ruso y señaló la dirección con el dedo. Una vez allí, tendrían que separarse para no llamar la atención como grupo.

«¿Se fio de ese oficial a la primera? —pregunto a Frida—. Lo que les contó parecía increíble, ¿no?»



«Nosotras tampoco supimos si debíamos confiar en él, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? ¿Volver a la celda?»

El portón, en efecto, estaba abierto, y no había nadie en los puestos de vigilancia, así que las mujeres echaron a correr en la dirección que les habían indicado. Pronto llegaron a un pueblo y preguntaron cómo se llamaba. Era uno de los que había mencionado el oficial, así que no estaba ocupado por los alemanes.

«Un austriaco me salvó la vida —dice la abuela Frida, que aún se sorprende, setenta y cinco años después—. En verdad, era un hombre muy apuesto.»

La abuela Frida cruzó el bosque húmedo sola, hambrienta, helada y siempre con miedo a caer de nuevo en manos alemanas. Llegó a una pequeña ciudad de calles desiertas. Al fin se encontró con una mujer que llevaba un cubo, y se dirigió a ella con el corazón acelerado. Entonces supo que aquella ciudad se llamaba Lgov y no estaba ocupada. Luego se dirigió a la comandancia y se presentó al oficial que estaba al mando, bien para prestar servicio, bien para regresar con sus padres. El oficial le dijo que aquello no entraba dentro de sus competencias y le trajo un té hasta que llegaron los responsables: primero uno y luego otro. Estuvo en aquella oficina hasta muy tarde, repitiendo su historia una y otra vez. Las preguntas se convirtieron en un interrogatorio, al que se sumaron agentes del NKVD. Por la noche, extendió el abrigo en el suelo de la oficina antes de proseguir con el interrogatorio al día siguiente. Finalmente la apresaron, y en 1942 fue acusada de espionaje y condenada a pasar diez años en Siberia.

«Pero ¿por qué de espionaje?», pregunto.

«Para el NKVD, esa era la única manera de justificar que los alemanes me hubiesen perdonado la vida siendo judía.»

«Como los biólogos de la zona de exclusión, que también se vuelven sospechosos si están contaminados», interviene Dimitri en tono socarrón.

La abuela Frida nos cuenta que en el campo de trabajo empezaron a caérsele los dientes uno tras otro debido al escorbuto, de modo que pronto lo único que pudo comer fue sopa, aunque tampoco es que hubiera mucho más. No fue hasta el segundo año cuando pudo ponerse en contacto con sus padres, quienes creían que había muerto en la guerra o que había acabado en Alemania.

«¿Y contra quiénes siente más rencor, contra los alemanes o contra los soviéticos?»

«Contra los alemanes —responde la abuela Frida—. Ellos comenzaron la guerra.»

«Pero los rusos la metieron en el gulag.»

«Pero primero fueron los alemanes quienes me convirtieron en judía. Si no hubiese sido judía, los rusos no me habrían deportado.»

Cuando Frida recuperó la libertad, hacía tiempo que la guerra había terminado. Doce de sus parientes habían muerto, así que sus padres y ella hicieron todo lo posible para que fuese rehabilitada. El problema era que no existía ningún papel, y ella ignoraba qué había sido de sus compañeras de celda, así como el nombre del oficial que las salvó; solo recordaba su aspecto y que era austriaco. Sea como fuere, el artículo 124 excluía la rehabilitación en casos de alta traición. Con independencia de las pruebas y testigos que el condenado presentase para demostrar su inocencia, un traidor no merecía ninguna credibilidad. Cuanto más convencido se mostrara, más había que desconfiar de él.

Frida no se rindió cuando murió Jruschov; tampoco cuando murió Bréznev ni cuando murieron sus padres, y tampoco lo hizo cuando desapareció la Unión Soviética. En 1992, por fin, la rehabilitaron. A pesar del esfuerzo que le supone levantarse, la abuela Frida pide a Dimitri que la ayude a llegar hasta el armario del salón, donde hay un montón de cartas, documentos y, arriba de todo, el certificado que acredita su inocencia. Durante unos años percibió una indemnización mensual de un fondo alemán que le permitía sufragarse una cuidadora que iba una vez al día para asearla y hacerle la comida, pero los pagos se suspendieron con el argumento de que ella no había sido perseguida por su condición de judía, sino condenada por los soviéticos por espionaje, de lo cual Alemania no era responsable. Frida se pone rabiosa mientras busca la notificación que le enviaron desde Frankfurt; su voz, ya de por sí alta, casi se vuelve chillona, y una y otra vez golpea con la mano el montón de papeles.

«¡La culpa es de Alemania! ¡La culpa es de Alemania! Si no me hubiesen apresado por ser judía, no habría tenido que luchar toda mi vida. Si no me hubieran abierto ese expediente, habría encontrado un trabajo mejor. Me habría ganado una pensión de la que podría vivir. Alemania me convirtió en judía.»

«¿Y qué opina de la Alemania de hoy?», pregunto.

«Eso es distinto —asegura la abuela Frida mientras se va tranquilizando—. Yo me refiero al hitlerismo. Hoy ya hay otra generación y otro Gobierno. Tengo noventa y siete años. ¿Quién se va a acordar?»

La abuela Frida me enseña su álbum de fotos, que contiene imágenes de la familia, de su boda, la boda de su hijo, los nietos y momentos más espontáneos. Es cierto que Frida llama la atención entre sus compañeros de trabajo. Igual que Kafka —pienso—, el mayor escritor en lengua alemana del siglo xx. Él mismo escribió que era moreno como un indio. El marido de Frida, que falleció hace tiempo, también era judío —¿qué, si no?—, aunque nadie celebraba el *sabbat* ni acudía a la sinagoga; ¿a qué sinagoga iban a ir? La abuela Frida asegura que nunca fue discriminada por ser judía, ante lo cual Dimitri mira al techo. Nunca por parte de otras personas, insiste Frida, solo en alguna ocasión por las autoridades.

«Entonces, ¿la época de la Unión Soviética fue buena?»

«Antes de que estallase la guerra tampoco lo pasamos mal.»

«¿Quiere decir que la cosa empeoró con Stalin?»

«Para mí, era amigo de Hitler», responde Frida para, luego, añadir que su madre, una simple bibliotecaria, quiso hablar personalmente con Stalin cuando supo que su hija estaba en Siberia. Todos trataron de impedirselo, ya que hablar con Stalin no era tan sencillo y, si uno lograba hacerlo, no regresaba jamás. A pesar de todo, su madre viajó hasta Moscú, pero, por suerte, al llegar a las puertas del Kremlin, nadie la tomó en serio.

«Y, después de Stalin, ¿la situación mejoró?»

«Qué sé yo. Trabajábamos mucho y vivíamos un poco, eso era todo. Jruschov, Bréznev, Stalin...: para mí, todos son iguales.»

«¿Y Gorbachov?»

La abuela Frida se para a pensar y, para mi sorpresa, me dice que apenas lo recuerda. Al parecer, todavía no ha pasado demasiado tiempo.

«No hay de qué —responde Frida cuando le doy las gracias—. Tengo tiempo de sobra. Si usted no hubiera venido, habría estado durmiendo.»

De vuelta en el coche, Dimitri comenta que, de niño, él sí notaba que era judío aunque no supiera prácticamente nada del judaísmo; en realidad, solo lo sabía por su pelo, que era más oscuro. Su bisabuelo era un comunista tan convencido que, tras la Revolución de Octubre, fue andando desde Polonia hasta la Unión Soviética, y al llegar a la frontera besó el suelo. De hecho, la República Popular Soviética de Bielorrusia fue, junto con la República Popular Ucraniana, el único país del mundo donde el yidis fue lengua oficial en algún momento. El bisabuelo de Dimitri dirigió el teatro judío de Minsk y en 1937 fue asesinado en Kurapaty, oficialmente por ser un espía polaco, y en realidad, por pertenecer a la *intelligentsia* judía. Dimitri ha intentado en vano ver el expediente de su bisabuelo en el KGB.

«¿Todavía no has oído suficiente sobre mi familia?», me pregunta.

«No, sigue contando.»

Dimitri me habla de su abuelo, que fue representante del viceministro del Interior de la república soviética bielorrusa. En 1951 le ordenaron el traslado de los judíos a Birobidzhán. De hecho, estaban hablando de deportarlos. Yo ya había leído algo al respecto: ese año, Stalin creyó haber destapado una conspiración según la cual unos médicos judíos terroristas pretendían asesinar a destacados comunistas, razón por la cual ordenó deportar preventivamente a todos los judíos. Sin embargo, las instrucciones que daba Stalin en sus últimos años de vida no siempre se cumplían al cien por cien. Antes de la guerra y después de las grandes purgas, Stalin retiró a gran parte de su personal de seguridad con el fin de culparlos de los excesos cometidos. Por lo tanto, después de la guerra, muchos funcionarios vacilaban a la hora de cometer tales desmanes. En el caso del abuelo de Dimitri, coincidía, además, que él mismo era de origen judío y que ya su suegro había sido asesinado siendo inocente. Así, el abuelo simuló equivocarse y puso la orden encima de un montón de papeles a los que no se les daría curso.

«¿Y tú? ¿Quieres saber algo de mi familia?», pregunto a Dimitri.

«¿Es que tienes antepasados bielorrusos?»

«Eso, no, pero ¿te acuerdas de los polacos que fueron expulsados de Polonia oriental tras la firma del Pacto Ribbentrop-Mólotov? Muchos de ellos emigraron a Irán.»

Entonces, Dimitri recuerda a esos polacos que cruzaron el mar Caspio en botes de madera y los montes Elburz, ya fuese en autobús o en carromato, e incluso a pie, para atravesar Irán y llegar a Palestina o a Occidente. Durante unos años, en Isfahán, mi madre jugó de niña con los hijos de estos inmigrantes, ya que los viernes mis abuelos invitaban a casa a las familias polacas. No pocas se quedaron a vivir en Isfahán; de hecho, una chica joven se casó con un miembro de nuestra familia, y ahora debería tener aproximadamente la edad de la abuela Frida. A lo mejor consigo localizarla cuando esté en Isfahán.

Por la noche hemos quedado en un restaurante georgiano, que en el Este es lo mismo que un italiano en el Oeste: el vecino del sur. No es un sitio de moda, sino más bien rústico, pero la comida es magnífica. El filósofo Alexéi Dzermant trabajaba en la Academia de las Ciencias investigando en historia del pensamiento del siglo XX e interviene regularmente en las televisiones bielorrusa y rusa para explicar la actualidad política. Su coleta y su perilla me recuerdan a las de un *hippie*, mientras que Dimitri las asocia con el antisemitismo.

«¿Y eso por qué?», pregunto a Dimitri en alemán.

«Porque parece un pope.»

No obstante, cuando el filósofo pide una limonada color verde chillón, Dimitri se reconcilia con él, ya que los dos crecieron con ese sabor.

«La verdad es que sabe mejor que la Coca-Cola», reconozco tras probar un pequeño sorbo. Ambos asienten satisfechos.

«¿Se puede decir que Bielorrusia es el último país soviético?», pregunto.

«En cierto modo, sí», opina Dzermant. Él cree que la actual Rusia surgió a partir de la liberalización económica que tuvo lugar en los años de Yeltsin. En Bielorrusia también se produjo un cambio, pero no fue tan radical, ni mucho menos. El sentido del bien común y la seguridad social seguían siendo más importantes.

«¿Y qué me dice de los crímenes cometidos?», pregunto en alusión al terror estalinista, que Bielorrusia padeció especialmente.

«Claro que hubo crímenes, eso nadie lo pone en duda.»

«Pero no hay ningún lugar para honrar a las víctimas, no hay un tratamiento público de la memoria histórica, las sombras de la Unión Soviética no se enseñan en los colegios», insisto.

«Es como si la gente no tuviera necesidad de reflexionar sobre los crímenes estalinistas. ¿Por qué imponer la visión de unos pocos activistas a toda una sociedad?»

«Pero ¿cómo van a sentir esa necesidad si no conocen los fusilamientos masivos de Kurapaty, por poner un ejemplo?»

«¿Cómo que no se conocen? Cualquiera puede informarse», argumenta el filósofo.

«Pero solo se conocen porque los han descubierto precisamente esos activistas que, en teoría, quieren imponer su visión a la sociedad. De lo contrario, nadie se habría enterado.»

«Investigar sobre Kurapaty no está prohibido. Además, van a construir un monumento conmemorativo oficial, pero ¿por qué debería el Estado difundir esa información? Si lo hiciera, estaría dinamitando sus propios cimientos.»

«¿Es que el Estado se fundamenta en los crímenes estalinistas?», pregunto una vez más.

«No, pero sí que representa la continuidad de la Unión Soviética, de la que forma parte la era estalinista en todas sus facetas, tanto las buenas como las terribles. Todo ello debe investigarse, de eso no cabe duda: los fusilamientos masivos, las deportaciones... Y en Moscú se está haciendo. Pero en nuestro caso, desgraciadamente, vemos que, aun cuando se cuestiona un solo elemento, en realidad se está cuestionando el pasado en su conjunto. Los activistas tienen una agenda política. Su objetivo era borrar la historia soviética, y para ello era necesario equiparar el estalinismo con el fascismo, pero Hitler libró una guerra de exterminio contra nosotros, lo cual no es comparable. Hitler quiso aniquilar a los pueblos soviéticos para colonizar Europa del Este con germanos. Esos eran sus planes oficiales, todo eso se puede leer. Piense en las directrices para llevar a cabo el llamado Plan Hambre en 1941. ¿Es que se han olvidado? Lo que Stalin pretendía era mantener el sistema y, si se quiere, también su poder. Cometió crímenes terribles, pero no un genocidio. Muchas de sus víctimas habían formado parte del aparato, eran comunistas e internacionalistas convencidos. No es justo reducirlos *a posteriori* únicamente a su origen. En Ucrania hemos visto a dónde conduce un nacionalismo exacerbado: todos vimos los símbolos nazis en el Maidán. A todos nos preocupa que la guerra se extienda. No queremos que algo así se repita.»

Según Dzermant, Europa cometió un grave error estratégico al apoyar la revolución ilegal que tuvo lugar en Ucrania sin pensar en la reacción de Moscú. El filósofo matiza que él no defiende dicha reacción, o al menos no en términos generales: solo insiste en que era previsible. Y en su opinión, Europa repitió el mismo error tanto en Libia como en Siria, y de nuevo las consecuencias fueron la guerra y el extremismo, con la diferencia de que, en este caso, Europa está viviéndolas en primera persona en forma de refugiados y atentados terroristas. Ahora bien, que Europa, tal y como la conocemos, se esté rompiendo no le parece grave.

«¿Quiere decir que confía en el populismo de derechas, en Le Pen, en Wilders, en la AfD?»

«Confío en las fuerzas críticas con la Unión Europea, que también se encuentran en la izquierda. Si junta a Le Pen con Mélenchon, ya obtiene casi la mayoría.»

«Pero ¿si acaba de advertirme de los efectos del nacionalismo en Bielorrusia y en Ucrania!»

«Sí, admito que es contradictorio. Si fuese francés votaría a Le Pen, pero como bielorruso sé que Le Pen significaría el final de Europa.»

«¿Entonces?»

«Hay que preguntarse cómo ha sido posible que Europa se haya metido en semejante aprieto. Así, uno llega al *establishment* comunitario, que es lo que provocó el euroescepticismo en primer término. En lugar de colaborar con Rusia, decidieron continuar con la Guerra Fría. Yo sueño con una Europa unida que abarque desde Vladivostok hasta Lisboa.»

Pregunto a Alexéi Dzermant si los ideales europeos significan algo para él, si le resultan atractivos.

«Pues claro —responde tajante—. Sobre todo hoy, cuando el proyecto humanista moderno se enfrenta al desafío del fundamentalismo islámico.»

«Pero la mayoría de los musulmanes huyen a Europa, no a Arabia Saudí ni a Irán, y tampoco a Rusia. Es evidente que también a ellos ese proyecto les parece más atractivo que el fundamentalismo.»

«Pero ¿qué son ellos en Europa? Ciudadanos de segunda clase, lo cual los hará vulnerables al fundamentalismo, aunque no lo fuesen antes de las guerras que Europa ha contribuido a financiar. Así, el fundamentalismo islámico dará alas al nacionalismo. Europa se crea sus propios problemas.»

Después de tomar un vino georgiano que, como mínimo, es igual de bueno que el italiano, Dzermant pide otra bebida dulce para terminar. «Yo no, gracias.»

Dimitri, que ha negado con la cabeza más veces que en casa de la abuela Frida, vuelve a apuntarse.

## DÉCIMO QUINTO DÍA: EN LA ZONA DE EXCLUSIÓN, MÁS ALLÁ DE KRASNAPOLIE

Para entrar en la zona de exclusión, acompañé a Tatiana y a su hijo Igor hasta su antiguo pueblo, que ya no existe. Tatiana tenía treinta y dos años cuando todos los vecinos fueron convocados en el centro cultural, donde se les comunicó que ya no estaba permitido ir al bosque, beber agua de la fuente, comer hortalizas del huerto ni que los niños jugaran en la calle. El pueblo estaba a unos trescientos kilómetros al noreste de Chernóbil, lo bastante alejado en realidad, pero ese 26 de abril de 1986 tuvieron mala suerte con el viento. Esta vez sí que me he puesto los zapatos baratos, aunque después caigo en la cuenta de que es absurdo. ¿Me habré vuelto paranoico en solo tres días? Si el biólogo de Jóniki está en lo cierto, no tendré más remedio que tirar el par nuevo a la basura, con lo cual esta tarde me quedaré descalzo. Por otro lado, sus esfuerzos por tranquilizarme me resultaron tan poco convincentes que no doy mucho crédito a sus advertencias. Para más seguridad, hoy llevo encima un contador Geiger.

Durante el trayecto, Tatiana me cuenta que, en un primer momento, las autoridades se limitaron a retirar varias capas de tierra, a revestir las paredes de las escuelas con una capa especial y a someter a todos los vecinos a revisiones continuas. En el caso de Tatiana, los resultados de los análisis apenas diferían de los valores considerados normales; otras madres, en cambio, tuvieron que dejar de dar el pecho. El responsable local insistía una y otra vez en que no había motivos para preocuparse, pero él mismo falleció poco después, víctima de una leucemia. El marido de Tatiana era profesor, como ella, y, además de matemáticas, enseñaba técnicas de protección, de modo que tenía ciertos conocimientos sobre radiactividad, gracias a los cuales logró hacerse con pastillas de yodo. Los campesinos, por el contrario, pronto volvieron a dejar que sus hijos salieran a la calle. Una vez, el suegro de Tatiana, que era director de colegio, llevó a casa un periódico checo y se pusieron a traducirlo entre todos para, así, obtener alguna información. En otra ocasión, le dijeron a Tatiana que el índice de radiactividad de Igor, que todavía no había cumplido los dos años, era elevado, por lo que debían ingresarlo de inmediato; ese fue el peor momento para ella. Por suerte, enseguida se dio cuenta de que, en la fecha que figuraba en el formulario, Igor no había acudido a ninguna revisión. Otro niño que, casualmente, se llamaba igual que él era el que se había contaminado.

«No es fácil lidiar con algo que no ves», explica Tatiana.

Ella no tiene constancia de que hayan nacido bebés con malformaciones, pero sí ha notado que cada vez son más las personas que fallecen de cáncer, aunque no sabría decir si eso tiene que ver con Chernóbil. También le ha llamado la atención el aumento repentino de los casos de suicidio. Al principio, ella misma solía sentirse cansada, pero su organismo acabó adaptándose a las nuevas circunstancias. La pediatra le dio a entender que debían mudarse en cuanto les fuese posible, antes incluso de que se produjera la evacuación oficial, cosa que no ocurrió hasta pasados seis años del accidente nuclear; fue entonces cuando ella y su marido tomaron la decisión

de no esperar a que les entregaran la vivienda que les había correspondido y cuando, medidor en mano, comenzaron a buscar un nuevo hogar. En Mahilioŭ, a unos ciento treinta kilómetros de su pueblo, encontraron un barrio donde el aparato no parpadeaba.

A continuación, hacemos una parada en Krasnapolie, capital de distrito, para hablar con una antigua compañera de trabajo de Tatiana que ahora preside el Parlamento local y que nos saluda tan efusivamente como si estuviéramos en el pueblo. El amor incondicional que esta mujer demuestra por su tierra resulta enternecedor. Comienza contándonos que en Krasnapolie llegaron a vivir veintiséis mil personas, pero que hoy apenas son diez mil, aunque los niños tienen comedor gratuito en los colegios y, hasta hace poco, los empleados percibían un complemento salarial.

«No nos sentimos olvidados», afirma la presidenta; es más, según nos explica, el índice de radiactividad de todos los edificios públicos se revisa periódicamente y los niños pasan las vacaciones de verano en un sanatorio, o incluso en el extranjero, para recuperarse. Lo que la presidenta no sabe decir exactamente es para recuperarse de qué, si los niños están sanos. Luego insiste en mostrarnos las nuevas instalaciones deportivas, ya que no en todas partes puede verse algo así, de modo que, poco después, nos encontramos junto a una piscina con hidromasaje, otra para niños y una tercera ya profesional, dividida en varias calles de veinticinco metros.

«Mire qué bien ha quedado. Y eso que todavía no ha visto la sauna...»

A diferencia de la de la parte sur, el área de exclusión que comienza a treinta kilómetros de donde nos encontramos no es un espacio único y cerrado, sino que, vista en el mapa, se asemeja a una alfombra hecha de retazos debido a que la radiación no se propagó uniformemente. Por lo tanto, no hay vallas ni barreras: solo señales de prohibición. En un primer momento, la presidenta se ofrece a acompañarnos. Se nota que es una mujer muy amable y una magnífica anfitriona, pero luego ella misma cae en la cuenta de que, al menos ella, como representante política, sí que debería acatar las normas. Nos asegura, eso sí, que nosotros podremos acceder sin problema; en esa carretera apenas hay controles. Antes de abandonar la localidad de Krasnapolie, decidimos comer algo..., pero ¿qué? Al final, optamos por comprar unos plátanos en el mercado, que es imposible que sean de la zona.

De regreso al coche, pregunto a Igor dónde ha aprendido a hablar tan bien alemán. Él, a su vez, me pregunta si recuerdo la expresión «niño de Chernóbil». Justo caigo en ese momento. Igor me explica que, al igual que otros miles de niños procedentes de Bielorrusia y de Ucrania, él también pasó varios veranos en casa de una familia alemana. Me cuenta que, una noche, el hijo menor de la familia entró a su habitación para ver si Igor brillaba. Después del tercer o cuarto verano en Alemania, los padres hablaban ya de su «hijo ruso». Gracias a sus conocimientos de alemán, Igor trabaja en el Instituto Goethe. Y la respuesta es «no»: en su caso, Chernóbil no arruinó su futuro.

Por el camino vemos pinares jóvenes y campos recién arados, pero es tras rebasar una señal de prohibición con el símbolo del trébol radiactivo cuando la naturaleza queda abandonada a su suerte y no hay ni rastro del asfalto. No obstante, al borde del camino se ven varios troncos que alguien ha debido de apartar; probablemente hayan sido los guardas forestales. En uno de los cruces se levanta un monumento de piedra, desgastado por las inclemencias del tiempo, en el que apenas se descifran unos pocos nombres: un tal Iván Saitév, un Yuri Yakimóvich, «caídos en combate contra los fascistas alemanes»; la aldea a la que pertenecían fue incendiada por los propios alemanes.

Lo mismo parece haber ocurrido con el pueblo de Tatiana, donde lo único que se conserva es el monumento conmemorativo de la guerra; sin embargo, justo en ese momento la profesora señala hacia el bosque y, entre unos pinos que deben de tener veinte o quizás treinta años, distingo los muros de un edificio de dos plantas. Es allí donde vivían, en la residencia de profesores. Lo último que recuerda Igor es ver a su padre separando unos cables y preguntarle por qué lo hacía. Él le contestó que era para evitar cortocircuitos. Las excavadoras casi siempre llegaban de noche, de modo que los vecinos no tuviesen tiempo de desmontar las puertas, las ventanas, los suelos y demás, aunque de una forma o de otra acababan enterándose de qué casa iban a derribar. Algunos hicieron un buen negocio arrancando hasta el último listón para, luego, cargar el material en un camión y revenderlo en Moscú, como parte de una dacha. Igor ignora por qué la residencia sigue en pie; acaso porque el hormigón absorbe menos radiactividad que la madera con la que construyeron el resto de casas, o porque derribarla habría sido más costoso.

Avanzamos por el bosque y llegamos a lo que en su día fue una tienda de comestibles, también de hormigón. El tejado está hundido y las pesadas vigas se han desplomado sin más, pero en las paredes aún se distinguen los azulejos, el lugar donde estaba el mostrador del queso y el de la carne.

«Antes había un aparcamiento delante de la tienda —explica Igor—, había coches. Esto no era un pueblo perdido.»

Pese a que, al igual que en Kurapaty, también aquí se desmontaron varios metros de tierra, caminar por esta zona vuelve a resultar inquietante. Por raro que parezca, el contador no se mueve. Finalmente, llegamos al tercer edificio de hormigón. Nada más entrar está el despacho del director, donde Tatiana, al llegar al colegio todas las mañanas, veía siempre la calva de su suegro. En la pared todavía están las fechas de los próximos encuentros de antiguos alumnos: la promoción del 89 se reúne el primer sábado de agosto. «Vladímir, llámame cuando leas esto.» Han arrancado los listones de madera, pero las canastas de baloncesto del gimnasio siguen en pie. El contador no ha parpadeado todavía, ni dentro del edificio ni en el bosque que en su día hizo las veces de patio de recreo. Ni siquiera mis suelas están contaminadas.

Durante el camino de regreso, vemos la indicación de otro campo de exterminio situado junto a la autopista: es Maly Trostenets, donde fueron asesinadas al menos sesenta mil personas, en su mayoría, judíos. De los pocos que lograron sobrevivir al campo, muchos desaparecieron tras la liberación y fueron a parar al gulag por su condición de «espías». En 1947, un grupo de judíos procedentes de Minsk que también había acabado en ese campo erigió un monumento en memoria de sus hermanos. Desde los años sesenta, un obelisco simboliza el recuerdo, por vago que sea, de «los civiles pacíficos, los partisanos y los prisioneros de guerra del Ejército Rojo que fueron asesinados, enterrados y quemados por los ocupantes fascistas alemanes». Del campo propiamente dicho, no queda siquiera la alambrada.

Desde la habitación del hotel, hablo por Skype con Yuri Bandazhevski, el experto en medicina nuclear procedente de Gómel que fue detenido en 1999 y enviado al exilio seis años después. Hoy, Bandazhevski investiga en la ciudad de Kiev. Para empezar, le pregunto si las autoridades bielorrusas recopilaban algún tipo de información y si, de ser así, publicaban los datos.



«No lo sé. Hace diez o doce años que no contamos con ninguna publicación seria sobre medicina nuclear procedente de Bielorrusia. Lo que sí hay son conclusiones generales: todo en orden, todo dentro de los valores normales, todo bajo control. Pero sí tenemos datos de Ucrania, donde las cifras de enfermos de cáncer, de cáncer de mama, por ejemplo, han aumentado notablemente. Desde nuestro punto de vista, la relación con Chernóbil está demostrada, y la situación en Ucrania es comparable a la de las zonas que en Bielorrusia se consideran limpias. Si aplicamos nuestros cálculos a Bielorrusia, que resultó mucho más afectada por la radiactividad, llegamos a unas conclusiones completamente distintas, puesto que vemos que los problemas no han disminuido, sino que se han multiplicado.»

«¿A qué se refiere?»

«Ahora nos encontramos con la segunda generación posterior a Chernóbil, es decir, con personas que nacieron después de la catástrofe. Yo mismo traté a muchos de esos niños en Gómel. Debido a los defectos genéticos heredados de sus padres, estas personas son más débiles y reaccionan a dosis más pequeñas de radiactividad. Muchos ya han muerto, lo hicieron al cabo de pocos años; otros son estériles, y los que no lo son tienen fallos genéticos hereditarios.»

«¿Significa eso que las zonas evacuadas no fueron suficientes?»

«Sin lugar a dudas. Habría que haber evacuado a muchas más personas; en realidad, a ciudades enteras como Mahilioŭ o Gómel. Permitir que la gente siguiera viviendo en las zonas limítrofes contaminadas fue un crimen. Y no lo digo solo yo.»

Prosigo contándole que cuando estuve en la zona de exclusión el medidor Geiger no había parpadeado, lo cual indicaba que la radiactividad ya no podía ser tan elevada... ¿O sí? Bandazhevski me explica que la radiactividad ya no se encuentra en la superficie. No hay ningún problema en pisar ese suelo, pero en ningún caso se debe consumir lo que crezca en él, pues la radiactividad penetra en los alimentos a través de las raíces. También los incendios son muy peligrosos. Es entonces cuando caigo en la utilidad de la torre de vigilancia que había en el punto de control previo a la zona de exclusión.

«El biólogo que nos acompañó nos aseguró que todos los alimentos se analizan antes de ser comercializados.»

«Así es. Se analizan y, si los valores son demasiado altos, se mezclan con otros alimentos no contaminados hasta alcanzar un índice de radiactividad más o menos normal. Y esos alimentos son los que se distribuyen por todo el país.»

«Entonces, ¿hasta qué punto son válidos esos valores de referencia?»

«Obviamente, no son válidos, a eso me estoy refiriendo todo el tiempo. Una generación cuyo genotipo ya está dañado puede verse afectada por dosis muy escasas de radiactividad. Además, un alimento no es lo mismo que una radiografía. En la comida no debería haber ni rastro de radiactividad.»

«Entonces... no utilizaré la palabra “asesinato”, pero sí diré “homicidio imprudente”: “homicidio masivo e imprudente”.»

«De imprudente nada: esto se hace con conocimiento de causa. Es un asesinato en masa.»

«¿Debería entonces la comunidad internacional imponer un boicot a los productos bielorrusos?»

«Sí. Si partimos del hecho de que Bielorrusia mezcla alimentos contaminados con otros no contaminados, esos productos no deberían exportarse a ningún sitio.»

«Y el biólogo del que le he hablado, ¿se cree lo que dice o simplemente está mintiendo?»

«Miente —asegura Bandazhevski—. Es imposible que no haya notado ningún cambio. En el supuesto caso de que sea biólogo, está mintiendo. Los científicos que investigan sobre Chernóbil en Bielorrusia han crecido en un Estado construido sobre una mentira, y ellos trabajan para ese Estado. Cuando ven que el responsable de la clínica universitaria acaba en la cárcel, saben lo que les espera si hablan abiertamente. Lo mínimo que les puede pasar es que los despidan.»

«¿Y qué hago yo con los zapatos? ¿Tengo que tirar los dos pares, quiero decir, también los caros, aunque el contador no haya parpadeado?»

Yuri Bandazhevski se echa a reír al otro lado de la pantalla.

«Por sus zapatos no se preocupe —me responde, tranquilizador—. Limpie el par que llevó puesto y guárdelo como recuerdo de Chernóbil.»

## DÉCIMO SEXTO DÍA: DE MINSK A KIEV

En la autopista hacia Ucrania, vuelvo a dar mentalmente la razón a Valentín Akudóvich cuando incluye la optimización del suelo entre los sucesos apocalípticos del siglo xx. Ni siquiera un terremoto podría haber dejado una huella más profunda en el paisaje: «Ese país que antes se ocultaba tímidamente tras los matorrales, las ciénagas y los pequeños bosques se ha quedado desnudo. Hoy es una planicie abierta que se extiende hasta el horizonte, recorrida por fosas trazadas con tiralíneas». Akudóvich cuenta que solo en el año 1976 se emplearon once mil tractores, más de treinta mil excavadoras, casi tres mil buldóceres y otras muchas máquinas para transformar la tierra viva en terreno cultivable; es más, el proceso de mejora de la tierra vinculado a la colectivización, la urbanización y la industrialización avanzó a mayor velocidad en Bielorrusia que en cualquier otra república soviética. Del mismo modo, durante muchos años la producción industrial bielorrusa duplicó a la del resto del país. «Sin embargo —según escribe Akudóvich—, el pueblo bielorruso pagó caro tanto crecimiento, ya que dejó de existir como enclave social y cultural.» Puede que esta afirmación sea demasiado rotunda, pero no deja de parecerme extraño que, tras abandonar la autopista, no pasemos por un solo pueblo construido alrededor de un núcleo urbano. A lo sumo, llegamos a un cruce de calles, cada una con su hilera de casas, pero no hay nada que se asemeje a un centro o a la plaza del pueblo, rara vez se ve una iglesia y tampoco han construido aceras que den pie a que las personas se encuentren. Solo hay un salón de actos que se abre en ocasiones especiales, una tienda de comestibles sin escaparate, alguna que otra gasolinera y el elemento que nunca falta: un cementerio con su correspondiente monumento a los caídos. Hasta las casas guardan distancia entre sí, como si aquí a cada uno le bastara consigo mismo.

Entramos en Svetlahorsk, un complejo de bloques de viviendas construido junto al gasoducto procedente de Rusia donde viven setenta mil personas. Esta «colina de luz», que es lo que significa Svetlahorsk en ruso, alcanzó cierta notoriedad en los años noventa por tener la mayor tasa de alcoholismo, así como el mayor número de casos de sida y drogadicción de toda Bielorrusia. El Estado puso en marcha unos programas de desarrollo cuyos resultados, cuando uno recorre hoy la ciudad, no es que salten a la vista, ni mucho menos. Lo que vemos es el centro comercial viejo y el nuevo, un castillo hinchable y una cama elástica, una librería que solo tiene tebeos para niños y, por lo demás... nada. Nos cuentan que aquí no hay costumbre de ir a tomar algo por la noche o un café durante el día: lo normal es encontrarse para beber en el parque o a la entrada del recinto, siempre que uno no prefiera quedarse viendo la televisión y beber a solas. El lugar más animado es la gasolinera, otro punto de reunión habitual.

El médico especialista con el que nos hemos citado nos confirma que la tasa de adicciones en Svetlahorsk continúa siendo exorbitante. Al parecer, no hay datos exactos, pues *únicamente* se registran los casos de aquellos enfermos que se someten a un tratamiento hospitalario. Según nos explica el médico, las unidades especializadas de los hospitales no son peores, ni tampoco el

índice de recaídas es notablemente mayor que en otros países; ese no es el problema. La clave está en que el tratamiento cuesta dinero, razón por la cual los pobres, es decir, los campesinos, casi nunca optan por embarcarse en una terapia, de forma que no acuden a los médicos hasta que ya es demasiado tarde.

A la pregunta de si el alcoholismo puede estar relacionado con las múltiples fracturas emocionales y los numerosos traumas históricos reprimidos por la población, el médico responde que solo cabe especular al respecto, aunque admite que el problema del alcoholismo no obedece a una única causa. Sin embargo, considera llamativo que, en los países vecinos donde se vivieron experiencias parecidas durante el siglo XX, el alcoholismo sea un problema de dimensiones similares.

«Y ya no es solo el alcohol —añade el médico mientras abre el ordenador portátil para mostrarme un artículo de tres neuropsiquiatras alemanes—: la distribución de las tasas de suicidio y homicidio como resultado de una heteroagresividad o una autoagresividad extremas es prácticamente simétrica a nivel global. En los países ricos e industrializados que muestran una clara conciencia democrática y cuentan con un sistema jurídico eficaz, la tasa de suicidios es elevada, mientras que la de homicidios es baja; por el contrario, en los países más tradicionales y con un Gobierno central débil, la tasa de homicidios es alta y la de suicidios, baja. La excepción a esta regla viene dada por algunos países de Europa del Este que presentan índices elevados en ambos casos, lo cual los diferencia claramente de sus vecinos. Estos países se encuentran en la zona de las antiguas *bloodlands* o tierras de sangre —en alusión al libro de T. Snyder titulado *Tierras de sangre*—, donde, entre 1930 y 1945, catorce millones de civiles fueron víctimas de los soviets y de los nacionalsocialistas.»

Tras abandonar Svetlahorsk, la carretera está prácticamente desierta pese a los campos de cultivo. Transcurren tres, cuatro y a veces hasta diez minutos sin que nos crucemos con otro coche. Poco a poco voy cayendo en esa ilusión que solo conozco de países remotos: la idea de ser el primero en pisar un nuevo continente. Algo similar debió de sentir el joven escritor Andréi Horwath después de mudarse a un pueblo minúsculo cercano a la frontera, desde donde escribe un blog muy popular sobre su nueva vida. Al calor de la lumbre, Horwath nos ha preparado un plato de verdura, huevos y patatas.

«Lo único que he comprado ha sido la sal», murmura mientras coloca la sartén de hierro fundido sobre la mesa del porche.

Aunque habla en voz baja, sin entonar apenas, se percibe lo orgulloso que está de haber cultivado él mismo el resto de los ingredientes. La bañera está instalada en una especie de cobertizo de madera sin techo y se llena con cubos de agua. No hay agua corriente, pero sí electricidad para poder utilizar el ordenador y tener acceso a internet. Y no, Andréi no es muy hablador, eso se nota enseguida: tiende a hacer largas pausas entre una frase y otra; eso, si es que se le ocurre una respuesta. Barba rala, rostro serio, cuerpo larguirucho. Su mujer y su hija de seis años siguen viviendo en Minsk, pero él quiso marcharse de la ciudad, alejarse de las personas, llevar una vida sencilla y dedicarse a escribir su novela. Su hija viene a verlo una vez al mes y se queda un par de días. Por lo demás, Andréi viaja a Minsk para ver a la familia, pero nunca puede quedarse más de una noche porque, desde hace poco, tiene una cabra. Nos explica que es un engorro: aunque le encantaría combinar la vida en el campo y en la ciudad, con la cabra es imposible.

A la pregunta de cómo se comunica con los vecinos, Andréi me explica que habla la variante local del bielorruso, que todavía se mantiene y que a veces se mezcla con palabras rusas, sobre todo cuando se trata de un trámite formal. Y luego hay otra palabra, «*anihadki*», que se usa mucho sin que nadie sepa qué significa exactamente; es una especie de muletilla que se emplea para llenar los silencios y que, según el tono, puede expresar asentimiento, elogio o cualquier otra emoción.

Vera interviene para apuntar que gran parte del éxito del blog de Horwath reside precisamente en ese tipo de matices lingüísticos. Andréi, mientras, recoge la sartén, todavía medio llena. La comida estaba muy buena, aunque se ve que ha sido un banquete pensado para la visita. Los días de diario, Andréi no puede dedicar tanto tiempo a cocinar; mañana y pasado mañana comerá de las sobras. Vera continúa explicándome que el bielorruso que hablan los intelectuales, los artistas y todos los que, de alguna manera, son considerados opositores y viven en las ciudades tiene siempre algo de artificial. Andréi, por el contrario, escribe desde la fuente: en su blog resuena el mundo de sus abuelos, lo cual hace que el mensaje llegue incluso al corazón de quienes se consideran completamente rusos. Son sobre todo los jóvenes quienes se interesan cada vez más por el bielorruso y organizan cursos. No hace mucho, hasta el propio presidente mencionó que a su hijo le gustaba el bielorruso, y enseguida ese comentario fue interpretado como una señal por todos los funcionarios, que desde el primer momento aprenden a intuir lo que se espera de ellos.

La casa en la que nos encontramos perteneció al bisabuelo de Andréi, que en su día fue lo que durante el periodo estalinista se consideró un kulak, es decir, un campesino que producía más de lo que la propia familia podía consumir y que, como tal, acabó siendo deportado al otro lado de los Urales. Al menos su hijo, el abuelo de Andréi, logró sobrevivir. La abuela, condenada a tres años de trabajos forzados en Alemania, siempre recordó con nostalgia lo bien que la trataron en ese país.

«¿Cómo dice?», pregunto sorprendido.

Así es. Se acordaba de una vez que llegó tarde a trabajar y su jefe alemán ni siquiera rechistó. Ella le hizo una flor de papel y se la regaló en señal de agradecimiento. Los campesinos de la zona saben perfectamente que estos pueblos fueron incendiados porque allí se escondían los partisanos, que además arramblaron con todo lo que pudieron; los alemanes, al menos, pagaron por las gallinas que se llevaron. Esto no significa que en aquella época los alemanes fuesen bienvenidos, sino que también los partisanos eran temidos, igual que los comunistas. No sentían odio, ni hacia los alemanes ni hacia los rusos; en la vida emocional de esa generación no había espacio para el odio. Seis décadas después, la gente sigue viviendo en un clima de posguerra: se contenta con haber sobrevivido y no tener que pasar hambre, al margen de quién gobierne.

«¿Y cómo es el día a día en este pueblo?»

Andréi me cuenta que los vecinos se han vuelto más perezosos; antes los obligaban a trabajar, mientras que ahora cobran trabajen o no. También es cierto que en el pueblo solo se han quedado quienes no tuvieron la posibilidad de marcharse, sobre todo los viejos, así como los jóvenes que no encontraron su sitio en la ciudad o que lo intentaron y acabaron regresando. Ellos no tienen tantas necesidades. La escuela lleva dos años cerrada por falta de niños. El mayor

problema también aquí es el alcohol: el vodka es más barato que en cualquier otra parte del mundo y la cerveza cuesta más o menos lo mismo que el agua. Si acaso, son los temporeros quienes vuelven de Rusia con grandes cantidades de dinero.

«¿Y la gente vota?», pregunto.

«Sí, el cien por cien.»

«A favor del Gobierno.»

«Eso creo.»

Andréi me explica que aquí no se habla de política; al menos, no que él sepa. La razón de que la gente vaya a votar no es que les guste el presidente, sino que así lo manda el representante de la autoridad. A veces se quejan del responsable del koljós, pero no hacen nada para que la situación cambie.

«¿Forma eso parte de la mentalidad soviética?»

«Creo que es algo anterior al comunismo, una mezcla muy arraigada de paganismo y fe cristiana, mucho más presente aquí que en el caso de los rusos, y que, además, determina la relación con el presidente, con el sacerdote, con el responsable del koljós... y con los dioses. En ocasiones se los critica, pero siempre se los obedece.»

«¿Europa significa algo para ellos?»

«No, nada. Europa es un nombre que sale en televisión, pero no les dice nada. No son en absoluto conscientes de ello.»

Andréi nos acompaña a dar un paseo por el pueblo, que consta únicamente de dos calles: una asfaltada y otra de arena.

«¿Adónde conduce esta calle?», pregunto mientras señalo la pista de arena.

«Al siguiente pueblo, más alejado aún.»

«¿Y cómo es?»

«Bueno, en principio, igual que este, con muchas casas de madera, solo que muy pocas tienen electricidad.»

La tienda de comestibles, que en algún momento cerrará, ofrece lo indispensable: carne congelada, pescado seco, detergente. Una botella de vodka cuesta ochenta céntimos al cambio y no tiene tapón de rosca, es decir, que una vez abierta se suele apurar, según nos explica Andréi.

«Lo que me sigue sorprendiendo es lo del pan», añade.

«¿A qué se refiere?»

«Con todo el cereal que se planta en esta zona, sorprende que el pan sea el peor y el más barato que uno pueda imaginar. No lo entiendo. Ya que no pueden cultivar otra cosa, al menos deberían comer un pan en condiciones.»

Por la pista de arena se aproxima un carro tirado por un caballo y conducido por una señora mayor. La mujer luce una especie de túnica que le llega por los tobillos; lleva el pelo largo y suelto, cubierto por un pañuelo rojo chillón. Entonces comienza a gesticular y a maldecir a voz en cuello, como si alguien situado delante estuviese dando marcha atrás. No parece haber reparado en nuestra presencia.

«¿Qué es lo que le molesta?», pregunto tras cruzarnos con ella.

«Tiene dos hijos mayores. Y a uno de ellos no le ha gustado la comida. Protesta por eso. Es la que mejor me cae de todos los vecinos. A veces viene de visita, se sienta en el porche y me cuenta su vida. Una y otra vez.»

«¿Y de qué se queja ahora?», pregunto al comprobar que la voz de la señora es más chillona aún.

«Ahora se queja porque ha visto a Vera —me explica Andréi, que, a pesar de su seriedad, no puede evitar sonreír—. Protesta por el tipo de mujeres que se ven últimamente por aquí: todas le parecen muñecas de porcelana.»

Andréi añade que ese es un mundo en decadencia. Todos los pueblos pequeños se están muriendo, sin excepción y sin necesidad de que se produzca otro Chernóbil: primero cierra la escuela; luego, la iglesia, y, por último, la tienda de comestibles. Ya hay pueblos de la zona donde el autobús solo para una vez por semana aunque nadie tenga coche. Y cuando la última casa se queda al fin vacía, entonces llega la excavadora y lo entierra todo para no dejar ni rastro. Y las personas que viven aquí y que fueron la base del Gobierno de Lukashenko no quieren que nada cambie.

«¿Y si mañana cambiara el régimen?»

«Ni siquiera lo notarían. Solo supondría un cambio de bandera.»

«¿Y si mañana llegara la Unión Europea con esos letreros azules que anuncian subvenciones, la economía de mercado, la publicidad y sus ideas de libertad?»

«Pues igual, la gente se adaptaría, pero por dentro seguirían siendo como son.»

«Y tú, ¿qué opinas? —pregunto a Andréi—. ¿Sería bueno que Bielorrusia perteneciese a Europa? Quiero decir, ¿crees que la entrada en la Unión Europea traería consigo una perspectiva de futuro?»

«No lo sé —responde—. Creo que el pueblo no estaría preparado y que, en ese caso, no moriría lentamente, sino que desaparecería de un plumazo. Aquí, lo que ocurre es que convergen dos mundos distintos, ¿sabes? Y eso nos hace ser especiales. El sentido de nuestra cultura radica en que somos Este y Oeste a la vez. Si solo mirásemos hacia el Oeste, destruiríamos nuestra cultura. Siempre nos imagino rodeados por dos vallas, una que mira hacia el Este y otra, hacia el Oeste, pero no son muy altas: es fácil saltarlas.»

Le digo a Andréi que hacen falta personas como él, que en cierta manera ejerzan de traductores y salten esas vallas. Sin él, ni yo ni mis acompañantes venidos de Minsk habríamos logrado acceder a ese mundo rural, situado en uno de los extremos de Europa. Aunque hubiese llevado un intérprete, no habría podido hablar tranquilamente con los vecinos.

«Sí, aunque para entender lo que sucede hay que quedarse más tiempo», objeta Andréi.

«Eso es verdad —reconozco—, pero hay cosas que uno solo entiende cuando se marcha, no cuando se queda.»

«Es posible», responde Andréi Horwath, que solo puede estar fuera un día por culpa de la cabra.

Nos ponemos en marcha porque queremos llegar a la frontera con Ucrania antes de que anochezca. Recorremos varios kilómetros de una carretera vallada que atraviesa un bosque espeso y que es interrumpida por muchas barreras, que únicamente se levantan tras superar un estricto control. Culmina en un aparcamiento donde solo hay una tienda, con los mismos productos de marca que en cualquier zona libre de impuestos propia de las economías de libre mercado. Nos cruzamos con varios hombres que cargan bolsas muy pesadas; probablemente, regresen de trabajar al otro lado de la frontera. Me pregunto si no habrá un autobús directo. Los baches nos sorprenden antes aún de llegar al último control. Por más crítico que quiera ser con Bielorrusia, al menos allí

podía tomar notas en el asiento trasero del coche y hasta ir tecleando en el portátil, cosa que en Ucrania me resulta imposible. Paradójicamente, aquí se ven muchos más Ladas por las calles. A diferencia de en Bielorrusia y los países vecinos occidentales que pertenecen a la Unión Europea, la renta media en Ucrania ha descendido de forma continuada desde 1991, hasta alcanzar los actuales doscientos dólares al mes. Sin embargo, nada más llegar al primer pueblo, cerca de las siete de la tarde, vemos gente por la calle, tiendas con sus escaparates, cafés, un puesto de kebabs y luces de colores. En Bielorrusia, que ha quedado emplazada en el hemisferio ruso o incluso soviético de Europa, las personas no dan vida al espacio público. Bajo de la limusina blanca, reluciente y con matrícula diplomática del director del Instituto Goethe de Minsk para trasladar la maleta a un Peugeot 304 destartalado, con los faros sujetos con cinta adhesiva. Nada más percatarse de mi reacción, el conductor me garantiza que ese coche es un valor seguro: lleva cuatrocientos mil kilómetros cumpliendo como un campeón. Igualito que los zuecos de plástico que mi nuevo acompañante ha decidido combinar con unos bermudas, me digo.

Ya por la noche, en Kiev, regreso a mi propio sistema de coordenadas. Acaso porque ya no estoy acostumbrado a las impresiones fuertes —todos los paisajes que he recorrido desde Vilna, sin excepción, han sido llanos y monótonos—, la vida nocturna de Kiev me resulta tanto más colorida y anárquica: los restaurantes y los bares están a rebosar, y se ven jóvenes bien vestidos con ganas de divertirse. Es una ciudad en auge y decadente a la vez, con edificios antiguos y pintorescos por un lado y los efectos de la gentrificación por otro, ese fenómeno que acaba con la vida de las calles. Aún circulan tranvías que se conservan desde la Guerra Fría, cuando Minsk era una ciudad primorosa, pero también hay suciedad en las calles, cosa que no he visto en Bielorrusia: una pobreza visible y una riqueza tanto más ostentosa.

«Todos los que conducen esos deportivos todoterreno son unos ladrones», murmura Sashko, que así se llama el conductor.

Él creció en una familia de artistas procedente de Lviv, después trabajó de taxista y de barman en Nueva York, y hoy se considera un revolucionario y un patriota convencido.

«El único idioma que comprende Putin es el del puño», afirma para, acto seguido, maldecir a su propio Gobierno.

En los edificios que rodean el Maidán todavía se distingue algún que otro disparo, mientras que en el centro han expuesto fotos de los mártires. Por lo demás, hace tiempo que la sociedad del ocio reconquistó esa enorme plaza con sus bloques soviéticos que en las noticias daba una imagen completamente equivocada de una ciudad que, en realidad, tiene muchos edificios históricos. Ahora se ven turistas, jóvenes, familias con niños, los mismos artistas callejeros que en Cracovia o en Barcelona y todas esas chucherías que antes solo se vendían en las ferias. En algunos carteles se hace propaganda de los soldados que combaten en el Este, pero la guerra no podría resultar más lejana.



## DÉCIMO SÉPTIMO DÍA: KIEV

Konstantín Batozsky me lleva a desayunar a uno de esos cafés de la parte baja de la ciudad que parecen directamente sacados de Prenzlauer Berg, el barrio de moda en Berlín: aunque los muros sean sin duda antiguos, el ambiente retro resulta un poco artificial, con sus estanterías de madera contrachapada pintada de blanco, sus taburetes de bar y botes varios, su pop inteligente, todos los ingredientes bío, galletas caseras y un capuchino delicioso. Konstantín trabajó en su día como asesor político para Serhiy Taruta, uno de los oligarcas más liberales, y, aunque sea un hombre de mundo, también presume de ser un nacionalista ucraniano, lo que no deja de resultar paradójico, ya que, según me explica en tono irónico, por sus venas no corre ni gota de sangre ucraniana. Konstantín nació en 1980 en Donetsk, una ciudad industrial situada al este y bajo influencia soviética en la que hoy gobiernan los separatistas; allí creció sin ningún tipo de vínculo con la cultura ucraniana y sin hablar apenas el idioma hasta que se marchó a Moscú a estudiar Ciencias Políticas. Cuando estalló la revolución, la mayoría de sus conocidos se puso automáticamente de parte de un Gobierno que miraba hacia el Este. Konstantín dudó por unos instantes, pero decidió volar a Kiev para participar en las manifestaciones del Maidán. ¿Por qué?

«Porque esos ideales políticos eran los míos: libertad, democracia, Europa.»

Me cuenta que un amigo lo llamó «fascista», aunque Konstantín, por su parte, tampoco tiene ningún reparo en comparar a Putin con Hitler ni en ponerse a enumerar todo lo que ambos tienen en común. Ahora ya está aprendiendo ucraniano, y sus hijos han recibido desde el principio una educación bilingüe. Entonces le pregunto qué será de todas esas personas cuyos padres y abuelos fueron trasladados a la fuerza dentro de la propia Unión Soviética y que, de pronto, se encuentran en un país con el que no tienen ningún vínculo. Konstantín reconoce que no debe de ser fácil y afirma entender a los miembros de su familia que se han quedado en Donetsk y que no muestran especial simpatía por los separatistas, aunque, según él, la mayoría son personas mayores y de talante conservador que no están dispuestas a abandonar su hogar.

«Pero, entonces, ¿qué pasa con los rusos que vinieron a Ucrania durante la época soviética? —insisto—. No se les puede obligar a que acepten la cultura ucraniana.»

«¿Por qué no? —replica Konstantín—. Al menos tendrán que decidir si quieren que sus hijos sean rusos o ucranianos.»

«¿Y qué pasará si deciden seguir siendo rusos?»

«Obviamente, será un problema.»

«¿Qué tipo de problema? ¿Los expulsarán?»

«Eso no, pero todo el que viva en Ucrania y esté influido por la propaganda rusa tendrá dificultades para integrarse.»

«Eso significa que serán expulsados.»

«No, no, pero lo que tampoco se puede pretender es gozar de todos los derechos que implica pertenecer a un Estado y rechazarlo al mismo tiempo. Eso no se permite en ningún lugar del mundo.»

Pregunto a Konstantín hasta qué punto su origen judío tuvo que ver con una decisión que significó romper no solo con muchas amistades, sino también los lazos con Donetsk, su ciudad de origen, a la que ya no puede volver. El asesor responde que, si acaso, su condición de judío tuvo que ver por el hecho de que el antisemitismo de la Unión Soviética fue, obviamente, muy virulento; aún recuerda que, de niño, se asustó y casi se avergonzó cuando supo que su familia era judía. Tal vez por eso la promesa de igualdad siempre le resultó especialmente atractiva. A continuación, le pregunto si el nacionalismo ucraniano no supone ninguna amenaza para él; al fin y al cabo, todo nacionalismo distingue entre quienes forman parte de él y el resto, a los que no va dirigida esa promesa de igualdad. Konstantín insiste en que no estoy entendiendo el nacionalismo ucraniano y me pregunta si quiero que me lleve a ver a los malos de verdad: el batallón Azov.

«¿Esos que usan símbolos fascistas y ponen el brazo en alto?»

«Esos mismos —responde Konstantín entre risas—. Los nazis.»

«¿Usted, como judío, quiere llevarme a ver a los nazis?»

«Esos, de nazis, no tienen nada. Mejor véalos como una tribu juvenil. En cuanto a los símbolos... para ellos son lo máximo, y lo que buscan es provocar, pero no se trata de Hitler, sino de ir en contra de Rusia, como si fuesen unos hinchas de fútbol.»

«¿Hinchas de fútbol?»

«Vaya a verlos y lo entenderá.»

A mediodía me encuentro en una pequeña aula donde los tártaros de Crimea que viven en Kiev están celebrando la inauguración de su escuela, más concretamente, una escuela vespertina, ya que esta comunidad vive en el exilio y todavía no dispone de un edificio propio. Hay globos, actuaciones infantiles, y también están las cámaras de la televisión crimea. Los padres se muestran orgullosos, como todos los padres del mundo, y los discursos son tan aburridos que los niños se impacientan, como cualquier niño. También el imán dice unas palabras, aunque las mujeres no llevan velo. Más allá de las facciones de la gente, los bailes son lo único con un marcado carácter oriental: unos movimientos suaves y regulares acompañan unos ritmos trepidantes y expresan una sensualidad que casi resulta turbadora dada la edad de las bailarinas, quienes, además, lucen una vestimenta procedente de un mundo exótico y muy cautivador. En serio, basta con contemplar esa mezcla de candidez y control del cuerpo propia de estos bailes infantiles para ser consciente de la pérdida que supondría la desaparición de los tártaros de Crimea del mapa cultural europeo. Refat Chubárov, líder de esta comunidad, solo puede rebatir la falta de perspectiva política con el argumento de que, hasta la fecha, su pueblo ha sobrevivido a todos los ataques. Ciertamente, no es realista que haya en el mundo alguien dispuesto a defender a esta pequeña minoría: es evidente que no serán los ucranianos, ya que no librarán otra guerra contra una superpotencia a cuenta de Crimea; de Europa, mejor ni hablar, puesto que ya tiene bastantes conflictos abiertos con Rusia, y, en cuanto a Estados Unidos... bah, eso no fue más que un sueño.

Visito a Chubárov en un piso discreto, situado en un patio trasero, donde se encuentra la sede de la comunidad tártara. Más próximo a la melancolía que a la indignación, el líder tártaro enumera los golpes sufridos en los últimos doscientos años: destierros, deportaciones, genocidios, detenciones, acaparamiento de tierras, discriminación y falsas acusaciones, en su día, de

colaboracionismo, y hoy, de extremismo religioso. Y justo cuando el regreso de los tártaros era una realidad gracias a la independencia de Ucrania y comenzaba a dibujarse un futuro, una vida libre, segura y tranquila en un lugar donde juntar los escombros de su antigua cultura y emplearlos como cimiento para la reconstrucción, la anexión de Crimea por parte de Rusia los volvió a convertir en ciudadanos de segunda. Chubárov me dice lo que su padre repetía siempre en Samarcanda, casi como una oración: «Volveremos a casa, volveremos a casa». Su padre logró regresar a Crimea, donde falleció el 13 de marzo de 2014 mientras los soldados soviéticos desfilaban de nuevo por las calles. Su *mama* —esa es la palabra que este sexagenario emplea: «*mama*»— sigue viviendo en casa, pero él ya no puede visitarla.

«Stalin deportó a mis padres y Putin me los arrebató.»

Chubárov no se atreve a ofrecer una perspectiva realista de cómo reintegrar Crimea en Ucrania. En un tono casi desesperado, dice que habría que incrementar la presión sobre Rusia, pero enseguida cae en la cuenta de que Steinmeier, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, lo que quiere es levantar las sanciones para poder negociar.\*

«Si a un chantajista le ofreces lo que sea para que negocie contigo, ¿qué vas a negociar?»

A la pregunta de si el pesimismo puede con él, Chubárov responde con una negativa: en su opinión, son tantas las soluciones posibles; basta con mirar lo sucedido a lo largo de la historia.

«¿La historia? —pregunto extrañado—. El siglo xx está repleto de expulsiones y nunca se ha dado marcha atrás. Más bien al contrario: al igual que los griegos y que los turcos, países como Polonia y Alemania no lograron firmar la paz hasta que aceptaron las expulsiones.»

«Así es, pero Alemania tenía un territorio propio. La lengua y la cultura alemanas nunca corrieron peligro. Los líderes de las grandes naciones no muestran sensibilidad hacia las minorías. Nosotros, si perdemos, lo perdemos todo. Dejamos de existir.»

Los tártaros de Crimea no son muchos, apenas unos millones repartidos por todo el mundo, de ahí que la pervivencia de su lengua y su cultura no se pueda dar por supuesta, y por eso han inaugurado la escuela, el canal de televisión en el exilio... Pregunto a Chubárov si cree que a la larga eso será suficiente.

«Ha habido otros ejemplos en la historia», responde él, buscando argumentos para mostrarse convencido.

«¿Cuáles?»

«Fíjese en Tirol del Sur. Ellos sí que han encontrado una solución. No hay por qué reformar las fronteras, también se puede ser un poco más creativo. Europa ha demostrado que es posible.»

«¿No está siendo demasiado optimista?»

«No. Soy un optimista bien informado.»

Esa misma noche, salgo a tomar algo con el joven director de teatro Pável Yúrov, que ha estado todo el día haciéndome de intérprete. Tras pasarnos varias horas hablando de guerras, de expulsiones y de la revolución, nos resulta difícil orientarnos en esa sociedad del entretenimiento que puebla los bares de Kiev.

«¿Alguien se interesa realmente por lo que está pasando en el este del país?», pregunto mientras señalo a todos esos jóvenes apretujados que beben de sus cócteles a sorbitos o apuran una Heineken.

«La guerra les interesa lo mismo que a un joven de Colonia o de Londres», responde Pável, quien además me aclara que, en lo que respecta a la conciencia política, la proximidad no es una magnitud geográfica, sino sentimental. No importa cuántos kilómetros disten de uno de los frentes de Europa Oriental, tanto si son los tres mil que separan Londres de Alepo como los setecientos que hay entre Kiev y Donetsk: uno no se entera de la guerra a menos que le disparen, sufra de primera mano la amenaza del terrorismo o conozca a un refugiado.

«¿Y en tu caso?», pregunto a Pável, que procede del Dombass.

«Yo también he necesitado tener esa experiencia física», me explica. Entonces me cuenta que fue encarcelado en Sloviansk. Al comienzo de la guerra, estaba sentado en un café con unos amigos, estudiantes de Bellas Artes. Estaban navegando por internet, charlando... En aquellos tiempos, nadie se planteaba que hubiera espías, aunque tal vez fuese una ingenuidad por su parte. Lo cierto es que hicieron algunos comentarios sarcásticos sobre los separatistas que alguien tuvo que escuchar y retransmitir, pues, al cabo de un rato, varios hombres armados se plantaron ante esos jóvenes tan locuaces y los detuvieron bajo la acusación de espionaje. No salieron de la cárcel hasta pasados tres meses.

«Aquello fue un trauma —me explica Pável, que ya ha estado de gira por Alemania con su compañía—. La sensación de estar a merced de otro, la impotencia.»

Hoy, Pável forma parte de la milicia de voluntarios.

«¿Y tú combates?», le pregunto sorprendido, pues me cuesta imaginar a alguien como Pável, un hombre de teatro, sensible, con voz suave y cuerpo delicado, empuñando un arma.

«Estoy en la reserva. Algo habrá que hacer después de lo del Maidán. Aunque en Kiev no se note, estamos en guerra. Además, la milicia es interesante.»

«Ah, ¿sí?»

«Ahí se junta gente de todo tipo con la que de otro modo jamás me relacionaría. Y también es interesante ver el efecto que te produce empuñar un arma. Estoy hablando de mí, pero me refiero, además, a todo un país. Ya no te sientes tan vulnerable.»

## DÉCIMO OCTAVO DÍA: DE KIEV A DNIPRÓ

Según cuenta una leyenda que lleva tiempo circulando por el Euromaidán, el causante de la revolución en Ucrania fue un afgano: «Nos vemos a las 22:30 bajo el Monumento a la Independencia. Traed ropa de abrigo, paraguas, té, café, buen humor y a vuestros amigos». Mustafá Nayem, el afgano en cuestión, resta importancia a lo sucedido y explica que fue una casualidad que justo su llamamiento para manifestarse en la calle corriese como la pólvora; en realidad, pudo haber sido cualquier otro mensaje enviado después del 21 de noviembre de 2013, tras la negativa del entonces presidente ucraniano, Víktor Yanukóvich, a firmar el acuerdo de asociación con la Unión Europea. Sea como fuere, Nayem no puede quedar conmigo en el Maidán porque allí habría demasiada gente deseosa de saludarlo, así que nos citamos en la pequeña terraza de un restaurante italiano situado en una de las bocacalles de la plaza, a cien metros del escenario de la revolución.

Nayem llegó a Kiev siendo un niño, cuando su padre se casó en segundas nupcias con una ucraniana. Antes de que el Maidán lo convirtiese en un héroe, Nayem ya era conocido como periodista de investigación para el medio digital *Ukrainska Pravda* («La verdad de Ucrania»). Hoy lleva ya dos años ejerciendo de político después de haber concurrido a las elecciones al Parlamento en la lista de Petró Poroshenko, el oligarca que está al frente del Gobierno. Nayem me explica que, en Ucrania, casi todos los políticos de la vieja escuela se dedican a los negocios y conciben la política como una rama más de su actividad empresarial. Si no eres dueño de una fábrica o una empresa, te consideran un pusilánime, y nadie te toma en serio. A los políticos nuevos y más jóvenes, les toca demostrar que no hace falta tener dinero para cambiar las cosas.

«Como periodista, uno siempre está en el lado correcto, mientras que asumir responsabilidades es mucho más complicado. Como político, debes defender cosas de las que no estás seguro, cuestiones que van en contra de tu instinto, tienes que llegar a acuerdos. Ves cómo funciona el sistema, ves toda la corrupción y, para colmo, después te das cuenta de que la gente desconfía de ti, de que a la mayoría les has decepcionado. Ese es un reproche que oigo a menudo, que he traicionado mis ideales. No llevo nada bien que muchos me consideren un traidor.»

«¿Y a pesar de todo no te arrepientes de tu salto a la política?»

«No, tengo claro que fue lo correcto. Ha habido una evolución. En estos dos últimos años hemos conseguido cosas a pequeña escala, aunque, claro, la gente está descontenta, eso ya lo sé, y además tienen razón. Todavía estamos muy lejos de alcanzar la democracia que habíamos imaginado, pero una cosa está clara: sin participar en las instituciones no la alcanzaremos nunca. Y eso es lo que estamos haciendo. Nuestra generación debe tomar poco a poco las riendas del país.»

A la pregunta de si ha tenido algún problema en el marco de la política ucraniana por su condición de afgano, Nayem responde con un «no» rotundo. Ni siquiera los de derechas, que lo critican por sus ideas políticas, han hecho nunca referencia a su origen.

«Pero los nacionalistas radicales sí que son un problema, ¿no?», pregunto en referencia al batallón Azov, que visitaré en breve acompañado por Konstantín.

«Claro que hay radicales —reconoce Nayem—, pero tienen muy pocos diputados, y, en lo que respecta al total de la población, tal vez representen al siete o al diez por ciento, no más. Eso no es nada si lo comparas con Francia o con Austria. Y eso que estamos en guerra y nos vemos obligados a acoger a más refugiados que cualquier otro país europeo.»

Nayem continúa defendiendo a Ucrania, ese país del que ha acabado siendo ciudadano y que, en su opinión, encarna como ningún otro el proyecto europeo de unidad en la diversidad. Según Nayem, solo hay que fijarse en la cantidad de pueblos que conviven en el país: rumanos, georgianos, polacos, judíos, tártaros de Crimea, bielorrusos, etc. En Ucrania, lo normal es la mezcla, el bilingüismo y el plurilingüismo forman parte del día a día; basta con ver un programa de debate o un partido de fútbol por la televisión para asombrarse de cómo los locutores alternan entre ruso y ucraniano, a veces en una misma frase. El primer fallecido como consecuencia de la represión del Maidán era armenio, y en el primer Gobierno constituido tras la revolución había ministros de cinco países distintos.

«Ucrania es el país donde se produjo el asesinato más reciente de alguien que llevaba la bandera europea. Fuimos demasiado ingenuos, pero, a cambio, defendemos a ultranza los valores europeos. Eso me gusta.»

«¿Todavía hablas persa?»

Mustafá responde afirmativamente, y entonces se produce una situación curiosa: a cien metros del Maidán, un afgano convertido en ucraniano dirige a un iraní convertido en alemán la proclama más encendida que imaginarse pueda a favor de una Europa fuerte, y, además, lo hace en persa.

«Europa quiere mandar, vale, pero, para eso, tú también tienes que mandar, tienes que defender tus valores. Si Europa no apoya a sus mayores aliados, a sus más fieles seguidores, se está dejando a sí misma en la estacada. Acuérdate de 1938, cuando Hitler anexionó los Sudetes al Tercer Reich. Las élites francesa y británica dijeron que no era problema suyo. ¿Y qué ocurrió? Piensa en la cumbre de la OTAN —la Organización del Tratado del Atlántico Norte— celebrada en Bucarest en abril de 2008, cuando Alemania rechazó la entrada de Ucrania. ¿Cuál fue su argumento? “No debemos provocar al Oso Ruso.” ¿Y qué fue lo que pasó? Dos meses después, Rusia entró en guerra con Georgia. Y, seis años después, conquistaron Donetsk. ¡Mira Siria! Eso es lo que sucede cuando no se reacciona ante una agresión rusa: Aleppo. Los europeos creen que Ucrania actúa como un amortiguador, y están muy equivocados: Ucrania es una frontera. Y si la frontera no se defiende, acabará siendo derribada. Nosotros no tenemos elección, no nos queda más remedio que luchar, pero Europa sí la tiene. Rusia quiere debilitar a Europa, para eso instiga guerras y apoya cualquier movimiento antieuropeo. ¿Y qué hace Europa? Deja que la debiliten. En lugar de reaccionar, permite que Rusia actúe.»

«Pero ¿qué debería hacer Europa?»

«Te devuelvo la pregunta: ¿qué pasará si Europa no hace nada? ¿Cuál será la próxima guerra?»

Mustafá admite que no es cuestión de provocar un enfrentamiento militar directo: nadie está pidiendo eso. Según él, de lo que se trata es de mantener la presión económica, y sí, a medio plazo también se trata de promover la entrada de Ucrania en la OTAN, en la Unión Europea. Pero, sobre

todo, es necesaria una toma de conciencia. Europa lo merece, tiene un increíble poder de atracción, no debería malbaratarse de ese modo.

Sashko me conduce desde el Maidán hasta uno de los barrios situados a las afueras de Kiev, donde se acumulan las fábricas, muchas de ellas, abandonadas. En la dirección indicada me espera Konstantín junto con otros tres jóvenes: uno de ellos luce una barba hípster, el otro, dos pendientes muy llamativos, y la tercera es una chica con camiseta de tirantes, el pelo corto al estilo punk y muchos tatuajes. A la entrada está aparcado un coche con las puertas abiertas que emite música *rock* a todo volumen. La verdad es que nazis no parecen.

El recinto al que accedemos, que también fue una fábrica en tiempos soviéticos, sirve hoy como cuartel principal y campo de maniobras del batallón Azov. Como es domingo no hay muchos soldados, pero a cambio ha venido una enfermera. El que lleva barba es Nazar Krávchenko, portavoz oficial del regimiento. Él es quien me explica que, como organización surgida del Maidán, al principio luchaban con deportivos, mientras que ahora gozan del reconocimiento del Estado, por lo que tanto su equipamiento como su formación se han ido profesionalizando. Entretanto, cuentan con diez mil combatientes voluntarios, de los cuales tres mil están en el frente. Según la documentación recopilada en mi carpeta, son mil quinientos milicianos a lo sumo. Ya sean diez mil o mil quinientos, lo cierto es que el Azov alcanzó fama nacional durante la reconquista de Mariúpol. En una pared cuelga la imagen de Stepán Bandera, cuyas milicias colaboraron con los nazis para expulsar a los rusos. En 1941, Bandera proclamó la República Independiente de Ucrania como parte de una Europa fascista. En un primer momento, sus seguidores lucharon encarnizadamente contra los partisanos rusos y el ejército clandestino polaco y, más adelante, contra la Wehrmacht y el Ejército Rojo al mismo tiempo; también asesinaron a decenas de miles de civiles judíos y polacos, mientras que ellos, a su vez, fueron brutalmente masacrados por los sóviets. En 1946, Bandera logró huir a Múnich, donde en 1959 fue asesinado por el KGB. Tras la caída de la Unión Soviética, su figura fue glorificada por los nacionalistas ucranianos, que lo consideran un *providnyk*, un líder y mártir, pasando por alto su condición de colaborador con los nazis, su antisemitismo y la violencia que ejerció contra civiles. Por el contrario, en los medios de comunicación rusos, «*providnyk*» se convirtió en un sinónimo habitual del horror.

¿Son estos los fascistas a los que señala siempre Rusia cuando intenta explicar por qué ha ido a socorrer a la población rusohablante? Lo cierto es que no logro discernir el grado de radicalismo real de esta milicia. Las respuestas que obtengo son patrióticas y claramente antirrusas, pero no me parecen radicales en el sentido de que defiendan un proyecto social de extrema derecha o abiertamente racista. Al sacar temas como la homosexualidad o el aborto, tampoco me encuentro con esas reacciones intransigentes descritas en mi carpeta de documentación. Según sostiene Krávchenko, ideológicamente, ellos no se consideran en absoluto próximos a partidos nacionalpopulistas como la AfD o el Frente Nacional, sino que se limitan a librar una batalla contra la corrupción, que, por desgracia, es una epidemia. Es más, en su opinión, en Ucrania no hay lugar para un nacionalismo de tipo étnico, ya que el país es demasiado heterogéneo.

«¿Y qué hay de los símbolos nazis?», pregunto.

«Yo no tengo por qué preocuparme de los miedos freudianos de los europeos —interviene Alex Kovzhoon, el chico de los pendientes. Es amigo de Konstantín y judío, como él, aunque casi parece burlarse de mi complejo típicamente alemán respecto a todo lo que tenga que ver con los nazis—. Según las estadísticas, aquí tenemos el menor índice de delitos de odio de toda Europa. Eso es lo que verdaderamente importa, pero a los europeos lo que les preocupa son unos cuantos símbolos. No son símbolos nazis: son nuestros símbolos. Mire a su alrededor; aquí no verá ningún retrato de Hitler.»

Para ser sincero, no conozco esas estadísticas y tampoco me atrevo siquiera a estimar hasta qué punto mis modernos interlocutores son representativos de todo el regimiento. Lo que sí es sabido es que tanto sus líderes como muchos miembros del Azov pertenecen a organizaciones que se definen abiertamente como de extrema derecha. Y aunque sea cierto que el Wolfsangel (‘gancho para lobos’) fue en su día un símbolo relacionado con la caza, no es menos cierto que también fue empleado por las SS y que hoy se considera en todo el mundo un emblema propio de los movimientos neonazis. Ese es el motivo de que, en 2015, el Congreso de Estados Unidos prohibiese cualquier tipo de subvención dirigida al Azov.

Para al menos escuchar una voz que no se haya formado una opinión preconcebida del periodista llegado de Alemania, me dirijo a un miliciano de aspecto un poco más marcial: tiene el cuerpo musculoso, lleva el pelo cortado al cepillo y rapado por las sienes y viste pantalón militar y una camiseta negra ajustada. Se llama Serguéi, tiene veintiún años y me cuenta que él, en realidad, quería estudiar arquitectura, porque es más bonito construir casas que destruirlas, pero que ahora el país está en guerra y las instituciones del Estado son corruptas, y por eso ha decidido sumarse a la milicia en lugar de alistarse en el ejército regular. Obviamente, rechaza el Acuerdo de Minsk, y además cree que habría que liberar Crimea.

Le pregunto qué opina él, como nacionalista ucraniano, de Mustafá Nayem, con la esperanza de que haga referencia al origen afgano de ese político. Serguéi responde que admiró mucho a Nayem cuando era periodista, pero que luego quiso ser político, seguramente para ganar dinero, así que ahora pertenece al partido en el Gobierno y va en contra de los intereses del pueblo. Por tanto, no, ya no le cae bien.

Como en el último momento ha surgido la posibilidad de visitar el frente al día siguiente, dejamos el cuartel general del Azov y proseguimos viaje hacia las afueras. Sentado en el asiento del copiloto de ese Peugeot traqueteante, enseguida tomo clara conciencia de que Ucrania es el segundo país más grande de Europa, y empiezo a comprender al canciller que se empeñó en forjar un vínculo con Occidente y que, no precisamente por casualidad, era de Colonia, como yo. Nada más cruzar el río Elba, Adenauer cerraba las cortinas del tren, ya que, para él, allí comenzaba la estepa siberiana. Sin embargo, luego me viene a la cabeza un libro de Zygmunt Haupt que leí mientras preparaba el viaje a Polonia, hasta que me di cuenta de que la acción transcurre en un pueblo de la actual Ucrania. Fue allí precisamente, en la actual Ucrania —lo que en su día fue el extremo nororiental del Imperio de los Habsburgo— donde creció este escritor polaco. Ucrania, Polonia, Austria: durante su infancia tampoco estuvo tan clara la cosa; la situación iba cambiando. Al atravesar la llanura que se extiende desde el mar Báltico hasta los Urales y desde los Cárpatos hasta el Cáucaso, de entrada las fronteras parecen bastante arbitrarias, ya que, al menos en apariencia, lo que viene antes no se diferencia en absoluto de lo que viene después. No obstante, el paisaje no es monótono. Incluso el invierno, triste y apagado como ninguna otra estación, puede



ser único en este lugar, «único y maravilloso, cuando al otoño rojo, violeta, marrón sepia y negro yermo, al otoño rojo fuego, sucede un día la nieve». A lo mejor tampoco es casualidad que la descripción más hermosa que jamás he leído de la llegada del invierno sea obra de un escritor criado en la inmensidad que une Europa y Asia.

También en la parte ucraniana hay varios carteles a lo largo de la carretera comarcal, pero, como tenemos por delante quinientos kilómetros, decidimos no desviarnos hacia el barranco de Babi Yar, donde cientos de miles de personas fueron obligadas a desnudarse, dispuestas en filas al borde de varias fosas, asesinadas y enterradas en masa; todos judíos, claro. Solo entre el 26 y el 29 de septiembre de 1941, fallecieron 33.771 personas en total, perfectamente contabilizadas, que no lograron ponerse a salvo antes de que llegaran los alemanes. A ellas se sumaron prisioneros de guerra, gitanos, partisanos, miembros de la intelectualidad ucraniana y del movimiento nacionalista, así como enfermos mentales internados en centros próximos. No deja de haber cierto cinismo —aunque tal vez sea característico de este lugar, considerado la mayor tierra de sangre, o puede que ambas cosas— en el hecho de que, como quiero llegar allí donde se está librando la guerra más reciente, no puedo detenerme y dedicar tiempo al último conflicto que tuvo lugar.

Como el viaje en medio de la oscuridad se me hace tan largo, cojo *Pierścień z papieru* («Un anillo de papel») y localizo el fragmento en el que Haupt describe una mañana de diciembre en la escuela de cadetes:

Fuera, frente a la puerta abierta de par en par que conducía a uno de los patios del cuartel, con la desnudez de ese patio y el bermellón de otros edificios de ladrillo como telón de fondo, comenzaron a caer los primeros copos de aquel invierno. Al verlos revolear por el aire, girar como pequeñas partículas de hollín sobre ese fondo de cielo lechoso y claro, flotar como polvo, motas, pelusa blanca sobre el fondo oscuro del patio y del campo de instrucción embarrado, aquello se convirtió en una profecía, un mensaje llegado de alguna parte, de allí donde nos aprecian, donde nos respetan y nos recuerdan, donde saben que lo peor aquí es la desesperación de lo monocorde y por eso ahora, de un modo sabio, reconfortante y balsámico, pero a la vez con fuerza, esparcen intrépidos sobre nosotros confeti de carnaval. Cómo cambió todo en ese momento, volviéndose alegre y prometedor. Cuadrado y en posición de firme, el número uno y el más adúlador de nuestra unidad anunció servil: «Mi capitán, el invierno ha hecho acto de presencia».

## DÉCIMO NOVENO DÍA: EN EL FRENTE DEL DOMBASS

Mientras esperamos a los representantes del batallón Kiev 1 en una gasolinera situada en algún punto de la carretera comarcal que une Dnipró con Donetsk, en el este de Ucrania, nos adelanta otro convoy militar. De uno de los camiones bajan tres colosos de barba oscura que bien podrían medirse con un oso. ¿Serán expertos en el combate cuerpo a cuerpo? Nada de eso: son sacerdotes castrenses. En ese momento se nos acerca una señora bajita y oronda, cuya figura recuerda a una esfera perfecta; luce una permanente rubia y unas gafas de sol rosas en lo alto de la cabeza. Apenas han transcurrido cinco minutos cuando la señora estampa un beso sonoro en la frente de cada sacerdote. El convoy se marcha antes de que yo logre averiguar si el resto de los armarios empotrados también son religiosos.

«Soy una patriota —dice alegremente la señora para justificarse—, de esos que tanto se echan en falta por aquí.»

Por eso ella ha querido mostrar su apoyo a los soldados. La señora continúa explicándonos que la brecha abierta por la guerra ha dividido a muchas familias, entre otras, la suya. En casa de su suegra, por ejemplo, está prohibido pronunciar una sola palabra en ucraniano. Y cada una de sus clases —esta señora resulta ser profesora de instituto— es mitad proucraniana y mitad prorrusa; por el contrario, en el claustro de profesores la mayoría de los docentes tiene una actitud bastante agresiva. A la pregunta de si eso le resulta desagradable o si alguna vez se ha planteado mudarse a la zona más occidental de Ucrania, la señora responde tajantemente que no, puesto que ella y su marido viven muy bien. Él se dedica a vender neumáticos, con lo cual la guerra es una estupenda oportunidad de negocio.

«Ya imagino, con todos los baches que hay...», apostillo.

Según esta señora, el Gobierno lleva veinte años sin hacer nada aquí, en el este. Las infraestructuras se están desmoronando y la gente está descontenta; es normal. Siempre las mismas caras, los mismos discursos, la misma burocracia, como ocurría en tiempos de la Unión Soviética, pero luego llegan las elecciones y pasa lo de siempre: aunque sepa que son unos ladrones, la gente sigue votando a los políticos prorrusos.

«¿Y por qué lo hacen?», pregunto.

Plantada frente al surtidor de combustible, la señora bajita extiende los brazos cual prima donna y cierra los ojos.

Por fin llegan los representantes del batallón: son varios hombres montados en un deportivo todoterreno marca Audi. Uno de ellos sube a nuestro vehículo para guiarnos hasta el frente. Se llama Viacheslav y le calculo treinta y pocos años; luce una delgada franja de barba y tatuajes en los antebrazos. Me cuenta que ha decidido cerrar temporalmente su negocio de puertas y ventanas para defender a su país. Irradia tanto entusiasmo que parece que quisiera ganarme a mí también para la causa.

«¡Bastardos! —exclama cuando adelantamos a una flota de todoterrenos en los que viajan observadores de la OSCE—. Siempre que van a algún sitio, al cabo de media hora comienzan los bombardeos. Cada vez que nos trasladan la petición de un alto el fuego, sabemos que los otros van a mover a sus tropas. Y luego van y se pasan las noches en los bares, tonteando con chicas y viviendo como dioses gracias a las dietas que cobran por sus desplazamientos al extranjero. Todos esos todoterrenos están blindados, y cada uno cuesta ciento diez mil euros. ¡Ciento diez mil euros! Espera y verás con qué chatarra nos movemos por aquí.»

Describiendo un amplio arco por el norte, nos aproximamos a la zona de combate. Tras pasar varios controles, dejar atrás casas abandonadas y hasta un puente ferroviario destruido, recorreremos varias calles secundarias y cruzamos por mitad de un campo hasta que, desde lo alto de una colina, divisamos las nubes de humo que envuelven los edificios de Donetsk, causadas, probablemente, por granadas de mortero. Seguimos atravesando esa zona desierta en dirección a Avdéievka, una ciudad situada en el frente, cuando, de pronto, nos encontramos ante una fábrica de productos químicos con las chimeneas a pleno rendimiento.

«¿Ahí siguen trabajando?», pregunto extrañado.

«Así es —responde Viacheslav—. El oligarca paga a los separatistas para que no disparen contra su fábrica.»

«¿Quiere decir eso que los puestos de trabajo de Avdéievka financian la guerra contra Avdéievka?»

«Sí, es una forma de verlo.»

En un ensayo tan erudito como incisivo sobre «la mayor redistribución de bienes acontecida desde la Revolución rusa», Wolfgang Kemp ha definido Ucrania como «el museo de la oligarquía». La llama «museo» porque los grandes beneficiarios de la privatización llevada a cabo en los años noventa continúan gobernando impunemente, mientras que, en Rusia, Vladimir Putin, según sus propias palabras, «tiene en sus manos el mazo para sofocar de una vez cualquier tipo de debate». No en vano, el Maidán surgió para poner fin a la «expropiación del Estado», aunque el nuevo presidente ni siquiera haya cumplido con la promesa de vender su propia compañía, por no hablar de su incapacidad para poner coto al poder de los demás oligarcas. Rinat Ajmétov, propietario de la fábrica de Avdéievka, es, en opinión de Kemp, el paradigma del especulador surgido en toda Europa del Este con el paso del comunismo a la economía de mercado; un especulador que ya no negocia con inmuebles ni con empresas, sino con sectores industriales al completo, es decir, con economías enteras, razón por la cual, para muchos ciudadanos, la primera ola de capitalismo primitivo que tuvo lugar después de 1991 se asemejó al regreso de los nómadas esteparios. Ajmétov cuenta con trescientos mil asalariados a ambos lados del frente. Además de poseer diversos yates, canales de televisión y un ejército privado, también es dueño del complejo residencial más caro del mundo, situado junto al Hyde Park y que no es precisamente una mansión urbana de estilo victoriano, sino un conjunto de edificios extravagantes con una entrada propia en Wikipedia, donde se encuentra información sobre todas las demandas que Ajmétov ha presentado con éxito contra quienes lo acusan de ser el capo de la mafia de Donetsk. Ahora bien, tras haber logrado presentarse a las elecciones al Parlamento ucraniano y salir elegido, solo se le ha visto una vez en su escaño. A cambio, consiguió que su protegido, Víktor Yanukóvich, empezase como gobernador en la región de Donetsk y terminara de primer ministro. Y, cuando el propio Yanukóvich acabó convertido en oligarca a fuerza de trepar y

saquear las arcas públicas, Ajmétov supo cambiar de bando a tiempo y decidió apoyar al Maidán, sin que este respaldo al nuevo Gobierno de Kiev implicara enemistarse con los separatistas que aparecieron en el mapa tras el éxito de la revolución acaecida en el este del país. En palabras de Kemp, el palacio de Ajmétov se erige hoy «grandioso e incólume, en mitad de un paisaje bélico», opinión que Viacheslav no hace sino confirmar cuando dice: «Es un bastardo».

Tras pasar junto al aparcamiento de una fábrica repleto de coches, llegamos a Avdéievka, una localidad obrera típicamente soviética construida a base de bloques de viviendas, calles anchas, un centro comercial y varios parques. Para mi sorpresa, la ciudad está habitada. Se ve gente en bicicleta, niños en las calles, madres con carritos, un campo de fútbol por el que rueda un balón, ropa tendida y pequeños jardines cuidados.

«Según tus cálculos, ¿cuánta gente está de vuestro lado y cuánta a favor de los separatistas?»

«¿Hoy? Yo diría que la cosa está al cincuenta por ciento, lo que pasa es que muchos se marcharon a Donetsk cuando reconquistamos la ciudad.»

A la salida de Avdéievka, entramos en el patio de un edificio acribillado a balazos. En el aparcamiento hay un tanque obsoleto y varios vehículos militares más viejos aún. Es en ese edificio donde se aloja el batallón Kiev 1, cien combatientes distribuidos en diferentes plantas, donde cada vivienda es como un piso compartido por diversos chicos. La mayoría estuvieron en el Maidán y, hasta hace poco, tenían trabajos normales: uno era barman; otro, maestro... De modo que, a excepción del capitán, no hay un solo soldado profesional. El ambiente que percibo me resulta hasta alegre, y también con nosotros se muestran muy afectuosos. Todo recuerda vagamente a un campamento de verano. En un casco tirado por ahí en medio, descubro las runas de las SS. El primero que se percata de mi reacción insiste en que solo es una broma: al parecer, alguien que estaba aburrido ha pintado eso en el casco porque los rusos siempre los llaman fascistas. Desde el tejado, a varios cientos de metros, vemos el trazado del frente.

Junto a diez combatientes pertrechados con casco y chaleco antibalas, montamos en una vieja furgoneta Volkswagen modelo 1960 Plus, de esas a las que, por su forma, en la Unión Soviética llamaban «*tabletka*», algo así como «supositorio». Lo increíble es que eso todavía circule. Bueno, a decir verdad, el supositorio se queda parado a trescientos metros. Tras intentar empujarlo sin éxito, acabamos recorriendo a pie el trayecto que nos separa de la trinchera. Por el grabado, se sabe que los Kaláshnikov que llevan los soldados datan de 1972; esa es la única tecnología de la que disponen. Si ya es lo bastante insólito que en pleno siglo XXI Europa esté viviendo otra guerra, tanto más extraño resulta que el armamento apenas se distinga del empleado en el último conflicto. El único que lleva un arma moderna es el escolta de un joven diputado que ha ido a visitar a las tropas.

Atravesando las trincheras, llegamos hasta uno de los puestos de combate, donde asoma el fusil de asalto de un combatiente. Parece un levantador de peso y, en lugar de casco, lleva un pañuelo estilo pirata que le cubre la cabeza rapada. Tres horas de servicio y seis de descanso: ese es el ritmo exigido en una operación de alto riesgo, de las que requieren mucha concentración. Apretujados, nos agazapamos junto a los sacos terreros o nos ponemos en cuclillas; somos demasiados para estar en la zona de abrigo, y la trinchera de disparo debe quedar completamente expedita. A lo lejos se oyen varios impactos de proyectil, seguidos de órdenes que llegan por radio: a setecientos metros se ha producido un tiroteo. Está bien, es mejor quedarse aquí y esperar. Me parece el momento adecuado para hablar de Europa.

«¿Vosotros a favor de quién combatís, de Ucrania o de Europa?»

«Solo de Ucrania», responde rápidamente uno de los soldados.

«Mira nuestras armas —añade otro—. Lo único que nos ha dado Europa ha sido un Humwee, pero no incluía piezas de repuesto, así que ahí está, sin usar.»

«Entonces, ¿Europa no significa nada para vosotros?», insisto.

«Sí, claro —opina el levantador de peso—. Queremos que nuestros hijos crezcan en Europa, pero es que no nos podemos fiar ni de nuestros propios políticos.»

«Como si el país no tuviese dinero suficiente para comprar armamento moderno —añade un tercero—. Pero, en lugar de eso, nos venden a nosotros.»

«Entonces rechazáis el Acuerdo de Minsk.»

«Claro que lo rechazamos. Si los políticos tuviesen huevos, cortarían todos los vínculos con Europa.»

«¿Y creéis que alguna vez volveréis a convivir con los que están al otro lado del frente?»

«Allí están mis amigos —dice un joven originario de Donetsk—. Ellos no entienden que yo haya tomado partido por Ucrania, y yo no comprendo cómo ellos pudieron ponerse del lado de los separatistas.»

«No podrán perdonarnos que los hayamos matado, y lo mismo al revés —opina el levantador de peso—. Pero, al final, el tiempo lo cura todo. Tiene que ser así: no queda otra.»

Cuando cesan los disparos, recibimos la autorización por radio para volver a la carretera y regresamos a la ciudad dando un paseo. El supositorio sigue parado al borde del camino, como si estuviera a punto de llegar la grúa. Las personas con las que nos cruzamos o quienes están sentados delante de sus casas nos tratan con total normalidad: no nos saludan, pero tampoco se muestran esquivos. A mitad de camino, me acerco a unos señores mayores que están compartiendo unos tragos a la entrada de una casa, aunque, con un pelotón de soldados ucranianos a mis espaldas, es imposible sacarles mucho más que un brindis por que la paz llegue a Avdéeivka. Salud.

Hace calor, pero seguimos con el casco y el chaleco antibalas puestos, así que, al pasar por una tienda de alimentación, los invito a todos a un helado. Al ver a los soldados junto al arcón congelador, la dependienta no puede contener la risa. Como si de un actor de comedia se tratara, el último que entra en el establecimiento es Sashko, que, además de llevar casco y chaleco, sigue yendo en bermudas y chanclas. Pertrechados con nuestros polos de hielo, proseguimos la ruta por la pista de arena y... Bueno, la verdad es que esto de ahora sí que parece... no diré ya una excursión de *boy scouts*, pero uno tiene la sensación de que la guerra no es más que un juego inventado por alguien. Y tal vez sea así: un juego que juegan otros, en el que estos soldados no son más que peones. Ahora bien, los más de diez mil muertos contabilizados hasta la fecha son de carne y hueso.

## VIGÉSIMO DÍA: POR MARIÚPOL HASTA EL MAR NEGRO

En la localidad de Vólnovaja, a diecisiete kilómetros de la línea del frente, me esfuerzo por entablar conversación con los vecinos que encuentro en un café, en una tienda de alimentación y en una floristería, pero me es imposible. Sashko, que rápidamente se gana la confianza de cualquiera, se muestra hoy reacio a interpretar: suprime algunas de mis preguntas y me ofrece respuestas que no aportan absolutamente nada... hasta que me dice la verdad.

«En realidad, da igual lo que les pregunte: la gente no me va a decir lo que piensa.»

«¿Lo dices por la mentalidad soviética?»

«No, es por mi acento.»

«¿Tu acento?»

«Sí, enseguida se dan cuenta de que soy de Lviv.»

Ser de Lviv significa ser del oeste y, por tanto, estar automáticamente a favor de Ucrania. Entonces, ¿cabe presuponer que los habitantes de Vólnovaja y de otras ciudades del Dombass no lo están? Responder a esa pregunta cuando uno está de paso y apenas tiene contactos *in situ* es prácticamente imposible, sobre todo si, además, uno viaja con un intérprete cuyo patriotismo se pone de manifiesto nada más abrir la boca. La opción de cruzar al otro lado del frente así, sobre la marcha, tampoco es factible: solo lo conseguiría si viajara desde Moscú o, a lo sumo, si fuese en uno de esos todoterrenos blindados. Con todo, la desconfianza de los separatistas respecto de la OSCE es la misma que la del ejército ucraniano.

En el centro cultural de Vólnovaja, he quedado con varias integrantes de un coro femenino tradicional: la directora, sus dos hijas y otras dos señoras mayores. Las cinco tienen los ojos de un azul cristalino, casi transparente, y hasta el rostro de la más anciana desprende un brillo infantil, como si cantar verdaderamente rejuveneciese. Y qué hermoso puede ser un pañuelo en la cabeza cuando se lleva de adorno, no por obligación ni por vergüenza. Los trajes que lucen bastan para que esa oficina gris en la que me han recibido anule el presente y yo me sienta transportado a otro tiempo, pero cuando, además, las cinco empiezan a cantar, me veo definitivamente en la estepa herbosa, una extensión de cinco mil kilómetros barrida por el viento asiático. Las voces suben y bajan a intervalos diferentes e inextricables, atraviesan las ventanas abiertas y penetran en la ciudad. Llegan muy lejos. Imagino a alguien que oye ese cántico, acaso en la distancia o en un pueblo vecino; aunque sea una canción de boda, suena como un lamento. Una estepa. Al fin y al cabo, es lo que también fue, en su momento, la enorme extensión que estamos recorriendo desde hace días; una estepa donde se fueron asentando muchos pueblos, pues había espacio para todos. Cada uno ocupó su emplazamiento, un lugar donde era necesario estrechar lazos para no sentirse perdido en mitad del páramo. De ese modo preservaron sus lenguas y, con ellas, también los bailes, la vestimenta y las costumbres hasta el siglo XX. Las canciones que estas mujeres cantan en la oficina de la directora también suenan como una caricia.

Al acabar la canción, la directora del coro rompe el silencio que ha invadido la oficina, primero, y las calles, después, tras atravesar la ventana abierta —al menos, así me lo imagino yo, presa de la emoción—, y explica con nostalgia que solo en esta región llegó a haber más de cien nacionalidades distintas. «¡Más de cien!», repite, para enseguida comenzar a enumerarlas, tan rápido que Sashko se pierde. Me pregunto cuántos siglos o acaso milenios tardaría en conformarse toda esa diversidad y cuántas veces se habrá visto amenazada. Lo cierto es que la modernidad solo ha necesitado dos décadas para destruirla, de 1930 a 1950. Actualmente, según me cuenta la directora del coro, ya es lo bastante difícil preservar la cultura ucraniana, esa que aquí, en el este, solo existe en los pueblos. Aparte del grupo de bailes griegos, ellas son el único coro que conserva el cancionero tradicional en todo el Dombass. Y en la ciudad, para colmo, ni siquiera son bien vistas.

«¿A qué se refiere?», le pregunto.

«Si fuese por la calle vestida con el traje regional, la gente se quedaría mirándome como si hubiesen visto a un negro. Ni siquiera puedo subir nuestras canciones a internet, porque me bombardean con mensajes de odio. Casi todos los que viven en la ciudad rechazan de plano nuestra cultura.»

A mediodía, seguimos viaje hasta la ciudad costera de Mariúpol, tan próxima al frente oriental de Ucrania que, en el centro, se oyen con frecuencia las granadas de mortero. Dado que los separatistas encontraron más resistencia aquí que en cualquier otra ciudad, para los patriotas ucranianos, Mariúpol tiene un aura mítica, aunque no se puede decir que la ciudad mire en exceso al mar de Azov, ese que da nombre a esa milicia tan moderna que usa el gancho para lobos como emblema. Mariúpol está rodeada por un cinturón de chimeneas industriales, lo que hace que el conjunto de edificios históricos y árboles todavía más antiguos situado en el centro de la ciudad resulte más idílico aún. Me pregunto cuánto tiempo sobrevivirá al capitalismo el teatro local, cuyas dimensiones parecen desproporcionadas, como en tantas otras ciudades de provincia del antiguo Imperio soviético. En este teatro todavía no se programan musicales, sino que aún resisten los clásicos rusos. A juzgar por los carteles de las obras, que muestran primeros planos de los actores protagonistas, aquí no parecen muy dados a las adaptaciones de autor. Quien eche de menos la fidelidad al original en los escenarios alemanes puede hacer una escapada a Mariúpol.

Me he citado con Diana Berg, una mujer rubia, de aspecto muy delicado pero también resuelto, que debe su apellido a sus antepasados alemanes. Diana se crio en Donetsk, donde consiguió un buen trabajo como diseñadora de marcas y participó en la organización del movimiento local derivado del Maidán, de modo que, nada más invadir la ciudad, los separatistas cursaron una orden de busca y captura contra ella. Diana tuvo que huir con lo puesto, y fue su madre quien le llevó los gatos más adelante. Hoy se dedica a programar exposiciones y otros actos culturales, pues considera que la sociedad civil se ha vuelto más importante que el diseño de marcas. Su pareja abrió un café literario después de salir de la cárcel. Nótese que estamos hablando de la cárcel ucraniana, ya que él continuó luchando contra los separatistas en una milicia ilegal tras el segundo Acuerdo de Minsk. Según Diana, no es que su pareja rechazase de plano cualquier tipo de negociación, sino que no quiso resignarse a no poder volver a casa, a Donetsk.

«Primero piensas que solo será una semana. Luego te dices “vale, un mes”, pero pasa bastante tiempo hasta que comprendes que ese lugar extraño se ha convertido en tu hogar.»

A la pregunta de si aún tiene esperanza, Diana responde que, en términos generales, sí. Desde su punto de vista, con la revolución del Maidán se logró que la gente pusiese en duda lo que se consideraba que venía dado, de modo que el país, poco a poco, fue desprendiéndose de su mentalidad soviética, aunque eso no sea una causa por la que vaya a luchar ningún grupo. En cuanto a los riesgos que entraña el nacionalismo, Diana reconoce que ese tema la preocupa mucho; califica al nacionalismo de tóxico y alude por sí sola al regimiento Azov, al que considera peligrosísimo. También me cuenta que, una vez, decidió llevar una bandera arcoíris a una manifestación para contrarrestar toda esa simbología racista.

«¿Y no tuvo problemas?»

«*It was very not okay.*»

Debo admitir que, durante mi viaje por Ucrania, no he tenido la impresión de que esa guerra que sigue amenazando a Mariúpol y que ha engullido a Donetsk, la ciudad natal de Diana, esté movilizándolo a todo el país. Es cierto que, cuando uno salta de activista en activista, puede pensar que todos los ucranianos, sin excepción, están a favor de la libertad y de reforzar el vínculo con Europa, pero ¿hasta qué punto son representativos estos interlocutores? Diana reconoce que no lo son y me explica que en Kiev no quieren saber demasiado de los que están cerca del frente: es como si molestaran. Es por eso por lo que no se puede culpar a Europa todo el tiempo, pues el apoyo no llega siquiera de la propia Ucrania.

«Esto es como una isla —afirma Diana—. No tenemos aeropuerto, las principales vías de comunicación están interrumpidas por el trazado del frente, las calles no se reparan desde hace años y solo circulan dos trenes al día. Hay veces que pasan semanas sin que oigamos otra cosa que el impacto de las granadas de mortero, pero luego parece que el nivel del agua sube; de pronto, un músico famoso de Kiev da un concierto solidario, y entonces somos conscientes del vínculo con la tierra firme.»

Según Oleksandra Protsenko-Pichadzhi, con quien he quedado en el centro cultural de la comunidad griega, construido a semejanza de un templo, los que están literalmente atrapados entre dos frentes son los pueblos griegos de la región de Priazovya, que rodea Mariúpol, al sur del Dombass.

«Nuestras granadas muchas veces no llegan lo bastante lejos y caen en esos pueblos. Y, cuando disparan los otros, ocurre lo mismo.»

La señora Protsenko es la típica directora de colegio: lleva moño, falda larga y blusa; es de complexión fuerte y tiene una voz grave que, por sí sola, invita a sentarse erguido. Al observar su aspecto, tanto más impresiona la emoción con la que se expresa al hablar de la guerra. Cuando llegaron a los pueblos, los soldados se emborracharon e hicieron cosas —la voz de la directora se quiebra—, cosas terribles. No logro averiguar qué soldados eran, si separatistas o milicias ucranianas, de lo cual deduzco que ese tipo de cosas suceden en ambos bandos. Como la directora se dedica a llevar alimentos y ropa a los pueblos y a esas zonas de los pueblos que quedan al otro lado del frente, muchos en Mariúpol la tachan abiertamente de separatista y la calumnian en internet, acusándola de vender alcohol a los alumnos de los cursos superiores y otro tipo de lindezas aún peores.

«Si esa gente tuviese un dios, sabría que deberá responder de sus mentiras y que el pecado es como un bumerán. Nuestro Gobierno ha cometido muchos errores. En lugar de convencer a los ciudadanos uno por uno para que tomen partido a favor de Ucrania, les disparamos y los



insultamos llamándolos rusos. Pero ¿ellos qué van a hacer? No pueden decir que quieren pertenecer a Ucrania: eso allí es imposible. Tendríamos que apoyarlos, pero, en lugar de hacerlo, les reprochamos que cobren una pensión que se han ganado tras toda una vida de trabajo. En mi pueblo llevamos tres meses sin agua corriente, y eso que estamos en verano, con este calor...»

Según la profesora, los griegos siempre procuraron no mezclarse para, así, preservar su identidad, aunque hoy casi nadie habla griego, ni tampoco ucraniano, sino que todos hablan, obviamente, ruso. Durante la Gran Purga, solo en la región de Priazovya fueron deportados cuatro mil griegos, la mayoría de los cuales acabaron siendo asesinados. La señora Protsenko-Pichadzi me enseña un libro que únicamente contiene esos cuatro mil nombres y las condenas dictadas tras los juicios sumarísimos, que me lee en voz alta: «Fusilamiento, fusilamiento, fusilamiento». En el caso de la localidad costera de Yalta —así es: Yalta, lo mismo que Crimea, perteneció en su día a Grecia—, se llevaron a todos los varones, a excepción de los ancianos, los niños y los discapacitados. Eso ocurrió a finales del otoño, coincidiendo con la irrupción del invierno, por eso los «comunistas» —así llama la directora a los agentes del NKVD— no llegaron en sus típicos cuervos negros, sino que arribaron en barco y obligaron a los hombres a montar en sus propios botes. Las mujeres observaban la escena desde la falda de la montaña —el pueblo está situado en una colina que se alza sobre el mar—, aullando como lobas mientras los hombres se alejaban remando. Para no escuchar sus penetrantes alaridos, ellos comenzaron a entonar una canción revolucionaria: «¡El ancho mar se encrespará, el ancho mar los engullirá!». Puede que los griegos de Priazovya ya no hablen griego, pero sus historias bien podrían ser mitos helenos.

Abandonamos la ciudad cuando ya ha oscurecido para que yo, tras veinte días de viaje, pueda pasar una mañana a orillas del mar. En la guía viene algo sobre una especie de península repleta de hoteles. Aunque haga el calor propio de un verano tardío, la península en cuestión parece muerta: las farolas están apagadas, no se ve ni una luz y todos los hoteles están cerrados. ¿Será por la guerra cercana o porque estamos en temporada baja?

## VIGÉSIMO PRIMER DÍA: BORDEANDO EL MAR NEGRO HASTA ODESA

Como no logro salir del hotel donde finalmente hemos encontrado habitación, me pierdo el amanecer, y eso que había programado el despertador ex profeso. Por si fuera poco, además de ser los únicos huéspedes, en la recepción no hay nadie para atendernos. Las vallas altas que rodean el edificio no solo repelen a los intrusos, sino que también supondrían todo un desafío para quien quisiera escapar. Así, desde una terraza con sombra contemplo a primera hora una playa resplandeciente mientras me imagino cómo sería darse un baño, mecido por las últimas olas del verano. Viendo que son ya las ocho y media y que no ha aparecido un solo empleado, me conformo con darme un chapuzón en una piscina color verde musgo.

Esa misma noche, Sashko ya había tenido un conflicto con los tres rusos que nos habían permitido la entrada al hotel: la recepcionista —en avanzado estado de gestación—, el conserje y el jefe. ¿Que si eran rusos? Da igual que tengan un pasaporte ucraniano, un verdadero patriota como mi conductor ni siquiera necesita ponerse a hablar de política con ellos para saber que pertenecen al bando enemigo.

«¿Cómo voy a vivir en paz con gente que deportó a mis antepasados a Siberia?», protestó Sashko mientras esperaba a que le trajeran un vodka después de haberlo pedido cuatro veces.

Cuando por fin pudo servirse él mismo, volvió a hablarme del Holodomor, la hambruna provocada por Stalin que afectó a la población rebelde y que, a comienzos de los años treinta, acabó con la vida de al menos 3,3 millones de ucranianos, aunque en total se contabilizaron entre seis y siete millones de víctimas. Para que el humor de Sashko no empeore, me abstengo de objetar que Stalin no era ruso y que la Unión Soviética no se puede identificar con todos los rusos en general, ni mucho menos con la generación actual. Del mismo modo, tampoco le pregunto por qué él, habida cuenta de su concepción de la historia, trabaja para un periodista alemán, sobre todo si consideramos que Alemania asesinó a tres millones y medio de ucranianos durante la ocupación y que otros tres millones cayeron en combate contra los alemanes, o bien murieron como consecuencia de la guerra. Entretanto, la recepcionista, el conserje y el dueño del hotel se habrán preguntado por qué ese huésped tan arrogante ha de tener más derecho que ellos a vivir en el país donde nacieron, máxime cuando sus antepasados no llegaron allí voluntariamente. Como parte de su política de colonización interna, Stalin no solo empleó una brutalidad extrema para vencer la resistencia de los campesinos ucranianos contra la colectivización, sino que además obligó a millones de trabajadores originarios de otras zonas de la Unión Soviética a asentarse en los nuevos núcleos industriales. Por tanto, la recepcionista, el conserje y el dueño del hotel no verán a sus padres ni a sus abuelos como culpables. Sea como fuere, en ningún otro lugar donde reine el socialismo nos sirvieron una cena con menos ganas. Según deducimos al ver que el conserje, por fin, abre la puerta sobre las nueve, el desayuno tampoco está previsto.

Decido ir a dar un paseo. En contra de lo esperado, frente a los hoteles y villas vacíos construidos en el espacio público de la playa —es más, casi llegan hasta la orilla: ¿a quién se le ocurre autorizar una cosa así?—, me encuentro con algunas personas, jubilados en su mayoría, que disfrutaban del sol sentados en unas sillas plegables. También veo pescadores y, cada doscientos metros, algún señor metido en el mar con traje de buzo. Con el agua por la cintura, llevan unos grandes auriculares puestos y una barra de hierro en la mano. Me pregunto qué estarán haciendo. Al ver al tercer buzo, caigo en la cuenta de que están buscando joyas, monedas u objetos metálicos. ¿Será que la crisis económica agudiza el ingenio?

De regreso al hotel, observo en la distancia a una joven que baila y salta a merced del viento. «Qué imagen tan hermosa», pienso, pero, al acercarme, compruebo que simplemente está posando para su novio. Cuando me piden que les haga una foto de recuerdo, él subraya que no son novios, sino recién casados. Dada mi condición de europeo occidental, soy un visitante insólito en esta playa, tan próxima al frente, y, para colmo, fuera de temporada. Como, además, el joven habla un poco de inglés, nos ponemos a charlar. Me cuentan que viven en Mariúpol y que, como ellos son de etnia rusa, no creen en absoluto que su ciudad haya sido liberada, aunque estaban igual de descontentos bajo el regimiento separatista. Esos, en parte, eran delincuentes; nada de «defensores altruistas del pueblo».

«¿Y ahora?», les pregunto.

«*We have become strange in our own country.*»

La carretera que conduce de Mariúpol a Odesa a lo largo de seiscientos kilómetros está en un estado desastroso, incluso para los estándares ucranianos. Diana se quejaba con razón. Tras pasar horas sentados en un pequeño utilitario —el paisaje tampoco ha cambiado: desde que salimos de Lituania, veo siempre la misma estepa, transformada en terreno cultivable—, Sashko menciona que compró el carné de conducir por trescientas grivnas, diez euros al cambio.

«¿Y fue difícil conseguirlo?», le pregunto.

«Si lo quieres por trescientas, tienes que tener contactos. Pero a partir de cuatrocientas lo consigues sin problemas.»

«¿Cómo? ¿Los carnés de conducir se compran?»

«Sí, todo el mundo lo hace.»

«¿Todo el mundo?»

«Bueno, tal vez no todos, pero casi todos pagan por el carné de conducir.»

«¿Y eso ya ocurría en tiempos de la Unión Soviética?»

«Ah, no, en aquella época eso no existía.»

«Eso quiere decir que había cierto orden...»

«No, lo que quiere decir es que había menos coches. Por eso no se necesitaban tantos carnés.»

## VIGÉSIMO SEGUNDO DÍA: ODESA

Emocionado ante la idea de subir la Escalera Potemkin, cuyos peldaños se van estrechando para simular el ascenso hacia el cielo, me sorprende encontrármela tapada por unos paneles de fondo rojo y con una medialuna blanca y reluciente. A diferencia de lo que ocurre en Polonia o en Lituania, no es la Unión Europea ni se trata, como sucede en Bielorrusia, del Hermano Mayor, no; aquí es Turquía quien financia el proyecto estratégico de Odesa: la restauración de su más célebre monumento. El cochecito de bebé que rueda escaleras abajo sorteando cadáveres; la boca abierta de la vieja que profiere un grito sordo; los soldados que bajan las escaleras y pasan junto al cochecito; la espada que se clava en el ojo del espectador...: esta escena de *El acorazado Potemkin*, de Serguéi Eisenstein, es el máximo exponente de la impotencia del hombre moderno que todo aficionado al cine asociará con este lugar. Echo a andar desde el puerto de Odesa, al que arribaba el resto del mundo, y subo la escalera bordeando el vallado. Al pisar el último peldaño, accedo a un enorme escenario. Es la plaza donde se encuentra la estatua del primer gobernador, el duque de Richelieu, tras la que se extiende un amplio bulevar flanqueado por dos hileras de edificios imponentes: el Palacio del Gobernador, la Bolsa, la ópera y todo lo que pudiera necesitar una ciudad conocida como la Segunda San Petersburgo, la Palmira del Sur, la Reina del Mar Negro y otras tantas denominaciones.

Junto a la estatua, me espera Oleg Filimónov, actor y famoso presentador de un programa televisivo de sátira política. Mientras recorremos la ciudad, Filimónov me va contando la historia de su Odesa particular, heredada de sus padres judíos. Se acuerda de todos los idiomas que oía a diario de pequeño: yidis, el dialecto de Besarabia, ucraniano, turco y, por supuesto, ruso; también reflexiona sobre la influencia del ideal de la Antigüedad griega, reflejada programáticamente en el nombre de Odesa; evoca el espíritu cosmopolita que caracterizó a la ciudad, incluso en época soviética; enumera a diversos artistas de fama mundial: escritores, pintores, violinistas y pianistas; añora los clubes de *jazz*, conocidos en toda Europa y hasta en Estados Unidos durante el periodo de entreguerras, y habla de Odesa como de una ciudad también judía. Según me explica, casi todos los precursores de la emancipación judía pasaron parte de su vida aquí. Los judíos decían que Vilna mira hacia el pasado y Odesa, hacia el futuro. Para ellos, lo más importante no era la fidelidad a la tradición religiosa, sino la ciencia, el comercio y la cultura.

A principios del siglo xx, vivían en Odesa trescientos mil judíos, entre los cuales había una cantidad desproporcionada de intelectuales, maestros, artistas, literatos y miembros de una burguesía culta. Fueron precisamente ellos, cuya herencia religiosa estaba marcada por la itinerancia y el desarraigo, quienes también dotaron a la ciudad de su carácter cosmopolita. La gran mayoría de los judíos mejor situados y socialmente emancipados emigró tras la Revolución rusa o, a lo sumo, tras la llegada del régimen de Stalin, cuando se prohibió todo tipo de práctica religiosa. Cuando Odesa cayó en manos alemanas durante novecientos siete días, en la ciudad todavía quedaban cien mil judíos. Solo sobrevivieron diez mil, los cuales, obviamente, acabaron

traumatizados, entre ellos, los padres de Filimónov. Siempre y cuando su familia no hubiese fallecido al completo, no había un solo judío que no hubiese perdido a la mayoría de sus parientes en los campos. Así, cara a mantener la cohesión social de los escasos supervivientes, resultó nefasto que no les permitiesen reconstruir una sola sinagoga. La presencia judía se limitó, por tanto, a un centro comunitario que pasaba inadvertido. Los judíos resultaban sospechosos porque ansiaban emigrar con más avidez que el resto.

«Parece que ningún funcionario cayó en la cuenta de que querían emigrar porque todo el mundo sospechaba de ellos», comenta Filimónov dejando entrever su vena satírica por un instante.

Desde que se declaró la independencia de Ucrania, la vida judía ha vuelto a florecer, aunque en mucha menor medida. Filimónov me explica que, en los últimos años, la mayoría de sus familiares se han trasladado a Nueva York o a Israel. Él, sin embargo, a pesar de que tiene recursos económicos suficientes para vivir en cualquier parte del mundo —también anda metido en el negocio de las joyas, me dice haciéndome un guiño, como si fuese perfectamente consciente del tópico—, no hay día que no se despierte feliz por estar en Odesa. Filimónov mira a su alrededor y me señala una hilera de edificios impolutos de finales del siglo XIX que bien podrían estar en San Petersburgo, Viena o Roma, los viejos plátanos que jalonan la acera, los adoquines...

«¿A que es una ciudad muy europea?», me pregunta. Por si fuera poco, nos hemos detenido casualmente frente a la célebre Academia de Música.

Es cierto: si existe un lugar donde se manifieste el universalismo de la Ilustración es Odesa. La ciudad responde al encargo que en 1794 hizo una zarina de origen alemán en su empeño de que Rusia se abriese a Occidente. Fundada por un almirante hispano-irlandés, construida en su mayor parte por arquitectos italianos, gobernada en sus primeras décadas por un francés, convertida en el epicentro del mercado europeo del trigo por los magnates polacos y los armadores griegos y habitada por comerciantes, marineros e intelectuales de muchos países, Odesa fue un crisol de lenguas, religiones y etnias mucho antes que Nueva York. Todavía hoy, la ciudad está gobernada por un extranjero, el expresidente georgiano Mijaíl Saakashvili, aunque esa no es la única razón por la cual Odesa responde al fenotipo europeo, comparable a otra ciudad modélica como puede ser Minsk, donde el comunismo se ha quedado petrificado. Dicho carácter también obedece a la firme creencia en la cultura y la creatividad del ser humano que se respira en Odesa, con sus antiguos palacios y sus mansiones habitadas por burgueses orgullosos de su condición, con sus balcones, sus techos altos y, sobre todo, esos magníficos salones en los que uno imagina las veladas más exquisitas: conciertos privados, recitales de poesía, tertulias políticas o filosóficas, aunque el chismorreo bien pudiera ser el mismo en todas partes. Durante las noches cálidas, los parques, concebidos como auténticas obras de arte, se siguen transformando en salones al aire libre donde acudir a bailar en pareja. A ello se suman el magnífico edificio de la ópera, las distintas academias y la estación término con su característica cúpula, que parece una invitación abierta al mundo; además, en el centro de Odesa encontramos un museo tras otro sin necesidad de recurrir a denominaciones pomposas como «la milla del arte» o «el barrio de los museos»: hay un museo de arqueología, otro de numismática, otro dedicado al comercio marítimo, un museo judío, otro de arte occidental y oriental, un museo consagrado en exclusiva a Pushkin y otro, a todos los escritores de Odesa: Mickiewicz, Bábel, Ajmátova, Mandelstam... Me pregunto si entre los grandes autores de Europa del Este hubo alguno que no viviese aquí, al menos durante alguna etapa de su vida.

Hoy en día, Odesa sigue acogiendo a viajeros de todo el mundo que no solo llegan de Europa Occidental en las típicas aerolíneas de bajo coste —aunque, por raro que parezca, ninguna de estas compañías tiene vuelo directo a Odesa—, sino que más bien proceden de Estados Unidos y de países aún más lejanos para un europeo occidental: turcos, árabes, israelíes, muchos rumanos, búlgaros, moldavos y, por supuesto, rusos. La mayoría de los taxistas provienen del extremo oriental de la antigua Unión Soviética, con lo cual traen consigo la lejana Asia, y los jóvenes soldados de marina, vestidos con su uniforme blanco impoluto, su camiseta a rayas azules y blancas y tocados con una boina muy graciosa, contribuyen a crear ese ambiente cosmopolita tan característico de las ciudades portuarias. Pero, sobre todo, ¡oh, milagro!, Odesa sigue siendo tan hermosa como las fantasías que despierta su nombre.

Ahora bien, eso no significa que no haya conflictos. Aunque esté situada al suroeste de Ucrania y, por tanto, lejos del frente, como fue fundada por la zarina Catalina, a diferencia de Kiev o la entonces llamada Lvov, en Odesa se hablaba ruso incluso antes de que existiera la Unión Soviética. Así, durante la última revolución, aquí también escaló el conflicto entre nacionalistas ucranianos y manifestantes prorrusos, los cuales, a semejanza del Maidán, acamparon en la plaza Kulikovo Pole. Cuando miembros del «sector de la derecha» incendiaron las tiendas, los manifestantes corrieron a refugiarse en la cercana sede sindical. Varios cócteles molotov se colaron por las ventanas del edificio y se prendió fuego a los distintos accesos sin que la policía ni los bomberos interviniesen. Se disparó a bocajarro contra quienes se asomaban a las ventanas o trataban de protegerse tras un saliente de la pared; algunos se arrojaron al vacío. Algunas fuentes afirman que murieron, al menos, cuarenta y ocho manifestantes prorrusos; otras hablan de más de cien.

Al mencionarle lo sucedido en la sede sindical, enseguida me doy cuenta de que Filimónov no niega la masacre —a las cosas hay que llamarlas por su nombre— ni tampoco la relativiza, pero sí la relaciona con las atrocidades cometidas por el otro bando. Filimónov insiste en que solo una pequeña parte de los ucranianos son extremistas. Cuántas veces habré oído, tanto durante mis viajes como cuando he estado en Irán y en la propia Alemania, que la violencia ejercida en nombre de una causa propia solo es obra de unos pocos radicales, mientras que la violencia ajena siempre es responsabilidad de un colectivo.

Durante nuestro paseo por el mercadillo de libros, formado por varios puestos situados en el andén central y ajardinado de una tranquila avenida, a Filimónov le hace gracia que los libros no sean más que un pretexto para hacer todo tipo de negocios. De hecho, aunque el mercadillo está lleno, nadie parece especialmente interesado en los volúmenes expuestos. La gente reconoce a la estrella televisiva, que intercambia unas palabras por aquí, otras por allá... y los cafés que nos sirven en el puesto ambulante corren, cómo no, a cargo de la casa. Mientras revolvemos el café, Filimónov me cuenta que ha leído varios libros sobre los musulmanes en Europa, ya que el tema le preocupa mucho. A tenor de los títulos franceses que menciona, son los mismos superventas sobre la islamización de Occidente a los que aludieron el primer día de mi viaje en el salón de festejos del restaurante Lindengarten. Filimónov quiere saber si el avance musulmán es un fenómeno generalizado, sobre todo en Alemania; según ha leído, los musulmanes están conquistando el espacio público en todas partes y, además, cometen delitos, acosan a las mujeres y extienden sus alfombras para rezar en cualquier plaza céntrica. Y luego están los refugiados, prosigue, ¡parece mentira lo que ocurrió en Colonia en Nochevieja! Seguro que yo, como colonés, ya me he dado

cuenta de que Europa avanza hacia el abismo. Al comprobar que reacciono con escepticismo, Filimónov parece percatarse de que mi percepción es otra; es entonces cuando cae en la cuenta, o bien se acuerda, de que todo lo dicho no solo me afecta como colonés, alemán o europeo. Este cambio resulta interesante: mientras paseábamos por la ciudad, éramos dos cosmopolitas y el entusiasmo de mi acompañante me resultaba contagioso, pero, de repente, se ha convertido en un... veamos, ¿en un qué? ¿Un judío? ¿Un europeo oriental? En un populista de derechas que advierte de los peligros del islam, seguro que no; sin embargo, yo me convierto involuntariamente en un musulmán y, por lo tanto, si respondo, estoy obligado a justificar a todo un colectivo, así que opto por no contestar y retomo el tema de Odesa; de lo contrario, lo próximo será el conflicto árabe-israelí.

Oleg Filimónov me cuenta que muchos de sus socios comerciales se identifican más con Rusia que con el Maidán. Asegura que sigue quedando con ellos para tomar vodka, pero que prefieren no hablar de política para no llegar a las manos.

«Yo no los entiendo a ellos y ellos no me entienden a mí.»

La división de Ucrania también se extiende por las entrañas de la Administración. Mientras que el alcalde electo, Guenadi Trujánov, pertenece a la antigua clase dominante, todavía bajo influencia soviética, el actual gobernador, Mijaíl Saakashvili, quiere convertir en «escaparate de la reforma» una ciudad que representa mejor que ninguna otra la delincuencia y la corrupción. No solo los gánsteres más famosos de la literatura rusa proceden de Odesa, sino que la glorificación romántica del robo propia de esta ciudad ha sido también un motivo recurrente en la cultura popular soviética. De hecho, se dice que, tras la caída de la Unión Soviética, gran parte de la exportación de petróleo ruso estuvo en manos de organizaciones criminales, lo cual contribuyó al florecimiento del contrabando portuario —que hoy cuenta, incluso, con su propio museo— por encima de cualquier otro sector. Al igual que en las películas, los tiroteos y los asesinatos por encargo formaron parte de esa cultura del crimen, característica de los años noventa.

Dado que en aquella época trabajaba en el sector de la seguridad privada, el alcalde Trujánov reconoce haber tenido contactos con los bajos fondos, si bien niega haberse involucrado personalmente en negocios ilegales. En una entrevista que le hicieron en su día, a la pregunta de cómo se resolvían por entonces los conflictos en el mundo de los negocios, Trujánov respondió: «Si venían unos bandidos con ganas de pelea, había pelea». Más adelante, Trujánov representó al partido del presidente Víktor Yanukóvich, y cuando este cayó por culpa de las protestas del Maidán, Trujánov pasó a denominarse «independiente». A su vez, el gobernador Mijaíl Saakashvili, nombrado por el actual presidente Poroshenko, presume de su amistad con los neoconservadores estadounidenses. Durante su mandato como presidente de Georgia, los medios rusos, que continúan siendo los más seguidos por la mayoría de los habitantes de Odesa, solían describirlo como un agente occidental y un demente instigador de guerras. Ya fuese por su tendencia a polarizar, por las revelaciones publicadas sobre las torturas cometidas en diversas comisarías o por la manipulación de sus adversarios más acaudalados, lo cierto es que, en las últimas elecciones, los georgianos decidieron echar a Saakashvili no solo del cargo, sino también del país, al que no puede entrar debido a las numerosas acusaciones que pesan sobre él. Nada más llegar a Odesa, Saakashvili hizo las siguientes declaraciones: «Hay una cosa que deben saber sobre mí: odio a Vladímir Putin. Estoy en Ucrania porque esta es mi guerra. Mi destino se decide

aquí. Tenemos que parar a Putin». Estas palabras no fueron precisamente las más adecuadas para calmar a ese sector prorruso de la población que se siente perseguido, en especial tras el baño de sangre que tuvo lugar en la sede del sindicato.

He quedado con Luba Shepovich en las oficinas del Gobierno local de Odesa, alojadas en un bloque de hormigón típicamente soviético: un edificio con ventanas pequeñas, la fachada gris oscuro, suelos de linóleo y muebles desvencijados; nada que ver con la empresa de *software* situada en Nueva York donde trabajaba la mujer que me recibe, de unos cuarenta años, cuando estalló la revolución del Maidán. Después de ver una rueda de prensa de Saakashvili por internet, Luba buscó su dirección de correo electrónico y le preguntó si podía echar una mano. En el transcurso de la correspondencia que mantuvieron a partir de entonces, Saakashvili le dijo «Tendrás cero fondos y cero personal, pero podrás hacer lo que quieras», y le propuso ser la responsable de introducir la Administración electrónica. Aunque Luba nunca había estado en Odesa, la oferta le pareció interesante; además, tenía bastantes ahorros como para permitirse unos meses de vacaciones sin sueldo. A través de Facebook, se puso a buscar especialistas en nuevas tecnologías dispuestos a trabajar de forma altruista; solo en la primera semana recibió dieciocho solicitudes. Además de elaborar diversos formularios e impresos electrónicos, su departamento ha montado un sitio web dedicado a la democracia directa, en el que los ciudadanos pueden formular sus propuestas y debatir sobre ellas. Al cabo de medio año, Saakashvili le ofreció otro puesto como directora de una nueva agencia de inversión, con cuarenta trabajadores a su cargo y un sueldo de cien dólares, ante lo cual Luba decidió dejar Nueva York.

«Al principio quise adaptarme al ambiente de aquí —me cuenta—, pero pronto acabé deprimida. El pesimismo de la gente me desanimó mucho, así que decidí tomármelo como una especie de formación empresarial y todo resultó un poco más fácil. La gente se sorprende de que los nuevos sonriamos tanto: no están acostumbrados. Lo que queremos es contagiar optimismo.»

En la Administración local hay muchos como Luba. Como consideraba que el viejo aparato estaba corrupto, Saakashvili ocupó una serie de puestos clave con ucranianos jóvenes llegados del extranjero. Luba no está segura de que este modelo vaya a triunfar en Odesa. En un primer momento, el gobernador cosechó una popularidad inesperada gracias a toda una batería de medidas sorprendentes y comprensibles a la primera; tanto es así que su nombre comenzó a barajarse como futuro primer ministro. Sin embargo, el escepticismo ha terminado por abrirse paso debido a la resistencia que provocan las nuevas ideas del gobernador. De hecho, un tercio de los ucranianos provenientes del extranjero han dimitido. No obstante, Luba cree que, aunque Saakashvili llegue a fracasar, su misión habrá merecido la pena. En su opinión, las expectativas y el nivel de exigencia de los ciudadanos han cambiado: no importa quién la lidere en el futuro; lo importante es que la Administración se conciba como un proveedor de servicios. Hace unos días, Luba habló con unos viejos amigos que aún están en Nueva York, y allí siguen haciendo su vida normal.

«El trabajo, las vacaciones, la familia...: todos los días y todos los años lo mismo. ¿No te parece aburrido?»

Esa misma noche, asisto a una ópera repleta, donde la orquesta sinfónica interpreta nuevas composiciones ucranianas y canciones tradicionales. En una pantalla gigante se proyecta la cara de una joven campesina; en su cabello y en el pañuelo que lleva en la cabeza aparecen sobreimpresas varias palabras, algunas de ellas, en inglés: «Revolución» o «*Russia's War against*



*Ukraine*». Al fondo se ven paisajes ucranianos, espigas, bailes folclóricos, trajes regionales y pueblos típicos. Estas imágenes de la patria rural nada parecen tener en común con la sociedad burguesa y urbanita congregada en la ópera; sin embargo, tampoco tienen nada de ingenuo. En el transcurso de su política de colonización interna, Stalin no solo ordenó el asentamiento de millones de trabajadores procedentes de otras zonas del país en los nuevos enclaves industriales, sino que además sofocó la resistencia de los campesinos ucranianos contra la colectivización, primero con la máxima brutalidad y después mediante deportaciones y el Holodomor. Es por eso por lo que, todavía hoy, el despertar nacionalista ensalza la vida rural, incluso en la Odesa cosmopolita, y el cancionero popular se interpreta hasta en la ópera, mientras que Rusia se asocia a las fábricas, a la alienación y, en general, al sangriento siglo XX, que también comenzó en la Escalera Potemkin, ese monumento que aspiraba a ser grandioso y a conducir hasta el cielo.

Semejante patriotismo expresado en la pantalla y, más claramente aún, en los rostros y en los discursos, así como el aplauso cerrado que el público dispensa a las canciones dedicadas a la nación, resultan insólitos e incluso ajenos para un alemán. No obstante, hay que recordar que el acto de invocar a la nación no siempre fue un recurso para favorecer la exclusión ni una manifestación de fuerza. Asimismo, existió y existe un nacionalismo propio de los débiles: es el caso de esos pueblos que luchan por la independencia de una cultura que otros pretenden erradicar. También en Alemania hubo una época en la que lo nacional era sinónimo de liberación. El problema reside en que no es fácil determinar el momento a partir del cual el elogio de lo propio se vuelve tóxico: «*Very, very not okay*». ¿Es necesario que haya muertos, como ocurrió en la sede sindical?

Al acabar el concierto, todos los asistentes se ponen en pie. Deduzco que van a tocar el himno nacional, así que hago lo propio, pero la canción que interpretan es otra: no tiene nada de brío ni responde a un tono festivo, sino que suena más bien triste o nostálgica... Es hermosa, sin más; después me entero de que era un canto fúnebre muy conocido en Ucrania.

## VIGÉSIMO TERCER DÍA: SALIDA EN AVIÓN DESDE ODESA

A primera hora de la mañana asisto al servicio religioso de la sinagoga ortodoxa. No hay ningún coche de policía en la puerta, ni tampoco controles a la entrada, así que paso tranquilamente. Esta vez no llevo intérprete porque Oleg Filimónov me ha dicho que muchos judíos hablan inglés, lo cual resulta ser un error, de modo que, al final del servicio, me veo obligado a comunicarme por señas. Pero hay una cosa que sí entiendo, algo que ya he oído por boca de Filimónov y que ahora vuelvo a escuchar en distintos idiomas hablados por personas diferentes, una vez en alemán, otra en yidis y dos o tres en inglés, mientras observo la expresión de esos rostros y las palmas de las manos vueltas hacia el cielo en señal de agradecimiento: en 2016, vivir el judaísmo de forma segura vuelve a ser posible en Odesa. Tal vez no haya un mejor criterio para determinar hasta qué punto Europa sigue siendo una conquista.

En lugar de subirme al microbús que cubre varias veces al día el trayecto hasta la región próxima de Crimea, decido tomar un taxi al aeropuerto. El paso entre ambas zonas está cerrado a los extranjeros. Con un permiso especial para periodistas sí que podría circular, pero tendría que solicitarlo antes en Kiev, a quinientos kilómetros, y, en caso de que me lo concedieran, me obligarían a regresar por el mismo sitio. Si, en vez de eso, continuase camino hacia Rusia, no podría volver a Ucrania hasta nueva orden, ya que, desde el punto de vista de Kiev, al entrar en Rusia habría legitimado el desmantelamiento de las alambradas y, por tanto, la ocupación. Así, aunque esté a un tiro de piedra de Odesa, la única manera de llegar a Crimea es volar haciendo escala en la capital rusa: mil kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Y, desde que estalló la guerra, no hay vuelos directos a Moscú.

## VIGÉSIMO CUARTO DÍA: HACIA SIMFERÓPOL PASANDO POR MOSCÚ

De las muchas conversaciones que mantengo con colegas y conocidos durante la escala que hago en Moscú en enero de 2016, retengo sobre todo tres comentarios. Un periodista de televisión sostiene que el tema de los derechos humanos ya no se vende bien, pues los redactores alemanes están hartos de aguantar el chaparrón de quejas que les cae por parte de los espectadores y las reclamaciones que recibe el consejo de medios radiofónicos; en cambio, los nuevos carriles bici abiertos en el centro de Moscú sí que son un buen tema, como lo son en general todas las noticias *light*. Un corresponsal de prensa con años de experiencia recuerda que en la Unión Soviética nadie se tomaba en serio la propaganda, ni siquiera los funcionarios, quienes, al menos guiñando el ojo, daban a entender que la realidad... bueno, que la realidad es más complicada. Hoy, este corresponsal se sigue sorprendiendo de que la gente se crea todo lo que dice la televisión. A la pregunta de si la oposición que estableció Dostoievski entre el esclavismo ortodoxo y el europeísmo ilustrado sigue siendo relevante, un intelectual que ha reflexionado sobre la situación de Rusia —ubicada históricamente entre Asia y Europa— responde, para mi sorpresa, que lo primero es un régimen teocrático, rural y autoritario regido por un zar designado por Dios, mientras que lo segundo es un sistema cosmopolita, individualista y decadente. El intelectual en cuestión no duda de que hoy sea necesario reflexionar sobre dicha oposición, pero, según él, lo que ocurre es que la tendencia dominante en Rusia rechaza el pensamiento político de Dostoievski.

«¿Y eso por qué?», pregunto. Al fin y al cabo, Dostoievski celebra lo eslavo, el carácter autoritario y la identidad oriental de Rusia: justo esa parte no europea.

El intelectual señala que es por eso precisamente por lo que se rechaza a Dostoievski, ya que la corriente mayoritaria está orientada por completo hacia Occidente, por no hablar de Putin. Recurrir al paneslavismo y a las fotos de popes por doquier no es más que folclore; en realidad, la ortodoxia solo importa en Navidades.

«¿Que Putin mira hacia Occidente?», pregunto para asegurarme.

«Así es, lo mismo que el ochenta o el ochenta y cinco por ciento de los rusos. Es Europa la que los ha decepcionado. Desde hace doscientos años, tienen la sensación de que Europa los rechaza, y hoy en día siguen pensando que Europa ya no es lo que era, aunque en realidad siguen convencidos de que nosotros, los rusos, estamos sentados en sillas, como los europeos, mientras los asiáticos se sientan en el suelo.»

Estando a menos veinte grados, por fin entiendo por qué, en su discurso de investidura, Putin prometió que cualquier calefacción averiada se arreglaría en un plazo máximo de tres horas. ¿Y? ¿Lo ha cumplido? Apuesto a que en la televisión dicen que sí. Mientras recorro las calles tiritando, siento un extraño asombro al percibir la magnificencia imperial que irradia el Moscú de hoy, con sus edificios neoclásicos, los bulevares infinitos, sus plazas desmesuradas... También me

sorprende la mezcla de pueblos que vive aquí, en la capital de un imperio gigantesco. Los siete rascacielos que Stalin mandó edificar todavía representan la vieja aspiración rusa de constituir una civilización propia y ser una potencia mundial; mientras tanto, se están construyendo otras torres, más ambiciosas si cabe. De joven, siempre asocié Rusia con los trajes grises de los funcionarios del partido, los desfiles militares, una arquitectura moderna pero sin alma, y con esas extensiones gigantescas que salían en el atlas escolar, donde no se veía una sola ciudad ni una única elevación del terreno. Ahora entiendo por qué uno puede sentir nostalgia de Moscú, del mismo modo que, en Europa Occidental, uno siente nostalgia de París.

Al llegar a la plaza Roja, recorro el trayecto que conduce desde el Café Bosco hasta el puente que cruzó en su día Borís Nemtsov, el que fuera delfín de Yeltsin y uno de los más célebres adversarios de Putin cuando, el 27 de febrero de 2015, fue asesinado por miembros del servicio secreto checheno. «Quienes critican a Putin no son personas, sino enemigos directos», declaró por entonces Ramzán Kadírov, un joven presidente de Chechenia, vanagloriándose de hacer el «trabajo sucio» de su amo: «Mientras Putin esté de mi parte, haré cualquier cosa por él. *Allahu Akbar!*». Al funeral de Nemtsov acudieron decenas de miles de personas; en realidad, fue el último acto de rebeldía de la oposición liberal. La asociación pro derechos humanos que voy a visitar lucha por subsistir, ya que el Gobierno ha prohibido a las ONG aceptar dinero del extranjero, y dentro de la propia Rusia son muy pocos quienes les brindan apoyo económico.

Por la noche, nada más aterrizar en Simferópol, enciendo el móvil, pero no hay cobertura. Así son las cosas cuando uno accede a un territorio que la comunidad internacional considera ilegal: es imposible utilizar un teléfono con una tarjeta SIM extranjera, ni siquiera pagando la tasa correspondiente por itinerancia de datos. Al registrarme en el hotel, compruebo que la tarjeta de crédito tampoco funciona. Salvo raras excepciones, todos los letreros con números están en ruso, solo que en algunos marcos de plástico aún figura el antiguo nombre tártaro de la península: *Qırım*. Unos pocos coches siguen llevando matrícula ucraniana, aunque el plazo para renovarlas, ampliado varias veces, expiró hace tiempo.

## VIGÉSIMO QUINTO DÍA: POR BAJCHISARÁI HACIA SEBASTOPOL

Quitando la chimenea de la fábrica, situada en medio de la ciudad, y los mamotretos de granito heredados de la Unión Soviética, Simferópol recuerda a la imagen de la provincia rusa que puede tener un lector de Tolstói: casas de dos o tres plantas construidas en el siglo XIX, cuando Catalina la Grande y sus sucesores fundaron la Nueva Rusia; calles anchas y la antigua milla de oro, hoy peatonalizada, con sus edificios administrativos y un teatro imponente, como en toda ciudad soviética que se precie. La estatua de Lenin sigue en su sitio, cómo no, al igual que durante todo el periodo de gobierno ucraniano. Aunque en origen la península fue rusa, el 19 de febrero de 1954 y por motivos sobre los que todavía hoy cabe especular —mejores conexiones, un cierre de filas con el aparato del partido radicado en Ucrania para, así, reforzar su base hegemónica, una estrategia descentralizadora o, tal vez, por mero capricho, ya que Jruschov fue secretario general del Partido Comunista en Kiev—, de la noche a la mañana Jruschov decidió ceder Crimea a Ucrania. En 1991, cuando Ucrania se independizó, Crimea quedó integrada en el nuevo Estado, por mucho que sus habitantes hubiesen votado a favor de permanecer en la Unión Soviética en un referéndum organizado por ellos mismos.

Tras la caída del Gobierno prorruso de Kiev, ocurrida el 22 de febrero de 2014, Rusia ocupó Crimea sin encontrar resistencia. Este movimiento contravenía el derecho internacional, pero no el deseo de una mayoría que, si bien no llegó al noventa y siete por ciento, ya en marzo votó a favor de la anexión. Los tártaros, por su parte, que gobernaron Crimea hasta la caída de su kanato en 1783, decidieron boicotear el referéndum, pues Rusia no solo era la potencia colonial que los había convertido en una minoría en su propio país, sino que también les recordaba a la revolución bolchevique, cuando la mitad de los tártaros que vivía en Crimea —ciento cincuenta mil personas— fue deportada antes aún de que llegara Stalin u obligada, bien a morir de hambre, bien a exiliarse fuera de la Unión Soviética. Los últimos miembros de la élite tártara, ya fuese religiosa o laica, fallecieron como consecuencia de las grandes purgas que tuvieron lugar entre 1937 y 1938.

Asimismo, puesto que recordaban la ocupación alemana de 1918 como una fase de relativa autonomía, los tártaros de Crimea, al igual que los lituanos, tendieron a acoger de buen grado la liberación por parte de la Wehrmacht. A semejanza de lo sucedido en Lituania o en Bielorrusia, los ocupantes alemanes autorizaron la apertura de escuelas y la publicación de periódicos en lenguas vernáculas. En el caso de Crimea, dicha permisividad obedecía a algo más que a un mero cálculo político para encontrar aliados locales frente a la Unión Soviética, pues la península tuvo un papel destacado dentro de la ideología nazi. Fue el lugar elegido para reconstruir el imperio goda, que jamás existió como tal, del mismo modo que tampoco existió esa Crimea protogermánica, cuna de una civilización urbana teutónica, que, presa del entusiasmo, quisieron ver algunos arqueólogos y demás estudiosos de la Edad Antigua en el siglo XIX. Los godos fueron, simplemente, uno de tantos pueblos que se asentaron en Crimea; no obstante, esta región sí parece ser la última en la que se habló gótico hasta la Edad Moderna, lo cual bastó para rebautizar

Sebastopol como Theodorichhafen ('puerto de Teodorico') y Simferópol como Gotenberg. «Vaciaré Crimea para hacer sitio a nuestros propios pobladores»: así anunció Hitler en julio de 1941 su plan de fundar Gotenland (Gocia). Además, ya se había encontrado una población para germanizar la Táurica: los tirolese del sur, que se habían convertido en un problema, puesto que la política oficial con respecto a las minorías alemanas consistía, o bien en traerlas «a tierra nacional» («*heim ins Reich*»), o bien en anexionar sus territorios, como ocurrió con los Sudetes. Teniendo en cuenta que Mussolini era el aliado más importante de Hitler, ninguna de esas opciones era viable en el caso de los tirolese del sur. ¿Por qué no llevarlos entonces a Crimea? Allí también había montañas, vino, valles fértiles y agua en abundancia. Además, una autopista de cuatro carriles, transitable en dos días, serviría como acceso directo para el turismo de sol procedente de Berlín, ávido de recargar las pilas y poner en práctica la máxima de «fuerza a través de la alegría» («*Kraft durch Freude*»). Aunque, al igual que los judíos, los tártaros de Crimea eran vistos como una raza «inválida», se decidió posponer su deportación para no ofender a Turquía, que por entonces era neutral y se consideraba protectora de todos los pueblos túrquicos. Más adelante ya se decidiría qué hacer con los tártaros: si exterminarlos, desterrarlos o permitir que fuesen esclavizados por los colonos arios. Además, el ejército alemán era partidario de explotar el rechazo inveterado de los tártaros hacia el dominio soviético. El gobernador general Frauenfeld, que era el funcionario civil de mayor rango destinado en Crimea y que había leído a Herder, desarrolló una especial predilección por la «robustez» de los tártaros. Así, dispuso fondos para promocionar la lengua y las costumbres tártaras, autorizó que se inaugurase un teatro tártaro, organizó «comités musulmanes» y hasta planeó la creación de una universidad tártara. También algunos judíos sobrevivieron porque se hicieron pasar por musulmanes circuncidados; sin embargo, fueron muchos más los musulmanes circuncidados que fueron asesinados por ser judíos. En la última etapa de la ocupación alemana, cuando Gotenland se había quedado tan obsoleto como el concepto de «pueblos históricos» acuñado por Herder, ya no se hizo distinción alguna. Los alemanes asesinaron en Crimea a ciento treinta mil personas, todas de etnia gitana, más los judíos que habían quedado, y, pese a las sutiles diferencias impuestas por la burocracia racial de Berlín, también a la mayoría de los caraítas y a decenas de miles de tártaros.

Los godos fueron un nicho reducido dentro de la ideología nazi, del mismo modo que el dominio sobre Crimea fue un mero episodio en la historia teutónica, prácticamente olvidado en la propia Alemania. Sin embargo, el plan Gotenland sí que supuso el apocalipsis de los tártaros, pues, nada más reconquistar Crimea, en abril de 1944, poblaciones enteras fueron ejecutadas, y de las farolas de Simferópol colgaban tártaros muertos. Aunque, comparados con los colaboracionistas, fueron más los que lucharon en el Ejército Rojo, con los partisanos o en sus propios grupos rebeldes, todos los tártaros crimeos, sin excepción, fueron deportados bajo el régimen de Stalin, y tampoco se les permitió regresar cuando, en 1956, durante la celebración del vigésimo congreso del partido, Nikita Jruschov anunció el fin del estalinismo y condenó expresamente la deportación de los tártaros crimeos. Solo cuando llegó la perestroika y, con ella, el fin de la Unión Soviética —es decir, más de una generación después—, los tártaros empezaron a regresar a Crimea. Satisfechos de la autonomía cultural concedida por Ucrania, con la anexión a Rusia temieron volver a convertirse en ciudadanos de segunda.

Pregunto a Ernes, nuestro conductor tártaro, si en la práctica ha cambiado algo desde que Crimea pertenece a Rusia. Él responde que no mucho, al menos no por fuera, excepción hecha de los nuevos símbolos y las nuevas banderas. La gente ya veía la televisión rusa antes de la anexión, y la Administración local tampoco ha cambiado: los alcaldes, la policía, los funcionarios... En realidad, todo sigue igual. ¿Y para los tártaros crimeos directamente? Ernes reflexiona por un momento y me cuenta que, si alguna noche se retrasa, su mujer apenas tarda unos minutos en llamarlo por teléfono; desde que se produjo la anexión, están pasando demasiadas cosas: detenciones, secuestros, estafas.

En un café tártaro con tienda de *souvenirs* incluida, situado en la calle principal —lo cual demuestra que la hospitalidad y el folclore sí que están permitidos—, he quedado con Narimán Celâl, que sustituye a Refat Chubárov, presidente en el exilio del órgano directivo de los tártaros crimeos. Aunque el Parlamento tártaro está prohibido, ya que se considera una organización extremista y muchos de sus miembros están detenidos, nada impide entrevistarse con Narimán Celâl, un hombre de mediana edad que viste vaqueros y camiseta de manga larga, lleva unas gafas con montura de concha y luce una barba corta y clara. Según me cuenta, también el consejo tártaro se sigue reuniendo, aunque lo hace en domicilios particulares, a cuyas puertas suele esperarlos la policía para tomarles los datos e imponer multas de entre quinientos y mil rublos, apenas veinte euros al cambio. Para las autoridades, lo importante no es la multa, sino dejar claro que pueden intervenir en cualquier momento. No en vano, todo el que apoye el estatus jurídico de Crimea reconocido internacionalmente se convierte en separatista de la noche a la mañana.

Pregunto a Celâl si el consejo tártaro de verdad aspira a lograr la reunificación con Ucrania. Él responde que no es ninguna obligación, pues de un modo u otro la comunidad tártara seguirá siendo una minoría que podría vivir tranquilamente en una Rusia europea. Su problema es *esta* Rusia. Según Celâl, los tártaros son europeos desde hace siglos y han mirado hacia Occidente desde siempre; de hecho, ya en el siglo XIX, durante la guerra de Crimea, muchos lucharon junto a Inglaterra y Francia. Es en Ucrania donde Europa tiene que demostrar si se mantiene fiel a sus valores.

«¿Y si no es así?», pregunto.

«Entonces las fronteras europeas seguirán diluyéndose.»

Más adelante entablo conversación con la joven encargada de la radio tártara en Crimea, que además presenta un programa musical en la televisión. Ella misma me pide que omita su nombre y se muestra sorprendida porque jamás pensó que volvería a tener miedo, pero hasta en eso se siente sola. En su opinión, la mayor parte de la comunidad tártara está conforme con la situación actual y no echa de menos la libertad de expresión. Desde que se produjo la anexión, solo están permitidos los medios de comunicación en ruso, así que ahora ella imparte clases de periodismo en una universidad tártara que, en realidad, debería estar prohibida, pero que aun así existe y cuenta con un alumnado mixto: la mitad son tártaros y la otra mitad, rusos. Según esta periodista, el resentimiento hacia su pueblo continúa formando parte de la herencia soviética y, por tanto, es menos acentuado en el caso de los rusos más jóvenes. Cuando ella regresó con sus padres de Asia Central, sus compañeros de colegio seguían pensando que los tártaros eran unos monstruos, y unos monstruos de verdad, con cuernos en la cabeza. Recuerda que, el primer día de clase, el profesor le preguntó si sabía leer y escribir, cuando ella había ido a una escuela de élite en Uzbekistán y era la única alumna de ese grupo que había aprendido alemán.

Me pregunto si habrá algún rasgo que identifique a esta mujer como tártara: el cabello rojizo, la tez clara, el vestido corto, las medias negras, los zapatos elegantes... Ella me confirma que la reconocen enseguida: todos en Crimea han desarrollado un sexto sentido para detectar el origen de cada cual. A la pregunta de dónde tiene puestas sus esperanzas, la mujer empieza hablándome de Europa, de igualdad, democracia, libertad religiosa, pluralidad y derechos humanos, pero luego se acuerda de la Unión Europea real y cae en la cuenta de lo lejos que Crimea está de Europa.

«¿Y aquí, en Crimea?»

«Aquí, en su día llegamos a ser el noventa por ciento, pero ahora nos hemos quedado en un doce. No es que la democracia nos haya servido de mucho.»

En el museo de historia de la ciudad no hay ni una pequeña vitrina que recuerde a los pobladores originales de la península ni, mucho menos, su deportación. En cambio, sí que se exponen los uniformes del siglo XIX empleados en la guerra de Crimea, que enfrentó a las grandes potencias de la época. En el transcurso de esos tres años, murieron al menos setecientos cincuenta mil soldados, dos tercios de los cuales eran rusos; cien mil, franceses, y veinte mil, británicos. Fue la primera guerra de la Edad Moderna, pues en ella se utilizaron las más novedosas armas de fabricación industrial, así como barcos de vapor, telégrafos y ferrocarriles que también formaban parte de la maquinaria bélica. Además, fue la primera vez que la opinión pública internacional pudo participar en directo en los combates, gracias a los fotógrafos y a los periodistas integrados con las tropas. Al mismo tiempo, la de Crimea se considera la primera «guerra total», ya que se involucró premeditadamente a la población civil en las batallas y las necesidades humanitarias se convirtieron en un medio estratégico.

También hay muchos objetos dedicados a la Segunda Guerra Mundial o «segunda defensa», tal y como se denomina este conflicto en la historiografía oficial crimea. La anexión a Rusia, que en algunos carteles repartidos por la ciudad es festejada como «tercera defensa», aún no está expuesta en el museo. Con todo, las ancianas vigilantes de sala, acostumbradas a dormir, meditar o resolver crucigramas en la penumbra, se alegran de tener la oportunidad de ir encendiéndome la luz a medida que recorro las salas.

De camino al monumento conmemorativo de las víctimas del fascismo alemán, pasamos junto a los asentamientos ilegales que surgieron por toda Crimea en los años noventa. Vemos calles sin asfaltar y muchas casas que siguen sin tener luz ni agua corriente. Cuando regresaron a Crimea, los tártaros encontraron sus casas habitadas por rusos, y no les fue fácil conseguir otro alojamiento, ya que los asiáticos no eran bienvenidos en el vecindario. Tampoco les daban trabajo más que de manera puntual, bien en las empresas más grandes, bien en la Administración, de modo que, en la actualidad, la mayoría de los tártaros trabajan de autónomos. Ernes, por ejemplo, regenta una pequeña pensión en la costa. Una amiga ucraniana que vive en Colonia me lo recomendó como acompañante porque habla bien inglés, conoce el país y, además, es un tipo simpático, todo lo cual es cierto. Ernes rondará los treinta, es callado y muy amable, pero ya anoche me di cuenta de que a través de él solo voy a conocer a tártaros crimeos, los cuales son sin duda interesantes, pero no necesariamente representativos. Ernes se disculpa argumentando que, en la península de Crimea, rusos y tártaros siempre han coexistido más que convivido; a su modo de ver, desde que se produjo la anexión, la desconfianza es aún mayor y la amistad, menos frecuente. Si mi objetivo es conocer la opinión del ochenta y ocho por ciento restante, mañana se me tendrá que ocurrir algo distinto.



El monumento conmemorativo se inauguró en 2015 junto a una fosa en la que solo los ocupantes alemanes fusilaron a quince mil personas. Ernes me confiesa que esta visita le pone un poco nervioso, ya que, en la escuela, los tártaros de Crimea siempre se contaban entre los culpables, nunca entre las víctimas. Tanto mayor es su sorpresa al comprobar que en la lista de nombres grabados en una pared enorme también hay compatriotas. Obviamente, no se menciona que la mayoría de las víctimas del fascismo fueron judíos. En Crimea, al igual que en el resto de Rusia, los alemanes solo asesinaron a «patriotas soviéticos», tal y como reza la placa conmemorativa.

Al verme conversar con una trabajadora del museo, el director sale de su despacho y se acerca para explicarme que no han querido destacar ningún pueblo en concreto; las ejecuciones en masa son crímenes de lesa humanidad, de modo que establecer una jerarquía entre las víctimas no sería correcto desde un punto de vista moral.

«De haber obrado así, habríamos reproducido la ideología en virtud de la que fueron asesinados, lo cual no impide que cada uno se acuerde de grupos de víctimas concretos.»

A la pregunta de si la pertenencia a Rusia ha influido de algún modo en el planteamiento de la exposición, el director del museo prefiere no contestar, argumentando que tiene por norma no hablar de política. Es exactamente la misma respuesta que me ha dado su compañera antes que él, y coincide, además, con lo que me han dicho esta misma mañana en el Museo de Historia de Simferópol. Parece que en Crimea son muy prudentes al hablar de política con un extranjero. Lo único que el director me cuenta de un modo espontáneo es que él mismo es ruso y está satisfecho con la reunificación. Su compañera asiente.

Proseguimos viaje en dirección a la costa y, al cabo de una hora, llegamos a Oriente de una forma inesperada. Estamos en el casco antiguo de Bajchisarái, una localidad que en su día fue capital del kanato tártaro y que, todavía hoy, está formada por las típicas casas de piedra y tejado de madera, calles estrechas que discurren montaña arriba, cúpulas, minaretes, varios ivanes y el palacio del kan, que parece sacado de *Las mil y una noches*. Pero, ojo: este palacio fue construido por un italiano a comienzos del siglo XVI. Es una lástima que esté cerrado, y ni siquiera funciona lo de insinuar un posible *bakshish* o soborno para poder visitarlo. El vigilante lo lamenta y señala hacia la cámara de vídeo, la última novedad con la que se pretende combatir la corrupción.

En una de las callejuelas veo un gato tras una ventana y, tras él, un señor que me saluda amablemente. Después de abrir la ventana y enterarse de que vengo de Alemania, el señor exclama «*Fuck Putin*» y se echa a reír. Se llama Alex y me cuenta que trabajó en el extranjero hasta que sufrió un accidente que le costó una pierna. Ahora se alegra de volver a cruzar unas palabras en inglés después de tanto tiempo. Como no parece tener inconveniente en hablar de política, le pregunto directamente si prefiere que Crimea pertenezca a Ucrania o a Rusia.

«Mejor a Estados Unidos —contesta, de nuevo entre risas—, y, si no es posible, entonces a Lukashenko.»

Me asegura que en Bielorrusia al menos hay trabajo y pensiones decentes, él lo ha visto con sus propios ojos, y, aunque aquí prácticamente solo viven rusos, no hubo ningún festejo con motivo de la anexión. En realidad les da igual a qué Estado pertenezcan con tal de que funcione. Luego Alex me pide unas monedas para comprar algo de comida. Me quedo un poco perplejo, pues todo parece indicar que tiene su propio piso, un gato bien alimentado y, a tenor de lo que se

ve en la mesa de la cocina, no vive solo, sino probablemente en familia. ¿Son los habitantes de Bajchisarái tan pobres como para tener que mendigar unas monedas, o es que este tipo no es más que un borrachín?

A pocos pasos de allí, entramos en un pequeño museo donde hay expuestas piezas de artesanía: jarras, fuentes, platos... Pertenece a Rustem Dervish, un tártaro alto y robusto que luce una gorra finamente bordada sobre su cabello gris. Él mismo fabrica los objetos expuestos y ofrece talleres. Sus alumnos son tanto tártaros como rusos, eso le da igual; lo importante es que las fuentes les salgan bien. Después de ofrecernos un café, Rustem coge un molinillo de plata alto y delgado en el que va introduciendo los granos con gran esmero, como si cada uno de ellos fuese un objeto valioso. Con los improperios de Alex aún en la cabeza, pregunto a Rustem si hay mucha gente descontenta con la nueva situación.

«Bueno, la gente siempre está descontenta por algo —me dice—, tanto antes como después de la anexión. Yo soy de otra manera: antes estaba satisfecho y ahora, también.»

También a él le resultó difícil comprar una casa tras regresar del destierro, pero se hizo pasar por griego y, como el precio estaba inflado, el vendedor no quiso hacer preguntas. Eso fue durante la perestroika, cuando el caos reinaba en la Administración. Rustem me cuenta que no registró la propiedad hasta más adelante, cuando intentaron volver a arrebatársela. Desde el principio tuvo claro que quería una casa en el casco antiguo, una construcción tradicional con patio interior que le permitiese reformarla y convertirla en museo. Antes se dedicaba al aislamiento plástico de oleoductos.

«Hay trabajos que se hacen por obligación y otros con los que uno disfruta. Yo, ahora, disfruto de lo que hago.»

La gratitud de Rustem llega hasta el punto de sacar algo positivo de la deportación: según él, las privaciones y la nostalgia han conseguido que su pueblo sea más fuerte, más independiente y más ambicioso. A la pregunta de si se siente cómodo en un barrio donde solo viven rusos, Rustem responde que en todas partes del mundo siempre hay alguien que tiene algo en contra de otros. También añade que debe tener cuidado con lo que dice, pues no puede hablar de política.

«¿Porque es peligroso?», le pregunto.

«No, porque no sé lo suficiente. Si tienes una pregunta sobre la apendicitis, vas al médico, no al zapatero.»

Su trabajo consiste en resucitar la cultura de un pueblo muy antiguo, fabricar recipientes de cobre que estén bien hechos, moler café y transmitir a los más jóvenes sus conocimientos sobre el oficio. Es entonces cuando Rustem deja de dar vueltas al molinillo —el pequeño cuarto lleva tiempo impregnado del aroma a grano molido— y coge dos cafeteras de cobre: una irregular y más bien sencilla, otra armoniosa y labrada.

«Esta cafetera la hicimos hace diez años, y esta otra es la que hacemos hoy. ¿Ves el avance? Ni siquiera nuestros antepasados tenían cafeteras tan buenas.»

Para corroborar esta afirmación, Rustem se acerca a la estantería y coge una tercera cafetera.

Sin haber probado el auténtico café tártaro, que, al parecer, todavía debe molerse unas horas más, Rustem nos guía por el museo. Sobre el patio ondea una bandera rusa que el vecino ha colgado por encima del muro que separa su propiedad de la casa de Rustem. Adelantándose a mi pregunta, el artesano insiste en que solo los médicos deben hablar de apendicitis. Su compromiso

político se limita a restaurar los adoquines que hay frente a su casa. A continuación, subimos por una escalera que sale del patio y, al llegar a una puerta, nos descalzamos. Rustem ha decorado la planta alta como en tiempos de sus ancestros, así que no hay sillas.

Camino de la costa, pasamos por Chufut Kale, una ciudad excavada en la roca, compuesta por ciento setenta cuevas y cuatrocientas casas y fundada por los caraítas, algunos de cuyos compatriotas, por pocos que sean en el mundo, tuve ocasión de conocer en Lituania. Al igual que otras comunidades religiosas minúsculas, como los albigenses o cátaros de Albi radicados en el sur de Francia, los caraítas vivían en lugares alejados y construidos a modo de fortaleza para defenderse de la persecución a la que eran sometidos, pero también para poder vivir según unas reglas propias muy estrictas. Antes de los caraítas fueron los alanos, un pueblo nómada procedente del Cáucaso, quienes habitaron estas casas y cuevas. Muy cerca de aquí está la fortaleza de Theodoro-Mangup o Doros, hoy llamada Mangup o Mangup Kale, donde los godos germanos se refugiaron tras ser abatidos por los jázaros; el dominio alano sobre Crimea ya había concluido a manos de los hunos. Alanos, caraítas, jázaros, godos y hunos, todos ellos repartidos en unos cuantos kilómetros cuadrados. Me pregunto si algún día también habrá viajeros que pasen por nuestras ciudades y se pregunten quiénes eran todos esos: alemanes, italianos, turcos, griegos, judíos, serbios, iraníes...

Por la noche, ya en Simferópol, volvemos a buscar un sitio acogedor donde nos sirvan algo de cenar. Imposible. Lo que en Europa del Este eran antes las cooperativas de producción agrícola ha sido sustituido por las pizzerías. Están en todas partes, son todas iguales y todas igual de poco apetecibles. En las grandes ciudades, a fuerza de preguntar por comida típica, siempre se logra dar con al menos un restaurante georgiano, pero en la provincia es inevitable acabar eligiendo entre Margarita, *funghi*, *salami*, *prosciutto* o hawaiana. Hasta la decoración del local parece sacada del mismo catálogo: losetas marrones, bancos de piel sintética color beis, mesas de madera oscura vestidas, curiosamente, para seis comensales por regla general, y fotos en blanco y negro expuestas en unos marcos que pretenden imitar los antiguos: Marilyn Monroe, el puente de Brooklyn y, a veces, Mohamed Alí. Evidentemente, no hay un solo italiano auténtico en el local, aunque, bien mirado, tampoco tiene por qué haber musulmanes en un determinado sitio para que uno se sienta amenazado por la islamización: las culturas también pueden erradicarse a sí mismas.

## VIGÉSIMO SEXTO DÍA: POR LA COSTA DE CRIMEA

Y entonces recaló en la Antigüedad. En el año 421 antes de Cristo, los griegos fundaron la colonia de Quersoneso, una ciudad-Estado situada en la bahía donde hoy se encuentra Sebastopol. Lo que aún se conserva es el teatro, las columnas y los muros de carga de las casas. En lo que respecta al conjunto de la península, también ha subsistido el nombre de Táurica o Táuride, allí donde la Ifigenia de Goethe se puso a salvo de su progenitor. Hoy todavía se sabe que el territorio vinculado a la Antigüedad griega se extendía más allá de las fronteras de Asia, y no tanto hacia Occidente. Sin embargo, es probable que ni siquiera los lectores de Goethe sean conscientes de que el fundamento originario de Europa —que es, a su vez, una de las fuentes de las que bebe la cultura árabe islámica— se extiende por el norte hasta la base de la antigua Unión Soviética. Si recordamos de dónde procedían los tártaros (de Mongolia) y los rusos que hoy habitan Crimea (en su mayoría, rubios de origen escandinavo que habían llegado hasta esos parajes meridionales); si recordamos a la propia zarina, la colonizadora, que era alemana y trajo a muchos alemanes, o a esos innumerables pueblos que se asentaron en una costa salvaje y fértil —escitas, sármatas y romanos, así como los ya mencionados godos orientales, hunos, alanos y jázaros, por no hablar de los famosos cimerios (con independencia de quiénes fueran) y, más adelante, también los bizantinos, mongoles, genoveses, venecianos y, sobre todo, los otomanos, que, a su vez, se dividían en muchos otros pueblos; y, ya en el siglo XIX, los británicos y los franceses que no regresaron de la guerra de Crimea—; si recordamos todo esto, entonces Crimea se parece mucho a lo que podría ser el centro del mundo. Lo único que le falta es una población autóctona en sentido estricto, es decir, los llamados «indígenas». Aunque, bueno, es cierto que en el transcurso de unas excavaciones llevadas a cabo en la Táurica se encontró el esqueleto de un neandertal, de unos cien mil años de antigüedad.

Pese a todo, ¿cómo fundamentar esa autoctonía de la propia nación que tanto significó a partir del siglo XIX y tanto vuelve a significar hoy? Entre 1930 y 1934, el ochenta y cinco por ciento de los arqueólogos profesionales de la Unión Soviética fueron despedidos sin más. Muchos de ellos fueron deportados y enviados a campos de trabajo en Siberia, nada más y nada menos que el ochenta y cinco por ciento. Según cuenta Neal Ascherson en su magnífica historia del mar Negro, el propio concepto de «migraciones de pueblos» («*Völkerwanderungen*») fue prohibido bajo el régimen de Stalin.\* Lo que se enseñaba en su lugar era que, al menos a partir de la Edad del Hierro, el conjunto del territorio que abarca la actual Rusia, Ucrania y Europa Central y Oriental estuvo poblado por comunidades protoeslavas. Asimismo, los godos nómadas dejaron de ser invasores germánicos y encontraron su origen en las tribus que ya estaban allí. Los jázaros, por su parte, dejaron de ser nómadas que hablaban una lengua turca y se convirtieron en descendientes de matrimonios mixtos constituidos a orillas del río Don. Se redescubrió a los tártaros, que pasaron a ser indígenas de la región del Volga, desde la cual, supuestamente, también habrían partido los escitas que emigraron a Crimea, por más que su lengua fuese iraní. Es más, los

varegos, que habían fundado el primer Estado denominado con el prefijo «rus-» en las proximidades de Kiev, dejaron de ser vikingos y se reidentificaron como los auténticos eslavos. Hace tiempo que la arqueología y los estudios sobre la Edad Antigua han regresado a la universidad y, desde la caída de la Unión Soviética, la bizantinística vive un periodo floreciente. Tal y como pude escuchar hace dos días en Moscú, desde el punto de vista político y económico, es posible que «Rusia esté completamente orientada hacia Occidente», pero, en lo que respecta a su política identitaria, el país ha regresado a la época de los zares y, con ello, al mar Negro, desde donde vuelve a mirar hacia Constantinopla.

En la propia Sebastopol, más de mil monumentos, lugares conmemorativos y museos recuerdan los dos grandes asedios: el de los aliados durante la guerra de Crimea y el de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, los cuales duraron trescientos cuarenta y nueve y doscientos cincuenta días, respectivamente. En comparación con todas estas placas y edificios, ha sido en la literatura donde mejor se ha plasmado el horror, y muy especialmente en la obra de Tolstói, quien, como joven soldado destinado en Sebastopol en 1854, contempló «la guerra no con su alineamiento ordenado, bello y brillante, con su música y redoblar de tambores, con sus banderas ondeando y con sus generales a caballo».\* Tolstói describió, por ejemplo, cómo se llevaba a cabo en el hospital «la detestable pero benefactora tarea de amputar»:

Verá cómo con un terrible y desgarrador grito y entre maldiciones el herido vuelve en sí de repente. Verá cómo un enfermero tira a un rincón el brazo seccionado. Verá cómo en una camilla de la misma habitación otro herido se retuerce y gime al mirar la operación de su compañero, no tanto por el dolor físico como por el sufrimiento psíquico de la espera.

Cuando la primera ocupación tocaba a su fin, en Sebastopol morían una media de ochocientas personas al día. Los civiles estaban tan consumidos y los soldados de las trincheras, tan exhaustos y sobrecitados por la falta de sueño provocada por los constantes bombardeos que toda la ciudad era una cama de hospital. Al acabar la segunda ocupación, Sebastopol volvió a estar en ruinas. De sus ciento doce mil habitantes solo sobrevivieron unos pocos miles, y el noventa y nueve por ciento de todos los edificios fueron destruidos. La Unión Soviética otorgó a Sebastopol el título de Ciudad Heroica y reconstruyó con asombrosa fidelidad toda la arquitectura característica del siglo XIX. Cuando Ucrania se independizó, la ciudad mantuvo su estatus privilegiado como puerto de origen de la flota del mar Negro y permaneció cerrada a los visitantes hasta 1994. En cierto modo, bien como parte de la memoria colectiva, bien como enclave militar, o gracias a la población que se regeneró tras la Segunda Guerra mundial, Sebastopol es la ciudad soviética por antonomasia. No hay otro lugar de Crimea donde ondeen hoy más banderas rusas.

Si se recorre la costa a partir de Sebastopol, enseguida se comprende por qué los griegos se sintieron como en casa en esa parte de la península, ya que el paisaje recuerda mucho a Grecia: una sucesión de colinas onduladas, cubiertas de vegetación rala y mediterránea que se alterna con viñedos; especies subtropicales de árboles, heredadas de los pueblos meridionales, que han subsistido alrededor de los núcleos urbanos, bahías idílicas, acantilados que se adentran en el mar y, ya en el interior, las montañas más altas, ahora en invierno cubiertas de nieve. A lo largo de la costa, el viajero se topa con un sanatorio tras otro, ya sea antiguo, moderno, reconvertido en hotel o inaugurado tras el cierre de otro hotel. En la Unión Soviética, estos establecimientos pertenecían

casi siempre a una empresa y eran el típico destino vacacional de los trabajadores, donde por las mañanas había gimnasia programada para todos y por las noches, bailes regionales. Según el historiador Karl Schlögel:

Crimea era uno de esos pocos lugares de la felicidad de los que ni siquiera la Unión Soviética de Stalin podía prescindir. Allí, los miembros del Ejército Rojo deponían sus insignias de rango y las mujeres, en cambio, se ponían sus joyas. Como lugar para pasar unos días felices, pasó a los álbumes familiares de generaciones y generaciones de ciudadanos soviéticos: una playa de fondo, una escalinata blanca rodeada de palmeras, un parque en el que crecían los melocotones y las naranjas.\*

Casualidad o no, lo cierto es que la Unión Soviética acabó justamente en la cuna de su felicidad. Desde el punto más meridional de Crimea, a solo doscientos sesenta y cuatro kilómetros del cabo Sarich, situado en la costa turca, podemos ver los tejados de la gran dacha y las cincuenta hectáreas de terreno donde estaba Mijaíl Gorbachov cuando le sorprendió el golpe de Estado en agosto de 1991. Los golpistas lo mantuvieron secuestrado con su familia durante tres días y cortaron las líneas telefónicas. El golpe fracasó y, poco después, también lo hizo la Unión Soviética.

Más o menos cada cinco kilómetros, aparece junto a la carretera una enorme valla publicitaria con la cara de Vladímir Putin. Unas veces lleva traje y corbata, otras va vestido de *sport* y con gafas de sol, otras sonríe complaciente y luego se le ve nuevamente con el rostro más serio, pero siempre acompañado de alguna cita que vaticina para Crimea un futuro de esplendor repleto de turismo, industria y seguridad. Por el contrario, un letrero escrito en alemán alude al pasado: en Crimea fallecieron sesenta mil alemanes, cuyos restos están siendo trasladados poco a poco a un cementerio próximo a la localidad de Gonchárnoie. Para albergar a sesenta mil fallecidos se necesita un paraje bastante amplio, que asciende bucólico por una colina. Repartidas por un césped bien cuidado, hay varias cruces de piedra agrupadas de tres en tres; la del centro siempre sobresale, como si estuviese subida a un pódium. Junto al sendero discurre una hilera de estelas de granito, muy pegadas entre sí, con nombres y fechas grabados por ambas caras. Aunque no deja de ser extraño que esto me suceda en un cementerio, de pronto reparo en lo hermosos que son los nombres alemanes: Heinrich, Johann, Albert, Nikolaus, Bruno, August, Fritz, Max, Georg, Matthias, Andreas, Berthold, August, Ernst, Valentin. Tal vez haya que visitar un crisol de culturas como es Crimea para caer en la cuenta de la riqueza que reflejan los nombres de cada pueblo. Y, seguramente, también sea lo correcto que en un cementerio, en un sencillo cementerio militar, ya no se hable de culpa, sino que las inscripciones hagan un llamamiento general a la paz y honren la memoria de los fallecidos, con independencia del bando al que estos perteneciesen. En el picaporte del pequeño edificio que forma parte del camposanto, las banderas rusa y alemana aparecen entrelazadas. Quién sabe, puede que, en febrero de 1945, Stalin no solo invitara a los dirigentes de las fuerzas aliadas a visitar Crimea por su agradable clima, sino también porque, a diferencia de cualquier otro lugar, la península se había convertido en un escenario donde contemplar «la guerra en su verdadera expresión, con sangre, dolor y muerte...», tal y como describe Tolstói en sus anotaciones.\*

En Yalta, pasados más de setenta años de la famosa conferencia en la que Alemania quedó dividida en cuatro zonas de ocupación y perdió los territorios situados al otro lado del Óder, los nombres de las calles siguen sonando conciliadores. El paseo marítimo bautizado en homenaje a Lenin pasa directamente a llamarse Rooseveltta y, en lo que respecta a la principal arteria de

tráfico que discurre a lo largo del río, una orilla se llama Moskóvskaia y la otra, Kíevskaia, como si Rusia y Ucrania estuviesen fraternalmente unidas por el agua. Por lo demás, resulta llamativo que muchas calles tomen el nombre de escritores que llegaron a Yalta para recuperarse, divertirse y verse: Púshkinskaia, Gógolia, Chéjova. En su momento, Yalta fue el paraíso meridional de Rusia. Sin embargo, desde que ha vuelto a pertenecer a ese país, el carácter mundano de la ciudad es prácticamente decorativo, puesto que los cruceros, que en su día fueron la fuente de ingresos más importante, ya no atracan en la ciudad, con lo cual también parece haberse frenado esa «mallorquinización» de Yalta que Karl Schlögel describió a cámara rápida tras la caída de la Unión Soviética: «Los agitadores políticos son sustituidos por animadores, el lugar de la gimnasia matutina lo ocupa el *fitness*. Dejan de escucharse las canciones patrióticas y cada cual pone la música que prefiere a todo volumen».\*\*

Natalia Dobrynskaia es redactora jefa de la única revista de viajes con sede en Crimea. Tiene un carácter tan efusivo y desbordante que enseguida se entiende por qué ha hecho de la hospitalidad su profesión. «Así es, el turismo ha vuelto a bajar», reconoce, para después elogiar la euforia desatada el 17 de marzo de 2014, cuando la península votó sobre la anexión a Rusia. También nos habla de los narcisos que ella misma repartió entre quienes votaban por primera vez y de la sensación generalizada de que se trataba de un momento crucial, en el que su destino estaba siendo reescrito.

Le pregunto si hubo también razones de tipo práctico para separarse de Ucrania. Natalia asegura que sí y alude a las fábricas de pescado, famosas en toda la Unión Soviética, que fueron víctimas de la privatización, por no hablar del deterioro de las calles, las escuelas y los edificios públicos. Es posible que el Gobierno de Kiev haya descuidado, además, otras regiones; Natalia no lo sabe con certeza, pero lo que sí tiene claro es que aquí siempre han mirado hacia Rusia y se han puesto a comparar. Y luego está el rechazo del ruso como segunda lengua oficial, aprobado por el Parlamento en febrero de 2014 aunque casi nadie en Crimea hable ucraniano, lo cual se interpretó como una invitación a salir de Ucrania.

Natalia cuenta que, el día del referéndum, hacía tal vendaval que su vecina, una señora mayor que trabajaba desde hacía seis décadas como vigilante en el museo dedicado a Chéjov —de hecho, fue la hermana del propio escritor quien la contrató—, fue arrastrada por una ráfaga de viento y chocó contra un muro. Eso sí, aun estando en el hospital, la vigilante más anciana de la Casa museo de Chéjov votó a favor de pertenecer a Rusia. Natalia reconoce que ese día fue muy emotivo, aunque también amargo para quienes eran contrarios a la anexión. Su propio hermano, que vive en Kiev desde hace treinta años, anunció que jamás volvería a casa mientras Crimea estuviera ocupada por Rusia. Claro que sigue siendo su hermano; hablan a menudo por teléfono y siempre acaban discutiendo de política. Natalia reconoce entender a su hermano no solo por su cuñada, que es ucraniana, sino también porque él apoyó al Maidán desde el principio, del mismo modo que afirma entender a los tártaros de Crimea, que tanto sufrieron bajo el dominio de la Unión Soviética. Sin embargo, Natalia es rusa, como la mayoría de los habitantes de Crimea, y no puede evitar alegrarse por la reunificación. La casa en la que vive fue construida por sus bisabuelos rusos en 1850.

Le pregunto por Europa.

«¿Por qué habríamos de pertenecer a Europa? —Natalia me devuelve la pregunta—. ¿Para conseguir un visado más fácilmente?»

«Su hermano respondería que por sus valores: democracia, derechos humanos, libertad...»

«A lo mejor es que mis valores son otros. O puede que no me parezca bien tener tanta libertad. La libertad que se toma *Charlie Hebdo*, por ejemplo. O la libertad de poseer armas, como en Estados Unidos. A lo mejor no estoy de acuerdo con que los homosexuales puedan casarse. Conozco a hombres gais y no tengo nada en contra, pero prefiero que las cosas se hagan como en Rusia, donde la homosexualidad se tolera sin por ello renunciar a la familia tradicional. Puede que también yo sea religiosa y crea en lo que dice la Biblia.»

«¿En qué se diferencia entonces Europa de... veamos, de qué...? ¿De Rusia?»

«Es difícil de decir —contesta Natalia, pensativa, hasta que encuentra una respuesta y prosigue—: En Europa las leyes se cumplen. Eso hace que sea un lugar predecible, donde rige el sentido común. En el Este siempre hay que contar con algún imprevisto. Aquí, el que cumple la ley no sobrevive.»

«¿Tan terrible es cumplir la ley?»

«No, qué va. Además, en Crimea la cumplimos cuando estalló la revolución del Maidán, pero con ella llegó también la ruptura, el caos, la anarquía.»

«Entonces, usted, como se siente rusa, en realidad es más europea que su hermano, que participó en las manifestaciones del Maidán.»

«Visto así, sí.»

«¿Y qué me dice de la Revolución rusa? ¿También fue algo típico del Este?»

«Sí. También ahí se incumplió la ley, hubo caos y anarquía.»

Como tengo todavía una cita en un pueblo alejado de Yalta, pregunto a Natalia cuál es, en su opinión, el lugar más típicamente ruso de la ciudad. «¡La Casa museo de Chéjov!», exclama sin dudar, y se ofrece a acompañarme a visitarla. El paisaje urbano que observo durante el trayecto ya fue descrito acertadamente por el propio Chéjov como «una mezcla de algo europeo, del tipo de una vista de Niza, y algo burdo y chabacano». Para Chéjov, lo burdo y chabacano eran, entre otras cosas, los cuatro «hoteles semejantes a cajas», que, desde entonces, no han hecho más que multiplicarse, «en los que languidecen tísicos desdichados, los insolentes rostros tártaros, el ajetreo de las damas con una expresión de asco apenas velada, las caras de los ricos ociosos en busca de aventuras fáciles, el olor de los perfumes en lugar de los aromas de los cedros y del mar, el paseo marítimo sucio y miserable, las melancólicas luces en alta mar, la conversación de las jovencitas y los caballeros que se amontonan aquí para admirar la naturaleza, de la que no tienen ni idea».\* Hasta el propio Chéjov echaba de menos los viejos tiempos de Yalta que él mismo simboliza.

Al pasar junto a la Sociedad germano-rusa, Natalia me pregunta si quiero saludar a mis compatriotas. «¿Mis compatriotas?», me digo. Pero después pienso: «Claro, ¿por qué no?». En cierto modo, un iraní cuyos padres emigraron a Alemania hace sesenta años pertenece al mismo pueblo que los alemanes cuyos antepasados emigraron a Rusia en el siglo XIX; dicho de otro modo: ellos son rusos y yo, alemán, como si eso fuera tan importante. Al margen de mi procedencia, la presidenta de la sociedad se alegra mucho de escuchar nuestro idioma, que ella misma habla con un acento delicioso. Me cuenta que las reuniones tienen lugar en ruso, porque ya no todos los miembros de la sociedad entienden alemán.



Al igual que los tártaros de Crimea, también los alemanes fueron deportados bajo el régimen de Stalin, solo que a ellos se les permitió regresar veinticinco años antes, a mediados de los sesenta. Sin embargo, su cultura está volviendo a desaparecer, puesto que la mayoría han regresado a Alemania. La presidenta, que también se llama Natalia y es igual de efusiva que la redactora jefa de la revista, reconoce estar apenada, sobre todo teniendo en cuenta la enorme aportación de los alemanes al desarrollo de Crimea bajo el reinado de Catalina la Grande y el hecho de que, aún hoy, gocen de una buena reputación, dado nuestro tesón y nuestro buen hacer. Tengo la impresión de que Natalia me está incluyendo en su reflexión. Según ella, la sociedad que preside se está esforzando para que los doscientos alemanes que quedan en Yalta no se marchen, por lo que pone mucho empeño en proporcionarles una formación germana. Y sí, son muchos los alemanes que regresan a Crimea, aunque solo sea para pasar las vacaciones a orillas del mar.

Al retomar nuestro camino hacia el museo, pienso que no solo me resulta llamativa la disolución de esa mezcla secular de pueblos y lenguas ocurrida en varias fases entre 1930 y 1950 (aunque, vista en conjunto, se produjo a un ritmo vertiginoso y brutal en toda Europa del Este). De pronto, también me parece reseñable que el multiculturalismo haya sido más profundo y se haya conservado durante más tiempo aquí que en la parte occidental del continente, lo cual difiere mucho de lo sucedido en el Nuevo Mundo, donde el origen de las personas a menudo quedaba reducido al folclore y la lengua materna desaparecía por completo al cabo de una o dos generaciones. Pese a haber sido colonizados por la Rusia zarista, haber sufrido genocidios, deportaciones, discriminación y un proceso de rusificación bajo la Unión Soviética, los tártaros de Crimea, los rusos de origen alemán, los griegos, etc., conservan su idioma y sus tradiciones casi a la desesperada, aunque sean unas minorías sin apenas representación. Me pregunto si lo harán precisamente porque fueron perseguidos. Lo que está claro es que nadie hablaría de esos estadounidenses de origen alemán que quisieron conservar lo que les quedó de su lengua y de su cultura, a pesar de que fueron muchos más los alemanes que emigraron hacia el oeste que hacia el este. Al igual que esos nacionalistas de hoy que afirman no tener nada en contra de otras culturas, pero defienden que es mucho mejor que los turcos, los sirios, los mexicanos, los armenios, los rohinyás o cualquier otro pueblo sean felices e independientes en su propio país, Stalin no solo se limitó a aniquilar la diversidad cultural en su conjunto, sino que, siguiendo su propio ejemplo, quiso, además, que los distintos componentes de esa diversidad quedasen diluidos. A semejanza de Lenin, Stalin creía en la idea, casi herderiana, de que cada pueblo necesita su propio territorio aunque este se encuentre en algún lugar remoto de Siberia. Fue allí precisamente donde se creó una región autónoma para los judíos: el primer Estado judío de la modernidad.

La Natalia rusa —no la de origen alemán— interrumpe espontáneamente mis cavilaciones para decirme que, en lo más profundo de su corazón, ella sigue siendo ciudadana soviética. No niega los crímenes cometidos bajo el régimen de Stalin, las deportaciones, los gulags, y en modo alguno volvería atrás en el tiempo, pero a la vez reconoce que le agrada la idea de pertenecer a una verdadera familia de pueblos, la seguridad que proporciona saber cómo hay que comportarse en un imperio tan enorme para que a uno lo respeten. Le pregunto qué opina de los tártaros de Crimea, si cree que también a ellos se les respeta. Natalia admite que, cuando los tártaros regresaron, hubo tensiones; ellos querían recuperar sus casas, expusieron sus demandas y, en más de un caso, ocuparon directamente las viviendas. Es lógico que muchos rusos tuvieran miedo de que los echaran de sus casas y de sentirse extraños en su propio barrio. Los tártaros, por su parte,

rechazaron las tierras que el Estado les ofreció porque querían vivir cerca del mar, como sus antepasados, cosa que Natalia también entiende. Lo que ocurre es que la costa es el terreno más caro y más densamente poblado. A comienzos de los noventa, aquello fue un auténtico caos: únicamente se trataba de sobrevivir.

«Entonces, ¿usted cree que fue un error permitir el regreso de los tártaros?»

«¡No! —exclama Natalia, sobresaltada—. Ellos querían volver a su tierra, eso hay que entenderlo. Es su tierra, no hay más.»

Al llegar a una calle en pendiente, tranquila y con amplias vistas al mar, bajamos del coche. Han pasado cien años desde que Antón Chéjov cultivara su jardín en un trozo de tierra baldía próximo a un cementerio tártaro; al parecer, él mismo plantó más de la mitad de los árboles, arbustos y vides. Los jardines están asimismo muy presentes en las obras de teatro y los cuentos que Chéjov escribió en Crimea durante sus últimos años de vida, sobre todo como un lugar donde las personas se declaran su amor. Pero Chéjov también sitúa en la naturaleza transformada por el hombre el horror más absoluto, por ejemplo, la tala de los árboles al final de *El jardín de los cerezos*, obra que, a comienzos del siglo XX, anticipa la caída de un mundo, el del propio Chéjov. ¿Cómo era ese mundo?

Nada más entrar en la casa museo y dar el primer paso, me siento transportado a una de sus obras; es como si el propio Chéjov fuese uno de sus personajes. Veo el recibidor donde dejaba el sombrero, la cocina en la que probablemente él mismo se preparase algún té, el salón donde a menudo estuvo nada menos que un Tolstói ya anciano, los dormitorios y las habitaciones de invitados, los retratos de su hermosa mujer, la mesa y las sillas del comedor, que también son originales, además de diversos asientos: sillones, sofás, bancos, y luego están las camas. No hay nada en la decoración que sea específicamente ruso. Eso que Natalia considera el lugar más ruso de Yalta es una casa señorial de estilo europeo que bien podría estar en Francia, Alemania o el norte de Italia, aunque también en un barrio de Beirut o de Alejandría construido a finales del siglo XIX, pero que nada tiene que ver con Bajchisarái, donde las casas todavía tenían patio interior en lugar de jardín, había que descalzarse antes de entrar y la familia se sentaba a comer en la alfombra. Apenas unos kilómetros separan ambos mundos y, sin embargo, hay todo un continente de diferencia.

También los tártaros trajeron a Crimea una cultura muy rica, pero no deja de ser curioso que precisamente esa cultura, la asiática, dependa hoy de Europa para sobrevivir. Ya ha anochecido y volvemos a descalzarnos antes de entrar en otra casa. En un pueblo situado en la costa, a unos cincuenta kilómetros de Yalta en dirección este, nos saluda efusivamente la cantante Elvira Saryjalil, que está encantada de recibir una visita del extranjero. Elvira y sus padres decidieron regresar al pueblo de sus abuelos. Después de mucho papeleo y gracias al empeño personal del alcalde, el padre de Elvira pudo construir una casa, si bien el terreno queda un poco alejado de la localidad y está situado en una ladera que, en realidad, es demasiado empinada. Por suerte, el padre de Elvira es ingeniero, así que enseguida visualizó cómo quedaría la terraza, con las mejores vistas al mar en kilómetros a la redonda. Hoy van ya por la segunda generación, representada por los dos hijos de Elvira, que estudian cuatro idiomas: tártaro, ruso, ucraniano y un poco de árabe, puesto que será la educación lo que determine su futuro. Esa es la lección que los padres de Elvira aprendieron durante el destierro y la razón por la cual aceptaron que su hija se educara en uno de los mejores conservatorios de Ucrania. Hoy, Elvira es una célebre cantante

tanto de *jazz* como de repertorio tradicional, muy conocida por la fusión de ambos estilos; la misma que rige en su casa, a la que uno debe entrar descalzo, aunque luego pueda sentarse en una silla.

Después de una cena que me transporta al Lejano Oriente, el padre de Elvira me enseña orgullosos vídeos en YouTube de conciertos celebrados en Kiev, Berlín o Ámsterdam. Hace tiempo que su hija no actúa en Crimea. En caso de que viajara al extranjero e hiciese unas declaraciones demasiado críticas, es decir, proeuropeas, seguro que tendría dificultades a su regreso, como muchos otros artistas, o puede que ni siquiera le permitieran regresar.

«¿Y nunca has pensado en marcharte? —pregunto a Elvira—. ¿A Kiev, a Berlín, a Ámsterdam... a un sitio donde te dejen cantar?»

«No —responde ella—. Este paisaje impregna mi forma de cantar. Intentamos pasar el mayor tiempo posible en la terraza.»

Entonces Elvira comienza a entonar una vieja canción popular, en la que las cejas del amado se asemejan a las olas del mar, que se elevan impetuosas, pero vuelven a descender, apaciguadas.

## VIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA: DESDE CRIMEA HACIA EL CONTINENTE RUSO

Corro la cortina de la habitación del hotel y veo el mar. Los días que he pasado en Crimea no ha hecho más que llover; ni siquiera lo he mencionado porque quería retener la belleza del paisaje en lugar de decir que Crimea, con lluvia, se parece mucho a la región renana de Siegerland, donde nací; la costa apenas se reconocía tras una densa capa de nubes. Hoy, sin embargo, luce el sol, y, como anoche nevó, tanto las montañas más alejadas como las colinas que abrazan la pequeña bahía parecen espolvoreadas con azúcar glas. Seguro que hubo un tiempo en el que la playa de guijarros era un lugar perfecto. Hoy soporta la presencia de un chiringuito tras otro, todos ellos abandonados, hechos de listones podridos y hasta de uralita. Tanto el paseo marítimo, ligeramente elevado, como las escaleras que conducen a la playa son de hormigón desnudo; entre las escaleras asoman embarcaderos de distintas características y longitudes que llevan hasta el agua, como si cada pescador hubiese plantado allí su trastero. En lugar de estar apilados, los patines parecen tirados de cualquier manera, cual basura, que también la hay. Decido avanzar hasta el final de la bahía y rodear las rocas, así que voy saltando de piedra en piedra. De pronto me veo solo, en medio de otra playa sin edificar. Al igual que Elvira, me pongo a mirar el mar y me olvido del mundo.

Esto también tuvo que suceder en la guerra, en esas contiendas mundiales que se libraron en Crimea a mediados de los dos siglos precedentes. Un día apacible, un soldado británico, ruso, francés, turco o alemán saldría de su campamento porque, tras una lluvia fría y pertinaz mezclada con nieve, habría vuelto a lucir el sol. Ese soldado se pondría a observar el mar y a pensar en el amor que dejó en casa, en los niños, en sus preocupaciones y necesidades cotidianas, o bien se sumergiría en el paisaje por un instante, respiraría el salitre, escucharía las olas, cerraría los ojos y sentiría la cálida luz, olvidando todo lo que lo rodeaba. Me pregunto si no estará acechando un infortunio mayor que entonces y si la tensión que se vive en Crimea, así como las guerras que se libran tanto en el cercano Dombass como al otro lado del mar Negro, no serán más que un presagio. Baste mencionar el oeste de Turquía, el norte de Irak, la zona sur del Cáucaso y toda Siria, o incluso Yemen, Libia y más allá... ¿O se trata ya de una sola guerra gigantesca? Desde que Donald Trump fue elegido presidente de Estados Unidos, lo cual desató una ola de euforia entre muchos autócratas, Moscú habla de «una nueva Yalta», es decir, de una nueva distribución del mundo en zonas de influencia, que probablemente iría precedida de unas cuantas guerras más para generar disposición a firmar una «paz fría». Tal vez por eso tenga tantas ganas de quedarme en una playa nunca antes pisada por el ser humano.

Continuamos recorriendo la costa en dirección a Rusia. Ernes me cuenta que los griegos no dejaron mitos, vides e innumerables ruinas únicamente, sino que, cuando Catalina la Grande ordenó deportarlos hacia el norte estepario para colonizar luego todos esos lugares de Crimea con pobladores rusos, también dejaron muchos topónimos que han permanecido. Solo entonces me doy

cuenta de que todos los pueblos griegos que he recorrido por la parte oriental de Ucrania son producto de la política de colonización zarista; sin pararnos a pensarlo, tendemos a creer que todo lo griego data de la Antigüedad. En Crimea, por el contrario, los topónimos griegos contaban ya dos mil años cuando la Unión Soviética los borró del mapa.

Son tantos los pueblos que aparecen allí donde, según el atlas escolar, no deberían estar, se desplazan, son expulsados, deciden convivir o coexistir, rara vez traban amistad y, si lo hacen, casi siempre suele ser después de haberse partido el cráneo: griegos, rusos, cosacos, tártaros, alemanes, judíos, armenios, italianos, pero también polacos y docenas de pueblos más, solo en Crimea. Al final, cualquier pueblo que no haya sido extinguido ha heredado de sus antepasados determinadas demandas, reproches, tradiciones, melodías o un trozo de suelo sin más, sobre los cuales otros hacen valer otro derecho igualmente heredado, de modo que los nuevos conflictos están servidos. Pero eso precisamente, ese desbarajuste y no otra cosa, eso que justo en Crimea ha sido ya lo bastante belicoso, incluso a escala mundial, es el material del que se compone la historia, de personas que se adscriben a determinados pueblos, bien de forma voluntaria o por la fuerza; y no únicamente la historia, sino también la cultura, que siempre surge en contraposición a otras culturas; en eso consiste esa riqueza que llamamos «civilización». Las monoculturas no existen en ninguna parte. Mientras el objetivo no sea aniquilar al otro, solo cabe distinguir entre formas de convivencia pacíficas y no pacíficas. El paisaje se vuelve más escarpado; la vegetación, más escasa, y los pueblos que aparecen al borde de la carretera son cada vez más pequeños. El teléfono móvil que nos guía hacia Rusia activa la alarma programada para cada uno de los cinco rezos, pero Ernes no ha sentido la necesidad de parar. Sin embargo, esta vez el móvil llama a la oración del viernes, de modo que, cuando vemos aparecer una enorme mezquita, de fachada blanca y reluciente, casi al tiempo que suena la alarma, nos salimos de la carretera de la costa. También yo siento curiosidad por ver la mezquita, pues en ese pequeño pueblo hay además otra iglesia que parece reciente e igual de anónima.

Las calles que rodean la mezquita no están asfaltadas y el tendido eléctrico se ve «de andar por casa»; en cambio, las casas son nuevas y en casi todas hay un coche aparcado en la puerta. Aquí viven los tártaros que regresaron desde el destierro. Aunque es la hora del rezo, encontramos la mezquita cerrada y a varios grupos de hombres que se dirigen hacia la otra mitad del pueblo, donde se encuentra la iglesia, que tampoco existía en tiempos de la Unión Soviética. ¿Será que todos se han convertido al cristianismo?

Seguimos, pues, a los tártaros hasta la parte más antigua del pueblo, allí donde vivieron sus padres y abuelos. Pasamos por delante de la iglesia, que también está cerrada —en fin, ya hemos dicho que es viernes por la mañana—, nos cruzamos con los actuales vecinos, ni simpáticos ni antipáticos, y, tras recorrer un discreto pasaje abierto entre dos muros, llegamos a una puerta de hierro de la que parte una escalera que conduce al lugar de oración de la antigua mezquita, ese que en la época soviética sirvió de almacén. La fachada delantera quedó tapada por otro edificio. Los hombres cuentan que, hace unos años, alguien rompió la cerradura y vaciaron el almacén. Nadie necesitaba lo que había dentro: mesas para celebrar festividades soviéticas, material escolar estropeado y quién sabe cuántas cosas más. Hasta el responsable administrativo local hizo la vista gorda. Los fieles dicen estar más a gusto en este antiguo lugar de oración. Además, la nueva mezquita, construida con dinero turco, es demasiado grande para los pocos tártaros que no han sido exterminados en los últimos siglos.

No lejos de la mezquita, se nos acerca una anciana para ver si tenemos noticias sobre Ucrania. Parece obvio que somos extranjeros y que estamos de paso. Le preguntamos por qué quiere saber de Ucrania precisamente. La mujer resulta ser del Dombass, de Lugansk para ser más exactos. Nos cuenta que llegó a este pueblo hace tres años para cuidar de su hijo, al que unos ladrones habían propinado una paliza; fue entonces cuando la guerra estalló por sorpresa y su hijo ya no la dejó volver. Ahora también le prohíbe poner las noticias. Su hijo le dice que todo sigue igual y que su casa está intacta, pero ella no se fía, por eso nos pregunta si sabemos cómo andan las cosas por Lugansk y cuándo va a acabar la guerra. ¿Qué se debe responder a una anciana?

De regreso a la carretera de la costa, vemos a un hombre podando vides con un cigarrillo en la boca. Le pregunto si el vino era mejor antes o ahora.

«Antes —contesta el señor, y con eso no se refiere a la época previa a la anexión a Rusia, sino a la Unión Soviética—. Antes nos daban más abono.»

Este agricultor desconoce por qué escasea tanto el fertilizante. Como él solo trabaja en el sovjós, tiene que podar ciento cuarenta vides extra para redondear su sueldo, con lo cual no le queda mucho tiempo libre, ni siquiera para echarse un cigarrito. Desde que se produjo la anexión a Rusia, al menos el salario se lo pagan puntualmente; antes no era así. Con «antes», en este caso, se refiere a Ucrania.

Unos cuantos pueblos más allá, Ernes nos conduce a su lugar de origen, desde donde sus abuelos fueron deportados: un camión aparcó en la puerta y les dieron media hora para empaquetar las pertenencias más importantes, los documentos y el Corán de la familia. Después, los hicieron subir a la superficie de carga del camión, donde ya estaba el resto de los vecinos, y, desde allí, los llevaron hasta un vagón de mercancías en el que viajaron hacinados durante siete días hasta llegar a la lejana Asia, sin que nadie pudiera bajar y sin que les diesen nada en forma de alimento, noticias o esperanza; solo agua de vez en cuando. Desde que regresaron a Ucrania, el padre de Ernes va al pueblo una vez al año para visitar la casa de sus padres.

«¿Y eso no supone ningún problema?»

«No, no —me asegura el conductor—. Los actuales vecinos son muy amables. Siempre nos ofrecen un té.»

Junto a un letrero que data de tiempos soviéticos, hay una columna de piedra con el nombre del pueblo en tártaro: Ay Serez, que viene del griego. Ernes nos cuenta que llevan ya cinco columnas rotas: a ver cuánto dura esta sexta.

Recorremos este pueblo que, como la mayoría de las aldeas costeras, asciende por la montaña, y aparcamos el coche en una de las callejuelas de la parte alta. Las casitas tienen dos plantas: la de abajo es de piedra y la de arriba, de madera, y están divididas en varias viviendas. Ernes llama con cuidado a la primera puerta y aparece una mujer rubia con un gorro de lana azul. Lleva un anorak rojo chillón y varios jerséis debajo. Seguro que es casualidad, pero la combinación azul-rubio-rojo recuerda a la bandera rusa. Transmitiendo una sensación más próxima a la rutina que al entusiasmo, la mujer nos invita a pasar al salón, que, además, hace las veces de dormitorio y comedor. En ese espacio repleto de cosas, el único objeto que no parece servir a un fin práctico es un pequeño acuario.

Desde que nació, Tatiana ha vivido en la casa de la que fueron expulsados los padres de Ernes. A su padre, que procede de Rusia central, se la adjudicaron en 1957.

«¿Tuvo elección?», le pregunto.

«No, mi padre creció en un orfanato.»

En la generación del padre de Tatiana, crecer en un orfanato podía significar que tus padres habían sido asesinados, deportados, o bien que pertenecían a un pueblo cuya lengua y cultura no se debían transmitir, de modo que el NKVD secuestraba a los niños. Pregunto a Tatiana si fue ese el caso de su padre. Ella responde que él nunca habló de sus abuelos. Ya de niña, Tatiana siempre supo que en esa casa habían vivido tártaros, pero, en una familia de seis miembros, tenían demasiadas preocupaciones como para pararse a pensar en eso. Hoy, Tatiana tiene cincuenta y seis años, treinta y cinco de los cuales ha trabajado, sobre todo, como conserje en uno de los sanatorios de la costa. Está divorciada; sus hijos se han independizado y tienen su propia familia. Cobra siete mil rublos de pensión, poco más de cien euros al cambio. Utiliza el pequeño huerto delantero para plantar todo lo que agarra. El dinero ni siquiera alcanza para pagar la calefacción.

Le pregunto si temió que la expulsaran de su casa cuando vio que los tártaros regresaban como consecuencia de la perestroika. Tatiana responde que no. Al parecer, ya en los años setenta hubo algunos tártaros que volvieron al pueblo a buscarse la vida; son gente amable: sus hijos jugaban juntos. ¿Y qué ocurrió la primera vez que el padre de Ernes se presentó en su casa?

«Eso fue en el verano de 1989 —recuerda Tatiana enseguida—. Se echó a llorar, como un chiquillo. Eso, lógicamente, me impresionó, así que le preparé un té.»

«¿Y seguía sin tener miedo?»

«Sí. ¿Por qué habría de tenerlo? Nos propuso comprarnos el piso, pero le dijimos que no y él lo aceptó. No habríamos tenido a dónde ir. ¿Sabe una cosa? Nosotros no tenemos ningún problema con los tártaros; nuestras preocupaciones son otras.»

«¿Ah, sí? ¿Cuáles son?»

«Pues, por ejemplo, que después de todos estos años seguimos sin toma de agua y hay que traerla en garrafas. Eso sí que es un problema, sobre todo en invierno.»

«Entonces, ¿no ha cambiado nada con la anexión?»

«No, nada de nada.»

«¿Y, a pesar de todo, se alegra de que Crimea vuelva a pertenecer a Rusia?»

«Lo que me alegra es que no haya guerra. De eso sí que me alegro.»

Las montañas que vemos a la izquierda van decreciendo como si fuesen olas, y, tras pasar un último montículo, nos vuelve a acoger la vasta planicie, que, a vista de pájaro, también debe de parecer una fosa. Cerca del anochecer, llegamos al punto más oriental de Crimea: el estrecho de Kerch. De entrada, no se diría que esta ciudad tenga dos mil seiscientos años, lo cual, sin embargo, no es de extrañar, puesto que ya en el siglo IV después de Cristo fue arrasada por los hunos, y a partir de entonces se sucedieron los episodios de destrucción, por ejemplo, a manos de británicos y franceses en 1855, o, apenas cien años después, por parte de los alemanes. No obstante, la iglesia, construida en el siglo VIII, es una de las más antiguas de estilo bizantino y se conserva en su totalidad pese a la gran actividad sísmica que registra el terreno, tal y como nos cuenta orgulloso el sacerdote. Incluso durante el dominio tártaro, cuando se transformó en mezquita, la iglesia sobrevivió de forma milagrosa. El religioso nos explica que ya se disponía a cerrar, pero se alegra tanto de poder dar la bienvenida a los escasos visitantes llegados del extranjero que vuelve a dar la luz y nos enseña hasta el último rincón del templo. El servicio religioso tenía lugar en la segunda nave, que es la más grande y fue adosada a la primera en el siglo XIX, cuando la ciudad volvió a estar bajo dominio cristiano. Lo cierto es que esta pequeña

iglesia, que data de la Alta Edad Media, habría bastado para acoger a los pocos feligreses que han acudido a la misa vespertina, y eso que, según el calendario juliano, por el que se rige la Iglesia ortodoxa, al día siguiente comienza el nuevo año.

El sacerdote justifica la falta de fieles con que la festividad ha caído en día laborable, pero subraya que los rusos siempre han sido creyentes, incluso en la Unión Soviética. Desde entonces, la religiosidad está creciendo a un ritmo vertiginoso.

«¿Y los más jóvenes? —pregunto—. ¿Ellos también se implican en la labor de la Iglesia?»

«Por supuesto —asegura el sacerdote—, aunque entre semana, no tanto.»

El propio religioso es bastante joven: calculo que no llegará a los cuarenta. Si nos fijamos en su traje de raya diplomática, a juego con una camisa negra, en el pelo recogido en una cola de caballo y en la barba cuidadosamente recortada, bien podría hacer de padrino en alguna película americana. En la mano lleva un teléfono móvil, el mando del coche y un rosario enrollado alrededor de los dedos.

«Rusia y fe son prácticamente sinónimos», añade.

Le pregunto si es cierto eso que dijo el presidente Putin en su discurso programático sobre el estado de la nación de que Crimea es tan sagrada para Rusia como la explanada de las mezquitas para judíos y musulmanes. El sacerdote responde que eso es una obviedad, y no solo menciona a Vladimiro I de Kiev, cuyo bautizo tuvo lugar en Crimea en el siglo X y dio inicio a la cristianización de Rusia, sino que además me recuerda que ya Catalina la Grande aludía a ese hecho para justificar la reclamación de Crimea por parte de Rusia desde un prisma religioso. Pero el sacerdote menciona, además, la huella dejada por san Juan Bautista. Es una lástima que se haya hecho de noche; de lo contrario, podríamos acercarnos hasta el claustro para verla. En Jerusalén también me han contado milagros parecidos.

El sacerdote apaga la luz, cierra la iglesia con llave, se despide amablemente y acciona el mando de su todoterreno ligero, el cual, por la razón que sea, tiene matrícula ucraniana. Aunque esté convencido de que Crimea siempre pertenecerá a Europa, Ernes se sorprende al comprobar que el plazo de devolución venció hace tiempo.

Como el mar es imprevisible, preferimos aprovechar y cruzar esa misma noche a tierra firme. Además, en invierno puede ocurrir que el ferri no salga durante horas, a veces durante días. Antes incluso de la Primera Guerra Mundial, los británicos planearon construir un tramo ferroviario que atravesara el estrecho y llegara hasta la India, pero fueron los alemanes quienes empezaron las obras en mayo de 1943, durante la ocupación. Habían llegado a levantar un tercio del puente cuando, ante la llegada del Ejército Rojo, tuvieron que volarlo. Los sóviets, que encontraron gran cantidad de material, lograron finalizarlo, si bien la obra volvió a desplomarse por los efectos de la primera tormenta de nieve. La inauguración del puente que el presidente Putin prometió tras la anexión está prevista para dentro de dos años.\* Sin embargo, también los diarios rusos critican que las cifras de viajeros y la cantidad de mercancías son demasiado escasas como para rentabilizar una construcción de tal magnitud. Además, el estrecho de Kerch está situado sobre terreno sísmico, dato que nos confirmó el sacerdote.

Aunque ya no haya control de aduanas, la espera previa a la salida del ferri se hace eterna y, por mucho que el barco haya aguardado, apenas hay pasajeros a bordo. Según cuenta Neal Ascherson, fue aquí, en algún lugar a este lado o al otro del estrecho de Kerch, donde «nacieron dos hermanos siameses llamados “civilización” y “barbarie”»:



Fue donde los colonos griegos entraron en contacto con los escitas. Una cultura sedentaria de pequeñas ciudades-Estado marítimas encontró una cultura móvil de nómadas esteparios. Personas que vivían en un lugar durante generaciones, dedicadas a la agricultura y a la pesca, conocían de pronto a personas que vivían en carromatos y tiendas, y vagaban por horizontes infinitos de llanuras herbosas con manadas de vacas y caballos. No era la primera vez en la historia humana que agricultores y pastores entraban en contacto: desde la revolución del Neolítico, cuando comenzó la agricultura sedentaria, ha habido sin duda incontables encuentros entre estas dos formas de vida. Ni era la primera vez que personas procedentes de una cultura urbana presenciaban el nomadismo; era una experiencia conocida ya por los chinos de las fronteras occidentales de los dominios Han. Pero con este encuentro concreto comenzó la idea de «Europa» con toda su arrogancia, con todas sus connotaciones de superioridad, todas sus presunciones de prioridad y antigüedad, todas sus pretensiones de poseer un derecho natural a dominar.\*

Cuando nuestro vehículo toca tierra firme es ya demasiado tarde para continuar hasta la ciudad más próxima. A través de internet, reservamos un hotel que está aislado de todo, aunque luego resulte no ser así, ya que justo al lado hay una sala de baile formada por bloques de madera y muchos coches aparcados en la puerta.

«¿Y vosotros quiénes sois?», nos pregunta divertido el portero, un tipo de espaldas anchas, al ver que no vamos vestidos de fiesta, precisamente.

«Personas», responde irónico Dimitri, el fotógrafo bielorruso y judío.

«Ah, bueno —contesta el portero con una sonrisita—, pensaba que erais turcos.»

Ya en el interior del local, me siento transportado a una especie de parodia de Rusia: todas las mujeres, sin excepción, llevan el pelo largo, liso y con raya al medio; lucen sombras de ojos exageradas y vestidos largos y ceñidos, como si fueran la mujer y la hija de Trump. Y los hombres... no, ellos no se parecen al cabeza de familia de la Casa Blanca, sino más bien a sus guardaespaldas. Este prototipo parece estar volviendo con fuerza a escala mundial: en el baile de graduación de mi hija, las chicas llevaban los mismos vestidos y los mismos peinados; ya solo cabe preguntarse quién copia a quién. Sea como fuere, la música, al ritmo de la cual, curiosamente, solo bailan ellas, procede sin excepción del que fuese el mayor enemigo de la clase obrera. Ellos prefieren seguir con su narguile o pipa de agua, como si fuesen turcos (es una suerte que el portero no esté leyendo este libro).

Recuerdo el despacho que se conservaba como si Chéjov acabara de dejarlo: el escritorio, todavía cubierto de papeles, un teléfono tan grande como un ordenador de sobremesa, la pequeña bandeja donde colocar las tarjetas de visita... Allí, en esa silla, Chéjov escribió sus grandes dramas, esos en los que todos los personajes anhelan ir a Moscú. «Cuando pase algún tiempo más —dice en las *Las tres hermanas*—, unos doscientos o trescientos años, también se considerará nuestra vida de ahora con temor y con burla; todo lo de ahora parecerá basto, pesado, incómodo y extraño. ¡Oh, qué hermosa vida será la de entonces! ¡Qué hermosa!» Sin duda, la certeza que Chéjov puso en boca del oficial Vershinin al referirse a las tres hermanas: «Y luego, cuando lleguen a viejas, habrá nacido gente que las superará»,\* esa seguridad tan característica de la modernidad temprana, resultó ser un engaño. Rustem, el Rustem relajado de Bajchisarái, diría que esos doscientos o trescientos años aún no han pasado. Todavía tenemos tiempo.

## VIGÉSIMO OCTAVO DÍA: HACIA KRASNODAR

Lo primero que me parece verdaderamente distinto en Rusia son los radares. Desde que hemos pasado al continente, todo lo demás es igual: el paisaje llano, sin una sola colina ni un solo árbol; los rostros; los carteles y letreros luminosos; los monumentos bélicos, las banderas y los uniformes; las marcas de coches, las matrículas y hasta las pegatinas patrióticas donde pone «¡Gracias, abuelo, por la victoria!». Sin embargo, de pronto Ernes cumple escrupulosamente con los límites de velocidad marcados cada poco tiempo, mientras que en Crimea pisaba a fondo el acelerador. Según me explica, las carreteras principales de Crimea fueron reformadas tras la anexión, pero no se instalaron radares; por suerte, el Estado no funcionó tan bien.

«¿Y en Rusia sí que funciona?», pregunto.

«Mejor que en Ucrania, seguro.»

Nada más decirlo, nos da el alto un policía vestido con un uniforme parecido al de un astronauta, gorro de piel, orejeras y chaleco reflectante. Cuando es invierno en Rusia, uno se compadece de todo el que tenga que trabajar al aire libre. Me pregunto cómo se las arreglará este policía resistente al frío para ponerse al volante del minúsculo Lada que tiene detrás.

Mientras nuestro coche avanza por el arcén, creo anticipar una injusticia.

«Pero si no ibas tan rápido...»

«He pisado la línea continua al adelantar —confiesa Ernes, como si de un juicio ante cientos de cámaras se tratase—. Nos va a salir por un pico.»

Cuando vuelve a subir al coche, Ernes ha pagado tres mil rublos, —cincuenta euros al cambio—, un quinto de su sueldo mensual. Sin embargo, se siente aliviado, ya que el policía quería retirarle el carné, y de inmediato, además, con lo cual nuestro viaje habría terminado en la gélida estepa, al menos de momento. No obstante, Ernes cree que solo ha sido una amenaza para empezar a negociar.

«¿Y eso cómo lo sabes?», le pregunto.

«Pues porque se ha puesto a mirar mis papeles tranquilamente mientras hablaba conmigo. Primero el carné de conducir, luego el permiso de circulación y, por último, el carné de identidad. Es en esos casos cuando uno se da cuenta de que tiene que preguntar si no hay otra solución. En cambio, si el policía saca directamente el impreso, entonces ya no hay nada que hacer.»

«Yo pensaba que eso solo ocurría en Ucrania.»

«La diferencia es que en Ucrania puedes negociar la cantidad, pero en Rusia tienes que aceptar lo que te digan: aquí, el Estado es demasiado poderoso.»

Cerca del mediodía llegamos a Krasnodar, la ciudad desde donde se administra el granero ruso. Mientras recorremos la carretera de entrada, que discurre en línea recta, veo muchos edificios típicos del Este y torres de viviendas de varios pisos. A medida que nos aproximamos al centro, las casas son más pequeñas y más pobres; al parecer, se construyeron antes del sueño socialista. Ahora, tras ser reformada, la plaza principal cuenta con una estatua gigantesca de

Catalina la Grande y una reconstrucción de la catedral que, durante el sueño socialista, fue destruida en otro lugar. La plaza quiere ser símbolo del zarismo y la ortodoxia, pues ambos conforman la nueva y la vieja Rusia.

Según Tatiana, que vende sistemas de climatización agrícola para una empresa alemana, Rusia se ha beneficiado de las sanciones. Así, los aparatos que ella comercializa se fabrican ahora en Rusia, ya que, de lo contrario, su precio sería prohibitivo, y lo mismo ocurre con los alimentos. Lo cierto es que el parmesano no es un producto de primera necesidad; el queso ruso es igual de bueno y también necesita muchas cámaras frigoríficas, así que el negocio de Tatiana va estupendamente. Además, la gente no achaca la subida de los precios a su propio Gobierno, sino a esos otros que libran una guerra económica contra Rusia, y cree que, como ya hizo en ocasiones anteriores, su país también resistirá este ataque. Tatiana califica la guerra en el Dombass de agresión ucraniana contra la población rusohablante, a la que Rusia debe apoyar; considera que la intervención en Siria es una acción humanitaria, y piensa que Crimea es parte integrante de Rusia. Europa, en cambio, se ve invadida por los refugiados.

Así va la cosa el resto del día. Hablo con una profesora de alemán, con el dueño de una cadena de panaderías, con una estudiante de Derecho y con un taxista. Es cierto que son encuentros fortuitos, pero no me parece casual que todos mis interlocutores, sin excepción, vean el mundo de forma muy parecida a la de su presidente. Es por eso por lo que no echan en falta más libertad: los rusos, aun siendo libres, votarían a Vladímir Putin en cualquier caso. Y, si es verdad lo que dicen —y no tengo ningún motivo para dudar de que así sea—, sus amigos, conocidos, socios y compañeros de universidad piensan más o menos lo mismo. Por eso no se habla mucho de política.

«No, tampoco en la universidad», me asegura Alexandra, la estudiante, sorprendida de que en otros países o en otras épocas los estudiantes sean o hayan sido rebeldes. Ella está convencida de que en Rusia no es ese el caso. Como jurista, cree que le espera un futuro relativamente seguro, algo importante para ella y que no se puede dar por supuesto, sobre todo cuando oye a sus padres hablar del caos que había en la época de Yeltsin, y eso por no mencionar a Gorbachov, menudo sinvergüenza. Alexandra continúa explicando que ha sido Putin quien ha restaurado el orden, lo cual compensa cualquier posible desventaja, que, lógicamente, también las hay. Según Tatiana, el presidente no tiene mucha idea de economía; su sucesor deberá ocuparse de que Rusia supere su dependencia de los recursos minerales. La misión de Putin es otra: recuperar la grandeza y la estabilidad de Rusia. Víktor, el dueño de las panaderías, se lamenta de que lo que hemos vivido con el agente de tráfico sea lo normal; también hay corrupción en la economía, en la Administración y, más aún, en las capas más altas de la sociedad: es como un cáncer. No obstante, hay que valorar las medidas que el Gobierno ha tomado para combatirla, por ejemplo, todos los procesos judiciales abiertos, de los que ya ni siquiera los oligarcas están a salvo. Además, desde hace poco están instalando cámaras de vídeo en los coches patrulla para que ninguna fechoría quede oculta. Ah, será por eso por lo que el agente de tráfico cerró el trato al aire libre a pesar del frío.

Quienes se rebelan contra un sistema o desconfían de la llamada «prensa mentirosa» no son siempre ciudadanos indignados; no están al margen de la sociedad ni parecen soliviantados o radicales, sino que miran educadamente al forastero que los visita aunque este profese una religión que en Rusia, como mínimo, resulta «problemática». Tatiana y Alexandra me dicen que

ellas jamás viajarían a Chechenia, mi próximo destino, pues, como mujeres, no podrían moverse libremente en un país musulmán. Las ideas que defiende el populismo de derechas en Occidente sobre los conceptos de nación e identidad, sobre la democracia autoritaria y el islam, sobre la homosexualidad y la obsesión por el género, sobre la hegemonía mundial de Estados Unidos y la dictadura de Bruselas parecen ser la tendencia dominante aquí, al menos entre la clase media rusa. Aunque sus opiniones me parezcan prefabricadas y predecibles hasta el más mínimo detalle, seguro que Tatiana, Alexandra, Víktor y Mariana opinarían lo mismo de mí si les dijera que la invasión de Aleppo me parece un crimen de guerra o si argumentara que, cada vez que se crea un centro de acogida en Alemania, surge una iniciativa ciudadana a favor de los refugiados, no en su contra. El hecho de que la mayoría de los alemanes estén, en general, satisfechos y hasta agradecidos por sus actuales condiciones de vida, incluida la diversidad cultural, es algo que mis interlocutores solo se explican como consecuencia de unos medios de comunicación que, en su opinión, no son independientes.

«Aquí estamos con Putin», me confirma el taxista, el único de estos recién conocidos que pertenece a otra clase social, si bien admite que no todo el mundo está tan conforme con la situación.

A la región de Krasnodar, que cuenta con una agricultura potente, muchos inversores extranjeros y un oleoducto que desemboca en el mar Negro, le va comparativamente bien. Pero también Tatiana, Alexandra, Víktor y Mariana saben diferenciar y admiran muchas cosas del oeste de Europa, que conocen porque han viajado; por ejemplo, el sistema sanitario y las infraestructuras, que, sin duda, son mejores. Al advertir de los peligros del islam, Víktor aclara que no se refiere a alguien como yo. A él solo le molestan los que no quieren adaptarse.

«¿Acaso los rusos que se van de vacaciones a Egipto o Antalya se adaptan al entorno? —le pregunto—. ¿O los que van a comprar a la *city* de Londres?»

«No —reconoce Víktor—. La verdad es que yo mismo he sentido vergüenza ajena de algunos compatriotas.»

La imagen del mundo que tienen estos ciudadanos no es tan cerrada como para que todo lo que la contradiga tenga que ser mentira. Aunque se informa a diario a través de los medios rusos, es la primera vez que Tatiana oye decir que Donald Trump ha presumido de meter mano a las mujeres. En su opinión, Trump es un buen hombre, habla claro y sabe de economía; de lo contrario, no habría ganado tanto dinero. Pero semejante sexismo... no, eso sería asqueroso, claro, siempre y cuando no se trate de una noticia falsa. Alexandra, que no dedica mucho tiempo a pensar en política, cree de todos modos que Trump es «un payaso». Ahora bien, en lo que respecta a Siria, todos se muestran firmes: los rusos jamás bombardearían a civiles. Es entonces cuando Dimitri pierde la paciencia y empieza a hablar de los crímenes cometidos en Bielorrusia, primero por los príncipes rusos y, más adelante, por los sóviets. Tatiana le cree. Nadie quiere volver atrás; como mucho, entre los mayores existe una especie de nostalgia de los tiempos soviéticos, pero la generación más joven mira hacia Europa.

«¿Hacia Europa?», pregunto perplejo.

«Que son una generación más moderna, quiero decir», responde Marina, la profesora de alemán, salvando así la cara de su país.

## VIGÉSIMO NOVENO DÍA: DE KRASNODAR A GROZNI

De camino a Grozni, me sorprende al descubrir la historia de esos héroes que todo niño checheno conoce. El más importante es el jeque Kunta Hadjí, que en el siglo XIX predicó el amor a todos los seres, tanto amigos como enemigos, tanto animales como plantas. Este jeque fue un auténtico ecologista: advertía de no dejar basura tirada en cualquier parte, recomendaba plantar siempre más árboles de los que se talan y prestar especial atención a aquellos que tienen fruto o brindan sombra al caminante. También decía que no había que tratar al ganado de forma distinta a los amigos, y que debemos comportarnos como si cada matorral o cada brizna de hierba fuese nuestro vecino. «Las vacas, las ovejas, los caballos, los perros y los gatos no tienen una lengua para comunicar sus necesidades», advertía, para luego concluir: «Por tanto, somos nosotros los que debemos comprender cuáles son». El jeque Kunta Hadjí se implicó en la defensa de los derechos de las mujeres y en la separación entre la Iglesia y el Estado: «No porfiéis con el poder, no os empeñéis en sustituirlo», dijo a los doctores de la ley. «Todo el poder es de Dios.» Como místico y fundador de la orden kadirí, que todavía hoy es la organización religiosa más importante de Chechenia, el jeque despotricaba contra ese tipo de devoción que se aferra a las formas y prácticas externas: «No tengáis prisa en enrollaros el turbante; envolved primero vuestro corazón». Pero el jeque fue, ante todo, un pacifista radical y, como tal, dejó una profunda huella en Lev Tolstói, quien llegó al Cáucaso siendo un soldado y, ya de mayor, se volvió pacifista y ecologista. Kunta Hadjí advertía a los creyentes: «Que vuestras armas sean vuestras mejillas, no la escopeta ni la espada». Y: «Morir en combate contra un enemigo mucho más fuerte equivale a suicidarse, y el suicidio es el mayor de los pecados».

«Pero ¿cómo es posible?», me pregunto mientras viajo en el asiento trasero, miro por la ventanilla y veo cómo el granero nevado de Rusia pasa a toda velocidad. ¿El más célebre líder religioso checheno fue uno de los primeros ecologistas y pacifistas? Es extraño, sobre todo si pensamos que, hoy en día, los chechenos tienen fama de ser buenos combatientes, por no decir terroristas. «Sí, puede ser», responden Ahmed y Magomed, los encargados de recogerme en Krasnodar, que enseguida pasan a hablarme del siguiente héroe: en el siglo XVIII, el predicador itinerante Mansur Ushurma defendió la igualdad de todas las personas, condenó la así denominada «venganza de la sangre» y llamó a auxiliar a los enfermos, a los huérfanos y a los necesitados. Los rusos enviaron soldados para detener a aquel «profeta de la mentira», incendiaron su aldea, formada por cuatrocientas granjas, y asesinaron a su hermano. Fue entonces cuando el jeque Ushurma llamó a las armas y venció a las tropas rusas en una batalla legendaria que tuvo lugar en 1785. El príncipe Piotr Bagratión, futuro héroe en la guerra contra Napoleón, fue herido y apresado. El jeque ordenó atender bien al príncipe y llevarlo hasta el campamento ruso. Conmovidos por la magnanimidad del enemigo, los oficiales rusos quisieron mostrar su agradecimiento a los portadores, pero estos rechazaron cualquier gratificación: para los chechenos, tratar bien a sus huéspedes es algo natural. Tras librar con éxito otras tantas batallas, el

jeque Ushurma acabó sucumbiendo en 1791 a la fuerza más poderosa. Como si de una fiera se tratase, el jeque fue trasladado a San Petersburgo en una jaula y encerrado en una mazmorra de la fortaleza de Shlisselburg, la cual no abandonaría hasta su muerte. Sus guardianes no sabían lo que era la hospitalidad.

Ahmed y Magomed han elegido los seudónimos que han querido. Ya en Krasnodar nos advirtieron de que ningún checheno hablaría libremente por miedo a que se publicara su nombre real. Según ellos, si quisiera escribir la verdad sobre Chechenia, se me tendrían que ocurrir muchos más seudónimos y circunstancias alternativas, profesiones, lugares y años inventados. No he de olvidar que los chechenos viven en un país —acaso el único país del mundo— cuyo presidente sigue poniendo la mano encima a los detenidos. Me pregunto si será cierto. En las noticias que llegan sobre Chechenia, una y otra vez se lee que el joven Ramzán Kadírov, quien gobierna desde 2007, tras el asesinato de su padre, interviene personalmente en las torturas. Ahmed y Magomed dicen conocer a gente que ha estado en el sótano presidencial; nos explican que Chechenia es un territorio tan pequeño que la confianza en los clanes sigue siendo grande pese a la policía secreta; esas cosas enseguida se saben. Y es por eso precisamente, para que no se sepa, por lo que tantas personas desaparecen sin dejar rastro. De hecho, varias organizaciones para la defensa de los derechos humanos han registrado cerca de diez mil desapariciones en los últimos quince años. Magomed nos explica que, oficialmente, todos los chechenos quieren a su presidente; extraoficialmente, todos saben que es un mero lacayo de Rusia.

Rusia tenía que ser. Ahí está la masacre de Dadi-Yurt, ocurrida el 15 de septiembre de 1819, por mencionar la siguiente historia que anoté mientras viajé en el asiento trasero. Aquella fue una de las peores acciones punitivas del ejército zarista. Tras haber comprobado en varias ocasiones que los chechenos eran especialmente corraos a la hora de defender sus aldeas si había mujeres y niños en ellas, el general ruso Alexéi Yermólov quiso sentar ejemplo en Dadi-Yurt. Para ello, ordenó arrasar las doscientas casas que formaban parte de esa localidad y asesinar a todos sus habitantes, a excepción de ciento cuarenta chicas. Huyendo de la esclavitud y acaso también de las violaciones, cuarenta y seis de estas muchachas se arrojaron desde un puente al caudaloso río Térek, arrastrando consigo a quienes las vigilaban. El general, no obstante, se mostró satisfecho: «El ejemplo de Dadi-Yurt sembró el terror por doquier —escribió en su diario—, ya no encontraremos más mujeres ni familias en ningún sitio».

El resto de las historias también tratan de la resistencia ejercida contra otros gobernantes extranjeros, que en su día fueron los jázaros, hunos, árabes, persas y mongoles y que, desde el siglo XVIII, son principalmente los rusos o los sóviets. Chechenia es la única región del Cáucaso que jamás tuvo estructuras feudales ni conoció el vasallaje, nunca tuvo reyes ni príncipes, tampoco impuestos ni un órgano de poder centralizado; es más, los chechenos se definían por ser campesinos libres en su propia tierra, comprometidos únicamente con su clan, no con un gobernante. Es así como, durante otro largo trayecto en coche, me doy cuenta de por qué ese rebelde que ha pasado a formar parte de la literatura universal gracias a *Hadji Murat*, de Tolstói, no es ningún héroe desde el punto de vista checheno, puesto que no solo fue un libertador, sino también un usurpador. «He oído decir que los rusos os muestran amistad y os invitan a someteros a ellos —así cita Tolstói el llamamiento que el imán Shamil hace a los caucásicos—. No debéis creerles ni entregaros, sino seguir sufriendo. [...] Es mejor morir enemistados con los rusos que vivir con los infieles. ¡Aguantad un poco más! Con el Corán y la espada os llevaré a la victoria

contra los rusos.»\* Con el apoyo de sus seguidores y tras numerosas batallas, el imán Shamil venció a la todopoderosa Rusia e instauró una teocracia, que en 1845 pasó a ser un emirato norcaucásico. Sin embargo, cada vez más clanes se rebelaban contra el régimen brutal de Shamil y firmaban la paz con los rusos por separado, ante lo cual el imán y sus últimos cuatrocientos fieles buscaron refugio en la fortaleza de Gunib. En un primer momento, Shamil estaba dispuesto a morir luchando, pero el amor a su familia, que lo acompañaba en la fortaleza, ablandó su corazón. Así, el imán murió en Medina en 1871, siendo un preso de honor y tras haberle sido concedido el Hayy o peregrinación a La Meca.

«Así, cualquiera se rinde», murmura Ahmed despreciativo, para después señalar que el imán no era un checheno auténtico, pues nació en Daguestán.

Lo cierto es que en la historia de Chechenia no solo abundan los héroes, sino también los traidores. Siempre que les resultara ventajoso, los clanes se ponían al servicio del zar, lo cual denota cierto pragmatismo, que no ha remitido desde entonces: cuando el líder militar Sulim Yamadáiev cayó en desgracia junto con el actual presidente, sus soldados se desvincularon de este sin dudarlo y, ya puestos, hicieron lo propio con Yamadáiev, pues, al fin y al cabo, debían alimentar a sus familias; tan es así que hasta el propio Yamadáiev se mostró comprensivo con su deslealtad.

Pero no solo hubo héroes que se convirtieron en traidores: también algunos traidores fueron los verdaderos héroes. Por ejemplo, Hadjí Murat —una figura histórica descrita bajo un prisma favorable no únicamente por Tolstói— fue asimismo desleal, es decir, que cometió una traición, si bien solo lo hizo porque quería liberar a su mujer y a sus hijos, a quienes su otrora aliado, el imán Shamil, tenía retenidos como rehenes. Esto cualquier checheno lo entiende, ya que, ante la duda, el parentesco es el único vínculo que vale. Ahmed y Magomed reconocen que la venganza de la sangre sigue siendo una realidad en la sociedad chechena, y, por más arcaico que les parezca este uso, en otros contextos sí que percibo el orgullo tácito que ambos sienten por la enorme cohesión que reina en sus familias. En buena lógica, deberían ser más condescendientes con el imán Shamil, que también antepuso a su familia a la muerte, pero, claro, Shamil nació en Daguestán, lo cual ya de entrada supone un problema para los chechenos.

Al parecer, Beisungur, compañero de armas de Shamil, estaba hecho de otra pasta: en las distintas victorias contra los rusos perdió, primero, el brazo izquierdo, luego, el ojo izquierdo y, en otra batalla, la pierna izquierda. Sus heridas apenas habían cicatrizado cuando un Beisungur ya manco, cojo y tuerto ordenó que lo ataran al caballo y lideró a sus hombres en la siguiente contienda. Estando frente a las tropas enemigas, un cosaco hercúleo le propuso batirse en duelo. Beisungur aceptó de inmediato y echó a cabalgar hacia el cosaco. Al verlo regresar al campamento con una herida en el pecho, Shamil preguntó alterado:

«¿Por qué derramas la vergüenza sobre nosotros? Tú estás herido y el cosaco sigue a lomos de su caballo.»

«Espera a que el caballo se mueva», respondió Beisungur.

Cuando el animal dio un paso al frente, la cabeza del cosaco cayó al suelo.

Beisungur continuó luchando, aun cuando el imán Shamil salvó la vida a cambio de su vasallaje. Aunque todavía logró organizar otra revuelta, el 17 de febrero de 1861, Beisungur cayó en una emboscada, fue capturado y condenado a la horca. Para mayor humillación, los rusos ofrecieron una recompensa a quien ejecutase la sentencia. Entre la multitud congregada frente a la

iglesia de Jasav-Yurt, nadie se presentó voluntario hasta que, al final, un daguestaní —quién si no— dio un paso al frente. Fue entonces cuando el propio Beisungur apartó el escabel de un puntapié y prefirió ahorcarse él solo.

Me permito mencionar el aspecto rudo de Ahmed y Magomed, con sus espaldas anchas, barba y manos enormes, ya que su fisonomía es bastante representativa de los chechenos de mediana edad; también el presidente parece un luchador profesional. Además, me permiten escribir que uno de ellos vive del comercio y el otro vive al día. Magomed dice de sí mismo que tendría los vínculos familiares necesarios para ser maestro o encontrar otro tipo de empleo, pero que no se le da bien eso de tener que congraciarse con alguien, ser amable y negociar la cuantía del soborno que en Chechenia es necesario para conseguir cualquier puesto, por más contactos que se tengan. Una vez obtenido el empleo, habría que descontar el diez o el veinte por ciento cada mes para «donarlo» a la fundación Kadírov y, así, financiar el pomposo estilo de vida de la familia gobernante, que incluye un zoo privado con diversos felinos. Por si fuera poco, también se espera que los ciudadanos sigan al presidente en Instagram. Para Magomed, tener que leer a diario las hazañas de Ramzán sería lo último. Ramzán Kadírov tiene 2,4 millones de seguidores, cifra que duplica el número de súbditos. En lugar de escribir comentarios entusiastas sobre fotos que muestran al presidente saludando a estrellas del pop y del deporte invitadas previo pago, levantando sin miedo un ejemplar de pitón o abrazando radiante a Vladímir Putin, Magomed prefiere seguir siendo un campesino libre y disponer de su propio terreno, por escaso que este sea. Dicho de un modo más objetivo: lo que hace Magomed es saltar de trabajo en trabajo. En este momento, acompaña a su primo Ahmed, al que no le gusta conducir solo durante trayectos largos.

«¿Porque el paisaje se te hace monótono?», pregunto a Ahmed.

«No, por la delincuencia.»

El paisaje es monótono en cualquier caso —una planicie que se extiende hasta el horizonte—, así que continuamos desgranando episodios de la historia chechena del siglo XX. También está Jasuja Magomádov o el Último Abrek; así es como se conoce en el Cáucaso a un personaje que es una mezcla entre el Che Guevara y Robin Hood. Durante el régimen de terror estalinista, Magomádov luchó contra la policía secreta; cuando, en 1944, su pueblo fue deportado a Kazajistán y a Siberia, él permaneció en la clandestinidad y fue peinando los pueblos que habían quedado desiertos. El primero que pisó fue Jaibaj, después de que sus setecientos vecinos hubiesen sido hacinados en un establo al que prendieron fuego. Para liberarse de la emboscada que le tendieron, Magomádov apuñaló a escondidas a un teniente coronel y se puso rápidamente su uniforme. En otra ocasión, un correligionario comprado por los sóviets tenía la misión de matar a Magomádov mientras dormía. Jasuja, sin embargo, intuyó el peligro y, tras escabullirse disimuladamente dejando allí el abrigo, se puso a esperar apoyado contra una pared. Entonces, el malhechor se levantó y disparó contra el abrigo antes de que el propio Jasuja lo matase a él. Los periódicos contaron que el abrek había asesinado a su más fiel camarada. A los setenta y un años, exhausto tras llevar una vida de lobo solitario y después de un invierno gélido, Jasuja fue detenido el 28 de marzo de 1976 y acribillado por una lluvia de balas en ese mismo instante. Hasta el anochecer del día siguiente, nadie se atrevió a acercarse al cadáver: tanto era el miedo que despertaba el abrek fallecido, que solo pesaba treinta y seis kilos.

«¿Y las dos últimas guerras? —pregunto—. ¿También han dado héroes?»



Magomed luchó en la primera guerra a favor de Chechenia. Ahmed, por su parte, estuvo en contra de la guerra y, en general, rechaza la independencia de Chechenia como Estado, ya que rebelarse contra la gran Rusia le parece una temeridad. No obstante, ambos opinan que Dzhojar Dudáiev fue el último héroe checheno. En 1990, siendo general de las fuerzas aéreas soviéticas, Dudáiev desobedeció la orden de atacar a unos manifestantes en Estonia, abandonó su puesto y regresó a Chechenia para emprender el camino hacia la independencia. Sobre la que sería su misión, declaró más adelante:

He estado preparándome para esto desde que tengo uso de razón. Ya de niño, cuando vivía en una cabaña de adobe en condiciones siberianas y tuve que padecer hambre, pobreza y castigos, empecé a ser consciente de la injusticia, la violencia y la opresión que pesaban sobre mi alma y sobre el alma de mi pueblo, que no era solo mío. Nada de eso me asustaba: ni el hambre, ni la pobreza, ni el frío. Lo peor de todo era la sensación de carecer completamente de derechos y de sufrir un total desamparo, tanto por parte de la ley como por parte del Estado. Más bien al contrario: el objetivo declarado era aniquilarte, como ser humano y como individuo.

En 1992, con la entrada en vigor de una constitución democrática redactada con la ayuda de los países bálticos, que mostraban así su agradecimiento, Dudáiev llegó al palacio presidencial con el ochenta y cinco por ciento de los votos. Aquello no le restó carácter: no solo siguió viviendo en su pueblo, situado a las afueras de Grozni, y yendo a las recepciones de Estado en su coche particular, sino que además advirtió antes que nadie del peligro que entraña el fundamentalismo islamista: «Si los factores negativos externos aumentan, el islam se hará cada vez más fuerte». En 1992 hizo la siguiente predicción: «En cambio, si cabe la posibilidad de elegir de manera autónoma y de evolucionar de manera autónoma, surgirá un Estado autónomo y laico». Todos los intentos por parte de Moscú para someter al Gobierno de Dudáiev mediante un embargo económico y el cierre de todas las vías de comunicación fracasaron. Fue finalmente el 12 de diciembre de 1994 cuando se produjo «la solución final del problema checheno», tal y como denominó el presidente Borís Yeltsin dicha guerra. Sin considerar lo más mínimo a la población civil, Rusia atacó la zona con bombas de vacío, bombas de fragmentación y agentes químicos. Pese a sus extraordinarias dotes militares, Dudáiev murió por una imprudencia. El 21 de abril de 1996, quiso hacer una llamada telefónica en mitad de un trayecto por el campo. Aunque había trasladado a su esposa a una distancia prudencial, pues sabía que los rusos podían geolocalizar su teléfono vía satélite, Dudáiev hizo esa llamada y fue alcanzado por un misil aire-tierra. Mientras Yeltsin proclamaba la victoria en Grozni, los chechenos comenzaron a reorganizarse en las montañas, marcharon hacia la capital y vencieron a uno de los ejércitos más modernos del mundo. Mediante el acuerdo de paz de 1997, Rusia reconoció *de facto* la soberanía de Chechenia. La guerra mató a cien mil civiles y dejó al menos el doble de mutilados, viudas y huérfanos. Casi la mitad de la población (cuatrocientas sesenta mil personas), que había huido hacia las repúblicas limítrofes, pudo regresar a sus casas, en su mayoría, destruidas. En *Hadji Murat*, Lev Tolstói escribe sobre la reacción de los chechenos ante los asesinatos, los saqueos, la destrucción y la profanación de sus mezquitas:

No hablaban del odio que experimentaban por los rusos. El sentimiento que embargaba a los chechenos, desde el más pequeño hasta el más anciano, era más intenso que el odio. No concebían que los rusos fueran personas y su repugnancia e indignación ante aquella crueldad eran tales que deseaban exterminarlos como a las ratas, las arañas venenosas o los lobos. Era un sentimiento natural, como el instinto de conservación.\*

La segunda guerra de Chechenia ya no dejó grandes hazañas. En lugar de participar en la reconstrucción, tal y como establecía el acuerdo de paz, Rusia sabotó al nuevo Gobierno, todavía laico, apoyando entre otras medidas a la oposición religiosa, cada vez más influida por wahabíes procedentes del ámbito árabe. En agosto de 1999, la entrada en Daguestán del comandante radical checheno Shamil Basáiev fue el pretexto para lanzar una operación militar. El nuevo presidente, Vladímir Putin, exigió poner fin a la humillación causada por la anterior derrota para, así, favorecer el resurgimiento del ejército ruso y del sentimiento de nación. Al mismo tiempo, la guerra contra el terror permitió que los servicios secretos rusos se hicieran con el poder y entronizaran como nuevo presidente a su antiguo agente. «Hay que exterminar a los chechenos como si fuesen parásitos —declaró Putin, al tiempo que anunciaba—: los perseguiremos hasta el último rincón del mundo y los ahogaremos hasta en los baños.»

Es de noche cuando entramos en Grozni, una ciudad que, según reza un informe de las Naciones Unidas, al final de la segunda guerra de Chechenia era «la más destruida del mundo». Grozni, como tal, dejó de existir en 2001. También otras ciudades quedaron arrasadas: todas las fábricas fueron bombardeadas, la infraestructura fue destruida por completo, otros doscientos mil civiles fallecieron y, en esta ocasión, la cifra de huidos ascendió a quinientos setenta mil. El movimiento independentista se había escindido en varias ramas: laicos, tradicionalistas, prófugos, muchos delincuentes y cada vez más yihadistas. Fue en 1999 cuando se puso de manifiesto que la resistencia había sido vencida: el muftí de Grozni, que había llamado a la yihad contra Rusia durante la primera guerra, pasó a formar parte de la historia como un traidor más. Pero ¿era Ajmat Kadírov realmente un traidor? En el caso de Hadjí Murat, tampoco estuvo tan claro. Hasta Iliás Ajmádov, ministro de Exteriores del Gobierno separatista, reconoció que Kadírov «estaba firmemente convencido de que salvaría a los chechenos de una muerte segura». Kadírov consideraba que el enemigo más peligroso era el islam wahabí, de modo que fue por eso, y no en su propio beneficio, por lo que pactó con los rusos. Fue él quien facilitó la entrega pacífica de Gudermés, la segunda ciudad más importante de Chechenia, y, en agradecimiento, Putin lo nombró presidente de la república autónoma en 2003. Kadírov falleció un año después como consecuencia de un atentado sufrido en un estadio de fútbol. Aunque se había pasado al enemigo, en una entrevista concedida a la revista *The New Yorker*, Ajmádov lo definió como un «hombre audaz y resolutivo, que demostró tener mucha valentía».

Hoy, en Grozni, no queda ni rastro de la guerra. Mediante la transferencia de cantidades ingentes de divisas, Rusia quiere dejar claro a los chechenos que el federalismo es el mejor de los mundos posibles: rascacielos diseñados con un juego de luces que parpadean a todo color, edificios fantásticos de estilo clasicista, un teatro que es una mezcla del Taj Mahal y la Basílica de San Pedro, el palacio presidencial, con más columnas que la antigua Roma, y la gran mezquita, construida con toneladas de oro y mármol, y que, además, cuenta con unas arañas tan enormes que solo colgarlas supuso toda una obra de ingeniería. A lo largo de las calles principales, de ocho carriles, hay edificios de viviendas y oficinas que imitan el estilo historicista propio del Gründerzeit europeo, y cada dos manzanas cuelgan fotos de Vladímir Putin y los dos Kadírov, padre e hijo.

Tras pasar un exhaustivo control de seguridad, nos permiten acceder a un recinto en el que los rascacielos están aislados del resto de la ciudad. El portero del hotel de cinco estrellas ubicado en una de las torres es más bien flaco, lleva una gorra de plato que le viene grande y unas

zapatillas deportivas bajo un abrigo rojo, que más bien parece hecho para un luchador. Repartidos por el vestíbulo, frente a las *boutiques*, pero también en el bar, veo a empleados del hotel sentados sin hacer nada. En cuanto al atuendo, todos, sin excepción, siguen la moda que marca su presidente: trajes ceñidos con americana corta y corbata fina, con el nudo estratégicamente medio deshecho, el pelo que cae sobre la frente, las mejillas afeitadas, pero con una barba de pocos centímetros bajo el mentón. No vemos un solo huésped.

«En realidad, nos hemos vencido a nosotros mismos», me dice Magomed, que me ha acompañado a la habitación para contemplar la vista de Grozni desde el piso décimo octavo. Entonces me cuenta la historia de esa familia que vivía en la aldea de Alján Kalá y que ya en su día circuló por la prensa extranjera. Cuando la tercera hija de la familia llegó a la edad de casarse, el hijo exigió que lo desposara a él. Su padre, indignado, le preguntó si se había vuelto loco, pero el hijo aludió a una supuesta palabra de Dios según la cual un buen musulmán debía casarse con su tercera hermana, y explicó que eso era lo que le había dicho el emir. Por ese motivo, no iba a permitir que su hermana se fuera de casa.

«Para nosotros, era totalmente insólito que un hijo contradijese a su padre —añade Ahmed—. Eso no es posible en nuestra cultura.»

El padre agarró a su hijo por el cuello, lo arrastró hasta el cobertizo y le pegó un tiro. Nadie en la aldea condenó al padre. El orden había sido restaurado y, al mismo tiempo, roto para siempre.

Antes de acostarme, decido estirar las piernas y dar un paseo por la nueva milla de oro, que, por supuesto, se llama avenida Putin. Soy el único transeúnte, y solo de vez en cuando pasa algún coche. Ahmed y Magomed me han asegurado que no tengo de qué preocuparme, reconociendo así el mérito de su presidente cuando afirma que Chechenia hoy es un lugar seguro. Los edificios están muy bien iluminados exteriormente, pero tras las ventanas no se ve ni una luz. También la mayoría de los rascacielos parecen deshabitados. Me pregunto si vivirá aquí alguien o si Grozni entero no es más que un pueblo potemkiniano. La última historia que me ha contado Ahmed trata sobre una señora mayor que él mismo se encontró frente a las ruinas de su casa tras regresar a Chechenia con su familia, después de la segunda guerra.

«¿Qué hace usted aquí?», le preguntó la madre de Ahmed.

«Sobrevivo», respondió la señora.

«¿Cómo que sobrevive?»

«Sí, sobrevivo —respondió la señora señalando al otro lado de la calle, donde en su día hubo un edificio—. Yo vivía allí.»

Cuando Grozni fue bombardeada, la señora intentó refugiarse en el sótano. Por más que dio puñetazos en la puerta de hierro, una y otra vez le decían que ya había cien personas hacinadas y que apenas podían respirar. La mujer suplicó en vano que la dejaran ser la ciento uno. Al final, decidió salir a la calle y buscar otro refugio. Apenas había dado unos pasos cuando una bomba cayó sobre el edificio. Las cien personas que había en el sótano murieron. Ella sobrevive desde entonces.

## TRIGÉSIMO DÍA: GROZNI

«No, aquí no vive nadie», me confirma la joven —que, por motivos de seguridad, prefiere el anonimato— mientras me guía por el nuevo centro de Grozni. Estos pisos son inasequibles para la gente normal, y los ricos prefieren construirse una mansión por su cuenta antes que lidiar con las chapuzas de un constructor que se lo puede permitir casi todo porque, al mismo tiempo, es dueño y señor del Estado. Un ejemplo: en estos apartamentos de lujo, el agua sale con tan poca presión que ni siquiera las duchas de hidromasaje de la primera planta funcionan. Los fallos del sistema eléctrico han provocado ya varios incendios, y el opulento estuco que lucen las imitaciones de edificios historicistas en la avenida Putin se deshace como si fuera tiza. Ahora bien, nadie debe notarlo, así que todos los propietarios se comprometen a renovar constantemente la fachada y a asumir los costes derivados de la potente iluminación exterior, la cual hace que, por las noches, en las habitaciones parezca que es de día. Y luego están los rascacielos: en una zona de gran actividad sísmica, a nadie se le ocurre irse a vivir voluntariamente a una torre construida por el joven presidente de Chechenia. Por lo tanto, uno de los edificios está completamente vacío y el otro alberga un hotel, aunque los pocos huéspedes registrados se alojan en una sola planta, mientras que en el resto, sobre todo en las inferiores, están las oficinas, los restaurantes o el gimnasio. De todos modos, las viviendas con vistas a la residencia del presidente están reservadas para miembros del aparato de seguridad. Pese a la gran cantidad de inmuebles vacíos, la reconstrucción de Grozni ha merecido la pena: para comprar una vivienda a Ramzán Kadírov, no hay que querer usarla, sino que uno la compra en señal de lealtad.

Puede que las *boutiques* de lujo, los cafés o las zapaterías italianas también estén abiertos a título ostentativo, pues no veo a un solo cliente que pase por delante; digamos que se actúa como si Grozni fuese una metrópolis. Cuando entro en la oficina de turismo, que por fuera se parece a la de Florencia o a la de Madrid, las empleadas se muestran tan sorprendidas que son incapaces de decirme qué monumentos tengo que ver, y eso que los flamantes edificios recién construidos estarían a la altura de cualquier parque temático, ya fuera Disneylandia o Legolandia, pues en Grozni están reproducidos todos los estilos arquitectónicos: desde la antigua Atenas hasta la Casa Blanca, pasando por la Mezquita Azul de Estambul. Por si fuera poco, están construyendo otro rascacielos que, una vez terminado, será el edificio más alto de Europa. También se ven grandes carteles donde dice «Gracias, Ramzán, por Grozni», como si antes la ciudad no hubiese existido.

Y lo cierto es que no existía allá por 2004, cuando Ajmat Kadírov, recién nombrado gobernador, falleció en un atentado y su hijo, de veintisiete años, fue nombrado su sucesor. En las escasas fotografías de la destrucción provocada durante la segunda guerra de Chechenia que vieron la luz a pesar del bloqueo informativo, Grozni recuerda a Dresde después de los bombardeos. Sin embargo, en lugar de reconstruir la ciudad, Kadírov creó una metrópolis caucásica, en comparación con la cual el nuevo centro de Berlín situado alrededor de Potsdamer Platz casi parece natural. Creo que una paz rusa en Siria podría tener los mismos efectos y que,

seguramente, sería mucho mejor que seguir en guerra: una paz ordenada, reluciente y desprovista de cualquier tipo de pasado. Eso sí, los arquitectos que diseñaran, por ejemplo, Alepo deberían incluir al menos árboles a ambos lados de las calles, no olvidarse de las zonas de juego para las familias y pensar en parques que no sean superficies de césped con una función meramente ornamental.

Al parecer, Grozni fue en el pasado la ciudad más verde del Cáucaso, pero durante la reconstrucción no se pensó en la necesidad de encontrar sombra en los calurosos días de verano ni en favorecer la calidad de vida urbana así, en general. A cambio, allí donde no se quería que hubiera más espacios vacíos, hay varias plazas enormes construidas con hormigón, y en cada rincón se ven fotos de la nueva trinidad chechena: Kadírov padre, Kadírov hijo y Putin, Espíritu Santo. Así, en la céntrica plaza Kadírov, donde se alza la flamante mezquita de mismo nombre, se cruzan la avenida Kadírov y la avenida Putin. Quien crea que es imposible obligar a todo un pueblo a doblar el espinazo es que no ha visto Grozni. Ni siquiera en el museo estatal se alude a las dos guerras libradas contra Rusia, que costaron la vida de un cuarto de la población y supusieron la deportación de más de la mitad, una proporción que supera lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial en Bielorrusia, y eso que allí, al menos, hay monumentos dedicados a algunas víctimas. En Chechenia, por el contrario, ni siquiera la deportación de todos sus habitantes bajo el régimen de Stalin merece una placa por parte de la historiografía oficial. A su vez, la Biblioteca Nacional no puede guardar tampoco un recuerdo colectivo, porque, como consecuencia de las distintas reformas ortográficas soviéticas, casi todos los libros y manuscritos chechenos fueron destruidos y, con ellos, la memoria del pueblo checheno.

Pero ¿qué ocurre con el presente? ¿Se puede hablar de él? Parece que sí, pero solo como si uno estuviese conspirando en una película de espías: el funcionario se sienta en el vehículo convenido, estacionado en el aparcamiento de la oficina correspondiente. Su superior, que está al corriente del encuentro, no ha querido que accediéramos al edificio debido a las cámaras que hay a la entrada. El primo de este funcionario es uno de los diez mil chechenos que supuestamente desaparecieron al finalizar la guerra. Lo primero que pregunto al funcionario es si me puede confirmar la cifra de desaparecidos que figura en varios informes sobre los derechos humanos en Chechenia. El funcionario contesta que sí, que alrededor de diez mil casos le parece una cifra realista. Un comentario crítico en el puesto de trabajo, un chiste sobre el presidente que llega a oídos de la persona equivocada o una barba salafista bastan para que vengan a buscarte. Como ocurría en tiempos de Stalin, los chechenos han vuelto a un sistema totalitario, solo que ahora viven amordazados por sus propios compatriotas. En eso consiste la «chechenización» del conflicto de la que siempre habla Vladímir Putin: en delegar la represión en aliados locales.

«Pero ¿existe un problema real con el extremismo religioso, o no?»

«Así es —responde el funcionario—, sobre todo entre la gente joven. Y, si ellos mismos o algún amigo suyo son detenidos, razón de más para radicalizarse.»

Según este funcionario, en los últimos uno o dos años, la represión se ha recrudecido de forma extrema, de modo que las familias ya no denuncian ninguna desaparición, las organizaciones para la defensa de los derechos humanos ya no recogen ningún dato y la justicia ni siquiera investiga, por aquello de guardar las formas. A cambio, se está produciendo una nueva ola de

gente que huye de Chechenia, que tal vez estemos notando en Alemania. En el mejor de los casos, los desaparecidos acaban apareciendo en una celda, aunque la mayoría, si es que aparecen, lo hacen en forma de cadáveres tirados en una cuneta.

«¿Y qué hizo su primo exactamente?», pregunto.

«No lo sabemos —responde el funcionario—. La verdad es que era una persona impulsiva y suponemos que, sencillamente, no supo cerrar el pico. Era catedrático, ¿sabe? Así que me lo imagino hablando en el aula... y, claro, eso circula rápidamente. Él, en realidad, lo sabía.»

Cuando el primo de este funcionario desapareció, hace dos años, su superior se dirigió al ministro. Lo que le dijeron fue que su primo había sido detenido, pero que no se preocupara: pronto estaría en libertad. Sin embargo, lo único que recibió la familia fue un cadáver con el torso plagado de cardenales y heridas. Oficialmente, el primo, que dejó a tres hijos, sufrió un accidente de tráfico. A la familia no se le permitió celebrar ningún funeral, ni mucho menos pedir una autopsia.

Pregunto si es verdad que los presos políticos están en el sótano del palacio presidencial. El funcionario me confirma que eso se oye a menudo, pues ellos tienen bastante trato con gente del entorno de palacio. Además, en Chechenia todos están emparentados con todos; su superior se enteró de que Ramzán golpeó en la cara a su primo cuando este le llevó la contraria. Fue en ese mismo instante cuando ya no hubo nada que hacer.

«Pero usted sigue trabajando para este Estado», constato perplejo.

«¿Y qué quiere que haga? —replica el funcionario—. ¿Que dejemos todos de trabajar? Los de derecho laboral nos ocupamos de casos que no son políticos; en el ámbito del derecho civil sí que se pueden hacer cosas. Las leyes existen, el problema es que no se aplican. Y los derechos humanos son un tabú para la Justicia.»

«Y, aun así, usted se atreve a sentarse en este coche...»

«Sí —responde el funcionario con un hilo de voz, y luego toma aire—. ¿Ha visto *Grozny Blues*?»

«¿La película?»

«Sí, la película.»

Sí, he visto esa película que pusieron hace un tiempo en las salas europeas. Es un documental sobre tres amigas que hablan sin tapujos sobre su vida en Chechenia. El funcionario me cuenta que hace seis meses secuestraron a dos de ellas. Entretanto, vuelven a estar libres, gracias a Dios, pero tras haber sufrido graves abusos. La tercera chica logró escapar por los pelos; nadie sabe dónde está. Eso es lo que pasa en Chechenia cuando a uno lo descubren hablando.

La socióloga a la que visito poco después en la universidad no tiene inconveniente en que se sepa su nombre. Me sorprende ver tantas chicas en el campus. Lida Kurbánova me confirma que no solo son la mayoría de los estudiantes: también el sesenta por ciento de las cátedras están ocupadas por mujeres. Sin embargo, esto no dice mucho sobre el estado actual de la emancipación femenina en Chechenia, que Kurbánova ha estudiado empíricamente. Las respuestas a sus cuestionarios —«¿Cómo ha cambiado su situación personal en los últimos diez años?»; «¿Ha tenido alguna experiencia violenta en el seno familiar?»— fueron tan desoladoras que solo pudo presentar los resultados en Berlín o en la Universidad de Columbia, pero no en la televisión chechena, a cuyos debates solían invitarla regularmente.

En la Unión Soviética, las mujeres estaban presentes en cualquier faceta de la vida pública. También durante las dos guerras los hombres necesitaron su ayuda; ahora, sin embargo, no hay trabajo para todos y el islam que se moviliza contra la amenaza del wahabismo es tan estricto y conservador que apenas hay diferencia entre ambas interpretaciones. No solo el velo: hasta la poligamia se vuelve a promover oficialmente, aunque en realidad esté prohibida en toda la Federación Rusa. Según los estudios realizados por Kurbánova, el 16,8 por ciento de las mujeres chechenas de entre dieciocho y cuarenta años practican la poligamia, cosa que apenas ocurre entre las de más edad.

Pregunto a la socióloga cómo casa con sus números que la proporción de mujeres en la universidad chechena sea mayor que en las del resto de Europa. Según Kurbánova, la universidad es la última oportunidad para escapar de los roles tradicionales. El hecho de tener un título universitario hace que la mujer sea un poco más independiente de su marido. Ahora bien, la que de verdad quiere emanciparse suele renunciar a tener una familia. En su trabajo, aproximadamente la mitad de las catedráticas, como poco, están solteras.

Llegamos a mediodía y pregunto a mi acompañante —quien, al igual que las tres protagonistas de *Grozny Blues*, está arriesgando su vida en favor de la verdad— dónde podemos comer algún plato tradicional. Hasta el momento, solo hemos visto restaurantes extranjeros: pizzerías, negocios de comida rápida, uzbekos y cosas así. Nos dirigimos a uno de los barrios situados a las afueras de Grozni, de los pocos que no fueron arrasados por las bombas, donde vemos casas pequeñas y humildes con jardines delanteros dispuestas a lo largo de unas carreteras rectas y poco transitadas, que, incluso al llegar al último cruce, aún sin asfaltar, son tan anchas como avenidas. No en vano, en la estepa euroasiática el espacio nunca ha escaseado, y, además, en Grozni hay que sumar el hecho de que la mitad de la población pereció en las dos guerras contra Rusia, de modo que la ciudad que pronto albergará el rascacielos más alto de Europa parece ya una camisa demasiado grande. De hecho, el Estado ruso ha ofrecido a cada propietario trescientos mil rublos —cinco mil euros al cambio— para construir obra nueva, o bien para reparar los daños ocasionados por la guerra. No se trata de una gran suma, y menos teniendo en cuenta que acaba reducida a la mitad, pues las autoridades chechenas se quedan con el resto. No obstante, eso es mejor que nada, ya que esas mismas autoridades amenazaron con derruir todas las casas dañadas para borrar cualquier rastro de la guerra. De ahí que apenas veamos ruinas y, en cambio, sí muchos espacios abiertos, que en su día tuvieron que estar habitados.

Entramos en una casa de madera que únicamente identificamos como restaurante por el intenso olor que despide. Aunque la mayoría de los chechenos viven en una planicie, a tenor de sus tradiciones, sus cantos y su cocina, siguen siendo un pueblo de montaña. Al leer los platos de la carta, uno se imagina el ganado mantenido a pequeña escala, algún que otro campo de cultivo, caminos accidentados y las patatas como alimento principal. La carne seca, que es la base del plato típico del país, aguanta todo el invierno; combinada con una salsa bastante fuerte, se logra que quede jugosa.

Después de comer, me pongo a hablar con las cuatro cocineras que llevan el velo anudado a la antigua usanza, a la altura de la nuca. Mientras les pregunto por las recetas y el origen de los platos, responden alegremente. También me cuentan que el restaurante va muy bien porque es uno de los pocos en los que se sigue cocinando a la manera tradicional. Sin embargo, cuando les pregunto si están satisfechas con la situación en general dado que el negocio va viento en popa, se

ponen a remover desesperadamente las cazuelas y vuelven a pelar patatas o a cortar verduras para la salsa. Solo continúa hablando la mayor, que demuestra disfrutar no solo cocinando, sino también comiendo. Es ella quien me asegura que están contentas; al menos viven en paz tras tantos años de guerra. Sin necesidad de seguir preguntando, esta cocinera ensalza con un orgullo casi maternal al joven Ramzán, ese que ha reconstruido Chechenia con tanto empeño y se preocupa personalmente de resolver cualquier queja.

De vuelta en el coche, mi acompañante me confirma que muchos chechenos están agradecidos al presidente por haber instaurado algo parecido a la normalidad, la seguridad y una cotidianidad regulada. Además, gracias a la transferencia de divisas desde Moscú y al *boom* inmobiliario, en Chechenia circula mucho dinero, parte del cual acaba llegando a la capa inferior de la sociedad, es decir, también a las cocinas de los restaurantes. Por otro lado, el carácter campechano de Ramzán gusta especialmente a las señoras mayores. Mientras su compañera hablaba, las otras tres cocineras tenían la mirada clavada en sus cazuelas o en la verdura.

Cuanto más nos alejamos del centro, más soviética se vuelve la ciudad. Chechenia fue en su día el corazón industrial del Cáucaso, y Grozni, una ciudad moderna ya a comienzos del siglo XX. Sin embargo, a diferencia de las casas, las fábricas ya no se volvieron a construir, de modo que, aunque sigue habiendo colonias de trabajadores, estos ya no están. Las fachadas de los edificios están revestidas de uralita para tapar los disparos. Atravesando los restos de nieve y barro que cubren las bocacalles en invierno, llegamos a la entrada de un bloque de viviendas prefabricadas y, tras detenernos en un zaguán recubierto de hormigón puro, preguntamos si podemos echar un vistazo al interior. Nos cuentan que en ese edificio viven refugiados, pero que, como esa palabra recuerda a la guerra, ahora ya no se les denomina así, sino «personas necesitadas de alojamiento». La directora del centro nos explica en qué condiciones viven: los desempleados reciben ochocientos rublos, más ciento treinta rublos por cada niño. Por tanto, al cambio, una familia de cinco miembros llega aproximadamente a los treinta euros en caso de que ambos progenitores estén en paro. Ahora bien, aquí son pocos los padres que han sobrevivido, ya que, de lo contrario, estas familias no habrían recurrido al centro de acogida. Algo mejor le va a un antiguo soldado que estuvo destinado en Wittenberg y que todavía recuerda algunas palabras en alemán, como «*Guten Tag*» ('buenos días') o «*Wie geht's*» ('qué tal'). Su pensión asciende a ocho mil cuatrocientos rublos (ciento treinta euros) que comparte con el centro, ya que no tiene a nadie. A cambio, los vecinos se ocupan de atenderlo, como si fuese su abuelo. Gracias, abuelo, por la victoria.

Entramos en una de las viviendas, compuesta por una habitación, cocina y baño. En ella viven cuatro mujeres, una joven, tres niños, ningún hombre y, por suerte, una abuela que percibe una pensión. Sin embargo, las madres nos cuentan que todas las noches los niños se acuestan con hambre. La escolaridad es obligatoria, pero ellas no siempre se pueden permitir comprarles cuadernos. Antes había una ONG que los ayudaba, pero desde que estas organizaciones tienen prohibido recibir financiación del extranjero, faltan recursos. Pese a ello, siempre hay buenas personas que se acercan con el coche y traen cosas en el maletero. Por lo demás, lo único bueno que hay en su vida es el hecho de compartir: vivir con ocho personas en treinta y cinco metros cuadrados también puede ser divertido.



«¿Alguno de ustedes ha estado alguna vez en el centro de la ciudad?», pregunto a los que se han congregado a nuestro alrededor formando un semicírculo. Sí, todos han visto los nuevos rascacielos y los centros comerciales por fuera, y seguro que también los lujosos todoterrenos ligeros que suben y bajan por la avenida Putin.

«¿Y qué se les pasa por la cabeza?»

Nadie responde.

«Puede que la pregunta no sea muy adecuada», contesta la directora del centro a modo de disculpa mientras me conduce de vuelta al pasillo, donde huele a productos químicos.

En un pueblo situado a las afueras de Grozni que de entrada parece idílico, pues tiene árboles a ambos lados de las calles, visito a Asia Umárova, una de las escasas artistas conocidas que todavía viven en Chechenia. Aunque solo tiene treinta y un años, no deja de pintar la guerra. Esto me sorprende: la risa de Asia es tan clara y contagiosa que me cuesta relacionarla con unos motivos tan oscuros. En uno de los cuadros, se ve a un anciano con un caballo que sale huyendo. Pregunto a Asia si esa pintura también tiene que ver con la guerra. Ella asiente y me habla de su abuelo: cuando su mujer murió en la primera guerra de Chechenia, él hizo saber que jamás iría a ningún sitio y soltó al único caballo que tenía. Por aquel entonces, Asia vivía en las montañas, junto a sus abuelos, para estar a salvo de las bombas. Fue su tío quien la llevó de regreso a Grozni. Estuvo caminando durante tres días con otros siete niños; por todas partes había edificios destruidos, coches en llamas, puestos de control en los que uno no sabía muy bien quién sostenía las ametralladoras. Durante la segunda guerra, su pueblo estuvo seis meses copado por el ejército ruso; decían que era una operación militar y que nadie podía salir, ni siquiera para cubrir las necesidades más urgentes. Ellos, por suerte, tenían provisiones, agua y un huerto donde plantar hortalizas. Cuando levantaron la prohibición, lo que más ilusión les hizo a ella y a su amiga fue la música. Asia recuerda aquella vez que iban a clase con sus instrumentos cuando un joven soldado, con un Kaláshnikov a la espalda, les cerró el paso y gritó: «¡Alto!». Las chicas sintieron un escalofrío tremendo, pero el ruso lo único que hizo fue poner un narciso a sus pies, mirarlas fugazmente y salir corriendo, como si él mismo se hubiese asustado. No es de extrañar que todos los dibujos de Asia hablen de la guerra, y es todo un mérito que no haya perdido la risa.

Esa misma noche, nos recibe Salamat Gáiev, un antiguo profesor de Historia que decidió consagrar su vida a investigar la masacre de Jaibaj. Como consecuencia de la deportación, ocurrida en 1944, los setecientos habitantes de ese pueblo fueron concentrados en un establo y quemados vivos. Según reza el telegrama que envió el comandante responsable a Lavrenti Beria, jefe de los servicios secretos soviéticos, «ante la imposibilidad de realizar el traslado y con objeto de completar la operación en el plazo previsto», se había visto obligado a liquidar a esas personas. Beria telegrafió de vuelta: «En reconocimiento a la determinación mostrada durante el traslado de los chechenos de la zona de Jaibaj, ha sido usted propuesto para ser condecorado con honores».

Sentados a la mesa del comedor, mientras la esposa de Gáiev ve las noticias en el salón y se entera de todo lo que ha hecho Vladimir Putin ese día, pregunto al profesor si a los chechenos les gusta recordar su historia. Gáiev responde que el verbo «gustar» sería exagerado. Él es un señor de setenta y seis años, con la cabeza rapada y algo de pelo cano a la altura de las sienes; lleva unas gafas de concha, pantalón de pinzas negro y un jersey de cuello cisne, también negro; sus ojos están cansados. En 2004, tuvo la oportunidad de presentar en el Parlamento Europeo los

resultados de su investigación, que incluía fotos históricas, así como fotocopias de los decretos de Stalin y Beria. De vuelta a Grozni, Gáiev fue detenido por el ejército ruso y obligado a firmar una declaración en la que confesaba haber falsificado los documentos, ya que, de lo contrario, lo matarían. El profesor contestó que, en tal caso, él sería la víctima número setecientos uno de Jaibaj: los documentos decisivos ya se conocían, de modo que la retirada de su libro no habría servido de nada a los rusos. Quienes lo investigaban probablemente también lo vieron así, y al día siguiente lo dejaron en libertad.

Hoy, Gáiev ya no tiene miedo a hablar de esa deportación. Su libro no solo ha alcanzado la segunda edición, sino que, además, le permitieron presentarlo en el Museo Kadírov. No obstante, en dicho museo estatal se sigue sin hacer alusión a la masacre, por más que el director prometió dedicarle una vitrina. A cambio, el año pasado, Gáiev pudo visitar por primera vez Jaibaj, una zona cuyo acceso continúa estando restringido, más de setenta años después. Gáiev saca un álbum de fotos, en el que se ven ladrillos de piedra esparcidos en una pradera o el zócalo del torreón bombardeado en 2007, mucho después de que acabara la guerra. Nos cuenta que él mismo puso una flecha, sin letrero, y nos muestra la foto; eso fue lo único que le permitieron hacer para recordar a las víctimas. El próximo verano tiene previsto regresar con unos amigos para reconstruir el torreón.

## TRIGÉSIMO PRIMER DÍA: EN LAS MONTAÑAS CHECHENAS

Puede que un pueblo al que han borrado la memoria muchas veces se aferre todavía más a sus historias. Nos dirigimos a la montaña para visitar la tumba de la madre de Kunta Hadjí, el precursor de Gandhi en Chechenia. Cuando lo detuvieron, en 1864, miles de seguidores salieron a la calle en señal de protesta. Aunque portaban banderas blancas, las tropas rusas abrieron fuego. Cientos de sufies murieron. El propio Kunta Hadjí estuvo encerrado hasta que falleció. El único lugar que quedó en pie para pedir por él fue la tumba de su madre, situada en la aldea de Islaján-Yurt, donde creció el santo. A primera vista, las montañas de esta zona no parecen tan salvajes como las había imaginado mientras leía la obra de Tolstói: bosques caducifolios, suaves elevaciones y una nieve que cubre con su delicado manto hasta el koljós más horroroso; aunque, si uno se pasa días y semanas cruzando la estepa rusa, como hizo Tolstói, es probable que una sierra de tamaño medio le parezca salvaje.

Cuando giramos para ir hacia Islaján-Yurt, ubicada en una de las montañas, una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años nos hace señas. En esta zona, el autostop es un medio de transporte más. La mujer no se acuerda muy bien de la primera guerra, puesto que no llegó a las montañas, cosa que sí sucedió con la segunda. Nos cuenta que los rusos bombardeaban desde lo alto, mientras que los rebeldes se escondían en los bosques.

«¿Los rebeldes eran buena gente?», pregunto.

«¿Cómo va a parecerme bueno alguien que no nos trató bien?»

«¿Y los rusos?»

«Los rusos llegaron al pueblo y nos acusaron de esconder a los rebeldes. Nosotros jamás los habíamos visto, pero los rusos se llevaron a nuestros hombres y los golpearon. Después, rociaron los árboles con veneno para deshojarlos. No, los rusos tampoco eran buenas personas.»

«¿Y ahora?»

«Ahora la cosa está tranquila, menos mal. Lo único es que los niños se siguen poniendo enfermos si van al bosque: eso sí que es un problema.»

«¿Tiene usted suficiente para vivir?»

«Tengo lo justo, ni más ni menos. Dios nos da lo suficiente.»

A la entrada del cementerio de Islaján-Yurt, hablamos con Malkan, una anciana de setenta y siete años que cuida del mausoleo de la madre del santo.

«Podría quedarme en casa —responde a la pregunta de por qué sigue trabajando—, pero me asusta pensar que, si lo hago, moriré.»

Malkan tenía cinco años cuando todos los habitantes del pueblo fueron hacinados en camiones, como ganado. Ni siquiera les dio tiempo a calzarse, ni mucho menos a coger ropa de abrigo. Los hombres fueron separados de sus familias, y Malkan pensó que jamás volvería a ver a su padre, pero, afortunadamente, este logró zafarse en la estación de Grozni y reunirse con sus seres queridos. Otros padres no lo consiguieron antes de que saliera el tren. Aunque tenían un

pequeño fuego donde cocinar lo que otras familias habían traído, el hermano de Malkan murió congelado durante el trayecto, al igual que otros niños y ancianos, de modo que los cadáveres se iban amontonando en el vagón. Cuando bajaron del tren, siete días después, Malkan, que solo conocía las verdes montañas, no vio otra cosa que la estepa. Al raso se pasaba más frío que en el tren, por lo que otro de sus hermanos también murió. La segunda noche montaron un pequeño complejo de barracones con madera contrachapada. Por suerte, su padre era constructor de hornos, así que pronto tuvieron calefacción, y él hasta encontró trabajo. No obstante, como seguía sin tener zapatos y la fábrica no quedaba cerca, después de tres días con fiebre y sin poder ir a trabajar, su padre fue detenido y encarcelado durante cuatro meses. Se quedaron solas las tres: su madre, su hermana mayor y Malkan, sin comida ni dinero. Malkan cuenta que extendían la falda frente a las ventanas de las casas para que les tirasen los desperdicios, que luego ellas lavaban y se comían. Así sobrevivieron hasta que la madre encontró a un primo que había conocido a una rusa, una agrónoma con casa y sueldo que acabaría casándose con él y sacándolos a todos adelante.

«Otros murieron de hambre —nos dice Malkan, que lleva un rato con lágrimas en los ojos, frente al cementerio de Islaján-Yurt—. Lo recuerdo todo como si fuese ayer.»

Su madre tuvo dos hijos más, de modo que la familia volvió a estar completa: dos hermanos y dos hermanas. Malkan tiene cuarenta y cinco nietos.

«¿Y les habla usted de la deportación?»

«Sí. Todos nuestros nietos conocen la historia.»

Le pregunto si algún día podrá perdonar a los rusos.

«No», responde con voz firme la anciana.

«Y en cuanto a otros chechenos, por ejemplo, los más ancianos que viven aquí en el pueblo, ¿cree que alguna vez surgirá algo parecido al perdón, o incluso al olvido?»

«No lo creo. Nadie que haya vivido algo así logra superarlo. Los rusos también son personas: los hay buenos y malos. Uno de ellos nos salvó la vida, eso tampoco lo he olvidado, pero a Rusia no la perdono.»

«¿Y qué piensa cuando ve fotos de Putin repartidas por toda Chechenia?»

«¿Qué le vamos a hacer? —Malkan me devuelve la pregunta—. Tuvimos dos guerras, hicimos lo que pudimos, pero ahora somos parte de Rusia. Ahora bien, ¿perdonar? ¿Sin dar explicaciones, sin pedir disculpas? No, eso sería demasiado. Me alegro de que vivamos en paz, eso es todo, pero no perdono.»

Pregunto a Malkan qué opina de un presidente checheno que se define como «soldado de Putin» y envía a sus ciudadanos a Ucrania y a Siria para luchar a favor de Rusia. Con el mismo fervor con el que ha asegurado ser incapaz de perdonar a Rusia en la frase anterior, Malkan afirma que el padre de Ramzán pacificó Chechenia. Después añade que el propio Ramzán es un buen chico: ha construido carreteras y también un nuevo mausoleo para la madre de Kunta Hadjí. «Ya sabe a qué me refiero», murmura la anciana a nuestro conductor en el momento de marcharse.

«Ni se te ocurra enseñar mis fotos a ningún abueleto alemán —le dice a Dimitri echándose a reír como una chiquilla—, que luego vienen y quieren casarse conmigo.»

En el mausoleo recién construido —un edificio con una cúpula, sorprendentemente sencillo y armonioso en comparación con el *kitsch* que hemos visto en Grozni— hay dos señores: calculo que uno tendrá cuarenta y tantos, mientras que el otro pasa claramente de los sesenta. El más

joven, que viste una sudadera y tiene una canción de Deep Purple como tono en el móvil, se presenta como el vástago de una dinastía noble de místicos. Solo tiene palabras de burla para el islam oficial. Según él, sus responsables mencionan a Kunta Hadjí únicamente porque el santo llamó a la purificación interior en vez de a la lucha política. Predicar la pasividad no les supone ningún problema, pero la parte interior no la llevan tan bien. En Chechenia, casi nadie conoce ya las fuentes del sufismo: la palabra de Saadi, Rumi o Al-Hallay; en las escuelas reina el oscurantismo, y el Estado se comporta de pronto como si fuera religioso, aunque inaugurar una mezquita o imponer el velo no equivale a sentir verdadera devoción.

«¿Y qué me dice del propio Ramzán? —pregunto, dado que el presidente suele mostrarse en Instagram en actitud de oración—. ¿También lo suyo es una pose, o es un verdadero creyente?»

«Tengo la impresión de que le gustaría ser religioso —ironiza el joven místico—, pero que no sabe muy bien cómo hacerlo.»

Luego nos cuenta que conoce a muchas personas influyentes, que ha sido miembro de esta y aquella organización y que a él en cierto modo lo respetan porque pertenece a una determinada familia. De puertas para dentro defiende su opinión, pero en general no cree que le hagan mucho caso. Los responsables consideran que la democracia es un concepto peligroso.

«Pero ¿cree que tienen una imagen realista de la sociedad?»

«No, ellos creen que todos somos felices. Lo creen de verdad, no están fingiendo.»

Él siempre estuvo en contra de la independencia, de modo que, cuando estalló la guerra, prefirió marcharse a estudiar a Europa. Sin embargo, a principios de los noventa, su compañero —dice señalando al otro señor sentado en la alfombra, junto a él— estaba en el otro bando, el de los partidarios de la guerra.

«¿Su compañero?», pregunto extrañado, puesto que ese señor parece quince o veinte años mayor.

«Sí, nos conocemos desde niños.»

El compañero luce una barba gris y viste un traje pasado de moda, combinado con una camisa y un jersey de lana, además de la gorra tradicional de color verde. Luchó en el batallón de Dzhojar Dudáiev, el primer presidente de la Chechenia independiente, y, además, nos cuenta muy orgulloso que fue uno de los últimos ocho soldados que defendió el palacio presidencial en 1995. Su vehículo estalló mientras seguía a Dudáiev camino de las montañas. Sus seis camaradas murieron; él despertó del coma treinta y siete días después. Gracias a la ayuda de la familia de su amigo, lo trasladaron a Alemania, donde los médicos, sin embargo, no le dieron ninguna posibilidad. Tres operaciones más tarde, logró recuperarse, como si de un milagro se tratase. La cicatriz en el cuello, que marca el lugar donde le introdujeron el tubo del respirador, se reconoce a simple vista. Él se mueve lentamente y, aunque solo puede hablar en voz baja, casi imperceptible, da gracias a Dios y a Alemania por haber renacido. De su trato con los alemanes dice no haber experimentado otra cosa que humanidad y misericordia. Pese a ser cristianos, le parecen mejores musulmanes que la mayoría de quienes lo rodean. Peor que la crueldad de los rusos es el dolor que provoca la traición de los tuyos, de quienes se dejaron comprar por Rusia. Nos cuenta que, cuando ve una foto de Putin por la calle, mira para otro lado; bastante le cuesta ya pronunciar el nombre del presidente ruso.

Le pregunto si habría luchado en la segunda guerra de no haber resultado herido. Me responde que probablemente no, ya que, tal y como predijo Dudáiev antes de ser asesinado, esa segunda guerra estuvo condenada al fracaso desde el primer momento.

«¿Así que Dudáiev vaticinó la segunda guerra?»

«Él siempre dijo que temía menos a Rusia que a un islam extremista, un islam equivocado. Decía que lo único que rompen las armas rusas son nuestros huesos, mientras que los wahabíes nos rompen el espíritu. Y eso fue lo que ocurrió.»

Me pregunto si también Dudáiev cambió de bando. Como es muy probable que este señor rechace airadamente tal hipótesis, prefiero no plantearla siquiera, aunque lo cierto es que el «héroe» Dzhogar Dudáiev tenía las mismas preocupaciones que el «traidor» Ajmat Kadírov, solo que, como suele suceder en los cuentos, los buenos se distinguen fácilmente de los malos.

Pregunto a ambos si, desde la perspectiva que tienen hoy, consideran que fue un error luchar por la independencia, pero el que parece más joven —aunque en realidad son de la misma edad— prefiere no interpretar al otro mis palabras argumentando que, para su amigo, sería demasiado doloroso responder a eso.

En la localidad de Jarachoi, paramos junto a la estatua del abrek Zelimján, cuya resistencia contra Rusia ha sido fuente de muchas historias para los chechenos. Cuando ofrecieron una recompensa de cinco mil rublos por su cabeza, el abrek se permitió mofarse de la policía zarista anunciando que, a las 12 en punto del 9 de abril de 1910, asaltaría el banco de Kizliar. Los chechenos se siguen riendo de que Zelimján realmente lo lograra.

«¿Significa eso que estas historias aún se recuerdan?», pregunto a un hombre recio de ojos muy claros que pasa junto a la estatua y lleva dos bolsas de plástico repletas de cosas.

«Algunos quieren que olvidemos», me dice mientras deposita las bolsas en el suelo para contarme otra historia. Una vez, Zelimján se dejó la fusta adrede en el banco que acababa de robar. Después pidió a uno de sus camaradas, al que quería poner a prueba, que fuese a recuperar la fusta, con la excusa de que tenía mucho cariño a ese objeto. El camarada replicó que si se había vuelto loco, pues el banco estaba ya tomado por la policía. Fue entonces cuando el propio Zelimján montó en su caballo y regresó sano y salvo con la fusta. El señor insiste en que Zelimján jamás se quedó con un solo rublo, sino que repartía todo el botín entre los pobres y los necesitados. Nos disponemos ya a subir al coche cuando se sucede la siguiente historia de ladrones, demasiado buena para dejársela en Jarachoi: en una ocasión, los rusos tenían rodeado el escondite de Zelimján, situado en mitad de las montañas. Entonces, el abrek se desvistió y ató el pantalón, la camisa, la chaqueta y la gorra al tronco de un árbol, del tamaño de un hombre. Luego, clavó las herraduras de su caballo al revés y echó el tronco a rodar montaña abajo. Mientras los rusos disparaban contra el Zelimján de madera, el auténtico huyó en dirección contraria. Los rusos encontraron su rastro, pero lo interpretaron en sentido inverso. Como tantas otras historias en Chechenia, también esta termina, lógicamente, con una traición: un camarada pagado por los rusos disparó a Zelimján por la espalda el 27 de septiembre de 1913. El abrek alcanzó a resguardarse en una casa, pero ya nunca logró romper el cerco que lo rodeaba.

El señor de las bolsas se niega a marcharse sin enseñarnos la estatua personalmente. Ahí está Zelimján, con su largo bigote y la pistola a la cintura, descansando junto al fuego mientras su caballo pasta. Junto a ellos, fluye el agua que mana de una fuente situada en lo alto de la ladera.

«¿La fuente también tiene su propia historia?»

«Pues claro —responde el señor—, pero esa no tiene que ver con la guerra. ¿Quieren oírlos de todos modos?»

Como sucede en el resto del mundo, dos amantes no podían casarse porque sus familias estaban enemistadas. Los enamorados decidieron huir, pero el padre oyó el chacoloteo del caballo, salió corriendo y lanzó un puñal que se clavó en la espalda de su hija, que iba montada detrás del amado.

«La verdad es que tampoco fue un final feliz», reconoce el señor.

«Si la historia hubiese acabado bien, se habría olvidado hace tiempo», le digo, como si eso fuese un consuelo.

«Pues tiene usted razón», admite el señor para mi sorpresa, y luego nos cuenta que la fuente mana justamente del lugar donde se derramó la sangre de la muchacha. Todavía hoy, el agua fluye hasta el pueblo y pasa junto al abrek Zelimján.

Reanudamos nuestro camino hacia la sierra, que poco a poco se vuelve tan salvaje como se describe en la ficción: casas de piedra con chimeneas humeantes, niños en trineo, el sol que ha ahuyentado a las nubes, un coche viejo que avanza en la lejanía... Esto sí que parece un paisaje idílico, por más que se diga que la guerra no terminará hasta dentro de cincuenta años. Todo aquel al que preguntamos por el camino, sin excepción, nos invita a tomar un té y, a medida que se aproxima el mediodía, incluso a comer. En esta zona no hay restaurantes, ni siquiera pizzerías, sino solo alguna que otra tiendecita de comestibles, de modo que entramos con gusto en una casa de cuyo alero cuelgan piezas de carne envuelta. El salón, pronto invadido por el aroma de la salsa, refleja cierta prosperidad: hay una pantalla plana bastante grande, una instalación de televisión vía satélite, una cadena de música en estéreo, calefacción de gas y un tresillo nuevo. Nuestro anfitrión, un hombre alto y delgado, era policía, pero desde que sufrió un asalto lleva una placa de metal en el brazo. Los cuarenta y cinco mil rublos que percibe al mes son la pensión más alta prevista para un inválido. Primero nos habla de unos ladrones comunes que pusieron una bomba mientras él estaba patrullando; luego, de unos rebeldes que, además, comenzaron a disparar.

«¿Rebeldes? —le interrumpo—. Acaba de decir que eran unos ladrones.»

«Ladrones, rebeldes... todo depende de cómo se mire. Lo que está claro es que no eran ningún Che Guevara.»

El expolicía continúa explicando que en Chechenia solo hay dos posibilidades: ser víctima o ser delincuente. En Europa no hay que decidir entre las dos, por eso le gustaría irse a vivir allí.

«¿Y por qué no a Rusia? —pregunto—. Al fin y al cabo, ha perdido el brazo y casi pierde su vida por Rusia.»

«Yo no serví a Rusia, sino a la Federación Rusa, de la que Chechenia forma parte. Son dos cosas distintas.»

«¿Y le parece bien que Chechenia siga en esa federación?»

«Aquí, unos dicen que les parece bien y otros callan para no tener que mentir. Si en Rusia la gente tiene miedo de expresar su opinión, en Chechenia lo que hay es pánico.»

«Pero usted ha decidido quedarse en este país.»

«Ya le he dicho que sí, tuve que elegir. Eso fue en 2004: oficialmente, la guerra había terminado, yo había estudiado Derecho y de algo tenía que vivir. Entonces tuve que elegir entre ser razonable o patriota. Lo que hice fue imaginar a dónde nos llevaría ese patriotismo. Durante la

primera guerra todavía pude optar por el punto medio, ese donde reside la virtud, así que no luché, pero la segunda no fue más que un enorme caos, y ahí ya no hubo punto medio que valiera.»

De regreso a Grozni, pasamos junto al cuartel del que partió un batallón checheno hacia Siria. El conductor menciona que conoce a alguien que ha vuelto de allí.

«¿Y qué le ha contado?»

«No mucho —responde—. Nos dijo que se pasaban todo el tiempo sentados, esperando. Y que era aburrido.»

«¿Eso es todo?»

«No, también dijo que había armas por todas partes y que los sirios todavía tienen más miedo que nosotros. Cada vez que aparecía un miembro del servicio secreto, nadie se atrevía a levantar la mirada.»

Es muy posible que la guerra dure otros cincuenta años, y que el periodo que media entre Chechenia y Siria solo sea esa interrupción de la que habló Dzhogar Dudáiev.



## TRIGÉSIMO SEGUNDO DÍA: DE GROZNI A TBILISI

El Cáucaso es probablemente la única región del mundo en la que, en el transcurso de dos horas, se puede viajar por tres guerras distintas. Bueno, es cierto que ya no son guerras de verdad. A excepción de algún atentado o escaramuza esporádicos y del régimen de terror impuesto por el Estado, en estos momentos no hay lucha armada. Además, teniendo en cuenta que en una región como esta, que no llega a superar la extensión de Alemania, viven más de cincuenta etnias con sus correspondientes lenguas, la densidad de los conflictos se relativiza. En lo que respecta a Chechenia, un europeo todavía sabe más o menos en qué consistió esa guerra; en el caso de Ingushetia y Osetia, sabe, como mucho, que algo sucedió. Si hubiese comenzado mi viaje una hora más hacia el este, habría atravesado Daguestán, otro país más donde la guerra terminó, pero en el que la paz aún no ha comenzado. Otras tantas horas más hacia el oeste está Abjasia, y a un día de viaje hacia el sur encontramos el Alto Karabaj. Lo que no se suele saber es que todos estos frentes discurren por Europa, lo cual quiere decir que nuestra mirada suele ser muy occidental.

Salimos de Grozni por la mañana temprano y, tras recorrer una autopista rectilínea, llegamos al puesto de control fronterizo, ocupado por soldados armados con ametralladoras, que indica el final de Chechenia. Una vez pasado el control, los minaretes siguen siendo los mismos. Al igual que los chechenos, en el siglo XIX también los ingusetios se rebelaron ferozmente contra los rusos y fueron deportados bajo el régimen de Stalin (me pregunto si por la misma razón). Cuando pudieron regresar, encontraron que gran parte de su territorio había sido ocupado por los osetios, en su mayoría, cristianos. La franja reservada en el este para los ingusetios es tan estrecha que, ya al cabo de media hora, comenzamos a ver torres de iglesias, pero no solo eso, sino también hoces y martillos, además de imágenes a gran escala de los héroes de la Segunda Guerra Mundial, como si hubiésemos vuelto a la Unión Soviética. A diferencia del resto de pueblos caucásicos, los osetios casi siempre mantuvieron una relación amistosa con Rusia, lo cual les procuró una cierta protección frente a los vecinos y conquistadores musulmanes. Así, no fue casual que Catalina la Grande mandara construir en Osetia una ciudad, desde la cual su ejército fue sometiendo a un pueblo tras otro. Dicha ciudad se sigue llamando Vladikavkaz, que significa ‘el que reina en el Cáucaso’.

Rusia perdió un millón de soldados hasta que, a mediados del siglo XIX, logró arrinconar a los persas y a los otomanos, romper la resistencia local y expandir su dominio más allá de los dos mares meridionales, el mar Caspio y el mar Negro. Alejandro Dumas, que en 1858 hizo este mismo recorrido en sentido inverso, apuntó: «Si les pusiéramos ante la vista a nuestros lectores franceses los detalles de una expedición por las montañas, les dejarían asombrados cuántas privaciones puede soportar el soldado ruso». Los franceses habían librado una guerra igualmente dura en Argelia, pero no con semejantes dificultades asociadas al terreno. Además, los soldados franceses percibían un buen sueldo y estaban bien atendidos, tenían un techo y, al menos, la

perspectiva de un ascenso. Asimismo, su batalla solo duró tres años, mientras que los rusos del Cáucaso llevan cuarenta años igual. El soldado ruso a menudo no tiene más que pan moreno y húmedo para comer:

[...] duerme encima de la nieve y pasa, junto con la artillería, la impedimenta y los cañones, por caminos que nunca había hollado el hombre, donde nunca llegó el cazador, donde solo el águila ha planeado más arriba del granito y de la nieve. Y ¡para qué guerra! Para una guerra sin cuartel, sin prisioneros, donde a todo herido se lo considera hombre muerto, donde el adversario más feroz corta la cabeza y el más benigno, la mano.\*

Al igual que en las incursiones de Europa Occidental en África, Asia y América, la expansión de los rusos hacia el sur también fue un proyecto colonial, en virtud del cual la cultura europea y el cristianismo ortodoxo debían remplazar a la «barbarie caucásica». Es más, Catalina la Grande anunció su objetivo de destruir el Imperio otomano, recuperar Bizancio y, así, instaurar «la paz eterna en el Este». El plan fracasó estrepitosamente, pues la ansiada coalición europea contra la Sublime Puerta nunca llegó a constituirse. Sin embargo, también en la propia región del Cáucaso el dominio ruso se volvió frágil, de modo que, tras la caída de la Unión Soviética, comenzaron a surgir conflictos allí donde habían quedado cicatrices de la época colonial. Ya sea en Chechenia, en Ingushetia o en lo que respecta al conflicto que enfrenta a Georgia con Osetia, lo cierto es que el dominio del Cáucaso vuelve a estar en disputa y, en parte, es objeto de un combate real. Además, al igual que en su día hicieran los otomanos, los pueblos que hoy desean autoafirmarse y desvincularse de Rusia tienen sus esperanzas puestas en Europa, no en el mundo islámico.

Pasado Vladikavkaz, enseguida comienza la vía militar que construyeron los rusos para cruzar el escarpado macizo montañoso. Hoy, desde que Georgia vuelve a estar enemistada con Rusia, son pocos los automóviles y aún menos los camiones que atraviesan este paso de montaña, que, a comienzos del siglo XIX, fue uno de los proyectos arquitectónicos más ambiciosos. A medida que asciende, la carretera discurre a orillas del río Térek, ese al que el 15 de septiembre de 1819 se arrojaron las jóvenes chechenas para no caer en manos de los soldados rusos. Una enorme estatua colocada estratégicamente en el paso fronterizo recuerda al general Alexéi Yermólov, quien declaró que no descansaría «mientras hubiera un solo checheno vivo». Para cruzar la frontera, los rusos necesitan un visado, mientras que a nosotros nos basta con mostrar un pasaporte del espacio Schengen: por más que esta situación se repita, no deja de sorprenderme que, aun habiendo venido de tan lejos, disfrutemos de ciertas ventajas en comparación con los nativos. Nada más abrir la frontera, a las nueve de la mañana, cruzamos la barrera ilusionados ante la perspectiva de pasar un día entero visitando todos esos monumentos, paisajes naturales y lugares históricos que jalonan el camino y que tantos autores han ensalzado, desde Pushkin hasta Lérmontov, desde Alejandro Dumas hasta Knut Hamsun. Sin embargo, al instante nos ordenan bajar del coche, y pasamos las siguientes horas retenidos en una oficina rusa donde apenas caben un escritorio, unas sillas y una estantería.

Pese a hacerlo educadamente, un oficial trata de averiguar qué se nos ha perdido en Chechenia. Para ello se lleva aparte al conductor, al que formula preguntas trampa para detectar supuestas contradicciones en sus respuestas. Por suerte, todos los papeles están en regla, en

internet es posible comprobar nuestros datos personales y, por si fuera poco, visitar Chechenia no es ilegal ahora que, oficialmente, vuelve a reinar la normalidad. No obstante, al oficial que está introduciendo todo lo que decimos en el ordenador, nuestra ruta le resulta «extraña».

«Pero ¿para qué van allí?», nos insiste sin cesar.

«¡Dios santo! —exclamo cuando nos pregunta por quinta vez—. Muchos escritores han recorrido este camino y yo soy uno más, eso es todo.»

El interrogatorio se ve interrumpido continuamente por funcionarios que abren la puerta con una tarjeta y lanzan alguna pregunta en voz alta. Otros oficiales se sientan con nosotros y escuchan durante un rato antes de marcharse sin decir palabra. Un joven funcionario vestido de civil se pasa más de una hora viendo vídeos musicales en su teléfono móvil: parece que en la frontera entre Rusia y Georgia no hay mucho que hacer. Nuestro oficial es el único que se queja de tener que hacerlo todo él: «¡Y ahora, encima, vienen ustedes!». En el mejor de los casos, debe verme como uno de esos occidentales excéntricos que roban tiempo a gente trabajadora como él. Menuda idea: viajar de Alemania a Bielorrusia pasando por el Báltico; luego, de Ucrania a Rusia vía Crimea, y, por último, de Chechenia a Isfahán —que a saber quién lo conoce— atravesando el Cáucaso. De vez en cuando, suena uno de los dos teléfonos que están sobre el escritorio. El oficial solo levanta el auricular de color negro cuando le apetece, mientras que el mamotreto anticuado color beis lo descuelga inmediatamente. A saber qué central estará al otro lado de la línea.

Una vez anotadas el resto de las respuestas en varios libros de registro, el oficial nos pide que esperemos fuera. Desde el pasillo le oímos explicar nuestro recorrido a alguien, seguramente por el teléfono beis. El oficial resopla varias veces y dice que él tampoco lo entiende. A continuación, nos ordena que volvamos a entrar para hacernos unas cuantas preguntas más. Entre otras cuestiones, quiere saber si lo que voy a escribir sobre Rusia será positivo o negativo. Le vuelve a parecer «extraño» que no esté dispuesto a reducir mis impresiones a esas dos categorías. Sea como fuere, me recomienda que no escriba sobre lo sucedido ese mismo día. Cuando ya se dispone a dejarnos marchar —probablemente para volver a utilizar el teléfono beis—, no encuentra la tarjeta que sirve para abrir la puerta también desde dentro. El oficial voltea todas las hojas, abre todos los cajones y rebusca en los bolsillos... sin éxito, así que esperamos en silencio hasta que la puerta se abre desde fuera, aunque justo en ese instante no es porque haya un funcionario que venga a hacer una pregunta. En realidad, deberíamos echarnos a reír al unísono, pero eso sería de mala educación, ya que estamos ante las autoridades rusas.

Ha pasado el mediodía cuando el oficial suspira aliviado y da por concluidas sus averiguaciones. Por último, nos pide que extraigamos las baterías de los teléfonos móviles para que él pueda anotar el número de registro. ¿Será que a partir de ahora Rusia nos va a pinchar el teléfono? En cualquier caso, nuestro conductor murmura perceptiblemente que ahora tendrá que comprarse un móvil nuevo. Mientras nos acompaña hasta el coche, el oficial se disculpa por el largo interrogatorio: como parte de la lucha contra el terrorismo, es importante saber quién cruza la frontera y por qué motivo, ya que, al final, eso repercute en nuestra propia seguridad. A pesar de las incomodidades, el oficial confía en que la visita a la Federación Rusa haya sido de nuestro agrado. Para concluir, nos pregunta si hemos visto ya la estatua del general Yermólov.

Pasados cien metros, los caracteres cirílicos han desaparecido. La lengua con la que crecieron la mitad de los habitantes de más edad ya no forma parte de la vida pública. En cambio, yo enseguida me siento más a gusto, por la sencilla razón de que, de nuevo, puedo leer los

carteles, que están escritos en georgiano y en caracteres latinos. Además, el control de pasaportes es tan somero como de costumbre para un ciudadano de la Unión Europea: una mirada fugaz a los papeles y a la cara, un sello, y ya estamos en Georgia. Apenas distan cien metros y parece que el terrorismo ya no es una amenaza tan grande.

La carretera asciende serpenteante por la montaña. A excepción de la franja asfaltada, el panorama pronto se inunda de nieve. Solo si giro la nuca alcanzo a ver por la ventanilla un trocico de cielo y, debajo, la roca desnuda. Ahí, en algún lugar, debe de estar la cuna de la humanidad; a uno de esos peñascos debió de estar encadenado Prometeo. En 1858, tras contemplar el panorama de la cumbre del Kazbek, de cinco mil metros de altitud, Alejandro Dumas escribió:

Nos quedamos mudos por un momento ante aquella espléndida vista; no se trataba ni de los Alpes, ni de los Pirineos; no se trataba de nada que hubiéramos visto, de nada que la memoria nos recordase, de nada con que hubiese soñado nuestra imaginación. Era el Cáucaso, es decir, el teatro donde el primer poeta dramático de la Antigüedad sitúa su primer drama, ¡un drama cuyo héroe es un titán y cuyos actores son dioses!...\*

Tanto más cómicos resultan los baños portátiles repartidos alternativamente por el arcén cada quinientos metros, uno a la izquierda y otro a la derecha.

Una vez atravesado ese paso, tan estrecho que —tal y como escribió el viajero Plinio hace dos mil años— unos pocos soldados bastarían para detener a todo un ejército, la garganta se abre y comienza una altiplanicie que desciende suavemente. Puede que también la topografía explique por qué, antes de los rusos, casi todos los conquistadores llegaron por el sur y no por el norte: el Cáucaso solo es tan escarpado y tan esquivo por su cara septentrional. Ya al ver las primeras casas, pueblos y personas, tengo la sensación de encontrarme en otra zona climática. De pronto estoy en el sur. Debido a la colonización rusa, la fisonomía, la gastronomía y las costumbres de Europa continental han llegado hasta Vladikavkaz o hasta Crimea, pero no parecen haberse extendido más allá del Cáucaso. Así, me fijo en los rostros morenos de cabello oscuro, en los gestos enérgicos de los mercaderes ambulantes que venden vino, zumo de granada o golosinas exóticas, vivo el regateo apasionado si uno se anima a comprar varias docenas de esas deliciosas ristas de nueces caramelizadas, también veo los pañuelos y los vestidos negros de las señoras mayores... Es como si hubiese pasado directamente de Alemania al sur de Italia. Pero no solo en este sur: también en las *boutiques* y en los supermercados de Gudauri, un complejo turístico donde practicar esquí, se encuentra cualquier producto propio de una cultura consumista como es la occidental. La clase alta de Georgia no necesita volar a los Alpes ni a Colorado para practicar heliesquí y disfrutar del *après-ski*. Aunque Occidente no llegó a Georgia hasta pasada la Revolución de las Rosas, trece años no son nada para una de las cunas de la humanidad. Los carteles colocados en la carretera que conduce a Tbilisi todavía señalan la antigua orientación: «Teherán: 1.240 km». La única parada que nos permitimos por el escaso tiempo que nos queda es la fortaleza de Ananuri, reconstruida en el siglo XVII durante la ocupación persa. Además de las monjas, tapadas hasta la barbilla, en la iglesia solo vemos gente joven vestida con ropa occidental. Los arabescos que hay a la entrada muestran la influencia que la dinastía safávida tuvo incluso en la arquitectura cristiana.

«El amor de Georgia y el amor de Persia son iguales —escribe Kurban Said en su novela *Ali y Nino* sobre el amor entre un azerbaiyano y una georgiana a comienzos del siglo XX—. Por este lugar pasó hace un milenio vuestro Rustaveli, el gran poeta cantó su amor a la reina Tamara. Y sus

canciones son como los *rubaiyat* persas. Sin Rustaveli no habría Georgia, y sin Persia no habría Rustaveli.»

«No somos Asia. Somos el país más oriental de Europa», replica Nino a su amado. Y continúa:

Yo, tu Nino, existo gracias a que nos enfrentamos a Tamerlán y a Gengis, al sha Abbas, al sha Tahmasp y al sha Ismaíl. Y ahora llegas tú que aún sin espada, sin pisoteo de elefantes, sin guerreros, no eres más que un heredero del cruel sha. Mis hijas llevarán el velo, y si la espada de Irán se vuelve a afilar, mis hijos y nietos asolarán Tiflis otra vez más. Oh, Alí Kan, deberíamos pasar al mundo de Occidente.\*

Tras pasar junto a una sucesión infinita de grandes almacenes europeos, nos adentramos en Tbilisi, que, como cada noche, está en pleno atasco. Si en la estepa euroasiática sobraba espacio por todas partes, aquí los conductores luchan por ocupar cada centímetro. Por más que la espera resulte tediosa, al mismo tiempo hace que ese lugar sea reconocible, sencillamente porque se trata de una ciudad entendida como una metrópolis: demasiada gente en demasiado poco espacio. El hotel está lleno de iraníes que han hecho una escapada de la República Islámica. Al dar mi primer paseo, descubro que no solo es el hotel; también el centro histórico de Tbilisi me recuerda a las fotos de Teherán en el siglo XIX y a principios del XX: veo elegantes edificios de ladrillo rojizo que parecen hechos de filigrana, con sus balcones de madera, delgadas columnas y saledizos decorados que se asoman a las callejuelas. Por primera vez desde hace años, me acuerdo de que el padre de mi tatarabuelo nació aquí y de que, con la llegada del siglo XIX, cuando la ciudad cayó bajo el dominio ruso, tuvo que emigrar, o puede que huyese a Isfahán. Mientras paseo por las calles de Tbilisi, lo que no era más que un dato abstracto —seguramente, equiparable al que posee un niño alemán que hoy se entere de que sus antepasados procedían de Silesia o de Prusia Oriental— se convierte de pronto en una imagen concreta y, hasta cierto punto, plausible: así que es aquí, es también de aquí de donde vengo. En todo Irán no hay una sola ciudad que conserve muestras de aquella modernidad temprana, cuando las tradiciones arquitectónicas orientales se mezclaban con la influencia europea. Teherán, la otrora capital del cambio que trajo consigo la revolución constitucional de 1906, cuando parecía que la democracia iba a llegar antes a Irán que a Alemania, hoy no es más que un Moloc sin rostro, una ciudad donde apenas queda algún palacio aislado, representativo de su particular *Gründerzeit*.

Claro que los iraníes de mi hotel parecen más interesados en la gastronomía que en los edificios históricos. No hay una cocina tan parecida a la iraní como la georgiana, con sus nueces y sus granadas, esa sinfonía de hierbas aromáticas y sabores agridulces, aunque con el añadido de que aquí, además, la comida se puede acompañar con ese vino que, en el caso de los poetas Hafez y Omar Jayam, no solo debe entenderse en términos metafóricos. Tuvo que ser en la plaza principal del casco antiguo —que, al igual que en Kiev, recibe el nombre persa de «*maidán*»— donde comenzaba el laberinto del bazar al que Nino llevó a su querido Alí para disculparse simbólicamente por su arrebató de ira, tristeza y miedo:

Perdóname, Alí Kan. Te quiero a ti, sin más, a ti tal como eres, pero tengo miedo del mundo en el que vives. Estoy como loca, Alí Kan: voy contigo por la calle, como mi prometido, y te reprocho todas las campañas de Gengis Kan. Perdona a tu Nino. Es estúpido responsabilizarte a ti de todos los georgianos que los musulmanes asesinaron. No lo volveré a hacer.\*

Nada más ver ese caos multicolor, Nino se reconcilia en parte con Oriente: rodeada de comerciantes de alfombras llegados de Armenia, una muchacha kurda de ojos claros lee la mano con asombro, como si ella misma se sorprendiera de su omnisciencia; a un paso de ella, están los cocineros persas y los sacerdotes osetios; rusos por aquí, árabes o ingusetios por allá, y también indios, sí. Casi todos los pueblos de Asia se hallan unidos pacíficamente —o, tal vez, no tanto— por el comercio:

A la sombra de un puesto hay un alboroto. Los vendedores rodean la pelea. Un asirio riñe enfurecido con un judío. Alcanzamos apenas a oír: «Cuando mis antepasados se llevaron prisioneros a los tuyos hacia Babilonia...». Todos estallaron en carcajadas. También Nino se ríe: del judío, del asirio, del bazar, de las lágrimas que ha derramado sobre el empedrado de Tiflis. \*\*

Hoy, el *maidán* está lleno de jóvenes, noctámbulos y turistas: no se mueven ni se visten de forma distinta a los de cualquier otra ciudad europea. Parece que las cúpulas y los balcones de madera son meros escenarios para albergar los bares de moda, cuya oferta cubre todas las necesidades, desde el *pub* irlandés hasta las hamburgueserías de calidad. Tanto más me sorprende comprobar que, doscientos años después de la ocupación persa, los dos escritores con los que he quedado en un local de *jazz* se saludan diciendo «*salam*». Aunque ambos confiesan no ser conscientes de estar empleando el saludo habitual persa, cuando se lo hago notar, tanto Anna Kordsaia-Samadashwili —escritora— como Lasha Bakradze —director del Museo de Literatura de Tbilisi— caen en la cuenta de la coincidencia. Los dos han seguido los carteles que conducen a Teherán, pero son más las veces que han volado a Europa, es decir, a esa Europa Occidental a la que yo pertenezco. Por el contrario, apenas les llega información sobre Chechenia ni, en general, sobre nada que quede al norte del Cáucaso, una zona que, cuando ellos eran jóvenes, perteneció a Georgia. Además, hace tiempo que ninguno de los dos ha recorrido la carretera militar georgiana.

## TRIGÉSIMO TERCER DÍA: TBILISI

A Mijaíl Saakashvili, que llegó al cargo gracias a la Revolución de las Rosas, le gustaba tanto el Reichstag alemán que decidió coronar el palacio presidencial de Georgia con otra cúpula de cristal. Aunque las cúpulas siguen siendo muy populares, Saakashvili ya es historia, y no solo porque perdiera las elecciones, sino porque, además, se fue al extranjero huyendo de las acusaciones de la Justicia georgiana. Hasta esos mamotretos austeros hechos de hormigón y que parecen herméticos, tan característicos del estalinismo, llevan de vez en cuando un sombrero transparente. Desde hace poco, también han plantado un rascacielos considerable en mitad del conjunto arquitectónico clasicista que conforma la nueva Tbilisi. En Europa Occidental, nadie obtendría una licencia para construir semejante monstruosidad. En cambio, todos los esfuerzos por combatir el deterioro del casco antiguo se han quedado a medio camino: mientras la parte baja de la ciudad vive un proceso de gentrificación que la está convirtiendo en la típica ciudad oriental para turistas estilo Walt Disney, las casas de la zona alta están a punto de derrumbarse. «Algunos inversores ponen mucho de su parte para que esto suceda», dice molesta Anna Kordsaia-Samadashvili, que se ha tomado la mañana libre para enseñarme la ciudad.

Anna, que además de escribir enseña Literatura en la universidad, ha vivido varios años en Alemania y percibe algunos aspectos curiosos de la occidentalización que tuvo lugar durante el mandato del expresidente Saakashvili; por ejemplo, la proliferación de cúpulas de cristal o el hecho de que la carretera principal que conduce al aeropuerto lleve el nombre de George W. Bush, quien ni siquiera es un héroe para los propios ciudadanos de Texas. Anna también reconoce las sombras de una economía de mercado que, tal y como sucedió en todas partes tras la caída de la Unión Soviética, apenas está regulada, y sí dominada por oligarcas. Pese a todo, la escritora cree que Georgia avanzó bajo el Gobierno de Saakashvili. Cuando, en 1992, voló de regreso a su país tras las guerras de Abjasia y Osetia, al aterrizar en Tbilisi de noche no vio más que oscuridad. Lo único que estaba iluminado con lámparas de petróleo era la pista de aterrizaje. Aún en 2004, los cortes de luz estaban a la orden del día, y, con la caída de la Unión Soviética, también causó baja la calefacción central. Y luego está la corrupción: era imposible viajar por carretera sin que te parasen varias veces y sin que la policía, bien con amabilidad, bien con firmeza, te pidiera que pasaras por caja. No es que todo esto haya desaparecido, pero la situación ha mejorado notablemente, sobre todo si se compara con el periodo previo a la Revolución de las Rosas, movimiento que el clero y los medios prorrusos cuestionan al considerarlo una chapuza de los servicios secretos occidentales. Con todo, en 2012, Georgia logró consumar el primer cambio de gobierno parlamentario en una república postsoviética fuera del Báltico.

Pregunto a Anna si hay algún lugar donde se conmemore la revolución. Ella responde que sí lo hay, pero que cambia constantemente. Al principio fue la plaza principal de Tbilisi, donde los ciudadanos se manifestaron en noviembre de 2003 contra el fraude electoral que tuvo lugar bajo el entonces presidente Shevarnadze, pero ahora solo hay un cruce bastante feo que lleva el nombre

de la revolución. No en Tbilisi exactamente, pero tanto en las zonas rurales como en Gori, su región natal, el propio Stalin vuelve a ser rehabilitado. Lo que no gusta recordar son las noches de total oscuridad. Ahora bien, lo que más preocupa a Anna en relación con los jóvenes —entre ellos, sus propios estudiantes— es otro tipo de laguna en la memoria histórica: muchos ni siquiera saben quién fue Stalin.

Entramos a un café que, como el club de *jazz* del día anterior, está muy de moda. Ya en Vilna me llamó la atención hasta qué punto la irrupción del libre mercado y su culto al individualismo en un sistema socialista puede o podría resultar fascinante desde un punto de vista estético, cosa que también ocurrió en Mitte —el distrito más céntrico de Berlín— tras la caída del Muro. En Londres o en Berlín, se invierte mucho dinero para conseguir esa pátina que cubre por sí sola los almacenes, talleres o comercios de la antigua Unión Soviética, reformados con medios escasos, y esa mezcla de diseño moderno y arte obrero; todo para que, al final, las paredes de ladrillo visto, el suelo de madera desgastada y los pósteres de películas rusas sean tan intercambiables como una cocina de IKEA. Cuando me sirven el *caffè latte* —que, sin duda, prefiero antes que la aguachirle local que hacían pasar por café durante el socialismo—, se me ocurre que esa nostalgia de la Unión Soviética tal vez sea tan evidente en Georgia porque el propio Stalin nació aquí. Anna arquea las cejas y lo niega rotundamente: en Georgia, todas las familias vivieron de primera mano el terror, el pánico a ser detenidos sin motivo, la desaparición de familiares por los que ni siquiera se podía preguntar, la inseguridad paralizante. La única razón por la que la hambruna que afectó a la población rural que se rebeló contra la colectivización no costó tres millones de vidas, como en Ucrania, es que en Georgia la tierra es más fértil. Para un escritor, también en Georgia las posibilidades se reducían a dos: o te mataban, o te hacías espía. Anna insiste en no entrar en competiciones sobre qué pueblo soviético acumula más víctimas.

«Pero ¿no es un hecho que unos sufrieron más que otros? —pregunto—. Al menos, yo no he percibido que los tártaros de Crimea, los chechenos o los ingusetios sientan especial nostalgia; tampoco los judíos ni los rusos de origen alemán.»

«Eso es cierto —admite Anna—, la deportación fue otra cosa.»

La escritora me cuenta que, hace tiempo, vio en el periódico una foto enorme en la que Refat Chubárov, líder exiliado de los tártaros de Crimea, aparentaba estar haciendo el saludo hitleriano. Lo cierto es que, como pudo comprobar más tarde a través de internet, Chubárov estaba subido a un estrado saludando a unos seguidores congregados a sus pies. Es así como funciona, todavía hoy, la propaganda dirigida contra los pueblos más humillados desde la época zarista.

«Ahora bien —continúa Anna—, puestos a hacer distinciones, también hay que recordar a esos pueblos que fueron completamente exterminados. De los circasianos o de los mesjetios, por ejemplo, solo queda el nombre. Y de otros, ni siquiera eso.»

Los suabos que llegaron a Tbilisi en el siglo XIX dejaron al menos una zona de ocio. El barrio donde se asentaron está hoy tan restaurado que ya casi nadie vive allí. En realidad, es una lástima, pues son todas casitas muy agradables de dos plantas, como si hubiesen sido teletransportadas a Georgia desde el sur de Alemania. El hecho de ser conocidos por su tenacidad, también en su nuevo hogar, no impidió que los suabos fuesen deportados a Kazajistán en 1941. Sin embargo, por más que uno pueda permitirse vivir en una de estas casas, el bullicio nocturno resulta insoportable.



Unas manzanas más allá, Tbilisi vuelve a caer en la melancolía. Fue el gobernador ruso Vorontsov, al que los lectores de Tolstói conocerán por su obra *Hadji Murat*, quien mandó instalar balcones de forja en los edificios antiguos. Las autoridades zaristas quisieron convertir Tbilisi en una moderna ciudad europea, para lo cual los adornos de madera resultaban molestos. A los habitantes de Tbilisi, sin embargo, no les gustaba la forja, pero, como no podían oponerse a la norma, lo que hicieron fue trasladar los balcones y saledizos de madera al interior. Así, muchas calles tienen fachadas europeas y patios interiores decorados con motivos orientales. Un cuadro en miniatura típicamente persa que muestra a unos amantes acariciándose y tomando vino con música de fondo se me revela cristiano cuando descubro el cerdo que están asando al fuego. Al comprobar lo verdes que son esos patios, decorados primorosamente con sofás, sillas y mesas, deduzco que los teflitanos también han conservado el amor a los jardines característico del periodo iraní. Al igual que en una ciudad tradicional persa, Tbilisi no da la impresión de que la vida transcurra en la calle, sino que florece tras los muros. Emocionado al encontrar tantas similitudes con mi alma iraní, pregunto qué opinan de mis compatriotas en Georgia; quiero pensar que, al menos, los tendrán en tanta estima como tienen a los suabos.

«Para serle sincera, la opinión general no es muy buena», responde Anna antes de recordar a los cientos de miles de georgianos que fueron enviados a Irán por el sha Abbás II. Y luego está el sha Agha Mohammed Jan —es cierto, ahora lo recuerdo—, que en 1795 saqueó vilmente Tbilisi, profanó las iglesias, incendió casi todas las casas y capturó a veintidós mil vecinos para convertirlos en esclavos. Como si estuviera en la obligación de consolarme ante la sangrienta historia de mis antepasados, Anna añade que, a ella personalmente, Irán le gusta mucho: la gente, la comida y la arquitectura son fantásticas; lo único que le pareció terrorífico fue el régimen impuesto por la república islámica. Después me cuenta que, en la región iraní de Feridán, donde todavía hoy vive la minoría georgiana más importante, se le saltaron las lágrimas cuando oyó hablar a sus compatriotas una variante de georgiano del siglo XVIII, prácticamente exenta de la influencia rusa.

«Entonces —vuelvo a preguntar, expectante—, ¿se podría decir que los georgianos están contentos en Irán?»

Anna siente decepcionarme una vez más: en Georgia, se dice que todos los sueños se cumplen al atravesar un arcoíris. En Irán, por el contrario, los georgianos dicen que tras ese arcoíris está Guryistán, el nombre persa de la patria perdida.

Como no falta mucho para que salga mi vuelo a Colonia, pido a Anna que me enseñe la mezquita y al menos una iglesia, la que ella considere su favorita. A Anna la religión no le interesa especialmente, con lo cual se para a pensar por unos instantes. La famosa iglesia de Sion le parece muy turística, así que me lleva a la basílica de Anchisjati, la más antigua de la ciudad. Como viste pantalón, Anna prefiere esperar en la puerta: no le apetece que un pope ortodoxo le llame la atención.

En la basílica, que resulta ser tan auténtica como Anna había anunciado, están celebrando el bautismo de Jesús. Sin embargo, nada parece indicar que el ambiente sea solemne. La mayoría de los fieles forman pequeños grupos y charlan entre ellos, se ríen y miran a su alrededor. Otros rezan en silencio, salmodian a partir de un libro de oraciones o están inmersos en una conversación con algún religioso. Dos sacerdotes robustos se han arremangado y están vertiendo agua bendita en las botellas de plástico que han traído los fieles. Otro de más edad habla por el

móvil mientras vigila la operación para que no se derrame nada. Es otro tipo de devoción, probablemente más antigua y distinta a la que conocemos en la Europa posterior a la reforma; no es una devoción pasiva, sino más bien activa, como la de esos rabinos que hablan por teléfono junto al Muro de las Lamentaciones mientras recitan versos de la Torá. Lo importante no es tanto el estado interior del creyente, sino que ponga en práctica su fe, pues el ritual no persigue la purificación del individuo, sino que sirve a Dios. Que el acto en sí mismo sea bello o no se considera secundario; por eso, basta una botella de plástico para llevarse a casa el agua bendita.

Anna no tiene por qué esperar frente a la mezquita de Jumah. Los hombres congregados en la antesala, que hablan turco entre ellos, nos aseguran que los pantalones no suponen ningún problema, y que tampoco se necesita velo. Accedemos descalzos a la sala de oración, donde la luz del día atraviesa los ventanales: es un templo blanco que casi parece moderno, con una alfombra roja y unas miniaturas celestes como únicas notas de color.

La escritora se sobresalta cuando una mujer mayor la coge de la mano, pero la señora simplemente se ha dado cuenta de que Anna tiene frío y quiere mostrarle dónde está la calefacción. El ambiente es en general relajado: mientras unos conversan, otros echan una cabezadita o rezan sus oraciones. En esta mezquita no hay un espacio separado para las mujeres; sin embargo, la sala está dividida por columnas en dos mitades, cada una de las cuales tiene su propio nicho orientado a La Meca: nunca había visto dos mihrabs juntos en una mezquita. Además, una de las paredes longitudinales está decorada con expresiones suníes; en la otra, en cambio, se ensalza a los imanes chiíes. Y es que en el siglo XX solo había una mezquita, la única que permitían las autoridades soviéticas. Es por eso por lo que suníes y chiíes acordaron compartirla como buenos hermanos. Así, cada uno tiene su mihrab, pero todos comparten un mismo techo.

Entablo conversación con una familia iraní que está sentada en la parte chií de la alfombra.

«¿Habían visto ustedes algo así? —les pregunto—. ¿Un mihrab suní y otro chií juntos?»

«No —responde el padre de familia, que, a diferencia de Anna o de los iraníes del hotel, todavía parece interesarse por la religión—. En el resto del mundo, suníes y chiíes se llevan a matar: Irak, Siria, Arabia Saudí, Yemen. Y aquí rezamos juntos.»

«Pero eso es bueno, ¿no cree?»

«Sí, por supuesto. Aunque puede que aquí no sepan exactamente cuáles son las diferencias.»

«O que no se las tomen tan en serio.»

En el Cáucaso viven más de cincuenta pueblos repartidos en una superficie que apenas supera la de Alemania. Solo la ciudad de Tbilisi ha sufrido todo tipo de hostilidades: iglesias profanadas, mezquitas destruidas, terror, guerra, genocidio y deportación; desgracias, todas ellas, que se pueden derivar de diferentes doctrinas, ya sean cristianas o musulmanas, religiosas o laicas. Pero, al mismo tiempo, Tbilisi, al igual que el conjunto del Cáucaso, ha aprendido como ninguna otra región lo que significa la convivencia entre los pueblos. Del mismo modo que no es poco frecuente encontrar una mezquita junto a una iglesia, tampoco en su interior se hacen distinciones, ni entre los creyentes ni entre el hombre y la mujer.

«Eso es un poco exagerado», refunfuña Anna una vez más.

Aunque tal vez tenga razón, opto por no recordarle las tres zonas de guerra que atravesé el día anterior en un periodo de dos horas. Quien llegue a Tbilisi tras recorrer la carretera militar georgiana no podrá evitar sentir cierta nostalgia al experimentar algo parecido a la paz.

## TRIGÉSIMO CUARTO DÍA: TBILISI

El hotel en el que me registro por la mañana temprano cuando regreso a Tbilisi, en junio de 2017, está lleno de familias judías muy numerosas; deduzco que sus miembros emigraron a Israel y han venido a visitar su antigua patria. Los hombres llevan una kipá combinada con un atuendo informal; las mujeres, vestidos por la rodilla. Hasta los niños: todos muestran la misma fisonomía recia, como si, además de pertenecer a un mismo pueblo, pertenecieran también a un mismo clan; por otro lado, y del modo que suele ocurrir con los orientales, ocupan tanto el espacio físico como el sonoro. Pero ¿se les puede considerar orientales? Desde que el ser humano comenzó a plantearse esta cuestión, la frontera que separa Europa y Asia atraviesa por algún sitio la estrecha franja de terreno que separa el mar Negro del mar Caspio. Según Heródoto —quien, aunque escribió con todo lujo de detalles sobre su visita a la región, probablemente jamás pisó el suelo de la actual Georgia—, dicha frontera discurre en paralelo al río Rioni, con lo cual Tbilisi estaría en Asia, cosa que tal vez no agrada mucho a los teflitanos o, al menos, a su Gobierno, que iza las estrellas doradas sobre fondo azul junto a la insignia nacional prácticamente sin excepción. Así es: son tantas las banderas europeas que ondean en Tbilisi que, según dicen, la Unión Europea ha protestado oficialmente, pero no porque en Bruselas hayan leído a Heródoto, sino porque no quieren admitir a otro muerto de hambre. Además, esto podría molestar al Oso Ruso.

Cuando uno de los israelíes se dirige a mí en ruso en el ascensor, no me queda más remedio que encogerme de hombros. Logramos averiguar mediante gestos que los dos queremos subir. Cuando la puerta ya se ha cerrado, el israelí me señala con el dedo: parece que quiere saber de dónde soy. Por un instante me planteo qué respuesta provocará la reacción más interesante, así que opto por el país al que emigró el padre de mi tatarabuelo.

«¿Irán?!» El señor casi grita y me mira no ya perplejo, sino aterrorizado. Me pregunto qué recuerdos, amenazas y miedos habrá despertado en él la palabra «Irán».

«Irán», repito, y sonrío en son de paz para que la expresión de su rostro se relaje.

«¿Irán?!», repite él, con la esperanza de haber oído mal.

«*Yes, Iran*», insisto y, por si las moscas, añado un «*shalom*» para que no crea que me voy a lanzar a su cuello.

«*Shalom, shalom*», murmura aliviado el israelí al ver que se abre la puerta del ascensor.

En el territorio de la antigua Unión Soviética, la existencia de un museo consagrado a la literatura sigue siendo una obviedad para cualquier ciudad que se precie. Impregnado del aroma a tiempos antiguos e incluso prerrevolucionarios, el fastuoso Museo de la Literatura de Tbilisi, cuyos desconchones resultan simpáticos, rinde homenaje a los grandes escritores georgianos, representados en forma de bustos de tamaño natural. También sus máscaras mortuorias se conservan como verdaderos iconos y sus manuscritos y objetos personales se exponen como si fueran reliquias. Me llama mucho la atención que en esta parte del mundo, que casi pertenece a Asia, se tenga una relación tan distinta con los escritores. A diferencia de en el de Marbach (el

único archivo dedicado a la literatura en toda Alemania), igual de imponente que el georgiano, pero cuyo objeto exclusivo reside en la investigación histórico-crítica, aquí en Tbilisi también hay espacio para entregarse al culto puro y duro. Casi con devoción, la archivera saca de una vitrina las dos armas con las que Hadjí Murat disparó hasta su último suspiro contra una mayoría de soldados rusos. Su cabeza fue clavada en una lanza y expuesta en la plaza de la Libertad de Tbilisi. Esto, sin embargo, enfadó mucho al gobernador Vorontsov, al que Tolstói, por más que simpatizara con los independentistas caucásicos, retrató como un político de mente relativamente abierta. Así, Vorontsov ordenó que recogiesen la cabeza de Hadjí Murat; luego, tras ponerla a conservar en alcohol, la envió a San Petersburgo, donde todavía se encuentra hoy en día. Cada cierto tiempo, algunos diputados daguestaníes exigen la devolución del cráneo, pero, si eso ocurriera, lo que más preocuparía sería que ese objeto se convirtiera en un motivo de peregrinación, no tanto para los literatos como para los islamistas.

En el patio del museo está situada la cafetería, cuya terraza tiene un aire decadente y acogedor. Aquí coinciden los más modernos tecleando en sus portátiles, los activistas celebrando alguna reunión y los alternativos, ostensiblemente repantigados en las sillas. De golpe, distingo cuatro idiomas que, en parte, se mezclan en un mismo diálogo o hasta en una misma frase, la cual puede tanto empezar en georgiano y terminar en ruso como pasar del inglés al turco. Imagino que así de políglota debió de ser Tbilisi antes de la Primera Guerra Mundial. Me pongo a hablar con dos de los activistas: Irakli, que trabaja en urbanismo, y Natalia, que se presenta como miembro de los verdes de Georgia, aunque no esté muy claro quiénes son. Ambos pertenecen a un importante grupo de activistas, cada vez mayor, que se opone a la demolición de edificios con valor histórico. Según me cuentan en un excelente inglés, durante el comunismo, los edificios antiguos quedaron completamente abandonados, la ciudad fue dividida a la fuerza para abrir paso al tráfico, las orillas del río se sellaron con hormigón y se construyeron unas ciudades dormitorio feísimas, sí; pero es el libre mercado lo que está destruyendo sin remedio el tejido cohesionado del centro de la ciudad, un centro concebido como un lugar habitable, un organismo vivo y permeable que se va adaptando a las necesidades del ser humano. Sin tener en cuenta a los vecinos ni las leyes de patrimonio, los edificios han sido remozados o sustituidos por otros de lo más horterera, que quieren parecer antiguos a base de usar estuco barato, o más bien futuristas, como si estuviéramos en Dubái. Las plazas tranquilas, las callejuelas demasiado estrechas para que pueda pasar el tráfico, las innumerables escaleritas, los patios traseros ajardinados del casco antiguo...: todo eso que redundaba en calidad de vida por tratarse de lugares de encuentro vecinal acaba siendo víctima de un pensamiento mercantilista que en las calles solo ve carriles para que circulen los coches y en los escasos edificios históricos, atracciones turísticas o *suites* de lujo, mientras que en la mayoría de los edificios antiguos no ve más que material de derribo, y en los solares, la cantidad de apartamentos que se podrían vender.

No deja de ser curioso que sean jóvenes georgianos quienes reivindiquen no solo la tradición arquitectónica, sino también la influencia oriental de la ciudad —que, además, han defendido físicamente en varias ocasiones organizando sentadas de protesta—, cuando, en lo que respecta a su manera de ser y a sus conocimientos lingüísticos y del mundo, estos mismos jóvenes son fruto de la globalización que pretenden combatir. Mirar a Europa les parece una obviedad, aunque para ellos Europa no es sinónimo de las subvenciones a las que aspira el Gobierno: más bien la conciben como un espacio mental y cultural cuya esencia no radica en la uniformidad, sino en la

convivencia, la mezcla y la interrelación pacífica con aquello que nos distingue y aquello que es, a la vez, propio de cada cual. Cualquiera puede pertenecer a ese espacio, independientemente de la orilla del río en la que viva.

Natalia e Irakli creen que también la arquitectura socialista puede ser hermosa; para demostrarlo, me llevan hasta el antiguo Instituto de Historia, construido en los años treinta. Es una lástima que esté vallado con paneles de madera y cubierto con lonas desde que varios activistas se encadenaron a la fachada. Además, cada pocos metros, hay vigilantes uniformados de azul apostados en la acera. Natalia ensalza los grandes balcones, los techos altos, la importancia que el comunismo dio al elemento formal en su primera etapa. Por el hueco que ha dejado una lona caída, alcanzo a distinguir las paredes grises de donde han arrancado balcones y ventanas. Las lonas parecen andrajos, jirones de tela que cuelgan sobre un cuerpo exhausto, arrugado y, ahora, además, plagado de heridas. Pronto está prevista la inauguración del nuevo hotel Ramada Inn. Por nuestra propia seguridad, un vigilante nos pide que avancemos: podrían desprenderse trozos de muro.

En el jardín de la Casa de los Escritores, la segunda institución más importante de la Tbilisi literaria junto con el Museo de Literatura, me vuelve a fascinar esa simbiosis entre el brillo prerrevolucionario, el formalismo soviético, la melancolía oriental y unas pocas pinceladas, muy seleccionadas, de un gusto occidental entendido como global, además del hedonismo que se manifiesta en la carta de platos y vinos. ¿Por qué resulta tan atractiva esta simultaneidad de lo sucesivo que, de momento, sigue caracterizando a esta ciudad? Precisamente, porque ese es el núcleo del proyecto europeo tal y como surgió en el siglo XIX, en respuesta al nacionalismo: que un lugar no niegue su historia, que no derribe ni remoce lo anterior, como tampoco lo nuevo que haya crecido, sino que permita que todo coexista, relativizando así también el valor del presente como algo percedero. Solo las ideologías hacen *tabula rasa* con el pasado.

En el mismo salón principal de la mansión de finales del XIX que hoy está hasta la bandera porque una poeta presenta su primer libro —me pregunto qué pasará cuando se trate de un escritor conocido: ¿alquilarán un estadio?—, Paolo Iashvili, el entonces presidente de la Asociación de Escritores Georgianos, se marchó de una reunión celebrada en el verano de 1937 por no querer inculpar a su amigo, Tiziano Tabidse, tal y como le habían ordenado que hiciera, siguiendo el ritual acostumbrado de crítica y autocrítica. Como cada noche, fuera aguardaba ya el cuervo negro del NKVD para conducir al denunciado a la cámara de tortura o, directamente, a la ejecución. Iashvili subió por la escalinata hasta la primera planta y se pegó un tiro entre dos mitades de animales disecados, un tigre y un león. Cuando descubrieron el cadáver, sus compañeros intentaron evitar una sanción colectiva condenando a toda prisa el suicidio por tratarse de «un acto provocador que solo puede producir asco e indignación a cualquier gremio de escritores soviéticos que se precie». Aunque también Tiziano Tabidse votó a favor de dicha resolución, él mismo fue asesinado poco después. Libres ya de cualquier rastro de sangre, tanto el tigre como el león siguen ocupando la primera planta de la Casa de los Escritores, ambas mitades mudas, pero con las fauces abiertas.

«No es posible saltarse partes de la historia», afirma el escritor Givi Margvelashvili, que ha vivido y sobrevivido como opositor a dos sistemas totalitaristas. Givi nació en Berlín en 1927 como hijo de un conocido intelectual, Titus von Margvelashvili, que huyó de los bolcheviques en

1921. Tras perder a su madre a los seis años, Givi creció en la sociedad paralela georgiana de su padre, donde, con ayuda de los libros, se construyó un mundo propio, en este caso, alemán.

«¿Sufrió alguna discriminación por ser georgiano en la Alemania nazi?»

«No, eso no —responde Margvelashvili—, pero es evidente que mi nombre llamaba la atención, lo mismo que mi aspecto, y, de niño, uno normalmente se avergüenza de ser distinto a los demás.»

Más adelante se unió a los llamados «jóvenes del *swing*», que no eran partisanos ni tenían fuertes convicciones políticas, pero que, lógicamente, en la Alemania nazi eran considerados subversivos y con frecuencia acababan en el calabozo, aunque Margvelashvili prefiera no hablar de «persecución». Según él, en aquella época, «persecución» era otra cosa, algo mucho peor. A muchos nazis les gustaba escuchar «música de negros» y hacían la vista gorda. Cuando acabó la guerra, un compañero convenció a Titus von Margvelashvili para que entrase en el sector soviético, donde lo esperaba el NKVD, que aprovechó la ocasión para detener también al hijo por relación de parentesco. Mientras el padre era trasladado a Tbilisi para su ejecución, Givi acabó en el campo de concentración de Sachsenhausen, que los sóviets heredaron de los nazis. Aunque no salió en libertad hasta 1947, no le permitieron regresar a Berlín, sino que fue enviado a Georgia, donde físicamente no se distinguía del resto, pero no hablaba una palabra de georgiano, el idioma local, ni, mucho menos, ruso.

«Me sentí mucho más extraño que en Berlín.»

Givi estudió Germanística, ingresó en la Academia de las Ciencias y volvió a construirse un mundo a partir de los libros alemanes que, cuando no los encontraba en Tbilisi, conseguía en Moscú. En 1968, recibió la visita de Heinrich Böll, que quiso llevarse a Colonia el ciclo de novelas autobiográficas titulado *Kapitani Vakhushti* («El capitán Vakush») con la idea de publicarlo. Con el destino final de su padre en mente, Margvelashvili renunció en el último momento; de lo contrario, habría llegado a los lectores décadas antes. En 1969, regresó por vez primera a Berlín Este, pero, como una vez allí se encontró con Wolf Biermann —un cantautor crítico con el régimen de la RDA—, a su regreso le prohibieron volver a viajar. Tras la caída de la Unión Soviética, Givi retornó con sus novelas a Berlín, donde por fin fueron publicadas; además, le otorgaron el Premio Italo Svevo y una beca honorífica que concede el presidente de la república, viajó por Alemania presentando su obra y se relacionó con compañeros que hablaban el mismo idioma.

«Allí me sentí como en casa.»

Le pregunto cómo fue la sensación de tener al fin lectores, después de tanto tiempo.

«Mis libros tuvieron una buena acogida, pero no fue entusiasta. Eso fue un primer chasco, y soy lo bastante autocrítico como para saber que, en parte, tuvo que ver con los libros en sí.»

Creo que Margvelashvili tiene razón, aunque eso no vaya en contra de la calidad literaria: por fascinante que sea su biografía, la forma de contarla es bastante aparatosa. Los dos volúmenes de *Kapitani Vakhushti* son más bien una reflexión filosófica sobre una biografía que una biografía propiamente dicha. Lo que ocurre es que Margvelashvili introduce tantas referencias literarias que el lector se pregunta si, para él, la vida no es más que una interpretación o una consecuencia de la literatura. De hecho, él mismo puso a uno de sus relatos el programático título que podríamos traducir como «Una buena distorsión de la realidad del mundo textual».

«Con la vida que ha tenido, podría haber escrito un superventas si se hubiese ceñido a una autobiografía sencilla», le digo.

«No le negaré que esperaba que mis libros fuesen superventas, pero tengo una mente demasiado enrevesada.»

Margvelashvili ha vuelto a vivir en Tbilisi porque, ya a su edad, necesita ayuda, pero, por más que este señor de melena blanca hasta los hombros camine encorvado y esté achacoso, tiene una mente completamente lúcida.

«La historia solo puede tomarse como un todo —me dice con un deje berlinés durante la tarde que lo visito en una casa pequeña, pero repleta hasta el techo de libros alemanes, donde su hija cuida de él—. Si te saltas un capítulo, la historia vuelve y te atrapa a la fuerza.»

Le pregunto por la actual Georgia. A Margvelashvili, la evolución reciente no le parece tan mal.

«¿Ah, no?», pregunto sorprendido, ya que llevo todo el día oyendo quejas.

«Ahora todo el mundo habla como una ametralladora. Se dicen muchas tonterías, auténticas banalidades, bueno. Pero las personas hablan, hablan por sí mismas. Eso antes no era así. ¿Sabe qué? A Stalin le gustaba leer a Rustaveli, el gran poeta georgiano, bueno, al menos eso decía. Y hasta fue capaz de interiorizar medio verso: “Del miedo surge el amor”. Eso es justamente lo que ocurrió. La gente amaba a Stalin no porque fuese simpático, sino porque era terrible, porque podía tocarle a cualquiera. Por eso todos estaban como paralizados, por amor si se quiere, o por miedo: ya no se podía distinguir entre ambas cosas. Ahora, por el contrario, la gente habla sin complejos. Es mejor así.»

Cuando llegamos a la polémica mantenida por los historiadores alemanes sobre la relación entre el nacionalsocialismo y el estalinismo, pregunto a Margvelashvili si ambas ideologías, que él ha podido experimentar, le parecen equiparables.

«Ambas son igual de despreciables», responde.

«Pero ¿son parecidas?»

«Lo que tienen en común es el militarismo. Las dos anulan ese mandamiento que dice: “No matarás”. Lo peor es la legitimación de la muerte.»

«¿Cree que Hitler habría sido vencido sin que fuese necesaria una guerra?»

«Debería haber sido vencido sin ella.»

«Pero ¿cómo?»

«Leyéndolo. Ya en Landsberg puso por escrito cuáles eran sus planes, incluido lo de los judíos. Todo estaba ya en *Mein Kampf*. Si lo hubiesen leído, lo habrían parado antes. Lo que quiero decir con esto es que el error fundamental a la hora de tratar con Hitler se cometió mucho antes. Ese error fue la ignorancia, el mirar hacia otro lado, el no querer darse cuenta de las cosas. Cuando estalló la guerra, fue ya demasiado tarde.»

«Entonces, ¿los libros no son una consecuencia de los acontecimientos, sino que los acontecimientos se pueden predecir a partir de los libros?»

«Sí, de eso justamente tratan mis novelas, de cómo la realidad se desprende de los libros y no al revés.»

En tanto considera la literatura como un medio casi profético, el escritor alemán Givi Margvelashvili vuelve a ser muy georgiano.

## TRIGÉSIMO QUINTO DÍA: A GORI Y HASTA LA LÍNEA DE ALTO EL FUEGO ENTRE GEORGIA Y OSETIA

«Estambul: 1.715 km»: eso es lo que pone en la autopista que une Tbilisi con la mitad occidental del país y que, al comienzo, discurre en paralelo a la frontera con Osetia del Sur o, mejor dicho, a la línea hasta la que avanzaron las tropas rusas en 2008. En ninguno de los países que se independizaron tras la caída de la Unión Soviética, la población real coincide al cien por cien con la que corresponde oficialmente al nuevo Estado. En Georgia, por ejemplo, además de los georgianos, viven abjasios, osetios, rusos, un 6,5 por ciento de azerbaiyanos y un 5,7 por ciento de armenios, a los que se suman adzarios, mingrelios, esvanos, kist, imeretios, judíos, yazidíes, mesjetios, griegos, chechenos, etc., hasta un mínimo de veintiséis etnias distribuidas en una zona del tamaño de Baviera, la mayoría de las cuales tienen su propia lengua y distintas religiones. En 1991, todas ellas acabaron reunidas en un solo Estado que recibe el nombre de un solo pueblo, en cuya bandera está representado cinco veces el símbolo de una sola iglesia. En la Unión Soviética, algunas minorías sufrieron tanto que su desaparición provocó más alegría que tristeza; otras, como los abjasios y los osetios, ya en la época zarista se rusificaron tanto que tenían más en común con la lejana Moscú que con la cercana Tbilisi. A principios de los noventa, en pleno apogeo del nacionalismo ruso que calificaba como tal a todo el que hablara su lengua, estallaron dos guerras simultáneas que un país como Georgia, mucho más pequeño y apenas consolidado, no podía más que perder. Desde entonces, prácticamente un quinto del país pertenece a Rusia. En 2008, el intento de Mijaíl Saakashvili de recuperar al menos Osetia del Sur finalizó en cuestión de días debido al avance de las tropas rusas hasta llegar casi a la autopista. Por la ventana, vemos los asentamientos de quienes son refugiados en su propio país: hileras de casas prefabricadas, montadas en horizontal y en vertical en mitad del campo. Hace tiempo que los separatistas arrasaron sus propias aldeas. El actual Gobierno de Georgia, más interesado en mantener una buena relación con Rusia, prefiere no despertar falsas expectativas de retorno, y, en lo que respecta a Saakashvili, ni siquiera él puede ya encarnar esperanza alguna, puesto que ha dimitido como gobernador de Odesa y, tras huir de Georgia, también ha huido de Ucrania. Por suerte, en la autopista no hay asaltantes uniformados al acecho, lo cual quiere decir que el líder de la Revolución de las Rosas logró combatir la corrupción con más éxito que al enemigo externo.

Al cabo de apenas una hora, llegamos a Gori, donde en 2008 cayeron la mayoría de las bombas rusas, por mucho que en dicha ciudad naciese nada menos que Ioseb Jughashvili, más conocido como Iósif Stalin, símbolo de la grandeza de la antigua Unión Soviética. No fue hasta 2010 cuando las autoridades se atrevieron a retirar su estatua de la plaza principal, aunque la operación tuvo lugar con nocturnidad y bajo protección policial. De momento, nadie se ha atrevido a tocar su casa natal, a la que conduce la arteria principal de Gori (tras la muerte de Stalin, reubicaron el centro de la ciudad para hacerlo posible). En la época de la Unión Soviética, se construyó un templo de estilo griego alrededor de la casa, más bien sencilla, como si en ella



hubiese venido al mundo un semidiós. En el imponente museo, lleno de grupos de jóvenes, se exponen sala tras sala todo tipo de objetos devocionales, incluidos cuadros de homenaje, bustos de mármol y loas de diversos poetas, al tiempo que, como en una hagiografía tridimensional, se recorren todas las etapas de la vida de Stalin. Además, los visitantes pueden sentarse en el vagón en el que el dictador recorrió su gigantesco imperio, entrar en el baño en el que se aseó y ver la pequeña cocina que utilizaban durante el trayecto; la verdad es que Iósif Stalin no viajaba con grandes lujos.

Según una encuesta, el cuarenta y cinco por ciento de los georgianos tienen una imagen positiva de Stalin, un porcentaje mucho mayor que en Rusia. Sin embargo, Lasha Bakradze, que es quien me acompaña hoy, me asegura que, entre sus compatriotas, son pocos los que desearían regresar a la etapa de la Unión Soviética, y que el orgullo que sienten por la figura de Stalin tiene más que ver con su condición de georgiano que con la de líder soviético. El propio director del Museo de Literatura reconoce que esto es absurdo, pues fue Stalin precisamente —acaso queriendo demostrar que no tenía predilección por patria ni lengua algunas— quien rusificó la Unión Soviética y oprimió, entre otras, a la cultura georgiana. Sin embargo, Lasha también recuerda las manifestaciones multitudinarias de 1956, tras el vigésimo congreso del partido, en el que Nikita Jruschov marcó distancias con la política de su antecesor. Lo que comenzó como una protesta contra la reforma de la Unión Soviética se transformó, en cuestión de días, en una reclamación de independencia por parte de Georgia. Cuando los manifestantes intentaron entrar en la emisora de radio y la oficina de telégrafos, el Ejército Rojo abrió fuego. Al menos ochenta personas (según otras fuentes, fueron ciento cincuenta u ochocientas) murieron, y cabe preguntarse por qué. En efecto, por la Unión Soviética de Stalin y por la independencia de Georgia al mismo tiempo.

En el museo, lógicamente, no se alude a ningún héroe nacionalista, y a Stalin solo se lo ensalza como líder de la Unión Soviética, ese que convirtió un país agrícola en una potencia industrial y venció al fascismo alemán. También se le presenta como joven impulsivo, camarada cercano, admirado estadista, amigo de los niños y amante de la literatura. Lo único reciente son dos espacios minúsculos habilitados en la planta baja, donde se recuerda a grandes rasgos que también hubo víctimas, pero sin dar nombres, cifras ni más explicaciones. En un folleto gratuito, se enumeran varios elogios dedicados a Stalin por ilustres personajes de la historia, como Roosevelt, De Gaulle, Churchill, Hitler y Picasso. La última página reza: «Los antiguos filósofos concluían sus obras con estas palabras: hice lo que pude. Si podéis, hacedlo mejor».

Dejamos Gori y, tras conducir durante tres cuartos de hora en dirección a Osetia del Sur, llegamos a la aldea de Nikozi, entre cuyas cabañas de campesinos sobresale una iglesia de piedra arenisca que data del siglo v. Para estar en Georgia, no es que sea especialmente antigua; no en vano, el país cuenta con el culto oficial más antiguo después de Armenia. El obispo luce un hábito que más bien parece un mono de trabajo, pues todavía hay mucho que restaurar. Antes de recuperar su función inicial, la iglesia se utilizó durante décadas como almacén de grano. El convento también se renovó, pero en 2008 fue destrozado por veintiocho bombas; el propio obispo Isaías las contó una a una. Desde el balcón de su humilde palacio, se ve esa parte de Georgia que los georgianos no quieren siquiera pisar: un bosque con ruinas, un sendero que conduce a la nada y, tras pasar unos campos que llevan tiempo en barbecho, los bloques de viviendas prefabricadas de la localidad de Tsjinvali, hoy convertida en capital.

Para Anna y para Lasha, al igual que para todas las personas con las que he hablado en Tbilisi, la Iglesia tiene muy mala reputación. La acusan de ser homófoba, misógina y reaccionaria en todos los sentidos. También en YouTube se puede ver que las masas descontroladas que reprimen a golpes el avance de una manifestación celebrada el Día del Orgullo Gay están lideradas, casi siempre, por sacerdotes. Sin embargo, no puedo evitar que el obispo Isaías, que es quien me recibe hoy, me parezca muy amable, ni que la sonrisa que muestra bajo esa barba despeinada y hasta cierto punto *hippie* me resulte divertida, de modo que enseguida interpreto esas acusaciones como fruto de algún prejuicio. Al obispo le alegra especialmente que yo venga de Irán.

«¿Y eso por qué?», le pregunto.

«Porque allí tenemos muchos mártires», responde el clérigo alegremente mientras me conduce hasta el retrato del santo Razhden, un iraní converso que sirvió al rey georgiano hasta que fue asesinado en una cruzada de los sasánidas.

Una vez finalizada la guerra, y por miedo a no poder regresar, el obispo Isaías resistió al otro lado del frente, donde vive la mitad de su comunidad. Ni siquiera se atrevió a visitar a su hermano en plena agonía ni, más tarde, a acudir al entierro. No fue hasta pasados más de dos años y medio cuando los separatistas le permitieron atender a ambas partes de la feligresía, pero sin adentrarse un solo paso más en Osetia del Sur. Desde entonces el obispo no ha pisado Tsjinvali, por muy cerca que esté.

Al igual que en tantas otras guerras civiles, Isaías nos confirma que, antes del conflicto, uno muchas veces no sabía si era una cosa u otra. Los georgianos y los osetios se casaban entre ellos, festejaban, rezaban y eran enterrados juntos. Fue la guerra lo que los obligó a tomar partido. No son muchos los que optaron por Georgia y, aun así, se quedaron en sus casas. El obispo, encargado de velar por sus almas, no se atreve a decir cómo les va, porque teme que, si lo hace, le prohíban entrar en Osetia del Sur, ya que estaría inmiscuyéndose en cuestiones políticas. A cambio, prefiere mostrarnos el centro parroquial, que ha transformado en una escuela de arte y música. Él mismo estudió cine de animación cuando era joven, antes de interesarse por la religión.

«¿Y cómo surgió ese interés?»

«¿Que cómo surgió? —dice el obispo, que me responde con otra pregunta—: ¿Dispone de todo el día?»

La versión resumida es que su vocación comienza cuando ve una película soviética que se burla de los monjes y de los sacerdotes. Esa mofa le repele de un modo más bien instintivo, ya que él ni siquiera está bautizado. Poco después, en su aldea natal, se encuentra con una señora que necesita veinte firmas para solicitar oficialmente la reapertura de la iglesia, pero todos los vecinos tienen miedo. Entonces él ayuda a la señora a recoger las firmas y, aunque su esfuerzo esté dedicado en primer término a la anciana y no al templo, es ese afán lo que impulsa su propia fe. Una vez despierta su curiosidad, el hoy obispo se traslada a Abjasia para experimentar en qué consiste la vida monacal, y es entonces cuando estalla la guerra. Allí, Isaías es testigo de cómo la convivencia pacífica puede tornarse en odio, de cómo unos vecinos que hasta el día anterior brindaban juntos pueden pelearse entre ellos y morir bajo una lluvia de balas o extenuados en plena huida. Entonces comprende que los pastores de almas son más necesarios que los animadores de cine.

Es en el centro parroquial donde yo me doy cuenta de que, en el fondo de su corazón, el obispo Isaías sigue siendo un artista, pues veo a un ejército de niños ensayando teatro de sombras, bailes populares, canciones y piezas musicales. Recuerdo la representación a la que asistí en la escuela de los tártaros exiliados en Kiev, con sus túnicas exóticas y abigarradas, los movimientos suaves, las caderas cimbreantes... Llama la atención que aquí en Georgia las costumbres sean tan distintas: estos niños llevan unos trajes negros ceñidos y tienen la mirada seria; bailan muy erguidos y solo dan vueltas con piernas y pies, brazos y dedos; como mucho, puede ocurrir que, de pronto, giren la cabeza. También las melodías tradicionales son diferentes: mientras que los sonidos frágiles y temblorosos de Kiev traían al aula la lejana Asia, aquí en Georgia, los golpes sordos de los tambores y los vientos agudos recuerdan a ritmos balcánicos. No sabría decir qué me gusta más, si los movimientos suaves o los bruscos, los tonos graves o los agudos; son dos mundos distintos, aunque ambos están bañados por el mar Negro. Cada pueblo hace bien en preservar su identidad. Ya Heródoto escribió: «Si se diera elección a cualquier hombre del mundo para que de todas las leyes y usanzas escogiera para sí las que más le complacieran, nadie habría que [...] no eligiera las de su patria y su nación».\* El historiador se refería a la arrogancia de sus compatriotas atenienses, pero sus palabras no tienen por qué interpretarse solo de forma negativa: en todas partes del mundo, los niños miran henchidos de orgullo al acabar una actuación.

Sin embargo, creo que la tradición georgiana sobre la que más he leído no tiene equivalente en la cultura tártara musulmana: se trata de un banquete en el que se hace una ronda de brindis y los comensales recitan poesías, cantan canciones y, a veces, hasta bailan entre plato y plato. Nos disponemos a despedirnos cuando el obispo nos lleva de vuelta a su palacio, donde, como por arte de magia, aparece una larga mesa llena de viandas, hierbas aromáticas y platos exóticos a base de verduras, patatas fritas y olorosas salsas, nueces y granadas, queso y pan. «Es Dios quien envía a los huéspedes», replica el obispo cuando le explicamos que ya nos íbamos y que no queremos causar molestias. Me es imposible retirar el plato antes de que lo vuelvan a llenar cada vez que se queda vacía una esquinita. El vino hace el resto y la conversación deriva en una fiesta en la que acabamos brindando por la amistad, por los seres queridos que están en casa, por la paz y por qué sé yo cuántas cosas más. Sin olvidar mi labor de periodista, no quiero dejar de mencionar las opiniones críticas que he recogido sobre la Iglesia, pero hablar de homofobia, de Rusia y de las relaciones hombre-mujer en un ambiente tan agradable y hospitalario no me parece oportuno, así que decido empezar por Europa:

«Algunos georgianos no parecen tan contentos con eso de que Georgia mire hacia Europa. ¿Usted qué opina?».

El obispo Isaías me devuelve la pregunta:

«¿Por qué no deberían estar contentos?».

«A lo mejor tienen miedo de que sus costumbres desaparezcan, o de que Georgia pierda su identidad. ¿Usted no ve ese riesgo?»

«No, en absoluto.»

«Entonces, ¿cómo se explica ese miedo?»

«Es más fácil vivir como esclavo que vivir en libertad. La libertad requiere un esfuerzo: implica asumir responsabilidades.»

«¿Y no cree que ese miedo está especialmente extendido en la Iglesia?»

«El miedo existe, sin duda, pero no está tan extendido como usted cree. Lo que ocurre es que se manifiesta con mucho ruido. A mí me encanta que nuestro país se abra, yo me emociono al ver una película iraní.»

«Pero los persas asesinaron a muchos de sus santos.»

«Eso, precisamente, refleja el vínculo que existe entre nosotros. Los georgianos siempre miraron hacia el sur, hacia Persia, hacia Oriente y, más adelante, también hacia Occidente, hacia Constantinopla y Europa. Las relaciones con el norte son relativamente recientes, puede que tengan cien o doscientos años: eso no es mucho para un país tan antiguo como el nuestro. A mí me parece fantástico que las fronteras se abran. Ahora, ustedes nos visitan desde Alemania, desde Irán, qué sé yo... Lo importante es que nos visitan. Eso es una bendición.»

Más adelante, empieza la ronda de canciones y, pasando de silla en silla, el infortunio se cierne sobre mí. Como el obispo rechazaría con una sonrisa cualquier excusa de no saber afinar, rápidamente me pongo a pensar qué puedo cantar. Como buen alemán domino, a lo sumo, dos o tres canciones estadounidenses que aquí no pegan ni con cola. Tampoco Alemania reviste tanto interés al otro lado del Cáucaso, donde la Wehrmacht no dejó ninguna fosa común. Mientras Dimitri se defiende muy dignamente con una melodía bielorrusa, busco en el teléfono móvil la letra de una canción tradicional que, de niño, escuché muchas veces yendo en coche con mis padres: *Marā bebus*. Siempre se dijo que un comunista iraní se la compuso a su amada la noche de su ejecución —«Bésame, bésame por última vez»— y, pese a que sé de sobra que esto no es más que una leyenda, no dudo en explayarme sobre ella cuando me toca presentar la canción. Aunque el comunismo no les va mucho, aquí sí que les gustan los mártires y el amor. Al fin me arranco a cantar, cosa que no hacía desde que estaba en la escuela primaria, pero, nada más acabar la primera estrofa, hasta la sonrisa del obispo parece demasiado forzada, así que vuelvo a coger el móvil y, blandiendo el aparato, reproduzco una versión de *Marā bebus* que encuentro en YouTube. El sonido está demasiado bajo, pero los monjes prestan tanta atención y la sala tiene tanto eco que el lamento del cantante resulta muy intenso, y el violín llora tan amargamente que el sufrimiento del amado a punto de morir se transmite solo por su melodía. Aunque me parezca un poco ridículo, soy testigo de cómo, poco a poco, las cabezas de los monjes se mecen al son persa de «Bésame, bésame por última vez, y que Dios te proteja».

Después de comer, recorremos los escasos metros que nos separan del cementerio, al otro lado del cual discurre la actual frontera. ¿Actual? Así es. Los soldados, que en realidad son policías, pues la frontera no se considera oficialmente como tal, nos confirman que la raya se mueve. Unas veces, los rusos deciden avanzar y ocupar dos parcelas que, a partir de ese momento, seguirán en barbecho; otras, prefieren retroceder unas cuantas hileras de árboles. Lo de cruzar la frontera también está a la orden del día; es más, para los separatistas supone una fuente de ingresos regular: un campesino es trasladado a la fuerza al otro lado, y solo lo liberan a cambio de un rescate. Delante del cementerio han construido barricadas a base de neumáticos sujetos con redes que se pueden trasladar rápidamente. Aunque están apostados frente a unos muros negros que recuerdan más a una obra de arte que a una zona en guerra, los guardias fronterizos no llevan chalecos antibalas: al parecer, no prevén que se produzca ningún tiroteo. Entre las fosas hay mesas y bancos, pues en Georgia también se invita a comer a los muertos. En la mayoría de las lápidas están grabados los rostros de los difuntos y, por raro que parezca, en algunas también figura el modelo de coche que conducían. ¿O será que murieron en un accidente de tráfico? Al otro lado del

prado, puede que a unos ochocientos metros, dos banderas ondean en un edificio ruinoso — probablemente sean la osetia y la rusa—, en el que, además, hay congregadas varias personas. Tomo prestados unos prismáticos y localizo a un soldado que, a su vez, me está mirando a través de los suyos.

De regreso, paramos en Uplistsije, una ciudad excavada en la roca a diez kilómetros al este de Gori. Desde el siglo VI antes de Cristo, este fue uno de los enclaves políticos y religiosos de los íberos, a los que Heródoto elogia por ser un pueblo pacífico y civilizado, aunque él jamás los conoció. En esta montaña llegaron a vivir veinte mil personas que adoraban al Sol. En el siglo I antes de Cristo llegaron los romanos; en el VII después de Cristo, los árabes, y en el XIII, los mongoles, por mencionar algunos conquistadores de los menos pacíficos. Cada vez que eso ocurría, los habitantes de Uplistsije se refugiaban en sus cuevas, donde resistían durante mucho tiempo, pues hay un túnel que atraviesa la montaña hasta llegar al río Mtkvari, el más largo del Cáucaso, que fuera de Georgia se conoce como Kurá o Kyrós (del griego), en el que podían aprovisionarse de agua sin llamar la atención. El túnel sigue en funcionamiento, pero el río ha modificado su cauce y hoy fluye a varios cientos de metros de la salida. Eso significa que las cuevas ya no servirían como refugio ante una próxima invasión.

Por la noche, ya en Tbilisi, Lasha me habla de un viejo amigo escritor que le contó que, en el gulag, siempre soñaba que Stalin había muerto. Cuando se sucedieron varios días en los que no hubo órdenes ni discursos, los presos comenzaron a intuir algo. Finalmente, el responsable del campo congregó a todos los prisioneros y les anunció la muerte de Stalin. Todos cayeron de rodillas entre sollozos; también el amigo de Lasha. Su amigo lloraba al tiempo que se preguntaba por qué lo hacía, pues su mayor deseo había sido que «ese cerdo» muriese de una vez por todas.

## TRIGÉSIMO SEXTO DÍA: DE TBILISI A KAJETIA

En Georgia tienen otra tradición más que ha fascinado a viajeros de todos los siglos: el baño público. Anna me ha recomendado uno que no está pensado para turistas, con un contenido mayor en azufre que incluso puede resultar un poco desagradable. Es el antiguo baño para los soldados, el que en su día fuera el más barato de la ciudad. Después de que el masajista haya eliminado la suciedad de mi piel a base de frotar y sin reparar lo más mínimo en mis gritos de dolor, me haya cubierto de espuma de arriba abajo como si fuera un bebé y me haya quitado el jabón hasta de los orificios de la nariz, chapoteo medio aturdido —con un centímetro menos de epidermis, calculo— en un agua que está a una temperatura agradable, pero que huele como a moho. Me pregunto cómo se percibiría antiguamente, hace doscientos o dos mil años, esta sensación de limpieza tan profunda, una especie de renacer tras sufrir numerosas fatigas, trabajar duramente en el campo o en el taller a lo largo de la semana o recorrer miles de kilómetros atravesando desiertos y cordilleras. De pronto, me acuerdo de esa frontera que Heródoto situaba en el río Rioni sin haberlo visto y que, para Kurban Said, discurría entre Georgia y Azerbaiyán: la frontera entre Europa y Asia. No solo los griegos se consideraban protectores de la civilización frente a la barbarie; también el Imperio romano y el bizantino justificaron sus guerras como un medio para la defensa de un orden muy evolucionado frente a un primitivismo bruto, casi animalesco, y lo mismo hicieron el Sacro Imperio Romano Germánico y todas las potencias coloniales de la modernidad. En su historia de *El mar Negro*, Neal Ascherson amplía la lista de potencias occidentales:

Pocas eran las naciones europeas que a mediados del siglo XX no habían imaginado en un momento u otro que eran la vanguardia de la «civilización cristiana de Occidente»: Francia, la Alemania del II Reich, el Imperio de los Habsburgo, Polonia con sus pretensiones de *przedmurze* ('bastión'), incluso la Rusia zarista. Todos estos mitos estatales han identificado «barbarie» con la condición o la ética de sus vecinos orientales inmediatos: para los franceses, los alemanes eran bárbaros, para los alemanes lo eran los eslavos, para los polacos los rusos, y para los rusos los pueblos mongoles y turcos de Asia Central y con el tiempo también los chinos.\*

¿Es eso cierto? Ya el colonialismo se expandió en todas direcciones, es decir, que no se atuvo a la topografía establecida en la literatura de la Antigüedad, según la cual la barbarie comenzaba con el vecino oriental: para Heródoto, eran los escitas; para Esquilo, los persas, y para Eurípides, los tauros, o bien la barbarie se situaba en la Cólquida, en la actual Georgia, donde el propio Eurípides localiza el nacimiento de la asesina Medea, o en Tracia, donde, según Sófocles, Tereo, el héroe desterrado, se convierte en un tirano violador y caníbal. A su vez, el imperio de los zares, junto con sus óperas y bibliotecas, se expandió hacia el sur; y, ahora que estoy en un *hamam*, cuya cúpula recuerda a una mezquita, caigo en que Oriente no sitúa la barbarie en un Oriente todavía más lejano, como pudieran ser China o India, sino en Europa, que dejó de tener baños con la caída del Imperio romano. Uno de los motivos recurrentes en los diarios de viajeros árabes durante la Edad Media es que los francos apestaban, y lo de tener que arrugar la nariz también lo decían en más de un sentido. Si relacionamos el ascenso de Europa con

el culto a la higiene, que vivió un auténtico renacimiento, la decadencia del mundo islámico se pone de manifiesto en las calles atestadas de basura y en el estado de los aseos públicos. Eso sí, aunque esté mirando hacia Europa, en Tbilisi todavía te arrancan la suciedad de la piel al modo oriental.

Al salir del baño, de pronto me envuelve una corriente de aire frío que reaviva todos mis sentidos, como si pasara otra vez por la ducha. Evito los rincones restaurados del casco viejo y recorro calles flanqueadas por edificios apuntalados por andamios, para que unos no caigan encima de otros. Estas calles son demasiado estrechas para los coches, el asfalto está desgastado y las fachadas lucen como murales de un pintor neoexpresionista que hubiese empezado a vaciar botes de color sin ton ni son. Sin embargo, estas líneas de un dedo y hasta de una mano de grosor no son obra de un genio, sino grietas que recorren los muros. Las casas parecen, no obstante, habitadas; se ve por la ropa colgada, por las macetas que hay tras las ventanas resquebrajadas, sujetas con cinta adhesiva o cuyos marcos están podridos, así como por algún que otro anciano que se asoma, o por el ruido de los niños que juegan en los patios traseros. En mitad de la plaza Gudashvili, donde Irakli y Natalia también han bloqueado el paso a algunos inversores, está la escultura de un hongo o una sombrilla, bajo la cual dos amantes se funden en un abrazo formando un solo cuerpo. Alrededor se ven las mansiones burguesas que todavía se mantienen en pie, los árboles que, repartidos sin orden ni concierto, caen encorvados como ancianos, o bien crecen de cualquier manera. Una mitad de la plaza está cubierta de adoquines y la otra, de tierra oscura; hay dos columpios oxidados que deben de proceder de la época soviética y unos bancos para sentarse que parecen más antiguos aún. En uno de ellos, encuentro sentada a una mujer vestida de negro que les habla a sus nietos. Hacia el final de su novela autobiográfica, Givi Margvelashvili escribe:

En opinión del capitán Vakush, el olvido es un mar Negro que baña las orillas de nuestra conciencia del presente y en el que nos gusta nadar. Pero, en realidad, ese mar Negro del olvido está ahí para bucear en él, para dejarse arrastrar hasta fases más tempranas de la conciencia temporal y permanecer en lo sucedido. Es entonces cuando recordamos y cuando, en un escalafón temporal profundo de nuestra existencia, localizamos una carencia, algo que ya ha pasado y que hoy falta en nuestras vidas, algo que contemplamos con nostalgia, con melancolía, o tal vez con una nueva mirada.

Lasha nos ha propuesto que, de camino a Azerbaiyán, hagamos una parada en la localidad natal del escritor Giorgi Leonidze, a una hora escasa de Tbilisi en dirección este, y, así, viviremos un auténtico festín. Según él y sin querer menospreciar la hospitalidad de los monjes, la comida que nos sirvieron en el palacio episcopal fue más bien de estilo protestante. «Bueno —me digo—, si eso le ha parecido protestante, habrá que ver en qué consisten aquí las orgías.»

Leonidze dirigió el Museo de Literatura durante casi veinte años, en las décadas de los sesenta y setenta. Aunque nació en diciembre, el invierno no es muy propicio para celebrar nada, así que su cumpleaños se trasladó a junio. Cuando llegamos al pueblo, poco después de mediodía, el programa literario ya ha concluido —cosa que asombra al propio Lasha— y la gente está sentada a unas largas mesas, distribuidas en seis filas y dos niveles: abajo está todo lo que tiene una consistencia más firme, como patatas, judías o aceitunas, y arriba hay pequeños cuencos con salsas, espinacas, paté de berenjena, hummus y demás. Entre tanta bandeja, apenas queda espacio para las grandes jarras de agua, limonada para los niños y vino. Cada pocos minutos, se levanta un señor —es evidente que los brindis son el último reducto masculino en Georgia— y, con grandes aspavientos, empieza a declamar un poema, pronuncia un breve discurso o se pone a cantar, bien en solitario, bien junto con el coro de bibliófilos, o bien acompañado por algún chaval. Ya sea por

los fulares de estilo bohemio que algunos lucen a pesar del calor, ya sea por las melenas canosas que hacen juego con unos trajes de dandi color claro y camisas con cuatro botones abiertos, el aura de literato de algunos invitados se ve de lejos. En los brindis siempre hay alguien que propone un tema, a partir del cual se inicia una ronda de improvisaciones: amor, libertad o las maravillas de la naturaleza georgiana. Por motivos lingüísticos, en esta ocasión apartan de mí este cáliz. Poco a poco se van sumando instrumentos —un tambor o un acordeón—, y, entre nota y nota, continúan sirviendo bandejas de carne, salchichas y pescado que colocan hábilmente en equilibrio, como si fueran un tercer piso, sobre los cuencos semivacíos. El aguardiente para hacer la digestión está circulando desde que sacaron los entrantes. Después de cada discurso, cada brindis, cada canción o cada poema, todos nos levantamos y, bien erguidos y con movimientos un poco bruscos, brindamos por algo que Lasha ya ha dejado de traducirme, puesto que, en definitiva, todo es una celebración de la poesía, de la vida o de la patria, del lugar en el que ha uno le ha tocado vivir. El director del museo me guiña un ojo mientras me explica que precisamente los versos no es que estén muy logrados: en lo que a rimas respecta, a algunos georgianos es mejor mantenerlos a distancia.

Más tarde de lo previsto y demasiado alegres, partimos hacia Azerbaiyán. Será mejor que no pregunte si Maka, nuestra conductora, ha participado en todos los brindis. Maka lleva veinticinco años en la profesión y es de ese tipo de mujeres fuertes y dominantes, casi amedrentadoras, pero también resistentes al alcohol, que he visto en Georgia con más frecuencia que en cualquier otro lugar. Ya no tiene marido, aunque sí cuatro hijos que ahora están con su abuela y, ah, sí: trabaja, además, de profesora. En Georgia, un sueldo no basta para criar a cuatro hijos de modo que ellos puedan aspirar a algo mejor. Tras cruzar una cordillera que aparenta ser suave en comparación con lo escabroso del Cáucaso, la carretera nos conduce hacia el interior de Kajetia, una región conocida por su vino y sus iglesias antiguas. En lo que al vino respecta, vamos servidos, pero de las iglesias uno nunca se cansa. El hecho de que estén tan integradas en el paisaje, como si hubiesen salido directamente de la tierra, no solo tiene que ver con la piedra arenisca ni con sus dimensiones asequibles —las cúpulas apenas sobrepasan el árbol de mayor tamaño—, sino, sobre todo, con el estado en el que se conservan desde que fueron nuevamente consagradas. En el caso de estas restauraciones, no se percibe la riqueza que sus críticos atribuyen a la Iglesia: aquí solo se ha renovado, descubierto, limpiado y asegurado la estática de lo indispensable. Sin embargo, puede que sea precisamente lo frágil, lo imperfecto, ese veinticinco por ciento restaurado, lo que conforma su aura. Cada uno de los frescos en los que cuesta reconocer las figuras; cada piedra en la que se reflejan la humedad y el humo, los martillazos y la curvatura de los clavos de los pastores y de quienes buscaban refugio, de los revolucionarios y de los invasores; el revoque que cubre los ladrillos, desconchado desde quién sabe cuántos siglos; cada azulejo que cae al suelo: todo eso habla de la vida transcurrida sin que haya terminado aún.

La hermana Mariani, con la que hablamos frente a la catedral de Alaverdi, nos confirma que el Estado no hace gran cosa por mantener las iglesias. Sin la ayuda de mecenas privados y sin el trabajo de los voluntarios ni siquiera se podría haber hecho lo más urgente. Esta monja nos habla de todos los pueblos extranjeros que los invadieron durante siglos: de los persas, que utilizaron el convento como cuartel y solo permitían que los fieles accediesen a rezar en días festivos, pero también de los sóviets, que emplearon el templo para almacenar grano y cebar cerdos. A la pregunta de quiénes fueron peores, la hermana responde que los persas solo luchaban con arcos y



flechas, mientras que los sóviets apuntaron al pensamiento y al alma de la gente. Además, los persas dejaron algo hermoso, añade la hermana Mariani señalando el templete de un jardín cuyo enrejado resulta ser de origen safávida. El actual palacio episcopal también fue construido por un gobernador del sha Abbás.

Pregunto a la hermana Mariani cómo es que sabe tanto de arquitectura persa, y ella me cuenta que cursó Estudios Orientales en Tbilisi; entre otras cosas, fue el conocimiento de una cultura distinta lo que la llevó a descubrir su propia religión. Eso ocurrió hacia el final de la Unión Soviética y, al parecer, no es nada inusual; de hecho, Firdosi, Hafez y el resto de grandes poetas persas también pertenecen al canon georgiano, o, como mínimo, al de la generación de Mariani. La monja nos explica que el comunismo al menos daba importancia a la educación. Ella todavía sabe algunas palabras en persa que pronuncia ilusionada; además, se ha propuesto escribir la historia de su convento, que también se publicará en Irán. A continuación —tengamos presente la escena: una monja, de la que solo vemos el espacio que dista entre sus cejas y su mentón, en un convento perdido al sur del Cáucaso—, Mariani comienza a recitar a Goethe, según el cual no es posible separar Oriente de Occidente; máxima que se aplica a todos los puntos cardinales y a la literatura con más razón. Justo en ese momento pasa el obispo, que se nos acerca y, como si de un yogui sonriente se tratara, besa en silencio primero la cabeza de la hermana Mariani y luego las nuestras. En efecto, me temo que en esta iglesia tampoco llegaré muy lejos con preguntas sobre la homofobia, Rusia y las relaciones hombre-mujer. Cuando me intereso por los altercados que tuvieron lugar en relación con los homosexuales, la hermana Mariani se limita a responder vagamente que allí donde reina el amor no hay espacio para la violencia. Cuando Dimitri le pregunta si podría sacar alguna foto a pesar del cartel que lo prohíbe, argumentando que no utilizará *flash* para no dañar los frescos, la monja niega con la cabeza de un modo amable pero firme: «No es el *flash* lo que daña los frescos, sino la prisa».

## TRIGÉSIMO SÉPTIMO DÍA: DE KAJETIA A AZERBAIYÁN

Nada más levantarme, caigo en la cuenta de que ayer fue el primer día de viaje en el que no hablé para nada de política, más bien poco del presente y, en cuanto a la historia, solo de la que se remonta a varios siglos. No recuerdo si mencioné siquiera al actual presidente. En Kajetia, donde se ven más vacas que personas y el comunismo ha desaparecido, aunque nada parece haber ocupado su lugar —no hay carteles publicitarios, ni edificios de oficinas acristalados, ni estrellas sobre fondo azul, ni zonas comerciales o de obra nueva, ni un Lidl ni un Carrefour, y apenas se ven coches occidentales, pero tampoco puestos de control fronterizo, militares ni bandas que se rijan por su propia ley—, uno no se pregunta continuamente por dónde discurrirá el río que señala el comienzo de Europa. Al fin y al cabo, esto es una especie de continente propio. Tampoco me encuentro a cada paso con rastros del siglo XX, ese que nos resulta tan violento por más que la historia haya consistido en guerras, masacres y expulsiones desde Caín y Abel. Al menos no reparo en ningún cartel indicativo de campos de exterminio, cementerios colectivos, antiguos guetos ni zonas de combate, y tampoco en esta región del interior de Georgia se ven las típicas fábricas, los bloques de viviendas prefabricadas ni los koljoses que la llegada de la modernidad dejó abandonados en tantos lugares del Este. Nos movemos en una época anterior.

Salimos por la mañana temprano para llegar puntuales a la misa dominical del monasterio de Nekresi. El rito georgiano es uno de los más antiguos del cristianismo. Sustituido por el rito ortodoxo ruso en 1801 por orden del zar pero consignado por escrito desde 1894 para conservarlo como parte del patrimonio cultural y recuperado, no sin esfuerzo, en 1917 gracias a la independencia georgiana, el rito volvió a ser prohibido bajo el régimen de Stalin (es curioso que siempre se culpabilice a la religión, y nunca al ateísmo, de todos los males causados en su nombre). Siento, pues, mucha curiosidad por ver cómo se ha conservado este rito doscientos años después de la supresión de la autocefalia georgiana y setenta años después del ateísmo impuesto por el Estado, ya que, según me explicaron en Serbia, una vez interrumpida la tradición, la liturgia ortodoxa no se puede recuperar tan fácilmente a través de los libros. El ritual es demasiado complejo, puesto que no solo se trata de recitar, sino también de modular correctamente; no solo hay que tener en cuenta los recorridos, sino también las genuflexiones en el momento justo; no solo los cánticos del solista, sino también la respuesta del coro; no solo desde dónde debe venir el incienso al pronunciar qué palabras y al ritmo de qué campanillas, sino también cuándo encender y apagar unas velas que se trasladan de un lado a otro con tanta determinación que uno enseguida deduce que solo hay un recorrido correcto. Por qué ha de ser este recorrido o aquel gesto y no otros es sabido desde tiempos inmemoriales. La liturgia ortodoxa no se enseña en ningún seminario, sino que se transmite de generación en generación y, sobre todo, en los monasterios, donde el servicio religioso se practica a diario durante horas. Es cierto que en la Unión Soviética hubo alguna que otra iglesia, pero las órdenes religiosas que durante siglos fueron garantes de la liturgia dejaron de existir. Ayer, la hermana Mariani nos contó que solo algunos sacerdotes y

pequeñas comunidades que se reunían en dependencias privadas lograron mantener la tradición. Bajo el régimen de Stalin, se asesinaba con más frecuencia a miembros de la Iglesia que a intelectuales.

No es posible entender el poder de la Iglesia ortodoxa en los países de la antigua Unión Soviética si uno solo se fija en su rol secular o en sus dirigentes —en su mayoría, designados por el Estado—, en las prebendas, la influencia política, el antisemitismo supuestamente virulento, los rígidos principios morales y en ese nacionalismo hoy tan presente entre el clero que contradice abiertamente la doctrina de Jesús. Esa Iglesia ha sufrido setenta años de opresión; setenta años en los que declararse creyente no traía más que desventajas; setenta años de clandestinidad, cautela, perseverancia, pobreza, de prestar asistencia espiritual sin sueldo ni reconocimiento, de oposición interior; setenta años en los que todos eran apremiados por el presente y por la propia existencia para que explicasen cómo eran las cosas antes y en un determinado lugar, mientras que algunos, pese a todo, seguían otra cuenta, la que marca el calendario celestial. Pero ¿qué son setenta años? La Iglesia georgiana lleva doscientos años defendiéndose de la rusificación y otros mil cuatrocientos, del islam. En Occidente, no solo se desconoce la antigüedad de los edificios que aún están en uso, es decir, esos que no se han convertido en museos y proceden del siglo V, VI e incluso IV; además, hay algo en los rostros que yo —ignoro si con razón o no— asocio a las primeras etapas del cristianismo: una concentración que raya en lo metafísico, un estar al margen del mundo, pero también percibo esa serenidad que a veces se impone cuando todo lo terrenal se vuelve efímero. Admito que los sacerdotes que lideran a las masas enfervorecidas en YouTube no parecen extasiados, ajenos al mundo ni muy serenos, que digamos. Pese a todo, es imposible hablar con la hermana Mariani o el obispo Isaías y no identificarlos con la palabra «amor».

Son poco más de las ocho cuando llegamos a un monasterio que, desde el siglo VI, se alza solitario sobre la fértil llanura de Kajetia. Un guardián un tanto brusco nos impide pasar porque no estamos bautizados según el rito ortodoxo. Me pregunto cómo nos miraría si le dijéramos que tiene delante a un judío y a un musulmán, y que nuestra conductora se ha quedado esperando en el coche porque lleva pantalones. Por suerte, la hermana Mariani nos ha apuntado el teléfono del abad, que sale de la iglesia nada más recibir nuestra llamada; parece que aquí se habla por teléfono durante la liturgia con la misma facilidad que en el Muro de las Lamentaciones. Sin dedicarnos mucho tiempo, pues los rezos acaban de comenzar, el abad nos dice que estamos invitados a participar en la liturgia; eso sí, cuando celebren la eucaristía propiamente dicha, alguien nos hará una señal y tendremos que abandonar la iglesia, añade, pidiendo nuestra comprensión. Entiendo perfectamente que, después de setenta años, las normas se cumplan con especial escrúpulo. La representación consistente en voz, luz, olor, túnicas, movimiento, mímica y arquitectura me parece menos compleja y artística y mucho menos prolija que la que conozco de los monasterios serbios. Me pregunto si esta sencillez se deberá a que la liturgia georgiana es anterior o a que la única manera de resucitar un rito es hacerlo en una versión simplificada. Ninguno de los ocho monjes es tan mayor como para haber sido depositario de la tradición durante la Unión Soviética; faltan representantes de esa generación de la que ellos podrían haber aprendido. Mientras recitan, algunos cometen fallos no menores que el abad corrige en voz baja; un monaguillo tiene a mano el orden de la liturgia plastificado, aunque también puede que sea una chuleta. La fragilidad del rito que creo percibir se ve curiosamente acentuada por la fragilidad del espacio —cuyas piedras no ocultan su antigüedad— y por la delicadeza de los frescos,

precisamente porque no están restaurados, sino que despiden un brillo tenue bajo la luz de las velas y están surcados por arrugas, como si de un rostro vetusto se tratase, para el cual setenta años apenas serían como el impacto de un *flash*, por mucho que los frescos pudieran resultar dañados.

Dimitri, que creció en Bielorrusia sin ninguna referencia religiosa, se muestra, como mínimo, igual de impresionado.

Mientras bajamos por la montaña de regreso al coche, murmura:

«Ha sido como un concierto, una sinfonía... increíble».

«Ya te lo advertí —respondo con una leve sensación de victoria, puesto que Dimitri no quería creerse lo bello (sí, me refiero a “bello” en un sentido cotidiano), lo valioso desde un punto de vista artístico ni, sencillamente, lo sobrecogedor que también puede ser un servicio religioso. Y, como buen reaccionario que aprovecha para lanzar una pulla contra el arte contemporáneo, añado—: Después de esto, puedes coger toda la Documenta y tirarla a la basura.»

«Pero un buen concierto de *rock* sí que podría estar a la altura», responde Dimitri, confesando sus gustos musicales.

Cerca del mediodía, Maka nos deja en la frontera. Ni se le pasa por la cabeza llevarnos hasta la próxima ciudad. Por pequeños que sean los países en esta parte del mundo —más pequeños que los estados alemanes de Renania del Norte-Westfalia o Hesse, y con menos habitantes—, y por mucho que hayan pertenecido al mismo Estado durante varias décadas, no es costumbre pasar un momento a ver al vecino. ¿Ya no? Únicamente hay cuatro camiones con matrícula turca esperando para atravesar el control; ni un solo automóvil. Maka nos pide que la llamemos por teléfono desde Azerbaiyán: entonces, arrancará.

«¿Y eso por qué?», le preguntamos.

«Nunca se sabe.»

Al menos cruzamos la frontera, que ya es mucho. El siguiente destino que habíamos fijado en nuestra ruta hacia el este era Daguestán, ya que linda con Georgia en un espacio de varios centímetros sobre el mapa, pero no hay un solo acceso a Daguestán. Entrar a Osetia o a Abjasia tampoco es posible, y la frontera entre Azerbaiyán y Armenia —o bien el Alto Karabaj— está cerrada en cualquier caso. Además, desde Armenia no se puede continuar hacia Turquía ni hacia la República Autónoma de Najicheván. A izquierda y derecha solo hay mar, así que no quedan muchas posibilidades para avanzar. El único país de la región desde el cual se llega a todas partes es precisamente un «Estado canalla», es decir, la República Islámica de Irán. Arrastramos las maletas por un pasillo techado que se extiende unos quinientos metros junto a una vía de cuatro carriles, cuyos puestos fronterizos están abandonados. De vez en cuando nos cruzamos con algún que otro peatón, también cargado de equipaje. Recuerdo que la última frontera que crucé a pie fue la que separa Siria del Líbano, y eso ocurrió durante la guerra; la penúltima fue, probablemente, la del Berlín dividido.

Al otro lado de la frontera hay varios taxis, pero solo uno de los conductores habla ruso y puede entenderse con Dimitri. Por precaución, nos explica que su cojera es consecuencia de la guerra: en 1993 pisó una mina en el Alto Karabaj, pero no debemos preocuparnos, porque la prótesis no le impide pisar el embrague.

«¿Usted cree que la guerra contra Armenia era necesaria?», pregunto para empezar hablando directamente de política.

«Qué va —responde el conductor—. Esa guerra la libraron los poderosos; nosotros simplemente pusimos nuestros muertos, nuestras casas y nuestras extremidades.»

«Pero también había odio, ¿no?»

«La guerra no se debió al odio, sino al revés.»

El paisaje, de momento, se parece al georgiano: a mano izquierda veo una cordillera boscosa; a mano derecha, una extensa llanura que acaso es más fértil aquí, aunque al otro lado de la frontera también se hablaba turco, las vacas y las ovejas son las mismas y tanto aquí como allí hay iglesias y mezquitas. ¿Cuál será la diferencia, además de las banderas, habida cuenta del esfuerzo invertido en la frontera? Entonces caigo: las teterías. Aquí, hay una detrás de otra en cualquier pueblo o pequeña ciudad, como si todos los habitantes masculinos tuvieran que caber de golpe. Se trata de una diferencia no menor respecto a Georgia si tenemos en cuenta todo lo que simboliza una tetería: el tiempo, que probablemente sobra; puede que el empleo, que no existe, y la sociabilidad, que aquí no tiene que ver con el vino, es decir, con el placer y con ese abrazo que al día siguiente ya está olvidado, sino con conversaciones serias y, a lo sumo, con juegos de cartas o de mesa; el espacio público, que la tetería solo prevé para los hombres, y, en general, la separación de sexos, aunque en la calle las mujeres no lleven velo. Antiguamente, la tetería también simbolizaba una cultura más caracterizada por la épica que por la poesía o por la mística.

«¿Aquí no cumplen con el Ramadán?», pregunto, porque me he hecho a la idea de ayunar.

«Sí, sí —responde el taxista—, durante el Ramadán no se sirve alcohol.»

Por la noche damos un paseo por Şəki, una localidad preparada para el turismo y situada en la ruta de las antiguas caravanas. La arquitectura aquí ya no tiene nada de persa. No hay columnas de filigrana que soporten balcones de madera, ni tampoco barandillas labradas, sino que los edificios son más bien robustos: unas casas rectangulares de piedra con tejado y ventanas sencillas; hasta los palacetes resultan funcionales. Cuando era un kanato, Şəki mantuvo la influencia turca bajo el régimen tanto de los shas como de los zares, de modo que el casco antiguo recuerda más a Mostar que a la cercana Tbilisi. También los restaurantes, que tienen su público a pesar del Ramadán, ofrecen platos similares a los que se sirven en Estambul o en los restaurantes turcos de Colonia, es decir, que aquí ya no hay nueces, granadas ni sinfonías de hierbas aromáticas y especias, pero sí *şiş kebap*, brochetas de pollo, chuletas de cordero y ese tipo de platos sabrosos que se sirven con pan y yogur. También esto resulta curioso: viajar hacia el este y que el mundo se vuelva más occidental.

Un vendedor de artículos musicales nos muestra ilusionado sus instrumentos y nos explica que cada vez son más quienes se interesan por la tradición, sobre todo entre los jóvenes. Su padre solo actuaba en las bodas, pero ahora hay conciertos de verdad, además de academias y escuelas de música privadas. Las raíces religiosas del *maqam*, la música árabe tradicional, obviamente se secaron durante la etapa de la Unión Soviética; los comunistas hundieron en el mar Caspio camiones enteros de libros escritos en árabe, disolvieron todas las órdenes religiosas y, bajo Stalin, asesinaron o deportaron a miles de sufíes. Según este vendedor, Azerbaiyán se ha quedado sin mística. Hoy, los jóvenes se marchan a Praga o a Estambul, y vuelven convertidos en salafistas aunque en realidad sean chiíes; ni siquiera son conscientes de la contradicción. Pese a todo, este comerciante está contento con la nueva nación que compra sus cuerdas y sus tambores.

## TRIGÉSIMO OCTAVO DÍA: EN LA LÍNEA DE ALTO EL FUEGO ARMENIO-AZERBAIYANA

Cerca de mediodía llegamos a otra frontera, pero no logramos encontrarla. Por más que preguntamos, nadie sabe por dónde se va a Armenia. ¿Por qué habrían de saberlo? Las fronteras que están cerradas generan un espacio propio; hay quien vive antes de llegar a ese punto y, probablemente, también después, pero nadie tiene necesidad de visitarlas, nadie pasa cerca, a nadie le quedan de camino. Poco a poco, los vecinos se van mudando, y al final solo quedan los viejos, aunque a nadie le interesan sus recuerdos. Cuando ellos mueran, no habrá nadie que se pregunte qué ha sido de los vecinos, pues al otro lado nunca los ha habido. Lo mismo ocurre en la zona de exclusión que rodea Chernóbil o en el muro con el que Israel mantiene alejada a Palestina, y lo mismo sucedía antiguamente en la frontera interalemana. También en Alemania había zonas del mapa, denominadas «periféricas», que estaban apartadas de cualquier ruta y carecían de interés.

Ahora estamos en Tartar, que, según el mapa, es la localidad más próxima a la línea de alto el fuego. Una y otra vez nos informan que es imposible llegar a la línea propiamente dicha. De acuerdo, nos decimos, pero tiene que ser posible llegar a un punto en el que ya no se pueda avanzar, un puesto fronterizo, una señal de prohibido, una barrera... En algún lugar debe de acabar la carretera. Eso es así en teoría, pero en la práctica ninguno de nuestros interlocutores parece haber salido de la ciudad en dirección oeste. En el ayuntamiento, en lugar de atenderme desde el otro lado de un escritorio, la funcionaria me acompaña hasta una sala de juntas y se pasa un buen rato mirándome, incrédula, hasta que logra entender el propósito de mi viaje. Después murmura algo sobre posibles permisos («No, el señor no necesita ningún permiso —tercia el intérprete—, él solo quiere llegar hasta donde se pueda sin necesidad de autorización»), llama por teléfono a su superior, abandona la sala de juntas y vuelve a entrar. Entonces nos sugiere que presentemos una solicitud, pero nos avisa de que el trámite durará...

«Vamos, vuelve a coger el teléfono», susurro al intérprete.

Consultando Google Maps, donde también vienen marcados los caminos vecinales, damos con la aldea de Tap Qaragoyunlu, situada justo en la línea de alto el fuego. Vista en pantalla, solo está a un centímetro de distancia, pero en la realidad tenemos que dar un rodeo bastante amplio: en medio, hay una zona en forma de bota que unos consideran armenia y otros, territorio ocupado. Sin contar el de Chechenia, el conflicto del Alto Karabaj es el más grave de todos los que dejó tras de sí la Unión Soviética: cincuenta mil muertos, pogromos en ambos bandos, más de un millón de expulsados y dos pueblos que evitan relacionarse pese a haber estado no ya unidos, sino prácticamente imbricados desde siempre por lazos familiares, y que, hasta hace treinta años, compartían las principales rutas de transporte y distribución, los mismos asentamientos urbanos, una historia en gran parte común, los mismos gobernantes y hasta un alzamiento contra Rusia que tuvo lugar a principios del siglo XX. A diferencia de la de Chechenia, la guerra entre Armenia y

Azerbaiyán continúa: en abril de 2016 fue la última vez que se produjeron duros combates, con más de cien víctimas. Los muertos pronto alcanzarán su cuarta década; todo ello en una zona del tamaño del Sarre y con ciento cuarenta mil habitantes que, o bien renunciaron a marcharse, o bien han llegado de Armenia.

Antes de continuar, damos una vuelta por Tartar. En las calles, que parecen trazadas con tiralíneas, apenas se percibe nada del supuesto *boom* petrolífero que, en los años noventa, convirtió a Azerbaiyán en un país rico de la noche a la mañana. Casi no hay tráfico, los negocios están vacíos y tampoco parece que el paraíso del consumo haya llegado a las tiendas. Hasta el río se ha quedado seco, ya que, según nos cuentan, Armenia ha cortado el suministro de agua. En *Black Garden* («Jardín negro»), una obra fundamental sobre esta guerra, Thomas de Waal escribe que todo el que viaje durante unos días por Azerbaiyán creará que Armenia es el agresor, mientras que todo el que viaje unos días por Armenia creará que lo es Azerbaiyán, pues serán muchos los argumentos irrefutables que oirán en ambos países sobre quién comenzó la guerra y por qué el Alto Karabaj pertenece a uno o a otro Estado. El propio De Waal se ha documentado con tanta precisión que su libro se ha publicado y ha recibido elogios en ambos sitios, pero tampoco él se atreve a dictar sentencia.

Nos disponemos a abandonar Tartar cuando reparo en algo parecido a un *boom* petrolífero: junto a la gasolinera, hay un señor cargando en su Lada enormes bidones de gasolina que no solo ocupan el asiento trasero, sino también el del copiloto, el maletero y el techo del vehículo. El señor nos explica que en los pueblos más alejados mezclan la gasolina con agua, así que esos bidones son un buen negocio. Suponemos que será el primer azerbaiyano que no fuma mientras conduce.

En el mercado de Barda, la localidad vecina, descubro dónde se meten las mujeres mientras los hombres toman té: en su lugar de trabajo. A juzgar por la vestimenta y por las arrugas que surcan sus rostros, deduzco que se trata de humildes campesinas, pero luego me entero de que una fue profesora; otra, capataz, y una tercera trabajó como limpiadora en un sanatorio.

«¡Eso sí que eran sueldos!», me dicen nostálgicas, y, además, en la Unión Soviética estaban aseguradas. Lo único que les ha quedado es un pedacito de terreno en la parte trasera de sus casas, donde han plantado algún árbol frutal o cuidan de alguna cabra, o una vaca en el mejor de los casos. Algunas mujeres no tienen más que una pequeña cocina, o apenas unos fuegos donde preparan conservas, patés, mermeladas y salsas para, luego, si hay suerte, vender dos o tres al día. Otras tienen maridos que trabajan como conductores o de otra cosa: así van tirando. A la pregunta de si van a votar, responden que solo si se lo ordenan. ¿Y sus hijos? Ellos se marchan a Rusia o a Turquía. ¿A Bakú no? No, allí la vida se ha vuelto muy cara por culpa del petróleo.

Cuando me dispongo a comprar unas cerezas, unos albaricoques, una bolsa de nueces, queso de cabra y alguna que otra conserva, tengo primero que buscar al supervisor —el único hombre en todo el mercado— para que una de las mujeres acepte mi dinero; al fin y al cabo, soy un invitado. También en este viaje, que dura muchos días, me llama la atención lo mucho que escribo sobre la opresión, las guerras y la historia, así como lo poco que menciono la amabilidad que también reina en el mundo... En concreto, la hospitalidad de las personas es tanto más obvia cuanto más pobres son. Si trato de encontrar una explicación a este fenómeno, es muy probable que acabe cayendo en lo cursi, en el romanticismo social o en la psicología de los pueblos, aunque también puede ser que me haya acostumbrado a sentir vergüenza.

Nos pasamos la tarde atrapados en una obra. Uno de los dos jóvenes operarios con chaleco amarillo encargados de regular el tráfico se ha despistado: un coche ha entrado por cada extremo del estrechamiento y se han formado dos colas de vehículos atascados. Mientras los dos jóvenes se desentienden del asunto, cada vez que un conductor se baja para quejarse o para proponer una solución a semejante caos, acaba cubierto por una capa de polvo procedente de las excavadoras.

Está atardeciendo cuando llegamos a Tap Qaragoyunlu. Probablemente haya sido una idea peregrina viajar dos horas hacia el sur y luego regresar hacia el oeste, describiendo antes una curva hacia el este, solo para ver el frente, un frente que tal vez ni siquiera exista. Sí, es posible que la guerra solo se libre en la televisión, como ocurre en las sátiras hollywoodienses. Y es que hasta Tap Qaragoyunlu —que, según Google Maps, solo está a unos milímetros de la línea de alto el fuego— parece pacífico a simple vista: hay gallinas en mitad de una calle sin asfaltar, una tetería que se reduce a un cobertizo de uralita en mitad de un jardín, ciclomotores ruidosos y casas sencillas de una sola planta y con un trocito de tierra en la parte de atrás, donde seguramente cultiven los productos habituales. Sin embargo, al final del pueblo nos topamos con un muro de unos dos o tres metros de altura que se prolonga por una calle perpendicular. Delante del muro, tras desplegar unos pañuelos bajo un moral, varias mujeres columpian a unos niños subidos a las ramas, de modo que las moras caen. Los vecinos, sentados a la puerta de sus casas, ven llegar el final del día. La escena sigue resultando idílica, pero, cuando aparcamos el coche al otro lado de la calle, un señor nos advierte de que es mejor no bajar.

«¿Por qué?», preguntamos.

«Porque ese muro de ahí no es que proteja mucho.»

Es entonces cuando reparo en que todo sucede a un solo lado de la calle. El señor nos explica que casi a diario se produce algún tiroteo, y luego añade —ignoro si está siendo sincero o, más bien, se siente culpable— que siempre son los armenios los que empiezan. También nos dice que al otro lado hay francotiradores, y que la semana anterior hirieron a un vecino.

«¿Se puede ver a los armenios desde aquí?», pregunto.

«Síganme», nos dice una mujer que lleva el pelo recogido en un moño y los párpados pintados de un color llamativo. Nos conduce hasta un patio donde está su marido, ocupado con un tractor. Este es un país extraño o un tiempo extraño: las campesinas que despachan en el mercado de la ciudad son en realidad empleadas, capataces o limpiadoras, mientras que aquí, en el pueblo, las mujeres se acicalan como si estuviesen en plena urbe. En el muro hay una parte donde se ha desprendido un trocito de hormigón, así que aprovechamos para mirar por el agujero. A unos mil o puede que dos mil metros, creo distinguir un puesto de mando, aunque está vacío. El marido nos cuenta que Tap Qaragoyunlu siempre fue territorio azerbaiyano; según él, los armenios vivían en Talesh, el pueblo vecino, que ahora está en tierra de nadie. La mujer añade que, antes de la guerra, las relaciones eran normales, amistosas, incluso. Le pregunto si volvería a visitar Talesh de no existir el muro.

«¿Se refiere a cuando llegue la paz?», me pregunta ella.

«Sí, en caso de que Talesh volviera a estar habitado.»

«No, creo que no volvería a ir. Al fin y al cabo, allí vivirían nuestros enemigos.»

El matrimonio no quiere dar más información, ver sus nombres por escrito ni hablar de lo que sucedió en Tap Qaragoyunlu durante la guerra. De nuevo en la calle, intentamos hablar con alguien más, pero tampoco tenemos éxito. No es que la gente sea maleducada: simplemente, no



hablan mucho. Solo uno se queja de que en Shusha, la antigua capital del Alto Karabaj, están utilizando la gran mezquita para criar cerdos. ¿Cómo va él a convivir con esa gente, que ha expulsado, masacrado y ofendido a su pueblo?

«¿Está usted seguro de lo de la mezquita?», pregunto.

«Sí, salió en todos los periódicos, y además he visto a los cerdos en fotos.»

Estoy tentado de objetar que ese tipo de fotos se pueden falsificar muy fácilmente, pero el intérprete me hace notar la presencia de otro hombre que nos observa a cierta distancia mientras habla por su teléfono móvil. Como no lo he captado a la primera, el intérprete añade que deberíamos irnos enseguida: estamos en una zona de seguridad y es evidente que alguien está siendo informado de nuestra visita, si es que no llevan ya un rato observándonos.

«¿Tendremos algún problema si nos quedamos?»

«Vosotros, no; pero yo, sí.»

Como hemos perdido mucho tiempo en el ayuntamiento y en la obra, y viendo que en las proximidades del frente tampoco es que avancemos mucho —bien porque no encontramos la línea divisoria, bien porque a los extranjeros no nos cuentan gran cosa—, decidimos tomar el tren nocturno en Ganyá. Además, no solo es que ganemos un día, sino que ya la mera idea de viajar en un tren nocturno hacia Bakú me resulta fascinante.

Todavía nos queda tiempo para dar un último rodeo y visitar Göygöl, a veinte kilómetros de Ganyá en dirección sur, una ciudad que curiosamente no fue destruida, sino construida, por los alemanes. Los encargados de hacerlo fueron unos refugiados que huían de la pobreza a los que, en 1830, el zar otorgó este lugar apartado dentro de su enorme imperio para que lo cultivaran. Ellos decidieron llamarlo Helenendorf, plantaron vides y construyeron casas con gabletes de tanta calidad que hoy siguen siendo auténticas joyas. Como si sus propietarios anhelaran viajar a Estados Unidos, todas las casas tienen, además, un porche de madera como los que salen en las películas, aunque lo más probable es que se trate de una estructura típicamente alemana que se exportó al resto del mundo. La iglesia se trajo de Alemania el gablete, las ventanas ovales, los ladrillos rojizos, la torre puntiaguda y hasta el correspondiente reloj. Por otro lado, a diferencia del barrio suabo de Tbilisi, Helenendorf sigue estando vivo. Las calles, jalonadas de árboles e inusualmente anchas para tratarse de un pueblo perdido en el Cáucaso, así como la plaza, también agradable y a la sombra, están ocupadas por vecinos sentados a la puerta de sus casas o por gente paseando en grupitos. Apenas hay tráfico, y la tarde es lo bastante cálida como para ir en camisa y no pasar frío. Si no supiera que estoy cerca del mar Caspio, pensaría que estoy paseando por una pequeña ciudad del norte de Alemania, aunque con un cien por cien de inmigración, claro. Casualidad o no, lo cierto es que hasta están lavando dos coches a las puertas de sendas casas, como si los recién llegados hubiesen importado todas las facetas de la cultura alemana.

La primera persona a la que preguntamos, un señor de mediana edad, hermosa barba poblada y mirada cálida llamado Imrán Isáiev, conductor de profesión, nos cuenta que el abuelo de su mujer se casó en primeras nupcias con una alemana que, al igual que sus dos hijos, fue deportada a Kazajistán.

«¿Y ese abuelo hablaba de su esposa?»

«No, no mucho. Solo decía que la quería y que su separación no fue voluntaria. Y que echaba de menos a sus dos primeros hijos.»

«¿Nunca volvieron a tener contacto?»

«No, que yo sepa. Me imagino que habría sido complicado para su segunda esposa. El abuelo era de esos a los que les gustaban las mujeres, ¿sabe? Si encima hubiese vuelto la primera mujer...»

«Entonces, puede decirse que usted se benefició de las deportaciones.»

«¿Por qué lo dice?»

«Bueno, porque, de lo contrario, el abuelo no se habría vuelto a casar, y entonces no existiría esa nieta que hoy es su esposa.»

«Visto así, puede ser, pero el abuelo jamás habló mal de su mujer alemana, nunca, y siempre extrañó a sus dos primeros hijos, hasta el final. A veces, mi mujer también se pregunta cómo serán esos parientes, si serán rubios o morenos, como nosotros. Sería muy emocionante que se encontraran, después de tantos años.»

Pregunto a dos mujeres sentadas en la escalera que conduce al porche si podría ver su casa por dentro; basta con decirles que vengo de Alemania para que la mayor me abra la puerta sin dudar. Se llama Gülbahar y está especialmente orgullosa de una estufa del tamaño de un armario que data de la época de mis compatriotas. Sirve hasta para asar *shashlik* y, aunque dejes que se apague, la casa se mantiene calentita durante horas. La mujer me cuenta que ella misma regresó de Rusia con su marido y con sus dos hijas en 2004 y que, cuando buscaban piso, enseguida se enamoró de las casas alemanas. El suelo de madera, los techos altos, los muros macizos, el porche...: todo es de hace doscientos años, pero está en perfecto estado. Y eso por no hablar del sótano, que funciona como un frigorífico. Por desgracia, su marido murió poco después de mudarse, la hija mayor se ha casado y ella ahora vive sola con la más pequeña en una casa que les queda demasiado grande. La señora se pregunta qué pasará cuando Lamia también se marche. Ojalá su futuro yerno se enamore como ella de la casa alemana.

De vuelta en la calle, le pregunto si sabe quiénes eran los dueños anteriores. Ella responde que no, solo sabe que cuando los alemanes fueron deportados a Kazajistán, aquí vivió una familia armenia. Le pregunto hasta qué fecha.

«Hasta 1988, después ya fue imposible.»

«¿Y qué pasó cuando se fueron los armenios? Seguro que a ellos también les gustaba la casa.»

«No lo sé, porque nosotros vivíamos en Moscú.»

«La convivencia con los armenios era buena», interviene Imrán Isáiev, que se había quedado esperando en la acera. En Göygöl, al parecer, también solía haber matrimonios mixtos: en el caso de los armenios, eran las mujeres quienes podían casarse con alguien de otra religión, y, en el caso de los azerbaiyanos, los hombres, de modo que ambas tradiciones se complementaban. Incluso en bodas que no eran mixtas, se cantaba primero una canción azerbaiyana y luego otra armenia, o al revés. Aunque no se hablara de ello en público, algunas armenias continuaron viviendo en Göygöl con sus maridos azerbaiyanos.

«¿Recuerda cómo fue cuando expulsaron a los armenios de Göygöl?»

«Fue consecuencia de una época. Los azerbaiyanos tuvieron que salir de Armenia y los armenios, de Azerbaiyán. Lo vivimos como una catástrofe natural.»

«¿No había hostilidad entre ambos?»

«Es obvio que la había, aunque yo personalmente nunca la viví. Ahora pienso que tendríamos que haber dicho algo.»

«¿A quién?»

«A los armenios. Me refiero a que eran buenos vecinos, no había ningún problema. Ni siquiera nos despedimos de ellos, y hoy ya nadie quiere recordarlo.»

Sin embargo, todos en Göygöl se acuerdan de Viktor, el último alemán. Era un señor mayor muy especial y encantador, además de esbelto; sacaba una cabeza a los azerbaiyanos y estaba soltero. Vivió con su madre hasta que ella murió, y en verano siempre llevaba un sombrero panamá. Probablemente hablase algo de alemán, y daba mucha importancia a sus raíces, aunque se comunicaba mejor en ruso y en azerí. Murió hace cuatro o cinco años.

«¿Cuatro o cinco años?» Me sorprende comprobar que siguiera habiendo alemanes en Göygöl después de la Segunda Guerra Mundial.

«Pues claro que había alemanes. Cuando yo era niño, había como mínimo quince familias de cabello rubio.»

El señor Isáiev no sabe decirme si lograron escapar de la deportación o si eran de los que regresaron: él era demasiado pequeño. A muchos vecinos de Göygöl les gustaría que la casa de Viktor se conservara como museo, por eso no se ha vendido aún. Desde el porche y con ayuda de la linterna del móvil, intentamos ver el interior de las dos habitaciones delanteras: el dormitorio de Viktor y el salón, donde se distinguen una gran librería y un piano. Preservar este recuerdo de Alemania en Helenendorf no solo sería bueno para Göygöl.

Media hora después, estamos en Ganyá, aunque prácticamente no vemos nada. La ciudad, que no en vano es la segunda más grande e históricamente más importante de Azerbaiyán —de hecho, fue capital de una breve república democrática en 1818—, está a oscuras. No deja de resultarme inquietante atravesar una gran ciudad de noche cuando no hay iluminación; es casi como vivir una guerra, un derrocamiento o cualquier otro estado de excepción. En las ventanas y en algunas tiendas sí que se ve luz, por lo que no pueden haber cortado el suministro. ¿Será una medida de ahorro? ¿Un fallo técnico? El caso es que Ganyá no parece ser una ciudad en pleno apogeo. Solo al llegar al centro vemos farolas encendidas, las plazas parecen remozadas, las calles son anchas y la moderna estación es tan grande como la terminal de un aeropuerto aunque solo haya cinco trenes diarios, dos de ellos, nocturnos. ¡El tren nocturno a Bakú! Nuestros hijos ya no saben qué es un tren nocturno, y eso que estos hoteles itinerantes, en su día, eran el *summum* de lo que la modernidad podía ofrecer: movilidad y confort. Sí, antes aún que la corriente eléctrica o el motor de explosión, y mucho antes que el primer avión, los trenes eran un artefacto prodigioso que permitía quedarse dormido en un país y despertar en otro. En Ganyá, el tren ha dejado de ser una sensación. Nadie parece tener prisa cuando llega la imponente locomotora procedente de Tbilisi, que probablemente necesite un descanso. Un revisor nos recoge en el vestíbulo de la estación y nos conduce tranquilamente hasta el andén, donde todavía le da tiempo a saludar con dos besos a los compañeros que han bajado del tren y a tomarse un té con ellos. Junto al coche cama nos espera un encargado, que está rendido y viste una librea agujereada, para recoger nuestro equipaje. Luego nos trae sábanas y toallas frescas al compartimento, revestido de madera y no muy distinto al vagón en el que Stalin recorría la Unión Soviética.

## TRIGÉSIMO NOVENO DÍA: EN EL TREN NOCTURNO HACIA BAKÚ

Al mirar por la ventanilla, me frotó los ojos, pero no solo lo hago por el cansancio: es el desierto. ¿Tan al norte? Ayer por la mañana, el paisaje de las estribaciones meridionales del Cáucaso era todavía verde; había bosques, manantiales, ríos, montañas. En mi atlas interno, el desierto empieza en Irán y se extiende hacia el sur, en dirección a Arabia y Baluchistán. Kurban Said, cuya novela he terminado la noche anterior, desarrolla toda una teoría sobre la diferencia entre los hombres del bosque y los hombres del desierto, que sería la misma que existe entre Georgia y Azerbaiyán, entre Occidente y Oriente y, en suma, la más importante entre civilizaciones:

La seca borrachera oriental procede del desierto, donde el viento caliente y la arena caliente embriagan a los hombres, donde el mundo es sencillo y sin problemas. El bosque está lleno de preguntas. Solo el desierto no pregunta nada, no da nada y no promete nada. Pero el fuego del alma procede del bosque. El hombre del desierto, me hago cargo, tiene un solo sentimiento y conoce una sola verdad, que lo absorbe. El hombre del bosque tiene muchas caras. Los fanáticos vienen del desierto; los creadores, del bosque.\*

Esto suena a orientalismo puro, es decir, a una imagen o autoimagen de Oriente basada en las expectativas exóticas de Occidente. ¿Debemos por ello desecharla del todo? Ahora que miro a través del polvo, la arena, los arañazos, la grasa, los rastros del paño y las huellas de los dedos acumulados en la ventanilla de este tren, pienso que es precisamente el desierto lo que, desde siempre, ha distinguido a Oriente de Europa. Por supuesto que entre Marruecos, Yemen e India hay distintas zonas climáticas: llanuras fértiles; deltas fluviales de abundante vegetación, como es el caso del Nilo; estepas, costas marítimas y lagos; cordilleras de verdes prados, laderas inundadas de flores o nieve eterna; en el norte de Irán, hay incluso selva virgen. Ahora bien, si mi atlas interno no se vuelve a equivocar, en Oriente no hay un solo lugar que no esté a dos o tres días a pie del desierto, y eso es justamente lo característico: sus alfombras que recuerdan a jardines, su arte como representación de un mundo, en efecto, abstracto, su ornamentación como fórmula para expresar el horizonte infinito, su hospitalidad como condición necesaria y seguro de vida para el propio anfitrión. Hasta es posible que el desierto explique algunas de las dificultades con las que la democracia se topa en Oriente, puesto que el desierto agudiza el contraste entre el campo y la ciudad: ningún oasis que se precie ha estado jamás libre de la amenaza de ladrones, conquistadores o vándalos. Debido a la propia topografía, el desarrollo de una sociedad burguesa estuvo limitado a escasos enclaves cuya cohesión, además, se vio permanentemente interferida por el éxodo rural. Es por esto por lo que la sociedad del desierto, incluida la de las ciudades, está dividida en tribus y clanes. Hoy en día, la oposición mítica entre pueblos nómadas y sedentarios sigue perpetuándose, y lo hace tanto en las zonas donde se acumulan bolsas de miseria como en las metrópolis. Concebidas como refugio y paraíso opuesto al mundo terrenal, las ciudades y hasta los jardines —precisamente los jardines— están aislados de todo, cosa que en Europa, a lo sumo,

solo se contempla como posibilidad en el caso de regiones glaciares inaccesibles. Así, no es casual que los profetas de corte bíblico, esos admonitores, excéntricos, poetas y visionarios considerados fanáticos por sus coetáneos, procedieran, si no del propio desierto, al menos sí de sus proximidades, o que se retiraran al desierto, sobreviviesen a sus penurias y predicasen desde allí. En este sentido, resulta paradigmática la cita de Isaías 40 sobre la voz que clama en el desierto, tantas veces mencionada en la Biblia. Probablemente no haya otro lugar donde el ser humano esté más expuesto a un poder superior al que dirigir sus ruegos, súplicas o quejas que ese donde la necesidad aumenta con el paso de los días, con cada cambio meteorológico y con cada nuevo espejismo. Y tampoco hay otro lugar donde la vida se perciba más claramente como creación y, por tanto, como regalo que aquel donde uno está rodeado de la nada. «El desierto es como la puerta hacia un mundo misterioso e incomprensible.»\*

Dimitri, que todavía recuerda cómo funcionaban las cosas en la Unión Soviética, me saca del ensimismamiento. Mientras hacemos cola frente al aseo para lavarnos los dientes, nos tomamos el té en bolsita que el encargado del coche cama nos ha traído al compartimento en unos vasos de cartón. Su mirada basta para reprocharnos a cada uno por separado que él sea el único que está trabajando en todo el vagón (aunque sus ronquidos se oyesen desde la otra punta del pasillo). A continuación, doblamos las sábanas y las toallas y plegamos las literas para bajar las maletas, pues hemos llegado a Bakú. Intuyo que las diferencias sociales surgidas a comienzos del siglo XX —cuando el petróleo convirtió en multimillonarios a algunos magnates, mientras los trabajadores apenas tenían fuerza para limpiarse la porquería al regresar de noche a sus barracones— no pueden ser mayores que el contraste entre los tristes silos de hormigón que se ven a las afueras y los rascacielos del centro de la ciudad. Décadas después que Tbilisi, pero embriagada por los efluvios del oro negro, Bakú entró de lleno en la modernidad: mansiones, salas de conciertos, polígonos industriales, lucha de clases y grandes avenidas ocupadas no solo por Asia, sino directamente por medio mundo.

Si nos atenemos a su fantástica trayectoria vital, el propio Kurban Said fue un niño bastante normal en la Bakú de la época. Nacido en 1905 de padres judíos —padre ruso y madre georgiana—, Lev Abrámovich Nussimbaum recibió una educación alemana, como solía ser habitual en los círculos más acomodados. Al igual que le ocurrió a Givi Margvelashvili en Tbilisi, Lev y su padre tuvieron que huir de los bolcheviques, y, tras vivir una odisea que los llevó por todo Oriente y media Europa, en 1921 el joven Nussimbaum llegó a Berlín. Allí cursó Estudios Orientales y pronto abrazó el islamismo. Bajo el seudónimo de Essad Bey, se convirtió en el autor estrella de la revista *Literarische Welt* y escribió varios superventas sobre Oriente Próximo, los cuales, si bien pecan de ofrecer una imagen demasiado orientalista, son más amenos y de lectura más agradable que la mayoría de las obras que se escriben hoy sobre el islam. Después de que los nazis prohibieran editar sus libros, una aristócrata austriaca propuso a Bey publicar bajo otro seudónimo, el de Kurban Said, con el que cosechó su último éxito, *Alí y Nino*, antes de morir en Italia, en 1942, durante su segunda huida. La novela se publicó más adelante tanto en Georgia como en Azerbaiyán, pero sin referencia alguna al hecho de ser una traducción del alemán. En realidad, uno entiende por qué ambos países han reclamado a este autor para sí: *Alí y Nino* no solo es una novela colorida y narrada con maestría, pues, pese a los estereotipos, reproduce como ninguna otra la atmósfera del Cáucaso a comienzos del siglo XX, con sus ciudades modernas y pueblos arcaicos, sus guerras y levantamientos, las tradiciones que van desapareciendo y la

industrialización que comienza. Además, Said dibuja con pocos trazos personajes que he vuelto a encontrar cien años después. Estoy pensando en el obispo Isaías, que me hablaba tan contento de los mártires; en el taxista que había al otro lado de la frontera, que presumía de pisar el embrague con la prótesis, y también en Magomed, el checheno que prefiere seguir siendo un campesino libre antes que perder su propio terreno, por árido que sea...: tantas guerras y tan pocos vencedores, países tan pequeños con culturas tan ricas, una cotidianidad tan dura mezclada con fiestas tanto más largas.

«Arslán Aga, ¿qué va a ser de ti?», pregunta Alí a su amigo borracho, que es un bribón.

«Seré rey.»

«¿Cómo?»

«Quiero ser rey de un país bonito con mucha caballería.»

«¿Y si no?»

«Morir.»

«¿Cuándo?»

«Al conquistar mi reino.»\*

Sin embargo, al dar mis primeros pasos por Bakú en junio de 2017, no me encuentro con los seres primitivos del desierto ni con los recién llegados del bosque, sino con miembros de una especie muy distinta, que casi parecen venidos de otro planeta. Visten unos monos de plástico rugoso de color naranja o marrón claro, o bien pantalones cortos y polos turquesa o amarillo chillón, pero que, en cualquier caso, están repletos de publicidad, y todos lucen unas viseras rojas, tapones en los oídos y una cinta de plástico alrededor del cuello que los identifica como miembros de un mismo equipo: este fin de semana se celebra el campeonato de Fórmula 1. No solo es que el circuito esté oculto desde hace días tras enormes vallas, bloques de hormigón y lonas de plástico para que nadie logre ver los bólidos sin pagar por ello, sino que son muchas las calles cerradas al tráfico, por lo que reina un silencio fantasmal, que acaso recuerde también al desierto.

Intento llegar hasta el mar Caspio, que, según el plano, apenas dista unas cuantas calles. Tras zigzaguear durante una hora, encuentro al fin el paso subterráneo del metro que discurre bajo la recta final del circuito. La organización del campeonato ha montado todo su campamento en el amplio paseo marítimo: centro de prensa, sala vip, guardería, la Media Luna Roja y, separada del resto, la zona donde están los pilotos, sus equipos y los mecánicos. Además de *pizza*, pasta, perritos calientes y hamburguesas, también hay una carpa donde sirven platos típicos. Toda una armada de cochecitos de golf, o bien está lista para entrar en acción, o bien ya está en marcha; en muchos rincones hay equipos de gente joven que recibe instrucciones en dos idiomas: es el personal de asistencia, seguridad, servicio de transporte, estadística, control de carrera, venta de entradas y sanitarios. Las únicas personas mayores que alcanzo a ver están barriando el asfalto sin mucho sentido. Todavía está permitido caminar por el paseo, cuyas zonas verdes, fuentes y palmeras recuerdan un poco a Florida; será durante los primeros entrenamientos, a más tardar, cuando esta zona solo sea accesible previo pago. Lo mínimo para ver un Ferrari o un flecha plateada son noventa euros; la ronda de clasificación y la carrera propiamente dicha cuestan más. Todavía quedan entradas para todas las categorías: el interés parece limitado en un país con un salario medio de cuatrocientos euros. A los extraterrestres eso les da igual, puesto que les garantizan unos ingresos aproximados de sesenta millones de dólares solo por haber aterrizado

allí. Al igual que en otros circos como Eurovisión, las bienales de arte o los primeros juegos europeos, el planeta anfitrión también corre con los gastos derivados de exhibir su nivel de desarrollo ante el resto del universo.

En medio del bulevar, veo un edificio en forma de tubo metálico que podría perfectamente pasar por una nave espacial, pero que resulta ser un museo dedicado a las alfombras; por eso lo han construido en forma de alfombra enrollada. Ya en el interior, compruebo que las paredes tampoco son rectas, de modo que las piezas expuestas cuelgan inclinadas en un espacio futurista. No sé si será eso o la belleza y el gran valor artesanal de esas alfombras tan antiguas —cuyos motivos abstractos las vuelven tremendamente modernas— lo que despierta de inmediato mi vena reaccionaria: ¿qué ha pasado con la noción de arte desde que comenzó el siglo XX? Me llama la atención que todo lo que se ha hecho desde entonces, es decir, desde que tuvo lugar la historia de Alí y Nino —la cual, en consecuencia, no supuso ninguna revolución, sino el final de una cultura — tiende al *kitsch*, a imitar al arte occidental y a una materialidad que hoy vuelve a percibirse anticuada. Mientras contemplo la ciudad desde la alfombra enrollada, concluyo que esto parece ser especialmente cierto en el caso de la arquitectura: por equilibrada que sea la silueta de esta ciudad, que primero fue europea y después oriental, y por mucho que armonicen pese a sus grandes diferencias, las Flame Towers construidas como nuevo emblema de Bakú resultan monstruosas: tres rascacielos en forma de llamarada que por las noches se iluminan imitando al fuego. Eso sí, nadie negará que estas torres de ardiente cristal con las que Bakú aspira a competir con Dubái y Abu Dabi combinan a la perfección con los monos naranjas y las viseras rojas. «El país del fuego» es, además, el eslogan de la oficina de turismo, ya que, aparte del petróleo, Bakú cuenta con un templo zoroastra entre sus atracciones turísticas. Volcanes también hay, solo que no expulsan lava ardiente, sino una especie de barro parduzco.

Atravesando el paso subterráneo, regreso al centro de la ciudad, que resplandece como en sus mejores tiempos: las mansiones burguesas, los teatros, las academias y las plazas están igual de restaurados que las callejuelas del casco viejo oriental. Sin embargo, al mirarlos más de cerca, compruebo que también los edificios del periodo historicista del siglo XIX están provistos de las últimas novedades y, por tanto, de todo lujo. En lugar de preocuparse por restaurarlos y tener que lidiar con las leyes de patrimonio, algunos constructores han sustituido lo que era antiguo por una imitación. Así de aséptico será el centro histórico de Berlín en cuanto terminen la reconstrucción del Palacio Imperial y, después, continúen con la Academia de Arquitectura de Schinkel. También el teatro Volksbühne se está quedando sin su pasado. Lo próximo podría ser reconstruir los edificios antiguos que, desafortunadamente, quedaron en pie tras la guerra. Bakú nos lleva la delantera.

Jadijia Ismaílova cree que en todas las ciudades hay un «cinturón de felicidad». En otras urbes, el desarrollo se concentra en varias manzanas, centros comerciales y parques: el espacio suficiente para que el presidente identifique el crecimiento que está experimentando el país cuando venga de visita. En Bakú, sin embargo, una ciudad donde se concentran la riqueza, el mundo de los negocios y el turismo, dicho «cinturón de felicidad» es especialmente extenso, pues se prolonga desde el aeropuerto, situado a trece kilómetros de la capital en dirección norte, hasta el mástil que se encuentra al sur, el segundo más alto del mundo, donde la bandera azerbaiyana ondea a ciento sesenta y dos metros de altura. En realidad, debería ostentar el récord, pero, ocho meses después de haber sido culminada, la bandera tayika le tomó la delantera. Jadijia reconoce

que no es fácil construir una sociedad con plena conciencia de sí misma cuando el Estado se basa en una victoria ficticia. Se refiere a la guerra contra Armenia, que en teoría fue un triunfo, aunque en la práctica supuso la pérdida del veinte por ciento del territorio.

Como experta en periodismo de investigación, Jadijia ha destapado numerosos casos de corrupción y también ha informado, mucho antes de los papeles de Panamá, sobre el patrimonio de la familia Aliyev, que gobierna en segunda generación. Por ello fue amenazada, calumniada, arrestada y condenada en 2014 a siete años y medio de cárcel. Después de que varias organizaciones internacionales y celebridades como Amal Clooney se pronunciasen a su favor, Jadijia salió en libertad bajo fianza el pasado año. En el propio Azerbaiyán, docenas de periodistas se habían unido bajo el llamado Proyecto Jadijia para continuar con las investigaciones de su compañera.

«El Gobierno se ha dado cuenta de que si detienen a una voz crítica con el sistema, surgen otras dos —opina Jadijia—, a lo que se suma un daño en la imagen que tiene el país en el extranjero. Mi encarcelamiento les salió demasiado caro.»

Me encuentro con Jadijia en un café bien visible, situado frente a una fuente que decora una de las muchas y hermosas plazas del centro peatonal. La periodista debe ser cauta a la hora de decidir con quién se reúne. La acompaña su abogada. Desde que salió de la cárcel, Jadijia no puede trabajar y tampoco puede viajar, ya que debe presentarse regularmente en comisaría; además, está bajo vigilancia y tiene cortada la conexión a internet. También sus hermanos se quedaron sin trabajo, razón por la cual una de ellos se mudó a Ankara. Pese a todo, Jadijia no solo se muestra indoblegable, sino hasta más firme que nunca, y eso, a la luz de su trayectoria, hace que me pregunte si esta mujer tan joven, de apenas cuarenta años, no comenzaría a hacer periodismo de investigación ya en el colegio. En un tono casi jocoso, Jadijia me cuenta cómo, antes de su procesamiento, intentaron silenciarla con unos vídeos eróticos. La acusaron de hostigar a alguien con quien había mantenido relaciones sexuales hasta el punto de que él intentó suicidarse, y luego apareció un vídeo en internet grabado en su dormitorio.

«Una mujer soltera teniendo relaciones sexuales. Seguramente pensaron que eso supondría mi defenestración en una sociedad tan conservadora.»

Pero ocurrió lo contrario: a partir de ese vídeo, Jadijia dedujo en qué parte del dormitorio habían colocado la cámara. Abrió la pared en ese punto y encontró un orificio del que colgaba un cable suelto. Entonces llamó a la compañía telefónica para notificar la avería. Cuando enseñó el cable al técnico que acudió a su llamada, este le contó que él mismo lo había puesto y se mostró conmocionado al enterarse de la existencia del vídeo y de las calumnias. Pese a que, como todos los azerbaiyanos, también él estaba expuesto a la corrupción a diario, el técnico aseguró no tener ni idea de que ese cable iba a estar conectado a una cámara de vigilancia. De hecho, dijo que en su momento le extrañó que la empresa le ordenara resolver la incidencia fuera del horario establecido para que no quedara registrada.

«Pero ¿cómo se te ocurrió llamar a la compañía telefónica?», pregunto a Jadijia.

«Por algo me dedico al periodismo de investigación —responde ella—. Sabía que en cada distrito trabajan tres técnicos y que son siempre los mismos, así que probé suerte.»

El técnico declaró como testigo, al igual que el amante, que ni se había sentido acosado por Jadijia ni había intentado suicidarse. Cuando, además, una serie de jatis o predicadores y hasta el partido islamista se pusieron de parte de Jadijia, puede decirse que la periodista logró destapar



otro escándalo. Varios funcionarios del servicio secreto fueron despedidos y, poco después, también dimitió el ministro. La propia Jadijia fue condenada más adelante, pero por otro motivo: el delito de evasión fiscal funciona en todas las dictaduras.

Le pregunto a qué se debió el apoyo de los jatibs y del partido islamista.

La propia Jadijia todavía se lo pregunta, pues es atea declarada y siempre ha criticado al clero.

«Creo que fue por dos razones: por una parte —pido disculpas, porque esto va a sonar muy poco humilde—, reconocieron mi valentía. Por otra, ellos mismos estaban descontentos con el Gobierno y sabían que no era yo la única perjudicada. Mi caso obedecía a un patrón; no era la primera vez que se propagaban ese tipo de calumnias y que aparecían vídeos eróticos colgados en internet de forma anónima. Yo, simplemente, fui la primera con quien las amenazas no funcionaron. Lo que dije fue: “Poned en internet lo que queráis; no daré un paso atrás”. El resultado fue que dejaron de hacerlo. Creo que es un mérito que me atribuyen todos los que podrían haber estado en la misma situación, aunque sus opiniones sean completamente distintas a las mías.»

«¿Lo consideras un avance?»

«Sí, claro. Antes, a una mujer la habrían apedreado por algo así.»

Pese a todo, Jadijia no cree que en su país se esté produciendo una revolución democrática. Son demasiados los que todavía dependen del Estado como para dar el paso de rebelarse. Un ejemplo —uno de tantos— es que solo en Bakú hay cerca de quinientas mil viviendas que no están inscritas en el catastro. Esto es producto del caos que rodeó la privatización de 1989 y de la construcción irregular durante el *boom* petrolífero. Multiplicado por cuatro, el resultado son dos millones de habitantes obligados a cerrar el pico para no perder su casa. O los muchos maestros que desatienden sus clases obligatorias adrede para que los alumnos contraten clases particulares con ellos mismos. Esto solo funciona mientras el director o la inspección educativa hagan la vista gorda. A cambio, son esos mismos maestros quienes miran para otro lado en las comisiones de selección a las que son convocados de forma preferente.

«Una dictadura no es cosa fácil. Es un sistema basado en complicidades.»

Jadijia se interrumpe. Yo ya había notado que la abogada, aún más joven que la propia periodista, estaba tecleando nerviosa en su teléfono. Es entonces cuando la letrada me cuenta que lleva tres horas sin noticias de su marido, quien, como ella, también se ocupa de los derechos humanos. Acaba de visitar a uno de sus defendidos, pero no ha acudido a la siguiente cita, algo nada habitual en él. Tres horas... Seguro que hay un motivo sin importancia. Jadijia promete enviarme un SMS en cuanto su abogada tenga noticias de su marido.

Por la noche asisto a la inauguración de una exposición. La galería de arte ocupa tres plantas de un palacio situado en el casco antiguo y está llena de un público elegante, excéntrico, en su mayoría agraciado, y sobre todo joven. También hay varios occidentales que se sienten como en casa. Los asistentes se conocen y brindan en la terraza con copas de vino blanco o Campari. A mí me ocurre que, por desgracia, las obras expuestas vuelven a parecerme terriblemente banales: piezas de videoarte de esas que nadie soporta más de dos minutos y eslóganes más propios de una pegatina plasmados sobre lienzo. Si comparo el arte contemporáneo con la misa georgiana o las alfombras que me han fascinado esta misma mañana, pienso que tal vez carezca de intuición para detectar lo novedoso; a lo mejor estoy demasiado centrado en la decadencia. Puede que los escritores sean los únicos que siempre ocupan la plataforma trasera del último vagón. Mientras

todos los demás se ilusionan con la llegada, nosotros escribimos sobre lo que el tren va dejando atrás. En nuestro caso, la nostalgia viene impuesta por la profesión. Son otros quienes se encargan de la novedad: los investigadores, los expertos en tecnología, los ejecutivos, los conquistadores, los inventores y el maquinista, y, por supuesto, los más jóvenes, no los viejos, que de entrada dan prioridad al pasado para poder morir tranquilos. Sin embargo, hay algo que hasta yo soy capaz de ver desde la plataforma trasera, y es que, con toda seguridad, lo novedoso no se puede visitar en esta elegante galería del casco antiguo.

«Lo mejor es la vista que hay desde la terraza», me dice la videoartista Sabina Shijlinskaya mirando al techo. Después, se ofrece a mostrarme al día siguiente una exposición de arte contemporáneo kazajo que, según ella, sí que merece la pena.

«¿Por qué no añadir Kazajistán?», me digo, aunque sobre todo siento curiosidad por lo que la propia Sabina pueda contarme. Ella pertenece a la primera generación de videoartistas, y sus obras tratan la historia reciente de su país. Esta mujer efusiva y temperamental tiene tanto éxito a escala internacional que en Azerbaiyán puede trabajar con quien desee. Sin considerarse una activista, prefiere guardar distancias con un Estado que ha descubierto el arte como tarjeta de visita ante el resto del mundo.

«No puedo promocionar el “país del fuego” cuando hay gente que se envuelve en llamas por pura desesperación», me dice.

Por suerte, el marido de la abogada de Jadijia ha aparecido sano y salvo.

## CUADRAGÉSIMO DÍA: BAKÚ

Mi intención es ir a correr por el paseo marítimo, pero no encuentro el paso subterráneo. Con tanta calle cortada, no soy el único corredor desorientado. Al parecer, la Fórmula 1 ha traído hasta Bakú a muchos astros del deporte que también deciden comenzar la jornada con una carrerita mañanera a orillas del mar, de modo que el resto de aficionados, ataviados con colores chillones, trotamos de un lado a otro bajo la atenta mirada de unos soldados vestidos de camuflaje que vigilan el recorrido a partir de hoy. Los militares se cuentan por miles; están distribuidos cada diez o, a lo sumo, cada quince metros a lo largo del vallado y bastante aburridos, ya que, tras ellos, ni siquiera se oye el rugido de un motor, y, delante, solo estamos nosotros. Si consideramos que toda vigilancia se organiza por turnos, puede decirse que la Fórmula 1 está protegida por todo un ejército. Me pregunto qué pasaría si el enemigo invadiera el país este fin de semana. ¿Qué sería más importante, los coches de carreras o pueblos como Tap Qaragoyunlu?

De camino al Yarat, el nuevo centro de arte contemporáneo de Bakú, Sabina me señala las fachadas modernas con las que se pretende ocultar la arquitectura soviética en algunos puntos importantes. Según la política oficial, la historia moderna de Azerbaiyán no comienza con la democracia de 1918, y tampoco con la república socialista soviética de 1920 ni con la independencia recuperada en 1991, sino que se sitúa en 1993, cuando Heydar Aliyev fue elegido presidente. Después de haber sido primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) azerbaiyano durante décadas, con la caída de la Unión Soviética, Aliyev perdió toda su influencia; sin embargo, en medio del caos que rodeó la fundación del Estado azerbaiyano, sumado a la confusión que provocó la guerra con Armenia, Aliyev finalmente logró imponerse como padre del nuevo Azerbaiyán independiente. Catorce años tras su muerte, su fotografía cuelga en formato gigante por todo el país, como si aún gobernara, y es que su hijo Ilham ha ganado todas las elecciones desde 2003 con resultados de proporciones soviéticas, pero los mofletes y la papada hacen que el hijo sea mucho menos fotogénico. Mientras los monumentos que datan de la época soviética se han desmontado casi en su totalidad y no se han construido otros en recuerdo del conflicto de 1918 contra el Ejército Rojo, el centro conmemorativo de la guerra contra Armenia ocupa tanto espacio que parece un homenaje individual a todos y cada uno de los muertos. Hasta donde consigo avanzar, el recinto consta de varios paseos donde yacen víctimas nacidas en 1973, 1970, 1969, 1974, todas ellas fallecidas en 1992. No hay que olvidar que uno de los mayores logros de Heydar Aliyev fue la firma, en 1994, del alto el fuego que, al menos, puso fin a una sucesión diaria de muertes, lo cual instauró una suerte de normalidad en el país, que pasó a ser una autocracia común y corriente.

Desde la colina sobre la que se erige el monumento, se distingue la isla Nargin, que fue utilizada como cárcel —al estilo de Alcatraz o el Castillo de If— tanto bajo el régimen zarista como en la Unión Soviética. Durante el colapso de la República Democrática de Azerbaiyán, dos mil soldados azerbaiyanos y turcos se refugiaron en dicha isla, pero pronto se preguntaron si no

habría sido mejor morir bajo una lluvia de balas. La isla se quedó vacía con la caída de la Unión Soviética. Sabina conoce la historia de cerca porque en 2004 estuvo viviendo clandestinamente en Nargin como parte de un proyecto artístico. Hoy, sus grabaciones tienen valor histórico, pues hace tres años derruyeron todos los edificios y los restos de la cárcel fueron retirados para construir un parque de atracciones. Disneylandia, sin embargo, no llegó a edificarse, pues Turquía protestó: en la isla están enterrados «nuestros» soldados, que lucharon por «vuestra» independencia. Así que Nargin continúa estando desierta, ya que ni siquiera quedan las ruinas.

Según Sabina, Azerbaiyán está lleno de sitios parecidos, lugares sistemáticamente vetados al recuerdo. ¿Dónde, por ejemplo? Trazando una curva por la parte sur, salimos de la ciudad y pasamos por el campo de batalla en el que el Ejército Rojo derrotó a las fuerzas nacionales en 1918, conocido popularmente como «lago de sangre» —Ganli Gol—, una llanura seca que va descendiendo entre dos cadenas de colinas. Lo que fuera un terreno baldío durante la Unión Soviética es hoy una zona industrial, con naves de almacenaje y mercancías libres de impuestos.

Nada más rebasar el campo de batalla, que no está señalizado con ningún cartel, Sabina llama mi atención sobre el muro que se extiende a lo largo de la autopista. De entrada, pienso que será una medida de protección acústica, aunque la valla es demasiado baja. Por la abertura que hay entre dos trozos de muro, veo, además, que al otro lado no hay casas, sino que empieza el desierto. Sabina me explica que ese tipo de muros se encuentran por todo el país. Entonces sale de la autopista y toma una carretera estrecha, flanqueada por planchas de chapa ondulada. Lo normal era ocultar los barrios pobres y los asentamientos ilegales tras este tipo de muros, por ejemplo, en la autopista que lleva al aeropuerto; hasta ahí puede haber cierta lógica. Ahora bien, muchos muros servían para ocultar zonas industriales y cementerios. ¿Qué motivo podía haber para avergonzarse de ellos? Y luego había otros muros que no escondían nada, sino solo el desierto o una montaña, por lo que cabe preguntarse si serían un fin en sí mismos. Un argumento a favor de esta teoría es que muchos muros son prácticamente obras de arte, pues están decorados con placas de mármol y cenefas que permiten ver lo que hay al otro lado. De regreso a la autopista, coincido con Sabina en que es muy extraño conducir por una carretera de varios carriles flanqueada por unos muros tras los cuales no hay nada que ocultar.

«A lo mejor ya saben qué van a construir al otro lado —especulo— y han puesto el muro provisionalmente.»

«Yo más bien creo que no quieren que la gente mire al horizonte.»

De vuelta a la costa, vemos a lo lejos las enormes plataformas construidas en los últimos años, pero también las pequeñas bombas petrolíferas que quedan en la orilla y datan de los inicios del periodo industrial, cuando Azerbaiyán cubría la mitad de la demanda mundial de crudo, por lo que no es difícil imaginar los conflictos, la intervención de las grandes potencias y los intereses a los que tuvo que estar expuesto este pequeño país. Precisamente las bombas petrolíferas, esas que hoy serían auténticas piezas de museo, en apariencia siguen funcionando, o al menos puedo distinguir un cabezal, rematado por una gruesa tubería similar al pico de un pájaro primitivo, que está perforando el suelo. Aquí, en algún punto de estos campos petrolíferos situados al sur de Bakú, tuvieron que estar los barracones de los trabajadores a quienes las ideas liberales del movimiento independentista no interesaron demasiado y que, por esa misma razón y con la pretensión de un mundo más justo, optaron por depositar sus esperanzas en el comunismo. Bakú no solo fue un bastión bolchevique que contó con un joven líder y genial agitador llamado Iósif

Stalin; también para el movimiento comunista de Irán, que siempre se creyó seguro estando próximo al poder, Bakú, con sus más de cien mil trabajadores iraníes, fue un núcleo importante y, más adelante, su principal refugio. Cuando la represión se agudizó bajo Reza Shah, los líderes del comunista Partido de las Masas de Irán se exiliaron en la Unión Soviética, en Azerbaiyán en su mayoría. Fue allí donde Stalin llevó a término la obra del dictador vecino, ordenando ejecutar a casi todos los cuadros iraníes. Así, la Gran Purga también es uno de los capítulos más oscuros del comunismo iraní, que jamás ha dedicado una sola palabra al asesinato y la deportación de sus propios líderes. El Partido de las Masas de Irán fue definitivamente suprimido y casi exterminado a comienzos de los años ochenta por el ayatolá Jomeini, cuyo ensañamiento nada tuvo que envidiar al de Stalin. Poco antes, los comunistas iraníes se habían manifestado a favor de la revolución islámica buscando, una vez más, la protección del poder. En verdad, las bombas petrolíferas parecen pájaros bañados en grasa, aves negras y brillantes de patas delgadas y cuello largo, que jamás llegan a saciarse del tesoro enterrado bajo la superficie. En este escenario casi apocalíptico es donde se rodó *El mundo nunca es suficiente*, la película de James Bond de 1999; y pronto llegará aquí un bulevar peatonal con palmeras, playas y cafés, de modo que Bakú podrá hacerse pasar por Miami durante unos kilómetros más.

Recorremos la costa de regreso a la ciudad hasta llegar al antiguo recinto de la Marina, hoy convertido en un distrito cultural. Según Sabina, esta zona, junto con el club nocturno que ocupa una de las grandes naves, es lo mejor que puede ofrecer la nueva Bakú. Aunque no pinchen sus discos favoritos, sino música electrónica, Sabina es consciente de la importancia de este lugar para muchos jóvenes azerbaiyanos. Lo mismo podría decirse de la exposición por la que me guía el belga Björn Geldhof, director del Yarat. Aunque los vídeos y las instalaciones no coincidan con mis gustos artísticos, alcanzo a percibir el rigor de los trabajos expuestos. Casi todos tratan de la historia reciente de Kazajistán, la cual, como en la mayoría de las antiguas repúblicas soviéticas, parece estar plagada de tabús. Aleksandr Ugay ha colocado en vertical una enorme barca de madera llena de cajones, como si de un antiguo archivador de oficina se tratase; al abrirlos, se encuentran cartas, fotos y otros documentos sobre los coreanos que fueron deportados a Kazajistán por Stalin en 1938. Nurahmet Nurbol ha pintado en un lienzo tres rostros con los ojos cerrados o sus cuencas vacías, cuya estética recuerda a los iconos cristianos. Tienen un tamaño de tres por tres metros y medio y están colgados en un rincón, ofreciendo, así, una imagen angustiosa del miedo, la represión y la falta de voz. Mediante su propio cuerpo desnudo y en apariencia escuálido, la artista Baxit Bubinakova imita en su pequeño apartamento las posturas heroicas de cuadros históricos que datan del periodo soviético. Con independencia de lo que cada uno opine sobre esta muestra —que bien puede parecer radical, contundente u obscena—, no cabe duda de que induce a la reflexión, al debate, y quién sabe si hasta a la contradicción. Según Björn Geldhof, un director de museo muy entusiasta, eso es justamente lo que se pretende. Geldhof me cuenta que han llegado a recibir hasta siete mil visitas al mes, de las cuales dos mil han sido de escolares, y que siempre hay jóvenes colaboradores del museo muy despiertos, dispuestos a contestar o a hacer preguntas. Estos mismos colaboradores se han desplazado a los barrios limítrofes, afectados por la gentrificación, para explicar a los vecinos que el Yarat también les pertenece a ellos como lugar de encuentro y de intercambio y que, pese a su pretensión estética, el centro no tiene nada de elitista. Aunque apenas entiendo de pedagogía museística, enseguida me doy cuenta de que el entusiasmo de Geldhof resulta contagioso.

«¿Sería realista pensar en una exposición similar, pero sobre la historia azerbaiyana en lugar de kazaja?», pregunto al director.

«Probablemente, no sobre todos los temas. Además, hay muchas cosas en esta exposición que no son extrapolables a Azerbaiyán.»

«¿Quiere decir que una exposición no podría tratar el conflicto del Alto Karabaj o los pogromos contra los armenios?»

«Es evidente que, como museo, nos movemos dentro de determinados límites. Por supuesto que uno puede negarse a aceptarlo y volver a trabajar en Europa o en cualquier otra parte del mundo, pero también puede contribuir a que esos límites se vayan flexibilizando poco a poco. ¿Cómo se avanza más hacia la libertad? Somos críticos, pero no somos partisanos. No es ese nuestro papel.»

De vuelta al coche, Sabina se lamenta de que se dilapide tanto dinero en proyectos mastodónticos: estadios en los que celebrar campeonatos que solo tienen lugar una vez, una sala de conciertos para un concurso estúpido de baladas o la transformación anual del centro de la ciudad en un circuito de carreras donde no hay un solo azerbaiyano. Sin embargo, tanto el Yarat como el distrito cultural en su conjunto, ambos situados al sur del mástil, son de esos sitios de Bakú característicos de una época que permanecerán cuando sus gobernantes hayan pasado a la historia.

«¿Hay alguno más de ese tipo?»

«Sí», responde Sabina tajantemente antes de conducirme hasta un monumento que es obra de este Gobierno y que, sin duda, permanecerá para la posteridad. Es un edificio blanco y resplandeciente que parece formado por hojas superpuestas de papel ondulado; las capas de hormigón que las componen se funden con el suelo de modo que uno, como espectador, tiene la impresión de ir andando por las paredes. Es el Centro Cultural Heydar Aliyev, diseñado por la arquitecta angloiraquí Zaha Hadid en 2012, un palacio impresionante cuya elegancia hace que hasta un reaccionario como yo lo incluya en la lista de grandes obras de la historia de la arquitectura. Es posible que, al estar en medio de Bakú, también parezca un objeto volador no identificado, pero, a diferencia de la alfombra enrollada y, sobre todo, del circuito de Fórmula 1, el edificio de Zaha Hadid procede de un planeta maravilloso.

Tras admirar su grandioso exterior, aún mayor es la decepción que me llevo al ver el centro cultural por dentro. No solo es que parezca que a Zaha Hadid se le agotó la inspiración y, por ello, las salas resulten algo arbitrarias —techos altos, escaleras anchas y una cafetería con mostrador semicircular y completamente blanco, como suelen ser los museos actuales—, sino que además las propias exposiciones son previsibles hasta un nivel grotesco. El visitante pasa junto a vitrinas con luz intermitente y proyecciones de alta tecnología que reinterpretan el doloroso pasado de Azerbaiyán como si de una marcha triunfal se tratara. La exposición omite tanto la caída de la primera república independiente como la Gran Purga; a cambio, la masacre perpetrada en 1992 por el ejército armenio en Jodyali, donde murieron de doscientos a seiscientos azerbaiyanos según la fuente que se consulte, merece su propio centro conmemorativo o *memorial complex*. En él, dicho suceso es elevado a la categoría de genocidio y Heydar Aliyev es ensalzado como *telos* de la historia. Sus objetos devocionales están expuestos en varias plantas y van desde un esmoquin hasta el coche oficial, pasando por su escritorio y los absurdos obsequios que un presidente recibe de sus visitas de Estado. Otra exposición reúne maquetas de los monumentos más

importantes de Bakú, mientras que en la tienda del museo se venden fulares y fundas de iPhone diseñadas personalmente por la hija del presidente. Mucho me temo que la joven no se convertirá en una Zaha Hadid.

«Todo lo de dentro se puede cambiar. —Sabina piensa en un futuro en el que el museo exponga arte de verdad—. Lo importante es que el edificio está construido.»

He quedado para comer con el escritor Akram Aylisli, que en 2012 y gracias a su novela *Sueños de piedra* logró romper ese tabú que ningún museo se atreve a abordar. Aylisli escribe sobre los armenios que fueron expulsados o asesinados en Azerbaiyán a finales de los años ochenta, después de que los órganos del partido y de la región del Alto Karabaj optasen por pertenecer a Armenia. Cuando el protagonista de la novela, el actor Sadai Sadygly, se dispone a intervenir para impedir una persecución, él mismo acaba recibiendo una paliza. Tras ser ingresado en la unidad de cuidados intensivos, Sadai sueña con su infancia, transcurrida en el pueblo de Aylis, cuna del propio Akram Aylisli, donde hubo un tiempo en el que cristianos y musulmanes vivieron en armonía. Después de que la novela fuese publicada en Moscú, el presidente Aliyev retiró al escritor la mayor distinción que concede el Estado y suprimió la renta honorífica de la que gozaba. Muchos políticos pidieron el procesamiento de Aylisli, y en la televisión no dejaron de lloverle todo tipo de insultos; además, le impidieron viajar y fue expulsado de la asociación de escritores; sus libros no solo fueron prohibidos, sino también quemados públicamente y retirados de todas las bibliotecas, y lo mismo ocurrió con sus obras de teatro, que dejaron de representarse. Su esposa y su hijo se quedaron asimismo sin trabajo, y eso que la escena más provocadora de la novela ni siquiera era la del propio pogromo, ni tampoco el recuerdo del genocidio sucedido en 1915: «Si se encendiera una vela por cada armenio asesinado, su luz brillaría más que la de la luna». En la novela se produce una especie de conversión: en la unidad de cuidados intensivos, Sadai sueña que entiende la oración de la vieja Aikanish, una de las pocas armenias que sobrevive a la entrada de los soldados turcos, y, sin darse cuenta, él mismo se persigna.

Sadai Sadygly jamás volvería a ver el mundo bajo una luz tan clara, pero tampoco perdería la fe en que en Aylis existe una luz que solo existe en Aylis. Sadai estaba firmemente convencido de que ese era su lugar. La parte alta de Aylis apenas tendrá una extensión de seis o siete kilómetros. Si quienes vivieron en este espacio reducido fueron capaces de construir doce iglesias junto con su pequeño paraíso y no dejaron al menos una chispita de su luz, ¿por qué iba el hombre a necesitar a Dios?

Aylisli, que ha pagado un alto precio por escribir, también es un hombre generoso en lo personal. En lugar de facilitarme su dirección, insistió en ir a recogerme al centro, donde solo nos darían de comer las moderneces habituales. Cuando llego al cruce donde hemos quedado —aunque tres cuartos de hora tarde, porque me he perdido varias veces por culpa de los cortes de la Fórmula 1—, Aylisli no se molesta lo más mínimo. Es un señor bajito, de ojos rasgados muy oscuros y pelo blanco con raya a un lado; viste pantalón de pinzas y camisa de manga corta, y acompaña cada frase con una sonrisa. Me pregunto qué escritor alemán habría mostrado semejante paciencia con un periodista extranjero que lo hubiese tenido tres cuartos de hora esperando bajo un sol de justicia. Yo, seguro que no.

Tras montar en un taxi —por la razón que sea en Bakú son iguales que los londinenses—, abandonamos el centro por diversos atajos y veo bloques de viviendas cuyas fachadas no han sido renovadas. Ni siquiera ahora, mientras me cuenta cómo, de la noche a la mañana, pasó de ser el

escritor más admirado del país a convertirse en un paria, Akram Aylisli deja de sonreír. Lo que más le dolió fue la reacción de sus colegas y la asociación de escritores, quienes le declararon «enemigo de la nación» y quitaron su foto de la sede.

«Los escritores, la asociación... eran como una familia para mí.»

Aylisli añade que solo algunos autores más jóvenes se pusieron de su lado, del mismo modo que la juventud, en general, es mucho más valiente que su propia generación. Probablemente, fueron las protestas que llegaron del extranjero las que lo salvaron de algo peor.

«¿Contaba con que se produjeran ese tipo de reacciones cuando publicó la novela?»

«Obviamente, sabía que algo se me vendría encima, pero nunca pensé que las reacciones pudiesen llegar tan lejos. Para serle sincero, creí que la fama me protegería, sobre todo por la distinción que me había concedido el Estado, y también por la edad. A un escritor joven sí que le harían algo así, pero a mí, no. Por eso precisamente decidí seguir adelante. —Aylisli mira por la ventanilla, como preguntándose si fue esa la decisión correcta—. En fin —suspira, más dubitativo que indignado—, como escritor, que te ocurra lo mismo que a Pasternak supera cualquier distinción.»

Cuando nos bajamos del taxi, el conductor llama a Akram Aylisli por su nombre.

«¿Lo conoce?», pregunto al taxista.

«Todo el mundo conoce al señor Aylisli», responde él orgulloso, ante lo cual la sonrisa del escritor se transforma en una carcajada.

Ya en el restaurante —un local con terraza y jardín, inesperadamente idílico entre tanta torre soviética—, el escritor pide a los camareros con gesto ceremonioso que llenen la mesa de todas las especialidades disponibles. Por un instante considera mi sugerencia de pedir un vino de la región, pero luego decide que es mejor beber bien que beber como patriotas. La comida de Bakú, con sus platos de arroz dulce o más bien agridulce, es casi idéntica a la iraní, aunque los numerosos azerbaiyanos que viven en Irán dirán lo contrario: «Son los persas quienes copiaron nuestros platos».

Pregunto a Akram Aylisli si en su novela ha descrito el verdadero Aylis o un pueblo que solo existe en su imaginación.

«Está calcado de la realidad. Es el Aylis que viví de niño, el Aylis del que me hablaba mi madre.»

«¿Le habló también de ese día de otoño de 1919, cuando los soldados turcos ahogaron a los armenios que vivían en Aylis en un “lago de sangre”?» La expresión está sacada de la propia novela.

«Sí, claro, aquello sucedió a la vista de todos. Ella nunca habló mal de los armenios; todo lo contrario: mi madre los echaba de menos.»

«¿Usted calificaría lo sucedido a partir de 1915 de genocidio?»

«Sí, creo que sí. Nazim Hikmet ha utilizado esa palabra; también Orhan Pamuk. Las mejores mentes de Turquía lo han denominado “genocidio”. Solo en Azerbaiyán no ha habido nadie que lo haya llamado así. Eso ya fue problemático en 1988, pues ningún armenio había olvidado lo sucedido entre 1915 y 1919, lo cual explica su comportamiento: no querían que la historia se repitiese.»



Aylisli recuerda que la población armenia que vive en la República Autónoma de Najicheván, situada al suroeste de Armenia pero perteneciente a Azerbaiyán, fue aniquilada casi por completo en el transcurso de varias décadas.

«Los azerbaiyanos no eran en absoluto conscientes del sufrimiento armenio, por eso no entendieron su reacción. Los armenios comenzaron el conflicto reclamando el Alto Karabaj, sí, pero también es cierto que los nuestros los habían atacado primero, no ellos a nosotros.»

«¿Eso también lo vio con sus propios ojos?»

«No puedo escribir sobre algo que no he vivido. Todo lo que está en el libro lo he visto con mis propios ojos. Todos lo vieron.»

«¿Y cómo se explica semejante estallido de odio?»

«Fue una especie de delirio colectivo, una psicosis. Nadie entendía lo que estaba haciendo. De repente, todos echaron a correr en la misma dirección, como una manada que sigue ciegamente a su líder. No debemos olvidar que eran los años de Gorbachov: todo se había encarecido, excepto las personas, que perdieron su valor. Cualquiera podía comprarlas, y unos pocos bastaron para que la violencia se desatase. No entiendo por qué en Alemania admiran tanto a Gorbachov. Para mí, todos los días transcurridos entre 1988 y 1990 supusieron una tragedia personal. Todos y cada uno de ellos.»

«¿Una tragedia personal en qué sentido? ¿También usted fue víctima de los ataques?»

«Muchos de mis amigos tuvieron que marcharse. Mi amistad con los armenios me importa más que la independencia.»

«Ha dicho que todos vieron lo que sucedía. ¿Qué pasa con una sociedad que es testigo de algo terrible, cuyos miembros hacen cosas terribles, pero en la que nadie habla de ello?»

«Que se vuelve indiferente. Apática. Igual que mi generación. Igual que mis colegas.»

Aylisli continúa explicándome que su intención no era acusar a nadie ni juzgar a la sociedad: lo que pretendía era abrir la posibilidad de encontrar una forma de expresión. Por ese motivo el protagonista del libro no es armenio, sino un azerbaiyano que se comporta con humanidad. Cualquiera puede identificarse con él, y por eso la novela también alude al sufrimiento de todos los azerbaiyanos que fueron expulsados de Armenia y del Alto Karabaj.

En efecto, esa es otra de las escenas magistrales de *Sueños de piedra*: el propio Sadai, que se identifica con las víctimas hasta el punto de asumir su lengua y su religión, no quiere saber nada al respecto, pero su esposa le recuerda que el odio y la violencia existen en ambos bandos.

[Los armenios] nos escupen porque también ellos nos consideran turcos. Si los turcos os masacraron, id a ajustar cuentas con ellos, ¿qué tenemos que ver nosotros? ¿Qué es lo que hace que esos vocingleros armenios sean mejores que los nuestros? ¿Por qué no te paras a pensarlo, mi amor? Desde que todo esto comenzó, has dejado de ser tú.

Es evidente que Sadai está traumatizado, interpreta lo que sucede de forma subjetiva y solo acusa a una de las partes, es decir, la suya. Me pregunto si no es esa la misión de la literatura: criticar lo propio y no lo ajeno, máxime cuando el otro acaba ya de por sí convertido en enemigo, en una amenaza, en un bárbaro. Al mismo tiempo, la literatura abre un espacio donde pueden emerger varias voces, incluida la de la esposa de Said, quien, pese a contradecirse, también tiene su parte de razón.

«En efecto, hay muchas verdades —responde Akram Aylisli cuando hace rato que la mesa está llena de postres, aunque la sonrisa ha desaparecido de su rostro—. Cada uno ha visto una cosa distinta, pero, al mismo tiempo, todos saben qué ha sucedido. Todos lo saben. Yo no quise morirle sin haberlo contado.»

«¿Cree que algún día se reabrirá la frontera con Armenia?»

«Sí, pero no me atrevo a aventurar una fecha. Primero somos nosotros los que tenemos que cambiar. Mientras vivamos en un Estado gobernado por un diez por ciento de ladrones, nada cambiará.»

«¿Cree que en Armenia es diferente?»

«No, allí ocurre lo mismo —responde Aylisli, que vuelve a reír—. En eso nos parecemos mucho.»

«¿Y cree que vivirá la apertura de la frontera?»

«Ese es mi deseo —responde el escritor antes de hacer una pausa, en la que su rostro vuelve a ponerse serio—. Habría muerto hace tiempo si no lo creyera posible.»

«Brindemos, entonces, por su salud», digo levantando la copa de vino georgiano que, como buen alemán, he logrado imponer frente al francés para, ya que no cumplimos con el patriotismo, mantener al menos el equilibrio ecológico. Es entonces cuando Aylisli vuelve a sonreír.

«Mis libros fueron quemados, mi mujer y mi hijo se quedaron sin trabajo, he recibido amenazas e insultos, mis colegas y mis amigos han abandonado, pero dígame: ¿le parezco una persona triste?»

«La verdad es que no, aunque me resulta sorprendente. ¿Cómo lo consigue?»

«Pues porque ya he ganado: el libro se ha publicado, eso ya no tiene vuelta atrás. Hasta se ha traducido a varios idiomas. Al final, puede que la novela se haya beneficiado de los ataques recibidos por el autor. El caso es que yo ya he ganado: por fin se ha contado lo que ocurrió. Ese era mi principal objetivo.»

Creo que Akram Aylisli hace bien en acompañar todas o casi todas sus frases con una sonrisa. Y que sus *Sueños de piedra* será uno de esos libros que se seguirán leyendo dentro de cien años, aunque nadie en el mundo recuerde el nombre del presidente.

## CUADRAGÉSIMO PRIMER DÍA: BAKÚ Y GOBUSTÁN

Frente al Museo de Literatura, la estatua del poeta Nizami logra ver más allá de las vallas y observa malhumorado el circuito de carreras. Aunque compuso sus versos épicos en persa, Nizami vino al mundo en 1141 en Ganyá, de modo que en Azerbaiyán lo consideran uno de los principales escritores patrios. Muchos otros autores del siglo XIX y principios del XX, inmortalizados en varios retratos y bustos que decoran la fachada del museo, también forman parte del canon literario persa. Azerbaiyán tiene, no obstante, motivos de sobra para homenajearlos, ya que no solo vivieron en el territorio del actual Estado azerbaiyano, sino que además constituyeron la base de la nación. Al igual que Alemania o Bielorrusia, Azerbaiyán comenzó siendo una idea bastante literaria. Asimismo, es cierto que los poetas, novelistas y dramaturgos dispuestos a guiar a su pueblo hacia la modernidad se consideraban nacionalistas, solo que en un sentido diferente al que nos hemos acostumbrado como consecuencia de dos guerras mundiales; de hecho, ya la palabra «pueblo», entendida como nación (*Volk*), tuvo un matiz distinto —más emancipador— antes de mutar hacia esas ideologías discriminatorias cuyo concepto de comunidad únicamente se aplica a la propia raza, lengua y religión. Por ejemplo, Fath-Alí Ajundzadeh, el poeta que da nombre a la Biblioteca Nacional de Azerbaiyán, no solo creó el primer alfabeto latino para lenguas túrquicas y fundó la prosa azerbaiyana a mediados del siglo XIX, sino que además fue uno de los principales representantes del movimiento nacionalista romántico. Hoy, ya bajo el apelativo de Mirza Ajundzadeh, este poeta también es venerado por las fuerzas laicas de Irán, que destacan su pensamiento ilustrado y su postura crítica con la religión. Para un nacionalista oriental del siglo XIX, era lógico admirar la filosofía y la literatura europeas. También los intelectuales de Bakú que leían ruso, hablaban turco y redactaban en persa devoraban todo lo que se escribía o traducía en San Petersburgo o en Moscú. El nacionalismo, por tanto, no consistía en decidirse por una sola nación, anteponer el propio país o aliarse únicamente con miembros de una misma etnia, con quienes hablasen el mismo idioma o profesaran la misma religión, sino que significaba reconocerse como parte de una humanidad compuesta por numerosas culturas y contraria a cualquier tipo de opresión, ya fuese colonial o autóctona.

Las ideas de la modernidad que llegaron a Irán procedían de París y Estambul, pero también de Bakú, Ganyá o Tbilisi, allí donde la cultura persa había echado profundas raíces, pero donde no llegaba la censura del sha. Fue así como la ciudad de Tabriz, situada en la parte azerbaiyana de Irán, y no su capital, Teherán, se convirtió en la puerta de entrada de la Ilustración y, con ello, en el epicentro de la revolución constitucional de 1906. En las vitrinas del museo se exponen los periódicos persas que había en Bakú, que en su día se pronunciaron a favor de la libertad, la secularización y los derechos de la mujer con un radicalismo que hoy resulta inconcebible y que, ya en su época, era insólito en Europa. La revista *Molla Nasreddin*, así llamada en homenaje a la figura del pícaro propia de la literatura popular persa, publicó las primeras sátiras religiosas y las primeras caricaturas dentro del mundo islámico. Al darse cuenta de que puedo leer los textos, un

visitante del museo se dirige a mí en persa y me cuenta que Mirza Jalil, redactor jefe de *Molla Nasreddin*, se marchó a Irán con su mujer huyendo de los rusos. Sin embargo, el atraso del país le causó tal disgusto que se negó a hablar en persa. Ya en la frontera, Jalil se quedó estupefacto al ver que las mujeres iban muy tapadas y caminaban unos pasos por detrás de sus maridos. Para colmo, se celebraba el Ramadán y todo el país estaba de ayuno. Fue entonces, cien años antes de Salman Rushdie y *Charlie Hebdo*, cuando Mirza Jalil regresó a Bakú y fundó *Molla Nasreddin* para tomar el pelo a los mulás.

Me pregunto si la gente conocerá el estrecho vínculo que hubo en su día entre Azerbaiyán e Irán. El experto visitante del museo, que resulta ser catedrático de Historia, me cuenta que hoy apenas hay relación entre ambos países. En Bakú ni siquiera suelen exhibir el maravilloso cine iraní; de hecho, la gente sabe más de la época de Nizami o de cineastas europeos que de cultura iraní contemporánea.

Esto no solo se debe a la etapa soviética, durante la cual Azerbaiyán se rusificó aún más que bajo el dominio centenario de los zares, sino que también obedece a un motivo político actual: aunque ambos países son chiíes y los azerbaiyanos son la segunda comunidad étnica de Irán después de los persas, durante el conflicto del Alto Karabaj la república islámica apoyó desde el principio a la Armenia cristiana. El hecho de que Irán reconociera el genocidio perpetrado contra los armenios mucho antes que el Parlamento alemán e, incluso, haya declarado el 24 de abril como día de conmemoración oficial de dicho suceso, en el que se organiza un desfile de las comunidades armenias, no solo demuestra el respeto que se siente en Irán por la minoría armenia, que desde siempre ha gozado de gran admiración, sino que directamente, en términos de *realpolitik*, supone una afrenta hacia Azerbaiyán, al que Irán acusa de promover el separatismo de los iraníes azerbaiyanos (del mismo modo que Azerbaiyán acusa a Irán de exportar su islamismo de Estado). Por el contrario, en el caso de Kurban Said —Lev Abrámovich Nussimbaum, que también firmaba como Essad Bey—, el Alí que ama a la georgiana Nino y lucha contra el poder colonial ruso en Azerbaiyán es el mismo que, en Irán, se suma al movimiento rebelde contra el régimen reaccionario de la dinastía kayar: «Persia es como la mano extendida de un viejo mendigo. Yo quiero que esta palma reseca se convierta en el puño cerrado de un joven».\* Ambas revoluciones fracasaron, tanto la que perseguía la independencia de Azerbaiyán como la que aspiraba a instaurar una democracia parlamentaria en Irán. Mientras Bakú pasaba a integrarse en la Unión Soviética tras un breve *intermezzo* como república democrática laica que introdujo el sufragio femenino antes que muchos países europeos, en 1925 la monarquía constitucional iraní involucionó hacia una dictadura bajo el mandato del líder cosaco Reza Pahlevi. El padre consuela a Alí Kan:

Eres un hombre valiente, Alí Kan. Pero ¿qué es el valor? Los europeos también son valerosos. Tú, y todos los que lucharon contigo, ninguno de vosotros sois ya asiáticos. Yo no odio a Europa. A mí Europa me resulta indiferente. Tú sí la odias, porque tú llevas dentro de ti un trozo de Europa. Fuiste a un colegio ruso, estudiaste latín, tu mujer es europea. ¿Acaso sigues siendo asiático? Si hubieras vencido tú, tú mismo hubieras introducido a Europa en Bakú sin darte cuenta.\*

No lejos de la estatua de Nizami, en el teatro de títeres situado en la cara interior de la muralla vieja, justamente están ensayando una representación de su poema épico titulado *Layla y Majnún*. A partir de la trágica historia de Layla o Leyla —nombre derivado de la palabra «noche»—, que pertenece a una tribu enemiga, y del príncipe Majnún, que enloquece de amor

—«*majnún*» significa ‘loco’—, Uzeyir Hajibeyov compuso en 1908 la primera ópera azerbaiyana que se conoce. Los pasajes instrumentales integran con maestría los intervalos y las cuerdas típicamente orientales en la estructura sinfónica europea. Entre uno y otro pasaje se sitúan los cantos improvisados a partir de los versos de Nizami, capaces de encoger el corazón de cualquier aficionado al *maqam*. Lógicamente, la ópera conserva la gestualidad propia del siglo XIX, esa que, en representaciones actuales «fieles a la obra original», a menudo resulta impostada y hasta ridícula. Sin embargo, como en este caso son unos títeres tan hermosos como frágiles los que se llevan las manos al pecho de madera o crujen ligeramente al arrodillarse ante la amada, es decir, gracias a este distanciamiento formal (quienes manejan las marionetas están todo el tiempo visibles en el mismo escenario), se logra mantener la intensidad emocional propia de la mística amorosa persa y del enamoramiento primitivo, la cual, como suele ocurrir en las representaciones modernas, no se ve rebajada para encajar en el formato televisivo y huir, así, del patetismo. Sentado en el patio de butacas oscuro y vacío del teatro de títeres de Bakú, imagino un Festival de Bayreuth en el que Tristán e Isolda fuesen representados por unas marionetas jóvenes y desfadadas, y no por tallados cantantes vestidos de traje que, avergonzados, mueren de amor tras el escritorio.

Aún encandilados por el canto y los títeres, tomamos un taxi para seguir retrocediendo en la historia hasta el punto más remoto de este viaje. Vamos a ver las pinturas rupestres de Gobustán, situadas a unos treinta kilómetros al sur de Bakú, que en algunos casos datan de hace quince mil años. En la autopista tenemos la suerte de que son pocos los trozos de muro que tapan la panorámica, de modo que a la izquierda vemos el mar y a la derecha, el desierto; a la izquierda, las plataformas petrolíferas, y a la derecha, las enormes llamas de gas. Muy pocos países pueden ofrecer un espectáculo similar, que combina naturaleza y técnica. Las pinturas, descubiertas casualmente por un trabajador a finales de los años treinta —justo cuando los arqueólogos de toda la Unión Soviética estaban siendo fusilados o enviados a un gulag—, se encuentran en una cordillera escarpada que se levanta sobre la costa. Según explica Fikrat Abdullayev, director del museo, hasta ese momento apenas había arqueólogos en Azerbaiyán, razón por la cual el Estado permitió las excavaciones; es probable que los comisarios de Bakú simplemente ignorasen que la arqueología puede ser una actividad subversiva. Al menos, en el periódico no publicaban los nombres de los detenidos por los cuervos negros.

Tras mostrarme a los bailarines, las madres, los cazadores, los dolientes y los devotos pintados en las rocas más grandes, pregunto a Abdullayev si uno acaba modificando su percepción del tiempo cuando todos los días se mueve entre vestigios de hace ocho mil, diez mil y hasta quince mil años. Nada ha quedado de las personas que aquí bailaron, dieron a luz, enterraron a sus padres, se ganaron el sustento y veneraron a los dioses; ni un solo asentamiento, ninguna lengua, ninguna historia, ni siquiera se conocen sus nombres o el de su etnia; solo dejaron unos cuantos dibujos, tan poco llamativos que cualquier excursionista pasaría de largo si no fuera por los letreros que informan de su existencia.

«Sí, claro —responde Abdullayev—: la sensación que uno tiene es que todo esto siempre ha existido.»

«Pero en el siglo XX han pasado tantas cosas, sobre todo en esta parte del mundo: revoluciones, guerras, cambios de régimen, destierros, qué se yo...»

«A eso me refiero: visto desde aquí, todo eso no es más que un instante. Además, estoy seguro de que antiguamente también hubo revoluciones, guerras, cambios de régimen, destierros...»

«Eso significa que el mundo no se vuelve mejor ni peor.»

«Bueno, llevamos quince mil años creyendo que el pasado fue mejor.»

«Pero cuando llegó el siglo XX, muchos quisieron ver la salvación en el futuro.»

«Lo dicho, un siglo no es más que un instante: no cuenta en absoluto.»

«¿Y usted qué opina?»

«¿A qué se refiere?»

«¿También cree que el pasado fue mejor?»

«Ahora soy viejo, antes era joven. Por eso también creo que el pasado fue mejor. Así de simple.»

Esa misma noche pasee por última vez por la parte moderna de Bakú, que apenas tiene cien años. Entretanto me he aprendido el trazado del circuito: sé cómo ir de un lado a otro y qué zonas no están cortadas por la Fórmula 1. Y sí, pese a que su estilo me sigue pareciendo demasiado artificioso debido a mi carácter sentimental, las plazas y los bulevares terminan por cautivarme. Tras haber visto cuáles son los efectos del capitalismo anárquico en Tbilisi, donde en cada esquina crece una cosa diferente, estaría incluso dispuesto a reconocer las ventajas del autoritarismo urbanístico, siempre y cuando la protección del patrimonio se tomase tan en serio como el recuerdo del padre del presidente. Si pensamos que una cerveza cuesta tres euros y un narguile, ocho, es evidente que quienes están sentados en los cafés y los restaurantes no son ciudadanos de a pie, pero ¿acaso no ocurrió lo mismo cuando Bakú se adentró en la modernidad? Todas las mesas de las innumerables terrazas están ocupadas, y los paseos están siempre a rebosar. Al menos allí donde se concentra el turismo, la ciudad casi vuelve a parecer tan cosmopolita como lo fue en su momento: iraníes, rusos, turcos, israelíes, árabes y europeos occidentales, a los que esta semana se suman los seguidores de la Fórmula 1, un colectivo muy particular, pues es lo bastante adinerado como para tomar un avión y seguir el recorrido de los bólidos, pero todo lo contrario a lo que se entiende por glamuroso. Tanto los hombres como las mujeres, incluso de edad avanzada, lucen camisetas de tirantes, bermudas y tatuajes. A los habitantes de Bakú, esto parece darles igual, sobre todo a los jóvenes, que apenas pueden permitirse un helado o que, tras comprar la bebida en el supermercado, escuchan a un colega que toca la guitarra en un banco del parque. Al margen de lo que opinen sobre esta época y sobre su Gobierno, es evidente que disfrutan del brillo que vuelve a desprender Bakú o, al menos, su centro, el paseo que se extiende a orillas del mar Caspio y el trayecto que conduce hasta el aeropuerto, el cual no está encajado entre dos muros.

## CUADRAGÉSIMO SEGUNDO DÍA: DESPEDIDA DE BAKÚ

Antes de tomar el avión, vuelvo a visitar una sinagoga. En contraposición a todo lo que ella misma critica, Sabina Shijlinskaya cree que en Azerbaiyán los judíos no solo son tolerados, sino que viven en un ambiente seguro y relajado. Esto puede sorprender habida cuenta de que, al igual que muchos otros judíos, los padres de Sabina tuvieron que huir de Bakú con lo puesto tras el resurgir del nacionalismo a finales de los ochenta, aunque, según la artista, esto no tuvo tanto que ver con la religión —y, más concretamente, con la de su padre, puesto que la madre de Sabina es musulmana—, sino con el idioma ruso, que de pronto se convirtió en un peligro. Sabina, por su parte, decidió quedarse, y no se arrepiente. Le gusta su país y le gusta mucho la actual Bakú, por eso para ella es importante mostrarme algo más que las sombras que envuelven la historia de Azerbaiyán. Después de oír hablar yidis en Odesa, escribí, no sin cierta gravedad, que la práctica del judaísmo tal vez fuese el mejor criterio para determinar hasta qué punto Europa sigue siendo una conquista. Aquí, sin embargo, veo que no es tan sencillo, pues Azerbaiyán ofrece un hogar seguro a los judíos, pero no da libertad a sus ciudadanos. El Gobierno no solo ha financiado la construcción de la sinagoga, sino que además mantiene unas excelentes relaciones con Israel mientras combate el islamismo con puño de hierro. Tal y como recuerda una enorme foto colgada en el vestíbulo, Benjamín Netanyahu también ha visitado la sinagoga. Las banderas azerbaiyana e israelí ondean juntas en alegre concordia. ¿Cabe imaginar otro país islámico donde esto fuese posible?

«Aquí, todos los judíos tienen dos pasaportes —presume Milij Yevdáiev, que es rabino y, además, preside la comunidad de los llamados “judíos de la montaña” de Bakú—. Todos.»

A diferencia de la comunidad askenazí, a la que Yevdáiev parece mirar con cierto desdén, estos judíos dan mucha importancia a la tradición, a la lengua y también a sus aldeas de origen, razón por la cual hasta los que hoy viven en Israel regresan a menudo a Bakú. Como los judíos de la montaña siempre han vivido en la prosperidad, la mayoría se lo puede permitir. A continuación, Yevdáiev me muestra orgulloso todas las estancias, incluida la cocina, donde los empleados —tanto musulmanes como judíos— charlan animadamente mientras lavan la vajilla del desayuno. Aunque en Azerbaiyán apenas he visto velos —de hecho, en todo el viaje puede que haya visto menos velos aquí que en una sola tarde en el barrio turco de Colonia—, todos los que participan en este lavado de vajilla interreligioso llevan el pelo cubierto.

«¿Y en qué idioma hablan ustedes?», pregunto ingenuamente cuando Yevdáiev me presenta a unos hombres que toman el té mientras las mujeres trabajan (al parecer, los roles se reparten igual que entre los musulmanes).

Yevdáiev me explica que los judíos de la montaña llegaron desde Irán alrededor del siglo XVII, de modo que hablan un dialecto persa que, a diferencia del farsi, no está mezclado con el árabe.

«¿Persa?»

«Sí, persa, pero es una variante judía, muy distinta a lo que hoy se habla en Irán.»

Entonces el rabino y presidente de la comunidad me habla en su lengua, en nuestra lengua, pero yo apenas alcanzo a entender lo mismo que en Odesa cuando me hablaron en yidis.

«Todos los bastones tienen dos puntas», dice Alí como narrador en primera persona sobre su transformación externa tras enamorarse de Nino. Puede que Lev Abrámovich Nussimbaum — Essad Bey o Kurban Said— también hablara de sí mismo como hijo de un ruso y una georgiana que recibió una educación alemana en Azerbaiyán; como el judío que se convirtió al islam y, aun así, vivió siempre influido por el judaísmo; como el musulmán tachado por sus correligionarios de «judío tergiversador de la historia», por más que viviese profundamente el islam hasta su muerte; como el oriental que triunfó en Berlín como estrella de la revista *Literarische Welt*; como europeo que falleció en 1942 debido a su origen judío, que está enterrado como musulmán en la localidad italiana de Positano y que fue llorado por John Steinbeck, Gerhart Hauptmann y la mayoría de los habitantes del pueblo, quienes, al más puro estilo del soldado Svejik, ocultaron a las autoridades la procedencia judía de aquel apátrida: «Todos los bastones tienen dos puntas: una arriba y una abajo. Si se da la vuelta al bastón entonces la punta de arriba está abajo, y la de abajo, arriba. Pero el bastón es el mismo de antes. Eso me ha pasado a mí».\*



## CUADRAGÉSIMO TERCER DÍA: EREVÁN

En la pequeña porción de tierra situada entre el mar Negro y el mar Caspio, donde hay tantos países, territorios disidentes y repúblicas autónomas, no es solo que los pasos fronterizos sean un tanto especiales, sino que a veces uno ni siquiera puede elegir el orden en el que los cruza. Viniendo de Georgia y teniendo como destino Isfahán, parecería lógico viajar primero a Armenia y al Alto Karabaj, pero entonces me impedirían entrar en Azerbaiyán, puesto que ese país considera que el Alto Karabaj es un territorio ocupado. Así, hay que salir de Tbilisi en dirección este y dirigirse a Bakú antes de pasar por Armenia, situada más al oeste, para, desde allí, continuar el viaje hacia el este cruzando el Alto Karabaj hasta llegar a Irán. Como la frontera entre Azerbaiyán y Armenia está cerrada, para volver a Occidente se puede dar un rodeo por el norte y pasar por Georgia (donde ya he estado) o darlo por el sur y pasar por Irán, que en realidad es mi destino final. Así fue como, tras tomar un avión en Bakú, un temprano día de julio de 2017 aterricé en Ereván. Durante la escala que hicimos en Viena —ya no hay vuelos directos entre Azerbaiyán y Armenia—, también los pasajeros austriacos comprobaron de primera mano que, tras haber sido sometidos por los romanos, partos, bizantinos, sasánidas, árabes, selyúcidas, mongoles, tártaros, mamelucos, safávidas, turcos y rusos, los armenios no admiten que ningún extranjero les llame la atención. Cuando el avión ya estaba entrando en la pista de despegue, las azafatas de Austrian Airlines tuvieron que emplearse a fondo para conseguir que las matriarcas se sentasen y dejaran de recorrer sin descanso el pasillo. Una de ellas tenía que decir algo inaplazable a los parientes que se encontraban en la última fila; otra se empeñaba en encontrar hueco en el compartimento superior para la cuarta pieza de equipaje de mano, y una tercera quería observar de cerca el numerito que estaban montando las otras dos. «*Elle est débile*» («Esa es tonta») fue el comentario más amable que dedicaron a la sobrecarga.

A Haik Demoyán no le parece muy buena idea que, nada más aterrizar en Armenia, lo primero que quiera hacer sea visitar el monumento dedicado al genocidio, aunque más bien debería decir «peregrinar», pues dicho monumento, construido a modo de templo, está situado en una colina que precede a la ciudad, solo que hoy, debido a la bruma, las vistas del monte Ararat quedan a merced de la imaginación. Según el director del museo del genocidio, construido en 1995 en lo alto de una colina, la diáspora tiende a identificar Armenia únicamente con dicho suceso. En la propia Armenia, sin embargo, hay otros paradigmas que conforman la identidad nacional: por supuesto, la independencia, el Alto Karabaj, el cristianismo y el antiguo alfabeto armenio, pero también el estalinismo, del que fueron víctimas treinta mil armenios, así como la Segunda Guerra Mundial, en la que perecieron trescientos mil soldados armenios de un total de seiscientos mil. Para la diáspora, todos los días son el 24 de abril de 1915, ya que su existencia, alejada de los asentamientos originales, se remonta al comienzo del genocidio, cuando en apenas unas horas fueron detenidos doscientos cincuenta representantes de la comunidad armenia de Estambul: escritores, políticos, compositores, religiosos y oficiales. Quienes vivían en Armenia,

por el contrario, permanecieron en su país el 23 de abril, y también el 25 y todos los demás días. La diáspora puede permitirse alimentar enemistades eternas, mientras que Armenia, tarde o temprano, debe aprender a tratar con sus vecinos.

A la pregunta de qué es lo que diferencia la política de memoria histórica practicada por Armenia de la israelí, Demoyán responde que ya antes de 1915 los armenios llevaban milenios viviendo en este país de manera continuada, y que ya en 1918 fundaron la primera república independiente como consecuencia no del genocidio, sino de la revolución ocurrida en Moscú y la retirada de las tropas zaristas.

«¿Y eso qué supuso a la hora de concebir la exposición?»

«Lógicamente, nos documentamos sobre todas las exposiciones similares, entre ellas, la de Yad Vashem, pero en nuestro caso surgió un aspecto que acabó pareciéndonos esencial: no queremos solo recordar lo que se perdió, sino también conservar lo que ha quedado.»

Cuando salimos del despacho del director, me acuerdo del museo de historia judía al que fui en Varsovia y de lo que me dijo su guía Michael Leiserowitz a cuenta de los grupos de jóvenes israelíes que visitan Europa del Este: igualmente para ellos, sería importante tratar ambas cosas; no solo el Holocausto, sino también el judaísmo que se practicó con anterioridad. La exposición propiamente dicha me sorprende por su sencillez, que la aleja de la pompa soviética sin por ello escenificar una cultura del recuerdo a la americana, como sucede en el Museo Schindler de Cracovia o en la Torre del Holocausto del Museo Judío de Berlín: ni propaganda ni empatía, sino información.

Aun así, hay momentos en los que uno se ve desbordado por la emoción, pero lo importante es que esta es producto de una realidad documentada, si bien necesariamente borrosa debido a la distancia histórica: fotos en blanco y negro en las que apenas se distinguen retazos de seres crucificados, ahorcados, diezmados por el hambre y ultrajados, o de sus hijos, que miran inánimes a la cámara. La fuerza de la imaginación —la única capaz de ver lo inconcebible, es decir, el mal absoluto que quiere robar a los seres humanos su individualidad y, con ella, su alma—, esa imaginación, es la que abre una puerta para que lo difuso, lo amarillento y, en ocasiones, hasta lo arrugado de esas viejas fotografías ampliadas y retroiluminadas para la exposición sea precisamente lo que cale en nuestro ánimo.

Para todo el que haya estado en Yad Vashem, el lugar donde Israel conmemora el Holocausto, es inevitable hacer comparaciones. Una de las diferencias fundamentales con Ereván es que esta exposición no solo contribuye —o, mejor dicho, no contribuye tanto— a la autoafirmación nacional, sino que invita a asumir el crimen como un hecho. La muestra no se limita a enumerar una prueba tras otra: datos demográficos, número de iglesias, ubicación de los pueblos armenios, citas, documentos, fotografías, informes y testimonios; como queriendo disipar incluso esas dudas que ningún armenio alberga. Por el hecho de dar la palabra tanto a «los justos» que salvaron a los armenios de la muerte como a los turcos y a otros musulmanes que se compadecieron de ellos o que acusaron a los criminales, la exposición se abstiene de enfrentar a unos pueblos con otros. Haik Demoyán destaca que el museo recibe más visitantes turcos de lo que cabría esperar a tenor de las malas relaciones políticas, y no solo son turistas, sino también periodistas, académicos, escritores... Es precisamente la singularidad de esta exposición lo que demuestra que están satisfechos con el resultado. Por el contrario, cuando visité Israel en 2002 —ahora, al parecer, han rediseñado la entrada—, el recorrido de la muestra comenzaba con una imagen del gran mufí

de Jerusalén que simpatizó con los nacionalsocialistas. Que la exposición de Yad Vashem, un centro de conmemoración oficial, empiece aludiendo a la complicidad de un líder religioso árabe con Adolf Hitler demuestra la tradición en la que el Estado de Israel inscribe a sus ciudadanos árabes y el actual conflicto con el mundo islámico. Es justamente esta comparación lo que hace todavía más destacable el esfuerzo que realiza el museo del genocidio de Ereván por buscar un entendimiento sobre lo sucedido en lugar de utilizar la historia como argumento para justificar la imposibilidad de llegar a cualquier acuerdo.

Al igual que las diferencias, también llaman la atención las semejanzas entre ambas exposiciones: del mismo modo que Yad Vashem destaca la rebelión del gueto de Varsovia para que los judíos no solo estén representados como víctimas, el museo de Ereván también resalta la lucha heroica del pueblo armenio, ya que, tanto en Israel como en Armenia, la historia del sufrimiento no basta para animar a los ciudadanos a que defiendan al joven Estado de nuevas amenazas. Es por eso por lo que el museo y Armenia en general prestan especial atención a la figura de Franz Werfel, a quien se concedió la nacionalidad armenia de manera póstuma. Muchas escuelas y plazas del país llevan el nombre de este escritor, que rindió el máximo tributo a la resistencia armenia. Una vitrina del museo contiene un ejemplar de la primera edición de *Los cuarenta días del Musa Dagh*, publicada en 1934, esa que nueve años más tarde —otro vínculo con Yad Vashem— circularía por el gueto de Varsovia cuando sus habitantes se preparaban para una rebelión igualmente desesperada: «Cada vez que los turcos intentaban un asalto, su gente disparaba con una seguridad que denotaba tal apatía, que bien podían estar en la vida como en la muerte, indiferentes por saber cuál de estas dos residencias les estaba reservada en el inmediato futuro».\* Del mismo modo que Werfel sitúa el genocidio armenio en el contexto de las ideologías nacionalistas en lugar de interpretarlo en clave oriental como la consecuencia de un conflicto arcaico entre pueblos o religiones, también la exposición muestra la dinámica resultante del fracaso del imperialismo otomano, de la ambición modernista de los Jóvenes Turcos y de los intereses europeos. El 24 de abril de 1915 no marca el inicio de una guerra santa, sino el comienzo del siglo XX como una era de genocidios, antes incluso que el atentado de Sarajevo del 28 de junio de 1914. «¿Quién habla ya del genocidio de los armenios?», reza una frase pronunciada por Adolf Hitler en 1939 y recogida en la exposición que da la razón a Franz Werfel, uno de los primeros en interpretar el destino de los armenios como un mal augurio para los judíos. «Alemania tiene suerte de no poseer ningún enemigo interior, o por lo menos casi ninguno de esta especie», replica Enver Bajá —ministro de Guerra y cabeza pensante del genocidio— al pastor alemán Johannes Lepsius en una conversación mantenida en la realidad, que la novela de Werfel reproduce fielmente. «Pero pongámonos en el caso de que en otras condiciones se encontrara con verdaderos enemigos interiores, por ejemplo, alsacianos franceses, polacos, socialdemócratas, judíos, y en mayor número de lo que son en realidad. ¿En ese caso, señor Lepsius, no aprobaría todos los medios, sean los que fueren, a que se recurriera para liberar del mal interno a su nación cuando se encuentra comprometida en una lucha terrible y sitiada en el exterior por una multitud de terribles adversarios?»\*\*

Es imposible leer las frases pronunciadas en alemán por Enver Bajá en 1915 sin reconocer en ellas la cruda racionalidad que también llevó al exterminio judío por parte de los alemanes. El propio Franz Werfel supo ver en el político otomano un tipo de persona con el que se había topado por primera vez en 1914, cuando Franz Kafka le leyó su novela corta, entonces inédita, titulada *En*

*la colonia penitenciaria*. El oficial que vigila la máquina de tortura no es tan cruel ni tan bruto, sino todo lo contrario; por sus modales y por su forma de hablar, parece bastante civilizado. Lo que llama la atención en su caso es otra cosa: no conoce la moral en el sentido tradicional, es decir, como un conjunto de valores a los que uno debe atenerse con independencia de su utilidad práctica; su argumentación es puramente funcional y está exenta de toda compasión. «Si este hombre fuera un perverso —se dice de Enver Bajá—, sería Satanás encarnado. Pero no es perverso y no es un demonio; este grande e inexorable exterminador de pueblos tiene no se sabe qué de pueril y simpático.»\* Para Werfel, tanto el ministro de Guerra como el oficial de Kafka son ejemplos de una especie que admira, que «está más allá del bien y del mal», porque «ha dominado todo tipo de sentimentalismo». Según la ideología genocida de Enver Bajá, por razones lamentables, pero también por «necesidades indispensables del Estado», no hay lugar para un «microbio de la peste» como los armenios. Su expulsión y exterminio no eran un fin en sí mismos, ni tampoco la consecuencia de un verdadero afán asesino, sino un medio para ejecutar una política demográfica «moderna» que permitiera la creación de un Estado nación turco homogéneo. Del mismo modo que Enver se inspiró en los Estados nación surgidos durante las guerras balcánicas como resultado de diversas limpiezas étnicas, en su comparecencia de 1924 ante el Tribunal Popular de Múnich, también Adolf Hitler recurrió, además de a Mussolini, a Enver Bajá por haber acabado con la Gomorra en la que se había convertido Constantinopla como modelo para ilustrar el «despertar» de Alemania.

Tras cruzar el Cáucaso, creí por un instante haber dejado atrás la historia escrita por los alemanes en el siglo XX, pero ahora me doy cuenta de que el museo de Ereván también es un lugar de conmemoración alemán, y no solo por la aprobación tácita del genocidio por parte del Gobierno imperial de Berlín y la implicación de numerosos oficiales alemanes que participaron activamente desde puestos clave del ejército otomano. En este museo se recuerdan, además, los antecedentes del Holocausto en términos de política demográfica y de asesinatos masivos ordenados por la autoridad. Al mismo tiempo, emociona comprobar —sobre todo siendo un alemán que acaba de estar Georgia y en Azerbaiyán— que en los tres países transcaucásicos hay algo parecido a una novela nacional moderna escrita en alemán por un autor de origen judío. El hecho de que Werfel subraye la modernidad del genocidio, el racismo que los Jóvenes Turcos aprendieron en Europa, el «fanatismo del odio religioso» y su actitud de «enconados occidentalistas agriados, con una desconcertante veneración hacia el progreso en todas sus formas», podría servir de puente para que también los lectores turcos hagan suya *Los cuarenta días del Musa Dagh*, de modo que el asesinato y la expulsión de los armenios dejen de interpretarse como otra estrategia de humillación y sometimiento occidental de las que fueron empleadas contra el Imperio otomano.\* Esto se aplicaría especialmente al entorno social en el que surgió el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, por sus siglas en turco), actualmente en el poder. Hoy, casi resultan enaltecedoras las palabras de Werfel sobre «los turcos de clases inferiores, fueran estos campesinos o proletarios», y también sobre los estudiosos tradicionales del islam, principalmente los sufíes, que veían a su país contagiado por el odio étnico, al que consideraban la «más peligrosa epidemia» de la era moderna. «Es el peor de los métodos hacer responsables a los vecinos de los propios errores», se lamenta el Agha Riffat Bereket, que no solo vaticina la caída de los armenios, sino también la del pueblo turco, cuando venzan «aquellos

ridículos monigotes de Estambul» y «los imitadores de estos imitadores, esos monos en frac o esmoquin, esos traidores, esos ateos que reniegan del mahometanismo [y] son viles blasfemos ansiosos de dinero». \*\*

Los armenios, además de ser imprecados desde las mezquitas, fueron también apaleados por sus vecinos, asesinados y desplumados; hechos que tanto la exposición como la novela reproducen con toda crudeza. Werfel, sin embargo, insiste una y otra vez en que fue sobre todo la clase media laica y europeísta la que «seguía sin restricciones la política armenia de Enver».

A menudo el *mudir* se asombraba de ver, en una aldea donde acababa de llegar la orden de deportación, a turcos y armenios llorando juntos. Y quedaba más atónito aún cuando, ante una casa armenia, encontraba a la familia turca vecina desolada no contentarse solo con dirigir sus votos de que «Alá tenga piedad de vosotros» a los desgraciados que, con ojos secos, entumecidos de dolor, pasaban por última vez el umbral de su hogar, sino que además les ofrecían provisiones para el camino y a veces regalos más importantes, como una cabra o un asno. Aun hubo casos en los que el *mudir* vio a los vecinos turcos acompañar durante kilómetros de marcha a sus infortunados amigos. Hasta hubo algunos de sus propios compatriotas que se lanzaron a sus pies suplicando: «¡Déjalos con nosotros! No profesan la verdadera fe, pero poseen un buen corazón. Son nuestros hermanos. ¡Permíteles quedarse aquí con nosotros!».\*

Esto escribió el judío Franz Werfel, a quien el museo del genocidio de Ereván otorga un lugar destacado entre todos los justos; lo escribió en Viena, mientras Adolf Hitler tomaba el poder en Alemania, y, pese a todo, aún hoy podría tener un efecto conciliador.

Tras recorrer cien metros por un pasillo en cuyas paredes están grabados los nombres de las comunidades exterminadas, llegamos a la plaza donde en 1965 se erigió el monumento dedicado al genocidio, que en su día fue todo un acontecimiento para la Unión Soviética, ya que esta jamás había permitido que sus repúblicas conmemorasen nada por cuenta propia. «Bajo el régimen de Stalin, hablar públicamente de genocidio habría supuesto un billete directo a Siberia», me explica Haik Demoyán. De hecho, nada más llegar a la Unión Soviética, unos cien mil judíos procedentes de Armenia occidental fueron acusados de ser espías turcos y deportados a Siberia junto con todos sus recuerdos. Con el objetivo de guardar las pruebas para generaciones futuras, muchos armenios escondieron cajas metálicas llenas de documentos entre los muros de sus casas. Según Demoyán, para un historiador no deja de ser curioso tener que derribar una casa en la que vive gente para poder acceder a su historia. Tras la caída de Jruschov, ya no fue posible conculcar el derecho al recuerdo: el 24 de abril de 1965, cientos de miles de armenios se manifestaron frente a la ópera reclamando un centro de conmemoración oficial. Las protestas nacionalistas que tuvieron lugar en Georgia fueron reprimidas brutalmente. ¿Por qué en Armenia no ocurrió lo mismo? Demoyán cree que, en comparación con los georgianos, los armenios supieron conservar su lengua, su religión y su cultura, bien porque, de puertas para fuera, la Unión Soviética se presentaba como el hogar de todos los armenios, bien porque, visto desde el otro lado, el comunismo siempre tuvo muchos adeptos entre los armenios. Puede que también influyese que esta república soviética, con un noventa y seis por ciento de armenios, fuese con diferencia la más homogénea de toda la Unión, de modo que Moscú no temía que surgieran tensiones entre distintos grupos étnicos. Sea como fuere, los propios manifestantes se sorprendieron al ver que primero la Iglesia y luego el partido comunista soviético-armenio abrazaban la causa, de forma que Moscú enseguida dio su beneplácito para construir un monumento conmemorativo que se llamaría Mets Jerern, que significa ‘gran crimen’ o ‘gran desafuero’. Para pasar lo antes posible de las palabras a los hechos, esa misma semana el Gobierno de Ereván convocó el concurso arquitectónico.

Varias fotos muestran cómo los ciudadanos participaron voluntariamente en la construcción; en otras se los ve estupefactos frente al monumento una vez terminado, pues también la abstracción y el silencio que caracterizan el conjunto escultórico diseñado por el joven arquitecto Arthur Tarkhanyán resultaban insólitos en la Unión Soviética de aquella época: doce pilones grises dispuestos en círculo y abovedados sobre una llama eterna, junto a los cuales se erige un obelisco de cuarenta y cuatro metros que simboliza la autoafirmación de los armenios, pero cuya punta dividida en dos representa, por otro lado, la separación entre la diáspora y la patria. No hay una sola palabra ni una sola imagen, y tampoco un motivo grabado u otro tipo de adorno; solo se ven líneas rectas y esa piedra uniforme y gris. De fondo sí que se oye a un coro que, en tono bajo aunque bastante marcial, canta sobre la resistencia y sobre «nuestra sangre». El 24 de abril de cada año, cientos de miles de personas peregrinan hasta este monumento, representativo de esa vanguardia capaz de resistir al paso de las décadas. Cuando el día está despejado, se puede ver el Ararat, el monte patrio situado tras la frontera con Turquía, que permanece cerrada. Después, los peregrinos se marchan, y el 25 de abril se reanuda la vida normal, lo cual, para el director del museo del genocidio, también es importante.

Entre los dos grandes genocidios del siglo xx, media una generación, lo mismo que entre quienes pueden dar testimonio de lo sucedido. A las afueras de Ereván, experimento lo que también ocurrirá en Israel, en Alemania y en Europa del Este cuando se extinga el recuerdo. No sucede de golpe, sino que transcurre un tiempo hasta que fallecen los últimos testigos; además, el proceso no tiene por qué finalizar con su muerte, sino que ya antes puede comenzar a palidecer y volverse una idea aproximada. Hovhannes Balanbanyán tenía dos años cuando fue enviado al desierto junto con su madre. Hoy tiene ciento cuatro y es uno de los últimos supervivientes del genocidio, probablemente el último. No solo es que fuese muy pequeño como para recordar aquella marcha en primera persona: su memoria alcanza únicamente hasta la ciudad siria de Hama, la fábrica de alfombras donde trabajaba su madre para poder pagar el alquiler, la preocupación por su padre, que había marchado con la mitad de hombres del pueblo a la montaña de Musa Dagh para participar en la resistencia, la pérdida del hogar que dominaba las conversaciones de los adultos, así como la negrura que parecía envolver todo lo relacionado con el futuro. También sucede que las imágenes se mezclan en su cabeza, de modo que, al escucharlo, uno no sabe si Hovhannes está contando algo que vivió de primera mano, algo que oyó de niño o algo que leyó tiempo después.

«Este señor quiere que le cuentes lo que viste con tus propios ojos, *pappi*», le grita su nieta, que sabe hacerse entender mejor que la intérprete, pero Balanbanyán ya está de nuevo en Musa Dagh, donde es imposible que luchara, pues tenía dos años. Es como si la historia de todo un pueblo se hubiese convertido en la suya propia, sin ningún tipo de diferenciación. Aparecen el puerto de Alejandreta y un barco francés, exclamaciones, gritos —«¡Ayuda!», «¡Corremos peligro!», «¡Ayuda!», «¡Somos armenios!», «¡Somos cristianos!»—, jóvenes que se lanzan al mar para alcanzar el barco y viejos que son rescatados por lanchas de a bordo, madres con niños... ¿Entre los cuales tal vez se encontraba el propio Balanbanyán? No, él estaba en Hama —vuelve a recordar—, su madre trabajaba en la fábrica de alfombras.

«¿Su padre también logró salvarse embarcando en el *Juana de Arco*?», le pregunto para darle a entender que he leído sobre la acción de salvamento que puso en marcha la Marina francesa.

«Ahora se lo digo —responde el anciano a su nieta—, voy a contarle toda la historia.»

Pero Hovhannes Balanbanyán tiene ciento cuatro años y se pierde en los detalles, ya que para él todo es igual de importante, así que, pasado un rato, no importa ya si lo que cuenta lo ha vivido, lo ha escuchado o lo ha leído. «Únicamente los pueblos perseguidos y oprimidos son tan buenos conductores del dolor —escribió Franz Werfel—. Lo que incumbe a un miembro aislado, incumbe a la nación entera.»\*

«¿Cuál es su primer recuerdo?» Pido a la nieta que le traduzca esta pregunta para saber algo que no esté ya descrito en *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pero Balanbanyán —«Ahora mismo se lo cuento»— quiere hablarme primero del acuerdo que los armenios firmaron con los franceses.

«*Pappi*, todo eso está sacado de los libros. —Ahora hasta la nieta parece un poco enfadada—. Este señor ha venido porque eres uno de los últimos supervivientes. Él quiere oír tu historia.»

«Que sí, que ahora se la cuento.» Balanbanyán se mantiene firme y continúa hablándome de los franceses. El caso es que logro enterarme de algo, aunque es más bien gracias a la nieta que al propio abuelo, cuyos pensamientos siguen aferrados a Musa Dagh. Ella me cuenta que, tras pasar cuatro años en Hama junto a su madre y el resto de refugiados, les permitieron regresar a Bitias, su antiguo pueblo, del que también habla Franz Werfel. Balanbanyán interrumpe a su nieta para decir que los turcos le cambiaron el nombre al pueblo, pero que, por lo demás, todo era normal.

«¿También la convivencia con los turcos?», pregunto extrañado.

«Sí, sí, todo normal», responde Hovhannes Balanbanyán para volver a Alejandreta, actual Ískenderun, donde al parecer su padre fue rescatado por los franceses. En 1939 volvió el ejército turco —Balanbanyán regresa a su biografía sin previo aviso—, y los armenios que vivían en el pueblo tuvieron que retornar a Hama. ¿En 1939? Mis libros no recogen nada sobre este segundo destierro, del cual Balanbanyán tampoco me aclara nada por más que le insista. Desde Siria continuaron hacia el Líbano, donde vivieron durante seis años en unas tiendas instaladas en el valle de la Becá, antes de que los armenios de Bitias acabaran dispersándose en todas direcciones. El propio Balanbanyán ejerció como maestro pese a que —si la memoria no le falla— solo fue a la escuela durante cuatro años, y en 1949 se trasladó a Armenia, donde le asignaron una vivienda compartida por cuatro familias. Así eran las cosas en la Unión Soviética, que también incumplió todas sus demás promesas.

«¿Y qué opina de la actual Turquía?», le pregunto.

Para sorpresa de todos, su respuesta es directa:

«Turquía nunca reconocerá que hubo un genocidio. Nunca».

«¿Y usted qué piensa de los turcos?»

«Que no son personas —afirma Balanbanyán con mayor rotundidad, y empieza a hablar en turco—: Los turcos nacieron para matar, incendiar, robar y destruir.»

«¿Y si tuviera delante a un turco, qué haría?»

Hovhannes Balanbanyán me mira fijamente; no parece que sus pensamientos estén en otro lugar —en Musa Dagh o en Alejandreta—, sino que solo está presente en el sofá de su nieta, en el que normalmente se limita a dormir.

«¿Si tuviera delante a un turco? No le mostraría mi odio. Lo recibiría amablemente y hablaría en turco con él.»

Regresamos a la ciudad, donde Tigrán Mansurián me espera en el reservado de un café que, en conjunto, parece muy anticuado. Mansurián es un señor mayor, con gafas cuadradas de montura metálica y un rostro enjuto que, a cada movimiento, acaba oculto bajo su cabello níveo. Es compositor, el más famoso de su país, y está presente en los programas de filarmónicas y festivales de música contemporánea de todo el mundo. Sin embargo, sus cuartetos, sonatas, conciertos y corales suenan de forma muy distinta a lo que el público occidental espera de la música contemporánea, pues la obra de Mansurián es muy emocional, a menudo incluso trágica, aunque sin llegar a ser melodramática, del mismo modo que una melodía sencilla o una canción infantil pueden ser trágicas, solo que, en su caso, lo es con la plenitud y la potencia de una orquesta sinfónica que emplea todos los registros. ¿Que si es armoniosa? Sí, su música suele ser armoniosa sin necesidad de que haya melodías reconocibles durante largos pasajes, de igual manera que una alfombra puede estar compuesta por varios motivos ornamentales, e incluso por objetos en miniatura, y constituir a la vez un todo abstracto y armonioso.

Con sus CD resonando en mi cabeza, quiero preguntar a Mansurián si cree que la herencia musical de Oriente tiene una especie de vínculo natural con la música contemporánea, en tanto que las notas de una misma escala no están jerarquizadas; pero, nada más sentarme, solo por haber pronunciado la palabra «herencia», me veo hablando otra vez del *aghet* ('catástrofe'), que es como los armenios denominan el genocidio. La madre de Mansurián tenía pocos meses cuando los soldados turcos encerraron a su abuelo con el resto de hombres de Marash en un cobertizo al que prendieron fuego. Su abuela y su tía murieron durante la marcha hacia Siria. Solo sobrevivió su madre, que contaba pocos meses y se crio en un orfanato estadounidense de Beirut. Valga esto como respuesta a la pregunta sobre la herencia por un armenio de su generación.

A la pregunta de si su madre hablaba del asunto —me refiero a su infancia en el orfanato—, Mansurián responde que sí, que por supuesto. Él mismo creció oyendo sus historias sobre la marcha de la muerte. Al mostrarme sorprendido, pues su madre era entonces todavía un bebé, Mansurián me explica que un tío suyo pocos años mayor que su madre también sobrevivió y luego emigró a Brasil; él lo recuerda todo perfectamente, como si hubiese sucedido ayer. Mansurián, que también nació en Beirut, regresó a Armenia con sus padres en 1947, cuando tenía ocho años. Le pregunto qué es lo que más recuerda de Beirut.

«¡El mar! —responde Mansurián, a quien prohibieron la entrada en la Unión Soviética—. En Armenia, por desgracia, no tenemos mar.»

¿Y cómo es que sus padres dejaron Beirut? Mansurián me explica que allí se sentían seguros, ya que la ciudad era administrada por los franceses y el ambiente era muy cosmopolita. Sí, todo iba bien y gozaban de un buen nivel económico. Su padre, sin embargo, siempre quiso vivir en su propio país y creía de verdad en las promesas de la Unión Soviética —todas ellas, falsas—, añade Mansurián, para luego contar un chiste que todo armenio conoce: un armenio que va a trasladarse a la Unión Soviética queda en mandar una fotografía a sus amigos y familiares de la diáspora. Si lo ven de pie, significará que todo está en orden y que sus amigos y familiares pueden seguir sus pasos, pero, si lo ven sentado, será mejor que se queden donde están. Cuando los amigos y familiares abren el sobre y ven la foto, el hombre está tumbado en el suelo.

«A pesar de todo, me alegro de que las cosas ocurriesen como ocurrieron», dice Mansurián mientras sonrío con tristeza.

«¿Pese a todo el sufrimiento?»



«Si aceptamos que la vida se compone de pérdidas, regresar a Armenia como hijo de unos refugiados fue lo mejor que me pudo pasar, dadas las circunstancias. Fue la pérdida menos mala. Si hubiese crecido en otro país, nunca habría contado con el mismo bagaje.»

El bagaje al que se refiere Mansurián tiene más de mil seiscientos años. En efecto, al leer la fecha de nacimiento y muerte de este o aquel compositor armenio, uno cree haberse saltado la cifra inicial hasta que se da cuenta de que no es un error: fallecieron en el siglo v.

«Pero ¿de verdad existieron? —pregunto—. Quiero decir, ¿está demostrado que esos nombres existieron, que esas piezas se compusieron ya entonces y se han conservado hasta hoy?»

«Claro que existieron», responde Mansurián divertido. Entonces comienza a cantar tan fuerte en un registro gutural que también en el reservado contiguo deben de estar oyendo la melodía que Mesrob Maschtots dejó escrita en el siglo v. De hecho, en su tarareo, en ese sube y baja constante que suena monótono y triste a la vez, creo identificar estructuras ya oídas en los CD de Mansurián. El compositor prosigue con su introducción explicándome que, en Oriente, nunca existió el sistema tonal cuya ruptura supuso el inicio de la vanguardia europea, razón por la cual su punto de partida como compositor es completamente distinto.

«¿Eso se aplica a toda la música árabe?», le pregunto.

«Sí, solo que, si un compositor árabe deja de pensar en su sistema musical, entonces dejará de componer música árabe. Podrá sonar bien, pero no sonará como una pieza árabe. Para un compositor armenio es un poco distinto.»

«¿Por qué motivo?»

«Porque la música armenia se apropió mucho antes de Occidente y se adaptó a él. Eso ocurrió mucho antes de mi generación y es precisamente lo que distingue a la música armenia, que trabaja con ambos sistemas.»

Aunque al principio me ha parecido una persona callada y contemplativa, Mansurián se va animando poco a poco, gesticula con las manos y me pone varios ejemplos cantados.

«Hay que tomarse en serio la propia tradición —insiste—, pues en ella reside todo lo que podemos aportar a la música de hoy, todo lo que le es específico. La riqueza del mundo se basa en su diversidad, no en lo uniforme. Y esa diversidad no viene de uno mismo, sino del pasado.»

«¿Cree que la música puede superar las fronteras de su propia tradición?»

«Sí, por supuesto —responde Mansurián convencido, y alude a la representación de sus obras en Estambul—. Tenemos tantas fronteras en esta parte del mundo, tantas fronteras nuevas que antes no existían..., pero, del mismo modo que no hay que ser francés para entender a Debussy, tampoco hay que ser armenio, turco o iraní para disfrutar de la música armenia, turca o iraní. A diferencia de la literatura, la música ni siquiera necesita traducción. Ese es el momento utópico que la caracteriza.»

Observo a Mansurián, cuyo rostro ha vuelto a quedar oculto por el cabello, e imagino el día en el que su gran réquiem sobre el genocidio, estrenado en 2011 en Berlín, también se comprenda en Estambul. Si aceptamos que la vida se compone de pérdidas, dadas las circunstancias, lo mejor —o la pérdida menos mala, tal y como lo ha expresado el propio Mansurián— sería que de la catástrofe surgiese algo que nos uniera.

Esa tarde por fin logro pasear tranquilamente por Ereván, que no es una ciudad bonita en el sentido de pintoresca, aunque sí agradable. Cuando Armenia se convirtió en una república en 1918 y en una república soviética en 1922, lo que había era un país con su respectiva población,

pero no había una capital en sentido estricto, ya que los asentamientos urbanos de los armenios se encontraban al otro lado de la frontera, en territorio turco. Con sus catorce mil habitantes y su correspondiente acuartelamiento, Ereván era una de muchas localidades orientales situadas en la larga frontera con Irán que el zar robó al sha en 1828 y, en su mayor parte, estaba habitada por musulmanes, con lo cual tenía más mezquitas que iglesias. Veinte años antes que en Minsk, la Unión Soviética ya se encargó de derruir casas de adobe, caravasares y bazares para construir un modelo de ciudad que, pese a todo, no se caracterizaba por el estilo pomposo y neohistoricista propio del estalinismo. Pero, en un atardecer de verano como este, los edificios no son tan importantes; todos los erevaneses, sin excepción, parecen estar en la calle: es como si el centro de la ciudad fuese un único café, con todas las mesas ocupadas. También las plazas y los paseos están llenos de gente: viejos, jóvenes, niños; entre los turistas, hay muchos que parecen armenios, pero en realidad hablan un inglés americano muy marcado: está claro que vienen de la diáspora. Por lo demás, los iraníes han vuelto a conquistar Ereván, solo que ahora vienen de visita y pagan. Las columnas publicitarias, esas que en otros lugares sirven para anunciar coches o pasta de dientes, aquí muestran grandes fotografías de escritores y cantantes famosos, de los cuales solo vive Charles Aznavour.\*

Una galerista se queja del poder desmedido de esos inversores que, al igual que en Bakú o en Tbilisi, no saben cómo aprovechar lo viejo. Me explica que los pequeños parques repartidos por todo Ereván con motivo de su refundación son preciosos, pero que no tardarán mucho en cargarse el último para construir un centro comercial. La interrumpo para manifestarle mi sorpresa, sobre todo teniendo en cuenta el elevado nivel cultural de los armenios. Estoy pensando en los armenios que he conocido en Alemania y en Irán, todos de la vieja escuela. La galerista resta importancia a lo que digo y opina que no existe nada semejante a una *intelligentsia*, pero que, de haberla, la encontraré en los rastros, vendiendo libros de viejo o sus propios enseres para sobrevivir. Lo más soviético que hay en Armenia son precisamente las academias de arte, añade, en las cuales hasta Picasso sigue siendo demasiado moderno.

A continuación, me presentan a un armenio iraní que llegó al país hace diez años, aunque, como él mismo se empeña en señalar, no lo hizo por motivos políticos ni por sufrir persecución, sino más bien a raíz de una desavenencia personal con el país tras el fracaso de las reformas emprendidas por el presidente Mohamed Jatamí. Me cuenta cómo recorría las calles enfadado, enfadado con Teherán, con sus conciudadanos, con cada taxista. Ni siquiera podía disfrutar de las montañas. Fue entonces cuando se dijo que era mejor marcharse antes que acabar rompiendo definitivamente todos los vínculos con su país natal. Lo lógico habría sido irse a Europa o a Estados Unidos, pero Armenia representaba en cierto modo la aventura. Hoy, viaja a Teherán desde Ereván y es un afamado traductor de poesía persa contemporánea. A la pregunta de si se arrepiente de su decisión, el traductor responde que no, que en absoluto. Le pregunto por qué. Porque, desde que vive en Armenia, le ha vuelto a gustar su país. Además, cree que tarde o temprano habría emigrado, pues los armenios no tienen ningún futuro en Irán. De los quinientos mil que había antes de la revolución, solo se quedaron cincuenta mil; el resto murió pronto o se marchó. ¿Lo dice porque son ciudadanos de segunda? Mi interlocutor responde que no, ya que todos los jóvenes quieren marcharse, pero los armenios tienen los medios para hacerlo.

Este intelectual —el típico representante de la *intelligentsia*, o al menos a mí me lo parece— es la primera persona en todo el viaje que añora la época de Gorbachov. Según él, la gente ya no se acuerda; solo piensan en el caos originado por la caída de la Unión Soviética: los cortes de luz y de calefacción en invierno, los asaltantes que acechaban en las carreteras secundarias y el estanque con pirañas en el que se convirtió cualquier oficina pública; eso, por no mencionar la violencia que surgió de repente, el odio hacia los otros, fueran quienes fueren. «¡Pero antes...! — exclama el intelectual—, antes de ese caos y cuando acabó la parálisis, ese fue el gran momento en el que la gente comenzó a hablar y a sonreírse, cuando el arte y la literatura florecieron y todo parecía posible.»

Estas son las ideas que recabo por la noche, aunque no sé hasta qué punto son representativas. Al acabar un día en el que he retrocedido ciento cuatro años, siento que solo yo me quedo al margen de lo que me han contado. Haik Demoyán tiene razón: no es justo identificar Armenia únicamente con la «catástrofe». Por eso no quiero acostarme sin decir algo sobre la gastronomía de Ereván, que tampoco plantea ningún problema. Aunque se encuentra comida libanesa, persa, turca, filetes con patatas fritas y también hamburguesas, fuera siempre pone que la cocina es tradicional y típica de Armenia; al menos culinariamente hablando, es maravilloso que tres cuartos de la población estén repartidos por todo el mundo. En Ereván, hasta la comida azerbaiyana es denominada armenia.

## CUADRAGÉSIMO CUARTO DÍA: EREVÁN

Como lectura, no me he traído *Los cuarenta días del Musa Dagh*, de Franz Werfel, ya que lo leí hace años, sino *Viaje a Armenia*, de Ósip Mandelstam. En sus textos, escritos aproximadamente en la misma época que la novela de Werfel —en 1931 y 1932—, Mandelstam relaciona la «hermana pequeña de la tierra judaica» con su propio pueblo judío. Sin embargo, este libro no contiene un mal presagio, sino que más bien ofrece una retrospectiva, una idealización, la huida de una realidad ya impregnada de terror. Para Mandelstam, Armenia se convierte en «la tierra prometida»:

Mas pude ver aún el monte de Ararat  
en su riqueza de banquete bíblico,  
y estar casi doscientos días en el país sabático,  
llamado Armenia.\*

Este viaje fue un último respiro antes de que el poeta fuese detenido una vez más, pasara sus últimos años de vida sumido en la pobreza y fuese víctima del desprecio, la persecución y la esclavitud hasta su muerte, en 1938, bajo las penosas circunstancias de un campo de trabajo siberiano. Tal y como reza la frase que cierra la penúltima anotación de su último libro publicado, Armenia regaló a Mandelstam «un solo día más, un día lleno de sonidos, comida y aromas, como antaño».

Dicho apunte, que reproduce una leyenda del siglo v, contribuyó decisivamente al escándalo que *Viaje a Armenia* provocó en la Unión Soviética. La leyenda trata del rey Arshak, encarcelado por Shapuh II, miembro de la dinastía sasánida, en los calabozos de Anush, «el castillo del olvido».

1. El cuerpo de Arshak está sin lavar y se le ha vuelto salvaje la barba. 2. El rey tiene las uñas rotas, y las cochinillas se pasean por su cara. 3. Sus oídos se han atontado con tanto silencio y, en cambio, en otros tiempos habían escuchado música griega. 4. La lengua se le ha llenado de llagas por la comida de la cárcel y, en cambio, en otras épocas había aplastado granos de uva contra el paladar y era hábil como la punta de la lengua de un flautista. 5. A Arshak se le marchita el semen dentro del escroto, y tiene la voz delgada, como el balido de una oveja. 6. «El rey Shapuh —piensa Arshak— me ha vencido y, peor todavía, ha absorbido mi aire.» 7. El asirio retiene mi corazón.\*

Ya en 1923, Mandelstam asoció con Asiria el totalitarismo, que él vio venir antes que nadie. Al convertir a Shapuh II en asirio e incorporarlo al relato, Mandelstam está sugiriendo que el despiadado rey representa a Stalin, mientras que el corazón de Armenia es el suyo propio. Consciente de que su obra estaba proscrita, el autor se identifica con los armenios como ese pueblo primitivo que logró subsistir pese a la ocupación, al destierro y a los asesinatos en masa que culminaron en el genocidio sucedido entre 1915 y 1919.

Un paseo mañanero me reafirma en la impresión de que Ereván es una ciudad muy particular y que, solo por eso, merece la pena visitarla. Es una suerte que ni siquiera de día haya mucho tráfico en sus anchas calles, que a menudo están divididas por un paseo con muchos bancos y cafés a la sombra. Pese a la uniformidad de las casas, construidas en los años veinte con la misma piedra rojiza de relieve natural y según el diseño del arquitecto armenio Alexander Tamanján, el siglo escaso transcurrido ha logrado plasmar una historia distinta en cada fachada. Las dimensiones de todo esto eran todavía humanas cuando surgió la Unión Soviética, que creó una ciudad pensada para sus habitantes y no a la inversa, es decir, que no puso a los habitantes al servicio de una idea. De ello se derivan la amplitud de plazas y edificios, el color cálido de las fachadas, los numerosos parques y zonas verdes, los árboles que jalonan las calles. Ereván no pertenece a la Edad Media ni al Renacimiento, ni siquiera al historicismo de finales del XIX, sino que representa ese periodo de entreguerras que vi por vez primera como conjunto urbano en Kaunas, solo que allí, al estar más al norte, todo era más rígido, más frío, y estaba restaurado en su mayor parte. También en lo que respecta a la modernidad, puede decirse que la de Armenia es anterior a la de otros países. El ocre de las atracciones de feria tuvo que ser amarillo en su día; el verde musgo, parecido a la hierba; el rosa pálido, rojo. Me pregunto si este tiovivo manual todavía funcionará. Lo que antaño fue un antepasado de nuestros autos de choque está lleno de herramientas de jardinería. Quién sabe cuándo circularían por última vez estos pequeños carruajes mecánicos que, todavía hoy, siguen aparcados en el mismo sitio. En Matenadaran, un museo dedicado a los manuscritos y erigido sobre una loma a modo de templo aunque se encuentre en plena ciudad, se exponen documentos de los siglos V y VI firmados con nombre y apellido que aún resultan legibles. En comparación, los alemanes o los franceses tienen dificultades para entender sus textos de la Baja Edad Media y, en el caso de Irán, el *continuum* lingüístico apenas se remonta al siglo IX. Esto explica que la Iglesia armenia sea la más antigua del mundo. Me pregunto si Armenia existiría de no ser por ella.

«Seguro que no —responde el obispo Anushaván Andranik Zhamkochyán cuando me recibe en su enorme despacho de la Facultad de Teología—. Rara vez ha habido un Estado armenio, mientras que la Iglesia armenia ha existido siempre.»

El obispo es un hombre afable y abiertamente optimista que destaca la buena relación que mantiene su Iglesia con el propio Gobierno, con Irán, con Europa, con el Vaticano y con los musulmanes. Hasta en el caso de la Unión Soviética, que fue relativamente benévola con la Iglesia armenia, subraya lo positivo. En lo que respecta a Azerbaiyán, aun cuando sostiene que, a diferencia de Armenia o de Irán, no estamos hablando de una nación histórica, sino de un constructo, sus palabras transmiten más compasión que agresividad. Sin embargo, en ese mismo despacho se encuentra casualmente un catedrático de Arqueología cuyo tono es muy distinto. En su opinión, ni un solo turco —en su vocabulario no existe la palabra «azerbaiyano»— fue expulsado de Armenia, tampoco hubo un solo civil muerto ni se destruyó una sola mezquita.

«¿Y qué me dice de la masacre de Jodyali?»

«Eso no fue una masacre —responde—, sino un acto de legítima defensa.»

«¿Y los cientos de miles de azerbaiyanos que vivían en Armenia y en el Alto Karabaj antes de la guerra?»

«Montaron voluntariamente en sus coches y regresaron a sus casas.»

Claro que, en lo que atañe al otro bando, no hubo más que masacres, limpieza étnica y torturas, lo habitual entre los turcos: «Si Turquía entra en la Unión Europea, también acabarán destruyendo Europa. Entonces no quedará nada del cristianismo».

Los miembros de mi generación que viven en Alemania occidental, en especial los más jóvenes, nunca han aprendido lo que es la enemistad tal y como se expresa en una conversación. Obviamente, saben identificar el resentimiento contra este u otro grupo de mayor o menor envergadura y también lo que es el odio y la violencia; sin embargo, la enemistad, entendida como una rivalidad entre dos colectivos enfrentados, ha quedado relegada al mundo del deporte, cuyos aficionados queman la bandera del equipo contrario y se meten en peleas. Es en Ereván donde reparo en cómo la sola mención de otro país despierta ira, repulsión y despecho. Tal vez sea eso lo desigual, la incógnita difícilmente resoluble de la guerra en torno al Alto Karabaj, que a un lado del frente apenas cuenta treinta años, mientras que al otro dura más de un siglo. Los unos tienen veinte mil muertos que lamentar, mientras que los otros suman un millón y medio de víctimas; entre los primeros hay cientos de miles de desplazados, mientras que tres cuartas partes de los segundos están repartidos por todo el mundo. Lejos de asumir cualquier tipo de responsabilidad, los azerbaiyanos de hoy ni siquiera conocen la historia grabada a fuego en el alma de cualquier armenio, y, estén o no en lo cierto, los armenios siguen librando su guerra contra los turcos. Quizás por eso el ejército armenio se haya mostrado más combativo contra Azerbaiyán, porque, como todo en Armenia, también la enemistad es más antigua.

«Esta es la guerra de mi abuela Araksi, la guerra de mi abuelo Hriposimé, la guerra de Deir ez-Zor», afirma Sarkis Hatspanián, un director de cine que, aún a comienzos de los ochenta, participó en las marchas por la paz que tuvieron lugar en Alemania, pero que pocos años después se presentó voluntario para ir al frente. Hatspanián puede retroceder en su árbol genealógico hasta 1792, y tiene registrados ochenta y seis familiares que vivieron en 1915. Solo tres de ellos sobrevivieron al genocidio: su abuelo y dos tías abuelas. Hoy, vuelve a tener ochenta y nueve parientes. Sarkis Hatspanián jamás olvida la cifra: son tres más que antes del genocidio.

Ayer mismo fui consciente del drama vivido por las familias armenias desde 1915 hasta hoy: duelo, destierro, hambre, emigración, guerras, gulag, cambio de régimen y vuelta a empezar. Sin embargo, la biografía que Hatspanián me cuenta prácticamente de corrido en una de las muchas terrazas del centro todavía contiene algún salto inesperado. Él mismo parece sorprendido de todo lo que puede caber en una sola vida: mueve constantemente su cabeza de blancos cabellos, que contrastan con el negro de la camiseta, con un mensaje propagandístico a favor de Armenia, y con los vaqueros que viste. En ocasiones, su sonrisilla da a entender que aún queda lo mejor. Hatspanián nació en 1962 al sureste de Turquía, en el mismo lugar al que su abuelo regresó en 1919 junto con sus dos hermanas. ¿Cómo que regresó? Esto también me resultó curioso ayer, mientras hablaba con Hovhannes Balanbanyán, y me refiero al hecho de que regresara a Turquía con su madre en 1919. Aunque tanto el Parlamento como los periódicos turcos reconocieran el destierro y el asesinato de los armenios ocurridos entre la derrota del Imperio otomano y la toma de poder por parte de Atatürk como un «crimen contra la humanidad» y sus principales responsables fuesen condenados a muerte —incluido, *in absentia*, Enver Bajá—, yo ya me había preguntado de dónde sacarían los habitantes de esos pueblos el valor para vivir nuevamente entre turcos estando el genocidio tan reciente. Es en este instante cuando me entero de que la zona situada alrededor de Alejandreta estaba bajo mando francés, de modo que a los supervivientes les

garantizaron que estarían seguros en sus pueblos; ahora bien, hacía tiempo que sus antiguas casas estaban habitadas por nuevos vecinos, que se negaban en rotundo a marcharse. Fue así como los hermanos tuvieron que empezar de cero. En 1939, los franceses cedieron la región a Turquía para no tener que pactar con Alemania. Es en este instante cuando entiendo por qué, en 1939, también había soldados turcos en el pueblo de Hovhannes Balanbanyán.

Aunque Sarkis fue a un colegio armenio, sus amigos eran en su mayoría turcos; más adelante se metió en política y, tras el golpe militar de 1980, fue detenido en tres ocasiones por su condición de opositor —como él mismo se encarga de recalcar—, no por ser armenio. Entonces logró huir a Colonia, donde fue el único miembro armenio del comité contra el golpe militar. También colaboró con Günter Wallraff en el que fuera el libro superventas del periodismo de investigación titulado *Cabeza de turco*, para el cual simuló ser un inmigrante turco que hacía el trabajo sucio a los alemanes. Además, conoció a Heinrich Böll, participó en la Liga Espartaquista universitaria, cuyos miembros eran principalmente iraníes, y, en vista de la rapidez con la que fue acogido por la izquierda colonesa, lo lógico habría sido que, tarde o temprano, acabara involucrándose también en la política alemana. Sin embargo, en 1982, los servicios de inteligencia llamaron a su puerta para aconsejarle que abandonase Colonia, puesto que figuraba en la lista negra de los Lobos Grises, una organización paramilitar turca de extrema derecha. Los agentes le dieron un mes para buscar un nuevo destino donde exiliarse, ya que, a partir de ese momento, la idea de abandonar Alemania dejaría de ser una recomendación y se convertiría en una orden directa de expulsión.

Hatspanián se dirigió a las autoridades armenias para emigrar, pero ni siquiera obtuvo respuesta de la entonces república soviética que él consideraba su patria. En otra muestra de amabilidad, los del servicio secreto le aconsejaron que se marchara a Francia, donde por entonces vivían quinientos mil armenios: «Allí seguro que te podrás esconder». Lo malo era que Hatspanián no hablaba una palabra de francés, lengua que, sin embargo, no tuvo más remedio que aprender a la misma velocidad con la que había aprendido alemán. Tras pasar por Saarbrücken, dos policías lo llevaron hasta París, donde al cabo de un mes y medio le expedieron un documento que le permitía viajar. Lo primero que hizo fue volver a Colonia para despedirse de sus amigos alemanes, turcos e iraníes, camaradas todos ellos; dio la casualidad de que se celebraba la Nochevieja, así que razón de más para brindar.

En París, Hatspanián trabajó para el director de cine turco Yilmaz Güney, que había ganado la Palma de Oro en Cannes por su película *Yol: el camino*. Gracias a él conoció al también cineasta y disidente soviético-armenio Serguéi Paradzhánov, cuya cinta *El color de la granada*, rodada en 1968, se considera uno de los clásicos vanguardistas del siglo xx. Paradzhánov le ofreció un puesto como ayudante de dirección en la película *Khostovanank*, de modo que, el 26 de marzo de 1990, Hatspanián logró finalmente volar a Ereván. Compró un billete solo de ida, sin preguntar si el de ida y vuelta habría sido más barato, ya que no quería ser ciudadano francés, sino ser armenio de una vez, pero, nada más aterrizar, Paradzhánov enfermó de cáncer. Fue Jean-Luc Godard quien consiguió que un avión oficial recogiese al director y lo trasladara a París para que pudiera recibir tratamiento, por lo cual también su ayudante tuvo que regresar.

Los pasajeros que surcaban el cielo eran solo cuatro: Paradzhánov, Hatspanián, un director armenio y otro turco; mientras tanto, en tierra, armenios y azerbaiyanos se expulsaban mutuamente de sus respectivos países.

«Coge otro vuelo y regresa —aconsejó Paradzhánov a Hatspanián al ver que el tratamiento no surtía efecto—. Inténtalo de nuevo, es tu país, es allí donde puedes ser útil.»

«Está bien, maestro —respondió Hatspanián—, volveré a Armenia a probar suerte, pero antes debes compartir conmigo tres deseos.»

Paradzhánov pidió visitar la tumba de Andréi Tarkovski en París antes de morir, ver la Torre Eiffel y conocer a la escritora Françoise Sagan.

Tras ayudarlo a cumplir sus tres deseos, Hatspanián voló por segunda vez a Ereván con billete de ida, solo que en esta ocasión nadie lo esperaba. No conocía a nadie, su acento de Armenia occidental llamaba la atención y no tenía nada en común con el gremio de trabajadores del cine, que mostraba obediencia al modelo soviético. Pronto vio a la vecindad congregada frente a su pequeño apartamento. «Venid, nos vamos al Alto Karabaj», exclamaban los hombres, así que Hatspanián decidió apuntarse sin cambiar siquiera de camiseta. Nadie sabía qué había ocurrido exactamente; se decía que los turcos habían atacado, y ellos eran la cuarta generación posterior al genocidio. «Imagínate que estalla una guerra y todos van al frente.» La frase con la que Hatspanián resume el clima reinante sonará a todo el que, en su momento, se manifestó en Bonn a favor la paz.\*

También Hatspanián insiste en que los armenios no emplearon ningún tipo de violencia contra los civiles. Dado que hablaba turco, actuó como oficial de contacto para los habitantes de la zona, que tuvieron que abandonar sus casas, lo cual le permitió tener una visión de conjunto. Según él, en solo cinco días fueron deportados sesenta mil azerbaiyanos sin necesidad de decir una palabra más alta que otra, más bien todo lo contrario: muchos hasta dieron las gracias a los armenios por un trato que no habían recibido de sus propios soldados. A lo largo de cuatro años, la unidad a la que pertenecía Hatspanián liberó veintisiete pueblos azerbaiyanos sin que muriese un solo civil. Hatspanián, que sigue hablando un alemán excelente, aunque con un ligero acento renano, utiliza, de hecho, el verbo «liberar», lo cual me desconcierta. ¿Liberar? Es entonces cuando caigo en que no se refiere a que los pueblos azerbaiyanos fuesen liberados, sino a que los pueblos fueron liberados de los azerbaiyanos.

«¿Y qué opinas de la Armenia actual?»

«¡Uy!, mejor que no preguntes. Ahora me consideran un opositor radical.»

Tras haber pasado por la cárcel turca, en 2008 Hatspanián conoció el equivalente armenio, ya que durante días participó, junto a miles de personas, en las manifestaciones que tuvieron lugar frente a la ópera contra el «golpe del KGB», como él mismo denomina la elección de Serg Sarkissián como presidente. Hatspanián no fue el único condenado, pero sí el único extranjero, razón por la cual pasó tres años y medio en la cárcel. Aunque luego de su puesta en libertad debía ser expulsado del país, Hatspanián buscó refugio en la embajada francesa y no volvió a pisar la calle hasta que los diplomáticos llegaron a un acuerdo para concederle un permiso de residencia. Desde 2013 es, por fin, ciudadano armenio, pero debe esperar hasta 2023 para participar activamente en política.

«¿Y, entonces, qué?»

«Entonces fundaré un partido. Necesitamos un Gobierno que quiera la paz.»

«¿La paz?»

«Sí, la paz. Tenemos que hacer las paces con los turcos, no hay otra salida.»

«¿Y cómo es eso posible?»



«Yo tampoco lo sé. Solo sé cuál es la condición: la democracia. Los diez o doce oligarcas que se han apropiado del país se están aprovechando de la actual situación. No saben cómo vive la gente en realidad. En 2023: ese año fundaré un partido.»

«¿Y qué hará?»

«Marcharemos hasta Bakú.»

«¿Hasta Bakú?»

«Sí, organizaremos una marcha por la paz, una marcha por la paz hasta Bakú.»

Esto suena... ¿cómo decirlo?, algo temerario en vista de la enemistad que existe entre ambos pueblos, el nacionalismo de ambos gobiernos y el fracaso de todos los esfuerzos diplomáticos, aunque, si uno repasa la biografía de Sarkis Hatspanián, sin duda lo cree capaz de algo así, de una decisión que lo llevaría a participar en otra marcha por la paz en 2023, como sucedió en 1981 en Bonn.

Hatspanián insiste en que todavía tiene mucho que contar: París, Colonia, la lucha contra la dictadura —y eso por no hablarme de familiares como sus padres, que aún viven en Turquía, sus cinco hermanos...—, pero, aprovechando que se detiene un segundo para coger aire, le explico que debo marcharme, ya que tengo una cita con ese Gobierno contra el que Sarkis Hatspanián se manifestó, sin éxito, en 2008. El político de turno es un experto diplomático que sabe esquivar mis preguntas sobre corrupción, oligarquía y presos políticos; de ahí que enseguida pasemos a otros temas, como las actuales guerras religiosas, la expulsión de los cristianos de Oriente y el papel de Irán, que está de parte de Armenia aunque sea un país chií, como Azerbaiyán. Sin embargo, no puedo mencionar el nombre de mi interlocutor, ya que, cuando le pido que me autorice la entrevista, pretende convertir cada cita en una nota de prensa. Prefiero, por tanto, que permanezca en el anonimato, y así puedo reproducir lo que verdaderamente dijo.

«Los azerbaiyanos pretenden convertir el conflicto del Alto Karabaj en una guerra religiosa para, de ese modo, ganarse el apoyo del mundo islámico, incluido el de los extremistas suníes, pero eso no obedece a la verdad, y afirmar tal cosa es muy peligroso.»

«¿Peligroso para Armenia?»

«Sí, para nosotros. Los armenios somos una minoría en Oriente desde que existe el islam. Siempre hemos tenido que demostrar que somos buenos vecinos y buenos ciudadanos. Fíjese, vivamos donde vivamos, ya sea en el Líbano, en Irán o en Siria, en todas partes nos aceptan.»

«En Irán no solo los aceptan, sino que los armenios gozan de mucho prestigio.»

«Pero no es algo natural. No nos queda más remedio que entendernos con la mayoría. Somos demasiado pocos como para declarar la guerra al islam o a los musulmanes, en cuyo caso nos aplastarían.»

«En Occidente, muchos creen que Armenia es el último bastión oriental del cristianismo.»

«Eso no nos favorece.»

«Ahora, además, se está produciendo una ola de renacionalización en Europa; también está Trump, el yihadismo... y luego están quienes auguran una guerra entre Occidente y el islam.»

«Lo dicho: es una ideología muy peligrosa.»

«¿Teme que alguien se apropie de su país?»

«Ya le he comentado que los armenios tenemos mucha memoria. Todavía nos acordamos de las cruzadas. En aquella época, el objetivo también era liberarnos del islam, pero el resultado fue que nos asesinaron junto con los musulmanes.»

Algunas ciudades tienen tanta historia que el presente, por más que se esfuerce, siempre resultará menos interesante, y eso que —a diferencia de Roma, El Cairo o Tbilisi— Ereván no es una metrópolis histórica. En las crónicas antiguas solo se menciona de pasada, y ni uno solo de los actuales edificios supera la edad de una persona. Sin embargo, al pasear por Ereván y, sobre todo, cuando hablo con sus habitantes —incluido el experto diplomático—, sigo teniendo la impresión de encontrarme más en el pasado que en el presente. Tal vez sea porque, pese a sus muchas revoluciones y conflictos trágicos, estoy en un país cuya cultura, lengua, escritura, religión y música apenas han cambiado, o han cambiado menos de lo que suele ser habitual en Europa o en Oriente próximo. Puede que el pasado no requiera forzosamente un aspecto físico, sino que le baste con ser algo etéreo. Eso creía Ósip Mandelstam en una época en la que Ereván fue, en realidad, una ciudad recién estrenada: «Debido a un incorrecto enfoque subjetivo, yo me había acostumbrado a ver en cada armenio a un filólogo...».\* En lugar de ensalzar el progreso revolucionario, tal y como todos esperaban, Mandelstam reconocía en todas partes la continuidad de un pueblo que, según recogen incluso las leyendas persas, bajó del monte Ararat tras desembarcar del arca de Noé:

Yo amo a este pueblo que vive a puro esfuerzo,  
que computa cada año como un siglo,  
que da a luz, que duerme, que grita,  
aprisionado contra la tierra.\*\*

Con el propósito de indagar por fin en el presente, y en concreto sobre los cambios más recientes, que, a lo largo de este viaje, siempre se relacionan con Europa, he quedado en visitar Pink Armenia, una ONG que defiende los derechos de la comunidad LGTB (lesbianas, gais, transexuales y bisexuales). Justamente estos días, tras recibir varias protestas y amenazas, el festival internacional de cine ha tenido que cancelar un ciclo en el que se iba a mostrar un documental sobre homosexuales armenios. Esto ha obligado a la ONG a organizar sobre la marcha un pase fuera del festival, de modo que mi cita se retrasa media hora. Como me sobra algo de tiempo —otro contraste que me depara el azar—, aprovecho para echar un vistazo a la única mezquita que queda desde la expulsión de los azerbaiyanos. La cúpula celeste recuerda que Ereván fue en su día una ciudad de provincias persa. La restauración ha sido financiada por la República Islámica de Irán, con lo cual la mezquita también es la sede natural de la asociación de amigos armenio-iraníes.

En ningún otro país de los que he visitado me han hablado tan bien de Irán. Bueno, y no únicamente de Irán, lo cual ya es lo bastante insólito para un iraní que vive en el extranjero, sino también del Gobierno de Teherán. Solo en el día de hoy, un obispo ha elogiado a la República Islámica de Irán por haber restaurado las iglesias armenias; un político ha expresado su agradecimiento por las relaciones fraternales que existen con Teherán, y hasta Sarkis Hatspanián, el izquierdista con pasado de espartaquista colonés, ha reconocido que Armenia habría perdido la guerra en torno al Alto Karabaj de no ser por la ayuda de Irán. Por si fuera poco, nada más entrar al museo Matenadaran, hay expuestos manuscritos iraníes, entre los cuales destacan los edictos de los shas a favor de la tolerancia. Sea como fuere, la intensa religiosidad de los armenios y el destacado papel de la Iglesia en la vida pública no perjudican las buenas relaciones existentes con la República Islámica de Irán; es más, un mulá se siente más a gusto en una Armenia cristiana pero

confesional que en un Azerbaiyán chií pero laico. Con todo, los turistas iraníes no parecen muy interesados en cuestiones de fe, o al menos eso deduzco por el hecho de ser la única persona que visita la mezquita esta mañana. Es una suerte que el presupuesto no haya alcanzado para restaurar el jardín, pues su patio interior conserva un encanto especial. El celeste de la cúpula, el verde de los árboles y de los arbustos salpicados de flores recuerdan a una miniatura; lejos queda el ruido de la calle, y lo único que se oye es el murmullo del agua en la fuente; las puertas están abiertas, pero no hay ni un alma: es curioso que, en Armenia, sea precisamente una mezquita lo que irradie algo semejante a una paz celestial. Es una lástima que no pueda quedarme un poco más o incluso echar una cabezadita, pero, si lo hago, faltaré a la cita con Pink Armenia, donde es más que probable que la paz y la religión no vayan de la mano.

Un piso normal y corriente, situado en un edificio de varias plantas y sin ningún tipo de placa en la puerta: además de sus cuatro paredes, este es el único lugar bajo techo donde los homosexuales armenios pueden abrazarse. Según me explica Mamikón Hovsepyan, que a sus treinta y cinco años es uno de los activistas de más edad entre quienes hoy ocupan las tres o cuatro habitaciones modestamente amuebladas, les es imposible realizar cualquier tipo de actividad pública. De acuerdo con las encuestas, el noventa por ciento de los armenios son homófobos. Mamikón cree que la guerra ha contribuido a reforzar el sentimiento nacionalista y chovinista, que ya de por sí está muy arraigado en la tradición armenia. Cuando le pregunto por la postura del Gobierno, me cuenta que el director del periódico más beligerante contra los homosexuales es diputado del partido que está en el poder. ¿Y la policía? Ni siquiera registra los delitos de odio. ¿Y la Iglesia? En los debates televisivos siempre participan los mismos sacerdotes, esos que lo mezclan todo con todo: pérdida de valores, pobreza, materialismo y, como broche final, la propagación de la homosexualidad como síntoma definitivo de la decadencia de Occidente. En vista de sus constantes alusiones a los castigos bíblicos —por más que siempre añadan que no han de interpretarse literalmente—, no es de extrañar que algunos televidentes decidan pasar a la acción. A la pregunta de cuál es su postura personal, Mamikón responde que, tras haber participado en uno de esos debates, ya no le gusta salir a la calle; además, son demasiados los que saben dónde vive. Lo más probable es que próximamente se mude y tarde o temprano tenga que emigrar, o al menos retirarse del activismo. A la larga, en Armenia no es posible vivir públicamente como homosexual.

Pink Armenia se financia en gran medida desde Europa. Mamadov sabe que esto no hace más que reafirmar el prejuicio homófobo, pero, sin el dinero procedente de Holanda o de Suecia, no existiría esta oficina en la que los homosexuales encuentran asesoramiento o, sencillamente, un lugar seguro. A esto se suma que a muchos europeos solo les interesa este tema, lo cual coincide con otro de los prejuicios. Cada vez que asiste a algún congreso en el extranjero, Mamadov se declara homosexual, sí, pero insiste en que su vida no se reduce a eso y que también hay otros problemas, por ejemplo, políticos y sociales, que considera, como mínimo, igual de importantes. Sin embargo, hablar de rechazo social, de oligarquía, de nacionalismo o de una guerra sin fin apenas despierta interés en Europa. En cambio, siempre le preguntan por el matrimonio entre personas del mismo sexo, como si este fuese el único indicador de desarrollo. En países como Armenia, aprobar el matrimonio homosexual sería como empezar a construir una casa por el tejado. En su opinión, es mucho más urgente educar a la sociedad, trabajar en favor de una nueva conciencia. Por lo general, al joven que llama la atención por ser homosexual o se reconoce como

tal se le hace «entrar en razón» por medio de la violencia física, o bien se le manda a un psicólogo para que lo «cure». Mucho peor lo tienen las chicas, que a menudo son violadas para que se vuelvan «normales». Cuando se enteran de algún caso, los activistas de Pink Armenia hablan directamente con los padres, y, para su sorpresa, han tenido éxito más de una vez. Por el contrario, el hecho de recurrir a grandes gestos para imponer la aprobación de una u otra normativa y, así, obtener dinero o reconocimiento, aunque bien puede calmar la conciencia de los políticos o activistas que están en Berlín o en Bruselas, son los homosexuales que viven aquí, en Armenia, quienes luego sufren las agresiones que ese tipo de demandas provocan de forma recurrente.

Tomamos un taxi para acudir al pase de la película que no han podido mostrar en el festival. Pregunto a la taxista, embutida entre el asiento y el volante del pequeño Opel, si los hombres se sorprenden al ver a una mujer conduciendo.

«¡Pues claro! —exclama, y se ríe con tantas ganas que el vehículo se sale por un instante del carril—. ¿Usted también se quiere bajar?»

Sin apenas darme tiempo para responder, me aclara que solo está bromeando. En realidad, nadie se quiere bajar; algunos hombres se muestran un poco inseguros, aunque no les dura demasiado. La taxista tiene cuarenta y cinco años, se casó muy pronto, pero tardó nueve años en quedarse embarazada. Su marido murió poco después del segundo hijo. Fue entonces cuando ella decidió ponerse al volante, para que sus hijos tuviesen una vida mejor. ¿Y antes no? Responde que no, ya que su marido le había prohibido trabajar.

«¿Y si la viera hoy?»

«Me lo seguiría prohibiendo.»

«¿Y usted qué haría?»

«Obedecerlo.»

«Pero ¿y eso por qué? Usted es una mujer independiente...»

«Porque mi marido siempre fue bueno conmigo. Porque aguantó esos nueve años en los que no me quedaba embarazada.»

Emancipada o no, lo cierto es que la taxista es una mujer de carácter: gesticula sin parar y se le escapa algún que otro golpe al volante cuando los demás conductores la sacan de quicio, todos hombres, claro. Le pregunto si le gusta vivir en Armenia.

«Me gustan mis dos hijos.»

En un *media center* repleto, compartido por varias ONG para celebrar distintos actos y congresos, el ambiente destila tensión y empecinamiento. Al parecer, algunos activistas del bando contrario se han enterado de que iban poner la película, y alguien afirma haber identificado a varios individuos furiosos en el exterior. Por si acaso, deciden cerrar las puertas por dentro. El público es joven —menores de treinta casi todos— y viste, por así decirlo, al estilo occidental, el mismo que podríamos encontrar en Bruselas o en Berlín: los peinados, los vaqueros, los tatuajes; también veo el mismo roce físico en el trato y la misma seguridad que irradian las mujeres. Hable con quien hable, él o ella saben inglés, algo nada habitual en Armenia, y, hasta donde logro averiguar así, sobre la marcha, todas las ONG participantes se financian, al menos en parte, a través de instituciones europeas, entre ellas, la asociación para la normalización de las relaciones turco-armenias. Por tanto, no es de extrañar que los individuos furiosos del exterior creen que aquí tiene lugar un idilio con el imperialismo cultural europeo. Ahora bien, ¿es esa una razón para que Europa deje de apoyar a estos jóvenes armenios que plantan cara a la homofobia? En la

película, un hombre de mediana edad que aparece afeitado, vestido con pantalón de pinzas y camisa de manga corta comenta de pasada que agradece que la gente sea amable con él, cosa que él mismo se cuestiona, pues la amabilidad en el trato con los demás debería darse por supuesta. Si eso no se da, ¿significa que él no es una persona?

Al salir del edificio no veo a nadie furioso, sino a un chico más bien delgado que está al otro lado de la calle. Calculo que él tampoco llegará a los treinta, como los asistentes al *media center* a los que está fotografiando. En un primer momento, imito a los demás y le doy la espalda, no tanto por miedo, sino más bien por la sensación de estar indefenso frente a su objetivo, pero luego me vuelvo y decido cruzar. Cuando se percató de que me dirijo hacia él, por un instante parece dudar sobre si debe salir corriendo o no, ante lo cual aprieto el paso. Ahora es él quien tiene miedo, aunque puede que no sea miedo y que, simplemente, esté molesto y nervioso. Sorprendido por mi tono cordial, empieza mostrándose reticente, pero poco a poco va estando más dispuesto a darme información. Se llama Haik Ayvazián y afirma que Armenia es un país cristiano; esa es la razón por la que ha venido. En su opinión, la Biblia deja claro que la homosexualidad es pecado, y mortal, incluso. Le pregunto si desea ese castigo bíblico para los jóvenes que están al otro lado de la calle.

«No, no tenemos nada en su contra, pero nos molesta que se haga publicidad a favor de la homosexualidad.»

«¿A quiénes se refiere?»

«A nosotros, los armenios. Un noventa y ocho por ciento rechaza este tipo de cosas.»

Haik continúa explicándome que ellos —«nosotros, los armenios», según él— no pretenden criminalizar la homosexualidad, que no se trata de eso, ni tampoco de ejercer la violencia. De lo que se trata es de poner freno a la propaganda extranjera que es tolerada por el Gobierno y contra la cual ni siquiera la Iglesia se pronuncia con suficiente contundencia. Por eso Haik se ha inscrito en Luus ('luz'), una organización juvenil que defiende la identidad cristiana de Armenia.

«¿Y por qué saca fotos?», le pregunto.

«Porque quiero saber qué tipo de gente ve esas películas.»

«Pero, para eso, basta con ponerse en la entrada y observar quién llega. ¿Para qué son las fotos?»

«Las fotos son para mí.»

«Pero ¿para qué?»

«¿Por qué quiere saberlo?»

«Porque soy, como mínimo, igual de curioso que usted.»

«A lo mejor es porque quiero saber si acude alguien del Gobierno.»

«¿Para luego desacreditarlo?»

«¿Acaso no tengo derecho a saber a quién apoya el Gobierno?»

Para Haik, los jóvenes de su misma generación que están al otro lado de la calle no son los verdaderos culpables; según él, ellos son víctimas de la Unión Europea, a la que el Gobierno se ha rendido incondicionalmente.

Tras objetar que todos los espectadores me han parecido gente con ideas propias, le pregunto cómo ha llegado a esa conclusión.

«Porque la Unión Europea está hablando todo el día de los derechos de los homosexuales. ¿Eso por qué es? ¿A cuántas personas afecta aquí? ¿Por qué es un asunto tan importante? ¿Qué es lo que pretende?»

«¿Usted qué cree?»

«Que lo que pretende es desvincularnos de nuestra propia cultura y que nos rebelamos contra nuestra religión.»

«¿No fue más bien la Unión Soviética la que hizo eso?»

«La Unión Soviética nos venció a través de las armas, pero lo que quiere conquistar Europa son nuestras mentes.»

«¿Cómo llega a esa conclusión? Necesita pruebas que lo demuestren.»

«Mire, en Alemania, los hijos son separados de sus padres si estos critican la educación sexual o dicen que la homosexualidad es algo malo.»

«Pues yo vengo precisamente de Alemania y nunca he oído que separen a los hijos de sus padres por eso.»

«Pero ¿hay pruebas de que es así!»

«¿Y cómo sabe usted que esas pruebas son ciertas?»

«Puedo enseñarle los reportajes, con fotos y todo: todos son casos documentados», asegura Haik mientras apunta mi dirección de correo electrónico.

Esa misma noche, acudo a una fiesta con el número suficiente de invitados como para que parezca espontánea. Además de algún que otro ente desocupado, de esos que hacen un poco de todo y, a ser posible, nada, han coincidido varios literatos, entre ellos, la traductora de Orhan Pamuk, así como un grupo de activistas lesbianas procedentes de Estambul, cuya visita tal vez haya sido la excusa para organizar la fiesta. Resulta significativo que los círculos que defienden una relación de entendimiento con Turquía sean los mismos que defienden los derechos de los homosexuales, como si ambas cosas fuesen juntas. Puede que sea así: ignoro si las mujeres son menos nacionalistas que los hombres, pero la comunidad LGTB ciertamente lo es, ya que en cualquier país del mundo puede estar segura de que siempre se la incluye al hablar de «los otros». Pregunto por Akram Aylisli, al que todos los armenios del grupo conocen, puesto que hay hasta varias traducciones de *Sueños de piedra*. Me explican que lo que le ocurrió tras publicar el libro sería impensable en Armenia, ya que, al menos, aquí el clima es un poco más liberal. Sin embargo, en Armenia no hay nadie parecido a Aylisli, capaz de escribir una gran novela sobre el sufrimiento del otro, del enemigo.

Ya en la cama, repaso los enlaces que tanto Sarkis Hatspanián como Haik Ayvazián han tenido la amabilidad de enviarme. En una fotografía publicada en 1993 por el diario *Libération*, se ve a Sarkis, por entonces aún moreno y con melena, empuñando un fusil de asalto y agachado junto a una anciana que lo abraza. El pie de foto lo describe como habitante de un pueblo azerbaiyano y cita una frase en la que la anciana dice querer a ese oficial armenio más que a su propio hijo, que la dejó en la estacada. Un día después de haber sido publicada en *Libération*, esa misma foto fue reproducida por el diario turco *Milliyet*, solo que, en este caso, en el pie se describe cómo una anciana azerbaiyana besa a su nieto mientras le pide que se vengue de los armenios que masacraron al resto de su familia. Sarkis me cuenta que él mismo envió las dos noticias a la Unión Europea como ejemplo de la propaganda turca. Personalmente, no tengo motivos para dudar de que él o su unidad tratasen con respeto a los civiles, pero Sarkis se empeña

en ignorar que, en esta guerra, no es posible que los granujas solo estén a un lado del frente y los héroes, al otro. Eso contradice su propia experiencia, pero puede que sea un problema en 2023, cuando organice la marcha hacia Bakú, donde se encontrará con personas que creen en sus propios recuerdos.

Haik, por su parte, no me bombardea con propaganda, sino que me sorprende enviándome enlaces a medios serios, como *Deutsche Welle* o *The Guardian*, que informan sobre la reforma de la educación sexual en el estado de Baden-Württemberg. En realidad, no se dice que separen a los niños de los padres más radicales, pero, si no se conoce el contexto, puedo llegar a entender que eso sea lo que se interprete al leer los artículos, puesto que las clases de educación sexual se presentan como obligatorias. Haik incluye enlaces a vídeos de YouTube grabados con cámara oculta que pretenden demostrar que las autoridades alemanas encargadas de la protección del menor, ayudadas por la policía, van a recoger a los niños a sus casas y los separan de sus padres. Haik me propone que volvamos a quedar para que conozca a sus amigos y, así, entienda mejor cómo ven ellos el mundo actual. Creo que valdría la pena seguir hablando con él, ya que es alguien que escucha y que intenta hacerse entender, pero me pregunto si también estaría dispuesto a hablar con los jóvenes de su edad que salían del cine. ¿Y ellos con él? Lo cierto es que no podré averiguarlo, porque a primerísima hora salimos hacia el Alto Karabaj, pero antes queremos pasar por el lago Seván, sobre el que Ósip Mandelstam escribió algunas de sus notas más conmovedoras. En 1933, poco después de su regreso, a la provocadora pregunta que le hicieron sobre las características de su obra en la que sería su última lectura pública, Mandelstam respondió escuetamente: «El anhelo de una cultura universal».

## CUADRAGÉSIMO QUINTO DÍA: HACIA EL LAGO SEVÁN Y EL ALTO KARABAJ

A lo largo de la carretera comarcal que conduce a Seván, venden unas toallas de playa con mujeres voluptuosas enfundadas en bikinis diminutos, con las barras y estrellas estadounidenses o con billetes de dólar: la verdad es que no se lo ponen nada fácil a alguien que está de camino a Irán y quiere secarse después de un baño en el mar Caspio. Menos mal que en el tercer puesto encuentro una toalla con un Mickey Mouse sonriente. Esto debería servir. A orillas del lago se agolpan varios adolescentes con los brazos extendidos, cual Jesucristo crucificado. Tras preguntar por qué lo hacen, el conductor me explica que están mostrando el tamaño del pez que ellos mismos —o, más bien, sus padres— han pescado. Los más astutos han plantado un maniquí desnudo con los brazos inclinados hacia arriba. A algunos hasta les cuelga la cabeza, como si en Armenia incluso los muñecos fuesen expertos en vivir la Pasión.

Después viene el baño de realidad: la isla en la que Ósip Mandelstam pasó un mes del año 1930 ya no existe. Hoy es una península, pues el nivel del mar ha disminuido veinte metros, lo cual supone una catástrofe para el ecosistema. Según nos cuentan, a partir de 1933, los ingenieros soviéticos redujeron adrede la superficie de agua en un cuarenta por ciento para, así, ganar terreno cultivable a orillas del lago y, debido a una menor evaporación, obtener más agua aprovechable. En la montaña que en su día fue una isla, los pulmones siguen inhalando el mismo aire silbante y exento de sal; mientras, uno atraviesa las crecidas hierbas esteparias, «tan fuertes, jugosas y seguras de sí mismas que apetecía peinarlas con un peine de hierro». \* Sin embargo, poco queda de esa variedad inigualable de pájaros y plantas. En la isla, que ya no es tal, no hay ni por asomo tanto silencio, y uno tampoco se siente tan aislado como hace un siglo escaso, pues al paisaje se han sumado los centros de esparcimiento de la Unión Soviética; las mansiones y los apartamentos vacacionales propios del capitalismo, que se encuentran en la otra orilla; el ruido de las motos acuáticas, la música pop de los chiringuitos y los coches que se oyen a lo lejos. Ahora bien, también Mandelstam se despertaba muy de mañana por el traqueteo de un motor, porque estaban construyendo un faro —que, entretanto, parece haber sido derruido— y, coincidiendo con la estancia del autor o poco después, también una residencia de escritores que todavía está en pie y va a ser restaurada. «Allí donde fuera me topaba con la firme voluntad y la mano del partido bolchevique —escribió Mandelstam—. Pero mi ojo, ávido de todo lo raro, efímero y fugaz, solo capturaba en el viaje el temblor luminoso de las casualidades, el ornamento vegetal de la realidad.» \*\* De las iglesias que siguen en pie, la ruina más antigua data del año 301. Tal y como describió Mandelstam, la isla está literalmente empedrada de tumbas anónimas con sus losas de color fuego. La naturaleza no ha resistido tan bien al socialismo como los templos y las tumbas, que en Armenia casi forman parte del paisaje.



Tomamos nuestro café mañanero en la terraza de un club con forma de almeja, construido en 1964 con vidrio y hormigón y que parece suspendido en el aire, justo en la ladera contigua a la residencia de escritores: otro ejemplo verdaderamente sensacional de la arquitectura soviética de vanguardia, el cual sigue funcionando como destino para hacer excursiones. En el salón revestido de madera, cuelgan fotos de los autores que acudieron a la isla o península para descansar. Por más énfasis que ponga el conserje al pronunciar sus nombres, y aunque en Armenia digan que su fama es universal, lamento no reconocer a ninguno de ellos. Solo falta Ósip Mandelstam, a quien el asirio robó el aliento.

Continuamos recorriendo la orilla oriental y, tras atravesar un paisaje sin árboles, por fin llegamos a ese lugar recóndito que el lago debió de cubrir por completo hace cien años. Es enorme, y aún sigue siendo uno de los lagos de alta montaña más grandes del mundo. En vista de las reducidas dimensiones geográficas de Armenia, este bien podría ser el mar que extraña Tigrán Mansurián. Al mismo tiempo, el agua te envuelve con la claridad, el frío y la calma inerte que proporciona el hecho de estar a dos mil metros de altura. Es improbable que haya un lugar donde la sonrisa de Mickey Mouse brille más que estando extendida sobre una hierba esteparia todavía mate pero ya caliente por los efectos de un sol que, tomando impulso, abandona el lago para ir avanzando montaña arriba.

El estado de la carretera no es muy bueno —¿por qué habría de serlo, si apenas circulan vehículos?—, de modo que, cuando llegamos a Vardenis, una ciudad situada al sur del lago, pasa del mediodía. Los antiguos bloques de viviendas obreras están hechos con la misma piedra oscura que se ve en los pueblos: aquí, el ladrillo natural es muy bonito y parece costar menos que el hormigón. Por lo demás, el paisaje urbano es idéntico al de cientos y miles de localidades industriales de la antigua Unión Soviética: un cuadrado compuesto por calles anchas y comercios sin escaparates, muchos de los cuales no solo cierran a mediodía, un mercado, pocos peatones y todavía menos coches, algún que otro todoterreno de lujo. En las calles no se ve a gente bebiendo, cosa que llama la atención tras haber visitado las tierras de sangre. Los hombres sentados junto a nosotros en el local donde nos comemos un kebab nos explican que todos los rusos se marcharon cuando Armenia se declaró independiente.

«¿Por el cierre de las fábricas?», pregunto.

«Y porque hablaban ruso.»

«¿Y esos cochazos?»

«Son de gente muy rica.»

«¿Aquí cómo se gana dinero?»

«Cumpliendo con la ley, seguro que no.»

En algún punto situado después de Vardenis, abandonamos Armenia. En realidad, no nos damos cuenta, porque no hay ninguna señal que indique que nos encontramos en suelo azerbaiyano, o, más concretamente, en la provincia montañosa de Kelbadjar, ubicada entre Armenia y el enclave del Alto Karabaj. Los tipos del local de kebab nos han aconsejado llenar el depósito, ya que no hay gasolineras en varios kilómetros a la redonda y rara vez se encuentra a alguien que pueda prestar auxilio. Sin que Armenia se haya despedido en ningún momento de nosotros, por fin aparece un letrero que nos da la bienvenida a la República de Nagorno-Karabaj. Según Google Maps, dicha república empieza varios kilómetros más al este y nunca antes de pasar el monasterio de Dadivank, pero, a diferencia de lo que ocurre entre Georgia y Osetia del Sur, aquí no hay nadie

que pueda alertar de un desplazamiento de la frontera. En el siguiente valle nos encontramos con otro puesto de control, aunque no hay ningún guardia apostado en la carretera. La barrera, que consiste en un simple listón atado a un cordel, está levantada. No obstante, para asegurarnos de que no estamos cruzando la frontera de forma ilegal, el conductor opta por aparcar.

Ocurre, sin embargo, que, en este trayecto secundario hacia el Alto Karabaj, un pasaporte alemán parece ser una rareza, ya que el funcionario que encontramos al otro lado del escritorio lo observa con atención, incluidas las páginas en blanco, mientras asiente sin el menor disimulo. Sin preguntar por el motivo del viaje, me devuelve el pasaporte sin haberlo sellado y me indica que debo solicitar un visado en Stepanakert. Tras acompañarnos hasta el coche, se despide con un apretón de manos y se queda mirándonos un buen rato. «Pues sí que es extraño este país —pienso—: no te dan el permiso de entrada hasta que estás dentro.» Poco después me quedo sin cobertura, tal y como me ocurrió en Crimea, con lo cual tampoco aquí podré pagar con tarjeta de crédito. En el mapa que el conductor despliega sobre el volante sin que considere necesario parar, los pueblos tienen unos nombres muy distintos a los de Google Maps. Todos empiezan por «nor», que significa ‘nuevo’, Nuevo Karachmar, Nuevo Manasha, Nuevo Bradjur..., de lo cual se deduce que los viejos estarán en Azerbaiyán y tendrán nombres turcos.

Hacemos una parada en el monasterio de Dadivank, que, según cuenta la leyenda, fue fundado en el siglo I después de Cristo. El actual edificio, incluida la iglesia, fue construido en el siglo XIV sobre el promontorio de una sierra boscosa y empinada que, todavía hoy, produce la misma sensación de aislamiento y abandono, como si nada hubiese sucedido desde entonces. Y así es realmente: con sus muros desgastados por las inclemencias del tiempo, el musgo y los matorrales que cubren el tejado y la cúpula, la propia iglesia se asemeja a un gigantesco árbol primitivo y encorvado, cuyas ramas crecen desordenadamente y sin apenas hojas. Al igual que sucede en la mayoría de las iglesias armenias, la planta recuerda a una cruz griega casi perfecta y, como ocurría en Georgia, solo se ha restaurado lo justo para que los muros no se derrumben. Aquí, ni los frescos ocultan su edad ni hay cables escondidos bajo el revoque o detrás de algún zócalo. Una de las paredes está completamente cubierta de hollín; en otra, se reconoce el contorno de una escalera que, en su momento, tuvo que conducir a una galería. El pastor que vivió aquí con su familia en la época de la Unión Soviética la debió de arrancar por miedo a que sus hijos se cayesen. Por el hollín se sabe dónde estaba la cocina, que al mismo tiempo servía de estufa. Son muchos los creyentes que han dejado sus huellas sobre las viejas alfombras persas que cubren el suelo, y también muchos los pájaros que han hecho lo propio en la armadura del tejado. De nuevo, me pregunto a qué se deberá el encanto que irradian estos lugares, que, en realidad, podrían estar mucho mejor restaurados, de un modo más auténtico. No solo es que muestren la historia vivida: todas sus experiencias, el dolor y la felicidad, como si fuesen un rostro vetusto o la corteza de un árbol, sino que su encanto también radica en aquello que es casual e imperfecto, fruto del paso de los años. Ese encanto se percibe hasta en los cables, el hollín, los agujeros de las alfombras e incluso en la luz que entra y en los pájaros, que hacen que el aspecto cambie a cada segundo, pues solo Dios es eterno y perfecto.

El padre Hovhannes Houhamesyán —un hombre alto y atlético, de barba cuidada y con el pelo peinado hacia atrás— nos explica que tiene un pacto firmado con los pájaros.

«¿Un pacto?»

«Así es. Pueden vivir donde quieran, menos en la iglesia.»

«¿Entonces?»

«Lo que pasa es que no lo cumplen.»

El padre Hovhannes tiene una relación casi íntima con su iglesia, puesto que, estando tan aislados, es imposible crear una comunidad religiosa al uso ni llevar una vida de monasterio. Todo se reduce a los servicios religiosos que se celebran los domingos y festivos, destinados a los pueblos circundantes; algún creyente suelto; turistas armenios esporádicos; el quiosco de una anciana, y los obreros que, pasados veinticuatro años, siguen sin concluir los trabajos de restauración. Según nos explica el padre, los turcos se asentaron por toda la región antes de que fuera liberada. Aunque no fuesen turcos, sino probablemente kurdos —quienes también sufrieron lo suyo a manos de los turcos—, y al hablar de los turcos no se refiera tanto a ellos como a los azerbaiyanos, parece que el sacerdote no es consciente de ciertos matices que tal vez se diluyan como consecuencia de una guerra.

A la pregunta de por qué llama turcos a los azerbaiyanos, él insiste:

«No hay ningún país que se llame Azerbaiyán.»

Obviamente, ve lógico que los vecinos tuvieran que abandonar sus casas; no en vano, los que vivieron aquí mucho antes que los turcos eran armenios. Además, según el padre, basta con comparar la antigüedad de las iglesias con la de las mezquitas —casi dos mil años frente a doscientos, a lo sumo— para saber a quién pertenece este país. Intento, sin éxito, que el padre Hovhannes manifieste algo de empatía por esas personas que perdieron su hogar, humildes campesinos y pastores.

«¿Su hogar?», pregunta el padre, que sirvió como cura castrense.

«Sí, su hogar —respondo—. Cada individuo sitúa su hogar allí donde ha nacido y se ha criado, con independencia de lo que ocurriese doscientos o dos mil años atrás.»

El padre, sin embargo, no quiere entrar en casos particulares; él solo habla de los turcos como un colectivo que expulsó y masacró a los armenios. A continuación, lo intento por la vía del amor al enemigo, uno de los rasgos específicos del cristianismo, y le pregunto cuál es su significado en el frente. Como si estuviera en el púlpito, el padre alza la voz y declara solemnemente que un cristiano jamás debería empezar una guerra.

«Bien, de acuerdo —le digo—, pero ¿qué pasa cuando la guerra ya ha estallado? ¿Eso de amar al enemigo significa algo?»

«Tuvimos que defender a nuestro país del enemigo.»

«Pero ¿amaba usted al enemigo?»

«Existe una máxima que dice —responde el padre, muy despacio, mientras reclina ligeramente el cuerpo aunque esté de pie, como cogiendo aire—: “El enemigo debe al menos dar la oportunidad de ser amado”. Pero los turcos no lo hacen. Han sido educados para odiarnos, para matarnos. No nos dan la oportunidad de amarlos.»

«¿Es que entonces sería muy fácil! —replico en un tono poco respetuoso—. Si el enemigo le diese la oportunidad de ser amado, entonces ya no sería un enemigo. Lo que distingue a Cristo es que él habla de amar no solo a tu prójimo, sino también a tu enemigo, es decir, al que te odia, te quiere hacer daño o, como mínimo, te rechaza. Es a ese a quien debes amar. ¿Usted lo cree posible?»

«Sí. Si conviviéramos en paz, y me refiero a las distintas religiones, entonces podríamos amarlos. Pero estando en guerra es imposible.»

«¿Por qué?»

«Porque no puedes matar a alguien que amas.»

«Entonces, ¿cómo lo pasó usted en el frente?»

«Si en el momento que apuntas a una persona te dices que la amas, no puedes apretar el gatillo, es imposible. Así lo sentí yo. Así es la guerra.»

Consultamos el mapa para localizar Jodyali, aunque en realidad no sabemos cuál es el nombre actual de esa pequeña ciudad en la que, la noche del 25 al 26 de febrero de 1992, se produjo la mayor masacre de toda la guerra. Ya en octubre de 1991, las tropas armenias la habían dejado aislada de Agdam —la ciudad más próxima en territorio azerbaiyano—: sin luz, sin agua corriente, calefacción ni teléfono, abastecida únicamente por helicópteros que rara vez sobrevolaban las posiciones enemigas, ya que podían ser derribados en cualquier momento. Los ciento sesenta soldados azerbaiyanos ligeramente armados que permanecieron en Jodyali para defender la ciudad no tuvieron ninguna posibilidad cuando los armenios, apoyados por tanques rusos, tocaron al ataque. El comandante azerbaiyano ordenó a los vecinos que huyesen a pie hasta Agdam, de modo que, bien entrada la noche, tres mil civiles y unos cuantos soldados encargados de acompañarlos se pusieron en marcha bajo una intensa nevada. De madrugada, mientras caminaban a campo raso, fueron tiroteados desde una colina. Los soldados azerbaiyanos respondieron al ataque, pero, al estar en clara minoría y, además, indefensos, murieron enseguida. Días más tarde, los primeros periodistas internacionales que llegaron a la zona la encontraron sembrada de cadáveres, entre los cuales había muchas mujeres y niños. En *Black Garden*, la obra fundamental sobre la guerra en el Alto Karabaj, Thomas de Waal califica de realista la cifra de cuatrocientos ochenta y cinco muertos facilitada por la comisión de investigación del Parlamento azerbaiyano. Hasta ese momento, los armenios eran vistos principalmente como víctimas y, sobre todo en círculos de izquierdas, su lucha por conquistar el Alto Karabaj siempre había estado rodeada de un halo de liberación. Sin embargo, las noticias que llegaron de Jodyali, así como la conquista de Kelbadjar, que nunca perteneció al Alto Karabaj, en la que también participaron tropas rusas regulares, provocaron un vuelco en la opinión pública mundial. Aunque en un primer momento negó las informaciones, el Gobierno armenio acabó reconociendo la muerte de civiles, si bien no en un número tan elevado. Quien habló más claramente fue Serg Sarkissián, entonces líder militar armenio y futuro ministro de Defensa: «Antes de Jodyali, los azerbaiyanos pensaban que estábamos de broma, que éramos un pueblo que jamás levantaría la mano contra la población civil. Tuvimos que poner fin a esa idea. Y eso es precisamente lo que ha ocurrido». El Gobierno, por el contrario, insistió en que el ataque había partido de milicias irregulares formadas por refugiados procedentes de Sumgait. Fue en esa ciudad donde en 1988 tuvo lugar un pogromo en el que, según cifras oficiales, murieron veintiséis armenios, una cantidad que De Waal también considera realista, pero que, para la opinión pública armenia, ha ido aumentando con los años hasta llegar a cuatrocientos cincuenta. La clave está en que el número de víctimas supere al de Jodyali, del mismo modo que Azerbaiyán reclama Jodyali para sí y lo considera su genocidio.

Sin embargo, el conflicto no solo tiene que ver con los números. Casi nadie en Azerbaiyán, y mucho menos los jóvenes, sabe nada concreto sobre Sumgait, ni siquiera que hubo azerbaiyanos que golpearon, torturaron, violaron y humillaron a sus vecinos armenios, causando la muerte de al menos veintiséis de ellos. Si alguien se acuerda de lo ocurrido, lo atribuye a agentes provocadores soviéticos. Ni un solo armenio sabe lo que es Jodyali. Como suele ocurrir con los

amantes, los pueblos se acuerdan durante mucho tiempo del daño que les hicieron, pero enseguida olvidan el que ellos causaron. Ni tan solo lo niegan; sencillamente, lo olvidan, lo cual es mucho peor en realidad, pues llega un momento en el que ni siquiera queda la cicatriz. Tomemos por ejemplo a los iraníes —por hablar de otro país al que pertenezco—: los iraníes alimentan el mito de que ellos siempre han sido atacados, ya sea por los asirios, babilonios y griegos, por los árabes y los mongoles, por los turcos y los rusos, por los británicos y los estadounidenses o por los iraquíes y los wahabíes. Es en este viaje, pasados ya varios siglos, cuando yo mismo me doy cuenta de que muchos de mis antepasados causaron muchas muertes en el Cáucaso, tomaron a mucha gente como esclava y profanaron muchas iglesias; y lo hago ahora, cuando el recuerdo ya no causa dolor a nadie.

Con ayuda de *Black Garden*, de Thomas de Waal, que se ha convertido en mi guía de viaje por el Alto Karabaj —al igual que lo fue *Tierras de sangre*, de Timothy Snyder, cuando estuve entre Polonia y Ucrania—, logramos calcular la ubicación aproximada de Jodyali y empezamos a preguntar, pero, cuanto más nos acercamos, menos personas saben de qué estamos hablando. Esa es otra de las dificultades inherentes a cualquier guerra cuando se trata de juntar recuerdos contradictorios: cuantas más personas hayan sido expulsadas de un territorio, más recién llegados habrá que ignoren la historia del lugar. En la propia Jodyali —a la que por fin arribamos y que, en realidad, no es una ciudad, sino un asentamiento de casas desperdigadas por un amplio espacio— no encontramos a nadie que sepa de las circunstancias que rodearon la conquista. A los vecinos les parece inconcebible que los soldados armenios mataran a civiles, por no hablar de que perpetraran una masacre.

El dueño de una tienda de comestibles nos cuenta que, cuando llegaron a Jodyali, todas las casas habían sido incendiadas.

«¿A manos de quién?»

«De los turcos, supongo.»

«¿Usted lo vio?»

«No, claro que no. Cuando llegamos ya estaba todo destruido.»

Este señor nos explica que antes de la guerra vivían en Agdam, que por entonces estaba al otro lado de la frontera y hoy se encuentra en la zona de seguridad ubicada entre el Alto Karabaj y Azerbaiyán. Nos dice que la convivencia con los azerbaiyanos siempre fue complicada, pero que, tras la caída de la Unión Soviética, los armenios ya no se atrevieron a salir de noche a la calle.

«¿Está usted más tranquilo desde que ya no hay azerbaiyanos?»

«¿Qué se le va a hacer si la convivencia no funciona?», pregunta este padre de familia a modo de respuesta antes de hablarnos de su servicio militar, durante el cual estuvo destinado en la RDA. En aquella época, las fronteras alemanas estaban cerradas y las de aquí, abiertas, mientras que ahora es al revés: cosas de la vida.

«Sí, somos felices», señala una de las dos hijas que trabajan con sus padres tras el mostrador. Después nos describe el odio innato de los turcos hacia los armenios, su brutalidad y su afán asesino. La chica tendrá dieciocho, veinte años a lo sumo, por lo que no guarda ningún recuerdo propio de la guerra ni de los azerbaiyanos. Dirigiéndose en parte a nosotros y en parte a su familia, el padre —quien considera la opinión de su hija un tanto apodíctica— vuelve a intervenir para contarnos su última visita a Krasnodar, donde vive su hermana. Estando ambos en

una boda, ella señaló a algunos invitados y, en un tono más bien jocoso, le dijo que eran azerbaiyanos. Él no supo qué hacer, si quedarse o marcharse: eran los primeros azerbaiyanos que veía desde el fin de la guerra.

«¿Vosotras qué habríais hecho?», pregunto a las hijas.

«El que es turco siempre lo será —responde bruscamente la más joven, que parece estar de acuerdo con su hermana—. Yo me habría ido.»

«¿Y usted qué hizo?», pregunto al padre.

«Yo me quedé, por supuesto que me quedé y disfruté de la fiesta. ¿Qué otra cosa podía hacer?»

«¿Y también brindó con los azerbaiyanos?»

«No, eso no», responde el padre para tranquilizar a sus hijas, y luego se echa a reír. Después nos apunta el número de teléfono de Armen, el único vecino que vivía en Jodyali antes de la guerra, quien seguramente podrá contarnos algo más sobre la liberación.

Una voz ronca responde al teléfono. Puedo oírla hasta yo, aunque sea el conductor quien ha llamado. La voz describe un camino que casi se sale de Jodyali. Al ver un montón de escombros que asoman tras unos matorrales, nos preguntamos si serán los restos de una mezquita. Una señora con el pelo blanco y suelto, que al parecer lleva un rato parada allí mismo, nos confirma que así es. Al resto de cuestiones solo responde con una mirada confusa. Poco después, la carretera se transforma en un camino, en el que nos espera Armen. Pese a su avanzada edad, sigue siendo un hombre corpulento, con una densa melena blanca, cejas pobladas y barba de duros cañones. Viste un pantalón de chándal sucio y una camisa abierta a la altura del ombligo; sus cuerdas vocales acumulan tanta nicotina que cada tos se convierte en un concierto. Armen nos cuenta que ha sido pastor toda su vida y nos conduce hasta su casa, formada por un recibidor donde guarda los trastos y un salón con las ventanas oscurecidas. Sentada al borde de la cama, hay una mujer, con el pelo aún moreno, que está viendo una película romántica india. Cuando entramos, se vuelve hacia nosotros sin decir nada. Lleva un vestido rosa sin mangas que bien podría ser un camisón. Armen nos la presenta como su segunda esposa pero primer amor; puede que a la otra la hayamos visto en la calle, esto es, junto a la vieja mezquita. Él nació en un pueblo donde aún había quince o dieciséis casas armenias, pero el resto de vecinos eran todos azerbaiyanos. Le pregunto por los matrimonios, y Armen nos cuenta que en todas esas décadas hubo dos parejas mixtas, no más. Cuando se celebraba una fiesta o algún entierro, los azerbaiyanos solían visitar a los armenios, aunque casi nunca sucedía al revés.

«¿Y eso por qué?»

«Porque en casa de los armenios se comía muy bien», responde Armen carcajeándose con tanto ímpetu que dan ganas de llevarlo al médico, pese a lo cual, en los escasos minutos que llevamos hablando, se ha fumado ya el tercer cigarrillo y, aunque sea más bien tarde, acaba de servirnos un café no apto para cardiacos.

«Todos éramos pobres, solo que, a la hora de festejar algo, los azerbaiyanos no eran tan generosos. Eso no forma parte de su tradición, así que no merecía la pena visitarlos.»

Al margen de sus banquetes más bien frugales, la convivencia con los azerbaiyanos era bastante armoniosa, pero fue alrededor de 1968 cuando las autoridades dejaron de asignar las casas que se quedaban libres a los armenios. Esto, obviamente, dio lugar a conflictos, y ellos comenzaron a no sentirse bienvenidos en su propio país, máxime cuando, además, habían sido

perjudicados en la adjudicación de contratos, alimentos y empleos. En 1982, cuando la situación se volvió ya insostenible, Armen se mudó a un pueblo no muy lejano en el que únicamente vivían armenios. Aquí, en Jodyali, solo se quedaron las dos armenias que estaban casadas con azerbaiyanos. Cuando estalló la guerra, el hijo del responsable de la ciudad mató a su madre; la otra mujer armenia logró huir a tiempo con su marido. En el pueblo donde vivía Armen, mataron a cuatro vecinos y robaron quinientas ovejas. Pese a que él mismo se enteró de la masacre de Jodyali, sigue convencido, un cuarto de siglo después, de que los azerbaiyanos fueron tiroteados por sus propios soldados en respuesta a la huida. Según él, el ejército armenio no tenía ningún motivo para matar a unos azerbaiyanos que ya estaban de camino a Azerbaiyán; además, los armenios no matan a mujeres ni a niños. Es en ese momento cuando Armen estira el brazo hacia atrás y pone sobre la mesa un cuchillo largo.

«Nosotros solo matamos a los hombres.»

«¿Con ese cuchillo?»

«Sí, con este cuchillo —responde Armen mientras se lleva el cuchillo al cuello—. Así.»

Entonces nos cuenta cómo él y los demás hombres armenios de su pueblo apresaron a dos azerbaiyanos, sin que nos quede claro si eran soldados o no. Una mujer de Sumgait que había sobrevivido por poco al pogromo dio un paso al frente y clavó un cuchillo de cocina a uno de los detenidos. Les contó que en Sumgait había visto cómo cortaban los pechos y las orejas a las mujeres armenias.

«¿Esos dos detenidos tenían algo que ver con lo de Sumgait?»

«No, claro que no, ellos eran de aquí.»

«Entonces, ¿por qué la mujer quiso matarlos?»

«En eso consiste la *vendetta*», responde Armen utilizando la palabra italiana y haciendo un gesto de desprecio, como si una vida más o menos fuese irrelevante.

«¿Y después?»

«El cuchillo rebotó en la piel del prisionero: no estaba lo bastante afilado. Entonces le di el mío.»

«¿Este de aquí?», pregunto señalando hacia la mesa.

«Sí, este —responde Armen mientras vuelve a llevárselo a la garganta—. Luego, ella se bebió su sangre.»

Hace mucho tiempo, en 1930, alguien se metió a nadar en el lago Seván y desapareció. Enviaron una expedición que logró rescatar al nadador, medio congelado pero sonriente. Lo encontraron encima de una roca. Los habitantes de la isla lo recibieron con aplausos. «Eran las ovaciones más maravillosas que jamás haya oído —escribe Ósip Mandelstam—: aclamaban a un hombre por el hecho de no ser todavía cadáver.»\*

## CUADRAGÉSIMO SEXTO DÍA: POR EL ALTO KARABAJ

«¿A qué se dedica el ministro de Exteriores de un país que nadie reconoce?»

«Entre que te reconozcan o no, no hay mucha diferencia —responde Karen Mirzoyan, ministro de Exteriores del Alto Karabaj, quitando importancia a la cuestión—. Al igual que cualquier otro ministro del ramo, represento a mi país en el mundo. Es verdad que no puedo utilizar los medios diplomáticos tradicionales, pero por eso precisamente soy más libre, ya que en realidad no existo.»

«¿Por qué dice que es más libre si no existe?»

«Bueno, porque puedo comunicarme de un modo más directo. Puedo ir a Berlín y hablar con la gente tomándome una cerveza con salchichas. Puedo explicarles que somos un país normal y que solo deseamos tener una vida normal.»

El ministro cree que el Alto Karabaj tampoco es nada especial; de hecho, me cuenta que acaba de pasar diez días en la República de Transnistria, donde tienen problemas muy parecidos. A la pregunta de si existe algún vínculo natural con otros movimientos separatistas, como los que hay en Ucrania oriental o en Crimea, en Abjasia o en Osetia del Sur, en Cataluña o en Escocia, el ministro responde que sí, por supuesto, que los karabajos se sienten unidos a cualquier pueblo que luche por su derecho de autodeterminación.

«Pues podría fundar una unión de Estados no reconocidos.»

«Esa no sería la denominación correcta. —Karen Mirzoyan no parece considerar la idea tan absurda—. Sería más adecuado hablar de “unión de Estados imposibilitados”. Son muchos los países que tuvieron que luchar durante mucho tiempo por ser reconocidos. Los hay incluso que han llegado a ser superpotencias y que en su día no fueron reconocidos.»

Karen Mirzoyan es un hombre de trato agradable que luce barba y gafas de catedrático; creo que hasta él mismo sonreiría si leyera que su tripa no esconde su amor por la cerveza y las salchichas. No niega de plano la masacre de Jodyali y, aunque sostiene que las cosas son más complejas de lo que se cuenta habitualmente, reconoce que los armenios tampoco son unos angelitos y que en las guerras se juega sucio. Defiende que, en el futuro, cuando haya una solución política, será posible acercar esas dos narrativas opuestas.

«¿No será al revés? —le pregunto—. Para llegar a una solución, ¿no es condición necesaria reconocer el sufrimiento del otro?»

Este ministro de Exteriores, que también ha cursado Estudios Orientales, es decir, que conoce el trasfondo histórico del asunto, tiene sus dudas. En su opinión, antes de Jodyali existió Sumgait, antes de Sumgait hubo otra cosa, y así sucesivamente hasta llegar a la época de los zares, los persas o los mongoles. Basta con leer *El libro de los reyes*, de Firdosi, donde ya se menciona el Alto Karabaj como la patria de los armenios, y eso que estamos hablando de un poema persa del siglo X.



«Es cierto —replico—, pero los azerbaiyanos le dirían que el Alto Karabaj es el lugar donde nacieron sus más célebres cantantes y poetas, y que no solo perteneció a Azerbaiyán bajo el régimen de la Unión Soviética, sino que durante siglos fue un kanato.»

El ministro responde que él lo expresaría de otra manera: después de varios siglos, el Alto Karabaj por fin es libre. Le recuerdo que no fue hasta el siglo XIX cuando los rusos decidieron construir muchos asentamientos armenios en el Alto Karabaj.

«¡Por eso lo digo! —exclama el ministro—, cualquiera encontrará un episodio histórico acorde con su interpretación.»

«¿Hasta dónde hay que remontarse, entonces? —pregunto—. A este paso, llegaremos al conflicto mítico entre nómadas y sedentarios.» El ministro no lo ve así y duda de la utilidad de debatir sobre la historia; en su opinión, es mucho más importante encontrar soluciones pragmáticas, aunque también tiene claro que el regreso de los azerbaiyanos a sus casas no es una de ellas.

Stepanakert no es una ciudad bonita, pero tampoco es pobre. Se nota por sus calles que ha sido mucho el dinero que ha llegado hasta el Alto Karabaj; en todo caso, más que a cualquier otra localidad armenia. Con apenas cinco mil habitantes, Stepanakert es un sitio pequeño, pequeño como lo es todo en el Alto Karabaj, excepto las montañas, que rodean una meseta por tres lados distintos. En especial, los armenios que están en la diáspora demuestran su patriotismo comprometiéndose con la construcción del joven Estado: donan fondos, invierten, pasan sus vacaciones allí o hacen un voluntariado, como los jóvenes judíos estadounidenses que se van a Israel. En muchos edificios públicos figura el nombre de los mecenas. También hay una autopista que cruza el país, además de un aeropuerto nuevo, del que aún no ha despegado ningún avión. Pese a ello, nos sorprende comprobar que las puertas se abren, y accedemos por ellas a una terminal reluciente. Podemos hacer cola en los mostradores, coger un carrito de equipaje y utilizar los servicios. En la pantalla pone que el mostrador de facturación abre a las 15:30, pero, al parecer, solo se trata de una prueba, según nos cuenta el director del aeropuerto, que a lo mejor no es más que un conserje bien vestido y que, de todos modos, es la única persona que hay en todo el edificio. El supuesto director no tiene inconveniente en atravesar con nosotros el arco de seguridad, que de repente empieza a pitar, como si hubiese algún vigilante interesado en ese dato. No es necesario que pasemos el equipaje de mano por el escáner para acceder primero a la terminal de salidas y luego a la pista de despegue, también vacía. Al menos la pista está vigilada por dos soldados que se preguntan qué se nos habrá perdido aquí, cuestión que podría plantearse igualmente a la inversa.

«¿Hay posibilidades de que esta tarde aterrice algún avión?»

«Sí, por supuesto», nos asegura el director, que, además, nos explica que todas las semanas hacen un simulacro para practicar la maniobra de aterrizaje. Después señala la torre de control, donde, por increíble que parezca, se encuentran dos controladores que nos saludan haciendo señas.

«¿Y los controladores qué hacen?»

«Esperan —responde el director para, luego, decirnos que confía en que, la próxima vez que vengamos, podamos tomar un vuelo hasta el Alto Karabaj—. Es lo que deseamos al despedirnos de todos nuestros visitantes.»

Es una lástima, pero no tenemos permiso para entrar en la zona de seguridad que rodea la localidad de Agdam, la cual, aun perteneciendo al núcleo azerbaiyano del país, fue tomada por tropas armenias en 1993. Como si nos encontrásemos al otro lado de una frontera, decido probar suerte y ver hasta dónde llegamos. Para nuestra sorpresa, nadie nos detiene ni nos topamos con ningún muro ni puesto de control. Accedemos sin problema a tierra de nadie. A izquierda y derecha de una pista flanqueada por una valla agujereada, cuyo estado empeora por momentos, se ven las ruinas de varias casas de una planta construidas en piedra. Están distribuidas por todo el terreno y semiocultas por una densa maleza; tienen los techos y algunos muros derruidos, todas las ventanas arrancadas, y entre una y otra se ve algún que otro coche inservible, arrugado como una hoja de papel, como si en mitad de ese vacío tuviesen problemas de espacio. Los escasos caminos trazados indican que todavía hay quien transita entre estas casas; caminando, logro llegar hasta unos campos donde crecen maíz y patatas. Rodeado de un silencio que casi resulta atronador, veo las granjas abandonadas con premura y los últimos restos de sus habitantes, como latas de conserva vacías o muñecos de plástico. En mitad de una guerra, tras la cual no queda ni rastro de vida, el móvil que creía muerto comienza a vibrar en el bolsillo del pantalón y emite uno, no, dos, no, tres: toda una serie de tonos. «Bienvenido a Azerbaiyán», dice el primer SMS entrante. «Según su tarifa, cada minuto le costará...» Aprovecho la ocasión para llamar a casa. «¿Dónde estás?», me pregunta mi hija de diez años. Intento explicárselo.

Cuanto más avanzamos, más se aproximan las ruinas entre sí. Además, se ven árboles que en su día formaron parte de una alameda o dieron sombra en un parque. También los edificios van teniendo mayor cantidad de plantas; imagino que esto se deberá a las autoridades de Agdam, que antaño llegó a ser una capital de provincia de cincuenta mil habitantes. Si no me equivoco, las fachadas datan del inicio de la Unión Soviética. No vemos ningún bloque de viviendas prefabricadas; tal vez no hayan resistido el paso del tiempo pese a ser más recientes. Mientras que el FC Karabaj, un club de fútbol en el exilio, acaba de ganar la liga azerbaiyana y jugará en la liga de campeones la próxima temporada, lo único que corretea entre las ruinas de Agdam son cerdos. En un campo vacío, que en su momento pudo ser la plaza principal, un pelotón de soldados se dedica a cortar madera sin poner mucho empeño. Por su edad, deduzco que se trata de jóvenes reclutas; visten pantalón de camuflaje y camiseta y calzan deportivas o zapatillas de plástico. Preferimos no decirles nada para que no nos pregunten qué hacemos aquí. Por suerte, no parecen interesarse demasiado por nuestra presencia.

Llegamos a la gran mezquita, edificada en 1868 y protegida por el Estado de Nagorno-Karabaj, tal y como reza un cartel que, obviamente, no ha resistido las inclemencias del tiempo. La mezquita, por su parte, está bien conservada en comparación, sobre todo los dos majestuosos minaretes construidos con ladrillo bicolor. Por el contrario, apenas se perciben unos restos de los ornamentos que, en su día, decoraron la sala de oración. Los conquistadores han escrito sus nombres en las paredes desnudas; las ventanas, que debieron de ser verdaderas obras de arte, están arrancadas y el suelo es un guijarral. Desde lo alto del minarete obtengo la panorámica de una ciudad que no ha sido bombardeada, ni siquiera tiroteada, sino que, el 23 de julio de 1993, se entregó a Armenia sin oponer resistencia. El abandono de Agdam significó el colapso del ejército azerbaiyano, que prácticamente carecía de mando debido a la lucha por el poder que se libraba en Bakú. Poco después, Heydar Aliyev, antiguo líder del Partido Comunista de Azerbaiyán, llegó a la presidencia del país y, mediante una declaración de alto el fuego, puso fin a la guerra, aunque

también a la democracia. Hoy, Agdam recuerda a una de esas ciudades que han sufrido el impacto de una bomba atómica o un ataque con gas tóxico. Todo lo que forma parte de la vida de las personas está, pero no hay una sola persona. Recuerdo la figura de Enver Bajá, que huyó a Alemania tras la caída del Imperio otomano, para después llevar su panturquismo hasta Asia Central y morir en Tayikistán en 1922, mientras luchaba contra el Ejército Rojo. Me pregunto en qué medida habrán triunfado sus ideas así y todo. «Allí, como en el resto del mundo, el nacionalismo se disponía, basándose en su ideario o modelos religiosos, a eliminar a esos miserables elementos biológicos que fuesen discrepantes», escribe Werfel en *Los cuarenta días del Musa Dagh*.<sup>\*</sup> En cuanto a Armenia y a Azerbaiyán, no hay otro lugar en el mundo —ni siquiera en la propia Turquía o en la misma Alemania, pese al exterminio judío— donde las ciudades en las que predominaba una babel lingüística; donde los países en los que los pueblos convivían —a duras penas, pero al menos lo hacían— y daban muestras, así, de una modernidad temprana, en la que el cosmopolitismo se daba por supuesto; donde los pueblos cuyas religiones tenían relaciones buenas o malas, pero siempre de vecindad, hayan acabado convertidos en comunidades unirraciales. Esto es lo que debería haber respondido al ministro de Exteriores de Nagorno-Karabaj cuando desacreditó a los kanatos calificándolos de dominio extranjero, pero también habla en contra de los valientes ilustrados que fundaron una cultura nacionalista en Bakú y es, además, lo que uno quisiera reprochar a la modernidad mientras observa la Agdam abandonada desde lo alto del minarete:

Los pachás de tiempos antiguos sabían perfectamente que la idea de una unidad espiritual y superior, la idea del califato, era más noble que la locura del progreso de que estaban poseídos algunos aficionados. Había en la pereza del antiguo imperio —en el dejar hacer—, así como su somnolienta venalidad, una razón de Estado sabiamente cautelosa y llena de renuncia, que un occidental de ideas restringidas y a quien solo importa la acción rápida apenas podía comprender. Los viejos pachás eran lo bastante sutiles como para comprender que un palacio majestuoso en ruinas no puede resistir reparaciones. En cambio, los jóvenes turcos habían podido destruir en un momento la obra de muchos siglos. Hicieron lo que, como jefes de un Estado soberano, jamás debieron haber hecho. Su propia manía de nacionalismo despertó una tendencia análoga en los pueblos dominados por ellos.<sup>\*\*</sup>

También Franz Werfel sentía una nostalgia exacerbada, y eso que, en 1933, lo peor aún estaba por llegar.

La antigua carretera continúa hacia el este tras pasar una barrera sin vigilancia; sin embargo, no me atrevo a avanzar más de doscientos o trescientos metros a pie por mitad del campo, ya que en cualquier parte puede haber trincheras, alambradas, minas o lo que quiera que separe Armenia de Azerbaiyán. Así, continuamos hacia el norte y, a las afueras de Agdam, descubrimos un vehículo aparcado delante de una casa. Aunque parezca increíble, en la zona de la granja nos encontramos a una pequeña familia: el padre y la madre, que están reformando la casa, y su hijo discapacitado. La mujer, que enseguida nos invita a café, nos explica que el niño vino al mundo hace cinco años y solo pesó novecientos veinte gramos. También hay gallinas corriendo por el patio, pavos y un cordero que trata de huir del niño. Desde el establo nos llegan berridos de otros animales. El padre nos cuenta que las tensiones en el Alto Karabaj comenzaron con la colectivización —un periodo que él mismo no vivió—, pero no con el genocidio, ni tampoco en la Edad Media ni en ninguna otra época mítica; él prefiere no remontarse tan atrás. Nos dice que nació en Askerán, a dieciocho kilómetros en dirección oeste y donde él trabaja de cocinero. Hace unos años descubrió esta granja, una de las pocas que se podían aprovechar. Cuando decidió

apropiársela como dacha, nadie dijo nada. En el mercado venden fruta, hortalizas y huevos; desde hace poco, también leche y carne. Recuerda que, recién cumplidos los dieciocho, él personalmente no luchó por la liberación, pero sí fue llamado a filas en la guerra que tuvo lugar en abril del último año, y por eso valora la paz por encima de todo.

«¿Cree que los azerbaiyanos regresarán algún día?»

«Yo solo soy un trabajador —responde—. Si se logra la paz, podrán volver. ¿Por qué no?»

«Y, si los propietarios de esta granja regresaran, ¿se la devolvería?»

«Si son buenas personas, seguro. En realidad, les pertenece. Les diría que he reformado la granja para ellos.»

Tras avanzar varios cientos de metros, nos cruzamos con una mujer rubia, tal vez teñida, y muy maquillada, con los brazos lo bastante robustos para cargar dos bidones de agua. Nos cuenta que llegó al Alto Karabaj en 1998, cuando su marido encontró un trabajo aquí; desde que él murió, hace dos años, ella está sola en un país extranjero, pero ya es demasiado tarde para volver. Vive en Agdam porque le sale gratis y tiene un huerto muy grande. Además, muchos soldados le compran fruta y verdura; con ese dinero consigue los pocos productos que no puede cultivar. Del Gobierno ya no espera nada y, en cuanto al destino, solo que por fin la deje en paz.

Reconocemos que hemos salido de la zona de seguridad por el asfalto que vuelve a cubrir toda la carretera, por los postes eléctricos y porque las casas ya no son ruinas. El primer pueblo al que llegamos se llama Nuevo Maragha. Junto al monumento que recuerda a los caídos en la Segunda Guerra Mundial —más bien olvidado que conservado—, hay una lápida en homenaje a la patria perdida. Tras preguntar a unas mujeres congregadas frente a las dos únicas tiendas si conocen a alguien que sea del Viejo Maragha, nos conducen hasta una especie de choza, donde se encuentra Amirian Ruzik, de setenta y nueve años. Este señor, que no quiere oír hablar del odio innato de los azerbaiyanos hacia los armenios, nos cuenta que en Maragha la convivencia era buena, tal vez porque los azerbaiyanos eran una minoría muy escasa. ¿Que de dónde surgió la violencia? «¡De la nada!», responde Ruzik, como tantas personas que han vivido una guerra civil. Hasta donde alcanza su memoria, en 1989, el entonces líder del partido comunista azerbaiyano, Abdurrahmán Vezirov, hizo un llamamiento televisado para liquidar a los armenios y, poco después, el pueblo fue asaltado por varios tanques. El Ejército Rojo ayudó a los habitantes a abandonar Maragha y, recurriendo a autobuses y a taxis colectivos, Ruzik logró abrirse paso hasta Samarcanda, donde vivía su hermana. Cuando regresó a Maragha, todas las casas estaban destruidas, el pueblo había sido ocupado por el ejército azerbaiyano y sus dos hijos estaban en el lado armenio del frente. El representante de la autoridad reunió a todos los vecinos que pudo localizar, doce familias en total, y ocuparon las casas que los azerbaiyanos habían abandonado. Como él estaba solo, le dieron esta choza en la que ni siquiera hay agua corriente; todavía hoy, el anciano se altera ante semejante injusticia. Ruzik cree que Nuevo Maragha, como el resto del mundo, está gobernado por las personas equivocadas. Relacionar el estallido del conflicto con la colectivización le parece absurdo; antes al contrario: si la Unión Soviética no hubiese caído, él seguiría viviendo tan a gusto en Maragha en lugar de en un agujero sin luz y con una pensión de sesenta dólares que apenas le alcanza para tabaco. Eso sí, fumar un poco menos tampoco le vendría mal.

«¿Y sus hijos?», le pregunto.

«Mi hija Nune tiene una casa en Nuevo Maragha.»

«¿Y por qué no se va a vivir con ella?»

«Suelo ir a comer, pero el resto del día... bah, a mí es que me encanta estar solo.»

Entretanto se nos ha sumado la hija, que tiene ya cincuenta y cuatro años y se muestra dispuesta a enseñarnos esa casa en la que, por más que ella lo intenta, su padre no quiere vivir. A la pregunta de si sigue existiendo el viejo cementerio musulmán, Nune responde que no, y tampoco la mezquita, pero a pocos kilómetros del pueblo sigue habiendo un cementerio, más antiguo aún, donde quedan muchas lápidas grabadas en árabe.

«¿Y cómo es que se han conservado?»

«Alguien destrozó una de las viejas lápidas y, al día siguiente, un miembro de su familia murió. Nadie se ha acercado al viejo cementerio desde entonces.»

«¿Y qué ha ocurrido con los árboles?», se me ocurre preguntar de repente.

«Los árboles también los respetamos —responde Nune sin que la pregunta le resulte extraña—. Los árboles no tienen nacionalidad.»

Tras visitar el viejo cementerio, cuyos difuntos todavía fueron enterrados siguiendo otro calendario, esto es, en 1328 o 1305 después de la Hégira, Nune nos conduce hasta la casa donde vive con su familia. Antes perteneció al imán del pueblo, el cual, por lo que parece, no fue un hombre pobre. La pintura verde de las habitaciones está desconchada; el suelo de madera oscura, desgastado, y nunca han cambiado los marcos de las ventanas. En el jardín hay un manzano cargado de frutos.

«¡Qué casa tan bonita!», exclamo. Pregunto por qué no la reforman.

«Mis hijos no quieren.»

«¿Y eso por qué?»

«Creen que la guerra podría volver a estallar en cualquier momento, y entonces tendríamos que marcharnos otra vez con lo puesto.»

A modo de despedida, Nune nos regala una bolsa grande de manzanas cogidas del árbol que plantó el imán, su padre o tal vez su abuelo.

## CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO DÍA: POR LA LÍNEA DE ALTO EL FUEGO ARMENIO-AZERBAIYANA EN DIRECCIÓN A IRÁN

Para sus tres mil quinientos habitantes, en su mayoría refugiados armenios procedentes de Azerbaiyán y con pocos recursos, Shusha es demasiado grande. La que fuera una de las ciudades más importantes del Transcáucaso hasta entrado el siglo XIX, conocida por sus nuevas iglesias, mezquitas y teatros, así como por un próspero nudo comercial en el que se hablaban cuatro lenguas —armenio, turco azerbaiyano, persa y ruso—, ha sufrido tres incendios desde entonces: en 1905, 1920 y 1992, el último de los cuales fue provocado por los armenios; el anterior, por los azerbaiyanos, y el primero, por ambos. Ya Ósip Mandelstam se mostró espantado al comprobar que en las anchas calles de Shusha, esas que ascienden por la ladera, no había ni un alma.

Así conocí el espanto  
que nace del alma misma,  
en Shushá, ciudad carnívora  
de Nagorni Karabaj.

Miles de ventanas muertas  
asoman por todas partes  
y el capullo del trabajo  
yace vacío, enterrado.\*

En 1992, pasado un tiempo desde la caída de Jodyali, la artillería azerbaiyana que aún resistía en Shusha bombardeó la ciudad vecina de Stepanakert, situada seiscientos metros más abajo. El 8 y el 9 de marzo de 1993, tras sufrir graves pérdidas, los armenios acabaron tomando Shusha, cuya población era azerbaiyana al noventa por ciento, y dejaron la ciudad abandonada al saqueo y al pillaje. Fue un acto público y consciente de venganza: durante la breve guerra que enfrentó a Armenia y a Azerbaiyán —coincidiendo con la independencia de ambos países tras el fin de la dinastía Romanov—, los soldados azerbaiyanos habían asolado la ciudad a lo largo de tres días, destruyendo el barrio armenio y masacrando a centenares de civiles. Que hoy en día las dos mezquitas principales sigan en pie se debe a un grupo de antiguos armenios, quienes, después de la conquista, se opusieron a los tanques y se encerraron en el museo de la ciudad durante siete días para proteger sus valiosas alfombras, cuadros y jarrones. Hoy, muchos edificios de piedra han sido restaurados para atraer visitantes, pero siguen faltando vecinos. Las iglesias resplandecen como si las acabaran de construir, y en ambas mezquitas hay carteles donde pone que han sido restauradas con fondos iraníes, aunque eso no se nota demasiado. En honor a la verdad, los cerdos de los que habla la prensa azerbaiyana tampoco se ven.

El joven oficial del gabinete de prensa que nos acompaña hasta el frente nos explica que ni siquiera él suele saber con antelación a dónde llevan a los periodistas.

«¿Por qué razón?», pregunto.

«Porque los azerbaiyanos nos espían.»

«Ajá.»

«Pero nosotros a ellos, también. Una vez, escuchamos cómo un general se citaba con su amante. Después le dijo a su mujer que llegaría tarde porque tenía una reunión. Lo que hicimos fue llamar a la mujer y contarle dónde estaba su marido.»

«Así que esa es la forma que tenéis vosotros de ganar la guerra.»

«Es lo que se llama “guerra psicológica”», responde el oficial, cuya risa denota que más bien aquello fue una travesura, siempre y cuando la historia sea cierta.

En el cuartel de Martakert, situado al noreste del Alto Karabaj, el ambiente es distendido, puesto que es domingo y, por tanto, día de permiso. Fuera del recinto esperan los padres para pasar el día con sus hijos, mientras dentro se oye música pop armenia que suena por unos altavoces y los reclutas juegan al fútbol. El mayor nos pide un café, a condición de que brindemos con él tras visitar el frente. Además, nos regala un bombón. Cuando menciono que también he estado en la parte azerbaiyana de la frontera, todos quieren que les cuente lo que he visto. Entonces les hablo de mi visita a Tap Qaragoyunlu y les digo que sigue habiendo tiroteos recurrentes.

«Sí, son siempre ellos los que empiezan», opina el mayor.

«Eso mismo dicen los azerbaiyanos.»

Tras recorrer varios caminos, llegamos a la llamada «línea norte de alto el fuego», tal y como me piden que la denomine para no mencionar el lugar exacto. El caso es que Tap Qaragoyunlu está en algún punto próximo a la silueta de unas casas y árboles que tal vez se encuentren a dos, o puede que a cuatro, kilómetros de aquí. Según me explica el soldado que me cede los prismáticos, las escaramuzas son bastante frecuentes pese al alto el fuego; ayer mismo, los azerbaiyanos volvieron a disparar veinte veces sin obtener respuesta por la parte armenia. Por lo general, no suele haber heridos; simplemente, hay que cuidarse mucho de no asomar la cabeza tras los sacos terreros ni abandonar la trinchera. El soldado añade que, hasta el año 2000, hablaban por teléfono con el otro bando e incluso quedaban para comer. Hoy, sin embargo, solo pueden observar los movimientos del enemigo, ya que cualquier otro tipo de contacto aumenta el riesgo de que se produzcan incidentes no deseados.

A diferencia de los frentes que he visitado en Georgia o en Ucrania oriental, en este se nota que la posición va para largo: las trincheras están muy bien afianzadas y el suelo está cubierto de losetas. En los distintos recorridos han montado refugios techados para facilitar el descanso y el avituallamiento de la tropa, cuyos miembros permanecen allí dos semanas antes de regresar al cuartel. El servicio militar dura dos años y medio; transcurridos los primeros seis meses, te destinan a uno de los frentes. En la pequeña cocina donde tomamos café, pregunto a unos reclutas con los que coincidimos si creen que vivirán la apertura de la frontera. Uno responde que no; al menos, no su generación: a lo mejor sus nietos. Cuando les pregunto por sus metas en la vida, las respuestas son las habituales: tener un trabajo, una familia, seguridad, llevar una vida decente; algunos sueñan con irse al extranjero. Me interesa saber si ellos creen que los jóvenes azerbaiyanos tienen metas distintas; me refiero, por ejemplo, a los reclutas que justo en estos momentos están prestando servicio en la trinchera contraria. Uno de los soldados responde que sí, que los objetivos de los miembros de su generación que se encuentran al otro lado probablemente sean distintos. Ellos, los armenios, quieren construir casas, mientras que los otros las quieren

destruir. Interpelados sobre si de verdad piensan que el objetivo de un joven azerbaiyano puede ser ese, el recluta insiste en que así es; en su opinión, ya desde pequeños los azerbaiyanos son educados para odiar. Entonces aludo a la eterna enemistad entre alemanes y franceses y les explico que, aun cuando yo iba a la escuela, para mis compañeros era difícil encontrar una familia francesa que los acogiera, ya que muchos abuelos se negaban a que un alemán entrase en su casa. A los jóvenes de hoy, sin embargo, eso de la eterna enemistad solo les suena a las clases de Historia.

«Pero hay una diferencia muy importante», replica un comandante diez o quince años mayor que los reclutas.

«¿Ah, sí? ¿Cuál?»

«Pues que tanto los franceses como los alemanes son europeos. Pero aquí, justo en esta trinchera, estamos en el extremo más oriental de Europa, mientras que allí —dice señalando la silueta de casas y árboles que está a dos, tal vez a cuatro, kilómetros—, allí empieza Asia.»

«¿Y eso qué significa?»

«Pues significa que estamos tratando con borregos.»

Antes de reaccionar, me aseguro de haber entendido bien la traducción:

«¿*Sheep* —‘borregos’—? ¿No se refiere a «*ship*» —‘barco’— o a otra cosa?».

El propio comandante descarta cualquier malentendido:

«Son borregos. Si les dicen que tienen que ir en una dirección, todos obedecen. Esa es la diferencia».

No solo es que la otra parte siempre sea la primera en disparar, cosa que probablemente ocurre en todas las guerras, sino que, además, cada bando parece partir del hecho de que los otros también son los únicos que odian, mientras que uno mismo tan solo desea llevar una vida normal: tener trabajo, familia, seguridad.

Pasamos el resto del día subiendo y bajando por diversas cadenas montañosas, todas repletas de curvas, primero por la ruta principal que lleva a la zona central de Armenia y luego en dirección a Irán. A medida que avanzamos hacia el sur, en los márgenes de la carretera se multiplican los carteles en lengua persa que anuncian hoteles, restaurantes y *disco dancing*, al tiempo que los bloques de viviendas socialistas se vuelven cada vez más cutres. El rasgo más oriental que detecto en las ciudades, tanto grandes como pequeñas, es el bullicio en las calles y en las aceras, cosa que nunca vi al norte del Cáucaso pese a tener la misma arquitectura. El hecho de que el paisaje resulte más bien rural también se debe a la escasez de coches y a que las señoras mayores visten de negro. Me pregunto cómo será la primera impresión que uno se lleva si hace el recorrido inverso. Probablemente sea reveladora, ya que la pobreza no se asocia con los armenios, que en Irán pertenecen a la clase media, y por «*disco dancing*» se entiende algo diferente a un tugurio situado en los bajos de un bloque de pisos, cuya fachada, por lo demás, queda oculta —para bien— tras la ropa tendida.

Cuando llegamos al río Aras, el punto hasta donde la Rusia zarista hizo retroceder a Irán, diviso un paisaje diferente, que me resulta muy familiar: extensas laderas peladas de un marrón cálido, que refulge al caer el sol y que tanto contrasta con el verde luminoso de los valles, surcados por el murmullo del agua, como si fuese un hilo de plata. El Cáucaso, con sus profundas gargantas y sus montañas empinadas cubiertas de bosque, matorrales y hierbas, no podría tener una frontera más natural que esta, por arbitrario que fuese su trazado en el siglo XIX. Como si de



una película de espías se tratase, paso el control de pasaportes armenio y, acompañado únicamente por mi maleta, cruzo un puente ancho en cuyo extremo, sin embargo, no me espera una limusina de color negro, sino una pareja de agentes aduaneros de los que solo existen en la República Islámica de Irán. Mientras el más joven, que va uniformado, introduce mis datos en el ordenador —también luce unas delgadas patillas y un tupé engominado, como si fuese a salir en la MTV—, el agente de más edad, que parece su superior y viste un chándal de Adidas, permanece repantigado en la silla al tiempo que va comprobando los datos que aparecen en su propia pantalla, a menos que esté viendo vídeos en YouTube. Ambos están afeitados, cosa que durante mucho tiempo era impensable para un funcionario iraní, pues la ideología revolucionaria exigía llevar barba de tres días como mínimo. Solo falta que pronto se pongan corbata y ya será el fin de la revolución.

Al parecer hay algún problema, de modo que el superior sale de la sala arrastrando sus deportivas. Cuando regresa, me ordena que lo acompañe. De la época de la revolución aún se conserva el tuteo entre el Estado y los ciudadanos; una costumbre que rompió radicalmente con las fórmulas circenses de una conversación persa tradicional. En la antesala del despacho al que me han llevado, la moqueta tiene un trozo recortado para que los visitantes se descalcen y dejen los zapatos en la parte donde el suelo es de linóleo, como si fuese la entrada de una mezquita. La puerta que da a la habitación contigua está abierta, lo cual me permite distinguir dos piernas cubiertas por un pantalón de pijama y apoyadas sobre un escritorio. Está claro que son unos paletos —deduzco, llevado por mi arrogancia burguesa—, esto ni siquiera es un país de trabajadores, sino que todos son de pueblo, empezando por los de la aduana, de eso estoy seguro, tanto el chulito de la MTV como el que luce un atuendo deportivo, por no hablar del devoto propietario de las piernas del pijama. Lo mismo ocurre con los ministros, embajadores, generales, secretarios de Estado y con los millonarios que dirigen las empresas, tanto estatales como religiosas. Aunque hayan pasado dos o tres generaciones a lo sumo desde que se produjo el éxodo rural, la gente sigue teniendo costumbres pueblerinas y llevando una vida provinciana. Su tuteo no hace referencia al camarada, sino que es habitual en los pueblos.

Oigo chillar «¡Ya Ali!», una interjección que alude al primer imán de los chiíes. Poco después, entra un oficial con barba y vestido de uniforme pero sin chaleco, con una camisa verde caqui medio salida del pantalón oscuro. Lo primero que hace es pedirme disculpas por haber tenido que descalzarme. Si eso me supone algún problema, él no tiene inconveniente en salir, solo que aquí dentro se está más a gusto. A continuación, me invita a tomar asiento en uno de los sofás. Empleando un «usted» tranquilizador y ese tono sumiso que todo ritual de cortesía persa requiere, el oficial me interroga sobre mi profesión, formación, familia, ruta de viaje, dirección en Alemania, dirección en Irán, número de teléfono en Alemania, número de teléfono en Irán, y así sucesivamente. Enseguida me doy cuenta de que son preguntas rutinarias y de que, por tanto, no se trata de un interrogatorio. Cuando pregunto si me permitirían cargar el móvil mientras tanto, el oficial desenchufa el televisor que está emitiendo las noticias del canal estatal, que intenta copiar a la CNN, solo que la presentadora luce un chador negro. El oficial me pregunta por algún otro dato que pudiera ser de interés y menciono el año en el que mis padres se marcharon de Irán. Cuando soy yo quien pregunta por qué está apuntando toda esa información, él se disculpa argumentando que es una norma que únicamente se aplica en el caso de iraníes extranjeros y

vuelve a pedirme excusas por robarme mi valioso tiempo. Al parecer, dispensar un trato amable a los iraníes extranjeros también forma parte de esa norma tan reciente. Ahora pretenden ser ese ciudadano al que antes se insultaba.

Tras tomar el primer taxi disponible y empezar a recorrer la orilla sur del Aras para adentrarme en la noche, caigo en la cuenta de que esa ha sido la última frontera que cruzaré en este viaje. Pasados unos cuantos kilómetros, ya no es Armenia lo que está al otro lado, sino la República Autónoma de Najicheván, que merecería un capítulo aparte. Pese a todas las ventajas de la unidad europea, y por muy complicadas que sean las circunstancias políticas y vitales que uno encuentra a medida que avanza hacia el este y hacia el sur, hay algo hermoso en la permanencia de las fronteras, en el hecho de que no sea lo mismo estar a un lado o al otro, que haya una diferencia real y no solo lingüística, sino también entre sistemas, formas de vida, culturas y experiencias, cosa que dentro de la Unión Europea ya no resulta tan evidente, y en Occidente casi tampoco. Lo importante es que esas fronteras estén abiertas, pues, de lo contrario, se hace imposible conocer las diferencias y, por tanto, conocerse también a uno mismo.

## CUADRAGÉSIMO OCTAVO DÍA: POR YOLFA HACIA TABRIZ

Justo cuando acabo de subrayar lo diferentes que son ambos países, me encuentro con que Irán empieza igual que terminó Armenia: con una iglesia. Alejada de lo que se considera el mundo civilizado, que resulta algo basto en comparación, esta iglesia, erigida en mitad del verde, refleja el marrón austero de las laderas, recordando así la existencia del desierto desde el centro del paraíso. La iglesia de San Stepanous, supuestamente promovida por el apóstol san Bartolomé, pone de manifiesto que el cristianismo es una religión oriental. Tanto la bóveda de mocárabes que forma parte del pórtico como los ornamentos que decoran el interior de la cúpula evocando la infinitud del cielo son característicos del islam, pero al mismo tiempo son cristianos, y, puestos a considerarlos típicos de algo en particular, eso sería la arquitectura sacra oriental en su conjunto. Me pregunto si llegará un momento en el que se afirme que el cristianismo *fue* una religión oriental. En San Stepanous, como ya no quedan monjes ni parroquias alrededor, solo se celebra misa los viernes; a cambio, la iglesia se mantiene en mejor estado y está mejor restaurada que los monasterios que he visitado en Armenia. También en Europa se han empezado a valorar las sinagogas cuando ya no quedaban judíos. No es necesario que se haya producido un genocidio, sino que la minoría en cuestión puede haber desaparecido por otros motivos —destierro, humillación, falta de libertad, situación de necesidad—, y, de pronto, se la echa en falta. Claro que san Esteban o Stepanous es un santo muy bienvenido en un país chií, ya que los cristianos lo consideran el primer mártir. Así, también la iglesia de San Stepanous, situada justo a la entrada de Irán, recuerda que el cristianismo es la religión más antigua basada en el martirio.

Al llegar a Yofa, la primera ciudad tras cruzar la frontera, trato de imaginar cuál será la primera impresión que se lleva un armenio de Irán. Por una parte, está lo habitual: el velo de las mujeres o esos pequeños vehículos cuadrados que parecen diseñados por un niño pequeño —no es de extrañar que nadie quiera importarlos—. No hay ningún *disco dancing*, pero sí que hay Coca-Cola, hamburguesas y las consabidas pizzerías. Un armenio pensará: «Aquí hay más tráfico y mejores carreteras, más productos y más publicidad, más riqueza y más pobreza». A cualquiera de los que luchan en Ereván por conservar los edificios históricos le llamará la atención el funcionalismo radical de la arquitectura de Yofa, cuya fealdad nada tiene que envidiar a la de las viviendas socialistas. Lo cierto es que yo no tendría argumentos para consolar al armenio: en Irán, allí donde apenas queda rastro de la historia —un rastro que, ya de por sí, es mucho menor que en el actual Occidente—, todas las ciudades pequeñas son igual de tristes, es decir, que todas son tristes por el mismo motivo. En general, constan de una vía principal de varios carriles, flanqueada por una sucesión de locales comerciales instalados en los bajos de unos bloques de hormigón de dos a tres plantas, que a menudo ni siquiera están enfoscados ni cubiertos por una fachada de plástico multicolor. Al menos, Yofa tiene una nueva zona peatonal, que posiblemente

sea fruto de una idea importada por algún responsable político tras realizar un viaje oficial por Europa, de esos que la República Islámica de Irán otorga como incentivo para los más fieles a la línea del partido.

Desde que han ampliado la autopista, apenas transcurren dos horas y ya estoy en Tabriz; un trayecto para el que antes se necesitaba medio día. Por algún verano en el que viajé con mis padres y mis hermanos en coche desde Alemania hasta Isfahán, recuerdo que Tabriz tenía algo que la hacía acogedora, me parecía un lugar manejable antes de llegar a Teherán, que era la siguiente parada. Hoy, Tabriz no es más que otro Moloc, habitado por millones de personas, que va comiendo terreno al desierto; un monstruo atravesado por autovías urbanas, sembrado de bloques de modernos apartamentos, salpicado de centros comerciales y rodeado de ciudades dormitorio. En aquella época, Irán tenía treinta millones de habitantes; hoy, son más de ochenta millones y el éxodo rural es constante, razón por la cual el crecimiento demográfico produce tanto ruido y el aire huele tan mal.

Para escapar del calor estival y del esmog, entro en un bazar laberíntico que todavía se asemeja a mi recuerdo infantil, solo que, como consecuencia de los cambios experimentados en estos cuarenta o cuarenta y cinco años, hoy resulta mucho más exótico: el aire increíblemente fresco; su variado olor a hierbas, especias, jabones, lácteos, pescado, carne, alfombras y talleres artesanales; los rayos de luz, ya atenuada, que penetran por diminutas claraboyas, y los mostradores que, pese a todo, despiden un brillo multicolor. Decido entrar en una tetería, donde pido *baklava* y un narguile, aunque nada más dar la primera calada me empiezo a marear. Es evidente que, por mucho que haya ido a algún café de este tipo en el barrio colonés de Eigelstein, he perdido la costumbre. Inspiro el humo como es debido hasta caer en un agradable trance que ralentiza en un diez por ciento todo lo que sucede a mi alrededor. Observo al dueño del local —ya lento de por sí— y a los mozos haraganes, después, a los comerciantes —igual de letárgicos—, pero también están los viejos que, arrastrando sus carretas, se abren paso cual balas por callejuelas atestadas de gente, como si cada segundo de menos significara una recompensa. No entiendo ni palabra de las conversaciones que tienen lugar en las mesas contiguas, y no es por el ruido, sino porque todos hablan turco, la variante azerbaiyana, para ser más exactos. En Irán viven unos dieciséis millones de azerbaiyanos, el doble que en la República de Azerbaiyán. Que el dueño del local me trate con cierto paternalismo, como si tuviera que explicarme incluso cómo tomar el té, no es porque piense que soy extranjero, sino porque cree que soy persa.

Un hombre que ha colocado su pipa junto a la mía se interesa por lo que estoy apuntando. Le explico que soy escritor y que tomo notas todo el tiempo, pues eso forma parte de mi profesión.

«¿Estás escribiendo sobre nosotros?», me pregunta divertido mientras señala al resto de hombres que lo acompañan, con los que estaba conversando hasta hace un momento.

«Me encantaría, pero no entiendo una sola palabra —confieso. No obstante, dado que se han dirigido a mí en persa, pregunto lo primero que se me ocurre—: ¿Aquí la gente quiere pertenecer a Irán o prefiere el norte de Azerbaiyán?»

«Eso no se puede responder con una sola frase», contesta uno de los hombres, que se nos acerca desde la mesa contigua.

«Respóndame con dos, entonces.»

«Antes estaba orgulloso de ser iraní, pero ahora soy *untarafi*.»

Es la primera vez que oigo esa expresión, que literalmente significa ‘ser del otro lado’, pertenecer a otra parte. Parece un término acuñado para definir a los partidarios de la unión con el norte.

«Pero si controláis el país», replico, para luego argumentar que hasta el bazar de Teherán, que desde siempre ha sido el corazón económico de Irán, está en manos azerbaiyanas, y que también ellos ocupan puestos decisivos en el aparato del Estado que alcanzan, incluso, al líder de la revolución, el ayatolá Jamenei.

«¡No! —exclama mi interlocutor—. El líder supremo no es azerbaiyano. Eso es lo que dicen, pero sus padres, en realidad, vinieron de Irak.»

«Bien, aunque así fuera, la Administración pública está llena de azerbaiyanos.»

«Pero esos reniegan de su condición turca. No hablan azerbaiyano y, si lo hablan, es solo en casa.»

«Basta con observar cómo está el país», añade resignado y con un ligero tono de desprecio el otro hombre, como si eso fuese suficiente para explicar por qué se ha vuelto *untarafí*.

«En Untaraf no hay más libertad.»

«Pero allí al menos puedes disfrutar. Aquí, ni libertad ni disfrute.»

«Piensa, simplemente, en lo que te hacen si te pillan con una botella de *whisky*.»

«Y, si abres la boca, hacen *kun-chubi* contigo.»

Esa parece ser otra de las nuevas expresiones acuñadas en la República Islámica de Irán. Literalmente, significa algo así como ‘dar palos en el trasero’, pero en el sentido de ‘introducir un palo por el trasero’. Hace referencia a una práctica habitual con los presos políticos que fue reconocida incluso por los tribunales cuando, tras las protestas multitudinarias de 2009 y como consecuencia de un descuido, el hijo de un alto funcionario conservador acabó formando parte de los torturados. Sin embargo, no debemos olvidar que este hombre está hablando sin tapujos frente a un desconocido que toma notas, rodeados ambos por media docena de personas en un bazar con miles de oídos.

A base de preguntar, llego a la Casa de la revolución constitucional, situada frente a una de las puertas del bazar. Al menos en Tabriz, todo el mundo la conoce. Su sede es un palacio de dos plantas, propiedad de un acaudalado comerciante. El palacio fue construido en 1868 con ladrillo, balastradas de madera, delgadas columnas, ventanas superiores de varios colores y un patio interior verde con la típica fuente. En las paredes cuelgan los retratos de los constitucionalistas que se reunieron en este edificio a comienzos del siglo XX, mientras que sus objetos y armas personales se exponen en vitrinas. También se pueden ver los mismos periódicos que había en el Museo de Literatura de Bakú, incluida la revista *Molla Nasreddin*, muy crítica con la religión, y una prensa tipográfica que, durante el alzamiento de 2009, resultó ser más efectiva que Facebook y Twitter. La oposición entre modernistas y religiosos, que se fue agudizando hasta provocar la caída del Imperio otomano, no dejó tanta impronta en el movimiento constitucional iraní. Con sus túnicas orientales y sus poblados bigotes, los modernistas presentaban un aspecto bastante tradicional, y muchos de ellos, entre los cuales también estaban los ayatolás de mayor rango, apoyaron la introducción de reformas liberales. Una foto de gran tamaño tomada en 1906 muestra el primer Parlamento iraní, cuyos diputados podían llevar fez o turbante, pero todos aprobaron una Constitución bastante progresista, aun para los estándares europeos. Una imagen del opositor Yeprem Khan recuerda a las unidades armenias que lucharon a favor de la primera democracia de

Irán, y media sala, incluido un busto de bronce, está dedicada a Howard Baskerville, un estadounidense que, mientras trabajaba como maestro en la escuela misionera presbiteriana de Tabriz, quiso participar en las revueltas políticas. Por más que el cónsul estadounidense trató de evitar que se involucrara, Baskerville no solo apoyó la revolución, sino que, además, acabó siendo uno de sus líderes militares. En 1909, él y su regimiento ayudaron a defender la Tabriz ocupada por las tropas monárquicas. «La única diferencia entre estas personas y yo es nuestro lugar de nacimiento —dijo una vez un compatriota, probablemente el cónsul—, lo cual no es gran cosa.»

El 20 de abril de 1909, tras recabar la ayuda de un grupo de estudiantes, este ciudadano estadounidense de apenas veinticuatro años intentó romper el cerco enemigo, que duraba ya diez días, pero acabó convertido en un mártir iraní. «A través del joven Baskerville, la joven América se ha sacrificado en favor de la Constitución iraní», declaró un diputado durante el entierro que tuvo lugar en el cementerio de Tabriz, hasta el cual peregrinó media ciudad. Cinco días después, Tabriz cayó a manos de los monárquicos, cuyo avance estuvo apoyado por Rusia y por Gran Bretaña. Poco antes, mediante el Tratado de San Petersburgo, las dos grandes potencias habían dividido Irán en dos zonas de influencia y designado a Mohamed Alí Sha como esbirro común. Sin embargo, ese mismo año, los constitucionalistas pasaron al contrataque y derrocaron a Mohamed Alí Sha. En noviembre de 1909, cuando el Parlamento retomó su actividad, la sesión comenzó con un discurso de homenaje a Howard Baskerville. Envuelto en la bandera iraní, su fusil fue enviado a su familia en Minnesota: «Persia lamenta profundamente la honorable pérdida de su querido hijo, caído por defender la causa de la libertad. Les prometemos que la futura nación persa lo tendrá para siempre en su memoria, como a un Lafayette, y protegerá su sagrada tumba».

Otra de las salas está dedicada a esas mujeres que participaron en la revolución, y no solo de palabra, pues organizaron sentadas periódicas frente a las mezquitas para proteger a los religiosos opositores allí reunidos; además, en el único combate que se produjo, entre las víctimas constitucionalistas hubo veinte mujeres. Asimismo, la partisana que asesinó a un religioso favorable al sha mientras este pronunciaba un discurso en la plaza de los Cañones de Teherán fue ejecutada de inmediato. También está Bibi Janum Astarabadi, que ya a finales del siglo XIX puso patas arriba los roles de género mediante un panfleto titulado «Las carencias de los hombres», para después fundar la primera escuela femenina musulmana en 1907. Hay que mencionar, además, a Zeinab Pashá, que lideró las protestas contra la cesión de la venta de tabaco en Tabriz. En 1890, cuando llevaba ya casi medio siglo gobernando, Naser al-Din Sha Qayar concedió a un comerciante británico el monopolio para la fabricación, venta y exportación de tabaco, que, hasta el descubrimiento del petróleo, fue uno de los sectores de negocio más rentables de Irán. La oposición reaccionó llamando al boicot, y hasta la cúpula religiosa promulgó una fetua según la cual, durante un tiempo, fumar era pecado. Acompañada por un grupo de mujeres armadas, Zeinab Pashá asaltó las tiendas que continuaban vendiendo tabaco, así como el almacén oficial de Tabriz. «Si vosotros, los hombres, no tenéis valor para luchar contra los opresores, tomad nuestros velos y largos —dijo en una asamblea—, pero no digáis que sois hombres. Nosotras lucharemos en vuestro lugar.» Entonces, Zeinab se arrancó el velo —una auténtica provocación en los albores del siglo XX— y lo lanzó hacia donde estaban los hombres dubitativos. Siguiendo su ejemplo, en 1906 algunas mujeres de Teherán impidieron el paso del convoy en el que viajaba Muzafar, sucesor de Naser al-Din Sha Qayar, para hacer una declaración de protesta: «¡Ojalá llegue el día

en el que el pueblo te arrebate tu corona y tu manto!». También he de mencionar la primera revista femenina de Irán, titulada *Danish* («Saber») y publicada por vez primera en 1910, a la que siguieron otras como *Yahán-e-zan* («El mundo de la mujer»), *Shakufeh* («Flor»), *Zaban-e-zan* («El idioma de las mujeres») y *Zanán-e-Irán* («Las mujeres de Irán»). Además, pueden verse los carteles de las organizaciones de mujeres que surgieron en todo el país como consecuencia de la revolución: «Sociedad para la Defensa de la Libertad Femenina», «Sindicato Clandestino de Mujeres Iraníes», «Asociación de Damas de la Patria», «Sociedad para el Bienestar de las Mujeres Iraníes», «Mujeres de Irán», «Sindicato de Mujeres», «Asociación de Mujeres Judías», «Embajadoras del Bienestar Femenino», «Sociedad de Graduadas Cristianas», etc. A finales de 1911, Rusia dio un ultimátum de cuarenta y ocho horas al Gobierno electo de Irán para que expulsara del país a William Morgan Shuster, un escritor y funcionario especializado en finanzas que regentaba el cargo de tesorero general y que fue el encargado de reformar el sistema de recaudación feudal, así como de disolver los contratos leoninos firmados con países extranjeros. Fue entonces cuando trescientas mujeres irrumpieron en el Parlamento, se quitaron el velo y exigieron a los diputados que se resistiesen a la presión rusa. Dijeron que el estadounidense debía permanecer en el país: de lo contrario, ellas matarían a sus maridos y a sus hijos y después se suicidarían. Por raro que parezca, el Parlamento plantó cara a Rusia. Todas estas lecturas sobre los inicios del feminismo en Irán son bastante sorprendentes de por sí, pero ahora que además veo las fotos de estas mujeres revolucionarias me quedo aún más perplejo: todas van muy tapadas, es decir, que no solo llevan velo, sino que algunas lucen incluso el chador tradicional, que cubre todo el cuerpo. En realidad, es lógico que vayan cubiertas, pues de otro modo no podrían arrancarse el chador.

Como los objetos expuestos apenas están explicados, pregunto si es posible que alguien me guíe a través de la muestra, pero me dicen que no tienen guía. Tampoco hay un folleto explicativo, una guía en papel ni un catálogo. No disponen de ningún material más exhaustivo sobre la revolución constitucional iraní.

«¿Dónde se ha visto un museo sin material explicativo!», exclama indignado un señor de corbata que está descansando en el patio.

«Mucho es que no lo hayan cerrado», respondo a modo de consuelo.

«Visto así, debemos estar agradecidos, eso es verdad.»

Aunque mi intención es visitar las casas de los escritores más famosos de Tabriz, me basta con ir a la primera. En la casa de Parvín Etesami —la poetisa favorita de mi madre, cuyos versos aún resuenan en mis oídos—, la dejadez es tal que me avergüenzo en nombre de mi progenitora. La exposición se reduce a unas cuantas fotos ampliadas de cualquier manera, unos poemas copiados y el expediente del colegio americano de Teherán, todo lo cual se expone en dos cuartos habilitados en el sótano de la antigua casa. El salón, situado en la planta baja y que seguramente es espléndido, pues da a un patio interior que en su día debió de estar lleno de flores, no es de libre acceso, ya que allí reside el director del museo.

Esa misma noche, estoy invitado en casa del historiador Rahim Raisnia, un intelectual de la vieja escuela —prerrevolucionaria, incluso—, aunque él mismo no sea tan mayor. De hecho, es muy probable que todavía fuese un estudiante en 1979. Lo que sí resulta desfasado es su carácter, el de un historiador —laico, por supuesto— que trabaja en silencio tratando de ordenar el pasado, sin prestar atención a las tormentas que tienen lugar a su alrededor. Raisnia coordina la sección de

la *Enciclopedia del Mundo Islámico* dedicada a la cultura y la historia de los pueblos túrquicos. En el sótano de su casa, las paredes del cual están cubiertas de libros hasta el techo, comenzamos hablando de los ilustrados y los socialistas del Cáucaso, cuya influencia se hizo notar en Irán. Interrogado sobre la ceguera histórica a la que tienden todas las ideologías —no solo la de la república islámica—, Raisnia niega con la cabeza mientras sostiene que en Irán nunca se ha hablado de los miles de comunistas que fueron deportados y asesinados bajo el régimen de Stalin.

Cuando le pregunto por su trabajo para la enciclopedia, el historiador responde que se siente relativamente libre pese a que el editor Gholam Ali Haddad-Adel es un líder conservador y una de las personas de máxima confianza del líder de la revolución. Tras la represión del Movimiento Verde en 2009, Haddad-Adel tomó la iniciativa de reunir a todos los colaboradores de la enciclopedia para asegurarles que sería capaz de separar su función como editor de su cargo de presidente del Parlamento, razón por la cual les pidió que continuaran con su labor como hasta la fecha. En opinión de Raisnia, el general Haddad-Adel mantuvo su palabra, y las líneas rojas que efectivamente existen también son obligatorias para la otra enciclopedia islámica. ¿Que hay dos enciclopedias islámicas? Así es, responde Raisnia, los reformistas tienen la suya. ¿Y cuáles son esas líneas rojas? Por ejemplo, no se puede informar favorablemente sobre El Báb ni sobre el bahaísmo que hoy se practica en Irán, con independencia de la propia ideología. A lo sumo, se puede moderar el tono, o bien ser escueto. Por el contrario, en lo que atañe a su ámbito de especialidad, que es la historia turca de Irán, no se aplica ninguna restricción en particular. ¿Y qué me dice de la revolución constitucional? Hasta cierto punto, está permitido escribir al respecto desde que Mahmud Ahmadineyad dejó de ser presidente, pero no en el tono que ha adoptado la otra enciclopedia. Esta distinción se hizo *más patente*, si cabe, al celebrar el aniversario de la revolución constitucional: los reformistas siempre se reúnen en el museo, mientras que los conservadores se citaron en otro lugar de Tabriz para celebrar una conferencia sobre el jeque Fazlollah Nuri, que en 1909 obtuvo la corona de mártir tras ser ahorcado públicamente. Lo habían declarado hereje, como al resto de partidarios del Parlamento.

¿Y qué pasó con Mohammad Mosadeq, el primer ministro elegido democráticamente, que, además, nacionalizó el petróleo y fue derrocado por la CIA, la Agencia Central de Inteligencia, en 1953? La cosa va mejorando, opina Raisnia. ¿También en lo que respecta al papel de los religiosos que apoyaron el golpe? El historiador responde que, puestos a expresarnos en términos académicos y siendo más bien cautos, este asunto se podría abordar, aunque solo en un formato más minoritario, como puede ser un artículo de revista o algo similar; al fin y al cabo, el ayatolá Kashaní, quien fuera maestro de Jomeini y detractor de Mosadeq, sigue dando nombre a varias calles y aparece en los sellos. Recuerdo que, en 2009, Barack Obama fue el primer presidente estadounidense que se dirigió al pueblo iraní para hablar de reconciliación; pero el ayatolá Jamenei, sucesor de Jomeini, rechazó la propuesta con el argumento de que Estados Unidos había derrocado a Mosadeq. Raisnia nos confirma que los iraníes consideran que el golpe de 1953 fue el acontecimiento político más traumático del siglo XX, razón por la cual también es instrumentalizado por quienes jamás pronunciarían el nombre de Mosadeq.

Interrogado acerca de las primeras feministas, Raisnia opina que se han puesto muy de moda, aunque no en las universidades, donde, para empezar, apenas existe una investigación seria en la rama de Humanidades. Sin embargo, cualquier ciudad de provincia ha pasado a tener no ya una, sino varias universidades. Además, la irrupción de instituciones privadas que otorgan títulos a



cambio de dinero o de favores ha contribuido a que la formación académica haya perdido todo su valor, como si los políticos y los líderes militares que presumen de doctorado hubieran estudiado en serio, por no hablar de redactar un trabajo parecido al del doctor Mosadeq, un excelente jurista que hizo la tesis en Suiza. A esto hay que sumar, obviamente, las diversas tandas de despidos, la última de las cuales tuvo lugar en 2009, así como la emigración de los docentes más brillantes y más comprometidos. Maryam Mirzajani, matemática y primera mujer que obtuvo la Medalla Fields, emigró a Estados Unidos —donde falleció con apenas cuarenta años— porque consideró que en Irán no tenía ninguna perspectiva. Ella no es más que un ejemplo entre varios miles. Irán es el país con la mayor tasa mundial de fuga de cerebros.

Preguntado por el separatismo, Raisnia me cuenta que, pese a haber garantizado la creación de una academia de la lengua y la cultura turcas cuando fue nombrado presidente, Rohaní no ha logrado imponerse, como con tantas otras cosas; en el discurso que impera actualmente, el nacionalismo que en su día sirvió para cohesionar a todas las religiones y etnias de Irán se vincula cada vez más a todo lo persa, pese a que solo la mitad de los iraníes tiene este idioma como lengua materna. La cultura y la literatura azerbaiyanas solo se fomentan en asociaciones de particulares que organizan conferencias, lecturas y cursos por iniciativa propia. Es así como se va creando una brecha peligrosa. Por una parte, está prohibido que en las escuelas se enseñe en turco azerbaiyano, pero, por otra, todos y cada uno de los azerbaiyanos ven la televisión turca; los canales iraníes son sencillamente insoportables, pues confunden el plató con el púlpito. También el nacionalismo de la televisión turca va en aumento y, en lo que respecta a la República de Azerbaiyán, su Gobierno no tiene ningún reparo en apoyar abiertamente al separatismo mediante la propaganda y los fondos públicos. Muchos azerbaiyanos siguen siendo *intarafí*, es decir, que solo desean disfrutar de una autonomía razonable dentro de Irán. Sin embargo, cada vez son más los que se pasan al panturquismo o se vuelven *untarafí*. Y como muchos azerbaiyanos boicotearon las elecciones, los resultados obtenidos por los conservadores —contrarios a cualquier tipo de autonomía cultural— en los territorios azerbaiyanos fueron relativamente positivos: un círculo vicioso.

¿Y su caso personal? Raisnia recuerda la vez que, con las fronteras aún cerradas, se quedó observando a un pájaro que volaba hacia el norte. Entonces pensó que daría uno de sus ojos por ver cómo era Untaraf. Sin embargo, a finales de los ochenta, cuando él mismo fue uno de los primeros en viajar al norte de Azerbaiyán, dio gracias por no haber sacrificado ese ojo, ya que esto le permitió ver tanto el progreso como el retroceso. Por ejemplo, le llamó la atención que, gracias a los conservatorios, la música tenía mucha importancia. Tampoco podía creer que la literatura estuviese subvencionada —¡subvencionada!—. Los autores cobraban un sueldo y podían disfrutar de becas en residencias de escritores rodeadas de verde para, así, desconectar y tener la cabeza despejada, o sea, no quedarse sin cabeza. Ahora bien, mucho de lo que escribían era bastante superficial, de eso también se dio cuenta, lo cual no es de extrañar dado que cobraban por palabra, cosa que no favorece el rigor, precisamente. Pregunto al historiador qué fue lo que le pareció más primitivo. Los libros sobre la raza azerbaiyana que había en las librerías y los intelectuales que despotricaban contra los armenios, responde Raisnia. Fue en ese viaje cuando advirtió a Anar, por entonces el escritor más conocido de Azerbaiyán y que todavía hoy preside la asociación que expulsó a Akram Aylisli: «Nuestro trabajo no es encender fuegos, sino apagarlos». «Tiene usted razón, pero eso aquí es imposible», le respondió Anar, que además le habló de una

conferencia en la que había citado un verso de una vieja canción popular: «Yo te quiero aunque tú me odies». El público, indignado, expresó en voz alta su descontento por ese único verso de una conocida canción, de modo que Anar se vio obligado a criticar a los armenios para evitar problemas. El amor al enemigo, por tanto, también era un ideal y un imposible en Azerbaiyán.

En el radiotaxi que me lleva de regreso al hotel, me llama la atención que todos los mensajes se emiten en persa. El taxista me explica que es la nueva norma: si alguien habla al micrófono y dice algo en turco, automáticamente recibe una llamada de atención por parte de la central; si la cosa se repite, es despedido. El caso es que todos ellos son turcos, incluida la mujer que trabaja en la central; de hecho, él a veces ni siquiera la entiende cuando habla en persa.

## CUADRAGÉSIMO NOVENO DÍA: POR AHMADABAD HASTA LA FORTALEZA DE ALAMUT

No es fácil encontrar un buen desayuno en la autopista. Las áreas de servicio, construidas siguiendo el modelo europeo, al que se añade un minarete, ofrecen sándwiches, cruasanes, *pizzas* y hamburguesas, pero nada que mi conductor considere comestible. Como no le cabe en la cabeza que entre Tabriz y Teherán no haya posibilidad de tomar *kaleh pacheh* —una gelatina hecha con cabezas y patas de carnero, con la que los trabajadores y los viajeros acumulan fuerzas para el resto del día—, vamos parando en todas las áreas de servicio. Mientras el conductor vuelve a preguntar en otro restaurante, mi mirada recae sobre un jardinero que está regando con sumo cuidado un trozo de césped situado entre dos aparcamientos. Al principio me parece normal, pero cuanto más lo observo, más irreal se vuelve la situación. El jardinero está regando cada brizna de hierba, es más, está hablando con el césped, se dirige a él mientras mueve la manguera a cámara lenta. Entonces me digo: «No, este jardinero es real, lo único que está haciendo es cumplir con su deber, pero con sumo cuidado, mientras el resto del país enloquece». Hay un minarete junto al surtidor de gasolina, pero nada de *kaleh pacheh*, solo *pizza* y hamburguesas. Al final, el conductor se conforma con una tortilla de tomate, aunque ya antes de pedirla sabe que no la prepararán bien, o al menos no como se hace en Azerbaiyán.

«Los tomates hay que sofreírlos durante más tiempo», refunfuña aun después de habérsela comido.

«Pues no haberme metido prisa cuando la pidió», responde el camarero.

«La verdad es que tiene razón», añade para terminar de chafar al conductor.

«Los persas sois todos iguales», se lamenta él con ese acento turco que solo divierte a los persas.

Cerca del mediodía salimos de la autopista, tan rectilínea como las carreteras comarcales del norte del Cáucaso, solo que aquí ni siquiera hay hierba que cubra el espacio infinito.

«¿Por dónde se va a Ahmadabad?», pregunta el conductor a cuatro jóvenes que esperan en un cruce aunque no se vea un solo coche en kilómetros a la redonda. El país lleva tan mal eso de recordar que ni siquiera hay un cartel que indique el nombre del pueblo.

«¿A la tumba de Mosadeq?»

Los jóvenes deducen enseguida por qué vamos a Ahmadabad.

«Sí», responde el conductor.

«Que Dios lo bendiga», exclaman los jóvenes casi al unísono, y luego nos muestran la dirección.

Echamos un vistazo a nuestro alrededor. Así que fue aquí, en este páramo ventoso, solo cultivable en aquellos puntos donde tanto cuesta que llegue el sistema de regadío, donde Mohammad Mosadeq pasó bajo arresto sus últimos años de vida. Fue aquí donde vivió, acompañado por todo su personal, los campesinos de su pueblo y ciento cincuenta vigilantes. Este

es el lugar donde su mujer y sus hijos podían visitarlo una vez por semana. Aquí está enterrado. Y yo que creía que al menos la naturaleza habría dejado de ser su enemiga... Fue aquí donde, el 9 de febrero de 1962, escribió a su hijo:

No soporto la soledad. Pasé casi todo el verano fuera del edificio y pude cruzar unas palabras con todo el que se acercaba, pero en invierno, cuando hace frío, me quedo en la habitación y me siento muy mal. Tampoco he encontrado a nadie de confianza, nadie con quien hablar. A decir verdad, no deseo seguir viviendo.

A comienzos de los años cincuenta, las imágenes del primer ministro iraní que nacionalizó el petróleo tras arrebatárselo a los británicos dieron la vuelta al mundo. En ellas, se veía al obstinado líder de un país en vías de desarrollo que había decidido romper los contratos vigentes con una potencia mundial, sentado y erguido en la cama frente a varios papeles y vestido con un pijama iraní de baratillo como el que lleva la gente corriente. Ese era su lugar preferido para trabajar. También a las visitas —incluidos los emisarios extranjeros y hasta los ministros— las recibía en esa cama, lo cual no solo era una demostración para los propios iraníes de que el país ya no se cuadraba ante Occidente, ni tampoco una desfachatez por parte de un loco que juega a la política mundial, tal y como lo describió la prensa occidental, incluida la de izquierdas. Fue el caso del semanario *Der Spiegel*, que publicó una portada con una foto tomada desde abajo en la que se veía la cabeza de Mosadeq con la boca torcida y, debido a la perspectiva, con una enorme nariz aguileña que recordaba a la iconografía nacionalsocialista.

Mosadeq estaba enfermo: padecía un extraño trastorno nervioso jamás aclarado, a menudo tenía fiebre y podía hablar durante horas de sus úlceras de estómago, que ningún médico terminaba de diagnosticar con acierto. Además, se mantenía alejado de la sede oficial del Gobierno porque eran demasiadas las personas con intereses ocultos que trataban de influir en él. Por muy amable y sofisticado que fuese en el trato —así lo describen al menos todos los que lo conocieron—, no podía soportar la impostura propia de las recepciones y de los bailes. Sí, despreciaba esa afectación tan característica de la aristocracia como solo un aristócrata sabe hacer. Como miembro de la dinastía kayar, durante la revolución constitucional tuvo que luchar contra los de su propia clase, incluidos sus familiares. Siempre que convocaba mítines para hacer alguna declaración pública, temía que sus adversarios intrigasen en su contra, y eso pese a ser un orador carismático, capaz de hacer llorar a cientos de miles de personas. También solía ocurrir que a él mismo se le saltaban las lágrimas de pura emoción, o perdía el conocimiento y se desplomaba detrás del atril. En una ocasión, estando en el Parlamento, le entró semejante ataque de ira que arrancó los reposabrazos del asiento de honor destinado al jefe de Gobierno y empezó a manotear con ellos. Debido a su fuerza, los iraníes lo siguen llamando el León. Él, sin embargo, se quejaba constantemente de sus achaques, de la edad, de su flaqueza. En las reuniones internacionales, leía en voz alta su historial médico y siempre amenazaba con renunciar en el acto y para siempre a las obligaciones derivadas del cargo... si no cumplían con sus exigencias. La cuestión es que, a lo largo de su dilatada trayectoria política —esa que comenzó a los catorce años, cuando el rey de la dinastía kayar lo nombró tesorero de la enorme provincia de Jorasán, y que tantas veces lo envió a la cárcel y al exilio, pero también lo puso en puestos ministeriales—, fueron muchas las veces que, estando en un escenario frente al público, Mosadeq anunció que

dimitía de inmediato porque algo no le cuadraba. En esos casos montaba en su Pontiac color turquesa y ordenaba a su chófer que lo llevase a toda velocidad hasta su finca de Ahmadabad, donde se pasaba semanas sin levantar el teléfono siquiera.

El 19 de agosto de 1953, los golpistas sitiaron la casa de Mosadeq, situada en la calle Kach de Teherán. Aunque habían tomado la emisora de radio y había tanques en las calles, el primer ministro habría encontrado la manera de dirigirse al pueblo. Como suele ser habitual, decenas y cientos de miles de personas se habían echado a la calle para ahuyentar del sur de Teherán a una masa caótica que no defendía su misma causa, pero Mosadeq no intervino: se había rendido. En algunos libros se dice que quiso evitar un derramamiento de sangre; otros inscriben su reacción en la tradición de los mártires chiíes, que aceptan la derrota como parte de su destino. «¡Pero qué mal ha salido todo, qué mal!», exclamó resignado uno de sus ministros mientras permanecían escondidos en el sótano de una casa contigua. «Y, sin embargo, todo está bien, muy bien», respondió Mosadeq. El primer ministro fue llevado ante un tribunal, donde defendió la democracia y a sí mismo con la precisión de un jurista y la elocuencia de un experto parlamentario. Mientras estaba sentado, su aspecto era el de un anciano, inclinado sobre el banquillo de los acusados, pero, cuando tomaba la palabra, seguía siendo ese león fiero que se defiende con el índice en alto y con la fuerza de sus argumentos. Mosadeq se negó a pedir la gracia del sha, tal y como le sugirieron en varias ocasiones, del mismo modo que descartó retirarse en caso de ser absuelto. Por más que insistió en llevar la razón, fue condenado a tres años de cárcel, seguidos de un arresto domiciliario en Ahmadabad, a unos cien kilómetros de Teherán en dirección noroeste.

De cuando en cuando, los iraníes veían fotos del hombre que en su día encarnó la esperanza de todo un pueblo. En ellas, aparecía cada vez más debilitado, aunque siempre estaba sentado en su cama o caminando por el patio de su finca con la ayuda de un bastón. Mosadeq falleció en 1967, a los ochenta y cinco años, por una úlcera de estómago, la enfermedad que él mismo se había diagnosticado en público varias veces desde su época de estudiante en Suiza. El sha prohibió cualquier tipo de acto fúnebre. No había pasado un mes de su caída cuando, el 5 de marzo de 1979, más de un millón de personas se trasladaron en autobús, en coche y en camión — muchos, incluso a pie— hasta Ahmadabad para conmemorar por vez primera el aniversario del fallecimiento del doctor Mosadeq.

Su propiedad es fácilmente reconocible, pues es la única en todo el pueblo que aún está recubierta de adobe. Cuando llamamos al portón de hierro, una mujer vestida con un chador nos grita desde la otra acera que si queremos entrar: hemos de hablar con el señor Takdustar, que vive en la primera calle a la derecha. Takdustar es un tipo alto y delgado con el pelo blanco, bigote y barba de pocos días. Lleva el pantalón sucio, atado con una cuerda alrededor de una camisa arrugada. Su padre fue uno de los campesinos a los que Mosadeq pidió que lavasen su cadáver; él mismo fue quien preparó las lentejas que el ex primer ministro tomó como último plato. Cuando hubo terminado de comer, Mosadeq dijo «Ya es suficiente», y murió un día después.

«No los hay a propósito —responde el cocinero cuando le preguntamos por los carteles que no hemos visto—. Este hombre lo sacrificó todo por su país: su patrimonio, su salud, su libertad, hasta a su hija. —La hija enloqueció a raíz del golpe, como consecuencia de la preocupación y de los nervios—. Ni siquiera aceptó recibir el sueldo de primer ministro, ni tampoco dinero para gasolina; incluso pagó de su bolsillo la comida de los ciento cincuenta soldados que lo

custodiaban, porque no quería ser una carga para la sociedad. Y mire cómo le paga el país, que ni es capaz de poner su nombre en un timbre.» Ni tan siquiera permite que haya un cartel en el pueblo. Cincuenta años después de su muerte, hasta los vecinos siguen siendo castigados.

Cuando su propio hijo, que también era su médico, comunicó a Mosadeq que su enfermedad solo podía tratarse en Europa, pero que el sha lo había autorizado a viajar y que el visado ya estaba listo, el ex primer ministro rechazó la oferta. Prefería morir antes que ofender a la clase médica iraní sometiéndose a un tratamiento en el extranjero. Según cuenta el cocinero, su respeto a la ley era tal que, cuando paseaba por el jardín, procuraba no salirse un solo paso de la frontera de su propiedad, aun cuando faltaban unos pocos metros para llegar al muro.

«Al contar esto, uno se avergüenza de ser iraní.»

Han sido muchas las veces que, tras atender a alguna visita, el cocinero ha sido interrogado y conminado a no permitir la entrada a nadie más.

«Yo he visto el pan que comía ese hombre. Mientras tenga la llave, seguiré dejando entrar a todo el que quiera.»

El propietario de la tiendecita que hay enfrente, que comía ese mismo pan, hoy se gana el sustento apuntando las matrículas de los coches aparcados frente a la vivienda de Mosadeq. El cocinero recuerda la vez que uno de los vecinos —antiguo empleado de Mosadeq, como la mayoría— se quejó de haber sido golpeado por un agente secreto, un tal señor Shahidi. Mosadeq citó a dicho agente en su salón. Shahidi acusó al campesino de ser un drogadicto y de estar pervirtiendo la moral pública. El cocinero, que lo observaba todo por una rendija de la puerta junto a otros sirvientes, cuenta que Mosadeq enganchó al agente por el cuello con la empuñadura curva del bastón y lo paseó por toda la sala.

«Ya sé que ese campesino fuma opio, pero eso no es asunto suyo —exclamó Mosadeq—. Su única función aquí es vigilarme *a mí*.»

«Me he equivocado, lo sé, me he equivocado», gemía Shahidi.

Aunque el agente juró que no volvería a molestar a ningún campesino, eso no satisfizo a aquel anciano, que, pese a su vejez, a estar preso y a ser un demócrata, seguía considerándose un gobernante.

«No le des más de comer», ordenó al cocinero.

Así, durante una semana, el señor Shahidi y su compañero, el señor Yusufshani, tuvieron que desplazarse hasta una ciudad lejana para conseguir alimentos que ellos mismos se preparaban, si es que no suplicaban a los soldados que les diesen algo de comer, hasta que Mosadeq levantó la prohibición. Enfermos sin recursos procedentes de todo el país llegaban como podían hasta Ahmadabad, porque sabían que Mosadeq les daría algo de dinero y que, a lo mejor, les conseguiría un tratamiento en el hospital de Teherán, dirigido por su hijo.

«Yo solo les he contado lo que he visto con mis propios ojos», recalca el cocinero antes de guiarnos hasta la casa.

En la parcela, hay varios árboles que tal vez plantara el propio Mosadeq. Un camino de grava por el que cabe un vehículo conduce a una casa de dos plantas, hecha de ladrillo rojo y con un tejado en punta, que solo consta de cuatro habitaciones, una terraza y un balcón. Durante la breve primavera política que tuvo lugar a finales de los noventa, cuando comenzó la presidencia de Mohamed Jatamí, el nieto de Mosadeq construyó un pequeño museo en esta propiedad. A ambos lados del camino hay papeleras de plástico, como en los parques alemanes, y esa casa cuya

existencia debe permanecer oculta ha sido declarada monumento protegido. Tras una mampara de cristal, se ve el Pontiac con el que Mosadeq abandonó rápidamente Teherán nada más dimitir en mitad de una reunión. Me llama la atención que los postigos y las puertas son del mismo color turquesa. Mosadeq está enterrado debajo del salón, en una sala desnuda, sobre un suelo de azulejos sencillos, cubiertos por una hermosa alfombra. Ni siquiera una vez fallecido pudo salir de Ahmadabad. En las paredes cuelgan documentos, citas y fotografías: Mosadeq con su bastón pronunciando ante el tribunal un alegato que acabó siendo una acusación; Mosadeq de espaldas con su bastón dando un paseo; Mosadeq con su bastón en el suelo, agotado. En medio está la lápida, cubierta por un paño bordado sobre el que reposan un Corán, flores y velas. Uno tras otro, vamos poniendo la mano en la tumba y recitamos tres veces la Fatiha. Me pregunto por qué Irán, hoy en día, sigue responsabilizando a Estados Unidos de la caída de Mosadeq cuando este ni siquiera permite colocar un cartel en su pueblo. El conductor añade que no hay una sola calle dedicada al ex primer ministro en todo Irán. En cambio, en 2009, muchísimas personas se manifestaron alzando imágenes de Mohammad Mosadeq. Con algunos de ellos hicieron *kun-chubi*.

El sol sigue estando bastante alto, y en la maleta aún llevo la toalla que compré expresamente en Armenia para bañarme en el mar Caspio y así revivir otro recuerdo infantil. Además, no es del todo justo visitar solo el desierto y, en cualquier caso, tengo previsto pasar más tiempo en Teherán, que ya en mi infancia era un Moloc, con lo cual me pregunto qué es ahora. El mapa muestra una pista que sube hasta los montes Elburz y luego desciende hasta el mar. Por el camino nos encontramos con las ruinas de Alamut, una fortaleza también cargada de historia, en particular para la prensa alemana. Esta fortificación es ese lugar inexpugnable y rodeado de leyenda donde se concentraron los nizaríes, *hashashín* o asesinos, que en los siglos XII y XIII asesinaron —de ahí su nombre— a dignatarios políticos y religiosos en todo Oriente sin preocuparse por las consecuencias. A raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001, se publicaron numerosos artículos en los que se calificaba a Mohamed Atta y al resto de terroristas suicidas como los sucesores de esta corriente. Tras establecer paralelismos entre su antiguo líder, Hasán ibn Sabah, y Osama bin Laden, que también tenía una fortaleza en las montañas, un grupo organizado de escritores y periodistas occidentales viajó hasta Alamut para saber más sobre lo ocurrido en Nueva York el 11 de septiembre. Hasta donde alcanza mi memoria, la única conclusión que se trajeron de vuelta es que el paisaje en esa zona es maravilloso.

No se quedaron cortos: nada más llegar a la primera colina, los colores se multiplican, aun sin estar bañados por los arroyuelos ni empapados de nieve. Apenas cubiertas por una capa de hierba o de matorral, las cadenas montañosas van variando en altura. Están tan alejadas unas de otras que, según el tipo de mineral y las especies de plantas endémicas, forman paisajes casi monocromáticos, por los que serpentea un hilillo de asfalto. A medida que nos adentramos en las montañas, el verde característico de los valles se intensifica: es ese verde brillante que tanto contrasta con las laderas secas. También atravesamos unos arrozales donde se refleja la luz del sol. Antes de llegar a Alamut, el paisaje está repleto de frutales, en especial, de cerezos rojos, centelleantes. Aunque solo se conservan los muros de carga, vale la pena subir hasta la fortaleza, sobre todo si el cupo diario de turistas ya se ha marchado y uno puede disfrutar de la cima en exclusiva. Como si de una torre panorámica se tratara, la fortaleza se alza sobre los pueblos pintorescos, los bosques y los campos circundantes, que salpican la cordillera como piezas de un mosaico multicolor. Al rodear la fortaleza, en la colina opuesta se divisa otro de esos lienzos,

obra del Creador, en este caso, algo más abigarrado. Basta con fijarse en los tonos de marrón, que varían dependiendo de que haya o no una corriente de agua subterránea, o en el paso del verde al ocre y al amarillo de la hierba; pero es que, además, está el rojo, ese mismo rojo por todas partes, el color básico de la piedra. Hasta creo distinguir un naranja, lo cual solo puede deberse a un efecto óptico fruto de la combinación de los demás colores. Rojo, amarillo, verde, marrón y naranja: todos los colores de la paleta, excepto el azul, pero azul ya hay bastante en el cielo.

Al bajar, me cruzo con un autobús de jubilados holandeses cuyo guía les está contando algo sobre el 11 de septiembre. En Irán ya nadie se acuerda de los nizaríes o *hashashin*, una de tantas sectas que anunciaban el fin del mundo aunque este nunca terminara de llegar. El hecho de que su nombre —‘los que fuman hachís’, en el sentido de ‘los colgados’— haya permanecido y tenga una connotación claramente peyorativa solo obedece a las polémicas generadas por varios intelectuales contemporáneos, para quienes la secta es un dechado de maldades y, además, forma parte de una conspiración para acabar con el islam. Gracias a Marco Polo y a otros viajeros, esta controversia alcanzó a Europa y se ha visto reflejada en novelas fantásticas, películas de Hollywood y videojuegos, solo que, en este caso, los nizaríes ya no son los enemigos del islam, sino el máximo exponente de la violencia asociada a la religión musulmana.

Esa misma noche nos alojamos en un pueblo situado a los pies del Alamut. La dueña del hostel lo tiene todo bajo control: por un lado, están sus tres hijos y su nuera, que aún lleva las vendas de una operación de cirugía estética —al parecer, es el último grito en el pueblo, puesto que, en la ciudad, las chicas jóvenes con la nariz escayolada ya forman parte del paisaje urbano—; luego, tres mochileros franceses y dos turcos, con los que la señora logra conversar aunque no hablen el mismo idioma; un grupo de teheraníes que, tras enredarse a hablar tomando té y fumando un narguile, deben andar a tientas; la cocina; los deberes del más pequeño y las tareas de la casa. La patrona cocina, ordena, echa cuentas, educa, da la bienvenida a los recién llegados y apacigua los ánimos, todo a la vez, como si ella sola hiciera de toda una plantilla. El hijo más pequeño, de catorce años, acepta posponer los deberes y me acompaña a dar un paseo por las plantaciones y por las cumbres. Me cuenta que su padre trabaja en Qazvín, a cientos de kilómetros. El chico cree que los campesinos de la zona no viven mal, ya que los frutales son el cultivo más rentable: permiten ganar bien con poco esfuerzo y, así, trabajar en la ciudad la mayor parte del año. Siete mil tomanes es lo que se saca por un kilo de cerezas, que luego se vende en Teherán a doce mil, es decir, 1,70 y 3 euros respectivamente. Cada familia cultiva dos o tres cerezos como mínimo, y el que no tiene un árbol propio trabaja en la recogida del fruto por setenta mil tomanes diarios. Pese a que las tasas escolares no son precisamente bajas, los casos de analfabetismo solo afectan a personas mayores; el muchacho insiste en que todos los padres dan mucha importancia a la educación, para ellos es algo normal. Aunque se ha suprimido el castigo físico, las clases siguen un método centrado en el profesor y los alumnos están separados por sexos, de modo que el chico se queda pasmado cuando le explico cómo son las clases en Alemania. También quiere saber cómo son las iglesias por dentro. Jamás ha oído que en Alemania haya judíos, y tampoco le suena el Holocausto. En cambio, en la calle principal de todos los pueblos por los que pasamos, cuelgan fotos de los mártires en blanco y negro. Son fotos de carné ampliadas y ligeramente desenfocadas, como se hacía en los años ochenta, para que la piel luzca de un blanco radiante; los peinados continúan siendo de los setenta, con sus patillas y su melena por el hombro. Más de medio millón de iraníes murieron durante la «sagrada defensa», cuando Sadam Huseín asaltó Irán con la



acquiescencia de Occidente para frenar la revolución. Lo que se frenó, sin embargo, fue la democracia, que se había manifestado de forma incipiente bajo Abolhasán Banisadr. Elegido por el setenta por ciento de los iraníes, el primer presidente de la república islámica logró cruzar la frontera en el último momento, oculto bajo un chador, justo cuando la guerra les llovió del cielo a los islamistas. Poco después, el mismo velo que había caído tras la revolución de 1906 volvió a ser obligatorio para las mujeres.

Me dirijo a un anciano del pueblo vecino que veo sentado delante de su casa, pero él se encoge de hombros porque solo entiende tusi —así se denomina el idioma que hablan en esta zona de montaña—. A cambio, me pongo a conversar con un grupo de recolectores de cerezas, que me hacen las preguntas de siempre y me expresan las quejas habituales: que si cómo van las cosas por Alemania, que si parece mentira la corrupción que padecen aquí, la inflación y la arbitrariedad que todo lo domina. A la pregunta de si hay alguien que esté a favor del sistema, su respuesta es «no», nadie en kilómetros a la redonda; aquí, todos los pueblos votaron a Rohaní, como si votar a favor del presidente fuese una muestra de hostilidad hacia el Estado.

«Pero ¿a votar sí que vais?», pregunto.

«Sí, pero votamos entre lo malo y lo peor.»

Después de todo, las reformas que no han prosperado en el conjunto del país ya se habían puesto en práctica en los pueblos tras la creación de los Parlamentos regionales bajo el mandato del presidente Jatamí. En eso coinciden los recolectores: conocer a quienes mueven los hilos facilita mucho las cosas, incluso cuando se trata de echarlos del poder.

Mientras avanzamos, pregunto si cada pueblo tiene sus peculiaridades. ¡Vaya si las tienen!, responde el chico. Le sorprende que no me haya percatado de que, en el pueblo donde acabamos de estar, todos tienen una nariz muy larga; y en ese otro de allí la gente habla sin parar, así que es mejor que no vayamos. Se nota que el muchacho disfruta más estos meses de verano que pasa en la montaña que del resto del año; de hecho, la vida allí me recuerda a los cuentos de Bullerbyn, solo que los niños pueden toparse con osos en lugar de con alces.

«¿Tú qué crees —pregunto al muchacho—, que las cosas iban mejor antes o ahora?»

«¿Se refiere al pueblo?»

«Sí, a cuando la gente no se iba a la ciudad.»

«Antes, las casas estaban mejor construidas porque había que pasar el invierno, eso está claro, pero también había mucha pobreza, o al menos eso cuenta mi abuelo. No había colegios, médicos ni electricidad, y los inviernos eran muy duros. Sí, creo que hoy la situación es mejor.»

«Aún es joven», diría Fikrat Abdullayev, el director del museo de Gobustán que pasea a diario entre pinturas rupestres. Sería muy triste tener catorce años y pensar que antes se vivía mejor.

Por la noche, sentado en la terraza de mi habitación, escucho unos graznidos y un cacareo que proceden del patio, mezclados con la voz de la madre, que sigue dando órdenes. Me pregunto si su marido se habrá largado por eso. Justo cuando me voy a acostar, se aproxima un taxi amarillo cargado con un saco que ocupa toda la baca. También el maletero está tan lleno que va atado con una cuerda. Me acerco a la barandilla y veo que es el padre de familia, que acaba de llegar de la ciudad cargado de víveres. Famélico y encorvado, su rostro está marcado por el agotamiento.

Parece incapaz de alegrarse, incapaz de articular poco más que un «*salam*» casi gemido; tiene los párpados entreabiertos: al verlo desde lo alto, se me parte el corazón. Tampoco es muy joven, que digamos.

## QUINCUAGÉSIMO DÍA: HASTA EL MAR CASPIO Y, DESPUÉS, A TEHERÁN

Entre gargantas y verdes prados que alternan con glaciares y caballos salvajes, cruzamos los montes Elburz por una carretera sin afirmar desde que fuese construida, a principios del siglo XVII bajo el sha Abbás, como parte de una red nacional de transporte de largo recorrido. Al borde del camino se encuentran varias posadas, llamadas «caravasares», todavía muy bien conservadas, pero sin minarete. Las únicas personas con las que nos cruzamos son los apicultores que acaban de instalar sus colmenas de cara al verano. Un tarro de miel de medio kilo cuesta diez euros o más, lo cual es un precio en origen considerable, incluso en Alemania; la miel parece, por tanto, otro negocio rentable dentro del sector agrícola. Sin embargo, el apicultor en cuyo puesto decidimos finalmente abastecernos, ya que es un experto y verdadero fanático de las abejas, se queja de la competencia desleal que tanto los perjudica, pues en los mercados venden miel enriquecida con azúcar, colorantes o algún sucedáneo de supermercado como si fuera un producto original de los montes Elburz. Los apicultores decentes se han quejado más de una vez y las autoridades sanitarias han llegado a tomar muestras, pero todo se ha quedado en nada, seguramente porque alguien tenía determinados contactos, venía de una familia de mártires o hizo llegar dinero. Ya ni siquiera atienden sus quejas.

Vista desde la montaña, la costa que en mis recuerdos infantiles está formada por bosques, maizales, playas solitarias, pueblecitos pesqueros y alguna que otra villa es hoy una sola ciudad, atravesada por una autopista que se prolonga hasta el infinito. En los ruidosos enclaves turísticos, las túnicas y los velos de las visitantes resultan más irreales aún por el contraste con el resto de la familia, que pasea vestida de playa: los niños, en camiseta y pantalón corto; el marido, con un cocodrilo de plástico bajo el brazo. Tras acceder a una playa privada, que ojalá esté un poco más limpia que las públicas, saco de la maleta mi toalla de Mickey Mouse. Hay tres zonas de baño distintas, estrechas como tubos, que se prolongan mar adentro. Separadas por unas lonas de plástico que rebasan la altura humana, la primera está destinada a los hombres; otra, a las mujeres, y, entre las dos, se sitúa la zona para familias. Mientras nado unos cuantos largos por mar abierto para no tener que virar cada vez que me encuentro con una lona, algo ocurre en la playa. Dos hombres comienzan a gritar y a manotear torpemente, rodeados de otras personas. Estoy demasiado lejos como para oír lo que dicen, y sin gafas no veo bien. ¿Se estará ahogando alguien? Tardo un rato en darme cuenta de que los gritos se dirigen a mí, pero, como estoy nadando tan a gusto después de un montón de horas y días de coche, hago como si no lo hubiera oído. Ahogarme no me voy a ahogar. Después de unos cuantos largos, se me acerca un nadador que me grita algo y se pone a gesticular hasta que, por más que lo intente, es imposible pasarlo por alto. Me ordena que regrese inmediatamente a la playa o, de lo contrario, llamarán a la policía. En la orilla me

espera un orondo socorrista, cuya figura no es precisamente la ideal para esta profesión. Está rojo de rabia, o puede que sea por el esfuerzo. ¿Cómo se me ocurre ponerme a nadar en la zona de mujeres?

«¿Cómo que en la zona de mujeres? —replico con mi acento alemán—. Pero si estaba nadando en mar abierto...»

«Sí, pero ¡ha traspasado las lonas!»

«Perdone, pero en el mar no hay ninguna lona.»

«Dios santo, la línea es imaginaria, si en realidad no es tan difícil...»

«¡Menuda tontería! Siendo así, tendría que estar virando cada veinte metros. ¿Para qué vengo a nadar, entonces?»

«¡Estaba usted mirando a las mujeres, lo he visto con mis propios ojos!»

«Pero ¡si de lejos no veo nada!», respondo mientras saco la funda de las gafas de la toalla de Mickey, a modo de prueba.

«Está bien, está bien.» El socorrista se da por satisfecho. Al parecer, no tengo pinta de ser el típico perverso que obligue a llamar a la policía: soy demasiado mayor, vengo del extranjero y me acabo de poner las gafas de intelectual.

«Mire, para serle sincero, y perdóneme la expresión, a mí me importa un bledo por dónde nade. Por mí, como si llega hasta Bakú, caballero. La única razón de que seamos tan estrictos es la brigada de vigilancia de la moral y las buenas costumbres. En cuanto alguien se salte las reglas, nos cerrarán el negocio.»

Mejor no le cuento al socorrista que, obviamente, he mirado hacia la zona prohibida, y debo reconocer que la imagen de unas mujeres en bañador resulta bastante chocante cuando lo normal es verlas en la calle siempre tapadas y con velo. Solo lamento no haberme metido al agua con gafas.

Mientras avanzamos en sentido contrario a los más de cien kilómetros de atasco que ocupan el carril de al lado, volvemos a cruzar los montes Elburz. Antes de que llegue el fin de semana hay un día de fiesta, estratégicamente situado. En realidad, es uno de tantos, pues, más allá de las festividades islámicas y estatales, están también los días de luto chíí, cada uno de los cuales conmemora un martirio: el martirio del primer imán o el del segundo, tercero, cuarto, y así sucesivamente hasta el undécimo, además de recordar la desaparición del duodécimo imán. Pensando precisamente en el regreso de este último, el expresidente Ahmadineyad quiso precipitar el fin del mundo y se dedicó a amenazar a Israel. No es de extrañar que el islam sea incapaz de constituir un Estado cuando el pueblo tiene tantos días libres para dar rienda suelta a sus emociones. Y eso que no he mencionado la celebración del Año Nuevo, la cual consta, ni más ni menos, de otros trece días festivos a los que ningún persa está dispuesto a renunciar, gobierne quien gobierne. En lo que a la cultura del trabajo se refiere, las reservas de petróleo no terminan de cuadrar con una mentalidad protestante.

El hecho de que aún exista esta carretera, que atraviesa un terreno absolutamente impracticable, se debe a Reza Sha, quien en 1925 puso fin a la democracia, pero también unió Teherán con la costa. Las carreteras, las estaciones de ferrocarril, las centrales eléctricas y las presas en las que se basa la infraestructura iraní hoy en día siguen siendo de esa época, un periodo que culminó en 1941, cuando Inglaterra y Rusia, además de Estados Unidos como nueva superpotencia, consideraron que Mohammed Reza hijo sería un gobernante más dócil. Hoy, en

vísperas de un fin de semana, se tarda lo mismo en coche que en camello, ya que los dos carriles se quedan pequeños para los diez o quince millones de habitantes de la actual Teherán. Casi desde su fundación, la República Islámica de Irán trabaja en la construcción de una autopista paralela. Los santuarios repartidos por todo el país para honrar a los descendientes de los imanes se levantan mucho más rápido; cada dos por tres hay un cartel que señala su existencia.

«Da igual dónde sea, pero, cada vez que un árabe muere durante la conquista, obtiene la condición de sucesor de un imán —refunfuña el conductor de Tabriz. A él, lo de Intaraf o Untaraf le da igual: lo que no quiere es que siga gobernando esta clerigalla—. Primero, nos roban, y encima tenemos que venerar a sus soldados.»

Para no acabar atrapados en el tráfico del centro, antes de llegar a Teherán tomamos una circunvalación que recorre las laderas de los montes Elburz rodeando por el norte y desde lo alto un mar de casas que, debido a la contaminación que lo envuelve, parece incoloro. Esa es otra de las cosas que impresionan a cualquier visitante, ya venga de Armenia por carretera, ya en avión: Teherán parece estar compuesta exclusivamente por edificios modernos. Los más antiguos datan de los años sesenta, tienen cuatro o seis plantas y están hechos de ladrillo beis. También hay un sinfín de bloques de oficinas y edificios de apartamentos de veinte o treinta plantas, además de diversas urbanizaciones formadas por torres de nueva construcción o todavía en obras que rodean la ciudad a modo de anillo. La red de autovías de ocho carriles es tan densa que el visitante cree estar en Los Ángeles antes que en Oriente.

Visito a un ex alto funcionario, hoy relegado de su cargo, pero que conserva un nivel de vida más acomodado que el presidente del Bundestag, por poner un ejemplo, quien vive en un chalé adosado en la ciudad de Bochum. Dos sirvientes afganos que trabajan desde la oración de la mañana hasta el descanso nocturno, el último modelo de cafetera italiana, una vajilla de las caras...: todo eso se da por supuesto aunque en Irán tenga un precio prohibitivo que casi resulta sonrojante. Por el contrario, las antiguas miniaturas que cuelgan de todas las paredes me parecen espectaculares; jamás había visto una colección tan exquisita y elegida con tanto gusto, ni siquiera en un museo. El funcionario me recibe en pijama, pues hace pocos días que ha vuelto del hospital. Viste un batín afgano de color verde brillante. «¡Si parece Hamid Karzai!», exclaman los presentes. El funcionario me explica que a los sirvientes les gusta vérselo puesto, ya que ellos mismos se lo trajeron de regalo una de las veces que fueron de vacaciones a su país. Llama la atención el tono afable, casi familiar, en el que conversan el señor y sus criados: no suele ser lo habitual. El exfuncionario habla despacio y hace largas pausas, no —o no solo— por su enfermedad, que parece grave —sobre el aparador descansa un humidificador para facilitar la respiración—, sino porque él siempre ha sido un hombre reflexivo, casi melancólico. Esto suele olvidarse porque, en la práctica, la República Islámica de Irán ha mostrado un comportamiento más bien tosco, ignorando que la revolución de 1979 fue verdaderamente ideológica, tuvo un recorrido teórico previo de varias décadas y se basó en el análisis de las teorías marxistas, islámicas, filosóficas, poscoloniales y existencialistas. Por este motivo, muchos puestos oficiales estaban ocupados por revolucionarios que impresionaban por su nivel de formación, intelectuales religiosos que preferían leer a Rumi o a Heidegger antes que vérselas con planes económicos o boletines diplomáticos. Muchos de ellos llevan tiempo en la cárcel o bajo arresto domiciliario, y son muchos más los que están en el exilio. Al menos, mi anfitrión puede continuar con su vida y mantener el mismo nivel económico, lo cual le permite apoyar a otros que no han prosperado tanto

dentro del sistema; apuesto a que sus hijos viven en el extranjero. Uno de los periodistas más conocidos del país, también presente esta noche, se dedica a criar truchas. Me cuenta que no le va mal. Al igual que ocurría antiguamente con sus artículos, los peces también tienen muy buena acogida. Ambos amigos suelen quedar a partir de las nueve o nueve y media, después de la oración, y cenan sobre las once en un entorno profundamente religioso al que solo se accede descalzo. A la entrada, uno de los criados ha asegurado a otra invitada extranjera que no tenía de qué preocuparse; lo que quería decir era que no estaba obligada a llevar velo ni a ir tapada dentro del recinto. La mujer, por su parte, sin estar del todo convencida de que los religiosos puedan mostrarse tan flexibles, ha preferido cumplir con ambos preceptos y se ha mostrado sorprendida cuando el exfuncionario le ha estrechado la mano afectuosamente para saludarla. En la mesa nos acompaña otro seglar, aunque también podría ser un místico, pero en cualquier caso no es nadie del régimen, pues lleva patillas y el pelo largo, como los viejos roqueros.

Lo que se comenta durante la velada en este reducido grupo no puede ser más explícito: se habla de corrupción, estafa y mala gestión evidentes e institucionalizadas; del islam utilizado como lubricante para que siga funcionando una maquinaria manejada por el aparato de seguridad; de la propagación y el financiamiento de la superstición en torno al opio entre los pocos adeptos que quedan y que son animados a procrear; de la suspensión del control de la natalidad —a quién le importa la superpoblación—; de la escasez de agua y de la contaminación. Es muy probable que los propios gobernantes duden de su permanencia en el cargo, con lo cual se dedican a dilapidar el futuro. Relegado de su puesto, el ex alto funcionario no habla de forma distinta a quienes jamás tuvieron nada que decir. La separación entre el Estado y la religión se da por supuesta, si es que queda algo del islam. También hablan del bahaí que fue asesinado hace unos días en Yazd: el autor del crimen era incapaz de comprender qué delito había cometido. El funcionario, que cuando estaba en el cargo no podía decir una sola palabra sobre los bahaíes, augura que el asesino saldrá bien parado; ni siquiera tendrá que pagar un rescate de sangre porque, según el derecho islámico, los bahaíes son libres como los pájaros.

Si queda algo del islam es lo siguiente: cuando apunto que también los jóvenes, incluidos aquellos que muestran un compromiso político, han dejado atrás el islam entendido como un todo, el funcionario me da la razón, pero añade que no le parece grave. En su opinión, lo más importante es que esos jóvenes sean puros de corazón. También Shemr, el asesino del imán Hussein, rezaba sus oraciones con fervor, pero eso no le hizo mejor persona. Sí, la juventud. Todos en la mesa parecen poner sus esperanzas en ella. Ahora les toca a otros —dice el periodista censurado—, a los más jóvenes, puesto que ellos no han sabido reformar la república islámica. Sin embargo, está más seguro que nunca de que se necesitará más de una generación.

El funcionario no tiene intención de quedarse con las miniaturas, sino que le gustaría donarlas a un museo. Ha tardado treinta años en cumplir su sueño. Boquiabiertos, hacemos un recorrido por la exposición. Al llegar a dos obras del periodo kayar, dos miniaturas hermanas, el funcionario nos adelanta que no las olvidaremos jamás, lo cual cobra sentido nada más escucharlo. Representan dos olas formadas por aves y plantas: es el movimiento detenido en el tiempo, una metáfora del mundo, que es y se desvanece en un mismo instante.

## QUINCUAGÉSIMO PRIMER DÍA: TEHERÁN

Muchas veces lo he pensado: los miembros de mi familia que se han quedado en Irán —una minoría— irradian una bondad muy particular que no reconozco en el resto de nosotros, los iraníes que vivimos en el extranjero. Es difícil de describir. Tiene que ver con las comidas de celebración, que se suceden sin descanso, con los días que se toman libres expresamente para atender a una visita, con la indulgencia que muestran con nuestros fallos y nuestras manías, con ese vaso de zumo frío de melón que espera sobre la mesita del recibidor y que tanto reconforta cuando uno viene de la ciudad, calurosa y reseca. Y es aún más difícil de explicar. Me pregunto si se deberá a las profundas cesuras de una vida marcada por la guerra y la revolución, y no solo a las de una vida en particular, sino también a las cicatrices de una memoria colectiva que no olvida la opresión, el levantamiento estéril, las muertes y las sucesivas derrotas. Sí, probablemente se deba a esa sensación de fracaso. Todo el que emigra —en especial si lo hace hacia el Nuevo Mundo, como casi todos mis familiares— tal vez se fije más en las posibilidades; primero se trata de empezar de cero, y luego se va progresando. Aquí, sin embargo, donde llevan viviendo cincuenta, sesenta o, en el caso de mi tía, noventa y cinco años, uno tiene la sensación, obviamente subjetiva, de que todas las esperanzas han sido vanas. Quizás sea eso lo que genere cierta simpatía hacia quienes, pese a todo, siguen mostrando interés por el país, hacia los turistas y los parientes que vienen a visitarlos desde el extranjero. Es cierto que mi familia no es representativa, pues pertenece a una clase media no muy distinta de la occidental en lo que respecta a las ideas, las costumbres, la decoración de las casas, los roles de género, las lecturas o las series estadounidenses que ven por la televisión. Ya ni siquiera se lleva el alcohol de casa cuando uno va a un buen restaurante; por supuesto, no en una botella etiquetada, sino en otra de agua o de limonada que se va sacando de una bolsa de plástico cada vez que se quiere servir. Por lo tanto, ya no es necesario volar a Bakú, a Tbilisi, a Ereván o a Antalya para poder divertirse como en Europa. Es más, en las autovías hay unos letreros luminosos que anuncian el concierto de los Gipsy Kings.

El hecho de que esta clase media siga siendo característica de las grandes ciudades puede resultar tan llamativo como el aspecto de la nueva Teherán; en realidad, la revolución antioccidental solo podía darse en un lugar cuyas élites estuvieran más occidentalizadas que en cualquier otro país de Oriente próximo. Hoy, casi todos los iraníes tienen a gran parte de la familia en el extranjero, y lo peor es que prácticamente todos están buscando la posibilidad de mandar a sus hijos a estudiar fuera, a la universidad como muy tarde. Para los más acomodados es fácil; tanto Canadá como hasta hace muy poco Estados Unidos acogían con gusto a los iraníes. De hecho, entre todos los grupos de población, los iraníes son los que cuentan con más títulos académicos, la menor tasa de desempleo y unos ingresos muy por encima de la media.

Quien no tenga dinero ni un título para llegar a ultramar siempre puede declararse cristiano u homosexual y, así, recalar en Alemania. Mientras las iglesias, las asociaciones de gais y lesbianas y las autoridades encargadas de conceder el asilo se devanan los sesos para determinar la autenticidad de este tipo de testimonios, las familias iraníes se parten de risa pensando en esta salida del armario en masa. En lo que respecta a los cristianos, que en su mayoría también pertenecen a la clase media, es una organización estadounidense muy eficiente la que realiza todos los trámites para salir del país. Al parecer, colaboran estrechamente con las autoridades iraníes; es más, todo el proceso es público y no solo se promueve, sino que incluso se gratifica. Este es el motivo de que la comunidad armenia de Teherán o de Isfahán se esté viniendo abajo, cosa que satisface al Estado porque le deja espacio libre para atender a sus propios pobres, que, entretanto, recorren Teherán en todoterrenos ligeros y se mudan a vivir al norte próspero, con lo cual necesitan unas viviendas propias de su nuevo estatus; es decir, que se han hecho ricos pero siguen conservando una cultura de pobres, con sus rituales de luto y expiación. Que el enorme lago artificial creado a las afueras de Teherán se llame lago de los Mártires del Golfo Pérsico es algo que no extraña a estos nuevos burgueses, pues ellos se limitan a desplegar sus mantas cerca de la orilla y a sacar sus termos, barbacoas y narguiles sin importarles que cada vez haya menos agua para regar.

En la propia Teherán, las clases emergentes se reúnen en un parque que se extiende a ambos lados de la autovía y que está comunicado por un puente peatonal de tres pisos, iluminado en color verde chillón, llamado Puente de la Naturaleza. Los fines de semana montan una estructura a base de carpas que recuerda al Olympiapark de Múnich, un lugar donde el bullicio se prolonga hasta las dos de la madrugada. Por una parte, veo bien que todo se mezcle, que los chador compartan sitio con esos *skaters* de peinados imposibles y que el espacio urbano no solo pertenezca a la vieja burguesía. Por otra, si uno se dirige a uno de esos rincones culinarios llamados «*foodcorners*», pero que en realidad son tan grandes como el mercado de Múnich, en busca de una comida apetecible —apetecible para nosotros, quiero decir, la clase media—, solo encontrará chuletones, nachos y comida rápida de estilo occidental. Por no hablar de la policía, que, presente en diversas formaciones, tiene la porra lista en todo momento, no sea que el bullicio se transforme de pronto en una asamblea.

Hace años que el escritor Amir Hasán Cheheltán tiene prohibido publicar en Irán. Las traducciones de sus obras le permiten vivir bien, pero, como escritor iraní, le entristece mucho que sus libros no estén editados en persa. Le aconsejo que abandone toda esperanza de que le permitan publicar en Irán y que se lleve los originales a una editorial en el exilio o los suba a internet, de modo que los interesados puedan leerlos. En Irán es imposible vivir de la literatura en cualquier caso, sobre todo si es buena. Las tiradas se han desplomado; si hablamos de la primera edición de un libro serio, en lugar de la horquilla habitual de entre tres mil y cinco mil ejemplares, puede que hoy la tirada apenas llegue a los trescientos. Trescientos libros para una población de casi ochenta millones de habitantes. Lo único que crece en este país son los iletrados.

Además, el Estado se ha vuelto mucho más sofisticado. Si asesinara a los escritores, como ocurrió con la serie de crímenes ocurridos a finales de los noventa, al menos se produciría un escándalo, un tumulto, se opondría algún tipo de resistencia, pero lo que hace el Estado en su lugar es matar la lectura. En las escuelas ya solo se enseña a Firdosi y a Hafez de un modo resumido, mientras que de la literatura moderna ni se habla; los mejores escritores se mantienen



fuera del alcance de su público, a la espera de que caigan en el olvido. A cambio, el acceso a internet es prácticamente libre, con lo cual la gente también deja de leer. No es que la información se censure: lo que se paraliza es el pensamiento. Así lo reconoce el editor de una revista literaria al que visito a continuación. Pese a todo, él se muestra optimista, porque observa una conciencia que se va ampliando. Ya nada queda oculto bajo la superficie; gracias a internet, cualquier tropelía se descubre y la información llega hasta el último pueblo. Ahora, por ejemplo, está el caso de un recitador del Corán vinculado al líder supremo que abusó de varios de sus alumnos. Tras cinco años dejándose la piel para demandar al recitador, las familias de las víctimas —los más pobres entre los pobres— hicieron de tripas corazón y acudieron a un canal de televisión en el exilio, donde lo contaron todo, cada detalle escabroso y cada acto violento. También mencionaron todas las puertas a las que llamaron sin éxito y contaron la cantidad de veces que trataron de intimidarlos. Por mucho que el gran ayatolá Makarem Shirazi proclame que la mera alusión a este asunto es pecado, en el país no se habla de otra cosa, sobre todo entre la población más pobre. En lugar de sentirse culpables de los abusos, como sucedía antes, hoy, las víctimas —ya hombres adultos— son consideradas héroes. Por no hablar de las bromas que circulan. Tomemos como ejemplo el último vídeo de animales que ha salido y que se está reproduciendo en millones de teléfonos móviles. En él, se ve la imagen repetida de una simpática marmota que masajea la espalda a otra. Debajo, el siguiente texto en persa: «Así tratan las autoridades judiciales al recitador acusado Said Tusi». Y esto es lo más inocente. Las ejecuciones en masa, los escritores asesinados, los bahaíes perseguidos, las cárceles de tortura, la guerra librada durante seis años de más cuando los iraquíes habían sido derrotados hacía tiempo, los niños soldado, la corrupción, la censura, la destrucción de la naturaleza, la escasez de agua, el despilfarro desmedido (por ejemplo, para construir el mausoleo del ayatolá Jomeini)...: ya nada queda al margen de los programas que se emiten vía satélite, esos en los que se debate y se aportan imágenes, audios y otros documentos.

«De acuerdo, pero ¿en qué se traduce esa conciencia?»

«No en gran cosa», admite el editor.

«¿No será que la gente se conforma con la apariencia de libertad?»

«Lo que está claro es que no se implican políticamente.»

«¿Tú crees que se hacen algún tipo de planteamiento ideológico, que llegan a concebir un modelo alternativo?»

«Es cierto que en el 79 la gente tampoco tenía libros, pero al menos había mentes preclaras de distintas ideologías: estaban todos los intelectuales comprometidos políticamente, los hijos de la burguesía que luchaban como partisanos; en definitiva, había modelos alternativos a la realidad. Hoy, sin embargo, preferimos seguir con nuestro té porque todos esos modelos fracasaron hace tiempo. Pero no, no es porque hayan fracasado, sino porque los grandes planes no han traído más que desgracias.»

El Museo del Cine reserva un lugar destacado para el cartel de la película *Taxi Teherán*, de Jafar Panahi, que lleva el logotipo de la Berlinale. Condenado a seis años de cárcel, a otros veinte sin ejercer su profesión y a no abandonar el país por el documental que realizó sobre las protestas de 2009, el director rodó esta película clandestinamente tras quedar en libertad bajo fianza y, oculta en un lápiz de memoria, logró llevarla a Berlín y presentarla a concurso. Aunque el

Gobierno iraní protestó airadamente por el pase y casi se produce un estallido diplomático, en el museo estatal de cine de Teherán están muy orgullosos del Oso de Oro que ganó Jafar Panahi. Además, no importa a quién pregunte, que todos han visto *Taxi Teherán* en DVD o por internet.

## QUINCUAGÉSIMO SEGUNDO DÍA: TEHERÁN

Teherán es insoportable, una ciudad terrible, por emocionantes que sean esos supuestos mundos paralelos relacionados con el arte, el cine, el tecno, el *rock* e incluso la moda, no así la literatura, lo cual es una lástima. Ahora bien, el que más espacio ocupa es el mundo de las drogas, que equivale a pasarse la mayor parte del tiempo en un atasco. Me pregunto a qué viene tanta euforia. Pero, claro, hay que salir de la ciudad y conducir durante una hora u hora y media como máximo en dirección a las montañas. Nuestro destino está ahí donde termina el asfalto y la carretera está cortada. Un guardabosques nos explica que está prohibido el paso, excepto para la población local y personas autorizadas: al parecer, nos encontramos en un paraje protegido.

«¿Y qué tipo de animales hay por aquí?», preguntamos.

El guardabosques comienza a enumerar la lista en un tono rutinario, no sin un punto de orgullo. No entiendo todos los nombres, pero sí «oso» y «tigre». Osos, de acuerdo, pero ¿y los tigres? Pues sí, resulta que hay tigres a hora y media de Teherán.

De vuelta a la capital, me presento en la entrada de un moderno complejo de apartamentos situado al norte de la ciudad. Voy a casa del escritor Mahmud Dowlatabadí, mundialmente conocido por sus novelas sobre el pueblo iraní. Nacido en 1940 en una aldea situada al noreste del país, Dowlatabadí fue pastor de ovejas y trabajador del campo, pero también albañil, acomodador, aprendiz de zapatero, mecánico de bicicletas, peluquero, se dedicó al lavado de algodón y a la contratación de anuncios. Tras entrar en la academia de teatro de Teherán, pasó un tiempo sobre los escenarios hasta que, un día, comenzó a escribir y ya no pudo parar. Solo su epopeya, titulada *Kelidar*, sobre una montaña polvorienta situada al noreste del desierto consta de cinco volúmenes y de tres mil páginas. La obra ofrece una visión muy completa del campo iraní y de su paso del feudalismo al éxodo rural debido a la reforma agraria de 1963, que, además, dio lugar a los barrios marginales que surgieron, por ejemplo, al sur de Teherán. De allí procedían, a su vez, las masas que en 1978 respondieron al llamamiento del ayatolá Jomeini para que saliesen a la calle. Aunque en un primer momento la revolución fue impulsada por las clases medias —esto es, por liberales, socialistas, marxistas, trotskistas, islamistas de izquierdas, comunistas, nacionalistas, reformistas religiosos y, sobre todo, estudiantes—, cuyo ascenso económico no estuvo acompañado de una mayor libertad política, al final fueron los más pobres quienes derrocaron al sha. Los libros de Dowlatabadí recogen algo parecido a la intrahistoria de Irán ocurrida desde el golpe de Estado contra Mohamed Mosadeq; una historia que sucede en paralelo a los acontecimientos políticos, o que casi los provoca. Esto es lo que cuenta el autor desde *Kelidar* —un monumento a la vida rural iraní en el umbral de su destrucción— hasta *El coronel* —el más duro ajuste de cuentas con la revolución—, pasando por *Yaye-jali-e-Soluch* («Echando de menos Soluch»), donde se describe la vida de una familia de campesinos tras la huida del padre.

Dowlatabadí confirma que solo él ha sido capaz de contar la historia del pueblo iraní, pues ha sido el único escritor que la ha vivido. Es su propia historia, aunque en su caso tomara otros derroteros en el mismo instante en el que comenzó a leer como un poseso y se marchó a la ciudad antes de la reforma agraria.

«Tuve que dejar el pueblo. Simplemente, sabía demasiado.»

Hoy, a sus casi ochenta años, que no se le notan en absoluto, Dowlatabadí vive con su mujer junto a la cárcel de Evin, donde tanto él como el resto de escritores relevantes de su generación estuvieron encerrados bajo el régimen del sha. Hace doce años, cuando su mujer eligió esta urbanización para vivir, la única condición que él le puso fue que las ventanas diesen al otro lado, de modo que ella pudiera pasear tranquilamente por las tardes y no tuviera que ir muy lejos para comprar lo imprescindible. Al fin y al cabo, cuando quiere escribir, Dowlatabadí suele retirarse a una pequeña parcela que tienen en el campo, a unas dos horas de Teherán.

El escritor quiere que le cuente cómo ha sido mi viaje, pues también para los iraníes Europa del Este está más lejos que París, Londres o Estados Unidos. Cuando llego a la parte de los agentes aduaneros en la frontera con Armenia, que me produjeron más curiosidad que desagrado, Dowlatabadí niega con la cabeza haciendo un gesto despreciativo. No puede evitar alterarse cada vez que en un organismo público lo tratan de tú, como si estuvieran en la tienda de un pueblo hace setenta años. Una vez, en la zona de embarque del aeropuerto de Teherán, hasta tuvo que darse media vuelta de lo furioso que se puso cuando un oficial del control de pasaportes le dijo alegremente: «¡Hombre, *hayyi!*, ¿adónde vas?».\* «¡No soy ningún *hayyi!* —contestó tajante el escritor—. Así que ahórrese el comentario.» El caso es que acabó envuelto en semejante pugna dialéctica que hasta se lo llevaron para ser interrogado. Cuando le devolvieron el pasaporte, se le habían quitado las ganas no solo de viajar, sino también de volver a pasar por el control.

«Siempre he sido un poco impulsivo», admite Dowlatabadí, que me ha guiado hasta su pequeño despacho. De los agentes de aduanas iraníes salta a la reforma agraria de 1963, la cual, en su opinión, fue el mayor error de todos los cometidos por el sha: «Lo que hizo fue acercar a la clase social que acabaría echándolo del país». Hoy gobiernan los nietos de los que en 1963 recibieron un trocito de tierra a cambio de nada, pero que pronto tuvieron que malvenderlo para probar suerte en la ciudad. Sin embargo, allí solo encontraron miseria, y no solo eso, sino que además se sintieron como unos extraños. Habían renunciado a una vida de esfuerzo, sí, pero al menos era una vida semejante a la de sus padres y sus antepasados, con una cultura propia, una tradición de dos mil o tres mil años, una vida conectada con la naturaleza. ¿Y qué es lo que obtuvieron a cambio? Un chamizo de uralita situado junto a un canal de aguas residuales.

Dowlatabadí no considera que la reforma agraria fuese un completo error, pero sí cree que el sha debería haber actuado mejor y con más criterio y que, además, debería haberse gastado más dinero. En su lugar, embaucó a la clase media con la riqueza proveniente del petróleo, mientras que los campesinos debían conformarse con una parcela demasiado grande para morir y demasiado pequeña para vivir. No se hizo ningún esfuerzo por agrupar a los campesinos en cooperativas, y ni siquiera la izquierda se preocupó por la población rural, pues prefería debatir sobre Bakunin.

Pregunto a Dowlatabadí qué fue lo que llevó al sha a emprender la reforma agraria. El escritor responde que fue el miedo a un posible levantamiento de los campesinos, como había ocurrido en China o en América Latina. El sha también pretendía debilitar a sus adversarios, entre

los cuales, además del clero, se encontraban los terratenientes. El resultado fue que ambos se aliaron en su contra. Cuando estuvo en la cárcel, Dowlatabadí se fijó en quiénes eran los demás presos. Solo dos de ellos eran trabajadores o procedían del campo: todos los demás eran hijos de familias burguesas, los sucesores de los terratenientes que emigraron a la ciudad con el comienzo de la modernidad y enviaron a sus hijos a colegios laicos o a estudiar en el extranjero. Gestionaban sus tierras desde la ciudad. Casi todos los ministros nombrados tras la revolución constitucional habían sido terratenientes, igual que Mosadeq o, en su día, Amir Kabir y el resto de reformistas del siglo XIX y principios del XX. Aunque los hubo mejores y peores, al menos ellos fueron unos auténticos patriarcas, cuya palabra valía por encima de todo. Pese a su tiranía, el propio Reza Shah hizo que el país progresara bajo su férrea autoridad: construyó escuelas, presas, líneas de ferrocarril, refinerías y carreteras, mientras que su hijo, Mohammad Reza Pahlevi, nacido ya en la ciudad y, más concretamente, en palacio, se limitó a repartir algo de dinero que los pobres no invirtieron, sino que lo destinaron a pagar su peregrinaje hacia Mashhad.

Pregunto a Dowlatabadí por su novela sobre el periodo actual, titulada *El coronel*, que narra el fracaso y la muerte de un antiguo oficial de la República Islámica de Irán, un coronel de ese ejército nacional creado por Reza Shah para unir a todos los pueblos y clases del país bajo una misma institución. Dowlatabadí vuelve a negar con la cabeza, esta vez más resignado que furioso, ya que en todo el país se venden copias pirata de su novela, pero retraducida del alemán al persa. Todavía estupefacto por lo sucedido, me cuenta cómo ocurrió todo. Tras la elección de Mohamad Rohaní como presidente en 2013, el viceministro de Cultura le mandó una invitación para mantener una charla y hasta le envió un coche oficial. El ministro le dijo que *El coronel* era un libro magnífico y le contó que lo había leído mientras volaba a Kerbala. «¡Precisamente en un viaje de peregrinación!», exclama Dowlatabadí llevándose las manos a la cabeza. El ministro añadió que la novela debía publicarse en Irán y le expuso cómo conseguirlo. Lo harían la víspera del Año Nuevo, esa época en la que no se publica ningún periódico durante quince días, y distribuirían los ejemplares sin decir nada a nadie; todo saldría bien. Hasta ese momento, el escritor debía guardar silencio. Dowlatabadí dio el visto bueno, pero solo un día después lo llamaron de un periódico para preguntarle si era cierto que iban a publicar *El coronel*. «Pregunte en el Ministerio», respondió el escritor frunciendo el ceño.

Aunque su editor hizo todo lo necesario para tener lista la novela, nada más imprimir la primera edición, el mercado se inundó de copias pirata retraducidas, lo cual es una catástrofe para un escritor cuya obra vive de una prosa escrita originalmente en persa. El Ministerio le propuso quemar todas las copias pirata que pudiera confiscar, pero para un escritor es muy difícil promover la quema de libros, sobre todo si sabe que las copias ilegales han salido del propio Ministerio o, como mínimo, del aparato del Estado, al igual que la filtración de la noticia a la prensa para sabotear la publicación de la novela, de la que, obviamente, ya se dejó de hablar.

«Jamás permitirán que *El coronel* se publique oficialmente, jamás. ¿Por qué? Porque saca a la luz sus cuarenta años de mentiras. Prefieren poner en circulación una mala copia y que la novela no guste.»

Pregunto a Dowlatabadí si, pese a todo, en 2017 votó por la reelección de Rohaní.

«¿Qué otra opción me quedaba?» El escritor hace referencia a las guerras que tienen lugar en la región —Irak, Afganistán, Siria—, así como al aumento de la tensión con Arabia Saudí y a la victoria de Donald Trump. «En estos momentos, se trata de evitar que el país estalle. Solo eso.

Así que todos tuvimos que votar a Rohaní. La única razón de que pusieran de contrincante a alguien de la línea dura como Raisi fue provocar miedo en la gente y lograr que la participación se disparase. Y sí, funcionó, así que ya pueden volver a decir que tenemos una democracia.»

Dowlatabadí propone que salgamos a cenar. Deduce que después de la excursión estaré más hambriento que él. Aunque su restaurante habitual no es tan elegante como los nuevos, tiene el mejor kebab de la ciudad. No es casualidad que el propietario presida el gremio de los asadores de carne.

«¿Vamos en su coche?», pregunto, pues he oído hablar del legendario Chevrolet de Dowlatabadí.

«Eso es parte de la diversión.»

Mientras esperamos en la calle a que Dowlatabadí salga del garaje, su mujer me cuenta que sigue pasando miedo cuando él sale de casa alguna noche. También por eso eligió vivir en una urbanización cerrada, porque así su marido está más protegido y todos los vecinos lo conocen. Enseguida lo compruebo por mí mismo: cuando la limusina roja de Dowlatabadí —que parece un portaviones en comparación con los pequeños utilitarios iraníes— asoma por el garaje, las madres que empujan sus carritos de bebé, los jóvenes y las personas mayores exclaman «*Salam*, señor Dowlatabadí». Como si de un monarca se tratara, el escritor saca la mano por la ventanilla y les devuelve el saludo. No solo es el viejo Chevi, también el bigote poblado, la frente ancha y la voz grave del escritor le confieren un porte especial. Su mujer me dice que la gente más humilde se le da aún mejor: los artesanos, los camareros, los tenderos y los sirvientes.

Sentado al volante, mientras habla por teléfono con el responsable de mantenimiento de la parcela, Dowlatabadí nos muestra su otra cara. Al parecer, el operario ha vuelto a meter la pata con el agua, los obreros o el jardín. Por la bronca que le echa el escritor, uno pensaría que ese señor no ha hecho nada bien en toda su vida.

«A esta gente hay que hablarle así —me dice Dowlatabadí a modo de disculpa nada más despedirse con un improperio—. De lo contrario, no lo entienden.»

«Usted sí que habría sido un verdadero patriarca.»

«Eso, seguro. —Dowlatabadí se echa a reír y, al cabo de un instante, recupera su buen humor—. Tuve muchas ocasiones para aprender cómo hacerlo.»

El restaurante es realmente muy sencillo: los platos son de metal; los manteles, de plástico; las sillas están muy juntas, y, pese a todo, el local está repleto. Durante la cena, Dowlatabadí me cuenta que, desde que se trajo a sus padres a Teherán, solo ha vuelto al pueblo una vez. Cuando murió su padre, su madre quiso ir a ver a sus familiares, ya que a duras penas soportaba la soledad de la gran ciudad. Dowlatabadí llevó a su madre al pueblo, pero no fue capaz de encontrar su propia casa. En realidad, no supo orientarse por lo cambiado que estaba todo. Entonces le entró tal ataque de ira —«Ya le he dicho que soy un poco impulsivo»— que se dio media vuelta y regresó a Teherán con su madre sin haber hecho lo que tenía previsto.

«Nunca me perdonaré no haber hecho un esfuerzo más.»

«¿Eso cuándo ocurrió?»

«Tuvo que ser en 1980. Mi madre falleció cinco años más tarde. Creo que la soledad de Teherán fue uno de los motivos.»

## QUINCUAGÉSIMO TERCER DÍA: TEHERÁN

Soñé que descubría una torre muy alta y estrecha desde la cual podía observar la ciudad, a la gente ocupada en sus menesteres o reunida para hacer deporte, y los coches, que parecían de juguete. No sé si era Teherán; podría haber sido cualquier otra ciudad, incluso un lugar imaginario. Lo único que sé es que estaba de visita y que esa torre me había cautivado, de modo que subía a ella una y otra vez. No había ido a esa ciudad solo, así que mis acompañantes estaban asombrados de verme yendo continuamente a la torre, donde permanecía por un tiempo indefinido. Casi hasta me olvido de la hora de vuelta —creo recordar que tomábamos un avión—, porque no era capaz de bajarme de la plataforma, una superficie tan diminuta y con un techo tan bajo que no podía moverme, ni tampoco mantenerme erguido, y mucho menos caminar. Lo único que podía hacer era estar de rodillas o tumbado. Tampoco había ningún tipo de valla ni de barandilla; puede que ese pequeño riesgo fuese parte de la diversión. El caso es que, mientras miraba a esas personas desde arriba, no me sentía alguien superior ni especialmente poderoso; sabía que solo podría disfrutar de esa vista durante un instante y que, a más tardar cuando tuviese hambre o ganas de orinar, o cuando los guías del grupo empezaran a preocuparse, volvería a bajar y me perdería entre la multitud que, en ese momento, yo contemplaba como si de un cuadro se tratase: un lienzo cuyos más mínimos elementos se mueven, o que acaso centellea por un efecto de la luz, o una película rodada con una perspectiva tan amplia que apenas se distinguen los detalles y la vida parece una imagen detenida, una miniatura o una alfombra.

El mausoleo del ayatolá Jomeini, situado en el extremo sur de Teherán, donde residen sus más fieles discípulos, no es tan suntuoso como había imaginado. Por fuera, sí, claro; tiene una cúpula dorada y otra celeste, cuatro minaretes dorados y, además, el complejo incluye un hotel, oficinas, restaurantes, una facultad de Teología y un centro de congresos: sin duda, aquí han metido muchas horas de trabajo. Pero luego uno mira esas grúas tan horribles y se pregunta por qué el mausoleo del imán propiamente dicho sigue sin estar terminado treinta años después, cuando se supone que el fundador del Estado tiene tantos admiradores. Ya en el interior, lo que impresiona son más bien las dimensiones: las medidas de la nave, la altura del techo, el grosor de los pilares, pero no la decoración, que carece de toda inspiración y se abandona sin el menor mimo a ese rococó orientalista más propio de nuevos ricos. El suelo está cubierto por una alfombra de terciopelo de color crema, igual que las paredes, que, además, lucen motivos estampados, como si de un salón estilo Luis XV se tratara, con espejos centelleantes por aquello de darle un toque *kitsch*. Eso por no hablar de los guardias, vestidos con unas libreas azul marino de botones dorados que les llegan por la rodilla, como si trabajaran en un hotel de lujo, solo que, en su caso, los calcetines no siempre están exentos de agujeros. En la mano sostienen unos enormes plumeros de plástico multicolor, más propios de una feria que de un monumento fúnebre. Por el centro del mausoleo discurre una pared de uralita, cuyo objeto no es separar la zona de mujeres, sino permitir la realización de posibles obras, lo cual no es de extrañar si uno se fija en

el acabado de las puertas, las ventanas y el estucado. Aunque es viernes, día en el que se celebra uno de los once martirios, la afluencia de visitantes es moderada. Veo a varias mujeres con chador negro, a padres rezando mientras sus hijos corretean y a algún que otro grupo chií venido de Pakistán (con *galabiya* blanca), de Irak (con túnica negra) o de la propia provincia (con chador negro). El ambiente no es solemne ni se recrea en el duelo, como ocurre en Mashhad, Kerbala o allí donde esté enterrado un imán, sino más bien sobrio y funcional, como si se quisiera cumplir con un trámite.

Puede que la devoción popular chií no acabe de conectar con alguien fallecido por muerte natural. Al mismo tiempo, se confirma la impresión de que, para la República Islámica de Irán, el ayatolá Jomeini es un recuerdo claramente incómodo, y no solo porque sus más fieles seguidores estén peleados a muerte (entre los actuales presos políticos, muchos pertenecieron en su día al entorno más próximo al líder de la revolución, y siempre que sus hijos o sus nietos se pronuncian es para criticar duramente al sistema). Fue, a más tardar, con motivo de su entierro —el cual desató una histeria colectiva en Teherán— cuando el país despertó de la embriaguez provocada por la revolución y la guerra. Pese al carisma que sus propios adversarios le atribuyen, el ayatolá Jomeini no ha quedado inscrito en la memoria colectiva como esa figura luminosa que pretende difundir la propaganda oficial. Cualquiera sabe o puede saber lo que ocurrió: ejecuciones masivas, cárceles de tortura, el alto el fuego que los iraquíes propusieron en 1982, cuando Irán tenía una posición militar más fuerte que seis años después, los niños soldado... Y ya nadie puede sostener que Jomeini no sabía nada desde que se ha conocido que su sucesor, el ayatolá Montazerí, designado por él mismo, le preguntó por todo ello. En 1989, dos meses antes de la muerte de Jomeini, Montazerí fue destituido y sometido a arresto domiciliario en Qom, donde falleció en 2009. Sin embargo, la copia pirata de sus memorias ha circulado por todo el país, incluido el propio aparato del Estado, y en 2016 su hijo Ahmad colgó en internet las cintas en las que su padre habla abiertamente de cómo Jomeini se encogió de hombros al escuchar todas esas acusaciones. Ahmad fue condenado a veintiún años de cárcel, pero las cintas son públicas. El ayatolá Jomeini sigue teniendo el respeto de muchos iraníes como líder de la revolución y goza de más prestigio que la actual cúpula de gobierno. También los partidarios de la república islámica lo admiran, y la propaganda oficial edulcora su imagen presentándolo como el décimo tercer imán, pero querido, lo que se dice querido, como ocurre con el imán Alí, el imán Hussein, Rumi, Hafez o el doctor Mosadeq, querido como alguien cuyos recuerdos se coleccionan y cuyas palabras se guardan en el corazón, como alguien al que incluimos en nuestras plegarias y al que uno se dirige cuando habla solo como si fuese un amigo, un padre o un profesor, querido así no es, salvo por los más fieles partidarios de su revolución. A la salida del mausoleo, pregunto a un vigilante que está sentado tras una mesa si la cúpula es de oro. «No, no», responde. «Es de un material muy barato», añade, como queriendo tranquilizarme.

Mucho más impresionante que el mausoleo del fundador del Estado resulta Behesht-e Zahra, el Paraíso de Zahra, la hija del Profeta, un cementerio del tamaño de una ciudad y el segundo más grande del mundo después del de Náyaf, también chií. El camposanto tiene calles, paradas de autobús, restaurantes, semáforos, tiendas y señales de tráfico, aunque los únicos seres vivos que los utilizan solo vienen de visita. Allí donde comienzan las tumbas de los mártires, hubo en su día una gran fuente —eso fue durante la guerra— de la que manaba agua teñida de rojo. Por más burdo que fuese el recurso, aún recuerdo el impacto que me causó esa imagen cuando, con trece o



catorce años, visité por última vez este cementerio, que en Irán denominan el Paraíso. Las tumbas están tan juntas que hay que caminar sobre las lápidas y entre una especie de paneles donde cuelgan varias fotos en blanco y negro con ese toque desenfocado. Cubiertas por un tejadillo de hojalata, como si fueran aparcamientos, las hileras de tumbas son infinitas. Los difuntos tienen diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte años. De vez en cuando hay algún adulto y también algún anciano. A menudo figura la fecha de fallecimiento, pero no siempre la de nacimiento, acaso porque en los pueblos no se celebran los cumpleaños, o porque ni siquiera los propios difuntos sabían cuándo era el suyo. Alrededor circulan unas camionetas que van emitiendo cantos fúnebres chiíes, acompañados de unos tambores bastante monótonos que casi recuerdan a la música tecno. En una zona de enterramientos ilustres, se encuentran los padres que sacrificaron a más de un hijo por la patria. «Aquí están los que tienen entre dos y cinco mártires», me explica un vigilante, como si estuviera hablando de su catálogo de productos. También se honra a las decenas de miles de víctimas provocadas por los gases tóxicos; los iraníes no olvidan que fueron empresas alemanas las que construyeron fábricas de gas para Sadam Huseín durante la guerra. Así, Behesht-e Zahra también es, hasta cierto punto, un lugar de conmemoración alemán, el último de este viaje, de cuya existencia, sin embargo, nadie sabe en Alemania.

A diferencia del mausoleo del ayatolá Jomeini, este cementerio de mártires está lleno de visitantes, pero no solo reconozco a los fieles habituales, esos que lucen chador o barba según sea el caso, sino que también hay gente de todos los estratos sociales. Es entonces cuando me viene a la cabeza esta reflexión: la guerra terminó hace treinta años, pero la mayoría de los muertos son tan jóvenes que apenas les dio tiempo a tener esposa e hijos. ¿Quién los llorará? Sus propios padres habrán muerto o serán muy mayores.

«Mientras la llama de los mártires se mantenga viva, arderá el alto horno de la república islámica», dice un señor de unos cincuenta años mientras vierte agua sobre una lápida y limpia el polvo con un trapo. Vestido con unos vaqueros, un polo y recién afeitado, no da la impresión de que el fuego revolucionario despierte en él mucho fervor. Su hermano murió en 1985, mucho después de haber vencido al enemigo. «Estamos hablando de casi un millón de mártires, fíjese, un millón de familias que viven de ayudas, descuentos y puestos de trabajo, a las que se suman los heridos de guerra, es decir, otro millón o dos de personas más sus familias: ese es su capital. Por algo Jomeini calificó el ataque de Sadam Huseín como una prueba de la gracia divina.»

«¿Y en su caso?»

«A nosotros no nos dan nada. Nada en absoluto.»

«¿Y eso por qué?»

«Pues porque no somos *chodi*.»

Esta es otra expresión sacada del diccionario de la República Islámica de Irán: «*chodi*» y «*gheir-e chodi*» significan ‘propio’ e ‘impropio’, y se emplean como términos para dividir a los iraníes entre aquellos que, por su origen social, su vestimenta y su práctica religiosa, pertenecen al sistema y los que no. La clase media como tal se considera *gheir-e chodi* y, por tanto, no es muy relevante, mientras que cualquier crítica contra los «propios» —los reformistas, el ayatolá Montazerí o los grupos de estudiantes islámicos que lideraron las protestas de 2009— está revestida de un halo de traición. Así, el grueso de los actuales presos políticos es *chodi*, y también los hijos de los altos funcionarios han sido víctimas del *kun-chubi*.

Tras reparar en un señor con barba blanca de varios días cargado con dos regaderas llenas de agua, le pregunto por la fuente de sangre.

«Hace tiempo que no funciona», me responde, y deja las regaderas en el suelo. Pregunta si es la primera vez que visito el cementerio. Él ha perdido a su hijo, y cree que no hay diferencia entre haber fallecido al principio o al final de la guerra. De un modo u otro, su hijo se ha ganado la corona de mártir.

«Muchos piensan que la guerra debería haber acabado antes», objeto.

«Todos esos se equivocan —responde el anciano—. Pudimos vencer hasta el último momento.»

«Pero, entonces, ¿por qué el líder de la revolución tomó la cicuta?», pregunto en alusión a la célebre frase con la que Jomeini quiso expresar que, para él, aceptar el alto el fuego fue como beber de un cáliz con veneno.

«A eso me refiero. El final nos sorprendió cuando estábamos a punto de ganar.»

«¿Cree que no fue la decisión correcta?»

«La gente estaba agotada, eso sí que es verdad —responde el viejo recordando los graves ataques con gases tóxicos y el derribo de un avión de pasajeros iraní mientras sobrevolaba el golfo Pérsico, causado por un barco de guerra estadounidense—. Pudimos haber ganado, pero nuestros pies no aguantaban más. Es una reacción humana, quiero decir, y el imán supo ver nuestras debilidades.»

El actual Gobierno solo le satisface a medias, o, mejor dicho, se queda con la mitad de los conservadores: la economía está por los suelos, el país no se gestiona bien... Todo es culpa del presidente Rohaní, claro está, que vendería el país a Occidente si pudiera. A cambio, ninguna nación del mundo, ni siquiera Estados Unidos, se atreve a atacar Irán: de eso ya se encarga «nuestro» potente ejército, próximo al líder.

«Pero hemos aprendido la lección», afirma el viejo, satisfecho de que Irán sea capaz de construir una bomba atómica.

La plaza del imán Hussein, reformada hasta donde le dejaron por el escultor muniqués y también amigo Karl Schlamminger, hoy se compone de una zona peatonal y de una calle muy ancha que desemboca en la misma plaza. Así, uno de los cruces más transitados de Teherán se ha convertido en un espacio silencioso, rodeado de una serie de esculturas decorativas. Pese a ser transparentes, las figuras aíslan la plaza del ruido que llega de las calles aledañas, así como de los edificios circundantes, contruidos según las máximas del funcionalismo más cutre. La firma de Karl aún se puede distinguir, si bien solo a trozos, ya que en su mayor parte está cubierta o tapada por las insignias que pretenden honrar a los mártires: una gran carpa para acoger las ceremonias fúnebres, banderas negras y pancartas. También hay un escenario donde tienen lugar los actos culturales, tal y como está explicado en un cartel informativo de la Administración local. Seguramente se refieran a representaciones de la Pasión. Algún gracioso ha diseñado, además, una suerte de museo etnológico: una montaña de papel maché con varias entradas en forma de cueva presididas por unos muñecos de tamaño natural vestidos con trajes medievales, es decir, el polo opuesto al arte abstracto de Karl, mucho más fiel a la tradición. Pese al caos, la plaza tiene algo que la hace única; tal vez sea el caos propiamente dicho. Escuchar un silencio repentino en un barrio de gente pobre, en uno de los lugares que en su día fue el más transitado, polvoriento y feo de la ciudad, es algo que jamás habría imaginado y que debería ser una bendición. Está bien, es

probable que los vecinos hubiesen preferido un parque antes que una obra de arte moderno o un espacio para conmemorar el duelo chií, unos árboles que les permitieran descansar o un césped donde sus hijos pudiesen jugar.

Como si fueran bazares improvisados, recorro las callejuelas del barrio en busca de una tetería donde volver a evadirme. Ni siquiera en esta zona, considerada más pobre, se ven muchas mujeres con chador, aunque eso no quiere decir que las que lo llevan tengan forzosamente una mentalidad tradicional. Es posible que las más jóvenes no conozcan otra prenda que lucir en público, pero, gracias al chador, pueden ir a la universidad, ejercer una profesión y ser algo más que esposas y madres. Las reformistas también llevan chador, sobre todo ellas. Me pregunto dónde vivirán las partidarias del chador si no es en los alrededores de la plaza del imán Hussein. Será más al sur de Teherán, donde en algún momento estuvieron los suburbios que nacieron bajo el régimen del sha, en las ciudades dormitorio, en pequeñas localidades. La plaza del imán Hussein es una zona antigua, y en Teherán todo lo antiguo equivale a religioso, aunque no necesariamente en el sentido que establezca el sistema.

A esta hora solo comparto cojines con otros tres hombres. El camarero se muestra especialmente solícito conmigo, como solía ser habitual con los miembros de la burguesía hasta que estalló la revolución. Aunque me resulte complicado hablar de política, creo intuir lo que piensan quienes me rodean; están despotricando, como todos los iraníes, pues quejarse forma parte del carácter nacional. A diferencia de lo que ocurre en un país como Alemania, podría contar con los dedos de una mano las personas que, en los últimos cuarenta años y en términos generales, han reconocido estar contentos con su vida. Entre ellas no había un solo taxista, ni uno —¡con todos los taxistas que hay en Irán!—, y ya en mis primeros viajes como periodista, cuando nadie hablaba aún de los reformistas, podía ocurrir que los peores lamentos fuesen expresados en la antesala de algún ministro. Aquí, sin embargo, en los alrededores de la plaza del imán Hussein, puede que votasen a Ahmadineyad por puro descontento; un político que aparentaba ser un perdedor, el adalid de las masas revolucionarias que se enfrentaba al sistema. Eso es lo que les preguntaría si no fuese una estrategia demasiado torpe cuando uno quiere enterarse de algo en Irán, así que prefiero preguntarles por la plaza y si la gente del barrio está contenta con la reforma.

«La plaza es un verdadero desastre», responden los tres al unísono con la máxima rotundidad y la menor consideración.

«¿Un desastre por qué?»

«Porque ya no pueden pasar los coches.» Los comerciantes han sufrido graves pérdidas, muchos se han visto obligados a traspasar el negocio y los inmuebles se han devaluado. Si al menos el Estado se dejara de moderneces y pudieran vivir tranquilos... En Irán nadie necesita una zona peatonal.

Esa misma noche, me doy una vuelta por los cafés que han abierto al sur de la ciudad. ¿Al sur de Teherán? Así es. Los artistas, los chefs de moda y la juventud teheraníes han descubierto el sur, donde los inmuebles todavía son asequibles y la pátina del tiempo se impone por sí sola. Ahora bien, todo lo que en Irán se considera antiguo es en realidad de los años sesenta o de principios de los setenta; a lo sumo, habrá algún edificio de la época del sha Reza entre las galerías y los bares de moda donde suena música *funk*, cuyas cartas incluyen platos tradicionales y donde se toman refrescos de hierbas elaborados según una antigua receta casera. Encuentro una casa unifamiliar cuyo patio interior se ha transformado en un café. En las paredes cuelgan fotos en blanco y negro

de los primeros inquilinos. Parecen tomadas en la bendita América: el padre, de traje y con una corbata estrecha, agarrando de la mano al niño, que también va de punta en blanco; el hijo montando en su primera bicicleta; la madre, que viste una falda por la rodilla y no lleva velo, claro está, radiante en su papel de ama de casa. El actual dueño me cuenta que esa familia emigró tras la revolución. Él logró localizarlos en algún lugar de Estados Unidos y les pidió permiso para exponer sus fotos.

## QUINCUAGÉSIMO CUARTO DÍA: PARTIDA EN AVIÓN DESDE TEHERÁN

En este mes del muharram, dos o tres millones de personas tienen previsto volar o viajar a Kerbala; algunos van incluso a pie. Son dos o tres millones a los que una revolución no les interesa en absoluto; el viaje está completamente subvencionado, en las calles hay muchos carteles que lo anuncian. Yo mismo he visto los centros comerciales de Náyaf y de Kerbala, concebidos para esos dos o tres millones de personas. Aunque mi vuelo sale tres horas antes, acabo atrapado en la cola de los dos aviones que van a Irak. No solo la ropa de estos pasajeros, que casi huele a la República Islámica, resulta llamativa: el velo negro de las mujeres que les llega por la barbilla y, además, va cubierto por el chador; esos hombres que no se han afeitado adrede, vestidos con trajes de baratillo y, sobre todo, con esas chaquetas que suele llevar Ahmadineyad, pero jamás en vaqueros; sus rostros oscuros llaman aún más la atención. También la lealtad al Estado parece ser un fenómeno étnico en Irán.

En la cola, los peregrinos conversan sobre la hora del rezo como quien habla de la cotización bursátil: «¿Será a las 5:18 o a las 5:19?», y «¿Cómo son los horarios en Irak?», «¿Aterrizaremos a tiempo para orar o tendremos que hacerlo durante el vuelo?». Pese a encontrarnos en una terminal recién estrenada, los baños están asquerosos, como si el islam no hubiera impartido nociones de higiene. De allí salen los peregrinos, arremangados y húmedos, con los zapatos aplastados por la parte del talón para calzarse y descalzarse con más rapidez. Aunque nunca había visto a mucha gente rezando en la sala de oración acristalada que hay en el aeropuerto, esta noche, las alfombras de plástico se extienden hasta la zona de embarque. Frente a otra sala de oración, hay una estantería repleta de zapatos de señora. Me pregunto qué harán todas estas personas cuando no estén peregrinando a Kerbala. En las calles no se las ve; al menos, no en cantidades semejantes, más propias, a lo sumo, de las manifestaciones convocadas por el Estado. ¿Dónde vivirán? No es que vengan precisamente de la zona tradicional que rodea el casco antiguo, un entorno que es también muy religioso, aunque no tan consecuente. Pero puede que no sean tan devotos y que, sencillamente, estén escenificando su religiosidad dentro del grupo de peregrinos. Lo que más les interesa de Irak son los centros comerciales; se ilusionan con esta excursión subvencionada por el Estado, pero, por más necesidades y descontento que les cause la situación actual, jamás se les ocurriría rebelarse contra un Gobierno que les paga las vacaciones. En realidad, no lo sé, no tengo ni idea de quiénes son. Dos o tres millones de personas, extrapolados al conjunto de la población y al resto de lugares santos —La Meca, Náyaf, Mashhad y Damasco—, y considerando que ni siquiera los más devotos vuelan todos los muharram a Kerbala, representan una cifra de ciudadanos suficiente como para reclamar un gobierno del pueblo.

## CON LA FAMILIA EN ISFAHÁN

El río ya no fluye: ni siquiera es un riachuelo, eso es lo peor. Zayandeh rud, el río que da vida, lo que siempre ha caracterizado a los paisajes iraníes y, antiguamente, también a las ciudades: esos colores robados al desierto; los plátanos que transforman todas las grandes calles en avenidas; los canales estrechos, también frescos en verano, que se funden con las callejuelas; todas esas casas con su jardín y su estanque en el centro, como un reflejo del cielo; el verde intenso de los campos y los frutales que rodean las ciudades; el turquesa y el amarillo de las mezquitas, cuyas cúpulas, adornadas de mil colores, salpican el paisaje como flores del paraíso repartidas por el prado. No hay otro lugar donde los colores impresionen tanto como aquí al volver del desierto. A lo largo de sus cinco milenios, la civilización iraní se ha basado en técnicas para distribuir el agua procedente de las altas sierras —de cuatro o cinco mil metros de altura— que recorren el país, de modo que las ciudades puedan florecer y hasta los pueblos más remotos puedan abastecerse. Si por algo sorprende Irán y el país sirvió de ejemplo al Viejo Mundo, incluidas Roma y China, si hay algo que esta nación haya regalado a la humanidad es el arte de volver la tierra fértil. La ciudad que más brilló fue Isfahán, por la cual pasaba un ancho río, hoy ya encauzado y hasta cierto punto civilizado, que todavía sigue regalando vida y está coronado por dos arcos de oro: los dos puentes más maravillosos del mundo.

Que a Isfahán también se la conozca como «la mitad del mundo» —*Isfahán nisf-e-yahán*— siempre ha tenido para mí un sentido no solo terrenal, como expresión de su diversidad, del paso del tiempo y de su magnificencia, sino también divino, como si esta ciudad, construida por el hombre, encarnase la mitad paradisíaca del universo, mientras que la otra mitad estaría representada por el desierto, las sierras inaccesibles y el poder de la naturaleza. Despojar a Isfahán de su río es... No, no equivale a una masacre, pues la ciudad ya ha sufrido muchas heridas en las últimas décadas (demoliciones, vías rápidas que cruzan el casco antiguo, el tráfico, todo el jaleo, la prisa, la superpoblación, la emigración o la migración interna de los intelectuales, artistas y literatos). Despojar a Isfahán de su río es asestarle un golpe mortal: esa es mi impresión. Claro que la ciudad sobrevivirá. Cuando se celebra el Nouruz —el Año Nuevo persa— e Isfahán se inunda de turistas, permiten que esa agua que ahora se distribuye a otras ciudades, que también han crecido muy rápidamente, vuelva a recorrer Isfahán durante unas semanas. Si la UNESCO amenazara con retirar el título de patrimonio de la humanidad o el próximo líder procediera de Isfahán, probablemente habría que mantener abiertas las esclusas durante todo el año, lo cual no está del todo descartado. Entonces, las demás ciudades tendrían que apañarse solas. Pero ahora que sé cuál es el aspecto del río sin vida, no logro quitarme esa imagen de la cabeza. Sé que no regresaré con gusto.

Pese a ello, salgo a correr todos los días por la orilla de un río que ya no existe. El resto de personas que se machacan las piernas cada mañana —cuando el aire resulta más respirable— también se comportan como si el río siguiera existiendo aunque solo sea un esqueleto, una larga

sucesión inacabada de huesos. Procuero mirarlo lo menos posible. Por cierto, aunque la gente a veces habla por hablar, me han dicho que el agua no solo se desvía a las ciudades que hasta hacía poco eran pueblos de mala muerte, ni tampoco a las industrias que están en manos de los militares o de una fundación religiosa. Al parecer, el agua del río que da vida también se destina a un lago artificial situado en Qom, el enclave espiritual de este Gobierno.

Si solo fuera la represión, la falta de libertad...; todo eso puede ser perjudicial en un momento dado, pero lo que ocurre es que no saben gobernar, no hay forma de que aprendan. Una simple oficina pública, un organismo normal y corriente donde haya que tramitar un papel o un certificado, puede tenerle a uno cinco días de su vida y de su trabajo esperando. Y eso por no hablar de la Justicia, convertida en un bazar: es ruidosa, está atascada y dicta sentencias previo pago. Sin entrar a debatir sobre el exceso de población, para colmo, van y deciden poner freno a la planificación familiar, que hasta hace poco era un mandamiento islámico, por la sencilla razón de que quienes tienen muchos hijos forman parte de su clientela. Luego está la mentira, inoculada por los padres a los niños desde que son pequeños, unos padres que en casa se comportan de manera distinta a como lo hacen fuera; por los profesores, que ni siquiera se esfuerzan en que les crean; por la televisión, que cada noche presenta un país distinto al que uno ve con sus propios ojos. También el hecho de que todo y todos tengan un precio, la pérdida de valores y de ideales que eso conlleva, del altruismo en general. El consumo de drogas se extiende como la pólvora y hace tiempo que ha alcanzado el rango de epidemia. Hay lagos enteros que se están secando, entre ellos, el gigantesco lago Urmía; luego está la destrucción del medioambiente en general... Y por seguir con el agua: esta misma mañana leía en internet que las Naciones Unidas recomiendan utilizar un veinte por ciento de los recursos hídricos renovables. En términos ecológicos, la línea roja se sitúa en el cuarenta por ciento, es decir, que con un consumo del sesenta por ciento estaríamos hablando de «estrés hídrico» (se llama así) y, si se llega al ochenta por ciento, se produciría una «crisis hídrica aguda». Irán consume el ciento diez por ciento de sus reservas de agua, es decir, el triple de la cantidad máxima soportable, un nivel de explotación hídrica que, según decía el informe, «excede todas las categorías de la escala internacional». Y eso pese al cambio climático, que hace que los desiertos crezcan y los glaciares se derritan. No hay ninguna previsión sobre qué pasará cuando no haya más ingresos derivados del petróleo. Además, están las minorías que son discriminadas, expulsadas del país o inducidas a rebelarse. Tenemos un Gobierno dispuesto a regir eternamente, pero que en realidad vive al día, pues ni él mismo se cree que vaya a estar ahí mañana.

Hoy, en mi séptimo día en Isfahán, tengo la impresión de que el aire va mejorando poco a poco. Obviamente, no es verdad; lo que sucede es que me he acostumbrado a este ambiente reseco, impregnado de gases contaminantes. Anteayer, cuando salimos de la ciudad, el exceso de oxígeno me produjo una migraña. La gente dice que el aire está tan viciado porque ya no hay un río que se trague el polvo. También cuentan que las enfermedades han aumentado: venía incluso en los periódicos. Al parecer, hubo protestas por parte de los campesinos, pero recibieron tantos porrazos que no han vuelto a atreverse a salir a la calle. Las pipas de agua que solía fumar cada noche en la tetería situada bajo el Si-o-se Pol, el puente de los treinta y tres arcos, con los pies casi en el agua, también están prohibidas: lo están en toda la ciudad. Es justamente en Isfahán donde impiden que la vida se ralentice un diez por ciento, lo cual es coherente, en realidad, pues lo que hay ahora ya no es vida.

Todo esto no se contradice con que en las antiguas casas del paraíso hayan abierto muchos restaurantes nuevos y bastante coquetos, como siempre había soñado. Quien acude a estos locales ha de tener dinero y familia. A los ricos hay que contentarlos con algún que otro privilegio extra: permitirles no llevar velo en la pista de esquí, donde están entre ellos, así como incluir una botella de agua —pero llena de vodka— en el menú más caro. Como ahora, además, se promueve el turismo, uno acaba visitando los lugares más representativos, donde desde hace poco te dan una audioguía, aunque solo está instalada en móviles usados. Nadie se interesa ya por el silencio de las callejuelas, por esos santuarios que pasan inadvertidos, por los patios traseros, por la ciudad como un territorio por descubrir a pie.

Pero volvamos a los narguiles. Los lugares donde fumar una pipa de agua solían ser un punto de encuentro para los jóvenes, ya que apenas había alternativas, y estoy hablando de sitios públicos. También solían reunirse a orillas del río, ese que hoy no existe o es tan solo un esqueleto. No importa si esto afecta a los pobres, que igualmente amaban el río; a la gente sencilla que venía de otras ciudades y acampaba en la orilla; a los hombres que, como consecuencia de esa supuesta igualdad, tampoco pueden ya fumar la pipa de agua en sus propias teterías tradicionales, reservadas para ellos. Si la cosa se pone fea, como en el caso de los campesinos, sacan las porras y listo.

Minuto a minuto, contemplo extasiado la cúpula de la mezquita de Lotf Allah. Me encuentro en un lateral, apoyado en la pared con la cabeza inclinada hacia atrás, minuto a minuto. Cuando me canso, miro a mi alrededor y siempre descubro algo nuevo, algo que me resulta igual de maravilloso, aunque no tanto como la cúpula, por eso vuelvo a inclinar la cabeza. Estaré cerca de media hora, probablemente una entera; por mucho que haya visitado esta mezquita, es mi primera parada cada vez que vuelvo. Soy incapaz de describir con palabras el motivo que la adorna; no es como un cuadro de Rembrandt o de Caravaggio: aquí no se despierta ninguna asociación. Lo que se despierta es el olvido. En cierto modo, la impresión que causa esta cúpula es mayor que la del firmamento divino. El cielo fabricado por el hombre no solo se compone de estrellas entre las que está la nada, cosa que produce miedo, terror y sigue siendo un misterio. El cielo fabricado por el hombre rezuma belleza en cada punto. Las estrellas solo son luces, mientras que el cielo fabricado por el hombre contiene mucho más: todo un jardín de figuras, líneas y colores.

Como queriendo elogiarme a mí como persona, un turista francés me dice en inglés que jamás había estado en una mezquita tan maravillosa. Opto por mentir y le cuento que suelo venir aquí cada cierto tiempo, sobre todo cuando el presente me resulta insoportable. Al parecer, ha interpretado que entiendo el inglés. El turista me pregunta por el río y le cuento todo, el desastre completo, todo mi dolor. Ya en la caja había hecho cola detrás de él. El turista preguntó al dependiente cómo se dice «gracias» en persa y obtuvo como respuesta una palabra muy complicada —aunque correcta, todo sea dicho—: «*sepasguzaram*». Intentó pronunciarla sin mucho éxito. Entonces le explico que los iraníes simplemente dicen «*merci*», sí, como en francés. El persa cotidiano incluye muchas palabras en francés, ya que Francia fue en su día la cultura de referencia para los iraníes, y París, el paradigma del ancho mundo. El dependiente, que en su casa dirá «*merci*», quiso enseñar una palabra en persa al turista francés, ya por patriotismo, ya por lealtad al régimen.



También le cuento al turista cómo era Isfahán cuando yo era pequeño. Al francés le cuesta creer que, en mi memoria, la ciudad fuera un solo jardín; de eso hace ya cuarenta años. Él es quien viaja, no yo. El viajero admira lo que ha quedado; el nativo añora lo que se ha perdido. ¿Y qué decir del viajero que regresa a un determinado lugar?

Uno empieza a olvidar. Deja de pensar y se vuelve una sola mirada, agradecida. No importa en qué detalle reparen los ojos: nada tiene un significado, «significado» en el sentido lingüístico. Todo junto es un símbolo... pero ¿de qué? Flores, cabría interpretar al principio, cuando uno todavía razona, un jardín. Pero también eso se olvida. ¿La creación? No, hasta eso es demasiado concreto; la creación es algo fabricado, hecho por alguien, no ha surgido por sí solo. Puestos a buscar equivalentes en un contexto occidental, escuchar a Bach, a Scarlatti, música barroca (¡misma época!) o algunas sonatas para piano de Mozart es lo más parecido a esa impresión que me produce Lotf Allah. Sin embargo, nada es equiparable a la delicadeza que la mezquita brinda a los ojos, aunque la cultura occidental sea eminentemente visual.

Después volví a pensar en algo, en un cuerpo, que también es perfecto, desnudo frente a ti, un rostro en el que todo encaja, hasta la cicatriz más diminuta, una simple mella, como el lunar de las miniaturas antiguas, pues la perfección inmaculada no sería humana. Tampoco esa vez pude despegar la mirada, no fui capaz de tocar la figura siquiera; aunque tuve la tentación, prevaleció el gozo de mirar, sin más. Un placer desinteresado, ¿sería eso? Es lo que me viene a la cabeza. Puede que algo de eso hubiera, aunque la expresión no sea correcta, pues no solo es demasiado abstracta, demasiado débil, demasiado aburguesada. Uno ansía poseer lo que ve, se consume por ello, quisiera sumergirse en esa sensación. Está hechizado. No es indiferente. Es feliz. Trato de recordar los motivos de la cúpula; veo ante mí el color de fondo, un amarillo prudente pero intenso, como el adobe cuando es bañado por el ocaso, y, sobre él, los demás colores, compitiendo por ver cuál brilla más. Pero esos motivos se han borrado de mi memoria: es como si se hubieran desvanecido en el aire, y así habría sido también aunque me hubiese pasado otras dos horas mirando la cúpula. Retenerla, descifrarla: solo habría sido posible si hubiera salido del presente; si me hubiese puesto a escribir en la mezquita o si, sentado al escritorio, hubiera echado mano de algunas fotos. Al menos hay un magnífico análisis de la cúpula en el libro de Henri Stierlin sobre Isfahán, y es probable que existan otros. Sin embargo, el suyo es un proceder distinto, igual de importante y *a priori* posible: se trata de entender. El otro solo consiste en mirar. Nada de entender; solo mirar, apenas una hora en mi caso, o más bien menos. No he mentido al francés: para mí, es una especie de combustible, pues después me siento revivir; esta vez, ni siquiera tuve la necesidad de cruzar hasta la mezquita del sha, que es mucho mayor e impresiona más de entrada; de niño, me gustaba más la mezquita del sha.

El francés me invitó a tomar un té y hasta estaba dispuesto a convencerme cuando decliné amablemente su oferta. Siempre que voy de viaje, también yo intento conversar con la gente del lugar, sobre todo si, como es mi caso, tienen algo que contar y son capaces de traducirlo. Habría encajado bien en el viaje de ese francés. También yo habría hablado conmigo.

Estoy sentado junto al río: he querido enfrentarme a él, al que ya no existe. La gente sigue paseando por la orilla, aunque no tanto como antes, o eso creo. Veo a señores mayores, con el pelo blanco o con gorra de visera, todos afeitados, sentados siempre de tres de tres. El cántico de

uno de ellos llega hasta mis oídos: es antiguo. ¿Cómo sabrá uno que se está muriendo? ¿Y todo acabará muriendo alguna vez, cualquier civilización, también una que cuenta ya cinco milenios? Solo lo sucedido es hermoso; nada nuevo lo es. Dios mío, esto sí que suena un poco sentimental. Pero no sucede lo mismo en todas partes, no era así en el antiguo Irán y tampoco es así en otro lugar. Esto ocurre únicamente allí donde algo no continúa, donde no continúa vivo, quiero decir, donde deja de fluir.

Visito a un percusionista descendiente de una familia de místicos cuyo árbol genealógico se remonta a la Edad Media. Casi todos los miembros de la orden viven hoy en Europa, ya que los monasterios derviches que existían hasta hace diez o quince años fueron completamente abandonados, destruidos, requisados. No dejaban de ser unos edificios discretos, situados a las afueras de la ciudad, unas viviendas modernas con habitaciones a modo de salón en las que hombres y mujeres se reunían por separado, pero en condiciones de notable igualdad. Allí vivía con su familia el *pir* o maestro sufi, que no solo predicaba los días festivos. Cuando no fueron ejecutados, muchos de estos místicos acabaron en la cárcel; todo ello bajo el régimen de Ahmadineyad, cuya devoción popular chií no es precisamente tradicional, sino que se caracteriza por sus miles de *emamzadeh* o tumbas para los familiares de los imanes, de la existencia de las cuales nadie tenía constancia hace quince años. También se rinde culto a una fuente situada al sur de Teherán en la que, supuestamente, ha de aparecerse el Mahdi, el mesías chií, que de pronto vuelve a ser recordado, con lo cual la fuente se convierte de buenas a primeras en un centro de peregrinación al que los pobres acuden en autobuses, un lugar con kebabs y Coca-Cola, todo gratis. Supongo que junto a la pista de aterrizaje del mesías ya habrán instalado la feria.

Sea como fuere, este hijo de místicos se ha quedado en Isfahán. Ellos siguen reuniéndose en casas particulares, pero como hijo y, por tanto, depositario del cargo de *pir*, el percusionista prefiere no asomar por allí: es demasiado peligroso. Ahora tiene otros proyectos: está pasando su antigua herencia a un formato multimedia. Aunque sigue tocando el tambor, ahora acompaña a un conjunto de chicas jóvenes que se han subido al carro de los sintetizadores. Utilizan tambores nuevos, fabricados *ad hoc*, y hasta castañuelas, todo ello amenizado con fotos de paisajes proyectadas en una pantalla y animaciones por ordenador... Al menos, los versos de *El libro de los reyes* son recitados correctamente por uno de los mejores narradores de Isfahán. Las chicas también se mueven, mecen el cuerpo acompasadamente, se ponen en pie, unas bailan alrededor de otras mientras tocan el tambor, aunque todo resulta un poco forzado. Lanzan los instrumentos al aire como hacían los místicos sin querer. A ellos, simplemente, se les escapaban de las manos: sucedía así, sin más. Es bueno que el percusionista quiera transmitir su legado a los jóvenes; es un cometido importante. Que haya incluido a estas chicas en su proyecto lo convierte en una provocación, y eso también es positivo. Pero no es fácil de soportar si lo comparo con el modo grandioso, inconfundible y extático en el que él y sus hermanos solían tocar, acompañados por músicos tradicionales, todos ellos más o menos místicos, hoy residentes en Europa.

Tras este concierto privado, el percusionista nos pregunta qué nos ha parecido. Como no quiero ser descortés, respondo que la música que tocaba antes me hacía viajar hacia dentro, mientras que esta de ahora me genera miles de pensamientos; es la misma diferencia que existe entre la cúpula de Lotf Allah y Caravaggio, que, por cierto, son coetáneos —me digo—, solo que

un espectáculo multimedia con tambores y una sinfonía de sintetizadores en *playback*, obviamente, no es un cuadro de Caravaggio. Por suerte, al percusionista le sugiere algo mi reflexión y continúa desarrollándola. Así es, la música que hacía antes iba hacia dentro, mientras que la de hoy va hacia fuera. «Todo a su debido tiempo», me dice. Hoy sería incapaz de viajar hacia dentro: su orden está en el exilio y él mismo está separado de los místicos que se han quedado; está lejos del rito. Sin embargo, no dejo de percibir cierto pesar en sus palabras, pues parece ser consciente de que la tradición no se puede reproducir en un formato multimedia.

Cuando falleció su padre, el *pir*, llevaron su cadáver a Isfahán. El percusionista recuerda que, como hijo, lo citaron un mínimo de diez veces para declarar. En una ocasión, la sala estaba llena de funcionarios de las fuerzas de seguridad. «Pero si ya está muerto —les dijo el músico—. ¿A qué viene todo esto?» A las autoridades les preocupaba el entierro: querían conocer de antemano todos y cada uno de los detalles antes de conceder el permiso; hasta querían saber qué iban a poner en la lápida. Tras rechazar todas las inscripciones propuestas por el percusionista, ya que cualquier palabra escondía alguna alusión y el propio nombre del difunto despertaba numerosas asociaciones, el hijo acabó cediendo y aceptó encargarse de una lápida en la que no pusiera nada, ni siquiera el nombre, nada de nada; solo la piedra desnuda. Uno empieza a olvidar. Pero ni siquiera eso fue suficiente para las autoridades. Tras citarlo diez veces, al menos diez, autorizaron el sepelio; el percusionista había aceptado las condiciones para, al fin, enterrar a su padre. Y fue entonces cuando, estando en el cementerio, los místicos sacaron de repente sus *daf*, esos enormes tambores planos de sonido tan nostálgico, y empezaron a bailar. Todos los miembros de la orden que se habían quedado en Isfahán y mucha gente humilde se sumaron al baile. Las autoridades no habían contado con eso; ni siquiera habían imaginado que se pudiera bailar en un entierro. No hubo suficientes policías para confiscar todos los tambores, ni tampoco les dieron instrucciones al respecto. El padre fue enterrado entre bailes.

En la siguiente declaración, casi con curiosidad, preguntaron al percusionista qué había significado todo aquello. ¿Cómo, así, habían bailado en un entierro, por qué ese concierto? El músico respondió que no había sido un concierto, sino algo que vino de dentro, la prolongación de un sentimiento. No estaba previsto; en cierto modo, fue un placer desinteresado. Cuando los penitentes chiíes se golpean la espalda con cadenas o se dan puñetazos en el pecho durante horas hasta alcanzar el éxtasis, eso no deja de ser un movimiento. «Sí, claro —respondieron los policías—, pero eso es distinto: es producto de la tristeza.» «Así es», replicó el percusionista, solo que en su caso bailaron en lugar de golpearse, transformaron los golpes de pecho en ritmo, en belleza, en agradecimiento a la vida que Dios nos regala y nos vuelve a quitar, al aliento con el que el Señor habla a los hombres y escucha sus plegarias. Uno empieza a olvidar.

Apoyado en el tronco de un árbol, me llevo el talón al trasero para estirar el muslo cuando oigo a mis espaldas una voz que grita: «*Juda quwat bedeh*» («¡Que Dios te dé mucha fuerza!»). Es una expresión amable, como lo son las personas con las que me cruzo cada mañana cuando salgo a correr. La gente te saluda y sonrío, cosa que no percibo en las calles durante el resto del día, ni mucho menos en Teherán. En Teherán, uno observa a lo sumo desde el coche, que es donde el visitante se pasa la mayor parte del día, y ve más disputas que rostros sonrientes: tal es el estrés que padece la gente. Pero las palabras que me dirige ese anciano no solo son amables, sino que hay algo más: es

algo sutil, una especie de aliento acompañado incluso de cierto reconocimiento, al tiempo que me recuerda que la fuerza, en último término, procede de Dios. ¿Se tratará, entonces, de una ligera burla al verme estirando y vestido con ropa extraña, lo cual alguien humilde como él jamás haría? Sí, puede que haya algo de sorna, aunque siempre sutil, claro está, apenas perceptible, como cuando nos reímos de un familiar o de un amigo. Reconocimiento, ánimo, advertencia, recordatorio, burla: todo eso con solo tres palabras dichas de pasada.

El saludo como tal sigue siendo obligatorio. Hasta dos personas que se encuentran en mitad de la nada, que puede ser perfectamente la orilla de un río que discurre por la ciudad esa mañana, se saludan. El mismísimo Profeta dijo que el único motivo admisible e incluso obligatorio para interrumpir un rezo era el saludo. Para que no lo molestáramos durante la oración, mi padre nos decía de pequeños que, cuando uno está rezando, debe dejar hasta que un ladrón entre sin ser visto. Yo siempre me preguntaba si no bastaría con saludar al ladrón para, así, impedir el robo. El caso es que el anciano podría haber utilizado otras mil expresiones que habrían dejado el saludo en un plano más general; podría haberle dado mil matices distintos gracias a las posibilidades que sigue ofreciendo el persa cotidiano y, en particular, el vocabulario religioso. Premeditado o no, lo que dijo fue «que Dios te dé mucha fuerza» al ver cómo yo trataba de recuperarla. Al adelantar al anciano poco después, le deseo que tenga un buen día; sé que se alegra, puedo sentirlo a mis espaldas. Menos mal que estos señores modernos siguen dominando las normas de cortesía y conocen las advertencias del Profeta.

«Las superficies tienen una rítmica y los espacios y los volúmenes una oscilación que dotan de encanto a Isfahán», escribió Henri Stierlin en 1976.

La ciudad acoge al visitante como una gran aventura y lo cautiva con su juego eterno de luz y sombra, con un movimiento continuo, como si inhalara y exhalara, como si saliera corriendo y se detuviera, como si sus volúmenes se estrecharan antes de estallar en todas sus dimensiones. [...] Mientras en Occidente el suelo es el único plano de referencia sobre el que se erigen las construcciones, que se puede ensanchar o estrechar en forma de plazas y calles, el urbanista persa crea múltiples variantes a partir de distintos planos que invitan a descubrir efectos inesperados y contrastes geniales. Dichos planos se diferencian, de hecho, claramente entre sí cuando uno piensa, por un lado, en el desorden del bazar, encerrado en sí mismo y sumido en la penumbra, y, por otro, en el mundo libre que se abre sobre los tejados, desde donde la brisa vespertina que envuelve el espeso follaje insufla un hálito de paz bajo la infinitud estrellada de la bóveda celeste.

Y, sobre las mezquitas:

Para finalizar, puede decirse que la mezquita persa, con su patio que imita al Jardín del Paraíso; con sus cuatro ivanes a modo de grutas frescas, de cuyas stalactitas parece gotear el agua, como si de la fuente eterna de los cuatro ríos del jardín del edén se tratara; con la bóveda celeste que se refleja en el líquido imperecedero del estanque purificador y acoge al universo entero en su esfera cósmica, y, finalmente, con su cúpula, que se asemeja al árbol de la vida por su espeso follaje, que regala sombra y perpetuo frescor; que esta mezquita evoca la morada de la eternidad, tal y como la contemplan los místicos del islam chií. Y esta reinterpretación de un lugar de culto solo es posible gracias a la policromía de la espléndida ornamentación mayólica. Esta sinfonía de color es lo que dota a la mezquita de una inagotable riqueza simbólica que anuncia la riqueza del paraíso.

Cojo la vieja bicicleta de mi primo y recorro la orilla del río que ya no existe. Tal vez esta sea la verdadera razón de que todo durante mi estancia me resulte triste. Mis amigos de Teherán no se mostraban tan desesperanzados; me señalaban nichos alternativos que están surgiendo por todas partes y apuntaban al cambio inevitable y hasta acelerado que se está produciendo bajo la

superficie. Siempre me pregunto de qué superficie hablan. El río pesa sobre mi ánimo, eso sí que lo noto, y pesa sobre el ánimo de Isfahán. De un modo consciente o inconsciente, también pesa sobre las conversaciones entre familiares, en las tiendas, en el taxi. En Teherán no tienen maravillas semejantes que puedan ser destruidas: allí, todo lo nuevo lo tiene más fácil. Pedaleo y pedaleo bordeando unos parques que se han vuelto superfluos, continúo hasta que el carril oficial muere, tras toparse con el antiguo templo del fuego. Dudo si ascender al templo de los zoroastras y contemplar Isfahán desde lo alto, desde un tiempo muy remoto. Finalmente, renuncio a subir, pues ya me siento lo bastante melancólico. Prefiero seguir exponiéndome al río que ya no existe. Continúo pedaleando por una pista de grava y sigo más allá aunque la pista termine. Antes, habría sido imposible pasar de la enorme fábrica, cuyas instalaciones se adentran en el antiguo río, pero hoy el camino se prolonga y atraviesa bosquecillos, cruza los campos y vuelve a discurrir por senderos entre rebaños de ovejas acompañados de sus pastores, que recuerdan a los de las viejas películas italianas en blanco y negro, pues llevan sus mismos cayados.

Sorprende lo poco que se tarda en salir de una ciudad masificada, con sus autovías y esos bloques de apartamentos alrededor de los cuales, en muy poco tiempo, han surgido barrios enteros. Es precisamente en los antiguos márgenes de la ciudad donde Isfahán resulta irreconocible. Donde antes había desierto, hoy se encuentra un centro comercial; donde antes había una plantación de frutales, hoy se erige un parque de atracciones. Cuando recorro el Rin en bicicleta, pronto llego a Porz, Niederkassel, Bad Honnef y otros municipios próximos a Colonia. Aquí, uno tiene que ir abriéndose paso; a veces, toca cargar con la bicicleta o cruzar el lecho del río para saber si hay algún sendero en la otra orilla. Transcurridos tres cuartos de hora, se accede a una zona preindustrial, aunque en el ínterin se pasa junto a una fábrica que data de la época del sha y que, obviamente, también se ha quedado obsoleta. A lo lejos se divisan las nuevas ciudades dormitorio, probable quintaesencia de la desolación. Esto es algo que tampoco suele aparecer en la biografía de mi generación si es exclusivamente occidental; no solo se trata de la guerra, la revolución, la falta de libertad, el miedo, la tortura, los escritores asesinados, la necesidad más extrema, la huida, el destierro, la fuga de cerebros, las llamadas internacionales como el medio más habitual para comunicarse en el seno de una familia, el soborno como forma normal de tratar con las autoridades. En Irán pude conocer un mundo similar al que precedió a la Revolución rusa, con esas enormes diferencias de clase que parecen cimentadas, con una burguesía cosmopolita y unos pueblos sin luz ni agua corriente, a solo unos pocos kilómetros de mi casa.

Continúo pedaleando sin cesar, pero hago una parada en un pueblo ahora convertido en una ciudad llena de letreros. En uno de los puestos vacíos que sirven comida rápida, me tomo una hamburguesa que no está tan mal; la versión casera lleva un suplemento de treinta céntimos. El cocinero siente curiosidad al verme: alguien de clase media, con gafas de intelectual, desaseado y hambriento, lejos de la ciudad, con un acento extraño y una bicicleta antiquísima, de esas que ya solo usan los pobres y, sobre todo, los campesinos, mientras que los jóvenes, los ricos y los modernos disfrutan de sus bicicletas de montaña. No le doy ninguna explicación: ¿por qué habría de hacerlo? La sensación de misterio será más duradera que el ofrecimiento de una resolución banal. Atravieso zonas que no han cambiado desde que era niño: veo burros, carros tirados por caballos, campesinos en bombachos, mujeres con vestidos abigarrados que cultivan el campo; también hay agua y fuentes de las que esta mana para regar los campos mediante pequeños

canales, e incluso agua que fluye a borbotones; en un sitio en concreto, hay tanta que la gente acude a lavar los coches. Así que sigue habiendo agua, no lejos de Isfahán, en el suelo, no en el río; agua que previamente se bombea y se saca de otro lugar.

Sigo y sigo pedaleando; pese al río o precisamente por él, no puedo parar. En esta zona no era muy profundo, dos metros a lo sumo, a las afueras de Isfahán ni siquiera es especialmente ancho; para los coloneses, más bien sería un riachuelo. Lo dicho, el desierto que lo rodea lo hacía tan valioso, tan bello... con esas montañas en el horizonte bajo el sol vespertino donde no crece una sola planta. No hay otra ruta en bicicleta más hermosa que la que recorre el río; o no la habría si este siguiera existiendo. De pronto, observo a dos familias que están haciendo un pícnic en mitad del río; uno de los dos matrimonios ha discutido: él se aleja corriendo, mientras que ella, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, rompe a sollozar. El resto intenta mediar o consolarla. Un pícnic montado sobre un esqueleto no puede acabar bien. Continúo más allá —es una distancia imprudente, pues debería regresar a Isfahán antes de que anochezca— hasta que, de repente, un clavo me pincha la rueda: es un señor clavo.

Por suerte, aquí la gente sigue yendo en bicicleta; también en los pueblos que todavía merecen ese apelativo suele haber alguien que se dedica exclusivamente a reparar bicicletas. A base de preguntar, llego hasta un anciano que está arreglando la rueda de otro chico; parece que hoy se le acumula el trabajo. Al anciano no se le ocurre preguntarme si tengo prisa y, en mitad de este páramo, no sé muy bien cómo expresar la idea de premura. Está bien: si es necesario, pararé alguna camioneta para no tener que pedalear a oscuras por una carretera comarcal. Así, me armo de paciencia y espero de pie frente al anciano, que está sentado en un bidón vacío. Observo sus movimientos, que, pese a haberse ralentizado con la edad, siguen siendo hábiles. El agujero es enorme, se detecta a simple vista, pero ¿dónde estaba usted mirando, señor mío? Como si se moviese al ralentí, el anciano corta un trozo de látex y lo pega escrupulosamente sobre la cámara; después, utiliza un cubo de agua para comprobar repetidas veces que no sale aire. El arreglo me cuesta tres mil tomanes, que equivalen a setenta y cinco céntimos de euro. El viejo no quiere aceptar ni un solo tomán de propina, y eso que los precios en la ciudad casi equivalen a los europeos, mientras que los ingresos tal vez se reduzcan a un quinto o a un octavo, si no menos. Mi trabajo es dar la vuelta a la bicicleta y volver a pedalear. Calidad suprema, me dice el viejo: es un modelo inglés, tendrá unos cuarenta o cincuenta años. De los que ya no se fabrican.

Cuando vuelvo a pasar junto a los parques, veo cada pocos metros un grupito de gente fumando narguiles; también los hay mixtos o solo de mujeres jóvenes, aunque en todas partes hay carteles que los prohíben —los narguiles, quiero decir, aunque es probable que la restricción también se aplique a los grupos mixtos—. Otra de las actividades que se prohíben es nadar, lo mismo que hacer fuego y acampar, por supuesto, por no hablar de dormir al raso. Así es, dormir se prohíbe expresamente; uno puede, a lo sumo, tumbarse en el césped. ¿Y qué pasa si se te cierran los ojos? Reír no está prohibido, o al menos no lo pone en ningún letrero.

Mientras recorremos las montañas situadas al este de Isfahán en busca de los últimos pueblos armenios, que resultan ser tan insulsos como el resto, pues no tienen nada de pintoresco ni parecen especialmente pobres —con la salvedad de que las mujeres que están sentadas a las puertas de unas casas que parecen más bien barracones no llevan velo—, incluso mis tías se sorprenden de

lo poco que se ha avanzado en los últimos cuarenta años. El panorama es el mismo que recordaba de cuando era niño, igual de miserable, excepción hecha de los cables eléctricos que, por aquel entonces, faltaban en algunos sitios, de los colegios que hoy llegan hasta el valle más recóndito y hasta las estepas más lejanas, y de los canales que emiten vía satélite desde el exilio, por los que uno se entera del caso del recitador próximo al líder: menudo sinvergüenza. ¿Acaso la revolución no se hizo para ellos? No, no fue para los que se quedaron en los pueblos, sino para los nuevos urbanitas; no fue para la población rural, sino para quienes huyeron del campo, es decir, para quienes reclamaban al fin respeto y su parte proporcional de bienestar. Ellos eran la masa revolucionaria y siguen siendo su núcleo. El campo nunca ha tenido nada que decir en Irán. A escasos ochenta kilómetros al suroeste de Isfahán, vemos asentamientos nómadas, auténticas tiendas de campaña. En la gasolinera nos cruzamos con unas mujeres cuyo idioma es incomprensible incluso para mis tías; visten unas túnicas maravillosas y llevan las manos tatuadas. Es evidente que la revolución no se hizo para ellas, que aún lucen colores discretos, se blindan contra todo tipo de progreso y, con ello, contra todo tipo de ideología, pero también contra la emancipación y contra cualquier novedad, sin importar de qué se trate.

Hora de montar a caballo. Como queremos que, en la medida de lo posible, también nuestra hija pequeña asocie cosas bonitas con Irán, hemos decidido que, durante el resto de tardes que nos quedan en Isfahán, haremos el esfuerzo de tomar un taxi para llevarla a la escuela de equitación, una hora de ida y otra de vuelta. Al menos, el picadero está en un lugar tranquilo, casi idílico, que podría ser un bosque si quitáramos los cercados. Además, tienen cafetería, aunque las pipas de agua solo figuran en la carta. También hemos comprado un casco para nuestra hija, pese a no estar seguros de que quepa en la maleta.

La profesora es una chica joven, de unos veintitantos años, delgada, con un rostro muy bonito. Viste una camisa larga y una sudadera de estilo desenfadado; el velo, como es habitual, comienza justo tras la raíz del cabello. Su voz es firme, y la chica se enreda con el móvil cada dos por tres. Primero, la vemos dando clase a un alumno, lo cual impresiona ya de por sí: tanto la autoridad inequívoca de ella como la disposición de él a aceptarla. Pero bueno, el alumno también es joven —será unos pocos años mayor que ella— y pertenece, por tanto, a la misma generación, sorprendentemente emancipada, al menos en el entorno de la clase media. El tono en el que la profesora se dirige a mi hija, que no habla tan bien persa y que, además, se ha puesto nerviosa al ver a ese enorme animal blanco, me parece correcto desde el primer momento: claro, firme, motivador. Al mismo tiempo, está enseñando a otros dos hombres adultos que ya saben montar. Mi hija, por el contrario, se limita a mantenerse erguida en su caballo mientras la profesora lo hace trotar en círculos sujetándolo desde el centro. Después, al ver que sigue bien las instrucciones, ella y el animal quedan en manos del ayudante de la profesora, también mayor que esta. Me llama la atención la firmeza con la que la chica va dando las instrucciones, la suavidad con la que se dirige a mi hija y la contundencia que emplea con los hombres. Antes, e independientemente del contexto, era inconcebible que una joven utilizara ese tono, sobre todo porque los otros dos alumnos, aunque no son intelectuales, tampoco es que sean unos niños pijos, sino que, por como visten, por sus ademanes y sus voces, más bien parecen unos hombretones a la antigua usanza, especialmente uno de ellos que va sin afeitar, viste una chaquetilla de chándal y luce una tripa que

puede ser tanto cervecera como producto de los kebabs. A un lado del cercado está su propio sirviente, al que ordena que le traiga la fusta de alguna parte (del coche o del vestuario, qué se yo), pues el caballo ha dejado de obedecerle (cuando ya ni las mujeres lo hacen). Deduzco que provendrá de un entorno tradicional de comerciantes, aunque no necesariamente fiel al régimen... De hecho, me pregunto si habrá alguien que lo sea. La cuestión es que este tipo acata las órdenes de la profesora sin rechistar y se limita a sonreír algo desconcertado o con aires de superioridad cuando ella, a más de cincuenta metros de distancia, le explica con sorna que un caballo no puede entender dos órdenes simultáneas como son impulsarlo con las piernas y tirar de las riendas. ¿Cómo va a funcionar? La profesora le pide que piense por un momento. En tiempos remotos, tuvo que haber mujeres iraníes seguras de sí mismas: reinas, princesas, poetas, místicas, exégetas del Corán, etc. Ya en el siglo XIX hubo mujeres feministas y también madres que, incluso en el seno de familias religiosas, no aceptaban órdenes de sus maridos. Sin embargo, la naturalidad con la que esta joven instruye a dos hombres claramente mayores que ella mientras consulta el móvil, así como su tono casi autoritario pero siempre elegante y acompañado de una sonrisa de ligera superioridad, no habrían sido imaginables hace una generación, del mismo modo que en ese entonces no había mujeres taxistas, empresarias ni treintañeras solteras entre cuyos planes no está casarse, sino que prefieren disfrutar de su independencia. Esta es la gran revolución a la que se refería el editor de la revista literaria, esa que acabará con el actual sistema: los jóvenes y, desde ya, las mujeres.

Un pueblo hecho de adobe en mitad del desierto. Junto a unos mochileros venidos de Europa —me pregunto si también nosotros tuvimos en su día esa pinta—, iraníes de clase media más bien extrañados, todos en activo, con y sin niños, desde autoestopistas hasta remilgados pasando por pijos: todos ellos mezclados con los habitantes del desierto, acostumbrados a una clientela de lo más diversa. Como si el oasis fuese su jardín privado, las visitantes deciden quitarse el velo, las iraníes antes que las europeas, que imitan a las primeras tras interrogarlas con la mirada. Además de una cuestión de comodidad, es, sobre todo, un gesto que implica recuperar un espacio de libertad, al margen de lo que suceda en la política o de lo que no sucederá hasta nuevo aviso. Los velos no se resbalan por sí solos hasta tocar los hombros, sino que se quitan de golpe; el proceso es distinto. A los lugareños no parece importarles, siempre y cuando les compren sus mazorcas asadas, las patatas cocidas, el sirope de dátiles y la salsa de granada, además de los objetos de rafia.

El pueblo se conserva en buen estado, con sus callejuelas demasiado estrechas para que pasen coches, sus pasos subterráneos y sus *badguir* o torres de viento, que suministran aire fresco a las casas. Muchos edificios han sido reformados y acondicionados como hospedaje, con un patio interior en el que no hay muebles; solo alfombras y cojines. A ratos da la impresión de que los mochileros europeos estuviesen más acostumbrados que los habitantes de Irán a sentarse, comer y dormir en el suelo. Bueno, no todos, máxime si pienso en los dos berlineses que nos contaron lo mucho que les había costado justificar su viaje frente a amigos y conocidos. Su lado hípster no está tan desarrollado como cuando acuden a esos bares que se han puesto de moda después del trabajo. Esto se advierte porque ambos se sientan con las piernas estiradas y se acercan el plato a la boca en lugar de cruzar las piernas y aproximar el cuerpo al plato, como hacen los más



flexibles. En cualquier caso, la mezcla es extraña y disparatada; solo por eso merece la pena dormir aquí, sobre todo si uno domina los dos idiomas, el extranjero y el local, aunque los iraníes y los hípsters de Berlín casi se sienten igual de extraños.

Curiosamente, son los iraníes, que al parecer solo viajan en grupos pequeños, quienes más se hacen notar, ya sea por el volumen, por su alegría o por esa actitud de quien llega a un pueblo con ciertos aires de grandeza. Los mochileros, por el contrario, están habituados a adaptarse a las circunstancias. Tal vez deberían haber cuidado un poco más la vestimenta, pero seguro que nosotros, cuando fuimos mochileros, hicimos lo propio. El único idioma que ni siquiera yo entiendo es el dialecto local. Aunque fuese zoroastra hasta hace tres o cuatro siglos, el pueblo se ha islamizado por completo. Sin embargo, según nos explica con cierta resignación el jefe de la empresa de taxis que nos lleva hasta el lago salado, es un islam más bien seco, que no tiene nada de místico, en el que la música solo suena en las bodas, pero, por lo demás, todo es duelo. A la pregunta de cómo se posiciona la gente frente al sistema, el taxista responde que todos van a votar porque temen perder su pensión u otras ayudas del Estado si les falta ese sello en su carné de identidad, aunque muchos votan en blanco. «¿Están en contra del régimen?», le pregunto. No, son neutrales. Lo pienso por un instante: eso de ser neutral me parece muy original. Aquí, como en todas partes, solo quedan los viejos; todos los jóvenes se han marchado. El turismo es lo único que ha creado algunos puestos de trabajo: los fines de semana, vienen unos cuarenta o cincuenta autobuses diarios que hacen parada en el nacimiento del oasis. Luego están los que se alojan en los hoteles, pero, más allá de esto, no hay nada aparte de palmeras datileras y granados.

Todo el turismo se debe a un señor de barba y pelo largos, el único que lleva la vestimenta tradicional. Acompañado de su mujer, que es medio francesa, regresó al pueblo natal de su padre hace diecisiete años para ser el primero en reformar una de las viejas casas de adobe y convertirla en una posada. Entretanto, hay otras sesenta solo en esta zona, nos dice orgulloso Maziar, al que todos aquí aprecian y respetan como si fuese una autoridad en el pueblo. Su voz grave y estentórea, sus manos recias y su enorme porte, casi desmedido, además del cabello alborotado, bastarían para granjearse el respeto de los vecinos: ni siquiera harían falta todos los empleos que ha creado. Maziar se queja de que los veranos son insoportables, ya que pueden llegar a cincuenta y cinco o sesenta grados. Él prefiere pasarlos en Europa con su mujer y su hijo de nueve años, también con la idea de que el niño no olvide su otra lengua.

Es bueno que los iraníes comiencen a descubrir la belleza de sus paisajes y de su pasado; las posadas tradicionales, las teterías, las casas típicas y los pueblos de adobe se están poniendo de moda, al igual que las excursiones a parajes naturales. Esto evita que algunos habitantes de estos pueblos emigren a una ciudad superpoblada, sirve como sustento para unas cuantas familias, impide que derriben unas cuantas casas más y hace que construyan unas cuantas ciudades dormitorio menos (no, esto último no es más que una ilusión por mi parte, el agroturismo nunca creará tantos puestos de trabajo como para impedir la construcción de una sola ciudad). El hermano de Maziar, que es igual de grande que él pero no lleva barba, ha abierto una tetería, donde además toca el tambor por las noches; el resto del tiempo, suena música persa tradicional grabada estilo *maqam* y, a veces, otro tipo de música étnica. Las esposas de ambos hermanos hacen gala de esa maravillosa combinación entre haber conocido mundo y sentirse igualmente unidas a su lugar de origen. Las dos son amabilísimas y se muestran resueltas al tiempo que son discretas y te ayudan, sin necesidad de abrumar. Puede que, bajo el régimen del sha, se hubiese

dado la oportunidad de combinar esa apertura hacia el mundo con la sensación de pertenencia a un determinado lugar; la posibilidad de explicar, gracias a lo que hay fuera, el valor de lo que hay dentro. No en vano, los gobernantes de ese periodo se habían formado en Europa. Sin embargo, los viejos pueblos de adobe fueron ninguneados, la agricultura se destruyó, y, con ella, también el modo de vida tradicional; en las teterías solo quedaron los muchachos, mientras todos los demás anhelaban viajar a Occidente o regresar a algo que nunca existió. Hoy, lo único que queda es este reducto etnológico, que sigue siendo mejor que las ciudades dormitorio y, en cualquier caso, digno de ser conocido en todo el mundo. De hecho, Irán ocupa el primer puesto en la lista de destinos de Studiosus, una de las principales agencias alemanas que organiza viajes culturales, o eso nos dice uno de los clientes alemanes del hotel.

El joven mozo que se ocupa de todo —el equipaje, las cabras y los camellos, los huevos del desayuno y el té— es, además, muy cariñoso con nuestra hija, que se ha entendido a la perfección con la hija pequeña de la ayudante de cocina. Así, la chica ha comenzado a hacer de canguro y echa una mano en casa. El mozo se pregunta de dónde sacarán los europeos tanto tiempo para viajar; él no ha salido del pueblo en toda su vida, y tampoco ha tenido nunca un día libre. Trato de explicarle cuál es la esencia del turismo de mochila y las posibilidades económicas de quienes lo practican, es decir, que pasar cuatro semanas en Irán con el vuelo incluido cuesta menos que viajar dos semanas por Europa. El mozo reconoce haber notado que a algunos turistas les molesta que no se sirva alcohol, aunque, a cambio —si he entendido bien las insinuaciones de los berlineses—, es más fácil conseguir hierba de buena calidad. Cuando el mozo me pregunta qué deberían hacer para atraer a más turistas, le explico que lo que los retiene no es tanto la falta de alcohol como el uso del velo. También le expreso mis reservas al respecto, ya que el turismo de masas puede desfigurar un país. Las personas que viajan por Irán tienen un interés sincero. Si los turistas pudiesen hacer lo que quisieran, todo se reduciría a irse de fiesta, lo cual perjudicaría a la cultura del pueblo. El mozo me da la razón y dice que eso mismo ha ocurrido en Mesr, la aldea donde comienzan las dunas y último grito en destinos turísticos, donde ahora todo gira en torno a la borrachera. «¿En serio?», respondo. Por improbable que sea, imagino por un instante toda Mesr repleta de británicos llegados en aviones de easyJet, aunque el mozo me aclara enseguida que se refiere a iraníes que se van de fiesta a esa aldea.

Hasta ahora, no había obtenido una panorámica semejante de ningún desierto, una vista de casi trescientos sesenta grados. Con el cuatro por cuatro del propietario del hotel —el de larga barba y largos cabellos— nos hemos adentrado en las dunas que bordean el desierto de Kavir, esa nada de ciento cincuenta kilómetros de ancho y cuatrocientos de largo que se extiende al noreste de Irán, donde no hay un solo oasis ni rastro de vida humana, sino únicamente cuatrocientos por ciento cincuenta kilómetros de llanura parduzca y pedregosa (no olvidemos que, al sureste de Irán, está el desierto de Lut, aún mayor). En mitad de este colorido paisaje se erigen dos colinas alargadas de piedra caliza. Las dos laderas que no se miran ascienden suavemente, mientras que las dos que se encaran descienden con un perfil más escarpado, formando el llamado «trono de la princesa» y otro más. Desde la cima se ve un mundo tan distinto, singular y extraño como si estuviésemos en la Luna: esa roca que emerge del paisaje, a unos diez o veinte kilómetros; la sierra que queda al sureste y que en invierno estará nevada; esas dunas que parecen casi artificiales, como animadas

por ordenador; los barrancos que, cuando llueve, se convierten en ríos; los surcos que recorren la arena, la arenisca, la caliza; esos matices que van del blanco al dorado, sombreados con precisión extrema, moteados por arbolillos escuálidos, hirsutos, de un verde temeroso, y, en la vertiente que se abre hacia el horizonte, la llanura infinita. El silencio es absoluto, casi se puede escuchar; no se oye un solo animal, no sopla ningún viento, esto es: la nada. Surge el deseo espontáneo de no volver a ver una obra hecha por el hombre, ni siquiera una obra de arte, pues no puede haber nada más hermoso que este cuadro sin marco.

Maziar fue alfarero en Teherán y, más exactamente, maestro de alfarería, ya que formó a varios ceramistas. Cuanto más ruidosa se volvió Teherán después de la revolución y cuanto más se complicaron las circunstancias políticas, mayor fue su deseo de estar cerca de la naturaleza, cerca de la fuente y también de lo propio en lugar de emigrar, como hicieron muchos de sus amigos. A los siete años, visitó por vez primera el pueblo de su padre, que se había mudado a Teherán para estudiar aeronáutica. Desde el principio se sintió bien en el pueblo, siempre mejor que en la ciudad, aunque por entonces no había luz ni agua corriente y no había una sola carretera asfaltada, con lo cual el viaje duraba días. Más de mil personas vivían en construcciones de adobe; jóvenes y viejos que hablaban su propio idioma, vestían su propia ropa, tenían sus propias costumbres y vivían de lo que cultivaban. Así es como Irán se autoabastecía hasta hace algunas décadas a pesar de la sequía, y hasta importaba alimentos como cereales y pistachos. El país era conocido en todo Oriente por su sabrosa fruta. Después fue llegando el progreso, primero lentamente y luego como un torbellino tras la revolución, que aspiró a llevar las bendiciones de la civilización moderna a todos los iraníes, y no solo a la clase media. Hoy, Irán importa más del noventa por ciento de los productos.

Maziar reconoce que, cuando un hijo está enfermo, es bueno que haya un médico. También es bueno que haya un teléfono para llamar al médico, una carretera que te permita llegar al hospital en pocas horas, medicamentos. Claro que la gente desea que haya avances: televisores, frigoríficos y todo lo demás. ¿Qué derecho tiene nadie a impedirselo? Al margen del autoabastecimiento —insiste Maziar para no parecer nostálgico—, la gente ya tuvo que pasar bastante hambre en el pasado, verdaderas hambrunas. Eso ya no existe: los vecinos viven de la pensión o del *yarane*, una especie de renta básica a través de la cual el Estado reparte entre su clientela la riqueza proveniente del petróleo. Por supuesto que es mucho más cómodo poder comprar todo lo necesario en el supermercado en lugar de tener que cultivarlo con tus propias manos y, encima, pasar hambre si no llueve, o temer por la vida de tu hijo a la menor infección. Claro que la vida en el pueblo era dura, a menudo insoportable, a lo que había que añadir los latigazos del señor feudal si resultaba ser un granuja. Claro que acogieron el progreso con los brazos abiertos, pero, en opinión de Maziar, este cambio no ha contribuido al desarrollo del pueblo, sino que lo ha destruido. Ya solo quedan doscientas personas, únicamente las más viejas. Y ellas no durarán mucho.

Podría haber salido bien —dice Maziar—; el pueblo podría haber sido guiado hasta el presente con más precaución ya en la época del sha, cuya revolución blanca tuvo buena intención, por no hablar del valor que él mismo demostró arrebatando las tierras a los señores feudales para repartirlas entre los campesinos. Pero fue al final cuando se originó el caos. Un ejemplo: antes, era el señor feudal quien establecía quién podía bombear cuánta agua para qué campo, lo cual puede parecer injusto. Unos señores eran buenos y otros, malos, pero ese era el orden establecido.

Una vez roto, ya no hubo agua suficiente para nadie. Por eso se produjo otra revolución, esta vez desde abajo, y desde entonces el Estado está en manos de esa cultura pueblerina que ni siquiera es capaz de distribuir el agua en la propia aldea. No importa el organismo que se escoja: quienes ocupan los puestos directivos no son los más capaces, sino los familiares de los mártires y de los heridos de guerra. Pese a todo, el país sigue siendo un lugar seguro, un éxito nada despreciable de la república islámica si nos fijamos en el fracaso del orden público en Irak o en Siria; aquí, en el oasis no ha habido un solo crimen en diecisiete años. La gente sigue siendo en esencia campesina y nunca aprendió a robar, no como en el desierto de Lut, donde jamás se practicó una verdadera agricultura y los habitantes tuvieron que alimentarse de otra manera, por ejemplo, a través del contrabando o del salteamiento de caminos. Cuando un coche se queda parado en esta zona — explica Maziar—, es seguro que el siguiente conductor se detendrá para ayudar.

Maziar nunca ha tenido que pernoctar en el desierto con los turistas; conoce a bastantes guías y demás entusiastas del desierto venidos de Teherán que están encantados de organizar esas excursiones. Él, sin embargo, disfruta de la tranquilidad, de la fascinación por la naturaleza que despierta en otros, está muy orgulloso del paisaje que lo rodea. Al día siguiente, ni siquiera él quiere marcharse; insiste en llevarnos a ese y ese otro lugares maravillosos, nos obsequia con numerosos comentarios, observaciones y hallazgos. También se vuelca con nuestra hija, a la que enseña las formas que toma la arena tras escarbar y descubrir varias capas —formas que enseguida se lleva el viento—, y permite que la niña pase la mañana sentada en su regazo conduciendo el cuatro por cuatro; hasta sube y baja las dunas, como si estuviese haciendo surf. El paseo en camello alrededor de Mesr es muy aburrido en comparación, sobre todo porque la niña ya estuvo tres días montando en camello por el desierto marroquí, con lo cual accede para satisfacer a su madre más que otra cosa, ya que para esta es la primera vez. Mientras espero a que ambas terminen, tomo un té con un grupo de jóvenes venidos de Teherán que han dormido en algún otro punto del desierto. Dos de ellos son auténticos punks, o tal vez no y puede que pertenezcan a otra tribu urbana; el caso es que llevan botas militares, ropa negra y la chica tiene el pelo teñido de azul. Ni siquiera los hípsters berlineses podrían resultar más exóticos en mitad del desierto.

En la ciudad hay muy pocos talleres que arreglen pinchazos de bicicleta. Obligado a empujarla una vez más, comienzo a preguntar por un lugar donde la puedan reparar, pero siempre me indican que debo avanzar otros doscientos metros, solo doscientos más y ya estará, como queriendo ocultarme la cruda realidad de que tendré que seguir empujando un buen rato. Finalmente, regreso al primer sitio donde he preguntado para quejarme de que a doscientos metros no hay ningún taller; tampoco a cuatrocientos ni a seiscientos. «Puede que sean ochocientos», responde el dueño del local sin un ápice de culpabilidad para, luego, aconsejarme que monte en la bici a pesar del pinchazo y conduzca con cuidado: así, llegaré enseguida. El resultado final es que, debido a los numerosos bordes y abombamientos que hay en las aceras, el mecánico acaba tirando la rueda a la basura junto con la cámara, que ya es irreparable. Es curioso, pero tengo la impresión de que, en Irán, todos los mecánicos de bicicletas son viejísimos y regentan el mismo taller diminuto que, en realidad, no es más que un cuartito. Esto ya era así en su día. El anciano me recomienda una

cámara iraní antes que esas baratijas que vienen de China. Que un producto iraní sea mejor que cualquier otra cosa es una recomendación insólita. La bicicleta inglesa le gusta tanto como a su colega del otro pueblo.

Tras pasar por unos cuantos cruces, desisto de utilizar los nuevos carriles bici. Hay carriles especiales, y también letreros que los señalizan como tales, pero de pronto el camino se ve interrumpido, sin más, por un borde de acera que te llega por la espinilla o por una valla metálica que te obliga a levantar la rueda. Cada dos por tres, hay un ciclomotor aparcado en mitad del carril, con lo cual hay que cargar la bicicleta y pisar la franja verde que queda entre el carril bici y la acera. Quienes gobiernan el país deberían saber cómo construir un carril bici de cuando vivían en el pueblo, pero no: quienes gobiernan el país llevan dos o tres generaciones yendo en coche, en un modelo iraní si no queda otro remedio, de esos que ningún mecánico de este mundo consideraría mejores que un modelo extranjero.

No esperaba que los coches respetaran a los ciclistas, pero lo cierto es que sus conductores están atentos a cualquier obstáculo que salga de la nada, pues están acostumbrados, y, o bien lo esquivan, o bien pisan el freno: de lo contrario, se arriesgan a hacerse una abolladura o a poner en peligro una simple vida humana. Así es como las bicicletas logran abrirse camino entre el tráfico más denso. Basta con atreverse a situarse delante de los coches y hacer caso omiso de sus cláxones. No hay muchos ciclistas, aunque sí hay mujeres entre ellos, cosa que no vi la última vez. Hasta a mí se me quitan las ganas de andar en bici por el humo y la acumulación de coches, de modo que, en la medida de lo posible, me desvío hacia las calles adyacentes y las callejuelas cuyos bordes, sumados a los coches aparcados, los canales de agua y los árboles plantados en mitad de la calle, convierten el trayecto en una carrera de obstáculos: bastante divertido, pero muy lento si uno va con prisa. Muchos ciclistas llevan atado un pañuelo para protegerse la nariz y la boca, lo cual recuerda más a un hospital que a una actividad de ocio. Creo que, tras haber experimentado la pureza del aire desértico, también yo podría aficionarme a la máscara de gas.

Es como si todo lo que me gustaba del día a día de Isfahán, lo que consideraba casi lugares propios, como el río, los puentes, las teterías, las librerías, las callejuelas silenciosas que bordean los canales, el armenio que se oía en nuestra vecindad, hubiese sido eliminado como por arte de magia a manos de un demonio. Creo que estaría completamente deprimido de no ser por el reencuentro con la familia, por ver que mi hija está disfrutando, por los momentos de felicidad vividos en el desierto, por la mezquita de Lotf Allah y por los pequeños descubrimientos que sigo haciendo en el casco viejo, después de tantos años.

No encuentro ni rastro de los polacos. Mi tía me confirma que en su círculo de conocidos había algunas polacas casadas con hombres de Isfahán, pero esas familias fueron emigrando poco a poco tras la revolución. No, no se marcharon a Polonia, pues sus hijos no hablaban polaco, sino a Estados Unidos principalmente. Al parecer, en Nueva Zelanda, nada más y nada menos, debe de haber muchos polacos de Isfahán. Basta con buscar en Google para toparse con numerosos enlaces, libros, películas y recuerdos de los cien mil o trescientos mil polacos —en su mayoría, mujeres y niños— que, a comienzos de los años cuarenta, encontraron refugio en Irán después de que Stalin les permitiera abandonar el gulag en 1942. Hay varios relatos de cómo aquellos botecillos de madera, llenos a reventar, arribaban a orillas del mar Caspio; de cómo algunos

volcaban porque todos sus tripulantes querían ponerse a salvo a la vez; de cómo los niños gritaban aterrorizados y las madres, empapadas, llevaban a sus bebés hasta la costa; de cómo los pescadores del lugar cargaban a hombros a los refugiados de más edad; de cómo envolvían con mantas a los que estaban más mojados; de cómo, nada más llegar a la playa, sus rostros estaban marcados por el horror, o bien expresaban una breve euforia como consecuencia del rescate. Son las mismas situaciones que vivió Europa en Lesbos en otoño de 2015. En YouTube se puede ver a mujeres y hombres rubios, a menudo descalzos y exhaustos, cargando con bebés o con niños agarrados de la mano, con todo su equipaje metido en mochilas o en carros tirados por burros, atravesando los más típicos paisajes iraníes: montañas peladas y valles fértiles que no muestran un verde intenso por la sencilla razón de que son instantáneas tomadas en blanco y negro. También aquí se puede ver cómo los atienden y les dan ropa. Parece que los iraníes fueron muy solidarios, o eso es, al menos, lo que se desprende de los recuerdos expresados en YouTube por varios polacos que hablan en inglés, todavía con un fuerte acento. Un autor polaco que ha escrito sobre la huida de sus compatriotas a Irán dice: «La culpabilidad y el agradecimiento que los refugiados sentían hacia su país de acogida recorre toda la literatura del recuerdo como un reguero de calidez humana. Siempre se habla de la amabilidad y de la compasión que mostraron los humildes ciudadanos iraníes hacia los polacos».

Según pude leer, tres mil huérfanos polacos fueron enviados a Isfahán y repartidos por centros de acogida y familias en toda la ciudad. Por lo tanto, eran ellos los niños con los que mi madre jugaba todos los viernes, cuando mi abuela los invitaba a nuestra casa, que era más grande, para que estuviesen a sus anchas en el patio ajardinado y nadaran en la piscina, igual que hacía yo de niño en ese mismo lugar. Mi tía me cuenta que no todos los huérfanos polacos de Isfahán fueron felices; también hubo muestras de rechazo y más de una palabra gruesa, y no pocas muchachas acabaron en la prostitución, pues el hecho de no tener padres implicaba sin duda una vida más difícil que la de los niños iraníes que crecían en aquella vecindad burguesa. Aquello también tuvo su punto desagradable cuando las polacas se fueron haciendo mayores y los proxenetas se dirigían a ellas para intentar captarlas. Según me explica mi tía torciendo el gesto, a los clientes iraníes les gustaban especialmente las mujeres rubias. Pero bueno, añado, también hubo muchas que terminaron la escuela, estudiaron y se casaron, mientras que los hombres, al menos los adultos, hasta donde mi tía alcanza a recordar, volvieron a marcharse después de la guerra. Buscando en internet, encontré un sello polaco que muestra a un niño rubio delante de una alfombra persa. «Isfahán: la ciudad de los niños polacos», reza el pie, impreso hace pocos años. Me pregunto si en ese momento Polonia tendría ya ese Gobierno nacionalista y religioso que hoy se niega a acoger a los refugiados.

Mi primo me enseña cómo andar en bicicleta por Isfahán. Conoce todos los pasadizos que unen dos callejuelas, cada puentecillo, cada trozo de metal que sirve para cruzar por encima de un desagüe y cada pequeña rampa que alguien ha construido al borde de una acera a base de verter hormigón para no tener que bajar de la bicicleta. Es de lo más divertido, además de la manera más rápida de llegar de una atracción a otra, de esas que no figuran en ninguna guía turística: santos sepulcros, minarettes, los rincones más alejados y sinuosos del bazar —que no han cambiado en los últimos cuarenta años—, exactamente los mismos viejos —aunque deben de ser sus hijos—, el

acento isfahaní que me resulta tan familiar y que algún día desaparecerá, como cualquier otro dialecto, los mismos rituales de saludo en torno al bazar cuando un comerciante se cruza con otro o cuando entra un buen cliente, con ese toque artístico y religioso, es decir, ligeramente árabe. Como estamos en el muharram, el mes en que el imán Hussein fue asesinado en la batalla de Kerbala, muchos comerciantes han donado té y azúcar candi, que se sirven en plena calle. Así es como, cada doscientos metros, puedo escuchar las conversaciones de los vecinos. Por un euro veinticinco, compro dos abanicos de rafia para la barbacoa que nada tienen que envidiar al mejor secador. El artesano, que acompaña todo el ritual de compraventa con melódicas basmalas, me pide que ruegue por su alma cada vez que encienda las brasas en Alemania.

El filósofo Abdolkarim Soroush dijo en una ocasión que el islam chií está tan arraigado en Irán que solo una revolución también chií podría arrancarlo de raíz. Lo cierto es que, durante toda mi estancia en Isfahán, he visto a un único hombre rezando: nada más que uno en dos semanas. Sin embargo, aquí, en estos rincones de la ciudad a los que no llegan los turistas, la devoción se da por supuesta. También en los santos sepulcros y en las mezquitas más pequeñas, que son una preciosidad, me sorprende ver a hombres y mujeres sumidos en un diálogo silencioso con Dios, o bien recitando versos del Corán con ese acento tan curioso de Isfahán que hace que todas las frases terminen en alto. En la República Islámica de Irán, la religión está tan politizada e, incluso, contaminada por la política que, de entrada, cualquier acto de devoción manifestado públicamente resulta sorprendente por habitual, apolítico o neutro que sea. Mucho más normales son esos enormes anuncios luminosos y parpadeantes, colgados del iván más maravilloso del mundo o situados junto al mihrab o nicho de oración, en los que se ve la figura del líder supremo. En uno de los santos sepulcros, los guardianes de Oriente han afeado la fachada selyúcida con sendos mosaicos gigantescos de Jomeini y de Jamenei. Mi primo me recuerda que los selyúcidas también fueron unos déspotas, pero al menos conservaban lo que era hermoso y rivalizaban por ello. Los tiranos actuales no solo producen basura, lo cual ya es lo bastante grave, sino que además desvirtúan los logros de sus predecesores, como si tuvieran celos o fuesen conscientes de su propia inferioridad. «¿Has visto el mausoleo del ayatolá Jomeini en Teherán?»

Al menos, las autoridades locales han conseguido evitar el derribo de numerosas casas antiguas y las han convertido en museos, aunque los objetos acaben expuestos a mayor gloria del líder supremo, con independencia del tema de la muestra. En algunas callejuelas por las que podrían pasar los turistas, también se ha sustituido el asfalto por un empedrado, como en los cascos antiguos que hay en Italia. Los palacetes del periodo kayar o safávida —y no esas villas modernas que en Teherán consideran antiguas— se han convertido en hoteles, o bien han sido adquiridos por particulares con cierta sensibilidad artística, que los han reformado para su propio uso. Cuarenta años después de una revolución que perseguía la vuelta a los orígenes, estos, al fin, se empiezan a preservar; claro que demasiado tarde. Isfahán está tan deteriorada que ya solo fascina a los extranjeros, pues ellos ignoran cuánto se ha perdido en tan poco tiempo. Tampoco las autoridades han terminado de aprender la lección. Pese a haber restaurado finalmente los antiguos caravasares y baños, siguen abriendo enormes brechas de asfalto en mitad del entramado de callejuelas, casas y patios interiores, y arrancan manzanas enteras para construir nuevas plazas que aspiran a mejorar lo que había antes, aunque, en realidad, no son más que una burda copia. Los parques repartidos por el casco viejo benefician sin duda a los vecinos, pero también son una intervención que afecta al patrimonio histórico y que las autoridades responsables tardarán otros

treinta o cuarenta años en prohibir. Los *kuchehá* y *paskuchehá*, las callejuelas y callejones por los que uno antes podía perderse durante horas —algunos de los cuales son tan estrechos que apenas pueden cruzarse dos personas, y eso si no están techados—, al cabo de pocos minutos —un cuarto de hora a lo sumo— de recorrerlos, desembocan en una calle principal o en un espacio abierto. Solo el bazar —que, con sus más de diez kilómetros, es el más largo del mundo, si mal no recuerdo— permanece intacto, aunque ya no está siempre igual de concurrido, porque las mejores tiendas se han trasladado a los centros comerciales. El más grande se llama City Center también en lengua persa, pero, eso sí: no hay que decir «*merci*», como hacían nuestros abuelos. Mi primo me lleva a ver la casa en la que nacieron mis hermanos. Construida a mediados de los cincuenta, hace tiempo que debería haber sido objeto de derribo. La única razón de que no haya dejado paso a un bloque de apartamentos es que el dueño de la finca habría perdido un cuarto del terreno que hoy invade por dos lados las callejuelas, ensanchadas desde hace tiempo.

Siempre resulta asombroso ver a los mulás actuar al margen de la política, es decir, en su verdadero elemento, celebrando el *roze jani* o rito de conmemoración de los mártires en calidad de predicadores; no, como recitadores de una elegía, como narradores, como actores de teatro. La ceremonia acaba de empezar. En realidad, son veinte o treinta los ancianos sentados junto a la pared. Los más viejos utilizan sillas; el resto, cojines. Lo más probable es que el predicador sea una especie de telonero, pero qué lujo de telonero cuando uno ignora el resto de la función. Sentado con las piernas cruzadas en un púlpito situado a la altura de la puerta, envuelto en una túnica negra, con turbante blanco, una barba negra y poblada que le llega por encima de los pómulos, como en las caricaturas del Profeta, y las manos inmóviles sobre los reposabrazos, el predicador narra hoy la historia de Zeinab, hermana de Hussein y única superviviente de la masacre de Kerbala. Habla de la última noche que pasó Zeinab junto a la tienda de su hermano y del amor fraterno, del amor en general y de cómo es imposible amar si por la noche se duerme; habla de la esencia de la noche, pues solo en su transcurso se revelan los secretos, y, para finalizar, habla como jamás había escuchado de Majnún, quien espera de noche frente a la puerta de Leyla durante una, dos horas, hasta que no aguanta más y llama. «¿Quién anda ahí?», espeta Leyla desde el otro lado. «Soy yo, Majnún», que en realidad no es un nombre, sino que significa literalmente ‘el que está loco por ella’. «Por favor, abre la puerta, aunque sea una rendija, déjame verte solo un instante.» «Espera un poco más», responde Leyla, quien lo deja aguardando frente a su puerta durante una, dos horas, hasta que Majnún no puede más y vuelve a llamar. «Espera un poco», contesta Leyla, impávida, y deja a Majnún de nuevo esperando durante una, dos horas... y así sucesivamente a lo largo de toda una noche que, en el relato, parece infinita. Majnún aguanta, pero, cuando ya no puede más, vuelve a llamar a la puerta y ha de quedarse esperando una, dos horas, hasta que, con el corazón desbocado, llama de nuevo para escuchar otra vez que debe seguir esperando. En esto consiste el sublime arte de la narración: en ver cómo el predicador se inclina hacia delante y, entre susurros, imita los latidos del corazón de Hussein. Lo hace susurrando, musitando apenas, pero lo bastante alto —pues ha acercado los labios al micrófono y, de hecho, casi lo engulle— como para que el sonido embargue a quienes lo escuchan: pum, pum, hace el corazón de Hussein mientras él, sabedor de su muerte inmediata, espía lo que ocurre en la tienda de su hermana. En esto consiste el sublime arte de la narración: en ver cómo el predicador



separa la boca del micrófono cada vez que alza la voz o contiene la respiración para, así, aumentar el suspense, una hora, dos horas; en ver cómo inserta otras tramas o un verso de Rumi en esta historia paralela que convierte a Leyla y a Majnún en protagonistas de una pasión religiosa, pero sin perder nunca de vista a los asistentes, que van llegando poco a poco; en ver cómo el predicador saluda expresamente a los notables pronunciando una bendición dedicada al Profeta y a su familia, para después continuar con el relato y luego volver a interrumpirlo para burlarse afectuosamente de alguien que anda con la mente y la mirada distraídas; en ver cómo el predicador, antes de llegar a uno de los clímax, de pronto estira el brazo y mantiene la mano en alto con la palma extendida, como si él mismo estuviese hechizado por el relato. «En Qom tampoco hacen otra cosa que hablar y aprender a debatir», murmura mi primo, malhumorado, que jamás acudiría solo a un *roze jani*. Sin embargo, hasta él se muestra sorprendido por el interés que despiertan las palabras del mulá y por su brillante oratoria. Al final, Majnún se queda dormido, y al despertar descubre en su mano varias avellanas. Ilusionado al ver que Leyla ha mostrado interés y ha pensado que podría tener hambre, agradece el gesto muy conmovido. Es entonces cuando Leyla abre la puerta y le reprocha que siga siendo un niño: por eso le ha puesto las avellanas en la mano, por compasión; si fuese un verdadero amante, no querría ningún fruto, sino que sería incapaz de probar bocado. «Pero ¿cómo, así, afirmas que no te amo?», pregunta Majnún desesperado. «Porque un amante no se duerme frente a la puerta de su amada», responde Leyla.

El predicador cuenta que, cuando aún velaba por las almas de su lugar de origen, hubo una vez unas personas que le trajeron a su hijo. Tendría el joven veintitrés o veinticinco años y un rostro que recordaba a la cara de la Luna, pues se había enamorado perdidamente de una muchacha. Los padres, tanto los de ella como los de él, por la razón que fuera, estaban en contra de esa relación, con lo cual impidieron que los amantes se viesan. El predicador no especifica si la chica amaba al muchacho, ya que ese dato parece irrelevante: el que ama lo hace independientemente de que su amor sea correspondido. El caso es que el joven estaba enfermo, pálido, consumido, tenía arrugas en su hermoso rostro, apenas hablaba y, si lo hacía, solo era para decir que ansiaba ver a la muchacha y casarse con ella. «Por favor, hable usted con él — imploraron los padres y otros familiares del joven—, haga que sus palabras lo liberen de esta fatalidad.» El mulá ordenó a los padres y al resto de familiares que abandonasen la sala. Aunque se mostraron ofendidos, obedecieron a regañadientes. Una vez a solas, el mulá besó al joven en la coronilla, en la frente, en las manos y hasta en los pies. «Pero ¿qué hace? —preguntó el muchacho, confundido—. ¿Por qué me besa las manos?» «Porque tú puedes enseñarme en qué consiste el amor —respondió el mulá—. Yo declaro mi amor por el imán Hussein, pero, mírame: como y duermo por las noches, mira mi tripa. Yo solo digo que lo amo, pero el amante eres tú. Por eso beso tus pies.»

El predicador vuelve de inmediato a la tienda del imán Hussein la noche anterior a su muerte. Zeinab está en la estancia contigua. Para ser exactos, apenas los separan unas telas colgadas de una cuerda. Él mira de vez en cuando hacia la tienda de su hermana, consciente de que esa mañana le aguarda la muerte. Ella también se asoma de vez en cuando entre las telas, consciente de la desigual batalla que libraré su hermano al amanecer. Cada vez que Hussein se aproxima a la pared de tela que los separa, su hermana finge estar dormida para no inquietarlo más. Y al revés: cada vez que Zeinab se asoma entre las telas, es él quien se hace el dormido. Así toda la noche, primero uno y después el otro. Es increíble lo largas que pueden ser las noches.

Partiendo de este último momento entre Zeinab y Hussein, el predicador vuelve a la esencia y a los secretos de la noche. Es por la noche cuando se demuestra quién ama de verdad. Las miradas de Hussein y de Zeinab solo se encuentran en una ocasión; apenas son sus pupilas las que centellean entre las telas en mitad de la oscuridad. El público lleva un rato llorando, y hasta los señores más circunspectos lanzan algún sollozo. El predicador permanece tranquilo, se limita a prolongar los silencios entre las frases mientras sus brazos descansan inmóviles. Solo cuando se acerca la hora de la despedida no puede evitar tragar saliva; también a él se le inundan los ojos de lágrimas, y es entonces cuando el público acaba liberando todo su dolor. Sin embargo, como si de un actor sobre las tablas se tratase, el predicador no ha perdido de vista el escenario ni el siguiente acto durante todo el sermón. Antes de que le cayesen las primeras lágrimas, sin el menor disimulo ha hecho un gesto con los ojos a su ayudante para que le pusiera un pañuelo de papel sobre el reposabrazos. En esta modalidad del teatro épico, la técnica del distanciamiento no impide la identificación del espectador con lo que se cuenta, sino que la favorece; es más, la identificación aumenta gracias a que la narración se concentra en el acto espiritual y se prescinde de toda ilusión externa.

Una vez alcanzado el clímax, el predicador retoma enseguida el ritmo inicial de la narración, mucho más pausado. El público se enjuaga las lágrimas, y su ánimo termina de tranquilizarse al escuchar unas palabras de consuelo, una digresión alentadora. El predicador, que tiene el reloj bajo control, hace referencia a la hora, saliéndose así de la narración principal para explicar que debe terminar de contar el sufrimiento de Zeinab antes de que llegue el turno del siguiente predicador, aunque aclara que lo mejor está por venir. Sin embargo, lo que hace es insertar otra historia secundaria, de modo que toca contener las lágrimas, hasta que, al final, salen a borbotones, ya que de eso se trata: las lágrimas son la medida de su éxito. Y vaya si corren cuando, pegado al micrófono, el predicador narra entre susurros la muerte de Hussein y el duelo de Zeinab; las lágrimas fluyen como ojalá algún día, si Dios quiere, vuelva a fluir el río en Isfahán. Mientras todos los asistentes lloran desconsolados sobre las alfombras y solo mi primo mira al techo con desgana, el brazo que hasta hacía un instante descansaba sobre la silla vuelve a salir disparado, pero la mano, esta vez, solo tiene el índice extendido. El mulá, que entretanto ha vuelto a llorar, retira la boca del micrófono y alza la voz: «¡Secaos las lágrimas del rostro y demostrad al cielo que sois capaces de amar!».

Antes de la politización provocada por la república islámica, el martirio era una estrategia defensiva, como en los primeros tiempos del cristianismo, es decir: uno no mataba, sino que lo mataban. Ese es el quid de la cuestión: alguien sacrifica su vida por otros. En la celebración del *roze jani* todavía se percibe el martirio como acto de sacrificio; un acto al que solo acuden personas mayores, devotas y pertenecientes a una clase humilde, pero que están afeitadas de manera distinta a la clientela revolucionaria y no han adquirido el hábito propio de los funcionarios, con sus trajes uniformados o las chaquetas que suele llevar Ahmadineyad. Durante una velada en la que tomamos *whisky* y nos dedicamos como siempre a criticar al régimen, a mis amigos casi les produce aversión saber que he asistido a un *roze jani*, aunque lo cierto es que a mí me ha impresionado más que la mayoría de las obras de teatro contemporáneas o que una película moderna. Al fin y al cabo, los espectadores no solo lloran por el imán Hussein, sino también por

Majnún; lloran por todo el que ama y lloran sus propias lágrimas para volver luego a casa liberados, alegres, incluso. El sufrimiento no es un fin en sí mismo, sino algo que debe ser superado, máxime cuando, en su origen, no solo el martirio formaba parte de la tradición, sino también el divertimento: no solo el *roze jani*, sino también el *ruhozi*, una especie de *commedia dell'arte* que, por desgracia, no sobrevivió al siglo XX. Uno de mis amigos cuenta que, hace poco, en un *roze jani* próximo al Estado u organizado por él, pero, en cualquier caso, retransmitido por televisión, un religioso animó a los espectadores a dejar de insultar a los asesinos del imán Hussein, lo cual no deja de tener un componente antisuní. El clérigo continuó advirtiendo de que ya el imán Alí tuvo sus enemigos, y hasta él fue capaz de perdonar a su asesino en el lecho de muerte. Pero la multitud no se tranquilizó, sino todo lo contrario: no es que maldijeran al religioso, aunque sí lo insultaron. Uno de los espectadores se puso en pie y gritó que a él le parecía muy bien que el imán Alí hubiese perdonado a su asesino, pero que él jamás haría lo mismo con quien mató al imán Hussein. Me pregunto si ese espectador también volvería a su casa alegre y aliviado.

Acompañado por un primo que ha venido de visita desde Estados Unidos, subo a la montaña que se eleva sobre Isfahán, el monte Sofeh. El primer desengaño nos llega de manos de una joven, aparentemente religiosa, que forma parte de un grupo con el que nos cruzamos durante la subida. «*Jaste nabashid*», les decimos al llegar a su altura. Es la típica expresión que se utiliza cuando alguien realiza un esfuerzo, y significa algo así como: «¡Que no se canse usted!». «Pero ¿a qué viene eso? —replica la mujer, muy molesta—. ¿Cómo que “*jaste nabashid*”? No se trata de eso. O sea, cansarse no depende de uno. Lo correcto sería “*Juda quwat bedeh*”, que Dios le dé mucha fuerza, ya que todo depende del Señor. “*Jaste nabashid*” no es más que una muestra de ateísmo.» «¡Uf!», exclamamos mi primo y yo al unísono tras dejar al grupo atrás. Para él también es una novedad que la expresión «¡Que no se canse usted!» ya no se considere correcta, lo cual, en cierto modo, arroja una nueva perspectiva sobre la figura de aquel anciano que, al verme estirando, me deseó que Dios me diese mucha fuerza.

Mientras subimos la montaña con la lengua fuera, mi primo me habla del servicio militar que tuvo que cumplir, más largo que cualquier otro, pues siempre se prolongaba por alguna extraña razón: primero, por pertenecer a una determinada quinta; después, por tener que incluir un servicio sanitario; luego, por tratarse de un destino determinado, y puede que también por su grupo sanguíneo. Al menos nunca estuvo en el frente, o solo al principio, en la cima de una montaña del Kurdistán, donde vivían como animales. Sin embargo, eran muy afortunados por estar en aquella cima, ya que los aviones iraquíes no eran tan certeros, mientras que en las laderas, más empinadas, bastaba con que las bombas cayesen rodando a pocos metros para que llegaran muy abajo. Los meses que pasó en aquella cima fueron duros, claro está, aunque jamás tan duros como en la primera línea del frente, donde murieron muchos de sus amigos. Un amigo de mi primo, cuya misión era recuperar los cadáveres, dejó de comer carne, y todavía hoy se sigue alterando cada vez que ve sangre. Esos son los amigos que uno tiene si pertenece a mi generación y ha crecido en Irán.

Es al llegar a la cima cuando se ve en qué se ha convertido aquel Isfahán verde y silencioso: un Moloc sucio y gris que ha engullido los pueblos y las localidades que lo rodeaban. La plaza que hoy se denomina, con razón, Medan-e-Naqsh-e-Yahán ('imagen del mundo'), siete veces más grande que la plaza de San Marcos, se reduce a una pequeña mancha que uno tarda en encontrar. También las antiguas cúpulas son de pronto pequeñas en comparación con la esfera de hormigón y los dos minaretes, tan grandes como edificios, que forman parte de la nueva mezquita que están construyendo. Al menos, nos hemos traído el mejor desayuno del mundo: un termo de té, que no debe faltar en ninguna excursión en Irán, pan plano recién hecho, queso de cabra, hierbas aromáticas, nueces y tomates, los cuales —además de las cámaras de las bicicletas— siguen siendo mejores en Irán que en el resto del mundo.

De los polacos no encuentro ni rastro, pero en la obra de Adam Zagajewski, un autor polaco que leí al comienzo de mi viaje, sí que me topo con un comentario que podría referirse a Isfahán, es decir, a esa ciudad herida, reseca, desbordada y, pese a todo, mágica, aunque también podría referirse a otras tantas ciudades de Oriente por las que he pasado. En realidad, habla de Lviv, que no formaba parte de mi itinerario. Tenía que ser Lviv, tenía que ser Galitzia, pero ya se sabe que uno siempre se pierde lo mejor. En su diario sin fecha (un género que me parece fascinante), Zagajewski cuenta que, según Proust, la imaginación siempre elige lugares ausentes, lejanos, y, en cambio, luego somos incapaces de imaginar la calle por la que andamos, el espacio donde nos encontramos, la persona con la que estamos hablando. Pero Proust vivió todavía una época clásica, previa a la catástrofe, con lo cual no pudo saber que habría ciudades que solo existen a medias, que están semiabandonadas y cubiertas por una lona de fealdad, ciudades perdidas y solo recuperadas a medias. Al margen de los ataques aéreos sufridos durante la primera guerra del Golfo, Isfahán salió ileso de las grandes catástrofes del siglo XX. A diferencia de Lviv o de Breslavia, no se produjo ningún trasvase de población. Isfahán tampoco fue víctima de un plan urbanístico socialista, sino únicamente del funcionalismo exacerbado de la arquitectura moderna iraní, de los esfuerzos disparatados por adaptar la ciudad a los coches y del *kitsch* orientalizante de la República Islámica de Irán. La ciudad solo tuvo que sufrir el éxodo rural, por un lado, y la emigración de gran parte de la burguesía —especialmente de las minorías religiosas—, por otro, factores ambos que, sumados, no dejan de representar un trasvase de la mitad de la población, el cual, sin embargo, gracias a la explosión demográfica, acabó convertido en un caos ruidoso y pestilente. A cambio, Isfahán ha perdido su río, ese río vivificante que hoy es un esqueleto. Proust no pudo prever que, pasado el siglo XX, algunas ciudades requerirían una nueva forma de imaginación —Zagajewski está hablando de Lviv, pero podría haber sido Breslavia o Isfahán—: «No podía prever que en esas ciudades la imaginación se convierte —tiene que convertirse— en un sentido más, mitad imaginación y mitad órgano sensorial, pues los sentidos habituales, empírica y científicamente probados, no bastan en ellas: requieren el auxilio de unos ojos entornados, de la intuición».\*

Es un país grande. No solo consta de Teherán, Isfahán y el resto de ciudades, cada vez más populosas. También hay zonas extensas poco o nada pobladas, selvas tropicales, desiertos, estepas, glaciares. Desde Mahán, una localidad situada al sureste, a la que hemos volado para

pasar un fin de semana largo, tardamos una hora en llegar a las montañas, hora y media como mucho. Vemos cascadas y pueblos en los que, como en todo el mundo, la última panadería ha cerrado y el último burro se sigue utilizando como medio de transporte. Están justamente en ese momento de transición en el que los burros de carga siguen existiendo, pero no las panaderías. En los valles, boscajes; en las laderas, praderas reseca. El director del hotel con el que recorreremos la zona en camioneta durante dos días nos cuenta que el paisaje en verano es tan verde como en los Alpes y que las laderas en primavera se llenan de flores. A la pregunta de si no se podría sacar más partido de un suelo tan fértil, nuestro anfitrión nos confirma que, antiguamente, había más campos de cultivo. La razón de que hayan disminuido es la falta de mano de obra.

«¿Perdón, ha dicho mano de obra?»

«Sí, así es. Los jóvenes se marchan y los viejos prefieren vivir de la pensión, de sus *yarane* y de la prima que reparte el candidato local del líder supremo, si es que gana en esa circunscripción.»

En realidad, no tiene nada de malo que la riqueza procedente del petróleo llegue incluso a los pueblos. Lo que ocurre es que esto deja los campos yermos, ya que es mucho más cómodo comprar alimentos que cultivarlos, pero eso no garantiza el futuro de un país que, dentro de veinte o treinta años, no dispondrá ya de ingresos derivados del petróleo para repartir. El hotelero añade que, al menos en esta zona, sigue habiendo algo de agricultura y se conserva un tipo de vida tradicional, una cultura rica y unas costumbres propias. En su opinión, la región sigue siendo *bekr*, virgen, por eso le gusta tanto. De hecho, los campesinos con los que nos encontramos no solo muestran un rostro amable, sino también risueño; no solo son afectuosos, sino que además están alegres, como si de verdad los honrásemos con nuestra presencia por poco que ellos puedan ofrecernos y aunque crean que no están a nuestra altura: pan, yogur, té, fruta, «pasen, por favor». Resulta llamativa la personalidad de las mujeres, que, en lugar de la vestimenta impuesta por la revolución, siguen llevando túnicas de colores y sus pañuelos tradicionales. Bueno, es cierto que trabajan en el campo, lo cual sería imposible si llevaran túnica.

En la última granja de las que tienen electricidad, compramos ocho tarros grandes de miel para llevárnoslos a Isfahán; ya veremos a quién se los regalamos. Después, vienen más granjas y vemos, además, a varias mujeres que están cogiendo agua de una fuente, pastores de ovejas con sus rebaños, colmenas y, luego, durante mucho rato, nada, hasta que, al llegar a una llanura situada a más de tres mil metros de altitud y rodeada de más montañas, encontramos el rastro de los nómadas que pasaron aquí el verano: posiblemente, también sea la última generación. Es entonces cuando sacamos nuestro propio desayuno: pan plano, queso de cabra, nueces, tomates, miel, y hasta unos huevos fritos que prepara el hotelero en un hornillo de gas.

Una vez saciados, caminamos a orillas del arroyo hasta que la altiplanicie se estrecha formando un valle angosto. Antes de subir, todos los campesinos nos han preguntado por qué hemos venido en esa época, cuando ya todo está marchito, pero lo que nos gusta es precisamente la falta de color, los cambios de matiz ocasionados por la luz del sol, casi imperceptibles cuando se reparten por una superficie más extensa. Es como si contempláramos un mar, verdiazul y sereno; no, como si camináramos sobre él.

De regreso al valle, me subo a la caja de la camioneta con mi hija pequeña y mi hermano mayor. Apoyados en la cabina del conductor, dejamos que el viento acaricie nuestros rostros, un divertimento infantil que sería inconcebible en Alemania: no hay rocódromo ni parque de

atracciones que ofrezca nada parecido, tampoco para niños de edades más avanzadas. Es como antes, cuando íbamos al pueblo del abuelo, solo que, hace cuarenta años, éramos diez en la caja de la camioneta. Por aquel entonces, los abuelos aún tenían un pueblo al que regresar.

En el desierto de Lut, el viento ha creado unas esculturas impresionantes a partir de la arena. Son estructuras bastante grandes, del tamaño de una colina, cuyos bordes suelen caer en vertical como si fuesen una roca, formando torres puntiagudas, gabletes y terrazas sinuosas. Al igual que milenios atrás, los oasis se irrigan mediante un sistema de canales subterráneos que hace las veces de refugio en verano, cuando las temperaturas alcanzan hasta setenta grados (récord mundial certificado por la NASA). Pero no solo se trata de su espectacular naturaleza, sino que gran parte de Irán ofrece, además, un paisaje cultural derivado de esa misma naturaleza: casas de adobe que son ideales desde el punto de vista climático, con esas cúpulas que aíslan del calor en verano y lo conservan en invierno; torres de viento que en verano suministran aire acondicionado a pueblos enteros y que siguen funcionando en algunos sitios; remedios naturales que se van recuperando poco a poco, el conocimiento sobre las propiedades de cada hierba. Cada jarrón era una obra de arte, lo mismo que cada puerta antigua, por no hablar de cada casa; todo lo que se hiciese antaño y que hoy se siga haciendo igual me parece hermoso, no feo. Me pregunto si antiguamente también lo verían así. Lo más probable es que no pensarán en ello. También en otros lugares lo viejo resulta hermoso; sin embargo, por otro lado, hay cosas nuevas que tienen valor en sí mismas, conquistas de diverso tipo, logros varios... Pero ¿cómo denominar a una civilización en la que todo lo nuevo resulta horrendo?

Mahán nos recuerda en parte a la antigua Isfahán, esa ciudad silenciosa, rica en agua y, por tanto, verde. Pese a estar ubicada alrededor de uno de los sepulcros sufíes más importantes del mundo, los sufíes tienen prohibido bailar, cantar y rezar. Como, además, estamos en el muharram, el interior del sepulcro está tapado por estandartes negros. Al menos el patio interior da la impresión de ser un lugar detenido en el tiempo, con muchos árboles y un gran estanque que dobla el tamaño del iván y de la cúpula blanca. En una tiendecita ofrecen a los turistas música sufí. Mi hermano se plantea seriamente comprar una de las viejas casas con fuente y patio interior, sobre todo porque aquí, en el sureste de Irán, los precios son todavía asequibles. Es entonces cuando, tanto él como yo, como buenos isfahaníes, notamos cómo me sale esa vena chovinista de la que suelen burlarse el resto de iraníes.

Cada vez que regreso a Isfahán me resulta más difícil respirar. Intento no fijarme en el río que ya no existe, pero cuando salgo a correr es imposible ignorar que el aire que respiro ya no es el mismo. Esta nueva afición no está relacionada con la salud; más bien lo hago por esa sensación de relax casi meditativo en la que me sume el ritmo respiratorio: inhalar por la nariz y exhalar por la boca, más hondamente de lo habitual pero sin forzarlo, y nunca deprisa pese a acelerar el paso. Sin embargo, todo el que corra a orillas de un esqueleto fluvial notará el corto aliento que caracteriza la vida en Irán. Cuando el aire llega al cuello, dejo de inspirar. Aunque es algo que salta a la vista y hasta la prensa lo confirma con datos estadísticos, este ambiente no solo favorece un cúmulo de enfermedades físicas, sino que además hace que aumente el nerviosismo y, con él,

también la agresividad. No hay un solo trayecto en taxi, una sola conversación durante la cena ni una sola charla con algún comerciante en los que alguien no lamente la desaparición de la vieja Isfahán.

Dedico la tarde a enseñar el casco antiguo de Isfahán a dos amigos venidos de Alemania. Al ver que casi nada ha quedado en pie, doy rienda suelta a la nostalgia. Son tantas las calles nuevas y anchas, las plazas, los parquecillos...: un proceso de gentrificación al más puro estilo de la República Islámica de Irán para que su clientela, pródiga en niños, tenga sus espacios de recreo y pueda aparcar su nuevo utilitario en la puerta de casa. Hasta yo tengo que preguntar para llegar a las numerosas joyas que, en comparación con otras ciudades de Oriente Próximo, Isfahán sigue ofreciendo, por no hablar de un poblacho como Mahán. Además, todas o casi todas siguen existiendo: los santos sepulcros, los minaretes, todos los patios interiores y los antiguos caravasares del bazar. Noto que me sigue divirtiendo observar las caras de fascinación y asombro de los extranjeros, que no esperaban encontrar semejante riqueza tras un simple muro, ni tampoco tanta finura en Irán. Tenía previsto enseñarles alguna de las doce o catorce sinagogas que hay en Yubareh, el barrio más antiguo de la ciudad, y, además, guardo en el móvil el teléfono del presidente de la comunidad judía, aunque justo caigo en que estamos en *sabbat* y los judíos creyentes no contestan al teléfono. Mañana, cuando los lleve a Yolfá —o a la nueva Yolfá, para ser más exactos—, la parte cristiana de Isfahán, sí que debería ser posible visitar las iglesias.

Después de cruzar el bazar por un camino largo y sinuoso, llegamos al *maidán*. Es entonces cuando noto que esas miradas ajenas han hecho que Isfahán me parezca más hermoso. Como yo mismo quiero despedirme de ese lugar, guío a mis amigos hasta la mezquita del jeque Lotf Allah, que está repleta de turistas. Apoyado en la pared, inclino la cabeza una vez más y observo la cúpula, minuto a minuto. No hay un mundo mejor.

El motivo más importante para pasar cuatro semanas en Isfahán ha sido que también mi hija pequeña tuviera su propio recuerdo infantil de Irán, que le costara menos entender el idioma, que conociese a otros niños y que viviese experiencias hermosas. La idea no era solo que supiera, sino también que percibiera que hay un segundo país que tiene relación con ella (no que ella pertenezca a un segundo país). La acogida en el colegio fue abrumadora: mi hija no había visto nada parecido en Alemania ni en Estados Unidos, donde también vivimos varios meses. Me refiero a que sus compañeras de clase enseguida la recibieron con los brazos abiertos, y desde el primer día se pelearon por ver quién se sentaba a su lado. El cariño en general me pareció desbordante, lo mismo que la ternura y también, por cierto, la habilidad de los adultos a la hora de tratar con niños. Que al cabo de solo cuatro semanas la despidan del colegio colmándola de regalos, que todas las profesoras la abracen y le den un beso y que sus compañeras no quieran dejarla marchar son cosas que quedan grabadas, del mismo modo que tampoco olvidará que las clases propiamente dichas han sido mucho más aburridas que las del colegio Montessori, es decir, que siguen un método centrado en el profesor y no contemplan ningún tipo de debate. Para mi hija, el uniforme, velo incluido, se ha asemejado a un disfraz, sobre todo porque las niñas de este elegante colegio privado se despojaban del atuendo nada más salir de clase, ya camino del portón. Sus madres tampoco tenían pinta de querer peregrinar a Kerbala al día siguiente, llevaban los

mismos tacones que se ven en las pasarelas, todas las narices parecían operadas y había muchas melenas teñidas de rubio, a no ser que ese tono fuese natural. Lo dicho: a cualquiera que vaya de claro, el régimen no le importa demasiado. Y eso por no hablar de los nombres de las niñas: Elvira, Diana, Tamara, Janine. En el extranjero nos devanamos los sesos para poner a nuestros hijos hermosos nombres persas: repasamos a conciencia el *Libro de los reyes* de Firdosi, consultamos la traducción persa de la Biblia en busca de algo que simbolice la unión de los pueblos, miramos diccionarios de nombres para que el suyo sea original, y luego resulta que en el propio Irán las niñas se llaman igual que en cualquier barrio de Alemania. Creo que una niña que hubiese vestido un chador no habría sido tan bien recibida en la escuela ni tan agasajada por sus compañeras como esta insólita visitante llegada de Alemania. Ahora, mi hija tiene ganas de regresar a Colonia, pero no le importa que pasemos otras vacaciones en Isfahán.



Dos generaciones antes que la mía, viajar desde Isfahán a Teherán no era nada habitual: los caminos estaban en un estado deplorable, el riesgo de sufrir un asalto era elevado y, en caso de emergencia, recibir cualquier tipo de auxilio quedaba descartado. Tal y como cuenta mi abuelo en sus memorias, que nunca llegaron a publicarse, el último grito en medios de locomoción, que causaba un furor generalizado, era un coche tirado por cuatro caballos que había que cambiar cada cuarenta o cincuenta kilómetros. Siempre que fuera posible, el carruaje también circulaba por la noche. Así era como, con la ayuda de Dios, se llegaba a Teherán al cabo de cuatro días y sus correspondientes noches. Hoy se tarda cuatro o cinco horas en automóvil, aunque nosotros preferimos el avión. A mi abuelo no le pareció disparatado añadir que el carruaje estaba descubierto, de modo que los viajeros debían soportar el intenso calor del verano y el frío y la lluvia del resto de estaciones; en invierno no era raro que nevase. También era difícil conciliar el sueño: el traqueteo del carruaje apenas permitía dormir unos minutos o media hora seguidos. Ya fuese por el cansancio o el dolor, el calor o el frío, los viajeros pasaban la mayor parte del tiempo en un estado de somnolencia que les impedía conversar o pensar. Lo más grave que solía ocurrir era que un sombrero saliese volando o que una capa acabara en el suelo. La fatalidad solo era una amenaza real si el cochero se quedaba dormido, pues los caballos podrían descarriarse, el carruaje podría volcar y un viajero podría caer encima de otro, arrastrando el vehículo tras de sí. Fueron muchas las veces que mi abuelo sufrió uno de estos accidentes y, tal y como lo describe, el lector puede imaginar perfectamente la incomodidad que pasaban los viajeros en mitad de un páramo salvaje, en la estepa, en el desierto o en una loma. El viaje costaba un rial por persona, al que había que sumar cinco shahi de propina para el mozo de cuadra de cada caravasar donde se cambiaban los caballos y uno o dos tomanes para el funcionario de correos encargado de recibir al carruaje. Me pregunto qué significaban estas cantidades.

Setenta años después, mi abuelo describió la escena de su primera partida de Isfahán; todo un drama familiar ante el cual un lector de hoy no puede evitar reír. «No son más que nombres», dice mi abuelo en sus memorias, que, por desgracia, jamás llegaron a publicarse. De las tías, primos, primas y otros parientes que salieron al zaguán a despedir al muchacho y obsequiarlo con oraciones, solo quedan los nombres. Tres veces recitaron la sura Ya Sin y, tras alzar el Corán, animaron al chico varias veces a pasar por debajo. Los familiares lo acompañaron hasta el bazar, desde donde partía el carruaje. Formaban una cuadrilla de cincuenta o sesenta personas. «Pero ¿adónde va?», preguntaban sorprendidos los vecinos, los transeúntes y los comerciantes. «¡El chico marcha a Teherán! —exclamó alguien que formaba parte del grupo—. ¡Va a estudiar con los francos!» «Francos» o «firanguiha»: así llaman todavía hoy los iraníes a los occidentales. El difunto Noruz Alí Gomashteh lo ayudó a subir al carruaje. El muchacho colocó rápidamente el equipaje y eligió un sitio. Allí estaba, cuando todavía faltaba un rato para la salida, rodeado de todos sus parientes, que lloraban a lágrima viva, o eso le pareció; los sollozos de su madre se oían más que los del resto. «¿Y cómo voy a ocultárselo?», escribe mi abuelo en sus memorias, que, desgraciadamente, jamás fueron publicadas. «Aunque yo mismo quise marchar a Teherán, no pude contenerme. Rompí a llorar como un niño pequeño.»

En el asiento situado junto al conductor, que se consideraba preferente —mi abuelo emplea un término en francés, aunque hoy diríamos que iba en clase *business*—, viaja casualmente un británico llamado, si mi transcripción al inglés no falla (en el alfabeto persa no hay vocales), Mister Allanson, profesor del Colegio Episcopal del barrio de Yofa, donde hoy vive mi tía, uno de los más populares de Isfahán gracias a los cristianos que se quedaron allí. El piso de mis padres no está lejos. Cuando Mister Allanson ve al muchacho llorando, lo sube con él, le pasa el brazo por el hombro y empieza a consolarlo y a distraerlo. «Mira, ¿habías visto alguna vez unos caballos tan fuertes? ¿Te has fijado en el uniforme?» A oídos del chico, el persa de Mister Allanson resulta tan extraño y afectado que, en otras circunstancias, se habría echado a reír; es más, de haber estado en grupo, hasta se habrían burlado de ese extranjero. Ahora, sin embargo, lo que siente es gratitud hacia ese brazo que lo rodea, más fraternal que paternal, sí, como si fuera el de un hermano mayor, aunque Mister Allanson es mucho más viejo que él, todo un caballero. El carruaje ha partido hace tiempo, dejando atrás la ciudad, las plantaciones y los cultivos. Mientras cruzan el desierto por un camino de grava, el inglés sigue animando al muchacho. «No te preocupes —le dice—, si Dios quiere, la primera parada será Kashán. Descansaremos en el Jardín del Paraíso, mucho mejor que el Parque de las Cuarenta Columnas de Isfahán, ya verás. Luego vendrá Qom, donde, si Dios quiere, podrás rezar por tu padre y por tu madre frente a la tumba de Fátima y, poco después, si Dios quiere, llegaremos a Teherán. Teherán te va a gustar.» «Ojalá» o «*inshallah*», que será lo que dijo este profesor del Colegio Episcopal con su acento británico.

Lo cierto es que Mister Allanson no conocía al chico, ni a sus padres ni a sus familiares ni a sus profesores. Tal y como subraya el muchacho setenta u ochenta años después, ese extranjero cuidó de él por pura amabilidad, por amor al prójimo. En lo que respecta a sus convicciones, mi abuelo siempre fue nacionalista y un ferviente seguidor del doctor Mosadeq, quien declaró la guerra a los británicos al nacionalizar la Compañía petrolífera anglopersa. Aun siendo un anciano, mi abuelo se manifestó en contra del sha para poner fin a la hegemonía de Estados Unidos. Sin embargo, ya de niño me sorprendió la admiración con la que mi abuelo hablaba de Occidente, en especial de Europa. Claro que sentía particular simpatía por Francia, esa nación culta por antonomasia que, a diferencia de los británicos, los estadounidenses y los rusos, no se había inmiscuido en los asuntos de Irán (mi abuelo distinguía claramente entre los países y las personas). Del mismo modo, en su casa jamás se faltó al respeto a la Iglesia armenia presente en Yofa ni a los sacerdotes, monjas y misioneros extranjeros que construyeron escuelas y hospitales. Mi abuelo tenía un punto cosmopolita o, por decirlo de otro modo, la conciencia de que en todas partes hay personas de todo tipo. Si en nosotros hay algo de esa conciencia, si es ese mi caso, no será —o no solo será— porque hayamos viajado por el mundo y nos hayamos educado leyendo a Kant y *El capital*, sino que también habrá otros orígenes remotos, una larga historia que ahora estoy leyendo. Todo esto se debe a mi abuelo, que viajó en carruaje desde Isfahán a Teherán; se debe a mi bisabuelo, ese señor que sale en la foto que me he llevado al despacho y que cuelga junto al escritorio; es el hombre que está en el centro, tocado con un turbante, ese que sonríe dejando ver una mella en su dentadura, el que envió a su hijo a estudiar en un colegio americano y que, al despedirse, seguramente sintió las mismas ganas de llorar que el resto, solo que, en su

caso, se sumaba el interrogante de si estaría haciendo lo mejor para su hijo; se debe a Mister Allanson, cuya amabilidad previno al muchacho para siempre de ver en el otro a un enemigo únicamente porque su nación se muestre hostil.

Cuando estaba en el Teatro Estatal de Darmstadt, sentado en primera fila, y el presidente de la Academia Alemana de la Lengua y la Poesía anunció mi ingreso en dicha institución, pese a la banalidad de las circunstancias —a mis espaldas estaba un colega envidioso; a mi izquierda, la esposa de un político; tenía a tres fotógrafos delante de mí y a uno de ellos literalmente encima para que la celebridad sentada a mi derecha cupiese en el encuadre—, reconozco que sentí un escalofrío, fruto de la emoción y del orgullo. Sentí que no era a mí a quien distinguían y que no era yo el que ingresaba en la Academia, sino mis antepasados, su sed de conocimiento, su anhelo del mundo, el valor que tuvieron de descubrirlo, su ambición, así como su comportamiento virtuoso, y, por qué no decirlo, también la gravedad de mi abuelo y su falta de sentido del humor; todo eso que legaron de generación en generación para que, al final, uno de sus hijos acabara siendo admitido en la Academia de los francos. Ahora que veo a mi abuelo llorando en un carruaje y a punto de partir hacia Teherán, pienso que allí, por ejemplo, también en ese lugar y en ese momento, comenzó nuestro viaje. El muchacho se seca las lágrimas y, poco a poco, recupera la confianza con la que la tarde anterior preparó su equipaje. Lo que ahora desea es demostrar sus propias capacidades; él no es ningún llorica y quiere decir una o dos frases en inglés, pero las palabras que el señor Armani le ha enseñado en el colegio Aliye con tanto esfuerzo se han esfumado. Mister Allanson no se ríe; sonríe. Sin embargo, el muchacho logra decir que va a Teherán para estudiar en el colegio americano. «¡Vaya, ahí voy yo también!», exclama Mister Allanson. Lo ha invitado el doctor Jordan, que es el director del colegio. «Yo te presentaré; seguro que te gusta, ojalá.» *Inshallah*. Que Mister Allanson haya regresado al persa sirve para que el muchacho se suelte definitivamente. «Nunca olvidaré la primera noche que pasamos en Nizamabad, pues era peligroso continuar por carretera. El caravasar donde, en principio, solo iban a cambiar los caballos estaba medio derruido. En el ala del edificio que aún seguía en pie, subimos al tejado y buscamos un rincón donde desplegar nuestras mantas. Mientras estuve despierto, ese honorable franco que hablaba persa con un acento tan curioso se dedicó a ahuyentar mis temores contándome historias emocionantes y hablándome de Teherán con la misma emoción; también del colegio, de Inglaterra y de los francos, hasta que, gracias a Dios, al fin me quedé dormido.»

Cerca del anochecer del cuarto día, el carruaje llega a la calle Lalehzar, en Teherán, y se detiene frente a la oficina de correos que hay en la plaza de los Cañones, que por entonces era el corazón de la ciudad y hoy se ha convertido en un cruce gris de los muchos que hay en el sur de Teherán. Los viajeros descargan el equipaje y se despiden. Mister Allanson se asegura de que el chico tiene donde alojarse. «Sí —responde el muchacho—, mi padre me ha apuntado las señas.» El chico espera hasta que Mister Allanson desaparece entre la muchedumbre, llama a un porteador y saca de la bandolera la carta en la que figura la dirección. Es una carta de recomendación escrita por Mohaseb ol-Douleh, el director del que hasta ahora ha sido su colegio, dirigida a su amigo Mirza Abdolwahhab Chan Djawaheri. Aunque se la sabe de memoria, el chico vuelve a fijarse en la dirección cuando, de pronto, alguien le arrebató la carta. El muchacho levanta la vista y ve a un rollizo policía plantado frente a él con su uniforme azul, unos gemelos relucientes, el casco de punta y un bigote imperial, escrutando alternativamente al chico y la carta. «Este sobre

no lleva sello —reprueba el policía—: ¡es una infracción!» Sin atreverse a contradecirle ni a explicar siquiera que él mismo ha traído la carta en mano desde Isfahán, el muchacho paga la multa requerida. Después, acompañado por el porteador, se dirige a ver al señor Djawaheri.

Hace tiempo que ha anochecido cuando llegan a su destino, la tienda del señor Djawaheri, una confitería. Los postigos de las ventanas ya están cerrados, lo mismo que la puerta. En mitad de la oscuridad, el muchacho va preguntando hasta que encuentra a otro porteador que sabe dónde vive el señor Djawaheri: frente a la puerta de Qazvín, en la otra punta de la ciudad. Por suerte, su padre le ha dado dinero suficiente. Casi inconsciente por culpa de los nervios, el miedo y el agotamiento, es noche cerrada cuando el muchacho, por fin, llama a la puerta. El señor Djawaheri, que también procede de Isfahán, no necesita leer la carta para acoger a un chico que viene de su ciudad natal, máxime si se trata de un alumno de su viejo amigo Mohaseb ol-Douleh. A continuación, ordena que descarguen el equipaje del muchacho y no acepta un no por respuesta cuando se dispone a pagar al porteador. La señora Djawaheri, que se ha puesto un chador por encima del camisón, conduce al invitado al salón. Nada más sentarse en la alfombra, en mitad de la conversación, el muchacho se queda dormido. Cuando el matrimonio Djawaheri lo despierta, le espera la cena del día siguiente. El chico no sabe quién lo ha llevado a la cama ni quién lo ha desvestido, pero está tan a gusto que, de nuevo, cierra los ojos, solo por un instante, y vuelve a quedarse dormido.

Fragmento de *Dein Name* («Tu nombre»)

## AGRADECIMIENTOS

Para ser exactos, el periplo que se cuenta en este libro consta de varios viajes que realicé entre septiembre de 2016 y agosto de 2017 por encargo del semanario *Der Spiegel*, así como de una estancia de cuatro semanas en Isfahán que tuvo lugar entre octubre y noviembre de 2016. Además, en abril de 2017 regresé a Bielorrusia durante un fin de semana largo para informarme sobre las consecuencias de la catástrofe de Chernóbil. El reportaje que escribí a raíz de esa visita fue publicado en el semanario *Die Zeit*. El conjunto de textos publicados por vez primera en prensa equivale a un tercio escaso del libro. De la novela titulada *Dein Name* («Tu nombre»), que además me ha servido como hilo para tejer otros libros, he tomado únicamente el prólogo y el epílogo; también lo que se describe en la parte central del cuadragésimo noveno día se basa en impresiones que ya estaban recogidas en dicha obra.

Mi máximo agradecimiento está dirigido a Lothar Gorris, redactor del semanario *Der Spiegel*, pues fue él quien me ayudó a tramar este viaje y convenció a la redacción para que dedicase tanto espacio y tantos recursos a un mundo que suele quedar detrás de las noticias. También a todas las compañeras y compañeros de la sección de cultura, del departamento de documentación, del archivo, de la sección de fotografía, de la redacción de Moscú, así como del departamento de viajes de *Der Spiegel*, quiero agradecer su fantástica colaboración, en especial a Gordon Bersch, Andrea Curtaz-Wilkens, Christian Esch, Sebastian Hammelehle, Ulrich Klötzer, Walter Lehmann-Wiesner, Nadine Markwaldt, Christian Neef, Elke Schmitter, Claudia Stodte y Anika Zeller. Es obvio que podría haber viajado por mi cuenta, pero, de no ser por el apoyo de toda una redacción, por los expertos que no solo pusieron a mi disposición sus conocimientos, sino también su entusiasmo, y por unos recursos económicos que sería imposible reunir a título individual, este libro habría sido muy distinto: menos denso, más superficial, menos relevante y con muchos más errores. Ojalá sigan existiendo durante mucho tiempo instituciones como *Der Spiegel*, dispuestas a realizar un esfuerzo enorme por el periodismo, a menudo invisible a ojos del lector. La opinión pública sería mucho más pobre sin ellas.

También quiero expresar mi agradecimiento a mi colaborador Florian Bigge, que tanto antes de los viajes como en el transcurso de los mismos me facilitó constantemente información y contactos. Agradezco, además, su trabajo en la editorial C.H.Beck a Ulrich Nolte, mi editor de mesa desde hace años, así como a su colaboradora Gisela Muhn. Quiero dar las gracias a todos los interlocutores, acompañantes y asesores, tanto en Alemania como a lo largo de todo el recorrido. Además de quienes menciono en el libro, se trata de las siguientes personas: Katajun Amirpur (Colonia), Mariana Sadovska (Colonia), Illias Uyar (Colonia), Osman Okkan (Colonia), Mijaíl Shishkin (Basilea), Nilufar Taghizadeh (Heidelberg), Marcus Bensmann (Essen), Milos Djuric (Berlín), Nora Bossong (Berlín), Almut Sh. Bruckstein Çoruh (Berlín), Ekkehard Maas (Sociedad Germano-caucásica, Berlín), Daniel Göpfert (Instituto Goethe de Cracovia), Georg Blochmann (Instituto Goethe de Varsovia), Ruth Leiserowitz (Varsovia), Vitautas Bruveris (Vilna),

Leonidas Donskas † (Vilna), Detlef M. Gericke y Aukse Bruveriene (Instituto Goethe de Vilna), Frank Baumann, Vera Dziadok y Nelli Goleníscheva-Kutúzova (Instituto Goethe de Minsk), Oleg Aizberg (Minsk), Sashko Sadovskij (Lviv), Rüdiger Bolz (Instituto Goethe de Moscú), Irina Scherbakova (Memorial, Moscú); Kerstin Kaiser y Vladímir Formenko (Fundación Rosa Luxemburgo, Moscú), Golineh Atai (Moscú), Ernes Mambétov (Simferópol), Alexandra Podólskaia (Krasnodar), Tatiana Kamynina (Krasnodar), Stephan Wackwitz y Tamta Gochitashvili (Instituto Goethe de Tbilisi), Tamara Janashia (Tbilisi), Elvin Adigozel (Goranboy), Khalida Khalilzade (Bakú), Altay Guyoshov (Bakú), Nazik Armanakián (Ereván), Vaghinak Ghazaryán (Ereván), Behzad Veladi (Tabriz), Fariba Vafi (Teherán).

## Notas

\* El autor hace referencia a la Nochevieja que tuvo lugar entre 2015 y 2016, cuando en la ciudad de Colonia se produjeron numerosos casos de agresión sexual en los que se vieron envueltos varios inmigrantes de origen árabe y norteafricano. *(N. de la t.)*



\* En el original, «Burschschafter». Este tipo de asociaciones estudiantiles («Burschenschaften») surgió en los países de habla alemana en el siglo XIX como reacción al Congreso de Viena. Aunque las hay de diversa índole, suelen estar restringidas a miembros varones y defender valores tradicionales, así como ideales patrióticos. En la actualidad, se asocian a sectores conservadores, y sus detractores las sitúan en el ámbito de la extrema derecha. (*N. de la t.*)

\* El autor hace referencia a la ola de refugiados que llegó a Alemania en 2015, cuando Angela Merkel decidió no cerrar las fronteras.

\* Primo Levi, *Así fue Auschwitz. Testimonios 1945-1986*, traducción de Carlos Gumpert, Península, Barcelona, 2015, págs. 104-105. (N. de la t.)

\* Adam Zagajewski, *En la belleza ajena*, traducción de Ángel Enrique Díaz-Pintado Hilario, Pre-Textos, Valencia, 2017, pág. 44.

\* El autor alude a una conocida cita del antiguo canciller Helmut Kohl, que, tras la Unificación, prometió a los ciudadanos de la RDA que crecerían «paisajes florecientes».

\* Andrzej Stasiuk, *Sarmackie krajobrazy – Głosy z Litwy, Białorusi, Ukrainy, Niemiec i Polski (Pasajes sármatas: Voces de Letonia, Bielorrusia, Ucrania, Alemania y Polonia)*, Czarna, Wołowiec, 2000, pág. 450. [Traducción cortesía de Maila Lema y Alejandro Rodríguez-Refojo.]

\*\* Andrzej Stasiuk, *Sarmackie krajobrazy – Głosy z Litwy, Białorusi, Ukrainy, Niemiec i Polski (Pasajes sármatas: Voces de Letonia, Bielorrusia, Ucrania, Alemania y Polonia)*, págs. 451-452.

\* Adam Zagajewski, *En la belleza ajena*, pág. 239.



\* Czesław Miłosz, *Tierra inalcanzable. Antología poética*, traducción de Xavier Farré, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011, pág. 71.

\* Willy Brandt, *Memorias*, traducción de Carlos Fortea, Temas de Hoy, Madrid, 1990, pág. 236.

\* El autor hace referencia a la *Deutschlandlied* («La canción de Alemania»), cuyo texto fue escrito por August Heinrich Hoffmann von Fallersleben en 1841. La tercera estrofa del poema es el actual himno oficial de la República Federal de Alemania.

\* El autor hace referencia al proyecto titulado Stolpersteine, denominación que en alemán juega con la palabra «adoquín» y «cortapisa» o «tropiezo». Dicho proyecto es obra del artista Gunter Demnig y tiene por objeto recordar a los perseguidos por el régimen nacionalsocialista entre 1933 y 1945. Desde 1996, se encuentran repartidos por la ciudad adoquines dorados con el nombre y la fecha de nacimiento y deportación o muerte de cada víctima.

\* Timothy J. Snyder, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, traducción de Jesús de Cos, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011, pág. 232.

\* Svetlana Alexiévich, *Voces de Chernóbil*, traducción de Ricardo San Vicente, Siglo XXI, Madrid, 2006.

\* En la fecha de redacción de este libro, Frank Walter Steinmeier era ministro de Exteriores de la República Federal de Alemania. Actualmente es su presidente.

\* Neal Ascherson, *El mar Negro. Cuna de la civilización y la barbarie*, traducción de María Luz García de la Hoz, Tusquets, Barcelona, 2001, pág. 66.



\* Lev Tolstói, *Relatos de Sebastopol*, traducción de Marta Sánchez-Nieves, Gredos, Madrid, 2003, pág. 57.

\* Karl Schlögel, *Entscheidung in Kiew*, Hanser, München, 2015. [«Decisión en Kiev». Traducción de José Aníbal Campos (en prensa).]

\* Lev Tolstói, *Relatos de Sebastopol*, pág. 57.

\*\* Karl Schlögel, *Entscheidung in Kiew* [«Decisión en Kiev»].

\* Janet Malcolm, *Leyendo a Chéjov. Un viaje crítico*, traducción de Víctor Gallego, Alba, Madrid, 2004, págs. 16-17.

\* El puente sobre el estrecho de Kerch fue inaugurado por el presidente Putin en mayo de 2018.

\* Neal Ascherson, *El mar Negro. Cuna de la civilización y la barbarie*, pág. 71.

\* Antón Chéjov, *Las tres hermanas*, traducción de Isabel Vicente, Cátedra, Madrid, 1994, pág. 277.



\* Lev Tolstói, *Hadji Murat*, traducción de Irene y Laura Andresco, revisada por Víctor Andresco, Cátedra, Madrid, 1997, pág. 165.

\* Lev Tolstói, *Hadji Murat*, pág. 155.

\* Alejandro Dumas, *Le Caucase (El Cáucaso)*, Éditions François, Bourin, 1990, pág. 143. [Traducción cortesía de M.<sup>a</sup> Teresa Gallego Urrutia.]

\* Alejandro Dumas, *Le Caucase*, pág. 63.

\* Kurban Said, *Ali y Nino*, traducción de Isabel Payno, Libros del Asteroide, Barcelona, 2012, pág. 139.

\* Kurban Said, *Alí y Nino*, pág. 140.

\*\* Kurban Said, *Ali y Nino*, pág. 141.

\* Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, traducción de P. Bartolomé Pou, Luis Navarro, Madrid, 1884, vol. III, pág. 38.



\* Neal Ascherson, *El mar Negro. Cuna de la civilización y la barbarie*, pág. 72.

\* Kurban Said, *Alí y Nino*, pág. 59.

\* Kurban Said, *Alí y Nino*, pág. 108.

\* Kurban Said, *Alí y Nino*, pág. 182.

\* Kurban Said, *Alí y Nino*, pág. 233.

\* Kurban Said, *Alí y Nino*, págs. 207-208.

\* Kurban Said, *Alí y Nino*, pág. 100.

\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, versión de Nora Gutmann, Losada, Buenos Aires-Madrid, 2003, pág. 482.



\*\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pág. 150.

\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, págs. 156-157.

\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pág. 32.

\*\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pág. 45.

\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pág. 167.

\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pág. 94.

\* Charles Aznavour falleció el 1 de octubre de 2018.

\* Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso*, edición, traducción y notas de Helena Vidal, Acantilado, Barcelona, 2011, pág. 121.



\* Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso*, págs. 91-92.

\* El autor hace referencia a la frase «Imagina que estalla una guerra y no va nadie», falsamente atribuida a Bertolt Brecht, muy popular en las manifestaciones que tuvieron lugar dentro del movimiento pacifista en los años ochenta. Al parecer, la cita original es obra del poeta estadounidense Carl Sandburg y está recogida en un volumen de poemas titulado *The People, Yes*, publicado en 1936: «*Sometime they'll give a war and nobody will come*».

\* Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso*, pág. 49.

\*\* Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso*, pág. 113.

\* Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso*, pág. 40.

\*\* Ósip Mandelstam, *Sotchineniya*, Judózhestvennaya Literatura, Moscú, 1990, vol. II, Apéndice, pág. 355. [Traducción de Helena Vidal.]

\* Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso*, pág. 45.

\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pág. 433.



\*\* Franz Werfel, *Los cuarenta días del Musa Dagh*, pág. 433.

\* Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso*, pág. 119.

\* *Hayyi*: quien hace o ha hecho la peregrinación a La Meca; a menudo se emplea como un título honorífico.

\* Adam Zagajewski, *Lekka przesada (Una ligera exageración)*, Wydawnictwo a5, Kraków, 2011, pág. 21. [Traducción cortesía de Ángel Enrique Díaz-Pintado Hilario.]

*Por las trincheras*  
Navid Kermani

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Entlang den Gräben*

© Verlag C.H. Beck oHG, Múnich, 2018

© de la traducción del alemán: Belén Santana López, 2019

© Edicions 62, S.A, 2019

Ediciones Península

Av. Diagonal 662-664 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-994-2861-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)